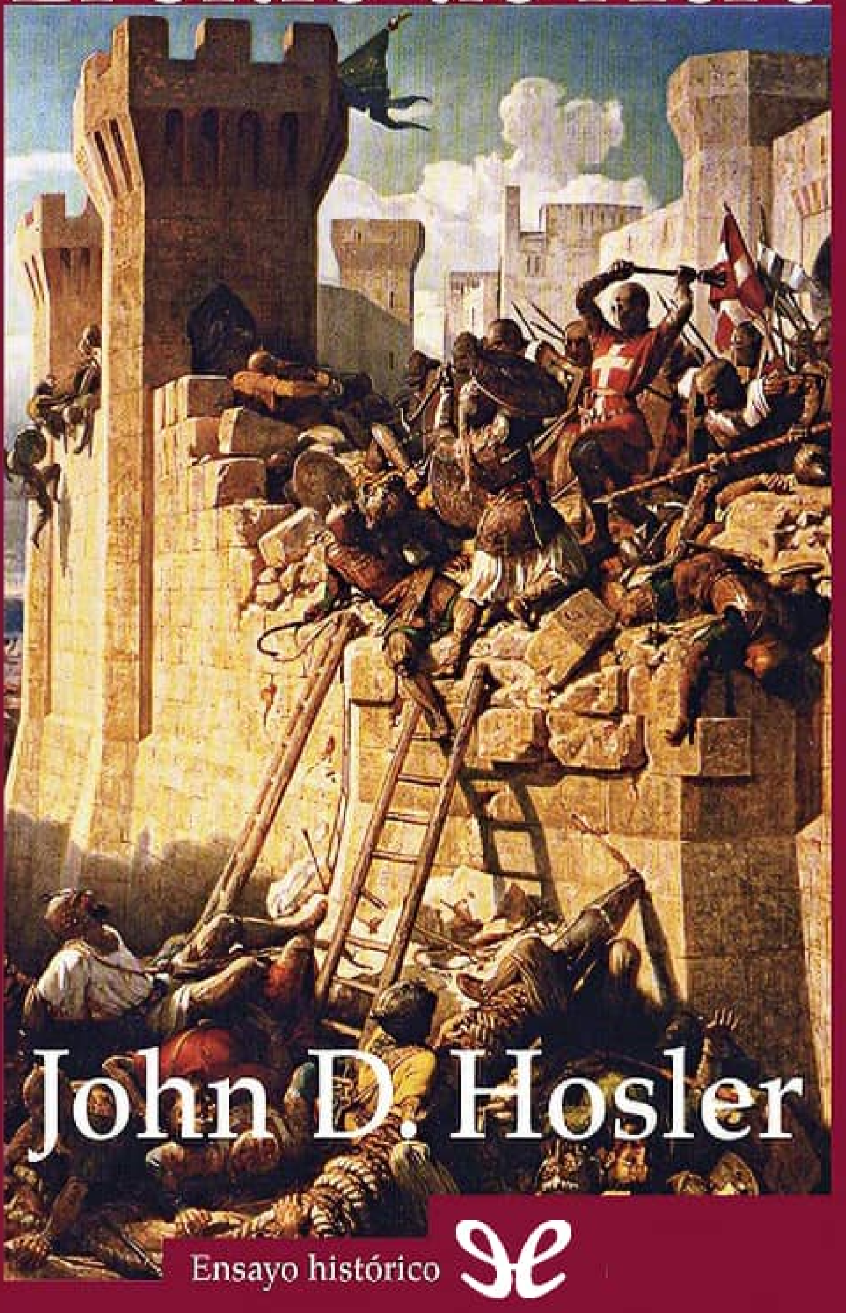
El sitio de Acre



John D. Hosler

Ensayo histórico

Dos años completos duró el sitio de la ciudad de San Juan de Acre (1189-1191), que se convirtió en el compromiso militar más significativo de la Tercera Cruzada al atraer a los ejércitos de toda Europa, Siria, Mesopotamia, Egipto y el Magreb. Basándonse en una equilibrada selección de fuentes cristianas y musulmanas, el historiador John D. Hosler ha escrito el primer relato completo de esta batalla, que se convirtió en la más difícil victoria para los cruzados solo cuando Ricardo Corazón de León y el rey Felipe Augusto de Francia unieron fuerzas para derrotar al sultán egipcio Saladino.

Holser narra la historia de una forma animada y fascinante, integrando temas y desarrollos militares, pero también políticos y religiosos, y nos ofrece, además una nueva perspectiva sobre sus principales protagonistas, proporcionándonos un análisis completo de los aspectos tácticos, estratégicos, organizativos y tecnológicos de ambos lados del conflicto. Es la historia épica de una confrontación monumental que fue la pieza central de una guerra santa en la que muchos miles de hombres lucharon y murieron durante siglos en el nombre de Cristo o Alá.



John D. Hosler

EL SITIO DE ACRE 1189-1191

Saladino, Ricardo Corazón de León y la batalla que decidió la Tercera Cruzada

ePub r1.0
Titivillus 10.03.2021

Título original: *The Siege of Acre. 1189-1191*
John D. Hosler, 2018
Traducción: Tomás Fernández Aúz

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1







Índice de contenido

En memoria de Edward Cox, alias «Skip».
Requiescat in pace.

Mapas

Agradecimientos

El presente libro sobre el sitio de Acre ha contado con la generosidad y la competencia profesional de un gran número de colegas, conocidos y amigos. Agradezco especialmente los consejos y el apoyo que me han brindado tanto Marika Lysandrou, de Yale University Press, como Heather McCallum, cuya sensata orientación y estímulo se han revelado fundamentales (sin olvidar a Kelly DeVries, que fue quien me la presentó). Tanto Kelly como John France me han prestado una ayuda extremadamente valiosa, y han tutelado mi trabajo de tantas formas que me resulta imposible enumerarlas todas. También tengo contraída una gran deuda de gratitud con mis antiguos profesores de la Universidad de Delaware, Daniel Callaban y Lawrence Duggan, no solo por haberme introducido prácticamente desde el principio en el estudio de las cruzadas, sino también por su constante respaldo y su infatigable aportación de ideas y sugerencias. Por su colaboración en la tarea de responder a las preguntas de cuantos se han interesado en mi trabajo o por haber asumido la responsabilidad de actuar como cajas resonancia de mi obra, tanto al atender las conferencias en las que he intervenido como al gestionar la correspondencia recibida, agradezco profundamente la cooperación de David Bachrach, Dana Cushing, llana Krug, Kenneth Madison, Alexander Pavuk, L. J. Andrew Villalon, Nicholas

Paul, Joanna Phillips y Andrew Holt. En este sentido, quiero mencionar muy especialmente la contribución de Daniel Franke, así como la del conjunto de los miembros de *De Re Militari*[*]. Debo asimismo reconocimiento a mis colegas de Israel: a Allon Klebanoff, al cuerpo docente y al personal del Instituto de Arqueología Zinman de la Universidad de Haifa, y a Abdu Matta, el guía turístico que me permitió recorrer Acre. Por haber sabido localizar sistemáticamente el material que utilizo en mis investigaciones, tengo contraída igualmente una importante deuda con los integrantes de la Biblioteca Earl S. Richardson de la Universidad Estatal Morgan, la Biblioteca Eisenhower de la Universidad Johns Hopkins, y la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos. Con su notable competencia profesional como correctora, mi hermana, Gina Lamb, ha contribuido a pulir definitivamente el borrador final. Y como siempre, agradezco a mi esposa, Holly, los sacrificios personales que ha realizado para que yo encontrara ocasión de dedicarme a la redacción de este texto, así como la devoción de nuestros tres hijos pequeños —Gianna Marie, Michael Plantagenet y Rocco Alexander—, que me han permitido añadir valiosísimas horas de redacción y trabajo al presente empeño aceptando irse a la cama a su hora y levantándose lo más tarde posible.

Este libro está dedicado a Edward Cox, alias «Skip», inseparable amigo y compañero de seminario en la Universidad Estatal de Iowa, prematuramente fallecido en 2015 a consecuencia de las complicaciones de un cáncer. Sus honras fúnebres tuvieron lugar el mismo día en que yo me dirigía a Acre para profundizar en las investigaciones que me han llevado a escribir la presente obra.

<u>Abreviaturas</u>

Anónimo 1	«De expugnatione civitatis Acconensis», en *Chronica magistri Rogeri de Houedene*, edición de W. Stubbs, 3 vols., Rolls Series, Londres, 1868-1871, 3.cvi-cxxxvi.
Anónimo 2	«Libellus de expugnatione terrae sanctae per Saladinum», en *Radulphi de Coggeshall Chronicon Anglicanum*, edición de J. Stevenson, Rolls Series, Londres, 1875, pp. 209-262.
Anónimo 2	«Ein zeitgenössisches Gedicht auf die Belagerung Accons», en *Forschungen zur deutschen Geschichte*, edición de H. Prutz, vol. 21, Gotinga, 1881, pp. 449-494.
Ansberto	*Queden zur Geschichte des Kreuzzuges Kaiser Friedrichs I*, edición de A. Chroust, Monumenta Germania Historica, Scriptores Rerum Germanicarum, Nueva Serie, n.º 5, Berlín, 1928.
Blasien	*Ottonis de Sancto Blasio chronica*, edición de A. Hofmeister, Monumenta Germania Historica, Scriptores Rerum Germanicarum, Hanover, 1912.
Coggeshall	*Radulphi de Coggeshall Chronicon Anglicanum, De expugnatione terrae*

	sanctae libellus, Thomas Agnellus de morte et sepultura Henrici regis Angliae junioris; Gesta Fulconis filii Warini; Excerpta ex Otiis imperialibus Gervasii Tilebutiensis, edición de J. Stevenson, 3 vols., Rolls Series, Londres, 1875.
Devizes	«The chronicle of Richard of Devizes», en *Chronicles of the Reigns of Stephen, Henry II, and Richard I*, edición de R. Howlett, 4 vols., Rolls Series, Londres, 1886.
Eracles	*La Continuation de Guillaume de Tyr* (1184-1197), edición de Margaret Ruth Morgan, París, 1982.
Estoire	*The History of the Holy War: Ambroise's Estoire de la Guerre Sainte*, edición y traducción de M. Ailes y Malcolm Barber, 2 vols., Woodbridge, 2003.
Howden 1	*Gesta regis Henrici secundi Benedicti abbatis*, edición de W. Stubbs, 2 vols., Rolls Series, Londres, 1867.
Howden 2	*Chronica magistri Rogeri de Houedene*, edición de W. Stubbs, 3 vols., Rolls Series, Londres, 1868-1871.
Ibn al-Athir	*The Chronicle of Ibn al-Athir for the Crusading Period from al-Mail fi'l-Ta'rikh*, traducción inglesa de D. S. Richards, Crusade Texts in Translation, 3 vols., reimpresión, Farnham, 2010.
Ibn Shaddad	*The Rare and Excellent History of Saladin by Bahā' al-Din Ibn Shaddad*, traducción inglesa de D. S. Richards, Crusade Texts in Translation, Farnham, 2002.

Translation, Farnham, 2002.

Imad al-Din	«Les livres des deux jardins: histoire des deux règnes, celui de Nour Ed-Dìn et celui de Salah Ed Din», en *Recueil des historiens des croisades, historiens Orientaux*, vol. 4, París, 1898.
Itinerario 1	*Das Itinerarium peregrinorum: eine zeitgenössiche englische Chronik zum dritten Kreuzzug in ursprünglicher Gestalt*, edición de H. E. Mayer, Stuttgart, 1962.
Itinerario 2	«Itinerarium peregrinorum et gesta regis Ricardi», en *Chronicles and Memorials of the Reign of Richard I*, edición de W. Stubbs, 2 vols., Rolls Series, Londres, 1864-1865).
Newburgh	Guillermo de Newburgh, *The History of English Affairs*, edición y traducción de P. G. Walsh y M. J. Kennedy, 2 vols., Oxford, 2007-2011; alternativamente puede remitir también a la «Historia rerum Anglicarum», edición de R. Howlett, en *Chronicles of the Reigns of Stephen, Henry II, and Richard I*, 2 vols., Rolls Series, Londres, 1884-1885.
RRRH	*Revised regesta regni Hierosolymitani Database*, http:// crusades-regesta.com.
Rigordo	Œuvres de Rigord et de Guillaume le Breton, *historiens de Philippe-Auguste*, edición de H. F. Delaborde, París, 1882.
Ymagines	Radulfi de Diceto decanis Lundoniensis opera historica, edición de W. Stubbs, 2 vols., Rolls Series, Londres, 1876.

A menos que se indique lo contrario en el cuerpo del texto, las traducciones inglesas proceden de las correspondientes ediciones arriba citadas, aunque también pueden pertenecer a las siguientes obras:

The Crusade of Frederick Barbarossa: The history of the expedition of the Emperor Frederick and related texts, traducción inglesa de G. A. Loud, Farnham, 2013 [para Ansbert y Blasien].

The Chronicle of Richard of Devices, concerning the Deeds of Richard I, king of England, and Richard of Cirencester's Description of Britain, traducción inglesa de J. A. Giles, Londres, 1841.

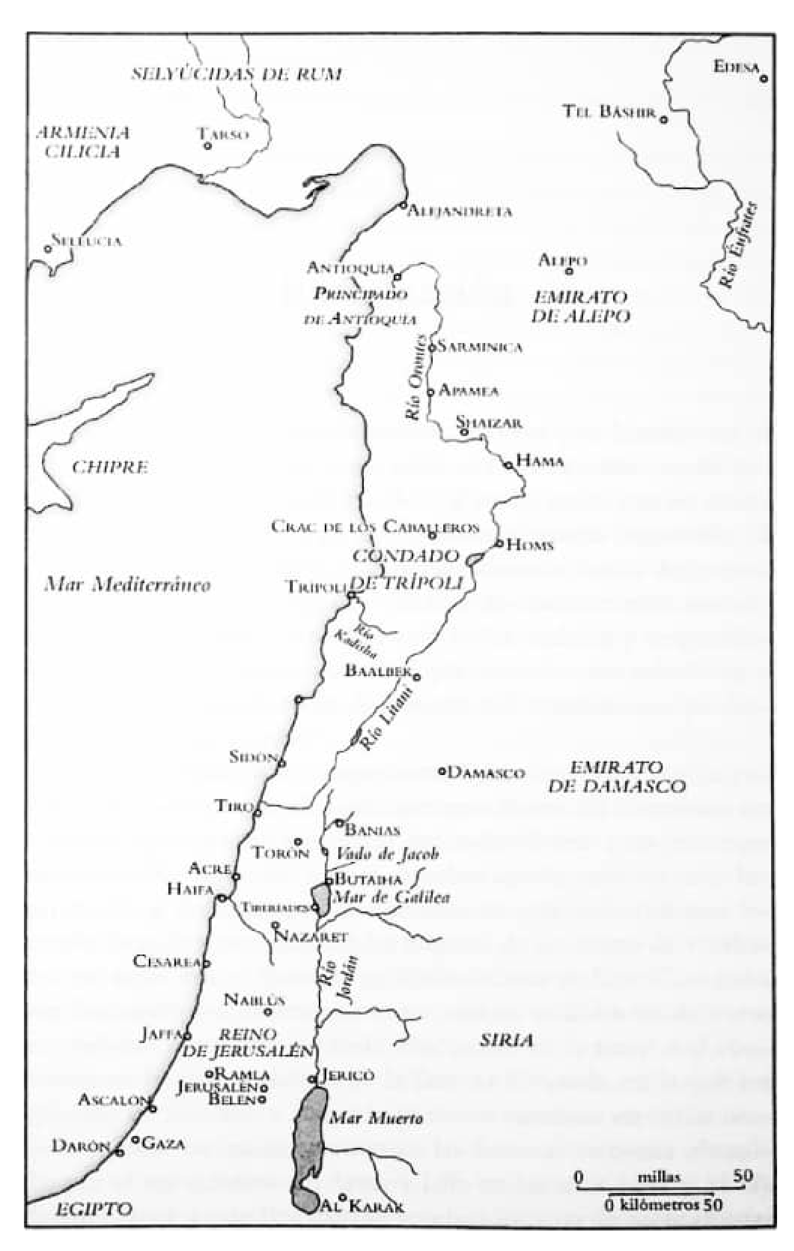
The Conquest of Jerusalem and the Third Crusade: Sources in translation, traducción inglesa de P. W. Edbury, Aldershot, 1998 [para Frac les].

The Annals of Roger de Hoveden, traducción inglesa de H. T. Riley, 2 vols., reimpresión, Nueva York, 1968 [para Howden 2].

The Chronicle of the Third Crusade: The Itinerarium peregrinorum et gesta regis Ricardi, traducción inglesa de H. J. Nicholson, Crusade Texts in Translation, Farnham, 1997 [para Itinerarium 2].

The History of William of Newburgh, traducción inglesa de J. Stevenson, Londres, 1856.

Arab Historians of the Crusades: Selected and translated from the Arabic sources, edición y traducción de F. Gabrieli, Berkeley, 1984 [para Imad al-Din].



1.Acre y sus alrededores

Introducción

Ricardo Corazón de León encaró la lanza y la hundió en el hombro de su oponente en la justa, el célebre sultán ayubí Salah al-Din (Saladino), derribándole al suelo, junto con su montura. El ímpetu de la carga de Ricardo se reveló imparable. El jinete continuó su avance, blandiendo ahora el hacha de guerra, dispuesto a degollar a cuantas oleadas de combatientes musulmanes se atrevieran a medirse con él. La audacia y resplandeciente gloria del sanguinario ataque animó a sus caballeros a unirse a la embestida. Más de sesenta mil musulmanes perdieron la vida en el envite[1].

Este trascendental choque entre Ricardo y Saladino ha pasado a la historia con el particular marchamo de constituir un brillante ejemplo del heroísmo del inglés frente a un enemigo inflexible. No obstante, hemos de saber que la justa no tuvo lugar. Antes al contrario, ya que se trata de una conocidísima leyenda, llegada a nosotros en las páginas de un texto de mediados del siglo XIII: el *Romance of Richard Coeur de Lion*. Con todo, ese fantástico encontronazo entre ambos adalides ha de verse en realidad como un símbolo elocuente de la muy real contienda en la que participaron: la Tercera Cruzada, en la que los ejércitos de Saladino y Ricardo trabaron combate en varias ocasiones (entre las cuales se cuentan las famosas victorias obtenidas por el rey cristiano en Arsur

Jaffa en los años 1191 y 1192). Además, pese a que Ricardo se revelara incapaz de reconquistar el trofeo último de la propia ciudad de Jerusalén (circunstancia que ha llevado a muchos historiadores a considerar que su cruzada fue un fracaso), lo cierto es que su reputación de hombre valiente quedó fijada para siempre, dado que ha perdurado hasta nuestros días, firmemente arraigada en las hazañas militares que protagonizó en Oriente.

Con todo, los combates de la Tercera Cruzada comenzaron mucho antes de que Ricardo Corazón de León alcanzase a hollar siquiera las tierras de Oriente. En el verano de 1189, miles de soldados cristianos se congregaron frente a las murallas de la ciudad de Acre. Denominada Tolemaida en la Biblia y Akko en la época moderna, esta ciudad peninsular fue uno de los principales puertos de mar de toda la cuenca oriental mediterránea[2]. Acre había sido conquistada por Saladino en el transcurso de su memorable campaña de 1187, en la que el sultán no solo había conseguido desbaratar los ejércitos del reino de Jerusalén —en la batalla de los Cuernos de Hattin—, sino que había logrado retomar la mismísima Ciudad Santa. En vista de lo sucedido, las monarquías de la Europa occidental se aprestaron a responder con una nueva cruzada. Entretanto, estaba claro que los avances de Saladino tenían que iniciar su declive en algún punto, y Acre acabaría siendo la plaza donde las tornas empezaran a cambiar. Habría de ser por tanto en esa ciudad donde los ejércitos de la Tercera Cruzada fueran congregándose poco a poco, disponiéndose para los brutales menesteres de la guerra santa.

El sitio de Acre fue la operación capital de la Tercera Cruzada, y con su duración, próxima a los dos años, resultó ser también uno de los asedios más largos de cuan-

tos alcanzaran a liderar los occidentales en toda la Edad Media. El cerco impuesto a la urbe fue una operación compleja, cuya puesta en práctica requirió un gran número de fases. Los propios cristianos organizadores del asedio no tardaron en sufrir a su vez el ataque de un ejército musulmán capitaneado por el mismísimo Saladino. Las huestes del sultán rodearon el campamento cruzado y amenazaron con poner un rápido punto final a la incursión de los europeos. A manera de contraataque, y para protegerse, los cruzados optaron por construir toda una serie de contrafuertes, reforzándolos con fosos, aunque en último término lo único que consiguieron fue quedar ellos mismos atrapados entre los efectivos del sultán y la guarnición que defendía la ciudadela de Acre. Los musulmanes de dentro y fuera del círculo respondieron a todas las iniciativas cristianas de manera sincronizada, acometiendo de forma inteligente y cuidadosamente coordinada con el doble objetivo de socavar las fortificaciones enemigas y de rechazar las salidas de sus hostigadores. Esto obligó a los occidentales a combatir en dos frentes sin dejar un solo instante de girar desesperadamente el pescuezo con la ansiosa expectativa de divisar en algún momento, en el horizonte mediterráneo, la llegada de refuerzos. Y, de hecho, la flota que aguardaban —un canal de apoyo y conexión con el mundo exterior esporádicamente transitado, pero absolutamente esencial— les proporcionaría el suficiente auxilio como para permitirles resistir los ataques primero y sobrevivir más tarde a las enfermedades, el hambre y la desmoralización. Al final, acaudillados por los reyes Ricardo de Inglaterra y Felipe II Augusto de Francia (que no obstante habían llegado con mucho Retraso al escenario de los choques), los soldados cristianos se las arreglaron

para perforar los muros de Acre y alzarse con una imprevista victoria, corriendo el mes de julio del año 1191.

Por consiguiente, el relato del sitio de Acre representa algo más que la historia de un acontecimiento concreto, y se inscribe en la categoría de los fenómenos singulares, ya que no solo es un dilatado período de conflicto regular entre dos bandos antagónicos, sino que constituye un lapso de tiempo en el que las respectivas comunidades enfrentadas hallaron ocasión de combatir, negociar, sufrir, perseverar y vivir incluso momentos de regocijo. Y por si fuera poco, todo ello tuvo lugar en el contexto de las más célebres guerras de religión de la historia, las cruzadas: una serie de choques en los que se enfrentaron decenas de miles de hombres y mujeres y en los que intervinieron los más renombrados guerreros de la época. Este libro presenta la narración de aquella gesta y ofrece el primer estudio de carácter general que se haya realizado jamás en cualquier lengua de dicho asedio.

El papel de Acre es comparable al de Jerusalén, puesto que ambas ciudades oficiaron en su día como capitales del reino de ese nombre (la propia Jerusalén entre los años 1099 y 1187, y Acre de 1191 a 1291). En toda guerra, el establecimiento de una capital es un acontecimiento notable que merece ser analizado con detenimiento. Sin embargo, y a pesar del gran número de trabajos que se han dedicado a investigar la conquista de Jerusalén a manos del ejército de la Primera Cruzada, en 1099, lo cierto es que el caso de Acre no ha recibido tanta atención. Esta disparidad se debe a razones evidentes. Al margen de su localización, la principal diferencia entre una y otra plaza reside tanto en la significación religiosa de Jerusalén como en su capacidad para inspirar devoción en los creyentes y suscitar en ellos la idea de

una guerra santa[3]. Además, la Primera Cruzada acostumbra a beneficiarse de la gloriosa preeminencia que le otorga su posición cronológica.

Sin embargo, la relevancia de la conquista de Acre fue políticamente muy similar a la de la toma de Jerusalén. Supuso mucho más que un simple asedio de larga duración o el comienzo de una cruzada famosa que finalmente habría de revelarse fallida. Antes al contrario, ya que, por un breve período de tiempo, Acre pasó a constituir el eje de los mundos europeo y mediterráneo.

Fue asimismo una de esas raras ocasiones que permiten ver a cuatro jefes de estado luchando juntos en un mismo campo de batalla. Acre fue como esas llamas que hechizan a las polillas y atrajo uno a uno a esos líderes y a otros muchos, logrando captar su atención, personal y económica, durante meses e incluso años. Tras su captura, ocurrida en 1191, la ciudad se convirtió en el principal punto de encuentro de peregrinos y cruzados[4]. Tras concluir el asalto, la dominación cristiana consiguió mantenerse en la zona por espacio de un siglo. En el siglo XIII, los territorios cristianos de la cuenca oriental mediterránea se vieron sometidos a un incesante acoso, pero el último puesto avanzado en caer fue precisamente Acre. A semejanza de lo que sucedería en 1453 en Constantinopla, asegurar la supervivencia de Acre equivalía a garantizar la permanencia del reino de Jerusalén, y constituyó por tanto el destello final de la vacilante antorcha de la ensoñación cruzada de Oriente. El sitio de Acre fue uno de los acontecimientos militares más relevantes de la era cruzada, y justo es reconocerle esa condición.

Pero estamos también ante un relato notablemente contrastado y confirmado por las pruebas históricas, que son tan abundantes como diversas, y no solo en las fuen-

tes occidentales, sino también en las orientales. Lo ocurrido en Acre puede referirse en gran medida desde la perspectiva de ambos contendientes, cristianos y musulmanes. Además, también es posible dirimir buena parte de los elementos confusos mediante la realización de un análisis comparativo de los documentos originales. En términos numéricos, la cantidad de crónicas cristianas es muy superior a la de textos islámicos: dado que fue Occidente quien lanzó el llamamiento a la cruzada, es natural que los autores de esa región del mundo se interesaran en su gestación, avance y resultado, como también lo fue que, andando el tiempo, las crónicas locales seleccionaran y copiaran las narraciones de primera mano dejadas por los testigos presenciales. Y el hecho de que los reyes de Inglaterra y Francia se hallaran presentes sobre el terreno no contribuyó sino a añadir un factor de fascinación más. Las fuentes musulmanas, por su parte, pese a no ser tan numerosas, resultan sumamente evocadoras y dignas de elogio, puesto que sus autores, que se hallaban muy próximos al escenario del asedio, no solo podían acceder a los actores de las batallas, sino entrevistarse con el mismísimo Saladino y sus principales lugartenientes. Su lenguaje, sin embargo, se vuelve menos ampuloso a medida que la acción se precipita hacia su desenlace y que la victoria cruzada empieza a adquirir visos de certeza. Salvo por una única excepción, ninguno de los cronistas parece haber intervenido directamente en los combates, pero el hecho de que tuvieran en su más inmediata cercanía a varios de los personajes que sí vivieron los encontronazos sugiere que hemos de conceder un elevado nivel de credibilidad a sus relatos[5]. En cualquier caso, los testigos no disfrutaban en modo alguno del don de la infalibilidad, así que he tratado de

conservar un saludable escepticismo cada vez que he tenido que consultar sus textos[6]. Sin embargo, la posibilidad de asistir a esa doble perspectiva, cristiana y musulmana, añade una serie de pormenores que humanizan el relato, un relato que ya de por sí contiene un gran número de elementos dramáticos. No es dado vislumbrar así, en ambos bandos, los afanes y reveses de los ejércitos medievales, atenuados o agravados alternativamente por victorias y derrotas.

Lo que me he propuesto en el presente libro no ha sido ofrecer un relato exhaustivo de los motivos que indujeron la puesta en marcha de la Tercera Cruzada, y tampoco he pretendido narrar el curso de sus dos primeros años. Para ello habría sido necesario investigar hasta las más mínimas circunstancias del avance que permitió a Saladino cruzar la región de Siria en la década de 1180, estudiar el desastre que encajaron en 1187 los occidentales en la batalla de los Cuernos de Hattin, y analizar las causas de la ulterior conquista de Jerusalén, sobrevenida ese mismo año. Tendría que haberse ponderado asimismo la ocasión, la forma y los contextos que acompañaron el cálculo de los líderes cruzados al tomar la decisión de abrazar la cruz, agrupar a sus huestes en Europa y realizar sus respectivos viajes a Oriente (invariablemente plagados de contrariedades y retrasos). Por idénticas razones, habría sido igualmente preciso examinar más a fondo el factor del entusiasmo religioso, por emplear la expresión con la que John France hace referencia al fenómeno, dado que esa vehemencia era uno de los elementos propulsores más importantes para cualquier ejército cruzado. Se trata por tanto de un tema complejo que, si bien ya ha sido sometido a un intenso escrutinio académico, es de tal naturaleza que podría eclipsar fácil-

mente el eje principal del relato. El objetivo primordial que persigue este libro, igual que el de France, consiste fundamentalmente en averiguar los sucesivos estados físicos en que se fueron encontrando los ejércitos a lo largo del asedio, sin mencionar los elementos religiosos más que en el caso de que esa situación material los altere o los condicione[7]. Sea como fuere, hay otros muchos estudios que pueden permitir a los lectores adentrarse en el contexto predominante en el conjunto de la cruzada. Las historias globales de las cruzadas contienen análisis adecuados, y en ocasiones incluso excelentes, de la interrelación existente entre los señores y los jefes de estado, aunque en la mayoría de los casos se trate de narrativas pertenecientes a libros que abordan el examen del período cruzado en su generalidad[8].

Además, y a pesar de que la ciudad de Acre aparezca sistemáticamente mencionada en las historias militares generales de la Edad Media, no hay un solo libro de historia que se ocupe de los aspectos operativos y tecnológicos del sitio. Ningún historiador ha intentado sintetizar el asedio, exponiendo la totalidad de las batallas, escaramuzas y choques navales que tuvieron lugar en las inmediaciones de la península de Acre. Diríase que la atención que ha suscitado la plaza vino fundamentalmente motivada por la fama de los combatientes que se hallaban presentes en la pugna. Sin embargo, este tipo de análisis de los personajes célebres ha oscurecido tanto los intentos destinados a ofrecer una crónica más completa del cerco como las contribuciones de los actores menos conocidos. En realidad, el hecho de que los registros militares de ambos bandos hayan fijado el foco en los protagonistas más destacados no ha contribuido sino a difuminar los contornos del propio escenario del ase-

dio: como tendré ocasión de argumentar a lo largo del texto, ni Ricardo ni Saladino realizaron hazañas particularmente impresionantes en Acre, y en cambio, el relieve de Felipe Augusto ha sido injustamente desdibujado. Por todo ello, en esta obra he optado por dar prioridad a los lances militares por encima de las circunstancias políticas, poniendo así a Acre en el epicentro de los acontecimientos y abordándolo como teatro de un conflicto que no solo obligó a las distintas fuerzas antagonistas a emprender largos viajes, sino que las instó a instalarse y a guerrear *in situ*. Teniendo en cuenta que fue el primer punto de contacto hostil entre los ejércitos cristiano y musulmán —y que se prolongó además durante mucho tiempo, dicho sea de paso—, merece que se le dedique específicamente un estudio amplio y pormenorizado[9].

El simple estudio del tremendo coste y la enorme escala de la operación, junto con la comprensión de sus dimensiones organizativas, exige ya un tratamiento mucho más dilatado del que habitualmente se le ha dado[10]. El presente libro se basa en relatos militares y pasa revista a la larga serie de combates terrestres y navales de que tenemos constancia, lo que significa que analiza al menos ocho batallas formales a campo abierto, doce asaltos directos dirigidos contra las murallas de la ciudad, dieciséis salidas estratégicas, diez enfrentamientos navales y varias decenas de escaramuzas. Engastado en este relato ofrezco también un examen de las personalidades de los soldados que intervinieron en las luchas, sobre todo en el caso de los generales, así como una exposición de las complejas circunstancias políticas que moldeaban las conductas, tanto en los estados cruzados como en los territorios ayubíes, junto con las contrapuestas influencias y motivaciones de naturaleza cultural y religiosa que pe-

saban sobre los combatientes. En la medida de lo posible, también he tratado de incorporar a la narración el contenido de fuentes distintas a las de los documentos escritos. Acre ha sido un yacimiento notablemente feraz para los estudios arqueológicos, y se ha llegado a decir de él, como también ocurre en el caso de Jerusalén, que constituye «la mejor oportunidad de estudiar la topografía urbana medieval del reino de Jerusalén[11]». Pese a que las dependencias, calles e iglesias presentes en el interior de la ciudad sean fuentes de información terciaria, el estudio arqueológico del puerto, las fortificaciones y los alrededores de Acre resulta crucial para alcanzar a entender dónde estaban instalados los diferentes ejércitos y el modo en que se las arreglaban para realizar sus funciones. Este examen interdisciplinario de las zonas de conflicto revela nuevos aspectos de la acción y plantea interrogantes inéditas relacionadas con los aspectos prácticos de las operaciones militares que figuran descritas en los documentos que han llegado hasta nosotros. Una vez expuestos los hechos a esta luz, espero que el libro constituya un relato suficientemente completo del conjunto de la maniobra de asedio y que contribuya de manera útil, precisamente por centrarse en muchos de los aspectos que hasta ahora habían sido descuidados, a ofrecer una visión del modo en que se libraban las cruzadas en general y de la forma en que se desarrolló la Tercera Cruzada en particular.

Capítulo 1

Objetivo: Acre

«Acre está llamada a ganar sin duda eterna fama,
Pues la Tierra entera se unió para combatir por ella[1]».

Cuando Saladino se presentó al pie de sus murallas, el 9 de julio de 1187, Acre llevaba setenta y tres años en manos cristianas. La presencia del príncipe ayubí a las puertas de la plaza tuvo lugar exactamente cinco días después de la gran victoria obtenida en la batalla de los Cuernos de Hattin, cerca de la ciudad de Tiberíades, en la que el gobernante musulmán había aplastado al ejército del reino de Jerusalén, acabado con la vida de miles de caballeros y apresado tanto al rey Guido de Lusiñán como a Reinaldo de Châtillon, señor de Kerak. Reinaldo fue ejecutado por negarse a convertirse al islam, y una sagrada reliquia —un trozo de la Vera Cruz en la que se había crucificado a Cristo— acabó en poder de los musulmanes[2]. La propia Jerusalén se encontraba ahora a merced de Saladino, pero el primer deseo del sultán pasaba por apoderarse antes de los puertos del litoral mediterráneo, ya que de ese modo podría conjurar la respuesta militar que sin duda acabaría produciéndose.

Carente de ejército capaz de protegerla, Acre se hallaba en gran peligro. Su gobernador, el senescal Joscelino III de Courtenay, había peleado en Hattin y escapado de la carnicería, pero se apresuró a rendir Acre y a entregársela a los musulmanes.

Fueron muchos los habitantes de la ciudad que se sintieron traicionados, así que amenazaron con prenderle

fuego aun estando ellos dentro. Saladino consiguió calmar su ansiedad al permitirles partir con sus bienes[3]. Según Ibn al-Athir, los musulmanes se apoderaron de un enorme botín en el interior de la plaza, aunque el sultán lo repartió entre sus soldados. A continuación puso las llaves de la ciudad en manos de su hijo, al-Afdal Alí, y por entrar en más detalles, entregó las posesiones y rentas del barrio de los templarios al jurista Isa (Isa Diya al-Din al-Hakkari[4]). Una vez zanjados estos asuntos, Saladino volvió a poner a su ejército en pie de guerra, iniciando una nueva campaña que acabaría saldándose con las conquistas de Sidón (el 29 de julio) y Beirut (el 6 de agosto) en el norte, seguidas de la toma de Ascalón en el sur (el 4 de septiembre).

Conrado y Guido

Había no obstante una ciudad costera que se las había arreglado para resistirse al avance de Saladino: Tiro, un puerto sólidamente fortificado a medio camino entre Sidón y Acre[5]. La mayor parte de los supervivientes del desastre de Hattin habían huido a Tiro, así que el 14 de julio de 1187 se presentaba en la población, a bordo de un barco procedente de Constantinopla, Conrado, marqués de Monferrato. Su primera intención había consistido en viajar a Acre para reunirse con su padre, Guillermo V, pero no tardó en enterarse de que no solo Guillermo había sido hecho prisionero en Hattin, sino que Acre se hallaba en poder de los musulmanes. Y había sido justamente al descubrir el alcance de las dificultades cuando había decidido navegar con rumbo norte para dirigirse a Tiro[6]. Tras echar pie a tierra, se informó a Conrado del fallecimiento del conde de Trípoli, Raimundo III. Con

Guido en manos de Saladino, Raimundo muerto y las demás ciudades costeras sujetas a la dominación musulmana, el marqués logró convertirse rápidamente en el principal líder cristiano de la cuenca oriental mediterránea.

A Conrado de Monferrato le gustaba considerarse rival de Guido de Lusiñán. Guido ceñía la corona de Jerusalén gracias a su matrimonio con la reina Sibila, hermana del rey Balduino IV, llamado «el Leproso» (fallecido en el año 1185). Sin embargo, Guido era el segundo marido de Sibila. El primero había sido un hermano de Conrado, Guillermo I de Normandía (conocido con el apodo de Guillermo Larga Espada), que, tras casarse con ella, en 1176, murió al año siguiente, dejando no obstante un hijo, Balduino V, desaparecido en 1186. Los Monferrato tenían por tanto un vínculo que les unía al trono, pero este había quedado quebrado al elegir Sibila a Guido y entregarle el cetro (gesto que más tarde sería ratificado por el patriarca Heraclio de Jerusalén al ungir a Guido y dignificar con ello su condición regia). A lo largo de su dilatada carrera, Guido se había granjeado un gran número de enemigos, pero Conrado acabaría siendo uno de los más tenaces[7]. Entretanto, Saladino proseguía su avance. Tras la caída de Ascalón, el sultán había terminado por encaminarse a Jerusalén. Puso cerco a la ciudad el 25 de septiembre, pero la plaza no consiguió resistir más que unos cuantos días, ya que poco después se rendía Balián, el señor de Ibelín (la actual Yibna). Saladino entró en la ciudad santa el 9 de octubre[8].

Los preparativos de la cruzada

El terrible descalabro de Hattin causó una impresión muy fuerte en Occidente y provocó que la cristiandad tocara a rebato para organizar la Tercera Cruzada. Sin embargo, la redacción del borrador de la bula cruzada se retrasó debido a que el papa Urbano II falleció súbitamente el 20 de octubre de 1187, cuando todavía estaban llegando relevantes retazos de información sobre el curso de los acontecimientos de Oriente. Según se dijo, la muerte se había producido como consecuencia de la conmoción sufrida por el pontífice al enterarse de lo sucedido en Hattin y de la pérdida de un trozo de la Vera Cruz. Su sucesor, Gregorio VIII, fue por tanto el encargado de publicar la bula *Audita tremendi*, nueve días después de la desaparición de Urbano[9].

Quienes se dedicaron a predicar el llamamiento contenido en la bula papal y a presionar tanto al noble como al común para que se comprometieran a participar en la acción cruzada encontraron una audiencia muy bien dispuesta. No se había instado a ninguna expedición comparable al Este desde la calamitosa Segunda Cruzada de la década de 1140, pero a pesar de todo el interés que suscitaba Tierra Santa seguía siendo muy intenso. El rey de Inglaterra, Enrique II, ya se había implicado tiempo atrás en el empeño, nada menos que en 1166, al proponer la exacción de un gravamen quinquenal de dos peniques por fibra destinado a proporcionar ayuda a quienes permanecían en Oriente. Él mismo prometió en dos ocasiones partir y guerrear en alguna cruzada —en 1170 y 1172—, ya fuera la de España o la de Tierra Santa. Y en caso de no poder atender a esos votos, se comprometía a reunir nuevos caudales para sostener el esfuerzo militar. Estas obligaciones quedaron fijadas en el «Compromiso de Avranches», en el que se pormenorizaba la penitencia

impuesta a Enrique por el papel que había desempeñado en el asesinato de Tomás Becket, arzobispo de Canterbury. En 1185, el rey prometió destinar a la causa los fondos obtenidos con la creación, por espacio de tres años, de un impuesto sobre la renta, pero rechazó la petición de Heraclio, que solicitaba la implicación personal del monarca. Su hijo Ricardo, el futuro Ricardo I, «Corazón de León», abrazó la cruz prematuramente, antes incluso de que se diera a conocer públicamente la bula pontificia[10].

Habría que esperar hasta el 21 de enero de 1188 para que Enrique II asumiera un compromiso verdaderamente firme. Joscelino, arzobispo de Tiro, que había estado recorriendo Europa y difundiendo historias relacionadas con la caída de Jerusalén, pronunció en esa fecha un sermón sobre la cruzada ante los reyes Enrique y Felipe II Augusto de Francia. Tanto los dos soberanos como Felipe de Alsacia, conde de Flandes, tomaron la cruz. Además, ambos aceptaron la propuesta de Enrique, que les había sugerido el cobro de una gabela generalizada que acabaría conociéndose con el remoquete de «diezmo de Saladino». En Inglaterra, el coste —situado en torno a las doce mil libras— fue asumido fundamentalmente por los judíos del país[11]. Dos meses después, en Maguncia, el emperador Federico Barbarroja, de la casa Hohenstaufen, abrazaba igualmente la cruz. Lo cierto es que los dineros obtenidos con las primeras imposiciones fiscales de Enrique sirvieron para abonar la paga de los soldados y comprar las armas con las que se combatió, tanto en Hattin como en Jerusalén, en 1187, pero el rey mismo jamás partió a la cruzada. Falleció el 6 de julio de 1189, dos años después de que se librara la batalla de los Cuernos de Hattin y casi dos meses antes de que Guido de

Lusiñán llegara a Acre. La responsabilidad de guiar al contingente inglés recayó en su hijo Ricardo. Los preparativos comenzaron en todo el continente: se recaudaron fondos, se reclutaron tropas y se dejaron en suspenso las disputas políticas, ya que los tres líderes laicos más poderosos de la Europa medieval, así como una legión de aristócratas de menor rango, se disponían a viajar a Oriente para librar la Tercera Cruzada[12].

Se entendía que los dirigentes que se alistaban como voluntarios en la contienda estaban cooperando con un mandato que, según se creía, emanaba del mismo Dios. La *Audita tremendi*, con la que arrancó formalmente la Tercera Cruzada casi dos años antes de que se iniciara siquiera el sitio de Acre, establece esquemáticamente ese vínculo entre la decisión de los hombres y los propósitos divinos:

> Ciertamente, no es nuevo, ni inusual, que esa tierra se vea perseguida a causa de un dictamen divino, como tampoco lo es que, después de haber sido golpeada y recibido un correctivo, alcance a obtener misericordia. Por supuesto, Dios Nuestro Señor podría preservarla mediante su sola voluntad, pero no nos corresponde a nosotros saber qué motivos pudieran decidirle a proceder así. Tal vez deseara experimentar y llamar la atención de otros pueblos y personas con el fin de averiguar si hay alguien que, poseyendo la facultad de comprender y buscar a Dios, y habiéndose ofrecido a sí mismo, se revela capaz de abrazar gozosamente el tiempo de la penitencia[13].

Esta idea de que Dios pudiera desear la cooperación del hombre en cuestiones de carácter bélico figura, de hecho, en todas las crónicas de Acre, tanto cristianas como musulmanas. Las dolencias de Saladino, por ejemplo, que muchas veces le impidieron enfrentarse a los cruzados como le hubiese gustado, se atribuían a la voluntad de Alá y tenían que ser aceptadas sin queja. El propio Saladino trataría de seguir con la máxima aten-

ción las señales divinas susceptibles de augurar la derrota final de su enemigo[14].

Mientras en Occidente se daba curso a los preparativos, en la cuenca oriental mediterránea la discordia y la desunión estaban a la orden del día. Al principio, la apurada situación de Acre apenas pasó de ser una breve nota a pie de página en la mucho más vasta narrativa de la caída de la ciudad santa, que llevaba en manos cristianas desde el año 1099. Sin embargo, la plaza olvidada no iba a tardar en convertirse en el eje de todo el empeño cruzado. En el verano de 1188, Saladino concedió la libertad a Guido de Lusiñán y este pudo abandonar su cautiverio. Es posible que el sultán realizara ese gesto con la esperanza de que la rivalidad entre Guido y Conrado de Monferrato viniera a desestabilizar todavía más el control que los cristianos ejercían todavía en la región. La liberación fue condicional, ya que a cambio de ella Guido hubo de prestar el juramento de no volver a tomar jamás las armas contra Saladino. Una vez libre, el rey cristiano reunió a los miembros de su familia y a sus partidarios y partió en dirección a Trípoli, al norte de Beirut, donde se hallaba Balián de Ibelín, al frente de los refugiados huidos de Jerusalén. Pero volvamos a ocuparnos de los acontecimientos de Tiro: Conrado había tomado la inteligente decisión de fortificar la ciudad, dado que en noviembre de 1188 Saladino se presentó a sus puertas e inició un asedio que habría de prolongarse hasta el verano de 1189. Mientras Conrado repelía con éxito los envites musulmanes, Saladino avanzaba por toda Siria, tomando ciudad tras ciudad y fortaleza tras fortaleza[15]. Llegado el verano de 1189, Guido reclutó el mayor número de tropas posible, tanto en Trípoli como en Antioquía, y condujo a su nuevo ejército al sur de Tiro.

Aunque Trípoli pertenecía al condado del mismo nombre, Tiro formaba parte del reino de Jerusalén, y naturalmente, Guido y Sibila tenían la intención de instalar su residencia en esa ciudad. Sin embargo, Conrado les hizo un desaire y se negó a permitir la entrada a la pareja real, y mucho menos a sus soldados[16].

La marcha hasta Acre

En agosto de 1189, en el campamento de fortuna que había instalado a las afueras de Tiro, Guido de Lusiñán llegó a la conclusión de que no podía seguir esperando por más tiempo y se dispuso a trasladarse al sur para presentarse en Acre. Las opciones que se le presentaban eran más bien escasas, salvo que decidiera abandonar por completo el reino, y por otra parte la ciudad costera de Acre constituía un primer objetivo claro de la campaña —sin duda extenuante— que se avecinaba para arrebatar a Saladino los territorios que habían caído en su poder. Guido contaba con un contingente cuyos efectivos oscilaban entre los cuatrocientos y los setecientos caballeros, reforzados por una infantería integrada por siete mil o nueve mil almas (cantidad desde luego más que suficiente para poner cerco a Acre si las condiciones se revelaban favorables). Esto no le impidió, sin embargo, rogar que le fuera concedida la gracia de Dios, no solo debido a que Acre estaba bien fortificada, sino también a que era muy probable que se viera superado en número si Saladino decidía acudir en auxilio de la plaza con sus ejércitos. El patriarca Heraclio y su hermano Godofredo de Lusiñán le animaron recordándole que todos los líderes europeos habían abrazado la cruz y terminarían por sumarse a la empresa[17]. Guido se puso en movimiento

el 22 de agosto, marchando en dirección sur y cruzando el desfiladero de Escandelión (al-Iskenderun), es decir, tomando una calzada que avanzaba por la costa y evitaba las regiones interiores, donde los exploradores musulmanes podían estar al acecho. Las fuentes occidentales sostienen que Saladino desconocía el avance de Guido, pero los textos árabes indican lo contrario: era efectivamente consciente del progreso temporal y de la dirección que llevaba la marcha, circunstancias que seguramente debieron de quedar al descubierto al topar el ejército cristiano con un pequeño grupo de musulmanes y librar con ellos una breve escaramuza[18].

Este primer contacto vino a señalar uno de los momentos cruciales de la campaña. Con un sistema de postas, varios mensajeros se relevaron para transmitir a Saladino la posición de los cruzados. Dados los estrechos límites de la zona por la que discurría el camino y teniendo en cuenta el elemento sorpresa, el sultán sopesó la posibilidad de ordenar a su ejército que se abalanzara sobre Guido y aniquilara a sus huestes allí mismo. Sin embargo, vaciló. El ayubí se encontraba en al-Shaqif Arnun (también conocido con el nombre de castillo de Belfort), situado al este de Tiro y en un punto de fácil defensa a orillas del río Litani, entre el mar y Damasco[19]. Se preguntaba si la iniciativa de Guido respondía a una astuta y rebuscada treta concebida para obligarle a abandonar el refugio en el que se hallaba y dejar así expedita la vía para transitar al norte o al sur. Esa es al menos la versión que ofrece Ibn Shaddad (cuyo nombre completo era Baha al-Din Ibn Shaddad), uno de los jueces (*qadi*, o cadí) que se hallaban al servicio personal del sultán y que se mantuvieron a su lado durante casi todo el asedio. Sería precisamente Ibn Shaddad quien dejara

constancia escrita de sus recuerdos en *The Rare and Excellent History of Saladin*. No obstante, lo cierto es que los dos hombres no se conocieron hasta el año 1188, de modo que Ibn Shaddad no estuvo presente ni en la batalla de los Cuernos de Hattin ni durante la reconquista de Jerusalén, en 1187, pero sí pudo ver con sus propios ojos los acontecimientos de Acre, y según parece en todo el asedio no se separó de Saladino más que en una ocasión. Su formación era la de un *'alim*, es decir, la correspondiente a un erudito religioso, y de hecho en las páginas de su crónica figuran frecuentes referencias al Corán. La imagen que transmite de Saladino es sumamente elogiosa, quizá debido a que la elaboración de su texto se produjo en vida del sultán y a que se proponía ofrecérselo como presente[20].

Pero el suyo no pasa de ser un punto de vista particular. El autor Ibn al-Athir, educado en Mosul (y cuyo nombre completo era Alí Izz al-Din Ibn al-Athir al-Jazarí), presenta un relato totalmente diferente en su historia universal, titulada *al-Kamil fil-tarikh*, que no solo incluye los sucesos de la Tercera Cruzada, sino también los acontecimientos ocurridos en el mundo islámico con anterioridad a la Primera[21]. Pese a que la redacción del texto sea contemporánea de Saladino, Ibn al-Athir no estuvo nunca al servicio del sultán y no asistió personalmente a ninguno de los lances del sitio de Acre[22]. En 1950, el orientalista escocés Hamilton A. R. Gibb ya señaló tanto ese alejamiento que mantuvo a Ibn al-Athir físicamente apartado de los acontecimientos como su aparente animadversión hacia Saladino, que muchas veces se trasluce en forma de pequeñas pinceladas sutilmente críticas. Por este motivo, hoy se considera que Ibn al-Athir es la menos fiable de las tres principales fuentes

árabes que exponen lo ocurrido en Acre[23]. Según Ibn al-Athir, Saladino reunió a sus emires en consejo y se dejó asesorar. Pese a que el ayubí quería frenar a Guido en ese angosto paso, los emires le advirtieron de que el desfiladero era demasiado estrecho y traicionero para poder trabar una verdadera batalla campal con el ejército cruzado. Por consiguiente, juzgaban preferible dejar que las tropas enemigas cruzaran la cañada para después hacerles frente en la llanura de Acre. Ibn al-Athir sospecha que los emires eran simplemente un hatajo de perezosos y explica que Saladino era consciente de ello, pero añade que, a pesar de todo, el sultán aceptó sus razonamientos y evitó el encontronazo, optando en cambio por seguir discretamente los pasos de los cruzados por su flanco oriental. Partió así en dirección a Tiberíades y envió un destacamento para hostigar a la vanguardia enemiga e informar de sus movimientos. Los partes comenzaron a afluir a borbotones: Guido había llegado primero a Ayn Basha y más tarde a al-Zib, el 27 de agosto, hasta presentarse finalmente en Acre, al día siguiente. Para entonces, la ocasión de detener en seco el avance de los cruzados se había esfumado, así que el sultán volvió a incorporarse al grueso de su ejército en Marj Saffuriyya, acompañado por el destacamento de observadores movilizado como avanzadilla, y decidió hacer un alto en ese punto para permitir que les alcanzara la columna en la que viajaban sus pertrechos. Una vez conseguido esto, el sultán desplazó finalmente la totalidad de sus efectivos a al-Kharruba, una colina situada al sureste de Acre. También encontró el modo de enviar refuerzos y suministros a la ciudad[24]. Su guarnición no capitularía sin combatir.

El hecho de que Saladino titubeara antes de atacar frontalmente al ejército cruzado es un rasgo muy elo-

cuente del estilo de liderazgo que le caracterizaba. Muchas veces habría de plegarse el sultán a los deseos de sus emires durante el cerco impuesto a la ciudad de Acre, ya que sabía perfectamente que era necesario cultivar su lealtad, o de lo contrario su vasto ejército podía acabar disgregándose. Las disputas locales que habían surgido en Siria pesaban considerablemente en el ánimo de los señores de la región, así que tendían a vivir con un ojo puesto en Acre y el otro en su particular feudo. Sin embargo, es posible que en este caso la colaboración y la aquiescencia le hayan costado muy caras al sultán. Ibn al-Athir, que al escribir cuenta con la ventaja de la perspectiva que otorga el tiempo, aventura la hipótesis de que los musulmanes podrían haber eliminado la amenaza cruzada desde su mismo inicio. El propio Saladino creía que una vez que Guido instalara su campamento a las afueras de Acre resultaría extremadamente difícil desalojarle de su posición. Las palabras del ayubí se revelaron clarividentes, así que el autor ha de resignarse a consignar, acaso con un suspiro, que «si Alá quiere algo, le allana el camino[25]».

Capítulo 2

Se inicia el asedio, *año 1189*

«De muchas formas estuvo este tiempo repleto de combates[1]».

A finales de agosto, Guido de Lusiñán y su ejército habían sobrevivido a la eventual celada del desfiladero de Escandelión y alcanzado la ciudad de Acre, donde acabarían por unírseles otros contingentes, además de los pisanos, que habían preferido embarcar a realizar una larga marcha por tierra. Lo que tenían ante los ojos era un desafío formidable: una península que el mar mantenía protegida por tres de sus flancos y que contaba además con el refuerzo de un perímetro amurallado de sillería. Dado que Acre había estado en poder de los cristianos entre los años 1104 y 1187, sus defensas habían adquirido gran renombre. Sin embargo, tras conquistar la plaza en 1187, Saladino había ordenado dotarla de una guarnición y hecho consolidar sus muros[2]. Tomarla iba a ser verdaderamente difícil.

El visitante que se acerque en la actualidad a la ciudad moderna, que hoy responde al nombre de Acco, quedará inmediatamente estupefacto frente a las fortificaciones que, pese a no pertenecer a la época cruzada, ofrecen, con todo, una imagen inolvidable de lo magníficamente resguardada y bien defendida que debía de estar la península (véase el Apéndice A). El casco viejo de San Juan de Acre cubre un cabo de 16 hectáreas que está unido al continente por su cara norte y que apunta en dirección sur. Al oeste tiene el mar Mediterráneo, su fachada meridional se asoma a la bahía de Haifa, y por el este linda

con la parte de esa ensenada que sirve de puerto natural. Con el tiempo, el asentamiento altomedieval rebasó el recinto estrictamente comprendido en el área peninsular y se extendió por el tronco continental hasta llegar a abarcar una superficie de unas 25 hectáreas, levantándose unas murallas defensivas tanto alrededor de esta zona ampliada como en torno a los puntos de acceso a la propia península. En esta parte de la geografía levantina la tierra se encuentra al nivel del mar, pero una sección del extremo septentrional de la ciudad se elevaba seis metros por encima del resto[3]. Más al norte, y cerca del litoral mediterráneo, se encuentra el barrio de Montmusard, que aparece mencionado por primera vez en el año 1120 y que fue creciendo poco a poco hasta 1187. En 1191, tras caer la ciudad en manos de los cruzados, el tamaño de este ensanche continuó aumentando, hasta que al final se le dotó de un cinturón amurallado propio[4]. En otras palabras: la urbe cruzada era mayor que la porción amurallada de la ciudad que hoy se mantiene todavía en pie. Durante el asedio se combatió intensamente a las puertas de la plaza, pero a pesar de ello es raro que esas entradas aparezcan señaladas en las fuentes o en los mapas. Aunque los mapas más antiguos muestren que un doble amurallamiento ceñía la ciudad, lo cierto es que en tiempos de la Tercera Cruzada había solo un circuito. A lo largo de toda su longitud, la muralla, jalonada por un buen número de torres, se abría por varios portalones, y en su parte frontal contaba con un antemuro bajo y un profundo foso[5].

El bloqueo

Son varias las fuentes que señalan los nombres de los jefes militares del asedio y sus respectivas posiciones. Guido de Lusiñán, junto con su esposa Sibila, sus hijas Alicia y María, su hermano Godofredo, y el patriarca Heraclio se encontraban acampados en la cima del antiguo cerro de Torón, también conocido con los nombres de Tel al-Musallabin o Tel al-Fukhkhar (y actualmente, Tel Akko), al que se encaramaban por las noches para evitar que les detectaran. Desde esta atalaya no solo podían contemplar los límites de la ciudad, sino que también alcanzaban a divisar el panorama de la llanura de Acre. El flanco oriental del montículo cae a pico y debió de ofrecer a Guido una estupenda posición defensiva, inmune a cualquier carga de caballería. Los soldados de Guido se encontraban alrededor de la colina y frente a ella, entre Torón y los muros de la ciudad. No había demasiada distancia entre ambos reductos, ya que los hallazgos arqueológicos sugieren que la muralla este de la plaza se hallaba mucho más próxima a Torón de lo que anteriormente se pensaba. Además, el ejército cristiano no atemorizó a los defensores de la plaza, ya que la guarnición superaba en número a los atacantes y podía habérselos tragado «tal y como un gavilán se zampa a un pajarillo[6]».

Es igualmente probable que tampoco causara la menor inquietud a Saladino. Tras abandonar Belfort, el sultán había dedicado los últimos días de agosto a enviar requerimientos de alistamiento a todos sus territorios a fin de reclutar nuevos contingentes militares, y se había negado a iniciar cualquier tipo de hostilidad contra el campamento cruzado en tanto no llegara a la zona el grueso de esas nuevas remesas de soldados. No tardaron en presentarse grandes masas de hombres procedentes de

Mosul, Sinyar, Diyarbakir y otras regiones. Los cristianos eran perfectamente conscientes del torrente de refuerzos que estaba recibiendo el bando musulmán, ya que desde los altos de Torón podían asistir a su paulatina aparición, contingente a contingente. La marea de enemigos instó a los combatientes cristianos a elevar sus plegarias a Dios y a rogarle que acudiera en su auxilio[7]. Los primeros protagonistas que figuran citados en las fuentes árabes son Taqi al-Din (al-Malik al-Muzaffar Taqi al-Din Umar, sobrino de Saladino y señor de Hama) y Muzaffar al-Din (Muzaffar al-Din Kukburi ibn Zayn al-Din, señor de Harrán y de Edesa). Saladino partió de al-Kharruba el 30 de agosto e instaló su campamento en Tel Kaysan, una localidad más próxima a Acre. Después, su gran ejército se desplegó en arco y rodeó por completo al ejército de Guido. El ala izquierda de las huestes musulmanas se extendió hacia el oeste, hasta llegar al río Belus, y su flanco derecho, que hizo otro tanto, llegó a contactar con Tel al-Ayyadiyya. Frente al contingente central se estacionó una avanzadilla con órdenes de hostigar diariamente el perímetro cruzado y de evitar que un solo cristiano lograra escapar a la encerrona. Ese grupo de vanguardia se hallaba en una posición ventajosa tanto para atacar el campamento enemigo como para lanzar, día y noche, flechas bombeadas sobre las fuerzas de Guido que se hallaban acantonadas en la cima del cerro de Torón. Atrapados entre los muros de Acre y las filas de Saladino, «los que habían llegado con la intención de asediar se vieron sitiados a su vez[8]». El miedo corrió rápidamente por entre las filas cristianas y los cruzados elevaron oraciones al Espíritu Santo, implorando su venida, porque, según decían: «El conoce nuestras necesidades, tanto de armas como de cuerpo[9]».

Los cruzados se las habían arreglado para no efectuar más que una única arremetida sobre Acre antes de la llegada de Saladino (embestida que probablemente se produjo el 1 de septiembre). Dado que todavía no había podido montar sus catapultas, Guido se vio obligado a atacar solo con la infantería, cuyos integrantes se lanzaron a la carrera contra el objetivo, escaleras en ristre, en un intento de escalar las murallas de la ciudad, pero en el camino estallaron tumultos y refriegas. Además, al presentarse de pronto un mensajero con la noticia de que el grueso del ejército de Saladino estaba próximo a llegar, el envión fue rápidamente abortado. Pero el informe resultó sumamente desconcertante, puesto que los musulmanes venían por oleadas, no en bloque. El compilador Ricardo de Templo parece convencido de que los cruzados habrían logrado penetrar en Acre y poner fin al asedio ese mismo día de no haber cedido tan fácilmente al pánico[10]. Ricardo era el prior de la iglesia de la Santa Trinidad de Londres, una de las sedes de los agustinos, y había llegado a Acre junto con el contingente inglés en 1191. Su *Itinerarium peregrinorum et gesta regis Ricardi* es una de las principales fuentes para el análisis de la Tercera Cruzada, pero en el caso de Acre aporta además informaciones en su mayor parte originales, al menos en lo referente a la última parte del asedio, ya que el resto procede de otros escritos. El primero de esos textos es la crucial crónica del asedio redactada en francés antiguo bajo el título de *Estoire de la Guerre Sainte*, un poema en el que se da cuenta de la Tercera Cruzada y que debemos a los desvelos de un individuo llamado Ambrosio, un normando que pudo haber sido un juglar o un clérigo, o quizás ambas cosas[11]. La segunda fuente de la que bebe Ricardo de Templo es una obra de título similar, el

Itinerarium peregrinorum, posiblemente escrito por un monje de la ciudad de Tiro, pero lo cierto es que este texto solo cubre los acontecimientos que se producen en Oriente hasta el 24 de noviembre de 1190.

Visto el ulterior desarrollo de los hechos, en los dos años inmediatamente posteriores, este iba a ser el único momento en que los cristianos pudieran darse el lujo de asediar la ciudad sin tener que defenderse al mismo tiempo de los incesantes asaltos de los musulmanes contra su campamento, ya que el primer ataque que Saladino lanzó sobre el ejército cruzado se produjo nada menos que al día siguiente. Pese a que quería esperar a que su hermano al-Adil (al-Malik al-Adil Sayf al-Din Abu Bakr ibn Ayyub) regresara del viaje diplomático que le había llevado a Bagdad, el sultán accedió a los deseos de sus emires, que le instaban a tomar la iniciativa[12]. En una carta dirigida al papa Clemente III y escrita por dos cruzados italianos, Teobaldo el Prefecto y Pedro, hijo de León, se recogen los detalles de este primer choque entre los soldados de Guido y los de Saladino. Los musulmanes hicieron avanzar a los efectivos de su flanco derecho en dirección al puerto, situado al suroeste de Torón, y atacaron el campamento de los caballeros hospitalarios, en el que casualmente se encontraba el hermano de Guido, Godofredo de Lusiñán. Los cruzados se vieron obligados a retroceder y quedaron atrapados al norte, entre las murallas de la ciudad y el alto del Torón. Esto abrió brevemente una vía de acceso hasta Acre que seguía el contorno de la bahía. Y todavía peor: al efectuar esa maniobra, los musulmanes dejaron parcialmente cogidos en una pinza a Guido y a sus hombres, momentáneamente incapaces de abandonar la colina. Al contemplar el desarrollo de los acontecimientos desde lo alto del Torón, el

rey vio que el despliegue de los musulmanes les estaba permitiendo actuar al este, al sur y al oeste. Forzado de pronto a defender su posición elevada, y comprendiendo súbitamente el apuro en el que se hallaba, Guido rogó a Dios que le aportara refuerzos. Fue una oración desesperada, dado que no tenía la menor idea de los planes de Conrado de Monferrato, y teniendo en cuenta lo mal que este le había tratado apenas unas semanas antes, no había manera de saber si estaba dispuesto a brindarle ayuda o no[13].

Por fortuna para Guido, lo cierto es que había efectivamente más soldados en camino, y no solo procedentes de Tiro. A mediados de septiembre había llegado de Occidente una flota capitaneada por el señor de Condé y Guisa, Santiago de Avesnes. Integrada por cincuenta naves, la armada transportaba de doce mil a catorce mil hombres, entre flamencos, frisios, alemanes y bretones. Según parece, el día anterior había desembarcado otro convoy naval en el que viajaban daneses, galeses y cómicos. El cronista no solo equipara a Santiago con Néstor «por el buen juicio», y con Aquiles por las armas, sino que asegura que aventajaba a Alejandro y a Héctor y que valía más que ambos. Para pagar los barcos y atender al salario de sus tropas, el señor de Guisa había hipotecado todas sus propiedades[14]. Al parecer, tras su llegada, Santiago había asumido el mando de todas las operaciones que el ejército pudiera efectuar sobre el terreno, ya que si unas veces dirigía personalmente el curso de la batalla, otras compartía esa responsabilidad con Luis III, el landgrave de Turingia[15]. A finales de septiembre, llegaron también refuerzos de Tiro, liderados por el marqués Conrado de Monferrato y Gerardo de Rávena. La carta de Teobaldo y Pedro sostiene que estas últimas

tropas componían un ejército de veinte mil soldados de infantería apoyado por mil caballeros[16]. Ibn Shaddad cifra el volumen total del ejército cruzado, una vez fondeados todos los buques, en dos mil jinetes y treinta mil infantes, o quizá más. Los navíos recién llegados contribuyeron a endurecer el bloqueo marítimo a que se hallaba sometido el puerto de Acre, dado que se unieron a los cincuenta y dos barcos pisanos que ya se encontraban en las inmediaciones.

Tanto el puerto como la zona portuaria ocupan un lugar muy destacado en el relato del asedio. Las fortificaciones de Acre se adentraban en la bahía y servían para ofrecer protección al ancladero de la ciudad. Una de las características más sobresalientes del muelle era la llamada Torre de las Moscas, erigida sobre cimientos helenísticos y construida con piedras de sillería unidas con grapas metálicas. Los restos de esa atalaya todavía pueden verse hoy, tanto desde la orilla oriental de la plaza como desde la carretera que baja hasta el actual espigón. En una época hubo un dique que partía de la Torre de las Moscas en dirección noroeste y llegaba hasta el muro oriental de la ciudad. Construido a base de mármol y sólidos sillares, esta escollera separaba el embarcadero urbano del puerto natural formado por la bahía[17]. A lo largo de todo el asedio, hay periódicas referencias a la llegada de barcos cruzados que amarran para descargar al otro lado de ese malecón. Al sur de la península, sale de la costa, en dirección a la Torre de las Moscas, un muelle que hace las veces de rompeolas. Esa estructura viene a morir al pie de una segunda torre, y entre ella y la de las Moscas se tendía una pesada y enorme cadena que guardaba la entrada del puerto[18]. Con la cadena bajada, las naves podían entrar al puerto y quedar fon-

deadas a resguardo. Lo más probable es que enfilaran la bocana desde el suroeste, y que una vez dentro de la dársena dieran un giro de casi 180 grados (al oeste) para atracar. Parece que los barcos de mayor tamaño tenían problemas para maniobrar en los estrechos límites del puerto, así que solían echar el ancla en la ensenada, para transportar después su cargamento hasta la orilla en embarcaciones más pequeñas. Esto se debe a que la entrada del fondeadero tenía una anchura de solo 85 metros, y a que el puerto mismo disponía de una profundidad muy escasa y de un espacio reducido, ya que únicamente contaba con una superficie de noventa mil metros cuadrados[19]. Tras desembarcar, los marineros cruzarían seguramente la Puerta de Hierro (*Porta ferrae*) y abonarían los correspondientes derechos de aduana en la Corte de la Cadena[20].

La posibilidad de sellar la entrada del puerto era un elemento vital para el bloqueo que habían impuesto los cruzados a Acre. No obstante, en sus fases iniciales, los capitanes cristianos no siempre acertaban a coordinar sus movimientos, de modo que, de cuando en cuando, los barcos musulmanes conseguían burlar el cierre y acceder al puerto. Además, cuando los cargueros cristianos atracaban a orillas de la bahía, los destacamentos musulmanes se lanzaban sobre ellos, de manera que los cristianos que se hallaban cerca de la costa, secundados por soldados venidos de las alturas del Torón, acudían precipitadamente para rechazar las acometidas y proteger tanto las mercancías recién desembarcadas como a los hombres atrapados en la emboscada. Las escaramuzas entre los refuerzos cruzados y los asaltantes musulmanes se prolongaban aun después de terminado el desembarco[21].

Los hombres que llegaban en las naves instalaban su campamento a las afueras de la ciudad. La zona situada al suroeste del Torón, a un costado del puerto de Acre y de la bahía de Haifa, había sido el escenario en el que se habían desarrollado todos los combates iniciales, y allí se encontraban acampados los efectivos del imperio y de Génova, así como los caballeros templarios y los hospitalarios. Les capitaneaban conjuntamente Santiago de Avesnes y Luis III, aunque los genoveses se hallaban a las órdenes de su cónsul en funciones, Guido Espínola, y de otros seis nobles[22]. Tanto al norte y a lo largo de la costa como en el interior del barrio de Montmusard y en sus inmediaciones se encontraban los pisanos, y más tarde, una vez personado en el teatro de los acontecimientos, Conrado de Monferrato se uniría a ellos[23]. El historiador Guillermo de Newburgh, canónigo de esa localidad, resaltaría más tarde el hecho de que Guido y Conrado se hallaran físicamente separados. Guillermo escribía su crónica desde el norte de Inglaterra, así que la información de que disponía dependía prácticamente por entero de los testimonios que le aportaran las personas que habían presenciado el enfrentamiento (y a esas declaraciones él le añadiría después más comentarios que descripciones). Guillermo atribuía precisamente el deslucido carácter de los primeros compases del asedio al antagonismo que oponía a ambos hombres[24]. En general, las cruzadas adolecieron siempre de rivalidades, fueran estas u otras. En esta época, las agrias disputas, los agravios mezquinos y las viejas rencillas eran moneda corriente cada vez que se reunía un importante contingente de tropa, pero en las cruzadas esa clase de desavenencias podían elevarse a la enésima potencia y complicarse sobremanera. Esto no solo se debía a la presencia de solda-

dos de muy diferente catadura, al hecho de que procedieran de territorios muy distintos, o a la diversidad de los motivos que les animaban a luchar, ya que lo cierto es que, además de las causas anteriores, una de las razones más relevantes guardaba relación con la falta de un órgano de mando sólido y centralizado[25]. En Acre, este tipo de asuntos provocó desacuerdos en materia de estrategia, así como largos períodos de inacción y reiterados pasos en falso que hicieron perder muchos combates a los cristianos. No obstante, en otras ocasiones, las huestes cruzadas conseguían operar con fluidez tras repartirse de forma bien coordinada las labores de mando. En esos casos maniobraban y combatían concertadamente y podían alcanzar resultados excelentes en el campo de batalla.

Sea como fuere, gracias a las nuevas incorporaciones, el ejército cruzado había triplicado ahora su tamaño y se encontraba en condiciones de embestir contra las murallas de la ciudad con un contingente mucho más nutrido. A juicio de los autores occidentales, la llegada de esos refuerzos se debía directamente a la intervención divina. Ricardo de Templo refiere la dicha y el llanto de los hombres confinados en el Torón al divisar por primera vez los barcos europeos y sus pendones cristianos, lo que hizo que todos elevaran plegarias a Dios por su auxilio:

> Nadie debería abrigar la menor duda de que ha sido Dios mismo quien ha enviado esta ayuda y consuelo a quienes siempre han confiado en su misericordia.
>
> Ahora comprenderéis cómo mira Dios por aquellos a quienes toma bajo su cuidado.
>
> Y mientras pasaban esos aprietos, les visitó la Luz de las alturas y les iluminó[26].

De acuerdo con la interpretación de Ricardo de Templo, las tropas de refresco occidentales contribuyeron a

la materialización de dos objetivos inmediatos. En primer lugar, sirvieron para preservar la presencia de los cruzados en Acre. La posición en la que se encontraba Guido era extremadamente precaria, ya que no solo había quedado atrapado desde el primer momento en el alto del Torón, sino que también ahora, una vez llegados sus refuerzos, tenía que responder al desafío de esquivar al gran ejército de Saladino. Esto implicaba defenderse diariamente del doble ataque con el que le presionaban las tropas acantonadas en la ciudad y los soldados del sultán, que coordinaba las arremetidas mediante el uso de las señales de humo[27]. Solo los heroicos esfuerzos de un puñado de caballeros hospitalarios y templarios (cuyas acciones aparecen descritas de forma muy vaga, por desgracia) impidieron que los musulmanes penetraran en el campamento. El segundo de los objetivos que facilitó la llegada de tropas de refresco cristianas fue que, gracias a ellas, fue posible presionar con mayor intensidad la propia plaza de Acre. Los sitiadores apostaron guardias y patrullas en todas las puertas de la ciudad con el fin de impedir tanto la materialización de salidas de verdadera importancia como el establecimiento de canales de comunicación eficaces y sencillos entre los contingentes musulmanes.

Sin embargo, el coste final en vidas humanas iba a ser realmente elevado. Ricardo de Templo revela que, de los miles de hombres que desembarcaron de las naves llegadas en septiembre de 1189, solo un centenar consiguió sobrevivir para ver caer la fortaleza en 1191[28]. De ser cierto, estamos ante un balance verdaderamente demoledor. Y por más amplio que sea el margen que dejemos a la exageración, se tiene claramente la sensación de que los índices de mortandad eran extremadamente altos.

Se empieza a tantear al enemigo

Las fuentes árabes arrancan la crónica después de que los refuerzos cristianos hayan establecido su campamento. Según refieren, Saladino envió a la ciudad a su emir Qaraqush (cuyo nombre completo era Baha al-Din al-Asadi Qaraqush) con la misión de organizar mejor sus defensas[29]. Al alba del jueves 14 de septiembre de 1189, los musulmanes dieron comienzo al primer gran asalto frontal contra los sitiadores. El ataque estaba muy bien coordinado, como habría de revelarse habitual a lo largo de todo el asedio: la guarnición de Acre salió en tromba por las puertas de la ciudad y arremetió contra los flancos meridional y occidental de las tropas cristianas, mientras el ejército de Saladino embestía por los costados oriental y septentrional. Esa fue la primera batalla formal que se libró en Acre, y la primera también en la que los dos contingentes enemigos pusieron sobre el campo de batalla a sus tropas regulares (y no debemos olvidar que el choque se prolongó por espacio de varios días).

La operación había sido decidida en consejo la noche anterior. En esta ocasión, el objetivo de Saladino no estaba necesariamente centrado en destrozar al ejército adversario, sino que consistía más bien en romper el bloqueo cruzado y abrir de ese modo una ruta de acceso permanente a Acre, con el fin de garantizar su reabastecimiento. De haber tenido éxito, la línea de suministros habría inutilizado el bloqueo. Según su costumbre, los musulmanes atacaron con su caballería ligera, armados con arcos, garrotes cubiertos de clavos, espadas, lanzas y dagas. Ricardo de Templo refiere así la célebre y habitual táctica de la «falsa retirada»:

> Cuando comprenden que sus perseguidores han dejado de ir tras ellos, es hábito propio de los turcos interrumpir igualmente su desenfrenada carrera (y en esto proceden como el enfurecido tábano que huye si se le espanta para regresar tan pronto como se le deja en paz). Mientras se le dé caza, emprende una y otra vez la fuga. Pero en cuanto uno se detiene, vuelve a tenerlo encima. Los turcos se comportan exactamente así. Cuando uno pone fin a la persecución y vuelve grupas, entonces el turco opta por pisarle los talones, y si el cristiano se lanza en pos de él, el musulmán le da la espalda y escapa[30].

El plan constaba de tres elementos: los hombres de Saladino habían reagrupado filas el miércoles por la noche y dormido en sus respectivas posiciones de combate; el jueves por la mañana se pronunciaron oraciones (probablemente *fajr*) de bendición (o *salat*), y el asalto se inició inmediatamente después de concluida la plegaria. El ejército avanzó formando tres divisiones, una en el flanco izquierdo, otra en el centro y una tercera en el costado derecho, con la compañía izquierda pegada al río Belus y la derecha ceñida al litoral mediterráneo, en la parte norte de Montmusard. De este modo, el sultán arremetía simultáneamente contra la totalidad del campamento cruzado[31]. Esa era en la época la disposición habitual de los ejércitos musulmanes, y desde luego habría de ser la que Saladino empleara a lo largo de todo el asedio. Pese a que en el caso de Acre no conozcamos los detalles de la composición de las líneas atacantes, el tipo ideal que figura en el manual militar elaborado posteriormente por al-Ansari estaba integrado por cinco hileras de soldados: una avanzadilla y una vanguardia respaldada a la grupa por una segunda hilera de tropa, todas ellas de caballería; una tercera línea destinada a proteger los bagajes ligeros que progresaban al frente; una cuarta oleada encargada de salvaguardar los pertrechos pesados que seguían por detrás al contingente, y una retaguardia para rematar el conjunto[32]. En esta ocasión,

parece que fue el ala derecha la que cosechó los mayores éxitos, ya que Taqi al-Din estuvo a punto de abrir brecha entre los cristianos y de llegar hasta la ciudad siguiendo el litoral del Mediterráneo, pero al final de la jornada, los combates se interrumpieron sin ningún resultado concluyente.

Al día siguiente, viernes, cayó, madura, la fruta que el señor de Hama había preparado con sus pacientes esfuerzos: los dispersos cruzados que estaban plantando cara a Taqi al-Din se habían agrupado para hacerse fuertes, y esto dejó abierta una estrecha franja costera que conducía hasta la ciudad[33]. En este caso, la presencia de los autores árabes en las inmediaciones resulta inestimable, dado que estaban junto a Saladino y tuvieron la oportunidad de asistir a la siguiente fase de la acción. El sultán envió refuerzos a Taqi al-Din, que se hallaba en el flanco derecho, con el fin de que pudiese explotar la brecha creada en la costa. El campamento de la zona contaba con muy pocas infraestructuras, y estas se hallaban además dispersas, ya que es bastante dudoso que se hubieran conseguido construir ya edificios de madera, lo que significa que el hueco dejado por los cristianos permitía una fácil penetración. Saladino intervino personalmente en todas y cada una de las etapas y escenarios del encontronazo, ya que prácticamente no se detuvo ni para comer. Sus comentaristas aseguran que, «por su gran ansiedad y numerosos cuidados», su comportamiento fue «como el de una madre desamparada[34]».

El ataque de Taqi al-Din se inició el viernes por la mañana. El primer movimiento de sus hombres consistió en cabalgar en dirección sur, para obligar a los cruzados a replegarse contra los muros de la ciudad. Después, Taqi al-Din ordenó que sus fuerzas dieran media vuelta a la

izquierda y volvieran a cargar contra el enemigo, al que ahora forzaron a correr a lo largo de la muralla, con rumbo este, a fin de buscar la seguridad de sus tiendas y el amparo de sus camaradas en la retaguardia. Lo que de ese modo consiguió el comandante de Saladino fue despejar una vía que le permitía llegar a Acre siguiendo simplemente el litoral. Los soldados musulmanes formaron entonces una línea de defensa, disponiéndose en varias filas, de sur a norte, en ángulo recto con las murallas. Con esta estratagema, Taqi al-Din estableció un corredor defensivo que terminaba en la Puerta de San Miguel. Se había burlado el bloqueo[35].

Las consecuencias de esa jornada de lucha no tardaron en quedar patentes, debido a que la guarnición de Acre se apoderó de una caravana con un gran número de camellos bien cargados; a que los musulmanes comenzaron a entrar y salir a placer de la ciudad; a que se escoltó a uno de los hijos de Saladino, que de ese modo pudo salir de la plaza; y a que pudo entrar en ella el emir Husam al-Din Abul-Hayja, apodado «el Gordo» (un kurdo originario de Irbil[36]). Ibn al-Athir deja constancia escrita de que Acre recibía un constante flujo de soldados, dineros y suministros. Los cruzados debieron de enloquecer de rabia al contemplar el espectáculo, dado que el cerco que habían impuesto a la ciudad había sido violado pocos días después de que lo hubiesen establecido. Y en términos simbólicos, lo que sucedió después tuvo que haber ejercido un efecto devastador en su moral: el mismísimo Saladino hizo su entrada en Acre. Acto seguido, y tras encaramarse a lo más alto de sus murallas, el sultán se puso a vigilar con gran solemnidad el campamento rival que se extendía a sus pies, contemplando desdeñosamente desde esa posición preeminente a los

cristianos allí instalados. No es de extrañar que «los musulmanes se regocijaran por la victoria que les había otorgado Alá[37]».

Como es obvio, el rapidísimo éxito de los soldados ayubíes también impresionó a los autores occidentales, que juzgaron oportuno felicitarles. Pese a que «no creyeran en Dios», «eran realmente varones de lo más insigne», puesto que «la virtud siempre merece ser elogiada, incluso en un enemigo[38]». Pero las cosas podrían haber ido todavía peor. Ibn al-Athir especula con la posibilidad de otro desenlace, ya que si Taqi al-Din hubiera optado por exprimir al máximo la ventaja obtenida, asegura, podría haber logrado una derrota aplastante sobre los cruzados. Sin embargo, lo que hizo el general fue suspender poco después el asalto. Ninguna de las fuentes árabes de que disponemos revela quién dio la orden, aunque otro testigo ocular, Imad al-Din (Imad al-Din al-Isfahaní), presenta la imagen de un Saladino que, al caer la noche, insiste en vigilar con la máxima atención a su ejército, lo que puede interpretarse como una suerte de sutil indicación. Y es preciso recordar que Imad al-Din no solo era un testigo que gozaba de una posición privilegiada, sino un secretario personal (o *katib*) de Saladino. El origen del texto que compuso ha desaparecido, pero ha llegado hasta nosotros a través de un compilador llamado Shihab al-Din Abu'l Qasim Abu Shama (fallecido en el año 1267), que copió algunas de sus partes en su *Book of the Two Gardens*. Imad al-Din fue la fuente más importante de cuantas utilizó Abu Shama para referir los acontecimientos de los reinados de Nur al-Din y Saladino, probablemente debido a que ambos autores veían con criterios muy similares la vida y la historia que les tocó vivir[39]. El otro testigo musulmán que

tenemos, Ibn Shaddad, piensa, por el contrario, que los soldados pecaron de negligencia: los combates habían cesado poco después de la oración del mediodía (*dhuhr*) era preciso abrevar a los caballos, y los hombres necesitaban descansar, pero lo que se había planeado era reanudar la pugna tras una breve pausa[40].

Sea como fuere, lo cierto es que una sola noche de reposo acabaría por revelarse una dilación excesivamente costosa. El domingo 17 de septiembre por la mañana los musulmanes volvieron a desplegar sus líneas, pero ahora de un modo diferente. La mayoría de ellos dejaron sus monturas, incluso los emires, y avanzaron en dirección al campamento cruzado a pie. Los cruzados se mostraron irritantemente reacios a entrar en combate, pero permanecieron cerca de sus tiendas. Se negaron a morder el anzuelo, y ni siquiera reaccionaron cuando se les incitó a responder a unas escaramuzas aparentemente menores (que probablemente consistieran en el lanzamiento de unos cuantos proyectiles, aunque no contamos con ninguna descripción que lo confirme). En consecuencia, varios de los emires de Saladino decretaron que se pospusiera el ataque. En lugar de proseguir con el hostigamiento, se envió a un grupo de soldados al interior de Acre, encomendándoseles la misión de efectuar una salida estratégica el siguiente martes, día 19 de septiembre, con el respaldo de la guarnición de la plaza. A continuación, los emires argumentaron que el resto de las fuerzas de Saladino debía realizar al mismo tiempo una carga desde el exterior. Las tropas musulmanas «llevaron a cabo el plan, pero el enemigo ofreció una feroz resistencia, buscando protección entre las tiendas» de su campamento. Esto echó por tierra lo planificado y la operación fracasó, a pesar de que Saladino se puso personalmente al

frente de los hombres agrupados en Acre y de que los musulmanes no dejaron de castigar al enemigo con constantes escaramuzas durante el resto de la semana[41].

Los combates de los días 16 y 17 de septiembre son muy interesantes y no han sido estudiados adecuadamente. Tras la gran victoria de su caballería, los musulmanes optaron deliberadamente por avanzar a pie, en lugar de recurrir a sus monturas. ¿Qué pudo impulsarles a proceder así? No puede decirse que en el bando musulmán la tradición de las tácticas de infantería sea increíblemente fértil a lo largo de todo este período[42]. Si dejamos a un lado los altos del Torón, el campamento cruzado no estaba fortificado por ningún perímetro de defensas físicas (ya que la excavación de las zanjas protectoras no se iniciaría hasta el mes de octubre): el único amparo de que disponían en esa zona los cristianos era el que pudieran ofrecerles las tiendas. Además, en toda la extensión del barrio de Montmusard, los musulmanes también superaban en número a los occidentales[43]. No se menciona en ningún momento que los cristianos se sirvieran de los edificios de Montmusard para ponerse a cubierto, aunque de haber sido así podría explicarse el empleo de los soldados de infantería, ya que estos se desenvuelven mejor en combates que exigen ir casa por casa. Los tradicionales métodos orientales de la arquería montada, las rápidas acciones de hostigamiento y las falsas retiradas no habrían funcionado tan bien en caso de que los cristianos hubieran contado con la protección de los tejados[44]. Una posible respuesta alternativa podría girar en torno al hecho de que Taqi al-Din y sus hombres podrían haber dado simplemente muestras de un exceso de confianza. R. C. Smail señala que, en último término, la derrota de un enemigo solía producirse tras

un combate cuerpo a cuerpo, una vez que los arqueros y la caballería ligera de los musulmanes hubieran mermado gravemente las filas cristianas[45]. Es posible por tanto que los soldados de Saladino creyeran que los sitiadores se hallaban ya en las últimas y que no iban a tardar en derrumbarse.

Sin embargo, la situación era exactamente la contraria: tras sobrevivir a dos ataques directos contra uno de sus flancos, los cruzados empezaron a aumentar sus esfuerzos en la zona. El viernes 22 de septiembre lograron organizarse lo suficiente para avanzar en bloque contra los musulmanes que les tenían rodeados: «El campo de batalla continuó siendo un vívido mercado en el que todos vendían cara su vida y el vendaval de la guerra se abatía sobre las cabezas de los capitanes, jóvenes o viejos[46]».

No hay una sola fuente occidental que refiera este choque en concreto con un mínimo detalle; de hecho, ninguna ofrece pormenores operativos que arrojen alguna luz sobre los actos de guerra que tuvieron lugar durante el resto del mes, posiblemente porque el relato habría estado plagado de descalabros. Por lo que nos cuenta Ibn Shaddad, se colocó al frente, en orden de marcha, una enorme pared de soldados de infantería para que los caballos cruzados que les seguían contaran con una sólida protección. Como un solo hombre, la formación avanzó en dirección a la vanguardia musulmana. Saladino gritó: «¡Hurra el Islam!», y la avanzadilla amenazada montó inmediatamente sobre los corceles y partió a la carga, dispersando con su embestida a la infantería, con la que trabó una lucha cuerpo a cuerpo. Los cruzados huyeron en masa, pisoteándose unos a otros, en un despavorido intento de regresar al campamento. Duran-

te tres días, las escaramuzas se sucedieron con cadencia irregular. Ibn Shaddad sostiene que él mismo consiguió entrar en Acre y subir al vértice de sus murallas para arrojar desde allí toda clase de proyectiles a los sitiadores que se encontraban abajo[47].

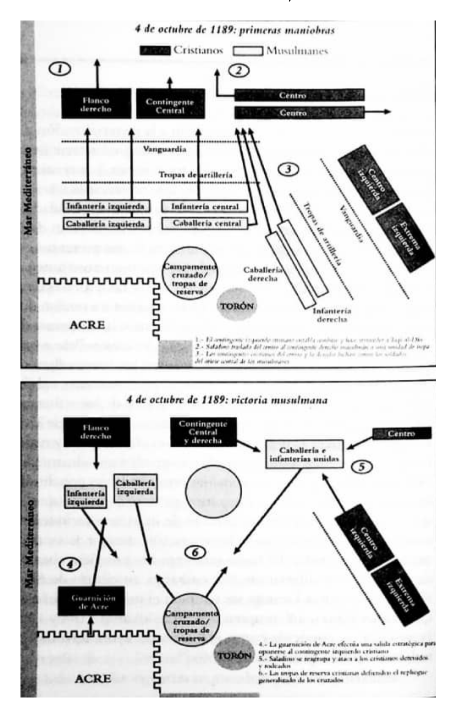
El hecho de que sus hombres consiguieran rechazar la maniobra cruzada debió de dejar una honda impresión en Saladino. A diferencia de lo sucedido la semana anterior, en la que sus tropas habían enfilado el campamento occidental sin lograr nada digno de ser resaltado, las ventajas de arrastrar al enemigo a campo abierto brillaban ahora con la intensidad de una certeza cegadora. Esto le animó a promover una nueva estrategia, así que se dispuso a tender una trampa a los cruzados, incitándoles a abandonar su campamento fingiendo que cedía terreno. Las líneas musulmanas se replegaron a una distancia prudencial, y el convoy de armas y bagajes partió rumbo a Tel al-Ayyadiyya, una elevación próxima al flanco oriental de Acre[48]. Esto permitía que los cristianos dispusieran de un mínimo espacio para aventurarse a salir y forrajear, sin olvidar que los pertrechos que viajaban con el destacamento musulmán debían de constituir para ellos un objetivo sumamente tentador. A corto plazo, la idea del sultán surtió el efecto deseado, ya que tanto el viernes como el sábado siguientes (29 y 30 de septiembre) algunos de los cruzados situados junto al flanco izquierdo de Saladino se dejaron ver fuera del campamento y caminaron hasta el río Belus con el fin de recoger leña para las hogueras y de reunir asimismo plantas y hierbas con las que alimentar a los caballos. Unos cuantos jinetes beduinos a los que el ayubí había ordenado montar guardia a orillas de la corriente de agua les atacaron, matando a algunos y cogiendo prisio-

neros a otros. Poco después, los beduinos se entrevistaban con Saladino para cambiar las cabezas cercenadas de sus víctimas por túnicas y obsequios[49]. Pero nuevas y más sonadas victorias se pintaban ya en el horizonte.

La batalla de octubre

Los primeros días de octubre asistieron a la materialización del plan de Saladino: los líderes cruzados decidieron lanzarse fieramente, y con todos sus efectivos, contra el sultán. Los cristianos tenían buenos y legítimos motivos en que sustentar la arremetida. El rey Guido y los barones que le apoyaban en calidad de aliados se reunieron en consejo para debatir los detalles de la empresa, y ninguno de los razonamientos de los presentes estuvo exento de lógica. Con un ejército tan numeroso amenazándoles por la espalda, dispuesto a intervenir tan pronto como empezaran a disparar las catapultas, los cruzados no podían dedicar plenamente su atención al cerco. Además, las despensas de la tropa también empezaban a quedarse sin abasto. Pese a que dos semanas antes les hubieran llegado en los barcos algunos suministros, estaba claro que no alcanzaban a mantener satisfechos los estómagos de las huestes de Guido y de los refuerzos. Las *Continuations* de la crónica de Guillermo, arzobispo de Tiro, escritas en francés antiguo, explican los evidentes y muy reales peligros a que les exponía el hecho de que los musulmanes les tuvieran rodeados. Las *Continuations* no quedaron concluidas hasta la década de 1220, como muy pronto, de modo que lo que nos ofrecen es el relato diferido de unos acontecimientos ocurridos en el transcurso de la generación anterior. Las cuatro versiones principales del texto muestran un complejo

abanico de semejanzas y diferencias. Sin embargo, en el caso de Acre, el de mayor utilidad resulta ser también el más completo: es el que abarca el período comprendido entre los años 1184 y 1197 (y su crónica, conocida como el *Eracles* de Lyon, terminó de redactarse probablemente en 1250[50]).



2. Batalla del 4 de octubre de 1189

Además, Guido contaba con la ventaja de la superioridad numérica. Todos los días llegaban tropas nuevas, capitaneadas por algunos de los más destacados magnates que habían acabado por acudir a Acre: Erardo II, conde de Brienne, y su hermano Andrés; el senescal de Flandes acompañado por un contingente de flamencos; Enrique I, conde de Bar-le-Duc; el conde Roberto de Dreux y su hermano, el obispo Felipe de Beauvais, y cinco arzobispos (de Arles-le-Blanc, de Besanzón, de Montreal, de Nazaret y de Pisa). Los cruzados disponían ya de los sol-

dados suficientes para realizar alguna acción de carácter general, así que se prepararon para llevar a la práctica un plan[51]. Ibn al-Athir ofrece una variante de este mismo planteamiento. Afincado en la lejana ciudad de Mosul, y obviamente ausente del consejo celebrado por Guido y sus leales, al-Athir da por supuesto que los cabecillas cristianos eran conscientes de que un importante número de secciones de los ejércitos sujetos al control nominal de Saladino todavía no habían conseguido llegar hasta Acre. Por consiguiente, su mejor opción consistía en arremeter contra los musulmanes antes de que llegaran esas divisiones de refresco[52]. Aunque no se afirme explícitamente, también es probable que sobre los cruzados planeara un sentimiento de frustración general por el constante hostigamiento a que se hallaba sometido su campamento (y por la consiguiente imposibilidad de entrar a saco en la plaza). En consecuencia, en la mañana del miércoles 4 de octubre, Guido y sus aliados decidieron trabar combate con las huestes de Saladino, resueltos a presentarse en el campamento musulmán de Tel al-Ayyadiyya para destruirlo.

Todas las crónicas occidentales explican de manera diferente el despliegue que efectuaron las tropas cruzadas, de modo que es imprescindible proceder a una criba fundada (véase el Mapa 2). Las fuerzas atacantes se dispusieron en tres líneas, con los arqueros y ballesteros en la primera, seguidos de la infantería en la segunda y de la caballería en la tercera. A continuación, las filas se dividieron en tres secciones: izquierda, central y derecha[53]. Conrado de Monferrato y Gerardo, obispo de Rávena, capitaneaban el ala izquierda, y en el momento del choque entraron súbitamente en escena por el sendero que Taqi al-Din había logrado abrir a lo largo del Mediterrá-

neo[54]. La infantería y las columnas encargadas de lanzar los proyectiles estaban formadas fundamentalmente por soldados italianos. El ala derecha se estiró hasta alcanzar la orilla del río Belus, y maniobró obedeciendo directamente las órdenes del propio Guido, pero no está claro si el rey permaneció en el Torón o intervino personalmente en el avance junto a los otros potentados[55]. Los caballeros hospitalarios integraban la caballería del flanco derecho, mientras que la infantería y los contingentes de artillería de ese costado se constituyeron con soldados italianos y franceses[56]. El ariete central, destinado a enjugar lo peor de los combates, se encontraba cerca de la mezquita de Ain-Baqar, extramuros de la ciudad. Sus comandantes eran Andrés de Brienne y Luis III, que se mantuvieron en la retaguardia con sus caballeros[57]? Gerardo de Ridefort, el gran maestre de la Orden del Temple, encabezaba la vanguardia de esta división central y cabalgaba junto a los demás templarios. Frente a ellos, en las filas de la infantería, había soldados de a pie y tropas de artillería catalanas y alemanas. Para contrarrestar cualquier salida intempestiva de la guarnición de Acre, el campamento quedó bajo la responsabilidad del hermano de Guido, Godofredo de Lusiñán, y de Santiago de Avesnes, secundados ambos por los hombres que tenían respectivamente bajo su mando[58].

Ante los cruzados se alzaban las divisiones del ejército de Saladino, que las fuentes árabes describen perfectamente bien. En esta ocasión el sultán también tomó la decisión de ordenar a los hombres que acamparan en posición la noche anterior. Su sobrino Taqi al-Din, que en ese momento era el general más prestigioso del conflicto, ocupaba el ala más externa del flanco derecho musulmán (frente a Conrado, situado en el costado izquier-

do del bando cristiano). El comandante y sus defensores se situaron al final de la columna, junto al mar. Inmediatamente a la derecha, cerca de la división central, podía verse a dos de los hijos de Saladino, al-Afdal y al-Zahir, así como a Husam al-Din ibn Lajin (señor de Nablús) y al *tawashi* Qaymaz al-Najmi[59]. El resto de la unidad derecha la formaban los soldados de Mosul, guiados por Zahir al-Din ibn al-Balankari, y los combatientes de Diyarbakir, a las órdenes de Qutb al-Din ibn Nur al-Din (señor de Hisn Kayfá).

El ala izquierda musulmana, que se hallaba frente a Guido y los hospitalarios del costado derecho cruzado, estaba integrada por efectivos más heterogéneos. En el flanco de extrema izquierda, junto al río Belus, se encontraba una compañía procedente de Asadiyya y el grupo de mamelucos de Asad al-Din Shirkuh (un tío de Saladino ya fallecido). Según mencionan explícitamente las fuentes, en esa unidad figuraban dos grandes adalides mamelucos: Sayf al-Din Yazkuj y Ruslan Bugha. Inmediatamente a la izquierda, situados cerca de la división central, combatían los soldados llegados de Sinyar, capitaneados por Muyahid al-Din Yarunqush, así como otro grupo de mamelucos y un pelotón de tropa sujeto a las órdenes de Muzaffar al-Din (el ya mencionado señor de Edesa y Harrán). También se hallaban en este lado otras secciones integradas por kurdos: el emir Mujalli dirigía a los kurdos de Mihrani y Hakkari, mientras que algunas formaciones más obedecían al jefe Sayf al-Din Alí ibn Ahmad al-Mashtub[60]. En el centro cabalgaba el mismísimo Saladino, presumiblemente acompañado de sus tropas regulares (*askar*) y de su guardia personal, formada por unos esclavos militares llamados *halqa*. Cada una de las alas contaba con la protección de una vanguardia de

escaramuzadores, al frente de los cuales Justo delante de la unidad central, se encontraba el jurista Isa, tenedor de los antiguos ingresos que los templarios recababan en Acre[61].

El choque dio comienzo a las nueve en punto de la mañana[62]. Los cruzados iniciaron el avance y cayeron, «como una plaga de langostas», sobre la vanguardia musulmana, que empezó a dispersarse. A juzgar por las crónicas, resulta evidente que, al entrar en contacto con el enemigo, los templarios y los hospitalarios arremetieron con sus monturas por entre las filas de la infantería y la artillería ayubí con el fin de dar caza a los que ponían pies en polvorosa[63]. Sin embargo, el cruce de espadas no tardó en quedar atascado, convertido en una caótica refriega multitudinaria. Ibn Shaddad mantiene que este topetazo inicial se prolongó por espacio de cuatro horas[64]. Por la tarde, las tornas experimentaron un vuelco: los italianos del flanco izquierdo cruzado se las habían arreglado para penetrar profundamente en las filas del contingente derecho musulmán, así que Taqi al-Din ordenó a sus soldados que se replegaran. Es posible que tratara de engañar al batallón cruzado con el fin de conseguir que se alejara del grueso del ejército y de ese modo poder aniquilarlo con una retirada fingida. No obstante, también existe la posibilidad alternativa de que simplemente pensara que estaba perdiendo la partida. La carta de Teobaldo y Pedro es el documento que nos ofrece la mayor cantidad de información sobre el combate con Taqi al-Din, ya que ellos mismos militaban en el ala izquierda de los cruzados. Esa misiva afirma que los musulmanes se estaban viendo superados por una fuerza abrumadora, y que quinientos caballeros enemigos cayeron fulminados, así como uno de los hijos de Sala-

dino[65]. Sea como fuere, al observar Saladino que su sobrino se retiraba al este, se puso en lo peor y envió refuerzos sacados de su propia unidad central para acudir en su auxilio[66].

Esto constituyó un error decisivo, puesto que los contingentes del centro y la derecha cruzados, al ver que las filas adversarias menguaban frente a ellos, se lanzaron a la carrera hacia la posición que ocupaba el sultán, golpeando a las filas musulmanas en la brecha que separaba sus alas central y derecha. Así describe Ricardo de Templo la táctica empleada:

> Con una sola voluntad, los turcos permanecieron a pie firme, decididos a defender su campamento. Cuando nuestra gente se les acercó, la unidad de infantería que marchaba al frente se escindió, permitiendo que la caballería cargara audazmente por el boquete y arrollara al enemigo. Los gentiles volvieron bridas para darse a la fuga y abandonaron precipitadamente las tiendas[67].

La embestida de la caballería pesada cristiana fue imparable, pero lo mismo cabe decir de su infantería. Las tropas de a pie lograron seguir el ritmo de los caballos, con lo que un frente de tres unidades independientes (formado por el contingente central de infantería, la compañía de jinetes del flanco derecho y el regimiento de infantes de ese mismo lado) cargó con la fuerza de un solo bloque. La segunda hilera de soldados musulmanes se derrumbó, tal y como le había sucedido antes a la vanguardia. Ibn Shaddad atribuye la responsabilidad de la difícil situación creada a la inexperiencia de los combatientes venidos de Diyarbakir. Se inició la desbandada general: el ala derecha huyó en dirección a Tel al-Ayyadiyya, con los cruzados pisándoles los talones, mientras los soldados del centro escapaban con rumbo ambiguo, ya que puede que se encaminaran hacia al-Qahwana, cruzando el puente que conducía a Tiberíades, o cabe in-

cluso la posibilidad de que enfilaran para Damasco. Los musulmanes que mantuvieron la posición encontraron la muerte, mientras que otros fueron atrapados en la zona de las tiendas ayubíes y degollados *in situ*[68].

R. C. Smail incluye esta batalla en su célebre capítulo sobre «El ejército de campaña latino en acción[*]», pero se le escapa la significación y alcance que tuvieron la mañana y la tarde del día 4 de octubre[69]. Los cruzados arremetieron con perfecta sincronización y empuje, valiéndose metódicamente de la ventaja que les proporcionaba el hecho de disponer de tropas mixtas para frustrar las tentativas de contraataque de la caballería musulmana. El liderazgo de sus cabecillas se ejerció sin sobresaltos ni irregularidades y se consiguió controlar sensatamente el desarrollo de los acontecimientos: los generales del cuerpo militar, pese a provenir de regiones diferentes y hallarse al mando de unos contingentes de tropa de muy diverso origen, lograron comunicarse y trabajar de común acuerdo. Esto resulta particularmente impresionante si tenemos en cuenta que el grueso del ejército llevaba acampado menos de tres semanas. En términos tácticos, esto sugiere que en el conjunto de los territorios de Occidente existía ya una cierta uniformidad en materia de preparación militar. Si las huestes cruzadas hubieran sabido conservar la disciplina, la batalla podría haberse saldado con una victoria. Ibn al-Athir apunta la idea de que los musulmanes podrían haber sufrido una derrota aplastante, y de que para ello habría bastado simplemente con que los cruzados hubiesen echado abajo las tiendas de Saladino, ya que, al verlo, los musulmanes que se estaban dando a la fuga en el ala derecha ayubí, e incluso los del flanco izquierdo (que hasta ese momento no habían intervenido en serio en el combate), podrían ha-

ber supuesto que Saladino estaba muerto, había sido capturado o se hallaba a merced del enemigo en pleno campo de batalla.

Sin embargo, en ese preciso instante, los cruzados se detuvieron, y en lugar de hacer trizas el campamento musulmán, optaron por saquear las instalaciones[70]. Es obvio que les cegó la codicia, pero resulta igualmente claro que les pudo asimismo el hambre, ya que muchos de ellos hicieron un alto… ¡para comer! Según las crónicas, «se abalanzaron avariciosamente sobre el botín. Cortaron las cuerdas que sostenían los pabellones y el valiente conde de Bar se apoderó de la tienda del mismísimo sultán… En otros lugares […] los alemanes se entregaban al rapaz pillaje del campamento enemigo[71]». Y no fueron los únicos. Los criados musulmanes, al comprobar que la guardia que custodiaba el campamento había sido expulsada por los cristianos, también se apresuraron a coger los despojos que les quedaban más a mano antes dejar desierta la zona de acampada: «La gente perdió sumas enormes. Aquello fue peor que la propia derrota[72]». Los cruzados dieron caza a muchos de esos sirvientes y les segaron la huida, robando a su vez los bienes previamente sustraídos. Sin embargo, el saqueo frenó la carga cruzada y se perdió todo el empuje acumulado hasta el momento.

Entretanto, Saladino, acompañado únicamente por unos cuantos asistentes personales, se esforzaba en salvar su ejército. Dirigió su caballo hacia los mamelucos y los kurdos del ala izquierda y les exhortó para que dieran media vuelta y se sumaran a la refriega. Intentó asimismo reagrupar a los hombres que, al darse a la fuga, estaban dejando desiertas las filas del ariete central, animándolos con un llamamiento específicamente reservado

a la yihad y prometiéndoles una eterna recompensa: «¡Adelante, adelante; por el islam!»[73]. Tanto Saladino como otros combatientes musulmanes tenían la costumbre de invocar a Alá con estas exclamaciones justo antes de lanzar un ataque[74]. Las fuentes árabes aparecen trufadas de gritos de «¡*Allahu-ákbarb*!» y lo mismo cabe decir de las enfáticas declaraciones de reafirmación monoteísta.

Con todo, la evolución de varios acontecimientos ocurridos mientras se daban un festín y se entretenían con el saqueo sobresaltó a los cruzados y les obligó a reintegrarse al escenario de la acción. En primer lugar, la guarnición de Acre acababa de meterse al fin en harina. En la confusión de la lucha no se sabía muy bien si lo que pretendía era atacar el campamento cruzado u hostigar la retaguardia del distante ejército adversario: de haberse propuesto lo primero, hemos de pensar que la posición de Godofredo de Lusiñán y sus hombres obedecía a una estrategia destinada a contrarrestar la salida de los defensores de la plaza sitiada; ahora bien, de tratarse de lo segundo, estaríamos en una situación distinta, dado que apuntaría a la posibilidad de aislar de su base a los cristianos que ocupaban las líneas más adelantadas[75]. Ibn al-Athir hace una observación similar, pero sostiene una tesis contraria, dado que afirma que la sección que se erigió en amenaza para los cristianos fue el ala derecha de los musulmanes, no la guarnición. Esto parece muy poco probable, dado que todas las demás fuentes aseguran que el contingente de ese flanco estaba dándose a la fuga. Más plausible resulta lo que puede leerse en la carta de Teobaldo y Pedro, en la que se indica que la guarnición, integrada por unos cinco mil hombres, golpeó por detrás al ala izquierda cruzada, cogiendo en tenaza a

los cristianos, que se vieron atrapados entre los soldados que hacían la salida y las dispersas tropas de Taqi al-Din[76]. El segundo acontecimiento que hizo salir del letargo guerrero a los cristianos que saqueaban el campamento musulmán fue un incidente relacionado con una de las monturas. Durante el saqueo, un caballo se encabritó y echó a correr en dirección a Acre, así que su propietario, secundado por unos cuantos camaradas, se lanzó tras él para tratar de dominarlo. Sin embargo, otros cruzados creyeron que aquellos hombres estaban simplemente abandonando el campo de batalla, así que decidieron huir a su vez. Poco después, cientos de soldados cristianos corrían desordenadamente, así que las filas cruzadas empezaron a embarullarse (pese a haber sabido conservar hasta ese momento, siquiera toscamente, la formación inicial, lo que no deja de resultar asombroso tras largas horas de reñido enfrentamiento). Ibn Shaddad, que cabalgaba junto a Saladino en la ladera oriental del campamento saqueado, no alcanzó a ver al caballo desbocado, así que supuso que los cristianos habían optado por desertar al percatarse del avance de los mamelucos en el ala izquierda musulmana[77].

Durante toda la jornada, el curso de la batalla había sido favorable a los cruzados, pero esta constelación de sucesos señaló su perdición. Su flanco izquierdo se vio ahora completamente cogido en una pinza formada por las tropas de la guarnición de Acre y los efectivos de Taqi al-Din, mientras que la división del centro cruzado se entretenía en saquear las tiendas del enemigo o se daba a la fuga, presa del pánico. Saladino aprovechó la ocasión y envió a sus hombres hacia las descompuestas filas cristianas. El contingente izquierdo de su ejército entró en combate, seguido por los restos de su unidad central de

tropa, que se las habían arreglado para reagruparse y volver a la carga. Los musulmanes saltaron sobre los saqueadores que todavía permanecían entre las tiendas y los mataron, y tras una breve persecución, cazaron también a los que pretendían huir. Mientras el ala izquierda del ayubí giraba en una maniobra envolvente ejecutada para rodear a la del centro, los cruzados que todavía se hallaban en la zona abrieron brecha y se precipitaron en dirección a Acre, sintiendo en la nuca el aliento de los jinetes musulmanes. Para empeorar las cosas, la banda izquierda de los cruzados acabó sucumbiendo a la presión y se replegó al campamento, lo que permitió que el flanco derecho musulmán comandado por Taqi al-Din —que hasta ese momento había vivido un día nefasto— diera media vuelta y se sumara al centro, convirtiéndose así en el segundo brazo de palanca de la tenaza que acababa de formarse[78].

Lo que siguió fue una auténtica masacre: «Los sarracenos dieron muerte a tantos que el río se tiñó de sangre[79]». Las tornas de la batalla habían cambiado, así que los cruzados que todavía empuñaban las armas huyeron en dirección a Acre en una masa caótica, perseguidos de cerca por sus enemigos. «La carnicería prosiguió», y, según parece, el contraataque musulmán no tardó en presentarse en las inmediaciones del campamento cruzado, llegando casi a irrumpir en tromba por entre las tiendas. No obstante, lo que finalmente sucedió fue que los musulmanes prefirieron emprender la retirada y abandonar el campo, quizá para efectuar la oración de la tarde. ¿Hemos de pensar que este último argumento no es en realidad más que una excusa esgrimida a conveniencia[80]? Lo cierto es que los relatos occidentales indican que fueron rechazados. El rey Guido acudió en

ayuda del marqués de Monferrato, y cuando los musulmanes alcanzaron la zona del campamento, en la que se encontraba el contingente de reserva cruzado, comandado por Godofredo de Lusiñán, las tropas de esta unidad de refresco se unieron a la lucha:

> Pese a las anteriores ofensas y a la rivalidad que les enfrentaba, Guido dio muestras de humanidad para con ese hombre indigno y le rescató cuando ya estaba a punto de fenecer. El hermano del monarca, Godofredo de Lusiñán, había asumido la responsabilidad de defender el campamento. Y cuando vio que el ejército quedaba sumido en la confusión y que todo el mundo se esforzaba en salir de estampida, él se apresuró a abandonar su posición, y, terriblemente preocupado por la seguridad de Guido, se lanzó decididamente hacia delante para frenar la desbandada. ¡Oh, pérfido revés de la Fortuna[81]!

Este iba a ser uno de los momentos cumbre de la biografía de Godofredo. Mientras cabalgaba hacia el enemigo con el fin de rescatar a los rezagados, otra sección de la guarnición de Acre realizó también una salida y atacó el campamento cruzado, ahora indefenso. Pese a lo adverso de las circunstancias, Godofredo salió vencedor, ya que no solo logró conservar el campamento, sino que también sacó de apuros a muchos de sus derrotados compañeros, así que «ese día recibió los elogios de todos cuantos residían en las tiendas, ya que había hecho más con sus propias manos que todos los demás juntos[82]».

Sin embargo, esto no impidió que perecieran muchísimos cruzados, incluidos dos de sus más señalados generales. Andrés de Brienne intentó reunir a sus hombres instándoles a detener la retirada y mantenerse a pie firme, pero al hacerlo recibió una herida y cayó del caballo. Su propio hermano, el conde Erardo II, pasó a su lado y oyó sus gritos, pero no detuvo a su cabalgadura y le abandonó a una muerte segura. Ricardo de Templo encarece la figura de Andrés, cuyo valor «le había elevado tan por encima de los demás franceses que se le tenía ya

por el primero y más principal de todos los caballeros, pugnando el resto por merecer la segunda plaza». A juicio de Ambrosio, «jamás volvió a fallecer otro caballero como él, del mismo modo que tampoco hubo quien rescatara a tantos». Por otra parte, se tacha a Erardo de cobarde[83]. Santiago de Avesnes, que había protegido el campamento junto a Godofredo y que obviamente le había acompañado al lanzarse este a la carga estuvo a punto de morir al quedar también él descabalgado. Por fortuna, otro hidalgo le cedió caballerosamente la montura, y Santiago escapó[84]. Quizá la baja más notable fuera la de Gerardo de Ridefort, el gran maestre de la Orden del Temple, que había capitaneado las filas del contingente central, hombro con hombro con Andrés. Los templarios habían luchado con gran coraje, pero habían llevado demasiado lejos su avance, lo que, al distanciarles en exceso del resto de las tropas, terminó por dejarles a merced del contraataque musulmán. Los compañeros de Gerardo le suplicaron que se batiera en retirada, pero solo consiguieron que les espetara: «¡Jamás! ¡Sería para deshonra mía y escándalo de los templarios! Se diría que preferí salvar la vida dándome a la fuga y permitiendo que mis compañeros de armas perecieran masacrados[85]». Gerardo fue hecho prisionero y más tarde sentenciado a muerte por Saladino, acusado de falsedad, puesto que dos años antes también había sido apresado en la batalla de los Cuernos de Hattin y se le había dejado partir en libertad tras jurar que no habría de volver a intervenir en la guerra. Su reincidencia le costaba ahora la vida[86].

Las fuentes nos ofrecen varias cifras de víctimas, y a pesar de que los números diverjan, lo cierto es que el cuadro general nos coloca frente a un desastre cristiano.

Rogelio, párroco de Hoveden, refiere que, además de Gerardo, cayeron en combate dieciocho caballeros templarios, junto con otros cuarenta hidalgos y un centenar de turcópolos. Imad al-Din sostiene que fueron bastantes más, unos cinco mil[87]. Ibn al-Athir mantiene que en total perdieron la vida diez mil cruzados, y además mantiene que la mayor parte pertenecían a la caballería, no a la infantería. Sabemos con certeza que no fue ese el caso, en modo alguno[88]. Las cifras que han de considerarse más exactas son las que presenta Ibn Shaddad, al menos en cuanto a los caídos en el bando cruzado. Este autor afirma que los clérigos musulmanes dedicaron toda la jornada posterior al encontronazo a contar los cadáveres de uno y otro bando, y añade que él mismo tuvo ocasión de ver cómo los supervivientes se llevaban los cuerpos. Según las estimaciones de uno de los religiosos, escribe Ibn Shaddad, los cristianos sufrieron siete mil bajas, aunque también consigna que, desde su punto de vista, la cifra es dudosa, tras lo cual explica que el total debió de ser ligeramente inferior. El relato que ofrece Ibn Shaddad es bastante detallado:

> El sultán ordenó que saliera un carro de Acre para transportar a los muertos francos hasta la orilla del río y que una vez allí fueran arrojados a él. Una de las personas que supervisó la buena marcha de la operación me dijo que había llevado consigo un bramante y que cada vez que cargaba un cuerpo le hacía un nudo. En el contingente del flanco izquierdo, el número de fallecidos se elevó a 4100, aunque le faltó incluir a unos cuantos, no muchos. Y a esa cantidad todavía había que añadirle las bajas del ala derecha y del puntal del centro, a los que no sumó a la cuenta, dado que de esos enemigos se habían encargado otros[89].

No obstante, las cifras de bajas musulmanas son muchísimo menores y no hay que darles crédito: se consignan únicamente ciento cincuenta muertos, de entre los cuales destacan los nombres de Zahir al-Din, el hermano

del jurista Isa, y del emir Mujalli ibn Marwan. El propio Isa cayó del caballo, pero tuvo la suerte de que acudieron al rescate varios parientes suyos, que también perdieron la vida. La carta de Teobaldo y Pedro sostiene que, además del hijo y el hermano de Saladino, murieron quinientos musulmanes, y esto solo en el flanco izquierdo de los cruzados[90]. Otra fuente latina, la de Rogelio de Hoveden, incluye en la lista a cien de los mejores guerreros musulmanes (presumiblemente miembros de los *tawashi*, esos soldados fuertemente armados y provistos de magníficas corazas de los que ya hemos tenido ocasión de hablar). Sin embargo, también sostiene que Saladino perdió a su hijo primogénito, a uno de sus senescales, y a su sobrino Taqi al-Din (lo que es incorrecto, ya que en realidad falleció en 1191, y ni siquiera en el escenario de Acre[91]). Rogelio no estuvo presente en este combate, ya que llegó más tarde a la zona: se unió a Ricardo Corazón de León y a los cruzados ingleses y normandos en Sicilia, corriendo el mes de agosto de 1190. Una vez que se hubo conseguido tomar Acre, regresó a Inglaterra, exactamente un año después, aunque esta vez en compañía de Felipe Augusto[92].

Desde luego, me gustaría poder disponer de unas cifras más exactas y conocer mejor el número de bajas musulmanas, sobre todo teniendo en mente que durante la mayor parte del choque los cruzados anduvieron cerca de obtener un éxito total. Ahora bien, aun no conociendo esos datos, si los guarismos que indican las fuentes árabes al asegurar que el número de cristianos caídos en combate se situó entre siete mil y diez mil almas se acercan siquiera a las cantidades reales, hemos de concluir que este choque constituyó un inmenso revés para los sitiadores. En ese caso, las pérdidas debieron de represen-

tar algo así como la cuarta o la tercera parte del total de efectivos del ejército. No se trató en ningún caso de una situación de tablas, como ha mantenido Paul Cobb: los cruzados fueron aplastados[93].

Una de las secuelas del enfrentamiento obligó a Saladino a poner un poco de orden en el caos generado y a limpiar los excesos derivados del encontronazo. El hedor de los cadáveres en descomposición era intolerable y estaba haciendo enfermar a sus hombres. Esta es la razón de que ordenara tirar al río Belus los restos mortales de todos los cruzados. Sin embargo, al ir flotando aguas abajo, los cruzados empezaron a verse afectados por el olor y el siniestro aspecto de los cuerpos desmembrados y cubiertos de terribles heridas, lo que les causó gran indignación, además de asco, dado que el agua potable que habían venido consumiendo hasta entonces había quedado contaminada. Las tiendas del extremo meridional del campamento iban a tener que ser reinstaladas lejos de la corriente en tanto no se pudiera dar sepultura a los cuerpos[94].

De manera similar, también los musulmanes modificaron la disposición de su asentamiento. El mismísimo Saladino se vio afectado por una larga sucesión de cólicos, cuya causa se atribuyó a la fetidez del aire, y fue incapaz de abandonar la tienda durante un tiempo. En vista de la situación, el 13 de octubre se convocaba un consejo para estudiar los pasos que debían darse a continuación. Algunos de los presentes defendieron la idea de que lo que se imponía era efectuar de manera inmediata un ataque contra el campamento enemigo. Los partidarios de esta propuesta argumentaron que los cruzados habían sido vapuleados y que se había conseguido menguar su número, pero añadían que, andando el tiempo, terminarían

por recibir refuerzos (tal vez incluso antes de que comenzara el invierno, aunque, en todo caso, resultaba obvio que en primavera los barcos de Occidente perforarían el horizonte). Dado que las tropas de reserva musulmanas que se encaminaban a la zona eran más bien escasas, la batalla debía librarse cuanto antes. Sin embargo, otros asesores se mostraban más reacios a una decisión tan drástica. Les preocupaba que la noticia de las dolencias del sultán llegara a oídos de los cruzados y los animara a emprender nuevas acciones. No obstante, el principal motivo de inquietud giraba en torno a la situación general en que se encontraba el ejército. Hacía ya más de cincuenta días que se había reclutado a los soldados, de modo que se sentían fatigados, tanto física como anímicamente, y otro tanto podía decirse de sus monturas. Y dado que, en esencia, los cruzados se hallaban atrapados y sin posibilidad de efectuar ningún movimiento, al estar cogidos en la pinza formada por la fortaleza de Acre y los hombres de Saladino, no había nada que desaconsejara conceder un descanso a la tropa y atacar únicamente cuando los efectivos musulmanes hubieran recuperado fuerzas[95]. Se estaba ante una situación similar a la de finales de agosto, fecha en la que Saladino había decidido permitir que los cruzados acamparan en Acre en lugar de aniquilarlos mientras marchaban al frente. Y también en esta ocasión, el ayubí optó por diferir el asalto. En este caso, su resolución resulta quizá más comprensible, sobre todo si tenemos en cuenta la grave enfermedad que le aquejaba. Sin embargo, con este planteamiento los musulmanes volvían a prolongar deliberadamente el asedio al negarse a precipitar la obtención de una victoria decisiva.

Entretanto, el sultán encargaba al cadí Ibn Shaddad la misión de reclutar más hombres para la causa. Le había llegado la noticia de que el emperador Federico Barbarroja había iniciado un gran despliegue y se dirigía a Siria, acompañado por un volumen de efectivos comprendido entre 200 000 y 260 000 soldados. Esta cifra era tremendamente exagerada, pero la funesta perspectiva de que un nuevo ejército se abalanzara sobre Acre convenció a Saladino de que necesitaba más combatientes a su lado. Para efectuar la leva, el ayubí juzgó que lo mejor sería lanzar un llamamiento a la yihad. Ibn Shaddad recorrió los dominios de Saladino (a excepción de Egipto) y visitó incluso al califa abasí de Bagdad, Nasir al-Din (Nasir al-Din Allah Abdul-Abbás Ahmad). El cadí abandonó Acre el 24 de octubre y no regresó hasta el 12 de abril de 1190. Obtuvo un éxito asombroso en el cumplimiento del encargo, ya que el argumento de la yihad convenció a varios señores musulmanes de que al llegar la primavera debían personarse con sus ejércitos en Acre. Y la respuesta que dieron al requerimiento de Ibn Shaddad no resultó menos pasmosa: «Escucharos es obedeceros». Entre esos contingentes se encontraban los procedentes de Sinyar y Jazira, respectivamente al mando de Imad al-Din Zanki (cuyo nombre completo era Imad al-Din Zanki ibn Qutb al-Din Mawdud ibn Zanki) y de su sobrino Sanjar Shah (Muizz al-Din Sanjar Shah ibn Sayf al-Din Ghazi ibn Mawdud ibn Zanki, señor de al-Jazira). El ejército de Mosul también acudió al llamamiento, aunque no a las órdenes de su señor Izz al-Din (Izz al-Din Masud ibn Qutb al-Din Mawdud), sino de su hijo, Alá al-Din Khurramshah (Alá al-Din Khurramshah ibn Izz al-Din Masud ibn Mawdud), y otro tanto sucedió con el ejército de Irbil, igualmente leal al sultán[96].

Cuatro días después de celebrado el consejo, Saladino acompañó al convoy que transportaba sus armas y bagajes en dirección sur, hacia los altos de al-Kharruba, llevando consigo a un buen número de soldados regulares. No obstante, la vanguardia quedó en formación de círculo con el fin de mantener rodeado el campamento cruzado, mientras que, por su parte, la guarnición de Acre recibía la orden de cerrar todas sus puertas y de defender con la máxima firmeza la ciudad. En esa colina próxima a la plaza asediada aguardó Saladino a su hermano al-Adil, que llegó a la zona, acompañado de tropas de reserva, el día 23 de octubre[97].

La relación que vinculaba a Saladino con los principios de la yihad ha hecho correr ríos de tinta[98]. Peter Partner ha señalado que el papel más destacado que vino a desempeñar la yihad a lo largo de todo este período fue el de contribuir a los intereses de los propios ayubíes, dado que, además de encumbrarles y permitirles adquirir la condición de líderes políticos, consiguió legitimar su dinastía. Cuando Saladino hacía caracolear su alazán entre las filas de soldados, «exhortándoles a que cumplieran el deber de la yihad» mientras gritaba «¡Adelante, adelante; por el islam!», lo que en realidad estaba haciendo era seguir el ejemplo, corregido y aumentado, que había dado Nur al-Din en la década de 1160[99]. Algunos autores musulmanes, como sucede por ejemplo con Ibn al-Athir y el jurista de la escuela hanbalí[*] Ibn Qudama al-Maqdisi, estaban convencidos de que ya hacía bastante tiempo que venía librándose una guerra santa, de hecho desde la época de la Primera Cruzada, por no decir antes[100]. Además, el tema de la yihad, sobre todo en relación con la importancia de la ciudad de Jerusalén, es un elemento que tiene una presencia constante y

muy popular en la poesía árabe de este período[101]. Todos estos planteamientos resultan razonables.

No obstante, está claro que las exclamaciones que Saladino profería para invocar la yihad en Acre guardaban relación con la inmediatez de la situación militar que se desplegaba ante él, y que tenía la firme creencia de estar librando efectivamente una guerra santa. El comportamiento de Saladino en Acre se corresponde con los términos de la explicación que ofrece Paul M. Cobb al sostener que la yihad de la época no obedecía en sí misma a una actitud militarista, ya que se trataba más bien de «una guerra de intención piadosa[102]». De hecho, Saladino haría llamamientos a la yihad a lo largo de todo el asedio de Acre, no solo en los momentos en que cedía a los impulsos del optimismo o le embargaba la angustia de una situación desesperada, lo que tiende a hacerme creer que la esgrimía con sinceridad[103]. Uno de los aspectos de la guerra santa que se dirimió en Acre y que acostumbra a pasarse por alto es el del papel que desempeñó entre los propios miembros de la tropa. Las crónicas que han llegado hasta nosotros presentan a los musulmanes que militaban en el ejército de Saladino diciendo que se trataba de soldados de la yihad, de campeones del islam y de «héroes del auténtico unitarismo». Constatamos asimismo que se alude a esos combatientes con distintas voces, como las de *mujahidun* (muyahidín, o voluntarios) o *ghuzah* (sencillamente, luchadores[104]). Hay dos guerreros que aparecen señalados de manera muy particular: me refiero a Mujahid al-Din Yarunqush, de Sinyar, y a un individuo cuyo nombre no figura pero que sabemos que procedía de Mazandarán. Del primero se dice que «gustaba de combatir por la fe», y del segundo se comenta que pidió permiso a Saladino para unirse

a la yihad. Respecto a los soldados, considerados ahora de forma colectiva, se mantenía la idea de que luchaban con fiereza y «se entregaban debidamente a la yihad[105]». A juicio de Ibn Shaddad, que desde luego podía abrigar perfectamente la esperanza de que el mismísimo Saladino leyera sus escritos, los soldados secundaban la noción de estar librando una batalla a mayor gloria de Dios y escuchaban los llamamientos del sultán a la guerra santa. Desde su punto de vista, Alá habría de salvar a quienes perseveraran frente a las duras pruebas del combate, y por consiguiente, «los defensores de ambos bandos sacrificaban la vida para obtener la paz en el otro mundo[106]». Estas palabras llevan el sello de las afirmaciones creíbles, ya que en *Eracles* puede leerse que Felipe Augusto declaró en una ocasión que los cruzados habían «acudido [a Tierra Santa] en nombre de Dios y por la salvación de nuestras almas[107]». Son muchos los cristianos que aparecen ensalzados debido a la devoción religiosa que les animaba en el combate. Nos permite comprobarlo, por ejemplo, el caso de un artillero de reconocida puntería que derribó a uno de los defensores musulmanes encaramados en lo más alto de las murallas de Acre cuando se disponía a orinar sobre un crucifijo: la «letal herida traspasó la ingle del turco[108]». En otro caso, una galera musulmana apresó a los tripulantes de una pequeña embarcación en la que el caballero Ivo de Vipont viajaba a Tiro cuando esta surcaba las aguas situadas frente a las costas de la cuenca oriental mediterránea. Al comprobar que sus compañeros quedaban sumidos en la desesperación, viendo que iban a ser capturados y muertos de forma inminente, Ivo les reconvino con una serie de reproches a su poca fe y acto seguido se lanzó al abordaje del bajel enemigo, esgrimió el hacha, y

empezó a decapitar a diestro y siniestro a cuantos marineros musulmanes encontró a su paso. Sus hombres siguieron su ejemplo y al rato conseguían apoderarse de la galera, pues «quienes cifran la esperanza en Dios reciben el triunfo de sus manos[109]». A todos los soldados devotos, ya se hallaran a uno u otro lado del frente, les esperaban grandes recompensas divinas[110].

Zanjas y murallas

Con una afirmación llamada a alzarse sin duda con el título de sutileza del año, los cabecillas cruzados decidieron que «iba a ser mejor eludir el combate a campo abierto durante una temporada[111]». Tras haber sufrido una gravísima merma de efectivos, había realmente muy pocas posibilidades de romper el cerco de Saladino o de abrir brecha en los muros de la plaza. La campaña acababa de encajar un revés tremendo, así que era preciso dar tiempo y ocasión a las reflexiones y a la paulatina desaparición de la tremenda congoja en que se debatían. No obstante, el hecho de que el sultán se hubiera replegado para instalarse en al-Kharruba, así como la posterior relajación de la cincha militar con que les habían fajado los musulmanes, les infundió cierto ánimo y un mínimo ámbito de respiro, aunque seguían teniendo que hacer frente a los cotidianos ataques de la vanguardia ayubí. Mientras Saladino continuara con su convalecencia en el flanco sur podrían irse colocando en el norte las primeras piezas de su derrota final.

El descanso resultó ser una bendición por dos razones. En primer lugar, a finales de octubre llegaron refuerzos por vía marítima, con lo que se verificaron las inquietudes de los asesores de Saladino. Y dado que los barcos

cruzados todavía podían resguardar eficazmente el puerto natural de Acre (es decir, el situado por fuera del espigón), las naves occidentales continuaron entrando y saliendo en tanto no empezaron a arreciar los temporales del invierno. Entre los magnates y eclesiásticos recién llegados destacan las figuras de Guido de Dampierre, conde de Ferrières, y de Adelardo, obispo de Verona, por no mencionar la presencia de otro gran número de barones, llegados a la zona junto a los cuatrocientos soldados daneses que acompañaban al sobrino del rey danés Canuto VI[112]. Rogelio de Hoveden sostiene que se presentaron en Acre quinientos caballeros y diez mil soldados. Ninguna otra fuente habla de un volumen tan considerable, y lo cierto es que los acontecimientos posteriores a esta serie de desembarcos no sugieren en modo alguno que el ejército cristiano hubiera recibido una inyección tan abundante de tropas de refresco. Por lo tanto, es probable que Rogelio de Hoveden estuviera sumando los efectivos llegados en octubre con los venidos en septiembre. No obstante, Hoveden refiere una interesante anécdota relativa a los navíos: pese a que algunos de los buques regresaran a Italia (concretamente a la Apulia), los que habían transportado a los daneses y a los alemanes permanecieron en Acre, donde los cruzados acabarían desguazándolos para alimentar de leña sus hogueras y emplearlos como material de construcción, dado que habían quedado aislados y no podían acceder a las zonas boscosas que se extendían al este del Torón[113].

En segundo lugar, el hecho de disfrutar de una pausa en las acciones bélicas de envergadura dio a los cruzados la oportunidad de fortificar adecuadamente su campamento. Se pusieron por tanto a cavar zanjas protectoras a ambos lados de las tiendas: una para resguardarse de

cualquier asalto que pudieran realizar los hombres de Saladino, y otra para frustrar las eventuales salidas de las tropas que integraban la guarnición de Acre[114]. Hecho esto, se procedió a rellenar los fosos con una larga serie de objetos puntiagudos de madera y metal, algunos de ellos sacados de los escudos rotos e inservibles. Las trincheras se extendían sin interrupción desde la bahía hasta el Mediterráneo. Por último, se procedió a parapetar las excavaciones con terraplenes, a los que en algunos puntos se les añadieron empalizadas. Los desniveles de tierra contribuían a ralentizar los asaltos de la caballería musulmana, ya que obligaban a jinetes y monturas a cabalgar cuesta arriba, mientras que las estacadas brindaban protección a los ballesteros occidentales que les asaeteaban desde ellas. La *Chronica* de Otón, el abate de Saint Blasien (una población situada en la Selva Negra), ofrece un detalle interesante. Pese a que el relato que nos brinda de las vicisitudes vividas en Oriente continúe hasta el año 1197, Otón no participó en la cruzada, y es evidente que no se preocupó ni poco ni mucho de los sucesos de Acre, a los que no dedica más que cuatro párrafos. No obstante, en este caso afirma que a ambos lados del campamento se instalaron portones en las empalizadas, y que gracias a ellas los cruzados podían efectuar salidas estratégicas, bien contra la ciudad, bien contra Saladino, según les viniera en gana[115]. Todos los cruzados, sin excepción, se entregaron en cuerpo y alma a la culminación de la titánica labor, estableciendo turnos en los que un grupo se dedicaba a cavar, mientras otro guardaba las espaldas de los que trabajaban, impidiendo así que les atacaran los musulmanes. La frustración de los ayubíes era más que palpable, ya que a pesar de arrojar verdaderas cortinas de flechas y de realizar un gran

número de cargas contra las líneas cruzadas les fue imposible quebrar el cordón protector de los occidentales, y mucho menos lograr que los que se afanaban en la obra se apartaran del empeño. Una vez completadas las defensas, la artillería cruzada se trasladó en pleno al interior del perímetro fortificado, desde el que podía lanzar a placer sus proyectiles y bombearlos para conseguir que impactaran dentro de la ciudad[116].

La introducción de estos refuerzos en el campamento cristiano tuvo principalmente tres efectos. En primer lugar, la trinchera que discurría frente a Acre rodeaba la ciudad y la volvía a aislar de las fuerzas de Saladino. En los períodos en que los barcos cruzados conseguían hacerse con el control efectivo del puerto, la guarnición no tenía forma de recibir suministros ni de enviarlos a sus correligionarios del exterior. Y como si con esto no bastara para complicarles suficientemente las cosas, estaba también el problema del agua: el *Eracles* de Lyon mantiene que los cruzados desviaron el curso del río Belus, apartándolo de la plaza sitiada e impidiendo de ese modo que su población dispusiera de agua potable[117]. En segundo lugar, el foso de Acre dificultaba las salidas de la guarnición y permitía que los cruzados prepararan, coordinaran y lanzaran nuevos ataques contra las murallas de la urbe. Esos asaltos no se efectuaban únicamente con los proyectiles que disparaba la artillería, también consistían en intentos de escalo, como los realizados por los hombres de Conrado de Monferrato y las huestes hospitalarias[118]. En tercer lugar, las zanjas y las empalizadas de la parte externa evitaban cualquier tentativa de penetración por parte de la caballería de Saladino. Pese a que la vanguardia del sultán siguiera hostigando a los defensores cristianos con asaltos diarios y periódicas es-

caramuzas, tanto las protecciones construidas como los hombres que las preservaban lograron bloquear todos los esfuerzos de envergadura concebidos para intentar forzar los límites del campamento. Esta vez, Taqi al-Din no iba a poder repetir el éxito obtenido en septiembre. En consecuencia, el sultán no encontró ninguna acción practicable que pudiera obligar a los cruzados a abandonar el asedio. Tenía que resignarse a sentar los reales y mantener cercada la posición del enemigo, a intentar cortarles las vías de suministro haciéndose con el control del puerto, o a procurar tal vez sacar de sus fortificaciones a los ejércitos occidentales mediante la combinación de una serie de tácticas de acoso y la realización de falsos movimientos de retirada.

Los musulmanes vigilaron con gran preocupación todos aquellos esfuerzos constructivos. Distintos mensajeros llevaban cotidianamente noticia de la situación a Saladino, y de hecho algunos de sus emires exhortaron al sultán pidiéndole que ordenara inmediatamente un ataque contra los cruzados, dado que entendían que era mejor hacerlo antes de que concluyeran su proyecto. Según parece, Saladino estaba perfectamente dispuesto a seguir su consejo (y lo cierto es que Ibn Shaddad explica las cosas como si quisiera dar la impresión de que la idea había sido del ayubí), pero puso reparos debido a su enfermedad. Cuando se aventuró la posibilidad de enviar al ejército a las órdenes de otro comandante, el sultán se negó, ya que supuso que los soldados no combatirían bien sin su tutela. Otros asesores le propusieron que difiriera la embestida en tanto no hubiera logrado reunir la totalidad de sus efectivos, incluidos los refuerzos, sin preocuparse de la evolución que siguieran las fortificaciones del adversario. La operación quedó por tanto

aplazada, lo que permitió concluir las obras defensivas sin mayores problemas[119]. Una vez más, Saladino se mostraba vacilante en el preciso instante en el que su mejor opción habría sido tomar directamente la iniciativa. Contaba con una neta superioridad numérica sobre los cristianos, y le aureolaba además el reciente triunfo logrado frente al ejército cruzado, pero le perdía el orgullo. Y aunque nadie lo supiera en ese momento, la decisión de no arremeter inmediatamente contra el enemigo era en realidad el principio del fin: así de categóricamente lo explica John Pryor: «una vez que [los occidentales] hubieron completado el foso y la empalizada, la suerte estaba echada[120]».

La llegada del invierno

Cuando el año 1189 comenzaba a deshojar sus últimas semanas, la naturaleza pareció querer interceder en favor de los musulmanes, ya que les concedió un pequeño respiro. En la región de Acre, el clima invernal se presenta de forma sumamente brusca y con gran acompañamiento de vientos inmisericordes, aunque no necesariamente venga cargado de nieve. En particular, las ráfagas que acostumbran a estremecer la cima del cerro de Torón no solo pueden revelarse lo suficientemente fuertes como para derribar postes, también llegan a desestabilizar al turista desprevenido. De hecho, las duras condiciones meteorológicas impidieron que los barcos permanecieran en el puerto exterior de la ciudad a lo largo de la estación. En la mayor parte de los casos, el destino de las embarcaciones cruzadas se repartió entre las que se vieron obligadas a partir a finales de octubre y las que acabaron alimentando las fogatas de los campamentos

cristianos. Además, tampoco existían grandes probabilidades de que llegasen nuevos buques, puesto que todo el que pretendiera cruzar el Mediterráneo en pleno invierno tendría que estar dispuesto a enfrentarse a numerosos problemas[121]. Por consiguiente, la ventana de oportunidad que se abría ante quien optara por presentarse en la ciudad por vía marítima era muy estrecha. No obstante, estas cuestiones logísticas tampoco presagiaban nada bueno para los musulmanes que resistían en la plaza sitiada. Y lo cierto es que, mientras aguardaba con las esperanzas puestas en la llegada de refuerzos, la hambrienta y desesperada guarnición de Acre decidió iniciar negociaciones con los cruzados a fin de estipular las condiciones de la entrega de la fortaleza. Los términos del acuerdo que buscaban eran extremadamente simples: arriarían el estandarte a cambio de que se les permitiera conservar la vida. Dando pruebas de su poco juicio, los cabecillas cruzados rechazaron el trato, ya que lo que deseaban era alcanzar la gloria de su conquista, o alternativamente que se les abrieran las puertas sin condición alguna[122]. No obstante, si tenemos en cuenta los éxitos que los musulmanes habían cosechado a lo largo del otoño, la oferta de una capitulación resulta más que sorprendente, lo que me induce a pensar que la falta de alimentos en el interior de Acre debía de ser verdaderamente acuciante.

Por fortuna para ellos, antes de que acabara el año llegaron finalmente, procedentes de Egipto y en dos oleadas sucesivas, los ansiados refuerzos ayubíes. Resulta complicado establecer la fecha exacta de estos acontecimientos, puesto que si las crónicas árabes los sitúan en los meses de noviembre y diciembre, los relatos occidentales los hacen girar en torno al 31 de octubre[123]. En

cualquier caso, el primer contingente que llegó fue el del ejército egipcio. Este se presentó en al-Kharruba al mando de al-Adil, el hermano de Saladino, y lo hizo acompañado de tropas de infantería y de una gran cantidad de pertrechos, armas y víveres. La caballería siria asomó por el horizonte aproximadamente por las mismas fechas[124]. El segundo gran grupo de soldados de refresco fue el embarcado en la muy esperada flota de Alejandría, cuya constitución y aprovisionamiento se habían producido por orden expresa del mismísimo Saladino. La armada musulmana realizó la maniobra de aproximación al puerto de Acre el 26 de diciembre, capitaneada por el emir Husam al-Din Lulu. Este no solo era de natural «enérgico, valeroso y audaz, sino también un experto conocedor del mar y de la guerra naval. Además, había sido bendecido por la buena fortuna[125]». Con cincuenta galeras (*shinis*) cargadas hasta los topes, Lulu se fue arrimando poco a poco al fondeadero. Esta escuadra constituía una parte muy importante de la flota egipcia. No sabemos de cuántos buques había dispuesto el sultán en 1189, pero a modo de referencia valga señalar que tenemos noticia de que apenas diez años antes, en 1179, Saladino había estado al mando de sesenta galeras y veinte naves de transporte (*tarida*[126]). En un día despejado se puede divisar una flota a considerable distancia, a su paso frente a las costas de Haifa, por ejemplo[*]. En esta ocasión, no obstante, al hallarse tan lejos, los cruzados no podían determinar si las naves que se aproximaban eran amigas o enemigas. Pero no tardaron en descubrirlo al observar que las galeras se lanzaban al abordaje de un crucero cristiano situado fuera del amarradero; de hecho, uno de los pocos que quedaban en la zona[127]. La embarcación cayó en poder de los musulmanes (aunque

algunos de los marineros se las arreglaron para saltar por la borda y ganar a nado la seguridad de la costa cristiana) y fue remolcada e introducida por la bocana del puerto con el fin de incorporarla al resto de la flota ayubí. Los musulmanes se incautaron del cargamento, ejecutaron a los miembros de la tripulación que todavía permanecían a bordo, y más tarde los soldados de la guarnición colgaron sus cadáveres de los muros de la ciudad. Las naves occidentales que todavía se hallaban en las inmediaciones se adentraron en el Mediterráneo o se dirigieron al norte, a la localidad de Tiro, donde quedaron atracadas el resto del invierno. Hecho esto, los miles de sarracenos que integraban la marinería y las unidades de infantes (*rajjala*) llegados en las embarcaciones de Lulu echaron pie a tierra[128].

Uno de los efectos que tuvo la presencia de esos refuerzos y la apertura del puerto en los habitantes de Acre fue que estos recobraron a un tiempo la esperanza de reponer sus suministros por vía marítima y la perspectiva del auxilio terrestre que sin duda habrían de prestarles los nuevos ejércitos de Saladino. Por consiguiente, la guarnición rompió las conversaciones que había venido entablando hasta entonces con vistas a su rendición. Por otra parte, dado que el frío y el barro se habían adueñado de la llanura de Acre, ambos bandos se concedieron una pausa e interrumpieron toda hostilidad digna de tal nombre, instalándose una tranquilidad tal que Saladino llegó incluso a juzgar oportuno conceder un nuevo permiso estacional a muchos de sus veteranos[129]. En los primeros meses de lucha, el sultán había cometido varios errores estratégicos y desperdiciado un par de oportunidades de oro para quitarse de encima a los sitiadores. Ahora bien, si hubieran echado la vista

atrás y repasado la secuencia de acontecimientos vivida desde finales de 1189, los cruzados habrían comprendido que su equivocación había sido aún mayor, ya que, a pesar de haber sufrido unas pérdidas tremendas en el campo de batalla, habían rechazado una magnífica oportunidad de hacerse con la plaza de Acre sin nuevos derramamientos de sangre. La verdad es que la soberbia de los cabecillas cruzados iba a revelarse terriblemente costosa.

Capítulo 3

Primavera y verano, *año 1190*

«Dos partes del mundo atacaron a la tercera, Europa, que en solitario, y no en su totalidad, ensalzaba el nombre de Cristo[1]».

El fallo cometido por Saladino al no atacar a los atormentados cruzados cuando había tenido ocasión no iba a ponerse inmediatamente de manifiesto al quedar atrás el año 1189 y empezar a asomar la primavera de 1190. Nadie podía haber previsto la decisiva eficacia que acabaron demostrando las trincheras, estacadas y terraplenes, ya que conseguirían frenar la larga serie de embestidas del inmenso rodillo militar islámico. Cómodamente instalados en el interior de su campamento, los cristianos se encontraron de pronto en condiciones de centrar su atención en la efectividad del asedio impuesto a Acre, de modo que finalmente comenzaron a realizar varios ataques de notable envergadura y correcta coordinación. Sin embargo, los problemas asociados con la falta de suministros se cernían como una siniestra amenaza sobre ellos. Aislados de los terrenos situados más allá de su campamento, los occidentales se las veían y se las deseaban para mantener sus despensas suficientemente abastecidas. La guarnición y los habitantes que se hallaban refugiados en el interior de Acre también se enfrentaban a un apuro muy similar y, al igual que sus oponentes, tenían que fiar lo fundamental de su supervivencia a los víveres que pudieran llegarles por el mar. Esto explica que el año 1190 asistiera a una larga serie de combates nava-

les, dado que los barcos de uno y otro bando se esforzaban en pasar productos de primera necesidad a sus camaradas. Fue un período marcado por una sucesión de altibajos, pues unas veces la llegada de embarcaciones aliadas llenaba de esperanza a los cruzados, que redoblaban los asaltos contra Acre, y otras la incidencia de reveses operativos, agravados por la muerte de miles de cruzados en los choques, enfriaba seriamente los ánimos.

Durante el invierno apenas se libraron combates y, de hecho, ni siquiera a principios de la primavera se emprendieron acciones, ya que a decir verdad solo hubo una escaramuza, justo extramuros de la ciudad. El sultán, recuperado ya de su afección, partió a una expedición de caza, y de algún modo los dirigentes cristianos se enteraron de su ausencia. Aprovecharon la ocasión para atacar a la vanguardia musulmana, que vigilaba al otro lado de las empalizadas de su campamento. El hermano de Saladino, al-Adil, reagrupó a sus hombres, pero al final les ordenó retirarse, aunque no sin haber combatido antes con fiereza. Ibn al-Athir resalta la crudeza de este encontronazo, ya que sostiene que los musulmanes combatieron desesperadamente y que al final hubo grandes bajas en ambos bandos. En el choque intervinieron dos de los máximos adalides mamelucos: uno de ellos, llamado Argush, cayó en la lucha, pero el otro, Sarasunqur, se las arregló para escapar con vida pese a que un multitudinario grupo de cruzados le tendió una emboscada y le arrastró un buen trecho cogiéndole de la cabellera[2]. No se señala el punto exacto en el que se desarrolló la pugna, y de hecho las fuentes occidentales ni siquiera recogen el episodio.

Los musulmanes apenas tuvieron tiempo para lamentar amargamente esta pequeña derrota, dado que no tar-

daron en asomar por el horizonte otros problemas, bastante más graves. Poco antes de la Pascua de Resurrección de 1190 (que ese año coincidió con el día 25 de marzo), o quizás algo después, apareció frente a las costas del Mediterráneo una nueva flota cruzada de cincuenta naves. Al frente de la escuadra, que procedía de Tiro y había navegado con rumbo sur para enfilar en dirección a Acre, se hallaba el marqués de esa población, Conrado de Monferrato. Guido de Lusiñán y Conrado de Monferrato se habían reconciliado: el rey se había avenido a permitir que Conrado conservara la plaza de Tiro, y a que se le entregaran además las de Beirut y Sidón en cuanto volviesen a quedar en manos cristianas[3]. En consecuencia, tras pasar el invierno en Tiro, el marqués regresaba al escenario del asedio. A los asesores de Saladino les había tenido muy preocupados el hecho de que, al llegar la primavera, los cristianos pudieran recibir una nueva tanda de suministros —la primera desde el mes de octubre—, y ahora veían que sus peores presagios estaban efectivamente a punto de cumplirse.

La media luna flanquea a la cruz

Las embarcaciones musulmanas interceptaron la flota de Conrado antes de que sus integrantes pudieran rebasar el puerto de Acre y atracar en los remansos de la bahía contigua al campamento cristiano. Esto provocó el segundo de los diez combates navales que habrían de acabar librándose a lo largo del asedio. Procediendo a fusionar elementos sacados tanto del *Itinerario 1* como de Ambrosio, Ricardo de Templo consigue referir con abundante profusión de detalles tácticos y tecnológicos el desarrollo del choque[4]. Parte de las peripecias que na-

rra apenas tienen sentido, ya que Ricardo indica que la flota musulmana abandonó el puerto de Acre con la intención de emprender una especie de grandioso duelo, en vista de lo cual los marineros instalados en el campamento cruzado saltaron a bordo de sus navíos y dieron cumplida respuesta a la provocación. De haber sido así, es probable que los buques cruzados ya hubieran logrado pasar frente al puerto y procedido a bloquear de nuevo el acceso a Acre por mar. Sin embargo, las crónicas anteriores sostienen que no había quedado prácticamente ningún barco de Occidente en la zona, ya que los que no habían partido para hibernar en otros lares habían terminado por alimentar las fogatas cristianas. La historia de Ambrosio tiene en cambio más sentido. Este autor afirma que al presentarse la flota de Conrado en las inmediaciones, las naves musulmanas se limitaron sencillamente a hacer una salida para entablar combate con el adversario[5]. Tras aglomerarse en tropel por las calles de la ciudad, miles de defensores de Acre embarcaron a la carrera en los bajeles musulmanes amarrados en puerto, formando una «muchedumbre como la de la marabunta que vomita en todas direcciones el hormiguero enfurecido[6]».

Las naves bogaron hasta superar la vertical de la Torre de las Moscas, se internaron en la rada, y acabaron saliendo al Mediterráneo, armando un convoy de buques emparejados de dos en dos. La flota de Conrado de Monferrato puso proa al oeste y permitió que los musulmanes completaran la formación. Según parece, antes de abrir las hostilidades, las dos escuadras maniobraron hasta colocarse en filas horizontales, aunque después los cruzados arquearon las suyas hasta crear una suerte de media luna con la parte cóncava situada en el punto más

alejado de las naves enemigas que se les echaban encima. Lo que perseguían era crear una tenaza con la que atrapar a los musulmanes que trataran de perforar sus líneas. Este planteamiento respondía perfectamente a lo que era habitual en la estrategia militar de la época, y de hecho se trataba de una formación consagrada en la literatura naval bizantina, dado que aparece mencionada en la *Táctica*, el manual bélico redactado o patrocinado, a finales del siglo IX, por el emperador León VI el Sabio[7]. No obstante, en un pasaje anterior, Ricardo de Templo, tras copiar lo referido en *Itinerario 1*, también pasa revista a los tipos de embarcaciones empleadas en la batalla de Accio, en el año 31 a. C., en la que Agripa obtuvo una sonada victoria sobre la flota de Marco Antonio. En dicho encontronazo, Agripa había curvado de manera similar sus líneas, así que resulta verosímil pensar que nuestro autor se limitó a tomar en préstamo este detalle, apoyándose en una fuente antigua. En algunos casos, esta copia de los pormenores de las operaciones militares clásicas era una de las características distintivas de los escritos medievales. Es más, si tenemos en cuenta que no vuelve a hacerse una sola referencia a la formación misma, ni al resultado que obtuvo, resulta razonable perseverar en el escepticismo[8].

Pero dejemos ahora a un lado la alineación de la flota y fijémonos en la maniobra de Conrado, que decidió situar al frente las galeras más sólidas y mejor equipadas. Después, todas las naves colocaron una hilera de escudos en sus costados superiores y se ordenó a los remeros que descendieran a la segunda cubierta para dejar que los soldados ocuparan el plano de intemperie de los barcos. La flota musulmana estaba constituida por una mezcla de galeras de doble puente, respaldadas por ga-

leotas, más ligeras y provistas de una única cubierta. En lengua árabe, las primeras recibían el nombre de *shini*, y eran capaces de transportar de cien a doscientos remeros, y hasta ciento cincuenta infantes de marina. También contaban con un castillo de proa desde el que podían dispararse flechas al abrigo de sus mamparos. En el siglo XII, este tipo de naves no disponían ya de arietes de abordaje. Dado que se indica que aseguraban su defensa utilizando fuego griego, es posible que las embarcaciones que he mencionado en último lugar fueran lo que los musulmanes llamaban *harraqa*, que solían ir equipadas con catapultas para poder lanzar, con tiro bombeado, recipientes de cerámica repletos de nafta[9]. Este producto derivado del petróleo, dotado de propiedades incendiarias, ardía con una llama capaz de resistir la acción del agua, lo que lo convertía en un arma idónea para destruir estructuras de madera, ya se tratara de barcos o de máquinas de asedio. Los proyectiles que empleaban los árabes y que lanzaban con trayectorias balísticas eran en realidad pequeñas jarras rellenas de este material, a diferencia del método griego, en el que la propulsión de los artefactos se efectuaba mediante unos tubos de metal engarzados unos en otros. Además, no se trataba de un auténtico «fuego griego», ya que los tarros de barro contenían crudo o nafta, mientras que la versión griega iba llena de diversos destilados de petróleo bruto[10].

Cuando las dos escuadras iniciaron sus respectivas maniobras de aproximación, el mar se hallaba en perfecta calma. Al entrar los buques en el radio de acción de sus enfrentados artilleros, los comandantes de ambos bandos hicieron sonar unas bocinas, señalando con ello el arranque de las hostilidades. El primer movimiento consistió en una nutrida andanada de flechas y dardos

de ballesta, aunque fueron los musulmanes quienes abrieron fuego y los cristianos los encargados de responder al ataque. Las saetas de los genoveses y los pisanos impactaron en los largos escudos que cubrían a los ayubíes. Una vez trabado el combate cuerpo a cuerpo, las galeras cruzadas viraron en redondo, ya que sus embarcaciones estaban dotadas de una especie de «espolones» de hierro (*ferratis*), y la ciaboga permitía amenazar con esas puntas metálicas la borda de los barcos musulmanes. Al engancharse los navíos, los hombres de una y otra armada comenzaron a tirar garfios y se lanzaron en masa al abordaje. Las *harraqa* musulmanas soltaron una descarga de jarras de nafta sobre las galeras, prendiendo fuego al maderamen y abrasando a varios marineros occidentales. Una de las galeras estuvo a punto de sucumbir y ser apresada con este sistema, ya que sus remeros abandonaron la nave al ver que el fuego cobraba fuerza. Sin embargo, la intervención de un pelotón de caballeros revestidos de armadura, que, al no poder nadar, tuvieron que quedarse a bordo del buque en llamas, consiguió salvar la situación al rechazar a los sarracenos que ya habían saltado a bordo[11].

La lucha se prolongó durante casi todo el día, y al final, los barcos, amontonados y prendidos en sus garfios y espolones, comenzaron a derivar lentamente en dirección al puerto. Al aproximarse el término de la batalla, los barcos fueron separándose poco a poco, con lo que los musulmanes que habían conseguido sobrevivir al choque pudieron ganar la seguridad del fondeadero. Una de las galeras cruzadas fue escenario de la feroz determinación de los combatientes de uno y otro lado. Los musulmanes se habían adueñado del puente, así que, asiendo los remos, trataron de sacar la embarcación del gi-

gantesco atolladero. Al mismo tiempo, en la cubierta inferior, los remeros cristianos comenzaron a bogar en dirección contraria, de modo que el buque se puso a girar como una peonza, en una suerte de competición circular de pura fuerza bruta. Al final, un grupo de cruzados se plantó en la plana superior y degolló a los musulmanes, con lo que sus correligionarios de las bancadas consiguieron que el barco orientara la proa hacia la orilla este de Acre[12]. La gente del campamento se lanzó al agua y abordó el bajel en cuanto este tocó tierra. Se produjo entonces una sangrienta escena, ya que las mujeres cristianas agarraron del pelo a los sarracenos, les arrastraron hasta la playa y comenzaron a decapitarlos:

> Nuestras mujeres cogieron de la melena a los turcos, les trataron con deshonor y les humillaron cercenándoles la garganta; y como remate les rebanaron la cabeza. La escasa fuerza física de las matronas prolongó la agonía de los condenados, porque no les estaban cortando el cuello con espadas, sino con simples cuchillos[13].

El pasaje resulta bastante extraño. El autor parece simpatizar con las víctimas, posiblemente por creer que los soldados merecían una muerte más digna o menos cruel. Se trata asimismo del primero de una reducida serie de párrafos pertenecientes al conjunto de crónicas de Acre que atribuye la perpetración de actos violentos a las mujeres[14]. El rescate de estos dos barcos cruzados no fue la única razón que instó a los occidentales a considerar que la batalla se había saldado con una victoria. Se habían echado a pique dos navíos ayubíes —una galera y una galeota—, y por si fuera poco la acción había provocado más muertes entre los musulmanes que entre los cristianos. Además, se había conseguido rechazar a la flota musulmana, obligándola a refugiarse nuevamente en el puerto («al otro lado de la cadena[15]»), lo que había permitido que las embarcaciones cruzadas volviesen

a bloquear la entrada del amarradero enemigo. Si a este cierre se le sumaban las fortificaciones construidas en el asentamiento establecido en tierra firme, Acre volvía a quedar aislado de los territorios circundantes, ya que a sus defensores les resultaba imposible recibir cualquier clase de apoyo material del exterior. Y lo que es más importante: la flota de Conrado de Monferrato había salido prácticamente indemne, de modo que se hallaba en condiciones de proporcionar a los cristianos del campamento los suministros y refuerzos que tan desesperadamente necesitaban.

No obstante, como habría de descubrirse con el tiempo, el impedimento impuesto a la bocana del puerto no habría de conseguir negar el acceso a la dársena más que de forma temporal. De hecho, el ancladero permaneció sellado menos de tres meses, puesto que, al inicio del verano, los barcos musulmanes comenzaron a saltarse el encierro. El día 14 de junio, o quizás el 15, se presentaba en la bahía de Haifa una flota integrada por veinticinco naves procedentes de Egipto, cargadas fundamentalmente con víveres y pertrechos destinados a la hambrienta población de la ciudad[16]. Los barcos cristianos fondeados en el puerto largaron velas inmediatamente para interceptar a los recién llegados, con lo que estalló un tercer combate naval. Entretanto, Saladino había vuelto a ordenar a sus huestes que atacaran las líneas de la trinchera del flanco oriental del campamento cristiano, con la esperanza de distraer la atención de los cruzados e impedirles de ese modo percatarse de lo que estaba ocurriendo en el mar. Los ayubíes apresaron una o dos galeras occidentales, y es posible que una tercera acabara naufragando en los escollos que afloraban al este del puerto. Dos de los barcos musulmanes zozobraron al

errar la maniobra y percutir con los contrafuertes de la estrecha bocana del puerto y pasar rozando la Torre de las Moscas. Ibn al-Athir sostiene que una de las embarcaciones musulmanas fue capturada, y es posible que se tratara de una de las que acabaron yéndose a pique en ese lance. El resto de la flota musulmana parece haberse puesto a cubierto y llegado a lugar seguro, lo que aportó a los ciudadanos y la guarnición de Acre un alivio muy considerable[17].

Las fuentes árabes no se ocupan únicamente de estos choques navales, dado que también se centran en la llegada de los demás refuerzos de Saladino, integrados en su mayoría por tropas que retornaban al escenario del asedio tras la pausa invernal. El sultán y su ejército abandonaron los cuarteles de invierno de al-Kharruba y se desplazaron al norte para regresar a Tel Kaysan, donde el ayubí restableció las sólidas líneas de asalto que ya antes le habían permitido rodear la periferia del campamento cruzado. Se presentó en la zona el 25 de abril, es decir, un mes después del encontronazo entre las naves musulmanas y las de Conrado de Monferrato, y solo entonces se enteró de que la ciudad había vuelto a quedar aislada y sin posibilidad de recibir ayuda por vía marítima. En vista de la situación, Saladino se acomodó y optó por esperar la llegada de sus aliados. Al comprobar que estos empezaban a afluir en enorme número a la zona del conflicto, es muy posible que el sultán tuviera la sensación de que la decisión tomada en el mes de octubre, la que le había inducido a dar cuartel durante un tiempo a los cruzados, había sido en definitiva plenamente acertada.

Los refuerzos acudieron en dos tandas. Las fuentes árabes no se ponen de acuerdo respecto al orden, ya que

no todas coinciden en señalar quién fue el primero y quién el último, pero todo indica que la oleada inicial llegó a Acre entre los días 4 y 29 de mayo, y que el segundo contingente hizo lo propio entre el 13 de junio y el 5 de julio. En las primeras brigadas había hombres obedientes al hijo de Saladino, al-Zahir Ghiyat al-Din Ghazi (señor de Alepo). Tras él venía Muzaffar al-Din y su séquito. Y en las columnas de cola marchaban las huestes de Imad al-Din Zanki, señor de Sinyar. En el segundo cuerpo de ejército viajaban Sanjar Shah, Alá al-Din Khurramshah y, cerrando el grupo, Zayn al-Din.

Una por una, todas las comitivas y unidades de tropa se engalanaron con sus mejores armaduras, enarbolaron sus pendones y desfilaron frente al sultán, que les pasó revista. Hecho esto, el ayubí ordenó a los soldados que se colocaran en línea y en formaciones de diferente tipo y fue saludando por turno tanto a los comandantes de los diversos batallones como a sus huéspedes más significados, cubriéndolos de obsequios y favores[18]. También hicieron acto de presencia otros contingentes de menor tamaño, y es probable que el más destacado de todos ellos fuera el de la comitiva de un enviado de la corte del califa abasí de Bagdad. Este emisario, cuyo nombre no se menciona en ningún momento, aunque los cronistas aseguran que descendía de Mahoma, trajo consigo dos carretas de fuego griego, un grupo de hombres expertos en mezclarlo y utilizarlo, y la autorización de un préstamo del califa por valor de veinte mil dinares, aunque el sultán declinó amablemente el ofrecimiento. La suma era increíblemente baja, y por lo tanto insultante, ya que equivalía al montante de gastos de un solo día de campaña[19].

Desde el punto de vista cristiano, a lo que valía la pena prestar atención era al tipo y al número de estos ejércitos. Los occidentales pensaban que algunos de ellos eran contingentes de mercenarios, mientras que, a su juicio, otros eran simples grupos de peregrinos movidos por razones religiosas que combatían sin recibir ninguna paga. Las unidades africanas les parecieron descollar por encima de todas las demás debido a su piel negra y a sus cabellos teñidos de escarlata.

> Había allí, en gran número, y rebosante de malas intenciones, una espantosa división de gentes cuya tez oscura atentaba contra Dios y la naturaleza, pues la cabeza se cubrían, por añadidura, con tocados de encendido color rojo; ¡jamás hizo el Cielo criaturas más horrendas! Formaban una enorme multitud, y todos movidos por la voluntad de los felones. Las oleadas de hombres de encarnados bacinetes parecían campos de cerezos cubiertos de frutas maduradas [...]. Y los de casco colorado blandían un estandarte tras el que marchaba la tropa unida. Era la enseña de Mahoma, con su imagen por cimera, pues en su nombre habían venido a combatir, con la idea de al cristiano abatir. Y los grandes proyectiles que traían a aquella escoria protegían[20].

Ricardo de Templo adorna todavía más la crónica y se detiene a explicar la formidable estatura de esos soldados y a referir sus deformidades, para insistir después en el salvajismo con el que blandían sus tremendos garrotes cubiertos de puntas de metal[21]. También especula sobre sus orígenes y les da diversos nombres, ya que unas veces les denomina nadabares (pudiendo tratarse de nobades o de nabateos), y otras gétulos (es decir, argelinos), númidas o mauritanos[22]. En los ejércitos fatimíes anteriores a los ayubíes ya se seguía la tradición de emplear como hombres de armas a todos estos grupos indígenas, catalogados como *abid* (esclavos). No obstante, bajo la dinastía ayubí el tamaño de los contingentes negros solía ser mucho menor, ya que a Saladino no le gustaba demasiado recurrir a ellos en sus tropas egipcias. Esta reticencia venía manteniéndose desde el año 1169, fecha en la

que Saladino había matado al eunuco negro del califa fatimí al-Adid, en una acción que había terminado por provocar el estallido de la llamada «batalla de los negros», que determinó la aniquilación, en el plazo de unos cuantos años, de los negros africanos del ejército, tras lo cual se procedió a desmembrar sus unidades[23]. Nada tiene de extraño, por tanto, que no fuera el propio sultán, sino su hermano al-Adil, quien acudiera en compañía de este particular tipo de combatientes[24].

Las fuentes cristianas señalan que, en conjunto, las fuerzas musulmanas se elevaban a varios centenares de miles de hombres, pero es claro que se trata de una cifra muy alejada de la realidad. En el momento en que Saladino obtuvo su mayor victoria, en la batalla de los Cuernos de Hattin, el 4 de julio de 1187, las unidades de caballería de su ejército estaban compuestas por unos doce mil jinetes regulares, y de acuerdo con las especulaciones de John France, podría haber contado quizá con otros 28 000 soldados auxiliares[25]. En la época en que los musulmanes llegaron al punto del conflicto, en la primavera de 1190, es muy probable que este fuera precisamente el número máximo de efectivos que los cristianos tuvieran ocasión de contemplar en Acre. En Egipto, que era la base sobre la que se afianzaba el poderío del sultán, el ayubí había reorganizado el ejército, dejando su cifra de integrantes en 8640 hombres, con un coste de mantenimiento anual superior a los 3,6 millones de dinares. No obstante, la costumbre quería que los gobernantes dejaran la mitad de esa fuerza en el país del Nilo a fin de atender a su defensa[26]. En 1962, Hamilton A. R. Gibb realizó un cálculo muy útil con el que podemos cuantificar el resto de las tropas que Saladino tenía a su disposición: en Egipto, unos 4000 hombres (lo que supo-

ne más o menos la mitad del contingente anteriormente mencionado); la guardia (*halqa*) del propio sultán: 1000; en Damasco, otros 1000; en Alepo y el norte de Siria, 1000 más, y en Mosul, Diyarbakir y la región de Jazira: 5000[27]. Esto supone un total aproximado de 13 000 soldados, reclutados tanto entre las filas del *halqa* de Saladino como en las de la guardia personal de los vasallos a los que el sultán había confiado la gestión de un feudo (*iqtaat*). Estos últimos tenían la obligación de aportar tropas en caso de necesidad. El ejército del sultán era de una magnitud considerable, y a diferencia de las fuerzas que los cruzados tenían acantonadas en Acre, su número no se estaba viendo sustancialmente menguado por las enfermedades, el hambre o las derrotas sufridas en el campo de batalla. Al término del asedio de la plaza de Acre, Saladino salió al encuentro de Ricardo Corazón de León, enfrentándose a él en la batalla de Arsur, al frente de un contingente de veinticinco mil hombres, lo que sin duda constituía una fuerza formidable[28].

En función de cuál fuera la operación que tuviese encomendada, el despliegue del ejército ayubí se organizaba con unidades de diferente tamaño. La *tulb* (también denominada *katiba*) era una unidad compuesta por un mínimo de setenta caballeros y un máximo de doscientos, al frente de los cuales marchaba un emir, acompañado tanto por un portaestandarte como por un corneta. En 1171, la composición del ejército egipcio de Saladino constaba de 174 *tulbs*, lo que equivalía aproximadamente a unos 14 000 hombres. Los grupos de menor tamaño recibían los nombres de *jarida* (formados por setenta hombres) y *sariya* (integrados por veinte jinetes, frecuentemente encargados de efectuar emboscadas[29]). A estos contingentes todavía hay que añadirles las fuerzas auxi-

liares que estuvieran disponibles en el momento de la acción[30]. No obstante, en el caso de estas tropas de apoyo tenemos la fortuna de disponer de un documento redactado con el objetivo de establecer la lista de los principales grupos presentes en Acre. Debemos el descubrimiento de este escrito, presente en dos manuscritos, a Hans Eberhard Mayer. Se trata en realidad de un añadido al *Tractatus de locis statu sancte terre Jerosolimitane*, un texto en el que se describe la situación en la que se encontraba el reino de Jerusalén en las dos décadas anteriores al año 1187. En 1997, Benjamin Z. Kedar publicó el texto de la adición y procedió a comparar la composición de los grupos descritos en ese documento con los que previamente había señalado Hamilton A. R. Gibb. Además de los contingentes turcos, curdos y árabes, el legajo añadido al *Tractatus* habla de unidades de idumeos, amonitas, nabateos (lo que confirma los planteamientos de Ricardo de Templo) y africanos, a lo que añade seguidamente tanto el detalle de sus armamentos como la comparación de la pericia que mostraban los diferentes grupos en el manejo de los mismos. Sin embargo, el escrito omite mencionar a los mamelucos, que sabemos por otras fuentes que se hallaban presentes[31].

Las tres torres

La llegada de Saladino a Acre, a finales de abril, seguida por la comparecencia de sus tropas de refuerzo, fue una clara señal de que tanto uno como otro bando se aprestaban a menudear una vez más los enfrentamientos. Los cruzados habían estado muy ocupados durante la pausa invernal. Tras completar su sistema de trincheras, habían dedicado todas las horas que les quedaban a

construir máquinas de asedio en previsión de un inminente ataque a la plaza cercada. Las fuentes mencionan la presencia de varios artilugios: plúteos y testudos (o *cattos* y *testudines*, es decir, una suerte de chozas cubiertas que podían arrimarse a las murallas de la ciudad contra la que se arremetía con el fin de ofrecer protección a los hombres que trataban de minarlas), arietes de combate, *cercelia* (parecidos a los plúteos, pero provistos de aberturas por las que los agresores podían responder a los proyectiles enemigos), torres de asalto (*turres* o *castella vehiculis*), y catapultas y mangoneles (generalmente denominadas *machinas*, es decir, piezas de artillería impulsadas por sistemas de tensión o torsión). También se explica que se excavaban minas (o *vias subterraneas*), es decir, galerías destinadas a derribar los contrafuertes[32]. Además de Ambrosio, la mejor fuente para el estudio de estos detalles se encuentra en la crónica rimada de «Monachus», un testigo no identificado, posiblemente italiano, que llegó a Acre en 1189 y que además fue el único escritor cristiano que estuvo presente durante todo el asedio. Sin embargo, el poema tiene sus limitaciones: no solo es relativamente breve, sino que también resulta muy probable que fuera redactado en una fecha muy posterior a la del sitio, entre principios y mediados del siglo XIII. Algunos de sus pasajes son poco explicativos, pero, pese a ofrecer un número de detalles muy inferior al de otras fuentes, tienen la virtud de evitar al menos parte del dramatismo que permea las reflexiones de Ambrosio o Ricardo de Templo[33]. Ambos autores refieren asimismo la composición de la nueva guarnición de Acre, cuya renovación había sido posible gracias a que el año anterior los barcos musulmanes habían conseguido desbloquear el puerto. De este modo. La ciu-

dad recibió nuevas baterías artilleras y grupos de artificieros destinados a manejarlas y proceder a su reparación en caso necesario. También se hizo acopio intramuros de fuego griego y de la suficiente comida y pertrechos para abastecer (si hemos de dar crédito a las cifras que se aportan —nada menos que a una fuerza de treinta mil hombres[34]).

Las máquinas de asedio más notables eran sin duda las torres de asalto que acababan de construir los cruzados. Había tres en total, y los encargados de sufragar su coste habían sido, respectivamente, Guido de Lusiñán, Luis III y Conrado de Monferrato. Los testigos presenciales explican pormenorizadamente las dimensiones, el diseño y la función de dichas torres. Tenían aproximadamente unos sesenta codos de altura, podían desplazarse de un lado a otro (bien por ir montadas sobre un armazón con ruedas, bien porque se las trasladara haciéndolas rodar sobre maderos cilíndricos), y estaban cubiertas con un revestimiento ignífugo hecho a base de telas y pieles de animales empapadas en vinagre, ya que este sistema protegía relativamente bien de los efectos de los proyectiles de nafta[35]. Frente a cada una de esas torres, los cristianos tendían una red hecha con cuerdas. El objetivo de esta estratagema consistía en atrapar o repeler cualquier proyectil que pudiera arrojarles la artillería de Acre. Las torres se componían de varios pisos: Ibn al-Athir, que no tuvo ocasión de contemplarlas con sus propios ojos, asegura no obstante que cada una de ellas constaba de cinco niveles. Imad al-Din, que sí estuvo presente en la embestida, sostiene en cambio que solo había cuatro. Ricardo de Templo señala que en la plataforma superior se apostaban grupos de arqueros y ballesteros, y que en los tablados de la parte media había

hombres equipados con armas de asta larga, lo que significa que el historiador de Mosul pudo haber estado efectivamente cerca del lugar de los hechos. Ibn Shaddad sostiene que en cada torre cabían quinientos soldados. Por último, en los flancos de cada una de esas estructuras de ataque se disponían sendas catapultas a fin de poder responder a los disparos de la artillería musulmana en caso necesario; y de no ser así, su objetivo se centraba en martillar las murallas de Acre[36].

Al divisar las torres, la guarnición de la ciudad quedó sobrecogida por el miedo, hasta el punto de que su sola visión instó a los defensores a entablar por segunda vez las negociaciones tendentes a apalabrar las condiciones de su rendición. No obstante, los cruzados volvieron a rechazar el ofrecimiento, convencidos de que sus máquinas de asalto iban a facilitarles la obtención de una victoria aplastante. No disponemos de una buena descripción de las primeras fases del subsiguiente ataque a la ciudad, aunque sabemos que se tomaron los muros al asalto y que los cruzados empezaron a colmatar con piedras algunas partes del foso de Acre con el fin de facilitar tanto el desplazamiento de las torres como su aplicación contra las murallas de la plaza. Ambrosio hace una afirmación asombrosa, ya que sostiene que, al inicio de la acometida, Guido de Lusiñán, Conrado de Monferrato y Luis III tomaron posiciones, respectivamente, en cada una de las tres torres desplegadas. Esto habría constituido un riesgo extraordinariamente grave para los mencionados dirigentes, por muy bien protegidas que pudieran estar los susodichos artefactos de asalto. Además, si tenemos en cuenta el destino que acabó abatiéndose sobre todas las estructuras, resulta extremadamente impro-

bable que la información que nos proporciona Ambrosio sea correcta en este caso[37].

Saladino no pudo contemplar como se desarrollaba ante sus ojos el asedio debido a que todavía se encontraba en Tel Kaysan, pero tuvo noticia de la movilización de los cristianos. Esto animó al sultán a desplazarse otra vez e instalarse en Tel al-Ajul, adonde llegó el 2 de mayo, ya que, desde allí, al estar algo más cerca de la zona de los combates, podía dirigir mejor a sus hombres. Una vez acampado, se presentó ante él un mensajero venido de Acre para comunicarle la situación en la que se encontraba la ciudad, y sobre todo (eso es al menos lo más probable) para darle a conocer el dato de que la guarnición estaba sopesando la posibilidad de rendirse. Para burlar el bloqueo de los occidentales, este explorador había cruzado sigilosamente a nado el puerto. Saladino colocó en posición a sus ejércitos, disponiendo a sus tropas en tres grandes contingentes: uno en el flanco izquierdo, otro en el centro y otro más al costado derecho. Esta vez, su hijo al-Afdal fue el encargado de tomar el mando de la división de la derecha, en sustitución de Taqi al-Din. A continuación, los musulmanes arremetieron contra las defensas cruzadas, con la esperanza de distraer su atención y de impedirles continuar con los trabajos destinados a facilitar el asedio. Sin embargo, a pesar de la dura lucha que ambos bandos entablaron, ninguno de los dos consiguió avances dignos de mención, de modo que, todas las noches, tanto los cristianos como los sarracenos optaban por retirarse a sus respectivos campamentos. No obstante, de manera inexorable, las torres de asedio continuaron su lenta progresión hacia las murallas de la fortaleza. Terminaron de completar la maniobra de aproximación entre los días 5 y 6 de mayo

de 1190, fecha esta última correspondiente al domingo inmediatamente posterior al Día de la Ascensión. Hecho esto, los cruzados tendieron pasarelas de fortuna entre sus plataformas y los parapetos de la ciudad, consiguiendo de este modo «saltar por encima de la muralla[38]».

En el trayecto que las separaba de los muros de Acre, las torres habían sido recibidas por una cerrada cortina de proyectiles. A fin de cuentas, no debemos olvidar que la guarnición no solo poseía piezas de artillería, sino que disponía de la gran cantidad de nafta que les había entregado en su momento el califa abasí. Por desgracia, las jarras repletas de material incendiario que lanzaron los defensores de la ciudad no surtieron el menor efecto, ya que las torres, protegidas por las pieles de animales empapadas en vinagre, ni siquiera se inmutaron. Sin embargo, un buen día, un especialista en sustancias combustibles que había trabajado los metales en Damasco y que respondía al nombre de Alí, se presentó ante Saladino para hablarle del asunto[39]. Según parece, Alí era un vehemente aficionado a los artefactos incendiarios y había trasteado con ellos en su juventud, razón por la que ahora se atrevía a proponer el uso de una variedad de nafta que sin duda habría de resolver el problema. Tras reunir los diferentes ingredientes de su pócima, un pequeño destacamento le introdujo subrepticiamente en Acre, y una vez dentro, Alí se entrevistó con el gobernador de la urbe, el emir Qaraqush, solicitándole que tomara las disposiciones necesarias para poder lanzar su preparado con las catapultas de la ciudad[40]. En un primer momento Qaraqush se negó a acceder a la petición, atemorizado ante la temeridad de Alí. Sin embargo, al final se dejó convencer al escuchar la opinión de uno de los allí presentes, que sostuvo que aquello podía ser per-

fectamente un don de Alá. Sin esa apelación a la voluntad divina es muy posible que la ciudad hubiera capitulado ante el asalto cruzado.

Alí hizo sus mejunjes y llevó el producto terminado a los artilleros. Las catapultas escupieron entonces varias vasijas. Estas, rellenas de un líquido indeterminado, se rompieron y desparramaron su contenido sobre las capas de madera o tejido protector que recubrían una de las torres de asedio. La exacta naturaleza de la sustancia no está clara, pero según parece no surtió ningún efecto. Entonces, Alí prendió la mecha de otra redoma y ordenó a los soldados que la arrojaran contra la torre, empapada ahora con los restos del anterior misil. Al impactar la segunda ampolla contra la encharcada superficie de la estructura cruzada, se originó una enorme llamarada. Otros dos tarros provistos de mecha provocaron idénticas consecuencias, de modo que toda la parte frontal de la máquina de asedio prendió fuego. El incendio se propagó a toda velocidad y redujo íntegramente a cenizas la torre, matando prácticamente a todos sus ocupantes. Los otros dos baluartes tuvieron que encajar la acción de una serie de bombas incendiarias muy parecidas, así que en muy poco espacio de tiempo las tres fortificaciones de ataque occidentales fueron aniquiladas[41].

Como es obvio, este espectáculo suscitó reacciones encontradas entre quienes tuvieron ocasión de contemplarlo. En las crónicas cristianas faltan detalles relevantes, y los narradores se muestran más bien malhumorados ante la idea de entrar a relatar el episodio, lo que no deja de resultar explicable. Ricardo de Templo lamenta que los occidentales hayan perdido la oportunidad de una victoria segura. Guillermo de Newburgh, que redacta su historia tiempo después de ocurridos los acontecimientos, y

hallándose ya de vuelta en Inglaterra, parece más intrigado por la propia noción del fuego griego que por la pérdida de las torres. En su *Ymagines historiarum*, Raúl de Diss, el deán de la catedral londinense de San Pablo, señala los grandes gastos que había requerido la construcción de las torres (*sumptibus magnis construxerunt*), y deplora que todo haya sido en vano[42]. Pese a que por regla general Ambrosio se muestre invariablemente lúcido, lo cierto es que en esta ocasión no nos ofrece ninguna interpretación, puesto que se limita a hablar de la destrucción de las torres y a explicar que solo unas cuantas almas afortunadas lograron escapar a las llamas. Monachus lamenta en cambio los tormentos personales que sufrieron los soldados[43]. Por otra parte, los musulmanes se confiesan extasiados, como es natural, con los resultados logrados gracias a los esfuerzos de Alí: «Nuestra gente sintió tal arrebato de júbilo y tanto deleite que los hombres, habitualmente graves y severos, se mostraron tan emocionados como frívolas damiselas[44]».

Es posible que en el envite resultaran igualmente destruidas otras máquinas de asedio de tipo distinto, como pudo ser el caso de las catapultas que cubrían los flancos de cada una de las torres (las fuentes se expresan en términos bastante vagos en todos los aspectos del combate, excepto en el de las torres). Por lo demás, da la impresión de que una vez que se hubieron sofocado los incendios, el resto de la maniobra de ataque quedó totalmente desarticulado. La derrota fue aplastante.

No obstante, si abrimos el foco y examinamos la situación desde un ángulo más amplio comprenderemos que ya eran dos las ocasiones en que los cruzados conseguían poner a Acre al borde mismo de la rendición: pri-

mero con el bloqueo y más tarde con sus dispositivos de asalto. Saladino era un líder pragmático, así que es muy probable que supiera que, de no lograr expulsar de la zona a los occidentales, o de no conseguir aniquilarlos, acabaría teniendo que encajar la pérdida de la ciudad. Poco después de que las torres fueran pasto de las llamas, el sultán ordenó una serie de embestidas de carácter global contra el atrincheramiento de los cruzados. Desde el punto de vista estratégico, se trataba fundamentalmente de una medida de sentido común, máxime teniendo en cuenta la situación moral y material en que se hallaba ahora el enemigo, atrapado en una ratonera. Los ataques se materializaron en torno al día de Pentecostés (es decir, el 13 de mayo), y los combates se prolongaron durante varias jornadas[45]. En esta ocasión no se libró ninguna batalla formal, ya que lo que se produjo fue más bien un constante movimiento de presión sobre las inmediaciones y el perímetro del campamento cruzado, una presión que se ejerció tanto por el flanco oriental de los cristianos como desde el costado expuesto a las acciones de la guarnición de la ciudad.

El peligro que acechaba a los combatientes de ambos bandos, tanto a lo largo de las murallas como en los aledaños del campamento, era manifiesto. Los vigías cruzados se encontraban a tiro de los soldados de la guarnición de Acre y viceversa, lo que significa que la tropa se hallaba a merced de cualquier flecha o dardo de ballesta que lograra atinar, siquiera por casualidad, en su objetivo. Se dice que a uno de los cruzados le alcanzó en el cuello un dardo disparado por uno de los ballesteros musulmanes apostados en lo alto del muro defensivo de la plaza. El proyectil traspasó la cota de malla y el jubón acolchado del militar, pero un pedazo de pergamino que

el hombre llevaba sobre el pecho, sujeto con una cuerda, y en el que había escrito el nombre de Dios, logró detener presuntamente la punta[46].

Pero otros peligros se cernían sobre los implicados, y en los lugares más insospechados. Un cristiano sufrió el ataque de un jinete turco mientras se acuclillaba para hacer sus necesidades en una de las zanjas: sorprendido en plena faena, echó a correr torpemente con los calzones bajados, pero tuvo la presencia de ánimo suficiente para invocar a Dios, agarrar una piedra y arrojársela, cuando ya rodaba prácticamente por los suelos, al jinete, que cayó del caballo, golpeado en la sien, y se rompió el pescuezo[47]. En un intento de evitar que ningún musulmán pudiera perforar subrepticiamente las defensas exteriores, los cristianos colocaron trampas en el interior del campamento como medida de precaución. Y en algunos casos, la estratagema dio efectivamente sus frutos: un hombre a caballo acabó dejando que su montura se enredara en las redes de pesca de una martingala parcialmente inacabada y tuvo que abandonar su intento; y otro perdió al animal sobre el que cabalgaba al quedar sus pezuñas prendidas de una celada concebida por el conde Roberto de Dreux[48].

No obstante, si dejamos a un lado estos deliberados actos de provocación, lo cierto es que el espacio que separaba las murallas de la fortaleza de las posiciones de los musulmanes no constituía necesariamente una zona letal. A pesar del antagonismo religioso que oponía a los cristianos y a los musulmanes congregados en Acre, la común experiencia del combate y la terrible duración del asedio terminarían suscitando claras muestras de respeto entre los soldados de uno y otro bando, dando lugar incluso a esa especie de camaradería que se establece en

ocasiones entre los rivales. De cuando en cuando, los adversarios conversaban unos con otros, cruzando el frente con sus diálogos, una situación frecuente entre soldados sujetos al rigor de la guerra. Hay incluso ocasiones en que los relatos de los cruzados dejan que brote súbitamente una anécdota humanizadora, y de hecho esto es algo que se constata a lo largo de todo el período marcado por este tipo de contiendas. Hay en Acre, por ejemplo, una hablilla que refiere que uno de los cristianos se acercó simplemente al pie de las murallas para lanzar a gritos una serie de preguntas a los defensores de la fortaleza, insistiendo en saber cuántos refuerzos habían llegado el día anterior[49]. Tenemos también vislumbres que nos permiten asistir a las prácticas de tiro de los jóvenes cruzados, que no solo ejercitaban la puntería fuera del campamento, sino que llegaban a realizar incluso competiciones para medir su destreza. En un caso, un arquero musulmán que respondía al nombre de Grair retó a un galés llamado Mardoc a un duelo en el que ambos debían dispararse flechas por riguroso turno. Esta especie de concurso, que ganó el occidental, tuvo lugar después de que una legión de arqueros y honderos hubieran pasado un buen rato lanzándose proyectiles unos a otros «por simple diversión y para coger tino[50]». En otra ocasión, se organizó un combate de lucha libre entre dos jóvenes musulmanes de Acre y otros dos mozos cristianos. Uno de los occidentales acabó apresado, pero otro cruzado le liberó de la prisión pagando un rescate de dos dinares. Y tuvo suerte, ya que un día los soldados de la guarnición de Acre atraparon un halcón blanco perteneciente a Felipe Augusto que había tenido la ocurrencia de posarse al borde de la muralla, y los hombres del rey no consiguieron que se les devolviera, pese a ofrecer na-

da menos que mil dinares por su entrega. Siempre es posible debatir y dudar de la veracidad, probablemente relativa, de todas estas murmuraciones, y desde luego hay quien ha señalado que pueden contribuir a arrojar cierta luz sobre el conjunto de un determinado relato, o llegar a justificar incluso la contemplación del mismo desde dos perspectivas diferentes. En este caso también muestran la cara humana de una experiencia hostil compartida por dos grupos abocados al enfrentamiento. Pese a la altísima tensión religiosa y la desbordante violencia vividas durante el cerco de Acre, lo que constatamos con estas narrativas es que las interacciones atentas, e incluso amistosas, con el enemigo no eran circunstancias ajenas al ámbito de lo posible[51].

Con todo, una de las secuelas que trajo consigo la destrucción de las torres de asalto cristianas fue la imposición de una estricta disciplina en el conjunto de la obra defensiva del campamento. Se cursó la orden permanente de defender las trincheras a toda costa, se prohibió rebasar los límites del perímetro reforzado, y se apostaron soldados a lo largo de la línea de contacto con el enemigo. Los musulmanes efectuaron maniobras de aproximación en masa al baluarte occidental; de hecho, acabaron siendo tan numerosos que «las flechas disparadas al azar encontraban destinatario sin dificultad, hasta el punto de que nadie se preocupaba ya de apuntar y dirigir el tiro, a sabiendas de que la densa muchedumbre ofrecía un sinfín de blancos potenciales[52]».

Sin embargo, da la impresión de que en las filas musulmanas había una falta de coordinación generalizada, y de que eso permitía repeler fácilmente sus ataques. Mientras una parte de su infantería trataba de rellenar las zanjas de protección enemigas con el fin de superar-

las, otra sección se esforzaba en gatear de mala manera por la pendiente contraria, tras haberse arrojado de cabeza a ellas[53]. Para lo único que sirvieron ambas iniciativas fue para hacer que los sarracenos perdieran impulso y se convirtieran por ello en un objetivo fácil. Es más, los soldados de la ciudad y los hombres de Saladino no concertaban sus asaltos, lo que significa que no los efectuaban al unísono, sino que se lanzaban sobre el adversario en oleadas sucesivas. Pese a que los cruzados mantuvieran bajo estrecha vigilancia la totalidad del perímetro del campamento y no supieran en modo alguno qué grupo de musulmanes habría de ser el primero, o el siguiente, en abalanzarse sobre ellos, conseguían rechazar sin mayores contratiempos a los ayubíes de un lado antes de dar media vuelta para hacer frente a los que se les echaban encima por el otro[54]. Transcurrida más de una semana desde el inicio de esta última tanda de combates, se produjo una pausa y los dos bandos se tomaron un mínimo respiro. Sin embargo, el simple hecho de haber logrado preservar el campamento implicaba que los cruzados acababan de obtener una importante victoria.

La cruzada alemana

El reloj continuaba menguando el tiempo del que disponía Saladino: mientras vacilaba nerviosamente frente a las huestes cristianas acantonadas al pie de Acre, seguían llegando constantes informes relativos al avance de un nuevo ejército cruzado: el del emperador Federico Barbarroja. La fuente de estas noticias era un antiguo oponente de Saladino, Kilij Arslan II, el mandatario selyúcida que gobernaba el sultanato de Ruin, en el Asia Menor. Este príncipe, junto con los señores de Mosul,

había firmado un acuerdo de paz con Saladino en 1180, y ahora, diez años más tarde, el ayubí decidía encargar a Kilij la misión de impedir que los alemanes cruzaran su territorio[55]. Por desgracia, el soberano de Rum carecía sencillamente de las tropas necesarias para llevar a buen término la encomienda[56]. Al ir progresando la marcha de las tropas germanas por la Anatolia, dirigiéndose hacia las rutas meridionales que pasaban por Antioquía, Saladino tuvo que enfrentarse a la nada ficticia posibilidad de ser expulsado de Acre, o a la todavía peor eventualidad de quedar atrapado entre dos ejércitos cristianos hostiles.

El sultán ayubí se encontró así ante un dilema: ¿qué debía hacer: partir a las regiones septentrionales a fin de cortar el paso a los hombres de Barbarroja, o permanecer en Acre y aguardar la llegada de los alemanes? Acabó decidiéndose por una tercera opción, menos dolorosa: enviar una vasta porción de su reagrupado ejército al norte, con órdenes de interceptar a Barbarroja, mientras él mismo aguantaba a pie firme junto a la plaza asediada[57]. Los generales que encabezaban las tropas enviadas a la Anatolia eran Nasir al-Din ibn Taqi al-Din (señor de Manbij), Izz al-Din ibn al-Muqaddam (señor de Kafartab y Barín), Majd al-Din (cuyo nombre completo era Majd al-Din ibn Izz al-Din Farrukhshah ibn Shahinshah, señor de Baalbek), y Sabiq al-Din (señor de Shaizar). Los acompañaba una división de soldados de Alepo y Hama, así como algunos turcos. El hijo de Saladino, al-Zahir, fue enviado a Alepo para ocuparse de coordinar estas fuerzas y reunir nuevas informaciones sobre el contingente alemán. Sin embargo, Saladino sufrió una serie de graves contratiempos: el alejamiento de su hijo al-Afdal y del prefecto de Damasco, Badr al-Din, que tuvieron

que retirarse del escenario del conflicto debido a una enfermedad, y la partida de su sobrino Taqi al-Din, que hubo de encaminarse al norte para cumplir una misión similar a la encomendada a al-Zahir. Para el día 14 de julio se había consumado ya la imposibilidad de contar *in situ* con estos tres importantes apoyos, y no se trataba en modo alguno de una contingencia menor, ya que, en conjunto, las fuerzas que hubieran debido capitanear los ausentes constituían el grueso del poderío militar encargado de defender el flanco derecho musulmán. Para compensar esta merma, el sultán puso a su hermano al-Adil a cargo del contingente de la extrema derecha ayubí, la misma que previamente había servido a las órdenes de Taqi al-Din[58].

Saladino hacía bien en preocuparse por el avance de Barbarroja. El emperador encabezaba un ejército impresionante tanto por sus dimensiones como por la rapidez de su progresión y su capacidad organizativa. El 11 de mayo de 1189, fecha en la que se pusieron en marcha en la ciudad de Ratisbona, las huestes del germano no solo se habían elevado a cerca de quince mil soldados, sino que contaban asimismo con cientos de caballeros y nobles del imperio[59]? Se desplazaron pausada y meticulosamente, haciendo gala de una férrea disciplina, por espacio de varios miles de kilómetros, a un ritmo aproximado de casi treinta al día, siempre que las calzadas no presentaran fuertes desniveles; y esto a pesar de que además de movilizar los pertrechos y armas habituales en un contingente cruzado tenían que acarrear también un creciente número de lingotes y monedas acuñadas en metales preciosos[60]. Un segundo grupo viajaba en barco, haciendo cabotaje por toda la costa Atlántica hasta rodear el sur de España e internarse en el mar Medite-

rráneo. El asedio del baluarte almohade de Silves, en Portugal, había retrasado el plan de navegación, ya que los cruzados, que llegaron a la plaza portuguesa en julio de 1189, permanecieron guerreando en ella hasta septiembre de ese mismo año, fecha en que la ciudad se rindió. Desde allí, sus cocas partieron con rumbo a Marsella o Sicilia, donde pasaron el invierno, y después prosiguieron hasta Acre, haciendo escala en Brindisi, Antioquía o tal vez Tiro. Atracaron finalmente en la asediada plaza de la cuenca oriental mediterránea entre los meses de abril y junio de 1190[61].

A medida que el ejército fue avanzando por los Balcanes, Federico Barbarroja no solo se afanó denodadamente en mantener abiertos los canales de comunicación, tanto con sus feudos europeos como con Bizancio y los aliados que le respaldaban en la Anatolia, sino que también libró varios combates de distinta importancia —aunque algunos de ellos fueran más que relevantes— contra grupos de bandidos búlgaros y algún que otro destacamento avanzado de los turcos. El 18 de mayo, su ejército se apoderó de la ciudad de Iconio (la actual Konya). Sin embargo, antes de que transcurriera un mes desde la conquista, la fortuna sonrió a los musulmanes (o, como dice Ibn al-Athir: «Alá nos ahorró este mal»), ya que el destino quiso que el emperador se ahogara el día 10 de junio en el río Saleph (hoy conocido con el nombre de Góksu[62]).

Prácticamente todas las fuentes documentales de la Tercera Cruzada mencionan la muerte de Federico Barbarroja. Sin embargo, las circunstancias exactas de su fallecimiento siguen parcialmente sumidas en la oscuridad: según parece su cuerpo fue sacado del agua, pero después las crónicas refieren diferentes cosas, ya que unas

sostienen que se ahogó por ir lastrado con el peso de la armadura y que el episodio se produjo porque el soberano cayó del caballo, mientras que otras aseguran que el fatal desenlace ocurrió cuando el magnate trataba de ganar la orilla a nado, aunque también es posible que todo se debiera a un ataque cardíaco[63]. Fuera cual fuese la razón del suceso, la noticia de su desaparición desató simultáneamente la alegría de la guarnición de Acre y el pesar de los cruzados:

> Intramuros de Acre se vivió tal regocijo al conocerse el accidente que se escucharon danzas y redobles de tambor, hasta el punto de que nadie se ocupó de nada más en la jornada. Los soldados se encaramaron a los torreones para difundir la nueva entre los nuestros, añadiendo que Saladino estaba enterado y que él mismo les había comunicado el hecho. Lo gritaron a grandes voces, y un gran número de veces, desde las torres, y se lo hicieron clamar a los renegados: «Vuestro emperador se ha ahogado». Y sobre las filas del ejército se abatió una enorme tristeza, una gran desesperación y la mayor de las inquietudes[64]…

La baja de Barbarroja fue un mazazo muy fuerte, pero tampoco supuso el fin de toda esperanza. Los cruzados eran conscientes, y muy particularmente los franceses, de que el rey Felipe Augusto acabaría presentándose en el escenario del choque, y también sabían que el soberano inglés, Ricardo Corazón de León, acudiría igualmente, acompañado por una legión de caballeros y soldados de Inglaterra y Normandía. Además, tampoco tenía sentido pensar, a corto plazo, que el ejército de Barbarroja se hubiera disuelto como un carámbano al sol por la muerte de su líder. Su hijo Federico, duque de Suabia, se puso al frente del contingente alemán, de modo que el ejército continuó avanzando en dirección sur, enzarzándose por el camino en varias escaramuzas con las fuerzas islámicas[65]. Esto explica que Saladino siguiera enviando tropas al norte hasta julio, un mes después de la muerte del emperador. Si el ejército hubiera conservado la cohesión

y logrado cruzar intacto el principado de Antioquía, no hay duda de que habría seguido constituyendo un peligroso adversario.

Sin embargo, lo que sucedió fue que la progresión al sur del duque Federico se saldó con un desastre casi total. Las huestes germanas que tan eficazmente se habían abierto paso hasta entonces por la Anatolia empezaron a trastabillar poco antes de llegar a Antioquía. La principal fuente imperial (o alemana), la *Historia de expeditione Friderici imperatoris*, escrita por alguien que se hace llamar «Ansberto» (nombre que podría encubrir la autoría de más de una persona, así como una abigarrada mezcolanza de fuentes), señala que el ejército se dividió y que una parte se encaminó a Trípoli, mientras que otra tomó rumbo a Antioquía. Los que marcharon hacia esta última localidad sufrieron el azote de las enfermedades y el hambre antes de llegar a su destino, y tanto padecieron que es muy posible que cayeran fulminados a millares. Ansberto lo explica con estas palabras: «de toda edad o condición, fueran nobles o plebeyos, jóvenes o viejos, todos resultaron abatidos indiscriminadamente[66]». Varios grupos de jinetes musulmanes que habían abandonado Alepo con la intención de seguirles los pasos se dedicaron a secuestrar o liquidar a todos los soldados cristianos que salieran a forrajear y terminaran alejándose más de la cuenta del grueso del ejército. De particular interés para los musulmanes eran los informes que les llegaban sobre la terrible mortandad de los caballos alemanes: Ibn Shaddad afirma haber escuchado estas noticias en dos ocasiones, y también refiere que a las afueras de Latakia se encontraron las osamentas apiladas de unas sesenta monturas[67]. El 21 de junio llegaban

finalmente a Antioquía los menguados restos del contingente germano.

Da la impresión de que a partir de ese momento Federico tomó las riendas de la ciudad, aunque no sabemos muy bien si fue por invitación de su príncipe, Bohemundo III, o no. Federico permaneció en la urbe durante dos meses, tiempo que permitió que su ejército se recuperara. No obstante, a lo largo de ese lapso de tiempo «acarició la idea de establecerse y crear una potencia personal en el norte de Siria[68]». Con todo, el texto de *Itinerario* sugiere que Conrado de Monferrato le convenció para continuar avanzando en dirección sur y llegar hasta Acre. ¿Qué pudo impulsarle a hacerlo? Según lo que apunta el autor, Saladino habría sobornado al marqués con sesenta mil besantes a cambio de que el cabecilla cruzado sacara a Federico de Antioquía y disminuyera con ello la amenaza que la presencia del ejército germano hacía gravitar sobre el flanco septentrional del sultán. Sin embargo, más tarde Conrado habría enviado mensajes a Federico insinuándole que los príncipes acantonados en Acre sentían celos de la bravura del duque y preferían que permaneciera en el norte. También Ibn Shaddad desliza una idea semejante al afirmar que Guido de Lusiñán temía perder parte de su prestigio en caso de que el duque se presentara en la zona del conflicto[69].

Fueron verdaderos o falsos estos rumores, lo cierto es que en agosto Federico decidió abandonar efectivamente sus planes de una expedición siria, priorizando en cambio la continuación de su marcha hacia el sur. Partió de Antioquía el 29 de agosto en compañía de su ejército y se encaminó a Trípoli. Una vez allí, sus hombres y él mismo se reunieron con sus camaradas germanos, estableciendo también contacto con Conrado de Monferra-

to[70]. Desde Trípoli, Federico se trasladó a Tiro, llegando finalmente a Acre el 7 de octubre, aunque con un ejército reducido a setecientos caballeros. Durante el invierno cayó gravemente enfermo y falleció el 20 de enero de 1191[71]. Pese a que muchos de sus hombres sobrevivieran y desempeñaran un papel activo en el asedio, resulta indudable que la muerte del duque Federico puso un triste colofón a la grandiosa expedición imperial.

La ofensiva del día de Santiago

La primavera del año 1190 fue muy difícil para todas las partes implicadas en el asedio. Además de los problemas derivados de los constantes combates, los soldados de Saladino tuvieron que bregar con las enfermedades que se abatieron sobre ellos, por no mencionar la terrible escasez de víveres que mantuvo en jaque tanto a los defensores de Acre como a los cruzados acampados al otro lado de sus murallas. El grave aprieto en que se encontraban los habitantes de la ciudad se había visto parcialmente aliviado al lograr romper la flota de abasto musulmana el bloqueo cristiano a mediados del mes de junio, pero los sitiadores no habían hallado consuelo alguno que pudiera compararse le. Desde que Conrado de Monferrato reapareciera por el horizonte en la Pascua de Resurrección no había llegado a Acre un solo barco occidental más, de manera que la escasez de alimentos había empezado a resultar acuciante[72]. Tanto Monachus como el *Eracles* de Lyon y Rogelio de Hoveden refieren los desfases que existían en el interior del campamento entre la oferta y la demanda, y también señalan que el incremento de los precios de los alimentos deter-

minó que la comida de calidad quedara fuera del alcance del soldado corriente.

La conversión a besantes para pasar después a cantidades modernas expresadas en libras esterlinas nos da una indicación aproximada de lo exorbitantemente cara que se había vuelto, presuntamente, la comida a raíz del asedio[73]. No había forma de encontrar carne de vaca o de cordero, de modo que la única que podía adquirirse (al margen de la de pollo) era la de caballo, asno o mula[74]. La mayoría de los platos constaban de alubias y galleta. Si damos crédito a lo que refiere Ibn al-Athir sobre el particular, el hecho de que los cruzados se vieran obligados a comprar la comida a unos precios exagerados se debía a que los comerciantes musulmanes que trabajaban en la llanura de Acre se los vendían así de caros[75].

	Precio en Acre	**en besantes**	**valor en 1939[76]**	**valor en 2016[77]**
Un huevo:	12 dineros	0,17	0,51 libras esterlinas	30,91 libras esterlinas
Un galón de leche (= 3,8 litros)	10 sólidos	1,7	5,10 libras esterlinas	309,06 libras esterlinas
Un pollo:	60 soles	10	30 libras esterlinas	1818 libras esterlinas
Cuatro fanegas de maíz:	15 chelines	30	90 libras esterlinas	5454 libras esterlinas
Una hogaza de pan:	60 chelines	120	360 libras esterlinas	21 816 libras esterlinas
Una carretada de maíz:	64 marcos	427	1281 libras esterlinas	77 628,60 libras esterlinas

La cantidad de víveres que necesitaba un ejército como el acampado en Acre era muy considerable. Un caballo tenía que ingerir 35 litros de agua al día, y de 5 a 6 kilos de forraje (o más —puede que 8 o 9 kilos— si se

alimentaba únicamente de hierba). En el caso de los hombres, las cifras diarias debían de situarse en torno a 8 litros de agua y 800 gramos de comida. Los historiadores han desarrollado toda una serie de cálculos para establecer a grandes rasgos las posibles cantidades totales del capítulo alimentario: se ha estimado, por ejemplo, que un ejército de 15 000 soldados podía precisar más de 288 toneladas métricas de provisiones para sostenerse por un período de tiempo inferior a un mes[78]. La situación que reinaba en Acre era todavía más complicada debido al hecho de que el ejército se hallaba atrapado ante sus muros: al no poder acceder a ningún mercado distinto al que le abastecía *in situ*, los soldados se veían obligados, bien a pagar los elevados precios que les exigían, bien a robar artículos a los mercaderes cristianos o a quitárselos unos a otros, bien a comprar lo que necesitaban a los comerciantes musulmanes, que se aprovechaban de la gran escasez de alimentos para sacarles lo máximo posible.

Y dado que la penuria de víveres no dejaba de aumentar, muchos de los cruzados empezaron a sentirse cada vez más frustrados, no solo a causa de la poca comida, sino debido también a la ausencia de todo avance en la lucha contra las fuerzas musulmanas desplegadas ante ellos. El 25 de julio, su impaciencia terminó saldándose con una segunda masacre de soldados cristianos a manos de las huestes de Saladino. Acuciados por sus estómagos vacíos, algunos grupos de occidentales comenzaron a descargar su ira y su sentimiento de desengaño sobre un nuevo adversario: sus propios líderes. Varias veces solicitaron permiso para atacar al ejército de Saladino, pero este les fue invariablemente denegado (y el

castigo que se cernía sobre todo el que desobedeciera era nada menos que la excomunión[79]).

Es posible que los cabecillas de la expedición creyeran que esa superlativa amenaza bastaría para aterrorizar a la tropa y obligarla a someterse. O tal vez lo que se propusieran los capitanes cruzados fuera recordar a sus hombres las piadosas razones que justificaban su presencia en Acre: el objetivo consistía en recuperar la región de Tierra Santa y en reintegrarla al reino de Cristo, no en ganar sin más unas cuantas batallas aquí o allá. No obstante, existe asimismo una tercera alternativa, ya que también es posible que los generales europeos estuvieran desesperados y que, siendo perfectamente conscientes de la frágil situación del campamento, hubieran optado por hacer un último esfuerzo destinado a refrenar los soliviantados ánimos de los soldados y salvar así al ejército. No hay duda de que los nobles recordaban el desastre del octubre anterior. Todos estos planteamientos habrían sido objeciones sensatas. Sin embargo, la tropa interpretó la remisa actitud de los caballeros y los príncipes como un signo de cobardía, de modo que no suscitó más que un puñado de duras burlas entre los soldados.

Al final, los cabecillas cruzados cedieron a las presiones, pero solo hasta cierto punto, dado que lo único que concedieron a sus hombres fue permiso para presentar batalla a la vanguardia de Saladino si así lo consideraban oportuno, pero en el bien entendido de que ellos mismos, los líderes, no habrían de acompañarlos. Una vez aclaradas las condiciones, el 25 de julio, los soldados decidían formar filas y marchar por su cuenta y riesgo contra los musulmanes[80].

Quienes más contribuyeron a agitar las cosas fueron los *gregarii milites*, que no eran «caballeros normales»

ni pertenecían a la aristocracia, ya que se trataba de simples sargentos o condestables, esto es, jefes de una unidad de tropa formada por soldados comunes de infantería y artilleros sin graduación[81]. Ninguno de ellos se había puesto antes al frente de una nutrida división de soldados en el campo de batalla, lo que explica que Ricardo de Templo lamente su impaciencia y su falta de cordura:

> Los ánimos desquiciados se impusieron al buen consejo, los ímpetus desbordaron el valladar de la razón, y la muchedumbre se hizo con el mando. Siempre que los enjambres del común se ven impulsados por un vehemente arrebato, los obcecados confunden la precipitación con la virtud, juzgan que sus deseos son lo más atinado del momento, no se paran a pensar en las consecuencias, huyen de toda enmienda y desdeñan la mano que se ofrece a dirigirlos[82].

Estos *gregarii milites* capitanearon a un tropel de infantes del ejército cristiano (*pedites*) —Imad al-Din asegura que formaban una división de diez mil hombres— y lo condujeron frente a las líneas musulmanas[83]. Por desgracia, el resultado que aguardaba a los soldados no iba a ser sino el derivado de la nefasta ofensiva del 25 de julio de 1190, día de Santiago.

Lo cierto es que da la impresión de que el ataque inicial cogió por sorpresa a los sarracenos. Mientras los soldados se precipitaban a coger las armas y partían apresuradamente a primera línea, los heraldos aullaban: «¡Adelante, por el islam!», y la caballería saltaba sobre sus monturas. El mismísimo Saladino hizo redoblar el tambor para indicar a sus emires que se aprestaran para el combate. Los cruzados habían constituido una tosca formación en tres cohortes: una a la izquierda, otra a la derecha y una tercera en el centro. Parece, sin embargo, que el frente de avance fue derivando poco a poco hacia la izquierda, es decir, al este. Ibn Shaddad sostiene que

esto se debió a que los cruzados sabían que el flanco derecho musulmán había quedado debilitado, dado que muchos de sus integrantes habían sido enviados al norte para salir al paso del ejército imperial que avanzaba hacia ellos[84]. Las más feroces acometidas se produjeron por tanto en la vertiente más próxima a la costa, punto en el que la caballería egipcia que comandaba el hermano de Saladino, al-Adil, fue rechazada tras un breve encontronazo. Tan atropellado había sido su empeño en pertrecharse y salir en orden de combate que los jinetes no habían podido equiparse correctamente para el choque, de modo que no tardaron en verse superados y en entregar el campamento. En vista del desenlace, los cristianos entraron a saco en las tiendas y se entregaron al pillaje, hasta el punto de que un puñado de hombres consiguió llevarse incluso algunos despojos de los propios aposentos de al-Adil[85].

Pero estos acontecimientos han de verse también a la luz de otra perspectiva. Tres de las fuentes occidentales sostienen que Saladino efectuó una falsa retirada, ordenando a sus hombres que se replegaran al este del campamento musulmán para permitir que los infantes cruzados entraran sin dificultad en el recinto. El *Eracles* de Lyon asegura incluso que Saladino sabía que no los acompañaba un solo caballero, de modo que no solo no tenía por qué preocuparse de una eventual carga de caballería, sino que también se encontró en una situación que le permitía contraatacar a placer. Rogelio de Hoveden sostiene erróneamente que el propio Saladino emprendió la retirada y que las tiendas que resultaron saqueadas fueron justamente las suyas[86]. Lo cierto es que fue al-Adil quien encabezó *de facto* la maniobra de retirada fingida, aunque en la celada solo participaron los

integrantes del flanco derecho musulmán. Ibn Shaddad mantiene que se trató de un ardid. No obstante, si interpretamos lo que se dice entre líneas, observaremos que las circunstancias se revelan más complejas, ya que los musulmanes montaron en sus caballos y comenzaron a luchar, pero se vieron rápidamente obligados a recular, de modo que lo que hizo al-Adil fue simplemente ordenar un repliegue sobre la marcha e improvisar una solución como única salida a una situación prácticamente catastrófica[87]. Por fortuna para él, la táctica funcionó: al emprender sus hombres la huida, los hambrientos cruzados se detuvieron para entregarse al pillaje y, según parece, mientras se afanaban en llenar la panza acabaron por olvidarse de sus enemigos. Y al ver que los cristianos del costado derecho ayubí quedaban totalmente absortos en el saqueo, al-Adil mandó a sus hombres que contraatacaran[88].

La carga de los sarracenos no se produjo de manera simultánea, sino que fue contagiándose poco a poco a todas las filas, dado que, partiendo del lado derecho (situado al oeste), terminó propagándose hacia el izquierdo (que operaba al este). Al-Adil y su hijo, Shams al-Din, cargaron concertadamente, aunque también se unió a ellos el *tawashi* Qaymaz al-Najmi, que se encontraba en la unidad de extrema izquierda. Después, los hombres más próximos al contingente central de los musulmanes se reagruparon y se sumaron a la refriega. Y, por último, el tumulto acabó llegando a las unidades de tropa venidas de Mosul, capitaneadas por Alá al-Din Khurramshah, que se encontraban en las filas de la periferia situada más a la izquierda de esa división central. Con el fin de aprovechar al máximo la ventaja, Saladino no dejó en ningún momento de añadir tropas a su flanco derecho.

Envió a la melé a grupos de hombres destinados a su propia *halqa*, así como a unos cuantos egipcios a las órdenes de Sunqur al-Halabi, pero él mismo se mantuvo en el centro para evitar que los cruzados trataran de zafarse de la durísima lucha que se había desatado. Por consiguiente, los musulmanes, que habían formado una suerte línea de avance escalonada, embistieron contra el ala izquierda de los cristianos:

> Cargaron contra el enemigo como se abate el león sobre su presa. Alá les concedió la primacía y se produjo la derrota del cristiano. Los francos giraron sobre sus talones y emprendieron precipitadamente la huida en dirección a sus propias tiendas, perseguidos por la espada de Alá, que cribaba los espíritus expulsándolos de las personas, separando cabezas de los cuerpos y arrancando almas a sus humanos envoltorios[89].

Ibn al-Athir contradice ligeramente lo que apunta a este respecto la crónica de Ibn Shaddad. El primero sostiene que la *halqa* de Saladino no intervino en el choque, sino que mantuvo la posición, en las filas del contingente central. No obstante, Ibn al-Athir confirma la participación de los egipcios, y añade que ninguno de los integrantes del flanco izquierdo de Saladino, encabezado por Imad al-Din Zanki, se metió en la pelea[90]. Sea como fuere, lo cierto es que la ofensiva de la festividad de Santiago no se saldó únicamente con ese choque en la fachada mediterránea de la plaza de Acre, cerca de Montmusard, que, por otra parte, llevaba siendo el principal escenario bélico desde el día 14 de septiembre de 1189, fecha del primer encontronazo entre cristianos y musulmanes.

Al comprobar que en torno a ellos se arremolinaban, una tras otra, las sucesivas oleadas de atacantes, los cruzados retrocedieron en desbandada y huyeron alocadamente en dirección a su campamento. Les fue práctica-

mente imposible distanciar a los jinetes musulmanes que les pisaban los talones, así que muchos de ellos fueron abatidos por sus perseguidores[91]. Mientras los supervivientes proseguían su desesperada carrera, los cristianos del campamento se percataron de su terrible apuro. Sin embargo, en lugar de salir a la carga para ayudar a sus camaradas, optaron por permanecer al abrigo de las trincheras:

> Nuestros príncipes escucharon el clamor y contemplaron la carnicería, pero fingieron no haberse dado cuenta de nada. ¡Qué dura, inhumana y despiadada conducta! Tenían frente a sí a sus hermanos, los veían caer despedazados ante sus mismos ojos, y sin embargo no intentaban arrancarles de las garras de la muerte […]. Y lo que a algunos de ellos frenaba no era sino la cobardía[92]…

Parece que solo un puñado de occidentales se lanzaron al rescate de los rezagados. El más ilustre de todos ellos no fue ningún caballero, sino Raúl de Alta Ripa, archidiácono de Colchester, célebre «tanto por su erudición como sus hechos de armas». Cayó mientras luchaba para sacar del apuro a sus compañeros[93]. No se hicieron prisioneros, de modo que, dejando a un lado a los pocos afortunados que lograron llegar hasta el campamento, todos los cruzados que intervinieron en la ofensiva resultaron muertos[94].

No hay duda alguna de que el número de bajas se cifró en varios miles, pero la determinación de la cantidad exacta sigue siendo objeto de debate. El *Eracles* de Lyon afirma que hubo 16 000 muertos, aunque 100 sargentos lograron escapar; Ambrosio mantiene que fallecieron 7000 hombres; Ricardo de Templo ajusta a la baja el guarismo de Ambrosio, y asegura que fueron únicamente 5500; Monachus habla de 5000; el capellán del arzobispo Balduino de Canterbury reduce todavía más la estimación y la sitúa en solo 4000 cristianos; Ibn al-Athir,

que no se hallaba presente en la acción, sugiere que fueron 10 000, e Ibn Shaddad, que sí estuvo en la refriega, dice que la cuantía total, incierta, debió de oscilar entre las 5000 y las 8000 almas[95]. Si descontamos las cantidades más elevadas, es decir, las que ofrecen tanto Ibn al-Athir como el *Eracles*, que no son testigos presenciales, el número de soldados de infantería muertos oscila entre 4000 y 8000. Los musulmanes arrojaron todos los despojos al río Belus.

¿A quién hay que atribuir la responsabilidad de semejanza matanza? Desde luego, la ofensiva misma fue extremadamente imprudente, de modo que la parte más grave de culpa ha de imputarse a los sargentos y condestables que capitanearon a las tropas de infantería. Pero también hemos de tener en cuenta el asunto de los cristianos del campamento que se negaron a acudir en auxilio de sus compañeros de armas cuando la batalla estaba ya perdida. En algunas fuentes se condena parcialmente la pusilanimidad de estos cruzados, pero en otras, y muy particularmente en el *Eracles*, se llega a justificar su actitud pasiva. El autor del *Eracles* ve incluso una especie de justicia social en el resultado de la batalla, dado que los arrogantes sargentos habían desobedecido a sus superiores (es decir, a los príncipes y a los caballeros) para recibir después su merecido, tal y como les había sucedido a los soldados de a pie, que, habiendo tomado la descabellada decisión de seguirles en su locura, cosechaban ahora los frutos de su irresponsabilidad. No obstante, *Eracles* critica también la falta de arrojo de los caballeros[96].

Ricardo de Templo muestra un desgarro similar, atirantado entre la crítica y la comprensión: si por un lado admite la temeridad de la ofensiva, por otro se pregunta

si habría tenido posibilidades de salir airosa en caso de que los príncipes y los caballeros hubiesen decidido sumarse a ella: «si al menos hubieran contado con un jefe[97]». El capellán del arzobispo Balduino de Canterbury se muestra en cambio extremadamente crítico con las élites: «nuestros caballeros se acurrucan en las tiendas [...], y como si ya hubieran sido derrotados, permiten que los insultos del enemigo queden impunes[98]». Por otro lado, cabría argumentar que existían motivos para permanecer en el campamento, dado que la guarnición de Acre había vuelto a efectuar una salida estratégica para atacar el recinto de las tiendas cristianas y apoyar de ese modo a los hombres de Saladino, que lo hostigaban por el otro lado. De haber sido efectivamente así, puede que los caballeros no tuvieran más remedio que atrincherarse tras sus fortificaciones, al estar sometidos a la imperiosa necesidad de repeler un asalto[99].

La explicación que ofrece Ambrosio para dar cuenta de lo sucedido el día de Santiago parte de matices más taciturnos, ya que el autor asegura que el diablo había tenido parte en la materialización del desastre. Sin embargo, más tarde se replantea su propia tesis y llega a la conclusión de que Dios no solo lo había permitido, sino que había llegado a desearlo incluso, ya que así podía contar con un mayor número de mártires a su diestra[100].

Entre la ofensiva de la festividad de Santiago, en pleno mes de julio del año 1190, el desastre de octubre de 1189, y los diversos reveses que los cruzados habían tenido que encajar previamente, parece claro que el ejército que había llegado a Acre con el propósito de sitiarlo estaba teniendo que soportar cuantiosas pérdidas. Resulta difícil determinar el volumen exacto que pudieran re-

presentar esas bajas, pero aun remitiéndonos a las cantidades menos abultadas —que son las que ofrece Ibn Shaddad (y no olvidemos que pisó el campo de batalla, que tuvo ocasión de asistir en primera fila, y de principio a fin, a la matanza, y que pudo hablar con los hombres encargados de contabilizar a los muertos)—, hemos de hacernos a la idea de que los cruzados perdieron algo más de diez mil hombres en el primer año de asedio de Acre. Y dado que el total de efectivos de que disponían no superaba los 30 000 soldados —cifra que solo podemos esgrimir si damos por bueno el testimonio de Ibn Shaddad—, resulta obvio que se vieron privados nada menos que de una tercera parte del ejército inicial[101]. De no haber sido por el perímetro defensivo formado por las trincheras y empalizadas que tan esforzadamente habían construido, así como por los periódicos refuerzos que recibían por vía marítima, se habría revelado prácticamente imposible continuar con el cerco después del año 1190.

Por fortuna, llegaban constantemente nuevas tropas de refresco. En octubre de 1190, el duque Federico de Suabia se presentó al fin en la región, acompañado por los setecientos caballeros que había conseguido salvar. Sin embargo, mucho más cerca, en términos cronológicos, fue la aparición —en la semana inmediatamente posterior a la debacle del día de Santiago— de una de las figuras más descollantes de la Tercera Cruzada: Enrique II de Champaña, conde de Troyes y sobrino de Felipe Augusto. Enrique había viajado por mar y traído consigo «hordas de nuevos efectivos [que] no solo devolvieron al ejército su anterior vigor, sino que en realidad lo incrementaron[102]». Ninguna de las fuentes cristianas detalla con exactitud el número de barcos o soldados que

había acudido a Acre a las órdenes de Enrique. Ibn Shaddad, que había conseguido cierta información gracias a los contactos que tenía en el interior de la plaza sitiada, calcula que el número de recién llegados debía de rondar los diez mil hombres. De ser verdad, es perfectamente posible que los sitiadores hubieran recuperado con ello los efectivos perdidos[103].

Desde el punto de vista de Saladino, esta circunstancia solo admitía ser considerada como un fuerte contratiempo, ya que lo que ahora tenía ante sí el sultán, pese a las grandes victorias conseguidas hasta entonces, no solo era un ejército renacido, sino también un conjunto de soldados cómodamente acantonados en el interior de una posición fortificada y apoyados además por una panoplia de cabecillas laicos y eclesiásticos tan amplia como formidable. Junto a Enrique de Champaña habían echado pie a tierra en Acre un buen número de personajes destacados. Entre ellos figuraba una impresionante cantidad de magnates y prelados, así como un variado conjunto de hombres de espléndida reputación: seis condes, doce obispos, dos abates y distintos caballeros normandos y franceses, sin olvidar a un sacerdote anónimo, ¡famoso por su habilidad en el uso de la ballesta! Todos estos dirigentes y soldados venían acompañados de buenos dineros y suministros, por no mencionar el importante volumen de elementos mecánicos y piezas de madera que precisaba la construcción de máquinas de asedio, algunas de las cuales se harían célebres, como las diferentes catapultas pertenecientes al rey de Francia. Poco después de su llegada, Enrique sometería a duras pruebas a sus artilugios, utilizándolos para arremeter contra las murallas de Acre. Hubo sin embargo una partida re-

levante, ya que este fue el momento que Luis III de Turingia eligió para regresar a su patria[104].

Según parece, Saladino y sus emires no sabían exactamente qué carta jugar en su siguiente movimiento. Ibn al-Athir aporta el interesante dato de que por esa misma época empezaron a recibirse los informes relativos a la muerte de Federico Barbarroja y al pésimo estado en el que se encontraba el ejército alemán acampado en las inmediaciones de Antioquía. Según este autor, los musulmanes quedaron tan absortos con esta imprevista nueva que ni siquiera prestaron atención a los francos que teníian ante sí, ya que imaginaban que las dificultades de los alemanes acabarían sin duda por desmoralizarles. De pronto se presentaron ante la fortaleza asediada las naves de Enrique de Champaña, para sorpresa general. Ibn al-Athir tenía la costumbre de criticar a Saladino, de modo que tal vez lo mejor sea descartar esta pequeña digresión sobre el ingenuo carácter de la inacción del ayubí, por si se tratara de un simple sesgo promovido por el encono personal. No obstante, Ibn Shaddad añade otra serie de detalles que también vienen a poner en tela de juicio —quizá sin segundas intenciones— la prudencia del liderazgo musulmán. Tras escuchar no solo los informes relacionados con la llegada de nuevos efectivos cruzados, sino también los rumores (de unos supuestos desertores cristianos) que hablaban de que el bando occidental estaba planeando organizar una serie de ataques contra las unidades avanzadas de los sarracenos, Saladino convocó a su consejo asesor. Los emires le recomendaron que hiciera retroceder a su guardia y la alejara de las trincheras del campamento cruzado (de las que se hallaban muy próximas). De ese modo, decían, lograría aumentar el radio de acción del cerco al que tenía so-

metido al enemigo, lo que a su vez le permitiría abrigar la esperanza de incitar a los cristianos a efectuar alguna salida y a aventurarse así por una zona menos segura[105].

Los estudiosos contemporáneos cada vez se muestran más proclives a revisar a la baja la fama de estratega de Saladino, y el hecho de que en esta ocasión decidiera finalmente dar por bueno el juicio de sus emires resulta muy elocuente en este sentido[106]. El sultán se mostró de acuerdo y optó por expandir el lazo que sofocaba al campamento cruzado. También accedió a trasladar el grueso de su escolta personal, sacándola del contingente central del ejército y ordenándole que se replegara al sur y se acantonara una vez más en al-Kharruba, lo que dejó desguarnecida su vanguardia, cuya composición quedó de ese modo reducida a mil soldados únicamente. Las brigadas de sus flancos izquierdo y derecho permanecieron donde estaban, aunque el número de hombres del ala derecha seguía estando gravemente mermado debido a la partida de un gran número de unidades al norte[107]. En otras palabras, la historia volvía a repetirse, ya que todo esto dibujaba en esencia una situación estratégica idéntica a la que ya adoptara Saladino a mediados de octubre de 1189. En esa ocasión, su partida dio a los cruzados el espacio y el oxígeno necesarios para que pudieran fortificar su campamento. Y ahora, diez meses más tarde, concedía a Enrique de Champaña vía Ubre para que insistiera en los ataques a Acre, cosa que desde luego no dejaría de hacer, y con efectos más que notables.

¿Qué pudo inducir a Saladino a cometer el mismo error? Desde luego, el impacto psicológico de ver que un enemigo prácticamente machacado recuperaba instantáneamente todo su vigor debió de haber pesado mucho en su ánimo. Y lógicamente, el hecho de tener un contin-

gente musulmán tan nutrido ocupado en atender el problema que planteaba la presencia del ejército alemán en las regiones septentrionales restaba todo sentido a cualquier pensamiento tendente a la organización de un asalto en toda regla al campamento cruzado. La contaminación que suponía la permanencia de los cadáveres diseminados por todas partes (y, presumiblemente, el recelo de cualquier enfermedad que pudiera acompañar a esa descomposición) también pudo haber sido uno de los factores que determinaran su decisión, como ya había sucedido en octubre[108]. No obstante, fueran cuales fuesen sus motivos, lo que resulta innegable es que Saladino optó por conceder deliberadamente un mayor espacio a su enemigo, y con el explícito fin, además, de que este pudiera maniobrar más cómodamente. No se ve por ninguna parte de qué modo podría haber redundado esa iniciativa en una ventaja para él.

En vista de la coyuntura, cabría preguntarse por otro lado qué impidió que Saladino decretara una total e inmediata retirada de Acre. Los cruzados habían visto restaurada su fuerza inicial, y aun en el caso de que se ordenara el regreso de todas las unidades musulmanas que habían sido enviadas al norte, lo cierto es que el sultán volvía a encontrarse en la casilla de salida. Es más, el ayubí sabía que se estaban aproximando nuevos contingentes enemigos, puesto que los ejércitos de los reyes Ricardo I de Inglaterra y Felipe II de Francia todavía no habían llegado a la cuenca oriental mediterránea. Permanecer en Acre implicaba asumir una tarea sumamente costosa, tanto en términos de dispendio económico como de merma de efectivos, de modo que cada semana adicional obligaba a sus aliados a asumir nuevas cargas; y muchos de esos apoyos, que tenían apremiantes asun-

tos pendientes en sus propios feudos, estaban deseando partir para poder atajarlos. Y dado el bloqueo al que se hallaba sometida la ciudad, resulta obvio que el factor tiempo no estaba de su parte, dado que siempre existía el riesgo de que los cristianos lograran perforar *de facto* los muros de la plaza o echar sus puertas abajo.

Por consiguiente, la perspectiva que se abría ante él era la de tener que soportar un largo y demoledor asedio, lo que llevaba aparejada la eventualidad de que cualquiera de los dos bandos terminara quedándose sin tropas a causa de las enfermedades, el hambre, las deserciones y los continuos combates. Una guerra de desgaste de esas características no sintonizaba con las inclinaciones estratégicas de Saladino, ya que a lo largo de su carrera militar siempre tendió a privilegiar la rápida conquista de cualquier objetivo que estuviese mal defendido; una estrategia que le había permitido mantener un impulso victorioso que además de granjearle aliados saneaba su tesorería[109]. Sin embargo, en el verano de 1190, pese a que el curso de los acontecimientos pareciera evolucionar claramente a favor del ejército cristiano, el sultán se resignó a la evidencia de que lo mejor era encajar el mazazo y aceptar la idea de que el triunfo, que todavía juzgaba posible, iba a obligarle a sudar sangre durante mucho tiempo.

Capítulo 4

Otoño e invierno de 1190

«Las medidas en las que habían despilfarrado su dinero quedaron atascadas y se desbarataron sus astutos planes[1]».

Es habitual colocar al conde Enrique de Champaña en un segundo plano, por detrás de otros cruzados más célebres, igualmente presentes en el sitio de Acre, como Ricardo Corazón de León, Felipe Augusto o el propio Guido de Lusiñán. No obstante, los esfuerzos que realizó en la campaña merecen que se les preste una atención más pormenorizada[2]. Enrique asumió el mando del conjunto del ejército y aportó cierta apariencia de orden a la cruzada, al reorientar el objetivo principal de las operaciones y apartarlo del ejército de Saladino para situarlo de nuevo en la ciudad misma. La cuestión es que el año anterior, los cristianos se habían centrado unas veces en atacar las murallas de la plaza y otras en librar combates con el enemigo, pero sin disponer en ningún momento de un plan general de acción capaz de encauzar las decisiones tácticas. Solo a la fortificación del campamento cruzado puede atribuírsele un carácter estratégico, ya que tanto las dos ofensivas dirigidas contra Saladino como los periódicos asaltos a la ciudad resultaron ser en realidad simples reacciones a las circunstancias del momento, lo que significa que fueron de naturaleza ad hoc. Sin embargo, bajo el liderazgo de Enrique, toda esa improvisación dio paso a una actitud nueva, ya que los cruzados se entregaron en primer lugar a conquistar Acre y aceptaron la idea de que solo después podrían ocuparse de los ejércitos musulmanes.

Este cambio de planteamiento se observa con toda claridad en las fuentes árabes, que resaltan el doble hecho de que el conde Enrique se dedicara con el máximo ahínco a la guerra de asedio y de que se consagrara muy particularmente a fomentar el uso de la artillería contra las pétreas murallas de Acre. Se dispusieron en torno al perímetro de la ciudad una serie de trabuquetes, y se ordenó a los encargados de manejarlos que lanzaran proyectiles a intervalos regulares, así que la ciudad se vio sometida a un bombardeo implacable, tanto de día como de noche. Con el tiempo, los muros empezaron a resquebrajarse bajo los efectos del constante martilleo[3]. Es posible que Enrique también ordenara entrar en acción a sus zapadores. Ibn al-Athir refiere una curiosa historia sobre un montón de tierra animado: los cruzados levantaron un enorme túmulo de escombros y avanzaron lentamente en dirección a la ciudad. La cuestión es que, protegidos y ocultos tras el montículo, progresaban también dos de los mangoneles de Enrique. Lo más probable es que los cascotes fueran simplemente los restos de lo que habían removido los hombres del conde al excavar los túneles con los que se proponían minar los muros[4].

Frente a esos ataques bien coordinados, la guarnición de Acre recurrió a una estrategia muy parecida a lo que hoy denominaríamos «fuego de contra-batería». En primer lugar, respondieron a los disparos de los mangoneles lanzando sus propios proyectiles. En este sentido, las fuentes nos hablan de dos tipos de artillería. Uno de los dispositivos utilizados fue un lanzapiedras capaz de arrojar grandes pedruscos (presumiblemente arrancados à las estructuras existentes en el interior de la plaza) sobre los artefactos cristianos. Con este sistema, los musulmanes consiguieron dañar gravemente varios de esos ar-

tilugios, haciéndolo además desde la seguridad de una posición muy alejada. Ambrosio sostiene que se necesitaban dos hombres para cargar la honda o bolsa (*funde*) de las armas. De acuerdo con esa descripción, es probable que se tratara de un trabuquete y que se amartillara tirando de una cuerda[5]. La guarnición también podía echar mano de una balista, como mínimo. En una ocasión, se prendió fuego al extremo de dos de los grandes dardos o jabalinas que podían arrojar estas enormes ballestas y los proyectiles fueron a clavarse, en rápida sucesión, en el costado de uno de los mangoneles occidentales, con lo que no solo lo redujeron a cenizas, sino que incendiaron también una segunda máquina de asalto supuestamente colocada a caballo de la primera[6].

La segunda contramedida obedecía al mismo principio, ya que también consistía en destruir la artillería enemiga valiéndose del fuego, aunque en este caso el método empleado fuera el de la nafta y no el de las flechas incendiarias. Pese a que la artillería de la época pudiera lanzar a corta distancia vasijas repletas de un fuego griego hecho a partir de la receta árabe de Alí (de acuerdo con una técnica que ya se había empleado para echar abajo las tres torres de asedio cruzadas con las que se había atacado Acre en el mes de abril), lo cierto era que la nafta resultaba excesivamente cara para arriesgarse a desperdiciarla con disparos de largo alcance, que siempre podían acabar fallando. Además, debido al bloqueo, las pequeñas cantidades de nafta que los musulmanes conseguían agenciarse tenían que ser introducidas subrepticiamente por medio de nadadores que burlaban la vigilancia de los occidentales (nadadores cuya llegada a Acre era después comunicada a Saladino mediante el uso de palomas mensajeras[7]).

Por eso había que proceder de otra forma y estrellar a mano las vasijas contra los objetivos elegidos. Los dos jefes máximos de la guarnición, los emires Qaraqush y Husam al-Din Abul-Hayja, decidieron entonces que lo mejor era ordenar a la caballería que realizara unas cuantas salidas para llevar a término la misión. Todas las puertas de Acre se abrieron de pronto simultáneamente y los jinetes ayubíes salieron disparados en dirección a los ingenios de asedio. Al llegar cerca del blanco que tenían que destrozar, lanzaron las jarras de nafta y huyeron al galope. El fuego consumió varias máquinas de asalto, y además Ibn Shaddad no solo asegura que en la subsiguiente refriega perecieron setenta cruzados, sino que también afirma que otros muchos fueron hechos prisioneros.

Dado que las zanjas de protección se habían excavado delante del campamento cristiano, parece obvio que las piezas de artillería atacadas debían de hallarse estacionadas dentro del recinto cruzado, en la parte más externa de su perímetro. Por otro lado, las salidas de los caballeros debieron de coger completamente desprevenidos a los occidentales, ya que uno de los artefactos —por el que el conde Enrique, según se decía, había pagado 1500 dinares— se encontraba bastante más lejos y todavía no había sido colocado en posición de tiro, de manera que no se hallaba a la distancia adecuada para lanzar sus proyectiles sobre la ciudad. Este aparato terminó igualmente destruido[8]. Sin embargo, no todos los jinetes consiguieron llegar sanos y salvos a lugar seguro: según parece, un caballero occidental derribó de su montura al emir Husam, que había tomado parte en la carga, y el musulmán acabó sufriendo en sus propios testículos el efecto del fuego griego que transportaba. Según cuál sea

la fuente que se escoja, la versión de lo sucedido varía, ya que unos autores indican que el sarraceno dejó caer accidentalmente el frasco y que su contenido le abrasó, y otros señalan que el lance se debió a que el caballero cristiano usó la sustancia para torturarle[9]. No sabemos con exactitud en qué fecha se efectuaron estos contraataques, pero parece que se desarrollaron a lo largo del mes de agosto y que concluyeron en torno al 3 de septiembre.

En el transcurso de ese mismo período de tiempo también se introdujeron subrepticiamente en la ciudad algunas provisiones. En la semana del 24 de agosto al 2 de septiembre un buque de suministros (*botsha*) procedente de Beirut se las ingenió para atracar en el puerto interior de Acre. Para conseguirlo, el capitán de la nave la hizo pasar por una embarcación cristiana, enarbolando velas adornadas con cruces y ordenando a sus marineros que vistieran atuendos occidentales. Pese a que distintos barcos cruzados interceptaron la *botsha* y realizaron una investigación, la estratagema funcionó, ya que los sitiadores permitieron que el navío siguiera adelante y penetrara por la bocana del puerto. Los guardianes del ancladero se apresuraron a bajar la cadena y la falsa galera entró en la rada y entregó cuatrocientas *ghiaras* de víveres a los hambrientos defensores de la ciudad: trigo, queso, maíz, cebollas y unos cuantos corderos[10]. La ineficacia del bloqueo cristiano quedó de manifiesto una vez más, cuando apenas habían transcurrido dos semanas desde el anterior fiasco. Más tarde, Lulu, que tan hábilmente había logrado burlar antes el cerco occidental, corriendo el mes de diciembre, haría saber, desde su posición en Acre, que las provisiones recibidas estaban a punto de agotarse. Saladino fletó entonces tres *botshas* egipcias para pa-

liar el apuro de la urbe, y el 16 de septiembre las naves se las arreglaron para sortear el cordón de buques cristianos que bloqueaba la entrada al fondeadero de Acre, disfrazándose una vez más de occidentales[11].

La Torre de las Moscas

Está claro que las defensas del puerto cristiano eran extremadamente deficientes. Esto animó al conde Enrique de Champaña a enfocar desde una perspectiva muy distinta el problema del abastecimiento de Acre por vía marítima: se propuso tomar la Torre de las Moscas, esto es, la que se elevaba al final del espigón situado en la fachada sudoriental del puerto de la plaza. Entre ese baluarte y su atalaya gemela, al otro lado de la entrada de la dársena, se extendía una gigantesca cadena que bloqueaba la boca del amarradero para proteger a los barcos musulmanes que se encontraban refugiados en su interior. Si se conseguía controlar el manejo de dicha cadena, se lograría impedir por completo el acceso al abrigo. Con la concepción de este plan se iniciaba la segunda fase de las operaciones de asedio que el conde Enrique había ideado a finales de septiembre, una fase que podríamos denominar naval.

Enrique no intervino personalmente en el ataque, y de hecho el *Itinerario* deja claro que delegó la tarea en los pisanos. Lo que se pretendía era dar al asalto un carácter bicéfalo. En primer lugar, los pisanos dotaron de una torre de asedio a una de sus galeras. La altura de dicho torreón rivalizaba con la de los mismísimos muros de Acre. Tenía tres plantas y podía abrigar a un buen grupo de tropas de artillería, de modo que sus integrantes podían disparar contra la Torre de las Moscas amparados

por la estructura y desde una posición elevada que no concedía ninguna ventaja a sus enemigos. Para mayor seguridad, se procedió también a cubrir de cuero la atalaya de la galera a fin de poder repeler los proyectiles que a buen seguro habrían de abatirse sobre ella. Por todo ello, el artilugio acabó pareciéndose bastante a las tres torres de asalto, manejadas en tierra y construidas el año anterior, que se habían utilizado para atacar la plaza por la lengua de terreno que unía la península de Acre al continente, aunque con una importante diferencia: ninguna de las fuentes menciona que las pieles que la recubrían hubiesen sido empapadas en vinagre. También estaba dotada de dos escalas de asalto. El plan consistía en mantener ocupados a los defensores de la Torre de las Moscas con una lluvia de proyectiles a fin de poder desembarcar sin peligro un contingente de soldados, cuya misión consistiría en encaramarse al baluarte valiéndose de las escalas. Se dispuso asimismo que una pequeña escuadra de barcos escoltara a la galera equipada con la fortificación para defenderla de cualquier salida que pudieran organizar los musulmanes desde la seguridad del puerto.

Los primeros compases del choque parecieron favorecer la iniciativa de los cruzados. Al aproximarse la galera atacante a la Torre de las Moscas, los defensores del baluarte musulmán presentaron batalla y lucharon tan denodadamente que la situación quedó por un tiempo indecisa, cubierto el escenario de la pugna de los dardos que ambos bandos disparaban a diestro y siniestro. Al final, los cruzados echaron el ancla y amarraron la galera al extremo del muelle sobre el que se levantaba la Torre de las Moscas. Esto permitió que los soldados echaran pie a tierra con las escalas de asalto y comenzaran a as-

cender hacia la parte superior de la atalaya. Entretanto, el resto de las galeras occidentales no solo conseguía mantener a raya a los buques sarracenos que habían abandonado el puerto para auxiliar a sus compañeros, sino que lograba asimismo quitar la vida a muchos de los marineros ayubíes[12].

Pero entonces cambiaron súbitamente las tornas: los defensores de Acre que peleaban en la torre comenzaron a arrojar grandes trozos de madera y enormes piedras a los soldados que subían por las escalas, provocando la caída de unos y aplastando a otros. Y todavía peor: la notable proximidad de la galera a la costa dio a los musulmanes ocasión de lanzar recipientes de fuego griego tanto al barco como a la torre de asalto que se erguía sobre el puente. Esta última, que como recordaremos no contaba con la protección de unas pieles previamente impregnadas en vinagre, quedó envuelta en llamas. El incendio se propagó a la embarcación y sus tripulantes tuvieron que abandonar la nave. Los pisanos que rodeaban la Torre de las Moscas también se vieron obligados a emprender la retirada, con lo que el ataque acabó fracasando[13]. La crónica de Ibn Shaddad difiere mucho de la que nos ofrecen las fuentes occidentales, probablemente debido a que el autor musulmán no se hallaba en las inmediaciones del puerto y tuvo que basar su relato en la serie de informes posteriores que acertó a recabar de los miembros de la guarnición de Acre. Según Ibn Shaddad, en el asalto participaron tres galeras: una de ellas era la que estaba provista de la torre de asedio; la segunda aparece descrita como un «brulote», así que los cristianos le prendieron fuego y la lanzaron en medio de la flota de Acre, y la tercera, que hizo las veces de nave de desembarco, consiguió atracar en la costa y llevar a

tierra a sus ocupantes, que utilizaron un «plúteo galés» para protegerse de los proyectiles enemigos una vez que hubieron tomado posiciones en el espigón. Si el asalto resultó fallido, la causa hay que buscarla, dice, en el hecho de que el viento rolara, ya que eso hizo que el brulote derivara hacia el resto de las naves cruzadas y que, incendiándolas, precipitase su repliegue[14]. Ibn Shaddad también sostiene que los alemanes atacaron esa misma torre musulmana un mes después, el 17 de octubre, y que en esta ocasión no se limitaron a levantar una torre de asedio en una galera, sino que la equiparon también con un puente levadizo. Pese a todo, no salieron mejor parados que los pisanos, así que lo único que pudieron hacer fue contemplar el fin de su embarcación, que sucumbió consumida igualmente por el fuego griego[15].

Con estas dos embestidas chasqueadas, lo único que se logró fue incrementar el número de embarcaciones musulmanas dispuestas a intentar socorrer a la ciudad asediada. En una oscura y tormentosa noche de finales de octubre, quince barcos llegados de Egipto se aproximaron al puerto de Acre. Componían la flota tres inmensos dromones, precedidos por trece *shinis* de menor tamaño. La tempestad se desató con tanta violencia que las naves cruzadas rehusaron interceptar a los recién llegados. Los musulmanes, por su parte, trataron de capear las dificultades que planteaba la navegación en aguas abiertas, ya que estaban notablemente agitadas. Varios buques chocaron entre sí, y pese a todo consiguieron llegar a puerto, pero dos de los bastimentos egipcios se estrellaron contra las peñas del rompeolas. Un tercer navío, una galera, fue empujada a la orilla por la marea y los cruzados la abordaron, se apoderaron de los suministros que traía y mataron a sus ocupantes[16]. Aproxima-

damente al mismo tiempo, los vientos contrarios arrastraban también a la costa a dos buques cruzados, de modo que los musulmanes se incautaron de ellos, con parecidas consecuencias[17].

El asalto a la Torre de las Moscas había fracasado, pero lo cierto es que tanto esa intentona como los demás esfuerzos tendentes a aumentar la presión del asedio nos permiten ver algunos aspectos importantes del cambio de estrategia que se estaba viviendo con la jefatura de Enrique de Champaña. Los cruzados habían sabido determinar cuáles eran los puntos en que debían focalizarse los ataques y delimitado claramente los paños de la muralla de Acre en los que era preciso insistir, en lugar de limitarse simplemente, como antes, a organizar precipitadas salidas en tromba contra la plaza. El hecho de que se hubiera procedido a montar una serie de trabuquetes o mangoneles, además de una galera de asedio, implicaba que el mando cruzado confiaba ahora en que la victoria habría de sonreírle más fácilmente si construía esos artilugios mecánicos vinculados con la capacidad y la creatividad de sus ingenieros que si se limitaba a realizar ofensivas de orden general contra los efectivos de Saladino. La circunstancia de que se concentraran las energías en el puerto también es un signo de inteligencia estratégica, ya que debido a que ambos bandos dependían de los suministros que pudieran llegarles por mar, el doble objetivo de los cruzados consistía en impedir la aportación de víveres y pertrechos destinados a los musulmanes y en allanar al mismo tiempo la descarga de sus propias naves en los muelles del puerto. Como señala Ibn Shaddad, quien se hiciera con el control de la torre dominaría asimismo el fondeadero[18]. Pese a que no

se hubieran visto coronadas por el éxito, las operaciones habían demostrado ser, cuando menos, sensatas.

Es posible que las acciones llevadas a cabo en la Torre de las Moscas contribuyeran igualmente a inspirar a los cruzados de períodos posteriores, ya que también ellos tratarían de materializar hazañas de ingeniería naval similares a las ordenadas por Enrique. En el transcurso de la Cuarta Cruzada, el dogo de Venecia, Enrico Dándolo, ordenó fijar un conjunto de «pasarelas flotantes» a los mástiles de sus bajeles, y dispuso además que se recubrieran las embarcaciones con pieles de animales a fin de dotarlas de una adecuada protección contra el fuego griego. El 16 de julio de 1204, los barcos de Dándolo cruzaron el estuario del Cuerno de Oro, se plantaron frente a los contrafuertes del puerto de Constantinopla, y empezaron a responder con sus propias catapultas a los disparos de los artilleros que defendían Bizancio. Cuando las naves cruzadas llegaron a la altura de las murallas, sus tripulantes bajaron las pasarelas y se apoderaron rápidamente de la cuarta parte de las torres de esa parte de la ciudad[19].

Pese a que pueda argumentarse sin excesiva dificultad que los dispositivos empleados en Constantinopla eran, «en la práctica, torres de asedio[20]», lo cierto es que la situación que mayores parecidos guarda con lo sucedido en Acre es el episodio que se vivió en Damieta durante la Quinta Cruzada. En esa ocasión se amarraron fuertemente dos galeras con el fin de poder constituir una base en la que asentar una enorme torre diseñada por el *scholasticus* Oliverio de Paderborn. Al igual que la ideada en Acre, también esta había sido protegida con pieles de animales para repeler los ataques con nafta. El 24 de agosto de 1218, en Damieta, a fin de quedar perfecta-

mente afianzado, el barco asaltante trabó deliberadamente el ancla en la cadena de la torre (conocida con el nombre de *Burj as-Silsilah*) que servía para controlar el paso al Nilo y los cruzados se las arreglaron para cruzar la plancha de desembarco que acababa de ser arriada, tomar la torre y cortar las cadenas[21].

Pero regresemos a los acontecimientos de Acre, ya que Enrique de Champaña escondía más trucos en la manga. La destrucción de los mangoneles y el desastroso resultado del intento de captura de la Torre de las Moscas no habían significado la interrupción de los ataques que habrían de abatirse sobre la ciudad en otoño. El 15 de octubre, los cruzados llevaron hasta el frente, a empujones, dos enormes arietes de asalto y empezaron a embestir contra los sillares de las murallas. El primero de esos ingenios pertenecía a Teodorico, el arzobispo de Besanzón. Se trataba en realidad del mástil de uno de los buques, rematado con dos puntas de hierro en ambos extremos. Se manejaba colgándolo de dos maromas sujetas en el armazón de un plúteo móvil cuyos costados habían sido recubiertos con una serie de planchas de ese mismo metal (muy posiblemente hechas a base de tiras) con el fin de impedir que el aparato y sus operarios sufrieran el ataque de la artillería musulmana. La parte frontal del ariete llevaba un tope de metal romo. El segundo artefacto era propiedad del mismísimo Enrique: según Ibn Shaddad, que más tarde tendría ocasión de inspeccionar personalmente el aparato, la punta de impacto se hallaba provista de un fuerte vástago metálico, de modo que tenía más poder de penetración, pero era menos apto para aplastar y machacar la piedra que el de Teodorico. La colocación funcional de este ariete era parecida a la del arzobispo, aunque en este caso no se menciona en nin-

gún momento que el plúteo en el que iba alojado se encontrara guarnecido de hierro. Curiosamente, lo que afirman las crónicas es que ambos arpones de asedio se utilizaron para arremeter contra los muros de Acre, no contra sus puertas. Uno imagina que dichas armas, sobre todo la que disponía de una barra de hierro en la parte frontal, habrían sido más adecuadas para echar abajo una puerta de madera que para conmover unas piedras sujetas con mortero. Un gran número de cristianos se unieron al asalto: los de uno de los grupos se apostaron en la parte de abajo, en el foso de la ciudad, armados con ballestas; otros se desplazaron hasta la base de las murallas, protegidos por plúteos y testudos, o provistos quizá de escudos o resguardos de madera; y un tercer pelotón se dedicó a transportar al frente las escalas de asalto[22].

A pesar de los elevados gastos de las operaciones y del refinado esmero con el que se habían construido los arietes, el ataque resultó infructuoso. Y aunque los cruzados se las arreglaron para golpear en varias ocasiones la pared de piedra del fortín de Acre, el enemigo acabó destrozando sus artilugios. Las fuentes describen con todo cuidado la neutralización del ariete de Teodorico, cuyo aspecto era muchísimo más vistoso que el del conde. Los defensores de la ciudad esperaron a que el mástil entrara en contacto con el muro —ya que de ese modo quedaba alineado bajo ellos, en la vertical del punto en el que se encontraban— y en ese preciso instante empezaron a lanzarle toda clase de proyectiles. Sobre el ariete cayeron objetos muy pesados, como trozos de piedra de las columnas de la urbe y vigas de madera, todo ello con la obvia intención de aplastar el armazón que lo protegía. Un gran número de dardos de ballesta comenzaron a

clavarse en el plúteo, pero lo que los artilleros musulmanes buscaban era algún resquicio vulnerable por el que sus flechas pudieran penetrar y herir al enemigo. Después vino el turno del fuego. Lo primero que hicieron fue arrojar sobre el plúteo, a modo de yesca, pequeños trozos de leña, ramas y arbustos secos, tras lo cual lanzaron azufre, alquitrán, grasa animal y brea, básicamente todas las cosas combustibles que lograron encontrar. Culminaron la tarea con una lluvia de vasijas de nafta, con lo cual prendieron fuego tanto al tejadillo del plúteo como a las vigas que lo sostenían. Al final las llamas se fueron abriendo paso, serpenteando, y el propio ariete quedó reducido a cenizas.

Al cobrar fuerza el incendio, los soldados que manejaban el artefacto salieron huyendo. Al ver su reacción, los musulmanes abrieron las puertas de la ciudad y salieron en masa, decididos a trabar combate con el resto de los sitiadores. Los defensores de Acre se precipitaron sobre los elementos de madera con los que se cubrían y saltaron al foso para acabar con las tropas de artillería. En el barullo que se armó, y mientras cruzaban espadas con los occidentales, se las ingeniaron para prender fuego al ariete del conde Enrique, aunque a costa de perder a ochenta de los suyos[23]. Sin embargo, este segundo dispositivo de asalto no quedó tan gravemente dañado como el de Teodorico, así que la guarnición de la plaza asediada se apoderó de él. Fue arrastrado al interior de la ciudad, y sus habitantes sofocaron las llamas, eliminaron el copete de metal que remataba el arpón y se lo enviaron como recuerdo a Saladino[24].

En conjunto, los resultados de la estrategia de Enrique de Champaña fueron un tanto ambiguos, al menos a corto plazo. Por un lado, había acertado a reorientar las

energías de los cruzados y a centrar sus esfuerzos en las defensas de Acre, dado que, a fin de cuentas, ese era el principal objetivo del ejército en ese momento. Pese a que el continuo lanzamiento de bloques de piedra y otros proyectiles no hubiera logrado abrir brecha en las murallas, lo que sí se había conseguido era debilitarlas en muchos puntos (y como es obvio, esas zonas tocadas podían explotarse en futuros ataques). Por otra parte, lo único que le interesaba a Enrique era superar los muros de la plaza, no arremeter contra los efectivos musulmanes que montaban guardia en torno al campamento. Esto llevaba aparejada la puesta en marcha de un plan de ataque de carácter estático y prolongado en el tiempo en el que no era preciso comprometer un excesivo número de tropas. Con todo, esto no significaba que los soldados cristianos pudieran permanecer de brazos cruzados, ya que la defensa de las trincheras y las empalizadas seguía constituyendo una de sus máximas prioridades. Según refiere Rogelio de Hoveden, el 2 de octubre, por ejemplo, un torrente formado por unos cuatro mil musulmanes salió de la ciudad y empleó munición de fuego griego para incendiar varios tramos del palenque de los occidentales. Un mes más tarde, los musulmanes volvieron a intentarlo, pero fueron finalmente rechazados: al iniciarse la acometida, los combatientes cruzados, capitaneados por Balduino de Carún, Gualterio de Oyri y Balduino de Dargus, consiguieron mantenerlos a raya en el perímetro del campamento, pero después, al llegar a la carga la caballería templaría encabezada por el conde Enrique y por Godofredo de Lusiñán, los atacantes se dieron a la fuga[25].

No obstante, la nueva táctica tuvo un efecto perceptible, ya que tanto el grueso de la tropa como las filas de

los caballeros asistieron a una especie de pausa en el largo período de encontronazos ofensivos a gran escala que habían estado viviendo hasta entonces. En la carta que dirige a los monjes de Canterbury, el capellán del arzobispo Balduino aborda directamente este asunto. Tras informar a sus interlocutores de que el alto prelado había llegado sano y salvo el día 16 de septiembre, el presbítero lamenta las deficiencias morales y espirituales de los soldados acantonados en el campamento. De hecho, nada más poner el pie en Acre, el propio Balduino «se enteró de que el ejército se había desentendido de toda disciplina y que frecuentaba las tabernas, trataba con prostitutas y se entregaba a los juegos de dados». No obstante, las quejas del clérigo también señalan que los reclutas se hallaban expuestos a la perniciosa influencia de la ociosidad:

> Los turcos nos tienen asediados, nos provocan a diario y nos atacan continuamente. Mientras tanto, nuestros caballeros se acurrucan en las tiendas, de modo que los mismos hombres que un día prometieran una rápida victoria muestran ahora un comportamiento cobarde y perezoso. Y como si ya hubieran sido derrotados, permiten que los insultos del enemigo queden impunes. La fortaleza de Saladino crece de día en día, y con esa misma cadencia se reduce y fracasa nuestro ejército[26].

La carta lleva fecha de 21 de octubre, lo que significa que nos proporciona una información extremadamente útil sobre el estado en que quedó la situación tras acabar destruidas las máquinas de asedio de los cruzados, una circunstancia que debe interpretarse a su vez en el contexto global del verano de 1190. La muerte de Federico Barbarroja, el desastre de la ofensiva del día de Santiago, las reiteradas salidas estratégicas de Acre, y el fracaso (hasta el momento) de los dispositivos de asalto se habían confabulado y producido un bajón en la moral de los occidentales, dado que su ejército permanecía inactivo, parapetado tras sus defensas, y a la espera de la lle-

gada de nuevos refuerzos, fundamentalmente de los premiosos reyes de Inglaterra y Francia[27]. Pese a que la táctica bélica de Enrique de Champaña fuera sensata, los resultados obtenidos habían sido más que mediocres, y eso había disminuido consideradamente el entusiasmo inicial.

De hecho, según parece, la única iniciativa que se tomó a principios del otoño fue la de una acometida alemana contra la vanguardia del sultán, acción que se había producido poco después de la llegada a Acre del duque Federico, el día 7 de octubre. Ibn Shaddad es quien nos ha dejado constancia de ella, pese a no encontrarse, como es obvio, en el campamento cruzado. No obstante, el cadí sostiene haberse enterado de sus pormenores a través de la información recibida de un puñado de espías y desertores. Sea como fuere, lo que resulta indiscutible es que acierta a captar perfectamente el espíritu que debía de reinar en el campamento. Ibn Shaddad refiere que Federico «afeó a sus correligionarios la dilatada duración del asedio [...], pero ellos le desaconsejaron que siguiera por ese camino». Los alemanes marcharon al este, en dirección a Tel al-Ayyadiyya, y se toparon de pronto con la guardia de Saladino. La noticia del subsiguiente encontronazo llegó a oídos del ayubí, y este se apresuró a reunir a los jinetes que tenía más a mano para encaminarse a toda velocidad al lugar del choque. Federico no pudo resistir demasiado: tras una refriega de duración indeterminada, sus hombres resultaron aniquilados, y él mismo hubo de esperar a la caída de la noche para poder escapar ileso[28].

Se pierde la iniciativa

Por si los males que se abatían sobre los cruzados no fueran ya suficientes, el regreso a Acre de los aliados musulmanes que Saladino había enviado al norte en los anteriores meses de junio y julio terminaría de agravar su apuro. Entre los recién reintegrados al contingente musulmán se contaban cuatro potentados de primer orden: el hijo del sultán, al-Zahir, señor de Alepo; Sabiq al-Din (cuyo nombre completo era Sabiq al-Din Utmán ibn al-Daya), señor de Shaizar; Izz al-Din, señor de Kafartab y Barín; y Majd al-Din, señor de Baalbek, todos ellos acompañados de sus respectivos séquitos armados. Lógicamente, una vez que el duque Federico y los soldados alemanes que habían logrado sobrevivir a la expedición se instalaron en Acre, no había ya necesidad alguna de enviar en misión operativa, fuera al Líbano o al Asia Menor, a ninguna otra unidad musulmana. Para el 15 de octubre, todos los efectivos destacados en la región septentrional se hallaban ya de regreso (y no olvidemos que esa había sido justamente la fecha en la que había fracasado el ataque de los arietes de asalto cruzados). De este modo, los efectivos del ejército de campaña de los musulmanes crecían en el preciso momento en el que se desinflaban las operaciones de asedio, lo que no era en modo alguno un buen augurio para las divisiones de Occidente.

No obstante, como habría de comprobarse más tarde, Saladino también tenía serios problemas con los que lidiar. Pese a que él mismo y sus vasallos se hubieran ausentado periódicamente de la zona del conflicto, por diversas razones (como la de tener que desplazarse al norte para cortar el paso a los alemanes o la de replegarse al sur para restablecerse de una dolencia), lo cierto era que, en esencia, las fuerzas musulmanas llevaban más de un

año en pie de guerra sin haber logrado ningún resultado decisivo. Todavía no habían conseguido quebrar el cerco de los cruzados. Y ahora, con el invierno otra vez a la vuelta de la esquina, el sultán estaba teniendo graves dificultades para mantener la cohesión de su ejército. John France ha señalado con claridad el problema central que arrastraba por esa época la organización militar ayubí:

> [Saladino] dependía fundamentalmente de un gran número de gobernadores y jefes militares que, por una u otra razón, controlaban *de facto* la maquinaria del estado en sus respectivas jurisdicciones. La lealtad que les unía al sultán siempre había tenido un carácter condicional, y dependía básicamente de que el ayubí diera carta de naturaleza a sus intereses [...]. Todo gravitaba en torno a la recíproca interacción que existiera entre las circunstancias de los territorios de los señores locales y el prestigio personal que rodeara a Saladino en un momento dado [...]. Por grandes que fueran sus recursos, el sultán no podía sostener a un vasto ejército regular durante un largo período de tiempo[29].

La exactitud del análisis de France queda patentemente de manifiesto en el sitio de Acre. El 21 de octubre, Saladino volvió a caer enfermo, así que no tardó en tomar la decisión de retirarse a Shafaram, una localidad situada 17 kilómetros al sur de la plaza cercada. Las operaciones que los musulmanes venían realizando sobre el terreno se frenaron en seco. De hecho, el ayubí acabaría perdiendo un mes entero (de mediados de octubre a mediados de noviembre), debido a una serie de cuestiones asociadas con la disponibilidad de sus propios efectivos (y prácticamente desvinculadas, por otro lado, de los esfuerzos que hubieran podido efectuar en ese lapso de tiempo los cruzados).

Uno de los elementos nucleares del aprieto del sultán se debía a las riñas que lo enfrentaban a sus tributarios, aunque para complicar todavía más las cosas también tenía que hacer frente al constante goteo de súbditos que le pedían permiso para abandonar Acre y regresar a sus

hogares. En algunos casos, la enfermedad era lo que motivaba las solicitudes, pero en otros la causa había que buscarla en la impaciencia, las inquietudes financieras o la frustración derivada de las dificultades que entrañaba tener que combatir en las trincheras enemigas[30]. El primero en presentarse ante el sultán fue Zayn al-Din (Zayn al-Din Yusuf ibn Zayn al-Din alí ibn Baktakín, señor de Irbil), quien pidió licencia al ayubí para partir, aduciendo que padecía unas fiebres muy intensas. La petición fue denegada, pero lo que sí le permitió Saladino fue ir a recuperarse al sureste, a Nazaret, donde acabaría falleciendo poco después[31]. El hermano de Zayn al-Din, Muzaffar al-Din, había combatido brillantemente en Acre, así que el sultán le otorgó el control de Irbil, aunque al parecer no conseguiría asentar posteriormente su posición en el feudo. Los soldados de Irbil habían integrado el contingente de las alas izquierda y central del ejército de Saladino, así que su partida dejó una brecha abierta en las líneas musulmanas; razón por la que el sultán mandó llamar a su sobrino Taqi al-Din, pidiéndole que regresara de Hama y colmara el hueco dejado por los ausentes[32]. El siguiente en dirigirse al ayubí fue Imad al-Din Zanki, señor de Sinyar. Zanki se quejó diciendo que no disponía de suficientes pertrechos para combatir el frío y que, por consiguiente, al no poder permanecer en la zona debido a la proximidad del invierno, solicitaba permiso para regresar a su territorio. Saladino paró el amago ofreciéndose a procurarle tiendas de invierno, así como un dinero extra por las penalidades sufridas. Sin embargo, Zanki rechazó el acuerdo. Una constante procesión de mensajeros enviados por él se encargó de insistir en la petición acudiendo una y otra vez a la tienda del sultán. Ibn Shaddad afirma que él mismo se vio obligado

a realizar una suerte de mediación diplomática debido a que el acaloramiento de la discusión iba en aumento. El asunto no pudo zanjarse hasta que Saladino decidió garabatear de su puño y letra una nota dirigida a Zanki: «¡Quien pierde tanto como yo sabe la ganancia que aguarda a los demás!». Lo que se afirmaba entre líneas —que la desobediencia sería castigada con la muerte— ejerció al fin el efecto deseado, y Zanki cesó en sus protestas[33]. No obstante, aunque los hombres de Sinyar terminaran por quedarse, los de Irbil se habían marchado, lo que significa que el contingente musulmán de la región de Jazira se vio inevitablemente reducido.

El caso más difícil fue el de Muizz al-Din Sanjar Shah, señor de al-Jazira. Según parece, se le había atraído a Acre con la falsa promesa de librar una yihad, no con el señuelo de ningún beneficio monetario en particular. Sin embargo, la imposibilidad de lograr, al menos hasta entonces, una completa victoria sobre los cristianos le había causado una gran frustración. Durante el período de ayuno del ramadán, Sanjar Shah pidió a través de una serie de emisarios que se le concediera autorización para marcharse, pero todas sus peticiones toparon con la negativa del ayubí. El día del Eid al-Fitr, o «fiesta de la ruptura del ayuno» (el 31 de octubre), Sanjar Shah se presentó en persona frente a la tienda de Saladino y solicitó audiencia, pero volvió a quedar chasqueado, ya que el sultán le ordenó una vez más que permaneciera en el campamento. A pesar de todo, Muizz al-Din Sanjar Shah decidió abandonar la zona y partir con rumbo a su propio feudo, contrariando así los deseos de Saladino y llevándose consigo a sus soldados; aunque en este punto las crónicas difieren, ya que unas sostienen que la tropa recibió el mandato de ponerse a hacer el petate antes de

la entrevista con el ayubí y otras mantienen en cambio que la resolución les llegó después[34]. Esta habría sido una pérdida difícil de encajar para los ejércitos musulmanes. Es probable que, en total, las tropas de al-Jazira, entre cuyos miembros se contaban los soldados procedentes de las diversas regiones que gobernaba Sanjar Shah, constituyeran una fuerza próxima a los cuatro mil hombres. Y dado que los de Irbil ya habían abandonado la zona, esta nueva partida suponía una nueva y muy importante reducción de efectivos. Y peor aún: la temeraria resolución de Sanjar Shah había quedado a la vista de todos, una circunstancia que, teniendo en cuenta las anteriores renuncias, podía terminar incitando a otros a la defección.

Sin embargo, lo que sucedió fue que Sanjar Shah no tuvo más remedio que prestar obediencia al sultán. En un primer momento, Saladino intentó hacerle desistir de su empeño con una amenaza, ya que le envió una carta en la que figuraba la siguiente advertencia: «Guárdate de cualquiera que tenga a bien atacarte, pues yo he dejado de preocuparme de tu bienestar». Sanjar Shah recibió y leyó la misiva, pero según cuentan no se inmutó en absoluto y prosiguió la marcha. Cerca de la ciudad de Fiq, situada a pocos kilómetros al este del lago Tiberíades, se cruzó con Taqi al-Din[35]. Este último venía de Hama y se dirigía a Acre. Tras escuchar el relato de lo ocurrido, el sobrino de Saladino instó a Sanjar Shah a regresar al lado del sultán. Sin embargo, el vasallo reiteró sus quejas, hasta que Taqi al-Din, cansado de oírle, le reprendió severamente con estas palabras: «Te comportas como un chiquillo y no sabes las calamidades que pueden derivarse de esto» (amonestación que obligó al díscolo señor de al-Jazira a dar su brazo a torcer). Una vez de vuelta en

Acre, Saladino decretó su perdón, pero Sanjar Shah, dando muestras de prudencia, pidió permanecer acampado cerca de Taqi al-Din, a quien ahora consideraba un benefactor, y al que también debía de juzgar, con toda probabilidad, un buen aliado para amortiguar la cólera y el rencor del sultán[36].

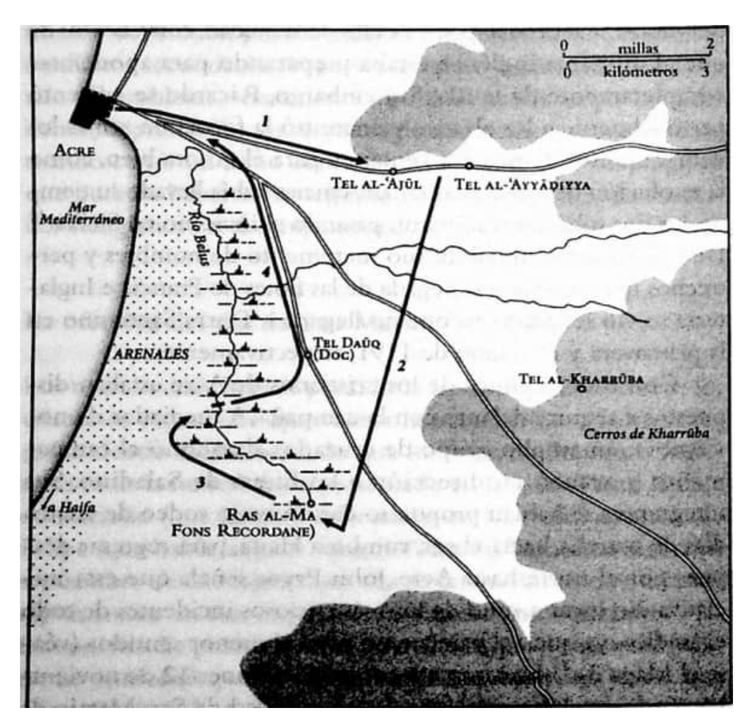
Pese a que el asunto pareciera zanjado, lo cierto es que esos actos de desobediencia, agravados por la falta de respeto, no auguraban nada bueno para la unidad de los musulmanes. Aunque acabara de conceder el perdón a Sanjar Shah, Saladino decidió escribir una carta a Izz al-Din Masud ibn Mawdud ibn Zanki, atabeg y señor de Mosul, además de tío del rebelado jefe al que se había hecho entrar en razón. Saladino le ordenó que sitiara las tierras que su sobrino poseía en la región mesopotámica de Jazirat. Izz al-Din obedeció, y el asedio, que dio comienzo a finales de marzo de 1191 y se prolongó por espacio de cuatro meses, no llegó a su fin sino tras una conferencia de paz en la que él mismo y Sanjar Shah acordaron dividir en dos el territorio[37]. De este modo, la impaciencia de los magnates que apoyaban al ayubí empezó a repercutir en otros lugares de los dominios del sultán, provocando el surgimiento de disputas y conflictos secundarios. Y peor aún: al no estar solucionada, la raíz del problema —claramente vinculada con la ampliación del deber de prestación de servicios de sus vasallos — continuó actuando como un freno contrario a cualquier tipo de progreso que pudiera haberse conseguido en la lucha contra los cruzados refugiados en el campamento.

La ofensiva del día de San Martín

Los musulmanes habían perdido la iniciativa. Pero ¿serían los cristianos capaces de aprovechar la ocasión? Sus efectivos seguían siendo limitados, dado que los reyes de Francia e Inglaterra todavía no se habían presentado en la plaza. Tanto la flota de Ricardo (que había levado anclas en Marsella) como la de Felipe (que había largado velas en Génova) llegaron a Sicilia en septiembre de 1190, pero una vez en la isla, Ricardo se enzarzó rápidamente en dos disputas relacionadas con cuestiones matrimoniales. La primera de las querellas surgió a causa del legado de viudedad que le correspondía a su hermana Juana, que poco antes había perdido a su marido, el rey Guillermo II de Sicilia. Se daba la circunstancia de que el sucesor de Guillermo, Tancredo de Lecce, había recibido esa herencia y ahora se negaba a restituírsela a Juana[38]. La segunda causa de pendencia hallaba fundamento en el compromiso de casamiento que Ricardo había contraído con Adela de Francia, hermanastra del rey Felipe Augusto. Ricardo deseaba liberarse de su promesa a fin de celebrar sus esponsales con Berenguela, hija del rey Sancho VI de Navarra[39]. Estas desavenencias acabaron por desatar un episodio de violencia que provocó, entre otras cosas, que Ricardo se apoderara de dos monasterios, y que los ciudadanos de Mesina se rebelaran por las calles de la ciudad, convencidos de que el monarca inglés se estaba preparando para apoderarse completamente de la isla. Sin embargo, Ricardo se enfrentó personalmente a los alzados y encontró la forma de zanjar los demás asuntos de manera ventajosa para él. Ahora bien, como la resolución de todas estas circunstancias había llevado su tiempo, los dos soberanos acabaron pasando el invierno en Sicilia[40]. De este modo, el notabilísimo incremento de hombres y pertrechos que prometía

la llegada de las flotas de Francia e Inglaterra se vio retrasado, ya que no llegaría a Tierra Santa sino en la primavera y el verano de 1191, respectivamente.

Con todo, algunos de los cristianos de Acre estaban dispuestos a seguir adelante con la campaña. A mediados de noviembre, un amplio grupo de cruzados abandonó el campamento y avanzó en dirección a las líneas de Saladino. Sus integrantes se habían propuesto dar un vasto rodeo de cuatro días de marcha hacia el sur, rumbo a Haifa, para regresar después por el norte hasta Acre. John Pryor señala que esta iniciativa dio lugar a «uno de los más curiosos incidentes de todo el asedio», ya que, «al parecer, no tuvo el menor sentido» (véase el Mapa 3).[41] La caminata comenzó el lunes 12 de noviembre, es decir, al día siguiente de la festividad de San Martín de Tours, y da la impresión de que obedeció a una multiplicidad de causas, de entre las que cabe destacar el aburrimiento, la exasperación por la falta de progresos del asedio, el deseo de trabar combate con los musulmanes, o un sentimiento de frustración general derivado de la escasez de comida o dinero. Ibn Shaddad también sostiene que los cruzados habían oído rumores de que Saladino estaba enfermo y se había replegado a Shafaram[42]. Lo cierto es que ninguna de estas razones excluía a las demás.



3. Marcha de Enrique de Champaña
(ofensiva de la festividad de San Martín, noviembre de 1190)

A diferencia de lo ocurrido con el desastre del día de Santiago, en esta ocasión el ejército se hallaba al mando de varios jefes de la élite cristiana. El conde Enrique de Champaña encabezaba la comitiva, acompañado por Conrado de Monferrato, Godofredo de Lusiñán y el obispo de Salisbury, Huberto Walter. Otros paladines habían preferido permanecer en el campamento para protegerlo. Tal era el caso del duque Federico de Suabia, del conde Teobaldo de Blois, del patriarca Heraclio de Jerusalén, y del arzobispo Balduino de Canterbury[43]. Con el ejército viajaban unas cuantas unidades de caballeros templarios y hospitalarios, junto con otros doscientos hidalgos no pertenecientes a ninguna orden y trescientos hombres de armas aportados por Balduino. Rogelio de Hoveden también menciona la presencia de

los normandos Balduino de Carún, Gualterio de Oyri y Balduino de Dargus, pero no sabemos con exactitud de cuántos efectivos se componía la totalidad del contingente reunido. De lo que sí tenemos noticia es de que llevaban provisiones para cuatro días. La elevada posición de los dirigentes que lo encabezaban y la presencia de miembros de las órdenes militares sugiere que no se trataba de una simple expedición de forrajeo, ya que los cruzados esperaban tener la posibilidad —la buscaban incluso— de presentar batalla al enemigo durante su avance. La marcha del día de San Martín constituía en realidad una ofensiva cuyo propósito iba más allá de la simple obtención de los suministros que tan urgentemente necesitaba el ejército cruzado, dado que también fue una salida concebida para infligir una serie derrota a los musulmanes que rodeaban la llanura de Acre. Antes de su partida, los cruzados habían recibido una bendición general, además de la absolución de sus pecados, en una ceremonia organizada por Balduino y los demás obispos presentes en la misma[44].

Teniendo en cuenta la dirección en la que fluye el río Belus, el ejército no podía avanzar sin más en dirección sur para dirigirse a Haifa. Ante ellos se abrían únicamente dos opciones: o bien se encaminaban directamente al sur, orientando sus pasos hacia el paso situado en el Puente de Doc (*Dauq*), que les permitía cruzar el Belus, o bien marchaban primero al este para doblar más tarde hacia el mediodía. La primera posibilidad les habría obligado a asumir un gran peligro, dado que, después de atravesar el puente, los occidentales habrían quedado atrapados entre el enemigo y la bahía de Haifa. Es más, en esa zona no había tantos soldados musulmanes, puesto que los adversarios más próximos eran en realidad los

que formaban el contingente de vanguardia acantonado en Tel al-Ayyadiyya, justo al este de Acre. Y como lo que andaban buscando era justamente un choque, los cruzados pusieron rumbo a Oriente[45]. En la región meridional de Shafaram, Saladino recibió noticia de que en el interior del campamento cruzado se estaba agrupando una gran partida, de modo que ordenó la adopción de dos medidas: por un lado, dio a la vanguardia instrucciones de replegarse más al este y llegar hasta Tel Kaysan, y por otro envió sus propios pertrechos y bagajes pesados aún más al sur, a al-Qaymun[46]. La guarnición de Acre también reaccionó: nada más partir los cruzados, las puertas de la ciudad se abrieron y una riada de musulmanes se abalanzó sobre las defensas del campamento. Durante casi toda la semana, las trincheras fueron el escenario de una periódica sucesión de refriegas, y de hecho la presión no cedió sino cuatro días más tarde, al regresar el conde Enrique de Champaña[47].

Los cruzados embarcados en la expedición llegaron a los pozos de Tel al-Ajul en el preciso instante en el que la vanguardia musulmana se hallaba en plena maniobra de reposicionamiento, y como es lógico, las fuentes occidentales interpretaron que se trataba de un síntoma de debilidad, lo que las llevaría a afirmar que los cristianos habían asistido a «la acción propia de una mente abatida y desalentada[48]». Lo más probable, no obstante, es que los musulmanes estuvieran permitiendo nuevamente que el enemigo ensanchara su zona de operaciones, en un intento de incitarles a adentrarse todavía más en territorio hostil, ya que una vez repartidos por una vasta porción de terreno resultaría fácil rodearles y proceder a su aniquilación. Según parece, en Tel al-Ajul solo se libró una pequeña escaramuza, durante la cual los musul-

manes lanzaron unas cuantas flechas incendiarias en dirección a los cristianos[49]. Después del encontronazo, los cruzados plantaron las tiendas para pernoctar *in situ*. En la mañana del martes 13 de noviembre, levantaron el campamento y giraron al sur. Ambrosio explica las razones de este movimiento: «Al no conseguir una batalla en toda regla, volvieron riendas hacia Caifás [Haifa], donde se rumoreaba que podía encontrarse comida, lo que era importante, ya que escaseaba entre los sitiadores[50]».

En otras palabras, el primer objetivo del ejército consistía en medirse con el enemigo, no en dedicarse al forrajeo. Al constatar que se le negaba la ocasión de fajarse en un rápido combate, el conde Enrique varió el objetivo de la misión, transformándola en una empresa destinada a viajar al sur para obtener víveres y otro tipo de suministros en Haifa. Los cruzados marcharon manteniendo en todo momento el río Belus pegado a su flanco derecho (es decir, a Occidente), hasta topar con el grueso del ejército de Saladino en Recordane (Tel Kurdani). El punto en el que ambos contingentes entraron en contacto se hallaba cerca de la cabecera del curso de agua, ya que los musulmanes habían bloqueado allí todos los pasos que se dirigían al sur[51].

Para acantonarse, los sarracenos habían adoptado su característica disposición triple: una división a la izquierda, otra en el centro y una tercera a la derecha. En esta última ala militaban el mismísimo Saladino, que dirigía a las tropas desde la retaguardia; su hermano al-Adil, acompañado por la caballería llegada de Egipto, y un largo séquito integrado por Husam al-Din ibn Lajin, señor de Nablús; el *tawashi* Qaymaz al-Najmi; Izz al-Din; Husam al-Din Bishara, señor de Banias; Badr al-Din Dildirim al-Yaruqi, señor de Tel Bashir, y otros emires cuyo

nombre no aparece mencionado. En el flanco izquierdo, junto al río, se apostaba Taqi al-Din, secundado por los hombres de Sinyar (y a su lado tenía también al desertor Sanjar Shah, de quien ya hemos hablado); les respaldaban asimismo los miembros de la tribu de los emires kurdos de Mihrani y Hakkari, entre los que se contaba al-Mashtub. El centro había sido dividido entre los integrantes de la guardia real de Saladino, que ocupaban la porción del centro izquierda, y otros tres hijos del sultán —al-Afdal, al-Zahir y al-Zafir Khidr—, que capitaneaban el centro derecha. Por otra parte, las tropas de reserva permanecían en los cerros de al-Kharruba y los escaramuzadores se mantenían delante de las filas más relevantes del contingente ayubí[52].

Los informes que detallan lo sucedido en la batalla que se desarrolló a continuación son bastante imprecisos, y desde luego no disponemos de datos que nos aclaren cómo se desplegó el ejército cristiano. Según parece, la magnitud de las fuerzas de Saladino no causó la menor impresión en los cruzados, lo que sugiere que contaban con un número de hombres lo suficientemente elevado como para plantarle cara, fuera de un modo o de otro. Desde luego, de haberse visto abrumadoramente superado en número, el conde Enrique de Champaña podría haber optado simplemente por dar media vuelta y emprendido nuevamente la marcha, esta vez al norte, en dirección a Acre, dado que tenía plena conciencia de que las únicas tropas que podían haber tratado de impedir su avance eran las de la reducida vanguardia musulmana, acantonada en Tel Kaysan. Sin embargo, en lugar de apostar por esa solución, prefirió recoger el guante, aunque no hay duda de que la aguda escasez de alimentos que se padecía en el campamento influyó muy nota-

blemente en su decisión. Al ponerse en marcha los occidentales y tratar de proseguir su ruta, encaminándose al nacimiento del río, tanto los escaramuzadores de Saladino como su vanguardia lanzaron una lluvia de proyectiles sobre los cruzados[53]. En esencia, lo que Enrique estaba tratando de conseguir era desbordar el flanco izquierdo de los ayubíes, no con idea de hacerse con la victoria, sino más bien con el propósito de salvar el Belus y poder acceder a otra ruta que le condujera a Haifa. Valiéndose de la clásica táctica cruzada de la «marcha de combate», el conde arremetió con fuerza contra las filas enemigas, a fin de perforarlas, mientras ordenaba a sus soldados que se guardaran muy mucho de enzarzarse en una batalla campal en toda regla:

> Habiendo visto las intenciones del contrario, los cristianos torcieron el rumbo y se dirigieron a Poniente, hacia el río, mientras la vanguardia libraba un combate cuerpo a cuerpo. Los francos se habían agrupado y estrechado filas, de modo que se hallaban apiñados unos contra otros. El objetivo de la guardia de avanzada musulmana consistía en lograr que los occidentales cargaran contra ellos, ya que de ese modo los sarracenos podrían salirles al paso, el furor de la batalla se extendería al conjunto del ejército, y se asistiría a un desenlace, lo que en último término permitiría descansar a los hombres[54].

Imad al-Din bromea diciendo que los musulmanes «les iniciaron en las leyes y costumbres de la guerra santa», pero que, a pesar de todos sus esfuerzos, los cruzados mantuvieron la formación, rodearon la cabecera del río y establecieron allí el campamento de esa noche[55]. Saladino respondió a la prudente actitud de los cristianos cambiando sabiamente la posición de sus líneas. Situó su ala izquierda cerca de la bahía de Haifa, y su flanco izquierdo justo enfrente del contingente adversario, cortando así la ruta meridional a la que intentaba llegar Enrique. Después, el sultán ordenó que el costado derecho de sus huestes se girara hasta colocarse en posición

perpendicular a su centro, creando con ello una especie de diedro de tropa, abierto en un ángulo de unos noventa grados, aproximadamente, y destinado a impedir que los cristianos pudieran emprender la retirada y abandonar el punto en el que se habían instalado[56].

Al despertarse el miércoles por la mañana, los cruzados se encontraron atrapados. Igualmente preocupantes debieron de haber sido las noticias que recibió Enrique de sus servicios de inteligencia, que le informaron de que los musulmanes habían trasladado a otra parte los víveres supuestamente presentes en Haifa, con lo que se culminaba una maniobra que, de un plumazo, despojaba de todo sentido a la expedición[57]. La única senda que se abría ahora ante ellos era la que se dirigía al norte y discurría entre la bahía de Haifa y el río Belus. Se inició así un combate nuevo, ya que ahora se libraba para materializar el repliegue de los francos al norte: «Los peregrinos giraron sobre sus talones para regresar al lugar del que habían venido, pero aún habrían de sufrir un gran número de ataques antes de verse otra vez en sus tiendas[58]».

Al romper el día, Saladino empezó a disponer a sus tropas con vistas a la reanudación de los combates, volviendo a colocar a los escaramuzadores al frente del ejército, con los principales batallones de caballería justo detrás de ellos. De manera similar también los cruzados hicieron sus preparativos, y resulta indudable que Enrique de Champaña esperaba la inmediata continuación de la lucha. De hecho, fue el conde quien tomó la iniciativa y lanzó el primer ataque, cargando en dirección sur para embestir al contingente musulmán, probablemente con la intención de que ese esfuerzo le permitiera crear un cierto espacio de amortiguación entre los dos ejérci-

tos y dar a los cristianos ocasión de concretar la retirada sanos y salvos. La táctica funcionó: los sarracenos se negaron a embarcarse en un choque total, de modo que, al decaer la furia de los beligerantes, los occidentales pudieron iniciar el repliegue[59]. Poniendo rumbo al norte, los hombres de Enrique avanzaron dejando siempre a su derecha el recrecido río y los marjales que lo rodeaban. Una vez cruzado el Belus, descubrieron que el ala derecha de Saladino, que acababa de girar sobre sí misma, les pisaba los talones, apoyados por el resto del ejército musulmán, que también les perseguía, aunque a mayor distancia[60].

Viendo que les llovían flechas y otros proyectiles tanto desde el sur como por el este, la retirada de los cristianos volvió a adoptar la forma de una marcha de combate clásica, en la que sin embargo se introdujo ahora una importante variación. Los mejores hombres de armas fueron situados en la retaguardia. En este caso, la táctica implicaba colocar en dicha posición a la infantería inglesa y a los caballeros templarios, sin sus monturas. Estos últimos crearon una especie de muro protector de soldados de a pie, ya que sus animales habían sido trasladados al centro del ejército. Los acompañaban también varios grupos de tropas de artillería. Caminando de espaldas, esta pequeña compañía se dedicó a desviar y repeler la granizada de dardos y flechas que se abatía sobre los occidentales: «pues Dios jamás abatió nieves ni pedriscos, ni aguaceros de mayo, cuando despuntan los rocíos, que cayera más menudamente que la ventisca de saetas que azotó a los ejércitos[61]». La artillería enemiga descargó una verdadera catarata de proyectiles, dándose la circunstancia de que los numerosos cruzados que murieron a causa de los disparos tuvieron que ser enterrados

sobre la marcha (por el procedimiento de hacer que sus camaradas de las filas de vanguardia excavaran a toda prisa un agujero en tierra para que, después, las líneas de retaguardia sepultaran a los fallecidos sin que el ejército detuviera un solo instante su marcha al norte[62]).

Este tipo de enterramientos son el símbolo mismo de lo que ha de ser una marcha bien coordinada y desarrollada de forma competente y eficaz. La recuperación de los cadáveres y los heridos llevaba tiempo y ralentizaba el ritmo del repliegue, pero parece claro que ese era de hecho el constante objetivo de los atacantes. De cuando en cuando, los cristianos reducían voluntariamente la marcha para garantizar el buen orden de la operación, sabedores de que las unidades que pudieran rezagarse corrían el peligro de quedar aisladas y perecer a manos del enemigo. Dado que en la mayoría de los casos la lucha implicaba el combate cuerpo a cuerpo (Ibn al-Athir no solo habla de proyectiles, sino también de caóticos choques en tropel), y que la magnitud del ejército perseguidor era más que notable (Ibn Shaddad sostiene que Saladino no dejó en ningún momento de exhortar a sus soldados para que continuaran con la persecución, aun a riesgo de menguar los efectivos de su propia guardia personal), resulta impresionante que los occidentales consiguieran evitar el pánico[63]. Para lograr que el avance se verificara a paso sostenido, el contingente cristiano progresó reagrupado en torno a un estandarte, muy probablemente el pendón de los templarios, montado en lo alto de una larga pértiga sujeta a un carro de mulas. El pabellón fue clave para impedir la derrota, ya que no solo actuó como punto de referencia físico, sino también como banderín de reagrupamiento y acicate capaz de animar a las tropas a perseverar en la lucha[64]. Imad al-Din

señala que el desplazamiento del ejército se verificó sin prisas, pero sin pausas, ya que apenas cubrió tres kilómetros en esa jornada. Sin embargo, añade que, para mantenerse agrupado, hubo de efectuar «la más feroz acción jamás realizada a campo abierto desde la batalla de los Cuernos de Hattin[65]». Los cruzados no solo se resistieron a deshacer la formación para lanzarse a la carga, sino que conservaron la disciplina, batallando y muriendo, «impasibles y silenciosos», hasta llegar al puente e instalar el campamento para pasar la noche. Saladino no ordenó ningún ataque nocturno, convencido, probablemente, de que la eventualidad de que sus hombres acabaran desorientándose y perdiéndose en la franja de terreno situada entre los cristianos y el río implicaba correr un riesgo innecesario[66].

A la mañana siguiente, día 15 de noviembre, jueves, los cruzados desmontaron el campamento y, tras avanzar hasta el Puente de Doc, descubrieron de pronto que el enemigo les había bloqueado el paso. La noche anterior, los soldados musulmanes se habían apostado sobre la pasarela después de varios intentos infructuosos de destruirla[67]. Los cristianos embistieron y al final consiguieron penetrar en la masa humana, gracias a que Godofredo de Lusiñán y cinco caballeros de su confianza cargaron contra los sarracenos y dispersaron sus filas frontales, arrojando a treinta enemigos al Belus. Los demás francos prosiguieron la marcha y al cabo de un tiempo el ejército al completo quedaba agrupado en la orilla este. Una vez que todo el mundo hubo cruzado el puente, lo destruyeron, dejando así empantanadas al otro lado del río a las dos terceras partes del ejército de Saladino (las que poco antes habían constituido el ala izquierda y el centro[68]). Una vez a salvo, las huestes occi-

dentales emprendieron el camino de regreso al campamento instalado extramuros de Acre sin tener que vivir ya ningún incidente digno de mención[69].

Las fuentes árabes reprimen toda tentación de criticar la circunstancia de que Saladino fracasara y se revelara incapaz de aplastar a los integrantes de la ofensiva del día de San Martín. De hecho, optan por atribuir el fiasco a su enfermedad. Por otra parte, tampoco aplauden el coraje que demostraron sus adversarios. Sea como fuere, lo cierto es que las tácticas y el liderazgo del conde Enrique merecen ser elogiados, así como el profesionalismo de los hombres que se hallaban bajo su mando. Desde luego, no es difícil interpretar que la marcha sobre Haifa fue una temeridad. Aunque se acepte el motivo de la aguda escasez de víveres que se padecía en el campamento cruzado, surge inmediatamente una pregunta: ¿por qué se tomó la decisión de ordenar a las tropas, durante la fase logística de la operación, que se encaminaran al sur —dado que esto significaba dirigirlas directamente hacia el cuerpo del ejército principal de Saladino—, y no al norte ni al este? Con todo, si dejamos a un lado esta interrogante estratégica, no hay duda de que Enrique capitaneó una retirada brillante y disciplinada de dos días de duración, y esto pese a verse abrumado por una larga serie de durísimos ataques[70]. El conde logró salvar al ejército, y al hacerlo salvó también la cruzada. Sin los miles de soldados que tenía a sus órdenes, el resto del ejército occidental acantonado a las puertas de Acre habría sido incapaz de resistir mucho más. La prueba es que, durante la propia retirada, Saladino mandó a la guarnición de la plaza que lanzara más ataques sobre el campamento enemigo, y a lo largo del invierno de 1190 se producirían aún otras muchas intentonas más[71]. A fi-

nales de ese año, el complemento de tropa del bando cristiano no solo seguía siendo numéricamente muy importante, también parece claro que se sentía lo suficientemente confiado como para lanzar un asalto sobre la plaza asediada el día de Nochevieja[72]. Una vez más, Saladino conseguía tender una trampa a la bestia, para comprobar después que se zafaba del lazo, recuperaba fuerzas y volvía a presentar batalla.

Tras escurrírseles los cristianos de entre los dedos, los musulmanes recurrieron una vez más a las provocaciones de poca monta. Volvieron a tratar de tentar a los cruzados y a incitarles a salir de sus fortificaciones. El 23 de noviembre, la técnica pareció surtir efecto. Saladino envió un destacamento de jinetes a la ondulada región que se extiende al norte de Montmusard, encargándoles que aguardaran allí, ya que esa misma tarde se dejaría ver por el perímetro del campamento cruzado un grupo de escaramuzadores a caballo con órdenes de arrojar una lluvia de flechas sobre los soldados enemigos. A la mañana siguiente, un grupo de caballería integrado quizá por unos doscientos o cuatrocientos hombres salió de patrulla para tratar de localizar a los arqueros y cayó inmediatamente en la celada. Las fuentes árabes no concuerdan al señalar el número de caballeros que perdió la vida en la acción. Si Ibn al-Athir mantiene que todos perecieron, Ibn Shaddad hace correr un pequeño río de tinta para detallar la situación de los que fueron hechos prisioneros. Se dice que uno de los capturados era el tesorero del ejército de Felipe Augusto, y que otro era el comandante de las tropas de ese mismo monarca. De ser cierto, podría estar haciéndose referencia a un par de caballeros templarios francos: en 1190, Felipe había trasladado sus arcas al complejo fortificado del Recinto del

Templo, en París, y en 1202, su administrador era un miembro de la Orden del Temple: fray Haimar (o Aimerico). Ibn Shaddad sostiene que ambos fueron conducidos al sur para ser llevados a presencia del mismísimo Saladino, y más tarde enviados a Damasco, donde se les permitió cartearse con sus camaradas de Acre[73].

Ahora bien, ¿dicen la verdad los autores árabes? Las fuentes occidentales también hablan de las hostilidades que se desataron el 24 de noviembre, pero su versión es radicalmente diferente de la de sus colegas árabes; ninguno de los cuales, por cierto, estuvo presente en el momento de la acción (Ibn al-Athir se encontraba en Mosul, y tanto Ibn Shaddad como Imad al-Din se hallaban junto a Saladino, en las colinas meridionales de al-Kharruba). La historia gira de hecho en torno a una boda. La reina Sibila, esposa de Guido de Lusiñán y soberana de Jerusalén, había fallecido en el interior del campamento cruzado en septiembre u octubre de ese año[74]. Dado que su derecho al trono emanaba de su casamiento con Sibila, la posición política de Guido adquirió instantáneamente tintes precarios. Conrado de Monferrato, que ya había intrigado antes para hacerse con el reino, aprovechó la oportunidad que se le presentaba. El 24 de noviembre contraía matrimonio con la nueva heredera, Isabel, hermanastra de Sibila[75]. El enlace resultó muy polémico, dado que caía de lleno, y por ambas partes, en la poligamia: Conrado ya estaba casado (probablemente con dos mujeres, una en Italia y otra en Constantinopla) y lo mismo le ocurría a Isabel, unida a Hunfredo III de Torón. El arzobispo Balduino de Canterbury se había mostrado contrario a la propuesta nupcial, y en este aspecto contaba con el respaldo de otros clérigos, como el patriarca Heraclio, por ejemplo. Desgraciadamente, Bal-

duino falleció el 19 de noviembre, y poco después terminaban también los días del patriarca[76]. Los aliados de Conrado se movilizaron en su apoyo. Felipe, obispo de Beauvais, y el arzobispo Ubaldo de Pisa, legado del pontífice, intervinieron en su favor. Se anuló el matrimonio de Isabel y Hunfredo, el obispo Felipe la casó con Conrado, y los demás enlaces del novio fueron simplemente pasados por alto[77]. Por consiguiente, los combates que nos relata Ibn Shaddad se produjeron en este preciso contexto político.

El día 24 de noviembre, los festejos posteriores al acto ceremonial de la boda se prolongaron hasta altas horas de la noche. Un tanto bebidos, unos cuantos caballeros decidieron celebrar, en broma, un simulacro de torneo al otro lado de la empalizada del campamento. Mientras se entretenían en chanzas y juegos, o tal vez más tarde, al dirigirse a sus tiendas los tambaleantes invitados, tras la competición cómica, unos jinetes musulmanes tendieron una emboscada a los caballeros que habían ideado la justa burlesca y muchos de ellos resultaron muertos. Ambrosio sostiene que entre los caídos y los que fueron hechos prisioneros, desaparecieron en total veinte hombres, incluido Guido III, el mayordomo de Senlis[78]. La crónica árabe cuenta una versión muy distinta. El matrimonio de Conrado e Isabel es un hecho histórico, y la noticia del enlace trascendió la región de la cuenca oriental mediterránea, y lo mismo cabe decir de las repercusiones políticas que tuvo[79]. Por tanto, lo más probable es que los autores musulmanes oyeran algo acerca de una celada —que efectivamente se produjo—, pero acabaran exagerando el suceso y añadiéndole detalles erróneos. En las crónicas musulmanas hay una densa retórica religiosa, así que cabe preguntarse razonablemen-

te si sus autores no estarán glorificando un acontecimiento trivial con el fin de desviar la atención del chasco que habían tenido que encajar al enterarse de que los cruzados habían escapado de la encerrona del Puente de Doc.

Un invierno desesperado

Los recién casados, Conrado e Isabel, partieron en dirección a Tiro, aunque el marqués prometió enviar de inmediato una flota de buques repletos de vituallas para los hambrientos cruzados. Sin embargo, jamás llegó a cumplir su promesa, y a pesar de que los autores cristianos traten de mostrarse caritativos con Monferrato (sugiriendo que, a lo mejor, solo se le había olvidado), es evidente que, a los ojos de la mayoría de quienes tuvieron que permanecer en el campamento, Conrado se había comportado de un modo descaradamente hipócrita[80]. Con la llegada del año nuevo, la primera consecuencia del incumplimiento de la palabra del marqués fue la declaración de una hambruna muy intensa, y desde luego todos culparon de la situación al recién casado. Vemos así que la mala reputación histórica de Conrado no se basa únicamente en su cínico politiqueo, sino también en el hecho de que abandonara a su suerte a los camaradas que se hallaban a los pies de las murallas de Acre. Y para complicar todavía más las cosas, el invierno vino acompañado de fuertes vientos y de unas temperaturas extremadamente bajas. Para el mes de diciembre, los barcos occidentales volvieron a verse obligados a buscar pagos más seguros a causa del fuerte oleaje que agitaba el Mediterráneo, de modo que pusie-

ron rumbo a Tiro, Trípoli u otros puertos mejor protegidos de regiones situadas más al oeste.

Una vez más, Saladino concedió, tanto al grueso de sus tropas como a sus generales, la posibilidad de hacer una pausa invernal. Durante el resto de la estación, la labor de vigilar a los cruzados sería fundamentalmente encomendada a la guardia real y a los hombres de armas de un puñado de emires. Varios nobles partieron inmediatamente en dirección a sus particulares feudos: Imad al-Din, señor de Sinyar, y su sobrino Sanjar Shah, que tanto alboroto había organizado en otoño, abandonaron la zona cargados de obsequios del sultán; Alá al-Din Khurramshah salió rumbo a Mosul antes del año nuevo. Sin embargo, Taqi al-Din, Muzaffar al-Din y el hijo de Saladino, al-Zahir, esperaron un poco más, ya que dejaron la compañía del ayubí entre finales de enero y principios de marzo[81].

Tras la partida de las naves cruzadas, el puerto de Acre volvió a quedar abierto a los musulmanes, de modo que tanto la guarnición de la plaza como sus habitantes recibieron por fin cierta ayuda material. Saladino era consciente de que los soldados que defendían la plaza llevaban demasiado tiempo empuñando las armas. Sin embargo, no podía proceder sin más a darles un respiro, dado que estaba claro que los cruzados no dudarían en atacar una ciudad indefensa. Esto le indujo a buscar una alternativa, así que, a petición del comandante de Acre, el emir Husam (el mismo que supuestamente se habría abrasado los testículos con la nafta que había empleado para atacar a los cruzados) decidió proceder al reemplazo de los soldados de la plaza. El sultán envió a su hermano al-Adil a la costa de Haifa, donde le esperaban siete barcos repletos de víveres, dinero y suministros de to-

do tipo, además de un contingente de tropas de refresco. En total, con los pertrechos, la comida y demás, podía resistirse un año entero. Las naves pusieron rumbo a Acre, y, tras descargar, embarcaron a los soldados de la guarnición antigua y regresaron a Haifa. Corría el 31 de diciembre de 1190. Solo seis de los siete buques iniciales lograron completar el viaje, ya que uno zozobró cerca de la ciudad asediada, en un siniestro que costó la vida a sesenta hombres[82].

Saltaba a la vista que Acre necesitaba urgentemente esa ayuda material, pero la cuestión de si resultaba igualmente preciso relevar a la guarnición no estaba tan clara. En su crónica de las actividades marítimas del sultán, Ibn al-Athir critica abiertamente este aspecto de la estrategia del ayubí. Hemos de tener presente que, en el momento en el que escribe, este autor tenía la ventaja de la perspectiva que proporciona el tiempo, y desde luego, la tendencia a discrepar de Saladino, que ya hemos señalado, también se deja notar aquí. Con todo, vale la pena considerar sus objeciones. En primer lugar, Ibn al-Athir señala que la iniciativa de diciembre había obligado a los musulmanes a asistir a una grave merma del número de jefes capaces de liderarlos. Nuestro cronista sostiene que fueron sesenta los emires que abandonaron la plaza, y que los que acudieron en su sustitución fueron solo veinte, lo que implícitamente viene a resaltar que, en 1191, la guarnición no iba a contar con un mando tan eficaz como hasta entonces. Además, también censura el comportamiento militar de dos de los emires recién llegados (el kurdo al-Mashtub y su compañero, Izz al-Din Arsul, comandante de las fuerzas de Asadiyya, es decir, del grupo de mamelucos de Asad al-Din Shirkuh), ya que se queja de que descuidaron la realización de salidas estra-

tégicas contra los cristianos. En segundo lugar, Ibn al-Athir se muestra convencido de que Saladino debía haber dejado en Acre a la guarnición original, dado que tenía más experiencia y sabía cómo repeler los ataques de los cristianos. Todo lo que habrían precisado para poder redoblar sus esfuerzos habría sido una buena remesa de suministros. El escritor mantiene además que ese había sido de hecho el consejo que se le había transmitido al sultán, aunque este lo había rechazado, al creer —erróneamente— que los hombres de la guarnición estaban demasiado cansados para continuar[83]. Es difícil discernir quién tiene razón en este caso. Como veremos, la guarnición de Acre no operará en 1191 tan eficazmente como su predecesora de 1190. Ahora bien, atribuir esa circunstancia a una simple falta de liderazgo y experiencia exige pasar por alto toda una constelación de causas añadidas que deberemos examinar en profundidad en el capítulo siguiente.

Los cabecillas cristianos observaron con sumo cuidado la aproximación de los barcos musulmanes y el gran movimiento de tropas que supuso el desplazamiento de los defensores de Acre, que bajaron hasta el puerto para darles la bienvenida. Con rápida reacción, los cruzados lanzaron un asalto general contra las murallas de Acre. Ibn Shaddad sitúa el ataque entre el día de Nochevieja y el 5 de enero de 1191. El 31 de diciembre, los cristianos sacaron las escalas de asalto. En un primer momento las metieron en las trincheras, y más tarde, llegado el instante de la acometida, las sacaron a toda prisa, las llevaron al frente y las aplicaron contra los muros de la ciudad. La guarnición respondió abriendo las puertas y haciendo una salida para abalanzarse sobre las zanjas para, una vez en ellas, sujetar con cuerdas varias de las escalas con

el fin de tirar de ellas y alejarlas de la zona de conflicto antes de que los occidentales pudieran colocarlas en posición. Uno de los artilugios se partió. Mientras los musulmanes sacaban con gran esfuerzo del foso de los cristianos una de las escaleras de mano, cuatro caballeros (Raúl de Tilly, Hunfredo de Veilly, Roberto de Lalande y Rogelio de Glanville) saltaron sobre ella e impidieron con su peso que el enemigo consiguiera llevársela. Los camaradas de los de Acre, que asistían a la escena desde lo alto de las murallas, respondieron arrojándoles cántaros repletos de fuego griego. Rogelio de Hoveden sostiene que los caballeros apagaron las llamas en cuatro ocasiones, y que, al final, Raúl logró cortar de un tajo las cuerdas y salvar la escala[84].

Para no extendernos, baste señalar que, en un principio, esta última arremetida cruzada —que habría de ser además la última acción que uno y otro bando efectuaran en el año 1190— no pareció servir para gran cosa. No obstante, solo cinco días después, las tornas cambiaron bruscamente al derrumbarse un paño entero de la muralla ante los atónitos ojos de los cristianos. Además, en su caída, los sillares del muro demolieron también una de las barbacanas abiertas sobre una de las puertas. Ninguna de las fuentes nos indica el punto exacto en el que se produjo el desplome, y tampoco sabemos cuáles fueron las causas que lo provocaron, pero puede deducirse razonablemente que se trataba sin duda de una parte de la muralla debilitada por los ataques que había efectuado la artillería pesada en la primavera anterior[85]. Los cruzados, que apenas podían dar crédito a su golpe de suerte, aprovecharon inmediatamente la ocasión.

Echando a correr, se lanzaron en tromba hacia el boquete y trataron de irrumpir en la ciudad. La guarnición

musulmana, que en ese momento apenas llevaba unos días instalada en el baluarte, respondió admirablemente y se las arregló para defender la brecha con armas arrojadizas, mientras los mamposteros trabajaban desesperadamente para taponarla y volver a levantar el muro[86].

Resulta obvio que la advertencia no habría podido ser más clara[*]: la aparente conformidad de Saladino con el statu quo empezaba a revelarse sumamente arriesgada. Las ya mencionadas críticas de Ibn al-Athir nos obligan a recordar, una vez más, que las decisiones estratégicas que Saladino tomó en Acre no concuerdan con la buena reputación que hoy se le atribuye. A lo largo del año 1190, el sultán había desperdiciado un gran número de ocasiones de acabar de un plumazo con la amenaza cristiana, y ahora se descubría en cambio que la cerrada lluvia de grandes proyectiles que se había abatido sobre la plaza empezaba a dejarse ver de verdad en sus murallas, que acusaban el golpe. El ayubí iba a pagar muy caros sus errores, y por eso terminaría perdiendo totalmente el control de la ciudad en el transcurso del siguiente año.

Capítulo 5
El desenlace del cerco
1191

«Esa fue la primera señal de que la ciudad iba a ser tomada y vencida[1]».

Hasta ese momento, la duración del sitio de Acre alcanzaba ya el año y medio, y en los albores de 1191, la ciudad presentaba un estado realmente penoso. No solo se hallaba custodiada por una guarnición nueva que estaba menos familiarizada con los procedimientos rutinarios de una defensa de ese tipo, sino que también se había derrumbado una parte de la muralla de la ciudad y el enemigo permanecía acampado afuera, pese a los grandes esfuerzos que Saladino había realizado para desalojarlo. De haber contado con una buena red de suministros, los cristianos podrían haber aprovechado la ventaja y tomado Acre, a pesar de encontrarse en los meses más fríos. Sin embargo, la situación era justamente la contraria, ya que los occidentales, que sufrían una grave escasez de alimentos, se hallaban a merced de la hambruna y las enfermedades, lo que había dado lugar a una lógica interrupción de las operaciones militares. Los esfuerzos con que los cristianos trataban de arremeter contra la ciudad cesaron por completo, y no existe ningún registro documental que indique que se produjeran iniciativas antes del 31 de marzo, con el inicio de la primavera. En tanto no se dulcificaron las temperaturas, los occidentales se fueron simplemente debilitando frente a las propias puertas de la ciudad que tantas veces les había frustrado, ya que los musulmanes habían logrado desbara-

tar, no ya sus ambiciones, sino inclusive los deseos del mismo Dios, según habían dado en creer.

Los padecimientos que se vivían en el campamento de los cruzados eran evidentes para uno y otro bando. Los autores cristianos achacan casi toda la culpa de la penuria de alimentos a una sola persona: Conrado de Monferrato. Pese a que el marqués hubiera combatido bien en Acre, sus maniobras personales y políticas no tardarían en valerle el oprobio de la tropa. Una de las cosas que más específicamente se le reprochaban era que hubiera regresado al norte, a la ciudad de Tiro, tras su polémica boda, sin tener siquiera la honradez de enviar por barco los víveres y los pertrechos que había prometido mandar a sus camaradas del campamento. Ambrosio le ataca sin cesar, y de este modo, al referir las anécdotas sobre el sufrimiento de los cruzados, reitera una y otra vez el mismo estribillo: «Y entonces maldecían al marqués / que les había abocado a padecer aquellas estrecheces[2]». Ricardo de Templo, que imita a Ambrosio, llegará incluso más lejos al añadir fiorituras de dramática intención poética para ilustrar las distintas faltas y yerros de Conrado:

> Y entonces maldicen y condenan al marqués, / que arrebatado el consuelo les había, / hurtando el alimento a quienes el hambre / en peligro de muerte mantenía.
>
> Después oí las voces de la gente que tronaba / por la perfidia de Monferrato, / pues a todas sus angustias y miserias / indiferente y de rebato se mostraba.
>
> Y así maldicen y condenan a Conrado, / desleal a su palabra, / y sobre su cabeza, arrojan toda suerte de males, / así como las desdichas más letales.
>
> ¿Qué desean, pues, para el marqués, / tantos clamores enojados? / ¡Sin duda que todos habrán de tenerle por culpable / de haberles metido en tantísimos nublados[3]!

No obstante, a pesar de la indignación, ambos autores señalarán también los demás factores responsables de tan espantoso sufrimiento. De entre ellos destacan no solo la falta de alimentos, sino asimismo las enfermedades, las heridas, el barro, el estiércol, la mugre y el frío. La constante exposición a las inclemencias del tiempo estaba pasándoles factura, igual que el agotamiento derivado de acampar en un mismo punto durante un período tan largo. Las dolencias, que según Malcolm Barber consistían fundamentalmente en casos de escorbuto o de grave gingivitis, hinchaban el rostro y las piernas de los acantonados, a quienes se les caían los dientes[4]. Pero es que, además de estos males concretos, los soldados se hallaban expuestos a otras muchas afecciones, debido, entre otras cosas, a los numerosos meses que llevaban soportando la dureza de los elementos: esto explicaría los abundantes cuadros de disentería, fiebre, malaria o tracoma (una infección ocular transmitida por las moscas[5]).

Llegados a este punto, los autores vuelven a dedicar parte de sus energías a revisar los precios de los alimentos. El coste de los productos básicos, que ya estaba por las nubes, había experimentado una nueva subida. Como de costumbre, esto se debía a que en los meses de invierno no llegaba prácticamente ningún barco a Acre, aunque también haya que tener en cuenta que ese año la climatología estaba siendo especialmente adversa y que la pérdida de naves cristianas, abordadas por el enemigo, estaba contribuyendo asimismo a la mala situación. Con todo, resulta interesante que en 1191 algunos precios fueran comparables (y en ocasiones incluso inferiores) a los que ya se habían conocido en el período de penuria de 1190. En este sentido, baste citar el ejemplo de

los huevos, que en 1191 costaban entre 0,085 y 1 besante cada uno —contra los 0,17 besantes de 1190—, o el de los pollos, que en 1191 podían conseguirse por un precio que oscilaba entre los 2 y los 24 besantes, lo que contrasta una vez más con los 10 besantes de 1190.

Dado que en ese momento había varios miles de cruzados más acampados frente a la fortaleza de Acre, resulta obvio que estamos ante un problema bastante extraño. Entre los factores que pudieron haber contribuido a generar esa leve mejora de precios, cabría incluir probablemente el hecho de que los musulmanes se dedicaran a vender algunos cargamentos, como ya hemos señalado, ya que eso pudo haber propiciado una mayor abundancia de víveres. O quizá debamos sopesar también la posibilidad de que el año anterior los cruzados lograran cultivar el suficiente número de verduras y tubérculos. Además, parte de la escasez que había provocado el alza de precios se había debido al acaparamiento, ya que en 1190 los que poseían algo de comida extra habían preferido ocultársela a los demás en lugar de venderla[6]. Por otra parte, los comerciantes también subían artificialmente los precios, y a este respecto Ambrosio sostiene que en una ocasión intervino la justicia divina al escarmentar a uno de esos vendedores, un pisano cuyo almacén de grano prendió fuego y se volatilizó, junto con todas las vituallas que contenía. Observamos que la gente volvía a comer la carne y las asaduras de los caballos, y que cada pedazo se pagaba a razón de diez soles por unidad[7]. Estos alimentos se complementaban con hierba (siempre y cuando pudiera encontrarse, dado que en la mayor parte del campamento la tierra estaba totalmente apisonada) y se mezclaban con plantas aromáticas picadas, con algarrobas (*ceratonia siliqua*, cuyo fruto

crece en los árboles, protegido por vainas comestibles), con nueces y con grandes cantidades de vino, del que, a diferencia de la comida, no parecía haber la menor escasez. Algunos hombres intentaron mantenerse únicamente a base de vino, pero solo consiguieron «morir de tres en tres y de cuatro en cuatro». Algunos soldados roían ávidamente los huesos viejos que hasta los perros rechazaban, y otros se dedicaban a buscar cadáveres de animales muertos, abalanzándose «como buitres sobre los cadáveres[8]».

La comida era tan cara que la gente recurría a medidas desesperadas para hacerse con ella. Se decía que algunos de los cruzados pertenecientes a las más encumbradas élites se habían visto reducidos a la mendicidad y que en ocasiones habían llegado incluso a robar, aunque no sabemos con seguridad si se trata de una situación real o si por el contrario las fuentes intentan construir con ello un discurso moralizante[9]. El pan era particularmente apreciado, y se pagaban importantes sumas para obtenerlo.

Hay dos relatos que nos permiten apreciarlo con claridad. En uno de ellos, una turbamulta de gente comenzó a apremiar agresivamente a un panadero, urgiéndole a que les vendiera unas hogazas recién hechas, y la situación degeneró rápidamente hasta convertirse en una auténtica subasta, de modo que los panes fueron a parar directamente a manos de los mejores postores. Únicamente los cristianos más acaudalados pudieron permitirse abonar los exorbitantes precios exigidos, dejando sin nada que llevarse a la boca a los soldados más pobres, de modo que acabó llegándose a las manos[10]. En el otro episodio, un aristócrata cuyo nombre no figura se propuso hurtar un chusco de pan, pero el obrador lo atra-

pó, lo ató a una silla y se fue en busca de la guardia. El hombre se las ingenió para zafarse de las ligaduras que le mantenían sujeto se zampó *in situ* todo el pan que pudo de la panadería y salió huyendo, aunque no sin llevarse antes una última rueda de pan[11]. Hasta las algarrobas resultaban caras. Otra de las anécdotas nos cuenta que dos amigos anduvieron rebuscando por una zona del campamento de 28 000 metros cuadrados con el único fin de comprar trece algarrobas con la última moneda que les quedaba. Tras la caminata de vuelta a casa, descubrieron que uno de los frutos estaba estropeado, así que regresaron hasta el puesto del vendedor para pedir un canje[12].

En otros casos, los cruzados optaban por marcharse sin más contemplaciones, bien porque decidieran desertar y pasarse al bando musulmán, bien porque se aventuraran a internarse por la llanura de Acre y deambular sin rumbo por la zona. A principios de 1191, Huberto Walter escribió a Ricardo, el obispo de Londres, una carta en la que le refería las condiciones en que se hallaba el campamento ese año, y la buena fortuna ha querido que Raúl de Diss la copiara y la incluyera en su crónica titulada *Ymagines historiarum*. En la misiva, Huberto explica, sencillamente, que en muchos casos no hay forma de obligar a los cruzados a permanecer *in situ*: y no porque parezcan haber perdido la fe en la causa, sino más bien porque se les ha acabado el dinero, porque están exhaustos debido a los constantes trabajos y combates, o porque padecen alguna enfermedad. Tanto los magnates como los prelados les imploran que no se vayan y les ofrecen sobornos y la elevación de súplicas especiales al Señor. En algunos casos llegan incluso a amenazarles. Pero nada surte el efecto deseado. Por con-

siguiente, abandonan el campamento y acaban en paradero desconocido. Por regla general, los actos de deserción desatan las iras de los autores que refieren el curso de las cruzadas, dado que los hombres que tomaban ese tipo de resoluciones no solo se desentendían sin más de una campaña militar, sino que renunciaban a una misión sagrada, razón por la que su comportamiento se denuncia en términos muy duros (y en algunas ocasiones hasta con palabras violentas[13]).

Más problemáticos resultaban todavía los hombres que se pasaban al enemigo con armas y bagajes. Ibn Shaddad sostiene que un grupo de desertores llegó a ofrecerse para luchar en nombre de Saladino y entregarle la mitad de los despojos que alcanzaran a acumular. El 11 de enero de 1191, el ayubí les prestó un barco: los traidores atacaron todos los bajeles que encontraron a su paso y le llevaron de vuelta un botín compuesto, entre otras cosas, por unas cuantas monedas de plata y una mesa del mismo metal. Según parece, el sultán quedó tan complacido que les permitió quedarse con todo. A esto es preciso añadir el presunto hecho de que unos marineros musulmanes hubieran conseguido capturar tres barcos en el momento en el que se disponían, según se dijo, a largar velas rumbo a Acre, a pesar de los vientos contrarios y del mal tiempo reinante entre los días 22 y 23 de enero. Los sarracenos apresaron a 250 hombres y se apoderaron del cargamento de sus naves, lo que no consiguió sino añadir aún más frustración a los hambrientos cristianos[14].

Ambrosio afirma que en algunos casos los cruzados que desertaban no solo se unían a las filas contrarias, sino que también renegaban de la fe cristiana y abjuraban de los dogmas de la Encarnación de Cristo, su cruci-

fixión y la eficacia del bautismo[15]. Estos habrían pertenecido a la ralea más despreciable de todas, dado que no solo huían del asedio, sino que, en su desesperado intento de salir con vida, abandonaban también a sus compañeros de armas y renunciaban a su religión. Por lo demás, hemos de tener en cuenta que también era habitual lanzar periódicamente acusaciones de traición sobre los cristianos. Se aseguraba, por ejemplo, que Saladino había intentado sobornar a algunos de los cruzados que defendían las trincheras, consiguiendo que permitieran la penetración de las tropas musulmanas, a lo que se añaden los rumores de que ciertos occidentales habían aceptado regalos, unas veces consistentes en sumas en metálico y otras en dádivas exóticas, como por ejemplo la entrega de halcones, leopardos o camellos[16].

En una ocasión, Huberto Walter, el arzobispo Ubaldo de Pisa y el obispo Monaldo de Fano organizaron una colecta para ayudar a los cruzados más menesterosos. Comenzaron a dar sermones y convencieron a los que se encontraban en mejor situación económica de que debían poner dinero en un fondo común, explicándoles que de él habrían de sacarse después las cantidades destinadas a ser distribuidas entre todos aquellos que no pudieran permitirse comprar comida. Esto benefició fundamentalmente a los soldados rasos, pero los caballeros de humilde extracción también salieron ganando, dado que los caudales se repartían en función del grado de necesidad de cada cual. Rogelio de Hoveden mantiene que lo recaudado consiguió sacar de apuros al ejército hasta que volvieron a llegar barcos cargados de víveres en la primavera. Ambrosio da los nombres de los donantes más caritativos, que, entre otros, fueron los siguientes: Enrique de Champaña, el conde Raúl de Clermont, y los

caballeros Vauquelin de Ferrières-Saint Hilaire, Roberto Trussebot y Joscelino de Montoire[17].

La situación de hambruna se mantuvo hasta el final de la cuaresma (en 1191, la Pascua de Resurrección cayó el 14 de abril), y desde luego la cifra de víctimas mortales fue sumamente elevada. Según parece, los alemanes se vieron particularmente afectados por la falta de comida. Ansberto refiere que muchos fallecieron a causa de las enfermedades, incluido el mismísimo Federico de Suabia, al que califica como «el más ardiente atleta de Dios y gran terror de los sarracenos», aunque seguramente se trata de un elogio póstumo que peca de excesivo, ya que el autor quiere compensar con esa glorificación el escasísimo éxito cosechado en el campo de batalla por el tercer hijo de Federico Barbarroja[18]. Tanto Teobaldo de Blois como Enrique de Champaña contrajeron también una grave dolencia, y de hecho Teobaldo acabó muriendo a consecuencia de las complicaciones[19]. Los índices de mortandad debían de ser muy elevados, pero desde luego las cifras que se apuntan en las fuentes parecen verdaderamente desorbitados. Ibn Shaddad afirma haber tenido ocasión de leer informes que sostenían que todos los días fallecían entre cien y doscientos cristianos, una cantidad que, de ser correcta, habría supuesto más de nueve mil muertos al término de la cuaresma. Dado que al llegar la primavera los cruzados se revelaron capaces de atacar al enemigo con una significativa fuerza militar, da la impresión de que esta tasa de mortalidad es extremadamente alta (aunque no imposible). No obstante, lo que indica Ricardo de Templo resulta todavía más fantasioso: ¡habla nada menos que de mil muertos al día! Semejante mortandad habría borrado del mapa al ejército en menos de un mes, así que no se le puede dar crédito.

Más razonable se revela en cambio la generalización de Guillermo de Newburgh, que mantiene que el ejército iba menguando de día en día, aunque añade que sus efectivos fueron rápidamente reemplazados por los refuerzos que Europa hizo llegar a Acre poco antes de la primavera[20].

La mayor parte de las bajas sufridas a lo largo del invierno de 1191 se debieron a la hambruna y las enfermedades, ya que lo cierto es que apenas se había combatido desde el 5 de enero, fecha en la que se desplomó un paño de las murallas de la ciudad, como ya hemos señalado. El 2 de marzo, la marea llevó hasta la orilla a un barco occidental extraviado, con lo que sus quince tripulantes fueron hechos prisioneros. El 31 de ese mismo mes, la guardia real libró una escaramuza con algunos cruzados, y en la pelea los musulmanes perdieron a un hombre llamado Qaraqush (aunque no se trataba del emir Baha al-Din al-Asadi Qaraqush). El 6 de abril, Saladino intentó tender una emboscada a un grupo de cruzados detrás del promontorio de Tel al-Ayyadiyya. Es posible que el propio sultán interviniera en la refriega, acompañado por su hijo al-Afdal y por tres de sus nietos. También se hallaba presente el escritor y cadí Ibn Shaddad en persona. Al describir la escena a la que asistió, este último refiere que los musulmanes fueron incapaces de engañar a los cruzados, ya que ninguno de ellos abandonó el campamento[21]. No tenemos noticia de que los musulmanes y los cristianos protagonizaran ningún otro enfrentamiento entre enero y marzo.

Pasada la Pascua de Resurrección empezaron a llegar por fin los barcos de Occidente, con lo que se alivió notablemente la situación de los apurados cristianos. La primera nave que atracó junto al campamento, un sába-

do por la tarde, fue un carguero de trigo, y el contenido de sus bodegas consiguió bajar instantáneamente los precios, que pasaron de cien besantes a tan solo cuatro (por una cantidad de grano que no se especifica[22]). De otros buques desembarcarían poco después tropas de refresco. El contingente más notable sería el de un batallón de alemanes que había permanecido en Zara, en el Adriático, a la espera de que el clima presentara un cariz más favorable. En este grupo viajaban, entre otros, el duque Leopoldo de Austria y el conde Sigfrido de Moerl, así como varios de los ministeriales del duque, todos los cuales se dejarían la vida en Acre[23].

Como es obvio, la mejoría del tiempo también supuso una bendición para los musulmanes. Estos comenzaron a recibir refuerzos aun antes de la Pascua de Resurrección, el mismo 7 de abril, y entre los señores que acudieron a la llamada del ayubí figuraban tanto Majd al-Din de Baalbek, que había abandonado la zona para acogerse a la pausa invernal, como Alam al-Din Suleimán ibn Jandar, un emir de Alepo leal a al-Zahir, el hijo de Saladino. Alam al-Din era un activo muy especial, puesto que Ibn Shaddad afirma que poseía una significativa experiencia militar. Desgraciadamente, Saladino también hubo de encajar por esas mismas fechas la pérdida de uno de sus más firmes aliados. Su sobrino Taqi al-Din acababa de regresar a Siria en marzo a fin de poner orden en sus posesiones de Hama y Edesa, aunque también con la misión de reclutar soldados para ayudar a los de Acre. Tras reunir cerca de cuatro mil jinetes (aunque no a todos los que estuviera alistando por primera vez, ya que es probable que muchos de ellos se encontraran disfrutando simplemente del permiso de invierno), marchó al oeste, pero cayó enfermo después de cruzar el río Eu-

frates y murió antes de poder llegar a Acre. En vista de la situación, las tropas de caballería se dispersaron, de modo que Saladino no solo se vio privado de un considerable contingente de soldados, sino también de uno de sus más íntimos confidentes[24].

Felipe Augusto

El 20 de abril de 1191, el rey Felipe Augusto de Francia llegaba por fin a Acre. Prácticamente todas las fuentes relevantes que recogen los sucesos de la Tercera Cruzada se hacen eco de su muy esperada presencia, que se había retrasado debido tanto al período invernal como a las numerosas cuestiones políticas surgidas en Sicilia. Con el soberano galo, el atormentado ejército cristiano encontró alivio inmediato. El rey había acudido en compañía de seis barcos. En ellos no solo traía a su séquito personal, sino también una buena cantidad de víveres, pertrechos, soldados y caballos. A su lado habían viajado asimismo varios aristócratas francos: Felipe de Alsacia, conde de Flandes; Hugo, duque de Borgoña; Hugo IV, conde de Saint Pol; Rotrón III, conde de Perche, y varios caballeros, además de Conrado de Monferrato, que era aliado suyo. Quizá no deba sorprendernos que la crónica de Rigordo sea la que más celebra su llegada: en su escrito Felipe es recibido como «un ángel del Señor», entre cánticos y sollozos. Rigordo, médico y monje en Saint Denis, habla del asedio en su *Gesta Philippi Augusti*, pero se centra fundamentalmente en el período en el que interviene el rey Felipe, es decir, entre abril y julio de 1191[25], El *Eracles* de Lyon habla de la magnífica recepción que tuvo el monarca y de lo mucho que se le exaltó en ella. Ambrosio, que es normando, se mues-

tra más reservado, pero no deja de valorar muy positivamente tanto a Felipe como a sus acompañantes. Los demás autores occidentales son menos locuaces, ya que se limitan simplemente a consignar su llegada y, de hecho, emplean un tono en el que casi se percibe el rumor de la omnipresente interrogante: «¿Cómo es que has tardado tanto?». Las narraciones árabes tienen sentimientos encontrados: Ibn Shaddad se refiere a Felipe diciendo que era un «gran hombre y un líder respetado»; Ibn al-Athir explica que había venido en unos buques impresionantes, pero también señala que solo había traído seis naves y que «su reino no era de los importantes». De hecho, a Felipe de Flandes se le trata con un respeto idéntico al que se concede al rey, dado que era un hombre conocido que ya había estado en Siria durante la operación llevada a cabo en Montgisard el 25 de noviembre de 1177, en la que Balduino IV de Jerusalén, «el rey Leproso», había derrotado a Saladino a campo abierto[26]. Sin embargo, todas las fuentes coinciden en señalar que la llegada de Felipe Augusto subió muchísimo la moral de quienes languidecían en el campamento.

Resulta asimismo sumamente importante señalar que Felipe era un hombre de acción. Nada más atracar sus naves en Acre inició una actividad febril: recorrió a caballo todo el recinto atrincherado y dio varias vueltas en torno a la ciudad, pasando revista a la disposición de las murallas y al estado en que se encontraban. Después plantó sus reales en una zona que no solo se hallaba precariamente próxima a los muros, sino que además estaba a tiro de los soldados de la guarnición, según sostiene Kigordo[27]. Era un individuo impaciente. El autor del *Eracles* pone en sus labios un angustiado y meridiano lamento: «Maravilla pensar que habiendo sido tantos y

tan probos los varones que han estado en este asedio, se esté tardando tanto en conquistar [la ciudad[28]]».

Se trataba de una verdad evidente. El cerco solo había conocido unas cuantas fases de asaltos concertados y extensos sobre los muros de la plaza, y el resto del tiempo que los occidentales habían pasado en Acre se había consumido en ofensivas infructuosas, cuando no directamente catastróficas, así como en largos períodos de inactividad debidos al carácter adverso de las estaciones y a las ocupaciones relacionadas con los problemas de abasto, las enfermedades epidémicas y las hambrunas. Por otra parte, en su calidad de recién llegado, Felipe todavía no se daba cuenta exacta de las dificultades que entrañaba asediar una fortaleza como la de Acre, máxime teniendo que repeler al mismo tiempo las embestidas del ejército de Saladino. Pero no tardaría en escarmentar en propia carne.

Felipe ordenó que se reanudaran las operaciones de asedio. Se inició inmediatamente la construcción de máquinas de asalto, de modo que el 30 de mayo siete nuevos mangoneles comenzaban a lanzar proyectiles contra la Torre de la Fuente del Buey, que dominaba una de las puertas orientales de Acre. Rigordo alude a ellos diciendo que se trataba de «*petrariis et mangonellis et aliis ingeniis*»: tanto *petrariae* como *mangonelli* son términos que hacen referencia a artefactos que se armaban a mano, tirando de una palanca, lo que significa que eran «mangoneles de tracción», aunque las características específicas de cada máquina dependen del período en el que nos situemos. Sin embargo, el hecho de que Rigordo emplee las dos denominaciones juntas podría sugerir que estamos ante dos tipos de dispositivos diferentes[29]. La coletilla de «*aliis ingeniis*» («otros ingenios») apunta,

entre otras cosas, a las mamparas recubiertas de planchas de hierro a las que se recurría para proteger a los arqueros, a los que el rey de Francia había ordenado permanecer atentos y disparar contra cualquier persona que se dejara ver en lo alto del muro. También alude a un plúteo galés, de finalidad similar. Este último artilugio se apoyó en el muro contiguo a la Torre Maldita, que era el punto en el que confluían las secciones septentrional y oriental de las murallas de Acre, y amparados por él iniciaron su labor los zapadores, decididos a cavar un túnel en dirección a los contrafuertes de la plaza[30]. Además, se insistió en el denodado esfuerzo, ya intentado anteriormente, de rellenar el foso (para que los arietes y las torres pudieran volver a arrimarse a los muros), lo que llevará a Ibn Shaddad a afirmar que, en las labores de colmatado, los occidentales no solo utilizaron los cadáveres de los caballos reventados, sino también los cuerpos de sus propios camaradas, tanto exánimes como mortalmente heridos, ya que lo más importante para ellos era acelerar el proceso.

Se produjo entonces una anécdota que confirma la verdad de esta macabra práctica. Una flecha hirió gravemente a una mujer cristiana mientras ayudaba a sus compañeros a llenar de piedras el foso del baluarte. Agonizante, todavía encontró fuerzas para suplicar a su marido que la enterrara en la defensa a fin de que quedara más rápidamente a ras. Su entrega iba a constituir una gran fuente de inspiración para los cronistas:

> ¡Oh admirable fe del sexo débil! ¡Oh celo de una mujer digna de ser imitada! Ni siquiera la muerte consiguió que abandonara la labor que la había llevado a cooperar con los ingenieros, pues aun a punto de expirar deseaba proseguir con lo empezado[31].

El episodio también es un elocuente indicador de la renovada moral que se había apoderado del campamento.

Es evidente que la llegada de Felipe y su rápida puesta en acción había espoleado el ánimo de los cruzados, haciéndoles concebir, por primera vez desde el invierno, serias esperanzas de victoria.

La guarnición musulmana respondió con solvencia al reto. Concentró su potencia artillera en los mangoneles, intentó prender fuego al plúteo, y envió brigadas de soldados al foso para que trocearan los cadáveres y se los llevaran de allí[32]. Sin embargo, todos sus esfuerzos fueron en vano, porque los zapadores pisanos consiguieron abrir un túnel bajo las murallas, apuntalarlo con maderos, y prender fuego al material, logrando así que las piedras mismas se vinieran abajo. Los cruzados cargaron inmediatamente, tratando de introducirse por la brecha: capitaneados por Aubery Clement, el mariscal de Felipe, una hueste de franceses forcejeó con el enemigo, se abrió paso por entre los cascotes de la sección demolida, y penetró efectivamente en la ciudad, aunque por poco tiempo, ya que los musulmanes les obligaron a replegarse, tras lo cual procedieron a reconstruir a toda prisa el muro desde dentro[33].

Después de sopesar todos los factores —la presencia de Felipe, la reanudación de las labores de asedio, y la llegada de nuevas fuerzas francas a principios de verano —, Saladino decidió trasladarse al norte, a una zona más próxima a Acre[34]. Dejó Shafaram el día 4 de junio y se instaló en al-Kharruba, donde seguía al sur del escenario de los acontecimientos pero se hallaba ya lo suficientemente cerca como para que su ejército pudiera recuperar la costumbre de lanzar incursiones contra el campamento cruzado sin dejar de permanecer al mismo tiempo en estrecho contacto con él. En tan solo dos días, Saladino ordenó que se atacaran las empalizadas de los sitiadores,

llegando incluso a ordenar a parte de su guardia personal que se sumara a la acción. Sin embargo, los musulmanes fueron incapaces de animar a los cruzados a salir de su campamento atrincherado. Es más, según parece, por muchos soldados que enviara el ayubí, los cristianos tendieron a intensificar el asalto que ya habían puesto en marcha. En vista de la situación, el sultán se trasladó a un punto todavía más cercano a la ciudad, así que instaló su tienda en Tel al-Ayyadiyya, aunque manteniendo el grueso de sus pertrechos y bagajes a salvo en al-Kharruba. Mandó a todas sus unidades que atacaran el campamento, añadiendo la consigna de que la tropa permaneciera con la armadura puesta por la noche, a fin de que sus hombres se encontraran instantáneamente prestos al combate a la menor señal de alarma. En las últimas horas útiles del 5 de junio, la constante presión musulmana terminó por fructificar, ya que Felipe se vio obligado a desplegar soldados para defender el campamento y de este modo las maniobras de asedio fueron remitiendo poco a poco. Tras el nuevo punto muerto, algunos musulmanes empezaron a ocultarse en las zanjas excavadas, ya que desde ellas podían espiar todo cuanto sucedía en el campamento de sus rivales[35].

Se había conseguido salvar Acre, al menos de momento. Los autores cristianos sostienen que Felipe Augusto podía haber continuado la lucha y tomado directamente la ciudad, pese a la presión añadida que suponían los ataques de Saladino, pero que había preferido hacer una pausa. La razón que se ofrece para apoyar la afirmación insiste en que Felipe no quería apoderarse de Acre en ausencia del rey Ricardo, ya que deseaba respetar el acuerdo que había alcanzado con él en Mesina, según el cual ambos debían compartir la gloria de la conquista[36]. Es-

to tiene todos los visos de ser un argumento interesado, ya que los franceses acababan de cargar aprovechando el desmoronamiento del muro que los zapadores de Felipe habían provocado, así que es lógico pensar que el hecho de que no lograran explotar la apertura de esa brecha pudo haber fomentado *a posteriori* la construcción de un discurso exculpatorio. El inglés Rogelio de Hoveden ofrece una explicación totalmente opuesta, dado que mantiene que las máquinas de asedio de Felipe no habían conseguido prácticamente nada[37]. Ibn Shaddad sugiere una eventualidad que no deja de suscitar bastantes dudas: que un cruzado solicitó audiencia con Saladino a fin de parlamentar, pero que su propuesta fue rechazada[38].

Sea como fuere, el sultán pudo disfrutar al fin de un éxito temporal, y además logró afianzarlo mediante la consecución de otras victorias menores a lo largo de la primavera. El día 1 de junio, los cruzados perdieron a uno de sus más destacados nobles, el conde Felipe de Flandes, que falleció a causa de una enfermedad. Ese mismo día, uno de los emires de Mosul, Zahir al-Din ibn al-Balankari, atracaba en Acre en compañía de un contingente de tropa destinado a reforzar las filas de Saladino. Era el segundo señor de rango relevante que se presentaba en la ciudad, puesto que el prefecto de Damasco, Badr al-Din, había regresado a la ciudad sitiada, junto con sus soldados, el 14 de mayo. Y en esa fecha justamente, los musulmanes habían hecho una incursión en el campamento cruzado y conseguido luchar cuerpo a cuerpo con los cristianos a los que pudieron perseguir, escapando a continuación sanos y salvos[39].

Más al norte, los barcos del emir Usama, gobernador de Beirut y aliado de Saladino, toparon el 26 de mayo

con unos cinco o seis buques ingleses que se habían apartado de la flota en que viajaban. En la batalla que se entabló a continuación, todos los barcos occidentales acabaron apresados, junto con los suministros que transportaban y cuarenta caballos[40]. Por consiguiente, el sultán pudo consolarse un tanto al saber que, mientras las fuerzas de Felipe Augusto navegaban rumbo a Acre, él mismo mantenía al menos a las suyas en las inmediaciones de Acre.

Ricardo Corazón de León

Hasta cierto punto, la llegada de Felipe Augusto había infundido nuevo vigor a los cruzados, y además, al recuperar el rey la iniciativa y dar la orden de volver a las labores de asedio, se había conseguido mermar muy seriamente los efectivos que defendían Acre. De haber seguido así las cosas, es muy probable que, gracias al liderazgo del soberano galo, los cristianos hubiesen logrado finalmente irrumpir en la ciudad, saltando sus murallas o partiéndolas, y penetrado a espada en su interior. La constante incapacidad de la caballería de Saladino, que no había conseguido romper las fortificaciones del campamento cruzado, constituía una prueba clara de que el sultán no solo no iba a tener ocasión de aniquilar al enemigo, sino de que lo único que estaba en su mano era retrasar el desenlace de los esfuerzos contrarios. Es más, habiendo sobrevivido ya a dos inviernos extremadamente rigurosos, cada vez resultaba más improbable que el permanente bloqueo al que se hallaba sometido el campamento cruzado fuera a conseguir que estos se avinieran a un pacto. Conrado de Monferrato había regresado al escenario del asedio, y entre el producto de las tierras

que poseía al norte, y los propios recursos de Felipe, el ejército occidental tenía asegurado el disfrute de una cómoda posición durante el resto del año 1191 cuando menos. El impreciso equilibrio que se había instalado entre las huestes cristianas y las musulmanas continuaba pareciendo inamovible.

Sin embargo, el día 8 de junio, la llegada de Ricardo Corazón de León lo cambió todo. Su presencia supuso un decisivo punto de inflexión y un vuelco en el relato de lo que hasta ese momento había sido un simple asedio de dos años de duración. Como señala Ibn al-Athir, con comprensible congoja: «Con él, los musulmanes se enfrentaron al infortunio de un desastre sin precedentes[41]».

Tras partir de Mesina el 10 de abril, el rey había retrasado su llegada a Tierra Santa a causa de los acontecimientos que se estaban produciendo en la isla de Chipre. Una tempestad había desviado de su curso más de una veintena de barcos, y en uno de ellos viajaban la hermana y la prometida del rey, Juana de Inglaterra y Berenguela de Navarra, respectivamente. Ambas lograron sobrevivir, pero acabaron en manos del gobernador nominal de la isla, Isaac Ducas Comneno, junto con los bienes saqueados en los demás navíos extraviados, que habían naufragado en distintos puntos de la costa. El día 5 de mayo, Ricardo llegaba a la ciudad de Limasol, situada al sur de Chipre. Con una rápida secuencia de violaciones de los acuerdos de paz establecidos con Chipre, el monarca inglés persiguió a Isaac por toda la isla, y con ello terminó conquistando la totalidad del territorio. Más de un historiador ha sugerido que en realidad hacía ya mucho tiempo que el soberano venía acariciando ese plan, desde que partiera de Sicilia[42].

La flota de Ricardo, integrada por veinticinco navíos, zarpó de Chipre en la semana de Pentecostés y puso rumbo al teatro del asedio el 7 de junio. Poco después avistaba un gran buque en algún punto situado frente a las costas del Líbano. Resultó ser un barco musulmán que acababa de salir de Beirut e iba camino de Acre, en donde tenía previsto entregar un cargamento de tropas de refuerzo, armas y suministros a la desolada guarnición de la plaza[43]. Lo que se produjo a continuación fue una batalla naval fascinante entre la embarcación sarracena y la escuadra de Ricardo (tanto es así que todas las fuentes narrativas del sitio de Acre se hacen eco de la acción).

Las características del barco musulmán difieren en función de la descripción en que nos fijemos. El autor del *Eracles* dice que se trataba de un dromón, Ibn al-Athir y otros hablan de una *butsa* (carraca), y un tercer grupo se limita a darle la denominación genérica de *navem* (nao), pero todos comentan que era de un tamaño insólitamente grande y que llevaba un rumbo igualmente insólito. La capitaneaba Yaqub al-Halabi, de Alepo, y tenía a sus órdenes a un grupo de soldados *jandariyaa*[44] La nave iba equipada con tres palos, pero también contaba con remeros para impulsarse, y estaba cubierta con un gran paño de fieltro verde y oro (aunque quizá se tratara de una lona alquitranada) destinado a ocultar el cargamento acumulado en la cubierta superior; por lo demás, también se indica que su francobordo[*] tenía una altura impresionante. Guillermo de Newburgh afirma que el buque parecía un espigado torreón. El escritor Ricardo de Devizes, un monje del retiro de San Suituno de Winchester, creyó incluso que se habían levantado varias torres sobre el puente[45]. Ricardo de

Templo sostiene que la nao era tan alta que a los arqueros cristianos les resultaba imposible bombear sus flechas con la elevación precisa para alcanzar a los musulmanes que viajaban a bordo. Ambrosio (y Ricardo de Templo, que se atiene a su texto) asegura que un testigo que había podido ver el cargamento con sus propios ojos, durante la estiba en Beirut, refirió más tarde que estaba compuesto de arcos, lanzas, ballestas, dardos y redomas de fuego griego. Además, viajaban en el navío cien camellos, siete emires y ochocientos soldados (Ibn Shaddad solo habla de seiscientos cincuenta, y Rogelio de Hoveden eleva la cifra a mil cuatrocientos). En el barco había también doscientas serpientes (presumiblemente encerradas en toneles) que los musulmanes planeaban soltar subrepticiamente en el campamento cruzado[46]. Rigordo añade nuevos elementos al contenido del buque: ¡nada menos que cincuenta balistas! Se trata sin duda de una cifra muy abultada, pero Ibn Shaddad también creía que el barco transportaba armas de artillería[47].

Al aproximarse el rey Ricardo a la carraca musulmana, los occidentales se percataron de que ni la identidad de la nave ni la de la tripulación estaban claras. Rogelio de Hoveden sostiene que el buque enarbolaba bandera francesa, pero este extremo aparece explícitamente negado en el *Itinerario*. Ricardo ordenó a Pedro de Barres que se adelantara con una de las galeras cristianas y tomara contacto con la extraña embarcación: la marinería afirmó ser francesa, pero uno de los navegantes de Ricardo insistió en que estaban mintiendo y le dijo al monarca: «Dejaré que hagáis rodar mi cabeza o que me llevéis al patíbulo si no logro probar ante vuestros propios ojos que ese barco es sarraceno[48]». Ricardo seguía sin

tenerlas todas consigo, así que envió en descubierta a un segundo destacamento, que en esta ocasión fue víctima de un ataque, con lo que salió a la luz la verdad. Valiéndose de arcos compuestos fabricados en Damasco, los musulmanes asaltaron varios de los navíos cruzados con una cerrada descarga de saetas, mientras el resto de la flota del rey maniobraba para adoptar posición de combate, liderada por un tal Raimundo de Bone Done. Ricardo de Devizes mantiene que el propio monarca intervino en la acción, pero una leyenda posterior que asegura que llegó incluso a abordar el bajel musulmán carece de base documental[49].

Al parecer, la batalla se desarrolló en cuatro fases. Al principio, las galeras cruzadas comenzaron a navegar en círculos en torno al dromón y los artilleros se pusieron a dispararle flechas y dardos, aunque no consiguieron prácticamente nada debido a su altura. Según se dice, Ricardo maldijo a sus hombres y criticó severamente sus esfuerzos, ya que no podía creer que fueran tan ineptos y no lograran causar el menor daño al enemigo. Volviendo a la carga, las galeras inglesas avanzaron hasta situarse justo al lado del dromón, con lo que un puñado de soldados se las arreglaron para abordar la embarcación, bien por saltar directamente al puente de la nave sarracena desde sus galeras y auparse hasta su interior agarrándose a las jarcias, bien por lanzarle cabos de abordaje provistos de un garfio en su extremo con el fin de gatear después por los cordajes y penetrar así en el buque enemigo. Los marineros musulmanes se lanzaron contra los atacantes y trabaron inmediatamente un combate cuerpo a cuerpo, produciéndose entonces un verdadero baño de sangre, ya que las tropas de ambos bandos empezaron a descuartizarse a golpe de espada. Los ingleses

llevaron las de ganar hasta que los remeros musulmanes surgieron de las entrañas del barco y rechazaron a los cruzados, obligándoles a regresar a sus galeras, aunque otras crónicas refieren que los acorralaron y los arrojaron por la borda al mar. Según parece, unas cuantas ampollas de fuego griego impactaron en uno de los navíos cruzados, que empezó a arder en el acto[50]. Con todo, la tercera táctica de los occidentales fue la que mejor funcionó: los ingleses que sabían nadar se zambulleron y, trabajando de común acuerdo, ataron una de las espadillas[*] del dromón a un costado del casco de popa, con lo que la inmensa nao comenzó a navegar en círculos[51].

La cuarta fase arrancó inmediatamente después de que el barco musulmán quedara entorpecido de este modo, ya que Ricardo ordenó a sus galeras que iniciaran una embestida con sus espolones de hierro a fin de perforar el casco del carguero adversario. La maniobra se reveló sumamente eficaz, ya que el dromón comenzó a hacer agua y se fue escorando poco a poco. Muchos de los musulmanes que viajaban a bordo abandonaron la nave: unos perecieron traspasados por los dardos de las ballestas mientras trataban de ponerse a salvo a nado y otros se ahogaron. Las pocas docenas de marineros sarracenos que consiguieron sobrevivir fueron hechos prisioneros[52]. Sin embargo, los ingleses no consiguieron apoderarse de los valiosos suministros que se hallaban a bordo del dromón, ya que este acabó yéndose a pique. Tanto Ricardo de Templo como otros autores sostienen que, al margen de los enemigos apresados, todo cuanto contenía el buque musulmán se perdió, incluidas las serpientes.

La exacta atribución de las causas que provocaron el hundimiento del dromón fueron objeto de importantes controversias. Raúl de Diss, en el pasaje en el que habla

de la embestida naval del rey inglés, compara lo ocurrido con la peripecia bíblica de Eleazar Macabeo, que se introdujo bajo la panza de un elefante adiestrado para la guerra, le asestó una cuchillada para matarlo, y pereció aplastado al desplomarse sobre él la bestia agonizante[53]. Otras fuentes cristianas también responsabilizan del naufragio a la acción de los espolones. No obstante, los autores árabes mantienen que el capitán, Yaqub, secundado por un pequeño grupo de leales, hundió deliberadamente el dromón agujereando el casco con picos. A primera vista cabría considerar preferible la versión cristiana, puesto que los victoriosos ingleses debieron de referir sin duda el incidente nada más llegar al campamento. Pero, por otra parte, Ibn Shaddad explica que los cruzados, tras mutilar a uno de los prisioneros, optaron finalmente por dejarle en libertad, y que este, al entrar en la ciudad de Acre, relató a sus correligionarios la verdad de lo sucedido. Lo más probable es que el navío se hundiera tanto a causa de las vías de agua abiertas desde fuera por los arietes de combate como por los boquetes practicados dentro por sus propios tripulantes. Sea cual sea la auténtica razón del desastre, lo cierto es que Saladino y la guarnición de la fortaleza asediada encajaron muy mal la pérdida, ya que sabemos que algunos musulmanes se rasgaron las vestiduras y se mesaron la barba[54].

Al día siguiente, 8 de junio, tras echar el ancla y pernoctar en las inmediaciones de Tiro, la flota de Ricardo reanudó la navegación al sur para poner rumbo a Acre. Una vez superados los mismos puntos que dos años antes marcaran también el viaje de Guido de Lusiñán, aunque esta vez por mar —el desfiladero de Escandelión y el castillo de Imbert—, Ricardo acabó divisando Acre, el

inmenso campamento cruzado desplegado a sus pies, y los todavía más vastos ejércitos musulmanes de Saladino estacionados algo más allá. Como su homólogo francés, también el rey de Inglaterra desarrolló inmediatamente una febril actividad, partiendo *ipso facto* a inspeccionar el terreno y fraguando planes antes incluso de que el resto de su flota alcanzara el litoral[55]. Poco antes, justo después de desembarcar, Felipe Augusto salió a recibirle, acompañado de todos los nobles presentes en el fuerte cristiano. Las fuentes inglesas elogian efusivamente a su monarca, aunque ninguna supera los halagos que le dedica Ricardo de Devizes:

> Prosiguiendo así su singladura, el rey llegó al punto en el que se mantenía el bloqueo de Acre, y la alegría de los sitiadores fue tanta como la que les habría producido ver regresar a Cristo al mundo para restaurar el reino de Israel. El soberano de los franceses había llegado antes que él a la ciudad, y los habitantes del país le tenían en muy alta estima; pero al presentarse Ricardo, quedó completamente olvidado y cayó en el anonimato, tal y como sucede cuando la luna pierde su resplandor en cuanto sale el sol[56].

Dejando a un lado las hipérboles, la situación de los cruzados se había vuelto verdaderamente boyante. Ambrosio señala que en el campamento reinaba una inmensa alegría, que por todas partes se escuchaba el tremolar de los clarines y el repicar de las campanas, que nadie quedaba al margen de las libaciones y que el refugio de los cruzados había permanecido largo tiempo inundado de luz a causa de las grandes hogueras y cirios prendidos para la ocasión. La crónica de Ibn Shaddad confirma a un tiempo la pompa de las celebraciones y la abundancia de fuegos de campamento[57]. Con la única excepción de Ricardo de Devizes, todos los autores que no se encontraban presentes en el lugar del asedio ofrecen un relato mucho más sosegado. Raúl de Diss señala sin más la llegada del rey y pasa inmediatamente a otra cosa. Gui-

llermo de Newburgh, por su parte, observa con gran perspicacia que, en realidad, el enorme regocijo del ejército daba la medida de su ansiedad previa[58]. El *Eracles* de Lyon resalta el entusiasmo general y ensalza la cortesía demostrada por el rey Ricardo, aunque tampoco olvida elogiar la caballerosidad de Felipe Augusto, que no solo había acudido a recibir a su par coronado, sino que había tenido la doble gentileza de ayudar a desembarcar a la recién desposada Berenguela y de morderse la lengua respecto a la circunstancia de que Ricardo Corazón de León hubiera renunciado a honrar el compromiso de matrimonio que debería haberle obligado a casarse con Adela de Francia, hermana del soberano galo[59].

En plenos festejos, Ricardo maniobró rápidamente para arrebatar a Felipe la capitanía general de las operaciones de asedio, y además no lo hizo mediante una declaración meridiana de sus derechos, sino valiéndose de una serie de furtivas interpelaciones a los propios cruzados. En primer lugar, animó las manifestaciones de lealtad de los italianos del campamento. Tanto los pisanos como los genoveses se ofrecieron a luchar bajo su mando, prefiriéndolo al de Felipe. Lo cierto, sin embargo, es que aceptó la oferta de los pisanos, pero no los votos de adhesión de las élites de Génova, alegando que ya habían jurado fidelidad a Felipe y a Conrado de Monferrato. Según se dijo, los pisanos quedaron extasiados al comprobar el poder y la majestad de Ricardo, pero la verdadera razón de ese comportamiento hay que verla en lo que relata Rogelio de Hoveden, que asegura que, tan pronto como hubo hollado la costa, el rey les confirmó el disfrute de las libertades que se habían venido tomando hasta entonces en la cuenca oriental mediterrá-

nea[60]. En segundo lugar, Ricardo se apresuró a superar en generosidad al mismísimo Felipe. El soberano francés había ofrecido la espléndida suma de tres besantes de oro mensuales a todos los caballeros de Acre, así que Ricardo, para no ser menos, declaró que pagaría cuatro. Evidentemente, los hidalgos se pasaron en masa a su bando y el campamento entero le vitoreó[61]. En tercer lugar, ganó para su causa a Enrique de Champaña, sirviéndose también de otro acuerdo económico. Enrique, que andaba corto de efectivo y pertrechos, acudió al monarca inglés para recabar su apoyo, y según cuentan, Ricardo le entregó varios miles de monedas de plata, unos cuantos cerdos perfectamente cebados y sus buenas fanegas de trigo, todo ello con la condición de que el conde dejara de prestar leal vasallaje a Felipe para rendírselo personalmente a él. Y como remate a todas estas iniciativas, confió el reparto de los futuros despojos de Acre a los caballeros templarios y hospitalarios[62]. Gracias a estos movimientos estratégicos, y a la generosidad y confianza que tan a las claras proclamaban, Ricardo consiguió hacerse con las riendas del grueso del ejército, asumiendo con ello el mando de una parte de las operaciones de asedio.

Después hubo de ocuparse del contencioso surgido a causa de Conrado de Monferrato, que había llegado a su punto culminante a finales de junio. La primavera anterior, durante su estancia en Chipre, Ricardo había recibido a un pequeño grupo de visitantes recién llegados de Acre. Se trataba nada menos que de Guido de Lusiñán y de su hermano Godofredo. La posición del rey nominal de Jerusalén se había vuelto muy precaria debido a los acontecimientos surgidos en el transcurso del otoño de 1190, ya que, tras el fallecimiento de su esposa Sibila, la

hermanastra de esta —heredera al trono de la ciudad santa— había contraído matrimonio con Conrado de Monferrato, el gran rival de Guido, el 24 de noviembre. Las reivindicaciones de Conrado, que aspiraba a ser el nuevo monarca de Jerusalén, resultaban sumamente desestabilizadoras, pero, por fortuna para Guido, en la primavera de 1191 apenas habían conseguido avances sustantivos. Como ya hemos visto, la mayor parte de los cruzados presentes en el sitio de Acre maldecían a Conrado por no haber sabido cumplir su palabra y no haber enviado a los cristianos un solo cargamento capaz de aliviar la terrible hambruna del invierno anterior. Sin embargo, con la llegada de Felipe Augusto los equilibrios del poder político habían experimentado un vuelco, puesto que el rey francés apoyaba las aspiraciones de Conrado al trono[63]. Esto había decidido a Guido a hacerse a la mar rumbo a Chipre con el objetivo de lograr que Ricardo le respaldara en la pugna de poder que le oponía a Conrado. Por consiguiente, en cuanto Felipe quedó absorto al hacerse cargo de los trabajos de asedio de Acre, Guido consiguió escabullirse discretamente, acompañado posiblemente por una escolta de viaje formada por unos 160 soldados. Y dado que, en el Poitou, la casa de Lusiñán se hallaba sujeta al señorío general de Ricardo, y que Sibila era prima del monarca inglés, este acabó decantándose en favor de Guido y prefiriéndolo a Conrado[64].

En junio, la posición dominante de Ricardo entre los sitiadores ofreció al fin a Guido la oportunidad que tanto había estado esperando, así que formuló una queja para denunciar formalmente el empeño de Conrado en reclamar el trono de Jerusalén. Rogelio de Hoveden recoge una lista en la que se enumeran varias graves acu-

saciones: violación de juramento, perjurio y traición. Sin embargo, parece que Conrado no se encontraba ya en las inmediaciones, ya que había optado por no quedarse a escuchar lo que sabía que se le venía encima. El 24 de junio se esfumó sin mediar palabra y abandonó el campamento junto con un puñado de hombres, decidido a regresar a la ciudad fortificada de Tiro, que tenía bajo control. No obstante, su partida se dejó notar claramente, ya que hasta los autores musulmanes se hacen eco de ella. Al hallarse ausente, la obligación de defenderle recayó inmediatamente sobre los hombros de su aliado, Felipe Augusto. Un mes más tarde, los dos soberanos occidentales alcanzaban un acuerdo por el que se dejaba que Conrado conservara Tiro, Beirut y Sidón, pero se le negaba el trono de Jerusalén, a menos que Guido falleciera antes que él[65].

Pero volvamos a los asuntos militares que habían tenido atareado a Felipe a principios de junio. Tras la llegada de Ricardo, el rey francés lanzó un llamamiento general a las tropas a fin de reanudar los ataques el 9 de ese mismo mes, es decir, al día siguiente de los recibimientos al soberano inglés. Sin embargo, Ricardo rechazó la idea y advirtió a todos sus hombres, incluidos sus nuevos aliados pisanos, de que no debían trabar combate en tanto él no les diera orden de hacerlo. Desde el punto de vista práctico, el retraso resultaba perfectamente lógico, debido a que Ricardo no había tenido tiempo de montar las máquinas de asedio que había traído consigo, y a que, estando aún tan reciente su desembarco, no se encontraba todavía preparado para arremeter contra los muros de Acre. Con todo, estamos evidentemente ante un pulso de poder entre los dos soberanos, dado que, por medio de este gesto, Ricardo pretendía afirmar su

propia magnificencia y sobrepujar en brillo y mando a Felipe, que, si bien había sido en otra época amigo y aliado, se había convertido ahora en un rival incontestable. Rigordo sostiene que se intentó mediar entre ambos reyes, y que de hecho los jueces instaron a Ricardo a cooperar. Sin embargo, él persistió en la negativa, y la anécdota ilustra claramente la actitud general que siempre habría de mantener en relación con su competidor[66]. Entretanto, los cruzados dedicaron todo el 9 de junio a repeler una salida no excesivamente nutrida de las tropas de la guarnición de Acre. Dos días más tarde, Felipe volvió a apelar a la soldadesca y a exigir que se insistiera en el asalto, lo que motivó un segundo rechazo por parte de Ricardo. Su maquinaria de guerra seguía sin estar a punto, argumentó, y además había varios barcos ingleses que se encaminaban a la zona, así que era preciso aguardar a que atracaran frente al campamento. Con todo, el factor decisivo fue el súbito brote de una enfermedad, la «arnaldia», una suerte de escorbuto o de boca de trinchera[*] que dejó incapacitado al monarca inglés[67].

Llegadas las cosas a este punto, a Felipe se le acabó la paciencia y decidió atacar de todas formas. Los franceses se dividieron en dos contingentes: uno con la misión de lanzarse al asalto de la fortaleza y otro encargado de defender las trincheras, interponiéndose entre ellas y una eventual expedición de castigo de Saladino. Felipe tomó el mando de las operaciones de asedio, y Godofredo de Lusiñán se puso al frente de los tercios dedicados a la protección del campamento. Se optó por fusionar la infantería con las unidades de caballeros que luchaban a lomos de sus monturas, aunque no entendamos con claridad qué función podían desempeñar los caballos en una operación de asedio; es posible que los hidalgos es-

grimieran ballestas, o que caracolearan entre las líneas con el fin de coordinar los esfuerzos. La guarnición musulmana envió señales de humo a Saladino, como de costumbre, y este volvió a ordenar a sus arqueros a caballo que hostigaran las trincheras y las empalizadas de los cruzados. Una avanzadilla de hombres con toda clase de materiales destinados a allanar las zanjas precedía a los jinetes a fin de permitir que los caballos consiguieran salvar el obstáculo. Sin embargo, los hombres de Godofredo lograron repelerlos a todos. Según refieren las crónicas, el propio hermano de Guido habría dado muerte a diez musulmanes a golpes de hacha y hecho prisioneros a varios más[68].

El escaso éxito de los sarracenos en las trincheras de los occidentales encontró reflejo exacto en el escaso empuje de los cruzados que trataban de asaltar las murallas de la ciudad; tan faltos de energía debieron de mostrarse que Ambrosio deja escapar su parecer con una exclamación: «¡Dios mío, qué floja acometida!». Y no da la impresión de que su desaliento ande lejos de explicar lo que realmente sucedió. Por lo que sabemos, el ataque debió de desarrollarse con relativo buen orden, ya que los cristianos se lanzaron velozmente sobre su objetivo provistos de armas y escaleras de mano, apoyados tanto por los arqueros que les cubrían las espaldas como por la caballería estacionada en una tercera fila, justo detrás de las tropas de artillería. El mismísimo Felipe disparó una ballesta desde la *cercelia* en la que se encontraba, y sus mangoneles entraron en acción. También se puso a contribución un ariete de asalto, pero al no lograr los cruzados rellenar el foso de Acre lo suficiente como para facilitar la aproximación del arma a las murallas resultó imposible utilizarlo. No tardó en comprenderse que Felipe

no contaba con el número de efectivos necesarios para hacer avanzar en serio el desgaste de las defensas de la ciudad. Pero hubo algo todavía peor: por las puertas de la fortaleza empezó a salir un tropel de jinetes musulmanes con orden de arrojar fuego griego e incendiar a un tiempo el ariete y varias catapultas, ya que estas últimas habían quedado desprotegidas al mandar Felipe que sus operarios se unieran a la operación general[69]. Al final, los franceses se vieron obligados a emprender la retirada. Tras el fallido asalto, el propio Felipe fue víctima de la misma enfermedad que padecía Ricardo, con lo que ambos reyes quedaron gravemente tocados[70].

La cerrada descarga de artillería del verano

Mientras los soberanos permanecían convalecientes, los aliados que Ricardo había estado esperando empezaron a llegar a la costa. Se trataba de una flota de ingleses y normandos pertenecientes a la propia casa militar del rey, y en su última etapa habían partido de Chipre. Los más destacados de todos ellos eran el obispo Juan de Évreux y el conde Roberto IV de Leicester. El resto eran caballeros que contaban con una grandísima experiencia militar[71]. Con todo, ni siquiera la llegada de estos hombres consiguió que el rey inglés se pusiera en acción. Antes al contrario, ya que siguió siendo Felipe el encargado de atacar la ciudad. Él fue precisamente el primero en reponerse del mal de encías que aquejaba a los dos monarcas. Además, se dijo que el rey se había encontrado mejor en la misma fecha en que su hijo Luis se recuperaba de la disentería al otro del mar, en Francia, lo que da pie a que Rigordo vincule ambos acontecimientos con el supuesto efecto de las plegarias y los ayunos que habían

efectuado los monjes del convento de Saint Denis[72]. El 14 de junio, Felipe ordenó que los artilleros dispararan sus proyectiles continuamente, sin parar ni de día ni de noche[73]. Las fuentes describen muy adecuadamente los mangoneles que se emplearon en junio de 1191,y desde luego se trata de unas armas que además de suscitar una considerable fascinación, han dado también pie a un gran número de estudios. Uno de esos lanzapiedras fue bautizado con un nombre que acabaría haciéndose célebre: el «Mal Vecino» (*Malam vicinam*). De hecho, en el ángulo noreste de las murallas de Acre se utilizó este artefacto contra la Torre Maldita, junto con otro que era propiedad de los caballeros hospitalarios, la «Honda de Dios» (*Petrariam Dei*)[74].

En otros puntos también se emplearon las armas de artillería. Una de ellas, que pertenecía al duque Hugo de Borgoña, actuó en la porción septentrional del muro que daba a la costa del Mediterráneo, y otra —una preciada posesión de los caballeros templarios— realizó sus funciones en el flanco oriental. Andando el tiempo, el rey Ricardo se unió al esfuerzo bélico y ordenó que su propia artillería entrara en acción, pese a que todavía seguía atado a su lecho de convaleciente. Una de las máquinas de asedio era una catapulta de Felipe de Alsacia que el rey había adquirido hacía poco, tras el fallecimiento de su dueño. Y de hecho Ricardo también se había procurado un segundo artilugio similar, aunque de menor tamaño. Las dos dispararon contra una de las puertas de acceso a la ciudad, aunque no sabemos cuál. Ricardo añadió asimismo otros dos nuevos aparatos de artillería pesada, ya que había ordenado la construcción de un par de mangoneles nuevos, y uno de ellos se consagró exclusivamente al lanzamiento de una serie de piedras, singu-

larmente duras, que el rey había traído específicamente de Mesina para ese fin. En un determinado momento, se trasladó a Ricardo, todavía encamado, a un punto desde el que pudiera contemplar lo que estaba ocurriendo en la acción, pero a pesar de todo no pudo sumarse personalmente a ella[75]. Las catapultas que Ricardo había comprado derribaron a medias otro torreón, cuyo nombre no se indica, y sus nuevas máquinas lanzaron grandes pedruscos en tiro parabólico, con lo que consiguieron superar las murallas e impactar en el mercado de la ciudad[76].

Los constantes martilleos de la artillería provocaron graves daños en los muros de Acre. Al final, los mazazos de la máquina de guerra de los hospitalarios derribaron un paño de unos tres metros cuadrados del muro contiguo a la Torre Maldita. Medida desde su parte superior, la altura de la sección demolida era aproximadamente de un metro y ochenta centímetros[77]. Sin embargo, la operación llevó algún tiempo, dado que la acción contraria de la artillería musulmana inutilizaba una y otra vez la catapulta de los cruzados. La guarnición había empezado a concentrar las descargas de uno de sus propios mangoneles, al que conocían con el apelativo de «Mala Relación» (*Malam cognatam*), sobre el arma de los cristianos, logrando en repetidas ocasiones que quedara fuera de servicio. Y cada vez que uno de los proyectiles musulmanes impactaba en ella, un sacerdote anónimo comenzaba a desgranar unas plegarias junto al artefacto, prodigándole de cuando en cuando alguna bendición y recolectando dinero para poder repararlo[78]. En otro de los relatos que han llegado hasta nosotros, una de las enormes piedras que lanzaban las catapultas de Acre golpeó de lleno, en medio de la espalda, a un solda-

do desconocido, pero el proyectil rebotó en el cuerpo sin dañar lo más mínimo al combatiente cristiano. Esto se atribuyó a la misericordia divina, «cuya clemencia asiste siempre a quienes luchan por su causa[79]».

Hay también informes que señalan que Ricardo dio a sus hombres la doble orden de construir una especie de *berefredum* (es decir, una torre de asedio o atalaya ambulante) y de que en lo alto de la misma se ensamblara una de sus nuevas catapultas. La estructura quedó cubierta con pieles de animales, trozos de madera y redes hechas con cordajes a fin de protegerla de los diferentes tipos de proyectiles que sin duda habrían de llover sobre ella. Es posible que esta sea la obra de avanzada de cuatro pisos de altura que menciona Ibn Shaddad, que sostiene que los occidentales la arrastraron hasta colocarla a menos de cinco codos[*] de la ciudad, aunque acabó destruida por efecto del fuego griego. De ser así, cabe pensar también que esta catapulta elevada pudo ser la que consiguió golpear el mercado interior de la fortaleza. Ricardo de Devizes, pese a no hallarse presente en el lugar de los hechos, expone justamente un escenario perfectamente compatible con esta idea[80]. En el transcurso de todas estas acciones, los cruzados trataron en dos ocasiones de irrumpir por la fuerza en la ciudad y de explotar al máximo las brechas abiertas en sus muros: la primera intentona se produjo el 14 de junio, y la segunda tres días más tarde. En ambos casos se vieron obligados a replegarse, dado que la caballería de Saladino atacó las fortificaciones del campamento cristiano, arremetiendo por el flanco contrario. De hecho, tanto en uno como en otro lance, los musulmanes lograron algunos éxitos. En el primer envite se las arreglaron para llegar hasta las mismísimas tiendas de los cruzados, que sa-

quearon a conciencia. Sin embargo, el intenso calor que hacía ese día, unido al contraataque de los occidentales, acabó por forzar su retirada. A diferencia de la vez anterior, la segunda acometida ayubí no pudo superar el límite de las empalizadas, ya que al ver que los musulmanes llegaban hasta ellas, la caballería cristiana se lanzó a la carga y puso en fuga al enemigo[81].

El resto del mes de junio se consumió entre escaramuzas de menor entidad, todas ellas a las afueras de Acre. Tenemos dos informes que exponen la ocurrencia de sendos enfrentamientos entre dos partidas de cristianos, que probablemente fueran de forrajeadores, y distintos integrantes de la vanguardia de Saladino. El primer encontronazo, que tuvo lugar el 22 de junio, se desarrolló en las inmediaciones de Montmusard, al topar un pelotón de soldados de a pie con una unidad de jinetes sarracenos. El choque se saldó con unas cuantas bajas en ambos bandos y con la captura de un caballero cristiano cuyo nombre ignoramos. La segunda refriega estalló justo al día siguiente, aunque ahora en el lado opuesto del campamento, a orillas del río Belus. Una patrulla de infantes cristianos se vio sorprendida mientras avanzaba por la ribera, y también fue atacada por una sección de la caballería musulmana. Tanto los ayubíes como los occidentales afirmaron haber apresado cada uno a un miembro del campo contrario, y los dos se ufanaron igualmente de haberlos matado para quemar después los cadáveres (de hecho, Ibn Shaddad afirma haber visto las llamas). Algunos musulmanes adquirieron también el hábito de colarse por las noches en el campamento cruzado para robar todos los pertrechos y provisiones que pudieran encontrar en las tiendas[82]. No obstante, todos estos incidentes apenas resultaban dignos de mención, al

menos si los comparamos con los durísimos combates que se estaban librando al pie de las murallas de la fortaleza.

El principio del fin

Rogelio de Hoveden señala que el 23 de junio se produjo un eclipse de sol[83]. Con el oscurecimiento del cielo, los musulmanes parecieron considerar que sus esperanzas se ensombrecían de igual manera, pese a que Saladino saliera a dar la bienvenida a las tropas de refuerzo que acababan de presentarse en el escenario del asedio, dado que iban a ser las últimas. Encabezaban el contingente recién llegado cuatro hombres que habían abandonado la zona al iniciarse la pausa invernal y que ahora regresaban. El señor de Sinyar, Muyahid al-Din Yarunqush, se acantonó en el flanco izquierdo del sultán. Pasado el 24 de junio, aparecieron dos tercios egipcios, capitaneados por Alam al-Din Kuqi y Sayf al-Din Sunqur al-Dawadar. El 28, un último grupo procedente de Egipto se sumaba a las fuerzas de refresco. También se reintegró al ejército ayubí el señor de Mosul, Alá al-Din Khurramshah. Precisamente, el día 25, Saladino había dejado la zona del asedio para dirigirse al sur, a al-Kharruba, y encontrarse con él. Nada más llegar, las tropas de Mosul se instalaron en el flanco derecho musulmán, cerca de Montmusard. Los últimos regimientos hicieron acto de presencia entre el 9 y el 11 de julio. Sus dirigentes eran Sabiq al-Din, señor de Shayzar, Badr al-Din Dildirim y Asad al-Din Shirkuh, que también regresaban tras un período de descanso[84]. El número de efectivos de las huestes de Saladino alcanzaba así su máximo, ya que hasta la

capitulación de Acre no iba a llegar ya ningún otro contingente de tropa.

A lo largo de todo este nuevo período, los ataques de artillería prosiguieron su lenta labor de desgaste, hasta debilitar seriamente los muros de la ciudad. En realidad, los daños causados en la sección próxima a la Torre Maldita eran solo un preludio. Ahora eran ya varias las porciones de la muralla que estaban teniendo que encajar un riguroso y constante castigo, y desde luego las piedras impactaban sin tregua, y a un ritmo muy sostenido. Empezaron a aparecer grietas. Y a pesar de que no fueran lo suficientemente grandes como para que un grupo de soldados pudiera aprovechar el hueco e irrumpir por él en la ciudad, sí que permitían que un hombre se deslizara al interior de Acre. Esto constituía un problema, puesto que los defensores de la plaza —cuyas filas no dejaban de menguar, debido tanto a la falta de víveres como a la implacable percusión de la artillería pesada y los dardos y saetas de las brigadas ligeras— estaban viéndose obligados a distender excesivamente las líneas a lo largo de las murallas de los flancos septentrional y oriental de Acre. Por otro lado, también andaban faltos de sueño, ya que no podían bajar la guardia un solo instante, forzados como estaban a vigilar las constantes intrusiones enemigas[85]. Surge así la imagen de una guarnición exhausta y atormentada, a punto de desplomarse sin remedio. Sus integrantes llevaban desde mediados de abril sin recibir nuevos suministros, y los barcos franceses e ingleses que patrullaban frente a las costas del levante se aseguraban de que no volvieran a contar con nuevas ayudas. La ciudad dejaba escapar, en ininterrumpido goteo, las quejas y vicisitudes de los angustiados soldados, y el sufrimiento llegó a un punto en el que también se

empezaron a escuchar los primeros rumores serios de una eventual rendición, una rendición que no parecía haberse hallado tan cerca desde 1190[86].

Por si fuera poco, la situación de los musulmanes empeoró rápidamente. El 2 de julio, los cruzados comenzaron a asaltar los muros, enviando contra ellos, día y noche, sucesivas oleadas de hombres y máquinas de asedio desprovistas de mecanismos artilleros. Sus jefes les organizaron por turnos a fin de mantener una presión constante sobre la ciudad. Los defensores hicieron lo que pudieron y echaron mano de todos los proyectiles que les quedaban para contrarrestar con andanadas de corto alcance las descargas del adversario. Al arrimarse a las murallas un plúteo galés, la guarnición reorientó el tiro de una de sus catapultas y comenzó a lanzarle piedras. También le arrojaron leña y astillas, cubriéndolo lo más posible, seguidas de varias redomas de nafta. Al final consiguieron que ardiera en llamas, junto con la *cercelia* de Felipe Augusto, estacionada muy cerca del primer artilugio. No está claro si el rey se encontraba o no en su interior en aquel momento, ya que ese era el sitio desde el que solía acosar con su ballesta a los musulmanes que defendían las murallas. Lo que sí sabemos es que la noticia de su destrucción le hizo empalidecer y que llamó incompetentes a sus tropas[87]. De este modo se logró mantener a raya los ataques de los cruzados, al menos hasta cierto punto.

Los cristianos guardaban en la manga una artimaña todavía más astuta. Mientras la artillería proseguía con su despiadado apisonamiento, las huestes cruzadas empezaron a reforzar las empalizadas y a aumentar su altura, consolidando con ello toda la parte trasera de su campamento. En esencia, mientras las murallas de Acre

se desmoronaban, las protecciones del acantonamiento occidental crecían. El saldo neto de este proceso permitió redoblar la eficacia del bloqueo. De hecho, cuanto mejor quedara defendido el campamento, tanto menos probable resultaba que Saladino lograra desalojar al ejército cruzado o desbaratar sus operaciones de asedio. El sultán percibió con toda claridad el peligro, y de hecho la creciente crisis terminó de cristalizar poco después, el día 3 de julio, al recibir el ayubí un despacho desesperado de la guarnición de Acre. En el mensaje, los defensores volvían a solicitar que se les socorriera, pero también advertían que, de no llegar pronto el auxilio, tendrían que rendir la ciudad en prenda de su propia vida[88]. A modo de respuesta, el sultán instó a sus hombres a lanzar ataques una y otra vez contra las estacadas del campamento cruzado. El hermano de Saladino, al-Adil, cargó en dos ocasiones sobre el enemigo, asumiendo un gran riesgo, ya que su presencia, junto con la de quienes le acompañaban, desvió la atención de los occidentales, que dejaron de disparar contra los sarracenos que se esforzaban en colmatar las trincheras cruzadas para concentrar sus proyectiles sobre su persona y la de sus camaradas. Entre los jinetes musulmanes comenzó a aumentar la desesperación, y sus integrantes tomaron la rara decisión de desmontar para combatir a pie (y esto además en una jornada que, al parecer, era verdaderamente tórrida). Lucharon con espadas, hachas y garrotes cubiertos de clavos, pero acabaron viéndose obligados a retroceder o exhalando su último aliento en las zanjas, puesto que los cristianos estaban más habituados que ellos a combatir cuerpo a cuerpo y a pie firme. Además, las tropas de artillería occidentales formaron un muro humano y también permanecieron impávidas, sin ceder

un solo palmo de terreno. Con gran sosiego, se dedicaron a arrojar una tras otra sus andanadas de flechas y dardos sobre los musulmanes que intentaban salir gateando de las trincheras. De entre esos defensores cruzados hay dos en concreto a los que se ensalza por su bravura y resolución. Uno de ellos se aupó a lo más alto de la empalizada y desde allí comenzó a lanzar piedras a los musulmanes, haciendo caso omiso de quienes le acertaban con el mismo método. La segunda acción heroica del día fue la de una arquera que consiguió herir a varios atacantes con su arma antes de sucumbir a los disparos enemigos. Al final, la caída de la noche puso fin a la pelea[89].

Protegida la retaguardia de las embestidas de Saladino, los cruzados que asediaban Acre lograron aplicarse con tremenda eficacia a la tarea. Ese mismo día, 3 de julio, se derrumbó otro paño de las murallas del fortín. A lo largo de todo el proceso de martilleo que había llevado a cabo la artillería en el transcurso del verano, dos grupos de zapadores franceses se habían dedicado a excavar túneles directamente enfocados a la base del muro. Una de las galerías avanzó hacia el paño adyacente a la Torre Maldita, que ya había sido previamente dañado, y la otra se encaminó hacia otra sección diferente (cuya ubicación no se explícita), próxima a una de las puertas de la urbe. En esa fecha, el segundo equipo logró alcanzar al fin su objetivo: apuntalar con maderos el corredor subterráneo, prenderles fuego, y provocar con ello el desplome de los sillares, que a punto estuvieron de aplastar a unos cuantos operarios. Las piedras no se vinieron abajo una por una ni de forma aislada, sino que en su desmoronamiento generaron un vasto montículo de escombros que seguía impidiendo la irrupción en la

ciudad. Acaudillados por Conrado de Monferrato, los franceses echaron mano de las escalas de asalto y comenzaron a trepar por el túmulo. En el empeño perecieron cerca de 150 cruzados, entre los cuales se contaban varios miembros de la élite gala, así como el mariscal del rey Felipe, Aubery Clement, que poco antes había soltado la bravata de que ese día iba a penetrar en la ciudad. Sin embargo, al romperse la escala por la que se había encaramado a las ruinas y caer rodando mogote abajo sus compañeros, Aubery se vio totalmente solo en medio del montón de piedras y acabó rápidamente rodeado por los defensores musulmanes, que no tardaron en dar cuenta de él. Poco después, el primer escuadrón de zapadores consiguió llegar hasta la Torre Maldita. Sin embargo, la guarnición había labrado en el subsuelo una mina contraria al pasadizo de los cristianos, de modo que los dos grupos de excavadores terminaron encontrándose bajo tierra. Se alcanzó un acuerdo: los franceses abandonarían el conducto a cambio de que los musulmanes les entregaran a unos cuantos prisioneros occidentales[90]. No está claro que Felipe llegara a enterarse de esta componenda. No obstante, debido al fallecimiento del mariscal, el rey suspendió momentáneamente el asalto, así que el ejército dedicó el resto de la jornada a recogerse en duelo.

Esa misma tarde, los emires de Acre solicitaban parlamentar con Felipe Augusto. Se concedió por tanto un salvoconducto al emir al-Mashtub, y este fue llevado a presencia del rey en el campamento cruzado, donde el enviado de la guarnición propuso la primera rendición formal de Acre desde mayo de 1190. Al precisar el contenido de ese ofrecimiento, todas las crónicas difieren, pero la exigencia mínima de al-Mashtub fue que Felipe

respetara la vida de todos los habitantes de la ciudad. El *Eracles* de Lyon señala que los musulmanes también solicitaron poder conservar sus posesiones, a lo que Ibn al-Athir añade que al-Mashtub pidió asimismo que se concediera al populacho de la urbe el permiso necesario para reagruparse en torno a Saladino (lo que, de ser cierto, no deja de constituir una petición realmente extravagante). Rigordo amplía todavía más el abanico de lo tratado en la conferencia y sostiene que los musulmanes se mostraron dispuestos a entregar a todos los cristianos que habían caído prisioneros en el transcurso del asedio. Tanto Rigordo como Ricardo de Devizes incluyen aún otro compromiso más de los sarracenos: el consistente en devolver el trozo de la Vera Cruz del que se había apoderado Saladino en la batalla de los Cuernos de Hattin, en 1187[91]. No obstante, fueran cuales fuesen los extremos exactos del pacto sugerido, la cuestión es que el asedio de los cruzados acababa de conseguir una nueva oferta de rendición con condiciones, la tercera en algo menos de dos años. Pese a todo, como ya ocurriera en los casos anteriores, los occidentales rechazaron la promesa de capitulación de al-Mashtub.

El estudio del conjunto de las fuentes de que disponemos permite deducir cuatro razones susceptibles de explicar la negativa de Felipe, cada una de ellas vinculada a los distintos términos de la propuesta.

La primera de todas parece hundir sus raíces en la soberbia o la avaricia, ya que el soberano se había mostrado dispuesto a salvar la vida de la gente, pero no sus posesiones, y además exigía que primero se le entregase la ciudad y afirmaba que luego ya se plantearía la posibilidad de acceder o no a una y otra petición[92]. Otro de los puntos que le indujeron al rechazo fue el hecho de que se

le pidiera dejar que la guarnición se reuniera con Saladino, cosa que no tenía la menor intención de hacer, lo que implica que se proponía mantenerlos prisioneros durante algún tiempo[93]. Un tercer elemento a tener en cuenta en el fracaso de la conferencia es que Felipe realizó una contraoferta: además de la ciudad, quería que regresaran todos los cautivos cristianos, el fragmento de la Vera Cruz, y la totalidad de las tierras de la cuenca oriental mediterránea que habían caído en manos musulmanas desde los tiempos de la Segunda Cruzada. Esta última condición implicaba un vuelco completo de los términos aventurados por los musulmanes —al menos si hacemos caso de lo que refieren tanto Rigordo como Ricardo de Devizes—, y desde luego habría resultado absolutamente excéntrica, además de imposible, sin el consentimiento de Saladino. Según Rogelio de Hoveden, Felipe dio a al-Mashtub tres días de plazo para convencer al sultán de que debía aceptar la propuesta de los occidentales, pero, como es obvio, el ayubí se negó de plano[94]. No había posibilidad alguna de que Saladino aceptara negociar sus conquistas —entre las que se contaba la mismísima ciudad de Jerusalén— para salvar una plaza costera, por importante que fuese. El cuarto motivo que provocó que Felipe rechazara los términos sugeridos por al-Mashtub es totalmente diferente, y guarda relación con Ricardo Corazón de León. Ricardo de Devizes sostiene que el monarca inglés no deseaba alcanzar ningún acuerdo, dado que lo que pretendía era conquistar la plaza sin más, circunstancia que también es calcada a la que impidió aceptar las cláusulas puestas sobre la mesa en 1189 y 1190. Es más, el *Eracles* señala que el rey Ricardo ni siquiera fue informado de los debates que estaban manteniendo Felipe y al-Mashtub. En vista del

desaire, movido quizá por la cólera, o por la pura y simple terquedad, el monarca inglés ordenó que los operarios de sus catapultas continuaran machacando la ciudad a lo largo de toda la entrevista, mientras al-Mashtub permanecía en zona cristiana, amparado por el salvoconducto[95]. Esto presenta el aspecto de una monstruosidad, y tal vez esté desprovisto de fundamento, pero, de no ser cierto, surge inmediatamente la pregunta: qué podría haber animado al autor del *Eracles* a incluir en su relato un episodio tan infamante, máxime teniendo en cuenta las consecuencias (como veremos).

Al-Mashtub regresó a Acre con las manos vacías, pese a todos sus esfuerzos. Era perfectamente posible que sus correligionarios se indignaran con él, tanto por haber fallado en el intento como por los ultrajes de Ricardo. Se dice que, en un arrebato de furia, había respondido a Felipe con hueras amenazas: «No rendiremos la ciudad en tanto no hayamos exhalado nuestro último aliento. Y ninguno de nosotros morirá sin haberse llevado por delante a cincuenta de vuestros grandes hombres[96]».

Desde luego, los musulmanes que le aguardaban en el interior de la ciudad no recibieron precisamente con parabienes el regreso de al-Mashtub. Sabían de sobra que el bloqueo no tardaría en abocarles a una muerte segura por inanición, si es que las cerradas descargas de artillería y los túneles de los cruzados no lograban abrir primero una brecha permanente en las murallas. Al comprender este extremo, algunos de los defensores optaron por darse a la fuga. Al día siguiente, 4 de julio, una pequeña embarcación salió discretamente del puerto de Acre y consiguió alcanzar la parte de la costa dominada por los musulmanes, cerca ya del punto en el que se hallaba acantonado el ejército de Saladino. A bordo de la

falúa viajaban el emir Izz al-Din Arsul al-Asadi, acompañado por Husam al-Din Timurtash (hijo del emir Izz al-Din Jawuli) y Sunqur al-Wishaqi[97].

El resultado del parlamento provocó asimismo divisiones y luchas intestinas en ambos ejércitos. La supuesta intromisión de Ricardo abrió una profunda fisura entre los dos monarcas cristianos, y muy pronto el encono quedó fuera de control. El *Eracles* mantiene que Felipe no solo permitió que al-Mashtub retornara sano y salvo a Acre, sino que le animó incluso, y con él a sus acompañantes, a abrirse camino a espada para volver a su presencia en caso de que los hombres de Ricardo trataran de impedirle el paso. Esto dio pie a un choque entre los hombres del emir y un puñado de soldados ingleses, muchos de los cuales acabaron muriendo en la acción. En un acceso de rabia, Felipe acabó ordenando que se atacara al mismísimo Ricardo, llegando incluso a colocarse la armadura, aunque antes de que hubiera podido terminar de enfundársela sus asesores le convencieron de que se trataba de un empeño descabellado[98].

Con todo, en el campamento de Saladino las cosas no iban mucho mejor. Los emires que habían huido de Acre corrieron a esconderse de inmediato, ya que sospechaban que el sultán no iba a aprobar su deserción. Como es obvio, se trataba de una deducción clarividente, y de hecho uno de ellos fue descubierto al poco tiempo y enviado directamente a prisión. Sin embargo, para el ayubí todavía fue peor percatarse de que algunos de sus hombres estaban empezando a desobedecer sus órdenes. En la mañana del 4 de julio, el sultán anunció que se iba a efectuar una incursión y que su objetivo volvería a centrarse, por enésima vez, en la colmatación de las trincheras cruzadas. Sin embargo, los soldados se negaron a se-

cundar sus mandatos diciendo: «Lo único que vamos a lograr es poner en peligro el islam. Nada hay que ganar con una acción semejante[99]». Ibn Shaddad pasa de puntillas sobre esta impertinencia, pero el desplante revela que la frustración que reinaba entre la soldadesca musulmana era perfectamente real, ya que en la mayoría de los casos el tiempo que llevaban sufriendo el asedio igualaba prácticamente el de sus colegas cristianos, aunque con el agravante de no haber obtenido ningún resultado digno de tal nombre. Da la impresión de que los dos ejércitos tenían la clara sensación de que el asedio se estaba aproximando a su fin, lo que explica que se instalara una actitud de cierta remisión, como si ya no hubiera nadie verdaderamente dispuesto a encajar nuevos padecimientos inútiles.

Por consiguiente, Saladino no volvió a ponerse al frente de sus hombres ni a liderarles en una nueva acometida, sino que prefirió celebrar un segundo parlamento, ese mismo día 4 de julio, pedido ahora por los cruzados. Sabedores de que se hallaban en una posición de fuerza, los cristianos intentaban arrancar al sultán unas condiciones más favorables que las que acababa de ofrecerles al-Mashtub. Es muy posible que Saladino recibiera de buen grado la oportunidad que se le ofrecía. Rogelio de Hoveden sostiene que, desde la llegada de Ricardo Corazón de León a Acre, el ayubí había estado enviando, a modo de presentes, peras y ciruelas en sazón a los cabecillas de la cruzada, intentando con ello ablandar su reticencia y convencerles de que aceptaran sentarse a la mesa de negociaciones[100]. En esta ocasión, se aceptó llevar a presencia del sultán a unos cuantos cruzados. Tras agasajarles con algunas frutas y proporcionarles hielo para refrescarse, Saladino fue informado de que, al día

siguiente, 5 de julio, estaba prevista la llegada de un grupo de caballeros hospitalarios decididos a negociar. No hay pruebas que nos indiquen que esta reunión llegara efectivamente a materializarse, pero en cualquier caso Ibn al-Athir señala el contenido de la oferta que Saladino estaba dispuesto a tomar en consideración: además de la rendición de Acre, debería haber un intercambio de prisioneros numéricamente igual al del contingente de la guarnición presente en la plaza, y se devolvería asimismo la Vera Cruz arrebatada en Hattin. Sin embargo, tal y como había sucedido con el planteamiento de al-Mashtub, la oferta fue rechazada[101]. El aplomo de los occidentales resulta palpable: hallándose en una posición dominante y contando con buenas defensas para protegerse de los envites del ayubí, no sentían la menor necesidad de llegar a un acuerdo. Y como acabaría comprobándose, Acre iba a caer en sus manos tan solo siete días después.

Saladino no podía ignorar las señales de advertencia, así que trató de hallar otra forma de salvar a las tropas de la guarnición de la maltrecha fortaleza. El día 5 de julio, mediante un esforzado nadador, Saladino hizo llegar subrepticiamente a los defensores de Acre la orden de abandonar la ciudad. El plan de los musulmanes consistía en realizar una salida en tromba por la Puerta de San Miguel, en el extremo occidental de la muralla, caer a toda velocidad y con la máxima violencia sobre los cristianos más próximos, y continuar el avance a través del barrio de Montmusard. Una vez allí, los soldados de Saladino se lanzarían al asalto por el lado contrario, con la vista puesta en abrir una brecha en el flanco costero del campamento cruzado. Por desgracia, a partir de ese momento los habitantes de Acre tendrían que valerse por sí

mismos. Lo que intentaba Saladino con esa estrategia era colocarse en una situación que le permitiera entregar la ciudad a cambio de sus soldados. A diferencia de lo sucedido con las órdenes del día anterior, el proyecto se llevó efectivamente a cabo, seguramente debido a que la guarnición se hallaba en un grave aprieto, pero las tropas del ejército de Saladino no.

Una empresa de ese calado exigía coordinación, e, idealmente, una acometida simultánea, ya que Montmusard debía verse hostigado tanto por su fachada norte como por su vertiente sur. Sin embargo, la embestida no se verificó al unísono, sino de manera secuencial. Las huestes de Saladino fueron las primeras en dar el paso, de modo que Sarim Qaymaz al-Najmi y el emir al-Janah, hermano de al-Mashtub, abandonaron sus monturas y se abalanzaron sobre las zanjas del campamento occidental en compañía de sus hombres. Otros musulmanes, como Izz al-Din Jurdik al-Nuri no tardaron en unirse a la acción. Entonces fue cuando la guarnición hizo su salida y partió rápidamente en dirección al punto de encuentro, aunque no consiguió llegar hasta él. Parece que los cristianos estaban perfectamente informados de los pormenores del plan: dos fuentes revelan que un mameluco cuyo nombre no ha llegado hasta nosotros se escabulló sigilosamente de la ciudad y traicionó a los suyos, dando cuenta del proyecto ayubí. Tras el chivatazo, los cruzados colocaron una sólida guardia a ambos lados del campamento y desbarataron la iniciativa sarracena. En el perímetro septentrional, los occidentales mantuvieron a raya a los hombres del sultán, y poco después rechazaron a los soldados de la guarnición, arremetiendo contra ellos nada más salir por la Puerta de San Miguel.

Al final, las desesperadas tropas de Acre se replegaron de nuevo en la plaza y la lucha terminó[102].

El fracaso de este plan resulta más que elocuente. En primer lugar, demuestra claramente que las fortificaciones llevadas a cabo en 1191 en el campamento cruzado habían sido tan rigurosas que este se había vuelto poco menos que inexpugnable. Muchas veces había tratado Saladino de perforar las protecciones y de penetrar en el recinto, siempre sin éxito. Y en esta ocasión vemos que tampoco lograba llevar a buen puerto una acción conjunta, concertada y previamente planificada contra una simple sección del fuerte. Cabría argumentar que un proyecto de esa índole podría haber salido adelante en 1189, o quizás incluso a principios de 1190, es decir, cuando las defensas erigidas por los sitiadores eran todavía nuevas y su eficacia carecía aún de los perfeccionamientos exigidos por la comprobación práctica de un combate real. Y, en segundo lugar, el intento de fuga constituye asimismo una prueba de que Saladino había abandonado toda esperanza de conservar la ciudad de Acre. Si la guarnición se las hubiera ingeniado para huir, la ciudad habría quedado totalmente indefensa. Su capitulación habría sido casi inmediata. En tercer lugar, el descalabro revela en qué consideración tenía el sultán a los moradores de la ciudad. La supervivencia y el regreso de los soldados de la guarnición era de la máxima importancia, hasta el punto de que el ayubí estaba dispuesto a abandonar a su suerte a los residentes y a entregar el puerto al enemigo con el fin de ponerlos a salvo.

Saladino desistió por completo de la eventual toma del campamento occidental. El día 6 de julio, junto al portalón de la empalizada, hubo una breve negociación entre un grupo de cuarenta cristianos y al-Adl al-Zabadani,

gobernador de Sidón, pero no se alcanzó ningún acuerdo definitivo. Hasta nos es dado saber, tras este encuentro tuvo lugar el último ataque contra el campamento cruzado: un asalto general llevado a efecto el 7 de julio (y por las trazas parece no ser más que la desesperada acción de un líder sin ideas[103]). No se consiguió absolutamente nada. Lo último que alcanzamos a ver en las fuentes es a un Saladino resuelto a tomar las riendas de las operaciones militares. De hecho, esta imagen final se sitúa al día siguiente, 8 de julio, fecha en la que el ayubí no solo ordenará entregar a las llamas la ciudad de Haifa y sus viñedos, sino también arrancar de raíz todos los árboles frutales de la llanura de Acre[104]. Tal y como estaban las cosas, la verdad es que su decisión parece brotar más del despecho y la frustración que de cualquier intento viable de llevar a efecto una estrategia de tierra quemada.

Según sostiene Rogelio de Hoveden, la Virgen María se apareció ese mismo día a los cruzados, prometiéndoles que Dios estaba a punto de liberar la ciudad. Poco después, un terremoto sacudía los cimientos de Acre[105]. Se trataba de una señal de muy mal agüero para la plaza: los reyes occidentales estaban totalmente decididos a utilizar la fuerza para conseguir los términos que deseaban, ya que a lo largo de todas estas jornadas el ejército cristiano no había dejado de atacar un solo instante el objetivo. Las catapultas habían seguido martillando los muros, y ya se había empezado a excavar una nueva mina en dirección a la Torre Maldita, en la que en esta ocasión trabajaban operarios ingleses y normandos. El montículo de tierra que los zapadores iban extrayendo en su avance fue adquiriendo poco a poco el perfil de una elevada cresta de escombros, y desde arriba debía de parecer una serpiente resuelta a acercarse reptando a los pies

mismos de la urbe. El 11 de julio, el túnel alcanzó al fin la base del torreón. Los cruzados prendieron fuego a sus puntales de madera y esta vez lograron que la atalaya entera se viniera abajo y quedara reducida a un montón de cascotes[106]. El rey Ricardo ordenó a sus hombres que se lanzaran al asalto y apartaran la pila de piedra y polvo a fin de abrir una amplia vía de acceso a la ciudad, ofreciendo dos besantes de oro por cada bloque que se quitara de en medio. Después subió la apuesta y prometió entregar tres, y hasta cuatro besantes por la misma proeza. Desgraciadamente, parece que el desmoronamiento de la torre había cogido un tanto por sorpresa a los cristianos, ya que no había cerca de ese punto efectivos suficientes para llevar a cabo la tarea. Además, el hecho de que la construcción se hubiera desplomado a eso de las nueve de la mañana tampoco contribuyó a facilitar las cosas, ya que a esas horas eran muchos los cruzados que se hallaban todavía en sus tiendas, tomando el desayuno[107]. En ese momento estalló un fuerte intercambio de disparos de ballesta. Ricardo seguía muy enfermo, pero una célebre hablilla sostiene que ordenó a sus tropas que arrimaran a las murallas la *cercelia* en la que se hallaba a fin de poder lanzar dardos a los defensores. Logró acertarle en el pecho a uno de los musulmanes, que cayó fulminado, pero sus enemigos eran igualmente hábiles: «La armadura, por buena, fuerte o segura que se revele, resulta inútil en este caso: ni jubones ojeteados ni dobles cotas de malla surten aquí mejor efecto que la simple tela de lona, debido al grueso calibre de los virotes que lanzan las ballestas de nervadura central[108]».

Un grupo de pisanos se las arregló para escalar parte de la muralla próxima al torreón derruido, pero los de-

fensores de la plaza consiguieron hacerles retroceder. Unos cuantos escuderos armados con espadas intentaron encaramarse a lo alto del montón de escombros, pero los musulmanes, que les combatieron a pie firme, decidieron rociar con fuego griego el túmulo, con lo que el puñado de jóvenes terminó resbalando y dando con sus huesos en la base de la atalaya destrozada. En total, unos cuarenta cruzados se dejaron la vida en el asalto, aunque la única identidad que ha trascendido es la de un pisano llamado Leonardo[109]. Estas iban a ser las últimas bajas cristianas del asedio, ya que la guarnición estaba a punto de rendirse: aunque nadie lo supiera todavía, el sitio había llegado a su fin.

Capítulo 6

Consecuencias y repercusiones

«Jamás hubo soldados más insignes ni mejores defensores, ya profesaran este o aquel credo[1]».

Con el despuntar del 12 de julio, el cerco impuesto a la ciudad de Acre alcanzaba su jornada número 653. Uno de los asedios más largos de toda la Edad Media se acercaba así, por fin, a su conclusión[2]. Tras el hundimiento de la Torre Maldita, la guarnición de Acre decidió entregar la plaza a los líderes de la cruzada. Andrew S. Ehrenkreutz señala que la obvia razón de esa resolución fue que la guarnición no creía ya que Saladino pudiera acudir en su rescate[3]. Sin embargo, los problemas iban a surgir nada más iniciarse esta última ronda de negociaciones, la quinta desde el año 1189. La dificultad de encontrar unos términos aceptables para la rendición, unido al hecho de que el sultán no acudiera en persona a las reuniones, no solo iba a dar lugar al incumplimiento parcial de las condiciones establecidas por parte de los musulmanes, sino también a uno de los episodios de violencia entre cristianos y musulmanes más infames de todo el período de las cruzadas; un episodio cuyo eco no ha dejado de escucharse desde entonces, tanto en la esfera religiosa como en la política.

La guarnición comenzó a parlamentar el 12 de julio, tras solicitar que se concediera un salvoconducto a sus cabecillas y se les permitiera entrar en el campamento cruzado. Una vez que los cruzados hubieron accedido a la petición, se celebró una reunión, bien en la tienda de Felipe Augusto, bien en la de Roberto de Sablé, el nuevo

maestre de los templarios. En un lado se encontraban Felipe, Ricardo Corazón de León y la mayor parte de los adalides cristianos más descollantes, entre los cuales debemos suponer que figuraban hombres como Conrado de Monferrato, Godofredo de Lusiñán, Enrique de Champaña, el duque Leopoldo de Austria y los jefes respectivos de los caballeros templarios y hospitalarios. Enfrente tenían a los emires al-Mashtub y Qaraqush. De este modo, una vez iniciada la sesión, y valiéndose de un traductor, los enviados ayubíes expusieron los términos de su rendición[4].

A excepción de la entrega de la propia Acre y de la devolución del trozo de la Vera Cruz arrebatado en Hattin, lo cierto es que las fuentes dan versiones totalmente diferentes de las demás cláusulas. La primera de esas cuestiones divergentes gira en torno al botín presente en el interior de la ciudad. Uno de los cronistas árabes sostiene que, en el pacto, los vencedores no solo permitían que los miembros de la guarnición musulmana conservaran la vida y la de sus familias, sino que accedían también a que se llevaran sus propiedades. Los autores occidentales afirman en cambio que se había dejado estipulado que los bienes y los objetos de valor tenían que darse por perdidos. Rigordo altera ligeramente esta versión al sugerir que los cristianos debían quedarse solo con una porción razonable de los suministros y pertrechos de la plaza. El segundo gran asunto en el que hay discrepancia es el del establecimiento de un arreglo con vistas al intercambio de prisioneros. Según lo acordado, Saladino debía dejar en libertad a un determinado número de miembros de la élite cristiana, así como a un grupo tasado de soldados de tropa. La cantidad de nobles e hidalgos oscila entre cincuenta individuos y dos mil, según quién re-

fiera el extremo. Ricardo de Templo asegura que la primera oferta situó en doscientos cincuenta el volumen de caballeros liberados, pero que luego se ascendió a dos mil, al negarse de plano los líderes de la cruzada a asumir ese total. Además, debía permitirse que fueran los reyes quienes eligiesen la identidad de los llamados a abandonar el cautiverio. Y en cuanto a las gentes del común, las cifras fluctúan entre quinientas y mil quinientas almas. El *Eracles* de Lyon es el único que mantiene que la liberación tenía que incluir a todos los presos cristianos, sin distinción de rango o condición[5]. Sea como fuere, también hay que resaltar que este mismo *Eracles* ni siquiera menciona el tercer requisito, el del dinero, pese a que, en este aspecto, los musulmanes hubieran aceptado entregar doscientos mil besantes a los occidentales; suma que luego Ricardo y Felipe tendrían derecho a repartirse como les viniera en gana (y de hecho, este es un extremo en el que coinciden tanto las fuentes sarracenas como las cristianas). Curiosamente, los documentos árabes hablan de un segundo pago individual en efectivo, por un importe de catorce mil besantes, destinados en esta ocasión a Conrado de Monferrato. Ibn Shaddad afirma que esa cantidad era una compensación por el papel de intermediario que había desempeñado Conrado en las negociaciones[6]. Sin embargo, los autores cristianos no aluden en ningún caso a ese presunto rol. Dado que todos ellos odiaban colegiadamente al marqués, cabe especular con la eventualidad de que se mostraran vacilantes ante la idea de concederle el mérito de un solo gesto positivo. Por otra parte, también es posible que una componenda tan dudosa alimentara sus sospechas conspiratorias.

Todas las negociaciones tuvieron lugar, de principio a fin, el 12 de julio, dado que Ambrosio indica que las reuniones se produjeron al día siguiente de la festividad de San Benito de Nursia (es decir, el 11 de julio, aunque esta fecha corresponde en realidad a la conmemoración de la *translatio* de sus reliquias[7]). Ambos contendientes juraron mantener los extremos del acuerdo, y al-Mashtub y Qaraqush prometieron que la integridad física de los rehenes de buena cuna que se hallaban presentes en el interior de Acre habría de actuar como garantía. Explicaron que tenían que comunicar las cláusulas estipuladas a Saladino y asumieron que a partir de ese momento el sultán dispondría de un período de tiempo determinado para satisfacer las condiciones del pacto. Ibn Shaddad indica que el plazo establecido fue de tres meses; Ibn al-Athir habla en cambio de dos; Rogelio de Hoveden lo limita a cuarenta días, y Ricardo de Templo lo reduce solo a un mes[8]. Llegadas las cosas a ese punto, los emires regresaron a la ciudad para transmitir las novedades a las gentes del lugar y organizarlo todo para la partida. A su vez, los reyes occidentales ordenaron detener inmediatamente las cargas de artillería, dado que, al parecer, estas habían proseguido ininterrumpidamente durante las negociaciones[9].

La caída de Acre

Tan pronto como se resolvieron estos pormenores, las puertas de la ciudad se abrieron y los cruzados pudieron efectuar al fin su entrada triunfal en la plaza. Se entregaron al baile, entonaron cánticos de júbilo y dieron gracias a Dios por sus bendiciones. En los muros y los torreones se enarbolaron los estandartes de los reyes y las

cruces volvieron a rematar los tejados de los templos. Conrado hizo ondear sus propios pendones en lo alto de la mezquita de la villa[10]. Los textos cristianos se muestran llamativamente discretos y breves al describir la capitulación final de Acre, lo que no deja de resultar sorprendente si tenemos en cuenta la larguísima duración del asedio y el enorme coste humano y material del mismo. A fin de cuentas, y a pesar de que el asedio se hubiera prolongado por espacio de cerca de dos años, el sometimiento de Acre no era más que un primer paso en la historia de la Tercera Cruzada. Todavía había que reconquistar Jerusalén, y todos los autores (que contaban no obstante con la perspectiva que proporciona el tiempo) sabían que esa recuperación iba a tardar mucho en producirse, tanto, que no alcanzarían a verla. Además, y por mucho que Acre constituyese un trofeo de gran valor, los occidentales no tenían más remedio que reconocer que el líder musulmán, Saladino, no había podido ser derrotado, puesto que sus ejércitos permanecían acampados a las afueras de la ciudad, tan nutridos de efectivos como siempre y con idéntica capacidad de acción. Su presencia seguía recordándoles de la manera más vívida que la obra de Dios apenas había echado a andar.

La efectiva rendición de la fortaleza supuso el inicio casi inmediato de las quejas y las luchas intestinas entre los vencedores. Eran muchos los soldados regulares cristianos irritados por la forma en que se había conquistado la ciudad, quizá por pensar que debería haber sido tomada en un glorioso asalto final. Esta idea derivaba de la convicción general que se había instalado entre los occidentales antes de la ofensiva del día de Santiago, en julio de 1190, una fase del asedio en la que todo el mundo había coincidido en señalar que las élites se esforzaban

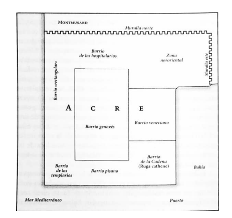
en evitar un combate verdaderamente enconado a fin de garantizar su propia seguridad. Ricardo de Templo califica de ridículas esas lamentaciones: ¡a fin de cuentas la plaza había terminado en manos cristianas! En cualquier caso, el elemento que mejor contribuye a explicar este desencanto es el que atiende a las consideraciones económicas[11]. Si los cruzados se hubieran apoderado de la urbe por medio de una tumultuosa acción de guerra, o si hubieran podido saquearla, lo más probable es que les hubiese resultado sumamente fácil aprovechar la ocasión para hacerse con objetos de valor. Sin embargo, lo que había ocurrido era que los reyes se habían repartido los despojos por adelantado, dejando al resto de los que habían combatido al margen de los beneficios. Pese a todo, Rigordo tratará de hacer una interpretación positiva de lo sucedido, llegando a afirmar que la soldadesca había obtenido mejor tajada que las élites. Y Ricardo de Devizes sostendrá que, en efecto, la mitad del botín fue a parar a las arcas de los soberanos, pero subraya que el otro cincuenta por ciento se distribuyó entre los integrantes del ejército[12]. Sin embargo, ninguna de las crónicas de quienes se encontraban *in situ* confirma este extremo, antes al contrario, ya que lo que resaltan es que Felipe y Ricardo se quedaron con todo y que después hicieron las partijas que juzgaron más convenientes para sus intereses. Uno y otro rey confiaron su particular porción a sus respectivos subordinados, encargándoles que se ocuparan de custodiar los dineros[13].

Las decisiones relacionadas con los beneficiarios de las propiedades de Acre hicieron estallar instantáneamente la polémica. Al penetrar en la ciudad, muchos de los caballeros encontraron de inmediato unas dependencias en las que instalarse, y se trasladaron a vivir a ellas, pese a

que, técnicamente, no fueran de su propiedad. El Acre medieval quedó dividido en una serie de «barrios», y la gobernación de los diferentes grupos jurisdiccionales así creados pasó a manos de distintas comunas, u órdenes, independientes. Se han realizado numerosas investigaciones, tanto para tratar de determinar la localización exacta de esos barrios como para conocer su trazado y las fincas que contenían (se hubieran mantenido en pie o no). El diagrama elemental de la página siguiente ilustra una de las disposiciones que se han sugerido al respecto (Mapa 4). Los sectores que se nombran habían ido encontrando dueño a lo largo de los siglos XII y XIII. La reivindicación de propiedad más antigua había sido la de Génova (se efectuó en 1104), ya que la ciudad había contribuido a la captura inicial de la plaza por parte de los cristianos, ocurrida en esa fecha. Después surgirían las reclamaciones de derechos de Venecia (vencido el año 1110) y Pisa (en 1168). La porción asignada a Marsella y la Provenza no figura en los mapas medievales, pero se constituyó en 1249 y se encontraba en algún punto situado al suroeste del barrio veneciano[14]. El sector hospitalario se creó en 1191, ya que la orden necesitaba contar con un nuevo cuartel general en el que poder realizar labores administrativas, al haber perdido en 1187 el que tenía en Jerusalén. Tras concluir el asedio en 1191, los templarios también recuperaron la zona de Acre que se extendía al suroeste de la ciudad[15]. No obstante, la información de que disponemos en relación con estos barrios difiere notablemente de uno a otro. Existe por ejemplo un inventario completo de las casas del barrio genovés, mientras que en el caso de la zona de los venecianos todo cuanto podemos consultar es una lista

de las propiedades comunales[16]. Y todavía sabemos menos de la sección de los pisanos[17].

Había asimismo otros tres sectores de la ciudad que no pertenecían a ningún grupo en particular, ya que quedaron convertidos en áreas residenciales o burocráticas. Tanto en la zona nororiental como el barrio «rectangular» había fundamentalmente viviendas. El primero de esos dos espacios contenía unas cuantas iglesias, y en la parte meridional de este mismo recinto, junto al mar, se instaló también el arsenal de los cruzados. Según parece, el segundo distrito era también de carácter residencial, aunque en este caso, y a pesar de estar bien defendidos, los alojamientos eran algo más humildes, y con el tiempo se fundaría en su solar un monasterio dominico[18]. El barrio de la Cadena (*Ruga cathene*) se extendía a ambos lados del puerto y albergaba unas instalaciones que hacían las veces de aduana. Este sector quedó bajo la jurisdicción del rey de Jerusalén.



4. Plano de Acre

Ahora que Acre volvía a estar en manos cristianas, los burgueses de la plaza elevaron una petición a los monarcas, con el argumento de que los inmuebles habían sido de su propiedad hasta el momento en el que Saladino se había hecho con el control de la ciudad, más de cuatro años antes, el 9 de julio de 1187, de donde se derivaba que debían de serles devueltas. Ricardo y Felipe coincidieron en dictaminar que no era lícito expropiarles y ordenaron que se les devolvieran los bienes, aunque con el

matiz añadido de que los caballeros podrían permanecer alojados en los inmuebles en tanto el ejército no abandonara la urbe. Los reyes eligieron para sí los mejores edificios: Felipe optó por el castillo del barrio de los hospitalarios y Ricardo hizo otro tanto con el de los templarios[19].

Muchos de los edificios de la plaza se hallaban en muy mal estado, ya que exhibían el deterioro causado por las cargas de la artillería. Con todo, las construcciones que habían salido peor paradas eran las iglesias, debido a que los musulmanes las habían profanado y a que su interior presentaba un aspecto lamentable, con los crucifijos, los altares y las estatuas hechas pedazos. Para Teobaldo, el obispo titular de Acre, la reconquista de la ciudad significó la obtención de la cátedra episcopal, pero la restauración de los oratorios de su competencia iba a darle muchísimo trabajo. En cualquier caso, las reparaciones se iniciaron poco después de haberse recuperado Acre. Y si Ricardo se ocupó de reconstruir las secciones dañadas del perímetro amurallado de la ciudad y de vaciar sus fosos, un grupo de prelados pertenecientes a distintas sedes episcopales asumió la tarea de remozar los templos y de volver a consagrarlos[20]. Pese a todo, las constantes polémicas que seguía suscitando el destino de los despojos de Acre no tardaron en generar roces y divisiones.

Los mayores beneficiarios del victorioso bloqueo fueron posiblemente los italianos, ya que consiguieron hacerse con diversas propiedades de la plaza, así como con una significativa serie de asignaciones económicas por el papel que habían desempeñado tanto en el plano de los transportes marítimos como en el de los combates mismos[21]. En la práctica, muchos de esos derechos les ha-

bían sido concedidos en el transcurso del propio asedio, antes incluso de que la fortaleza de Acre cayera en poder de los occidentales. Como se expone con todo lujo de detalles en el documento de confirmación de una concesión acordada por Guido y Sibila en noviembre de 1189, la comuna pisana fue la que recibió la mayor parte de las libertades[*], ya que no el grueso de las tierras. En este sentido, los pisanos consiguieron que se les devolvieran los edificios y la barriada que poseían en 1187, así como un molino y el derecho de mantener iglesias propias. De entre las ventajas adicionales que les fueron otorgadas, cabe destacar que se les eximiera del pago de todo tipo de portazgo, que se les permitiera disponer de una curia[**] para dirimir la mayor parte de sus pleitos particulares, que se les reconociera el derecho a imponer gravámenes fiscales a los pisanos que residieran en Acre (privilegio que iba acompañado de la correspondiente prohibición de que Guido de Lusiñán hiciera otro tanto), que se les autorizara a formar una guarnición pisana y a desplegarla tanto en la ciudad como en sus puertas, y que se les liberara de la obligación de abonar la ingente cantidad de tasas complementarias que se exigían por los pecios, los hornos, los baños, etcétera[22]. En 1191, Ricardo Corazón de León les nombró patronos del Hospital del Espíritu Santo de Acre, y lo que es más importante, confirmó todas las concesiones que Guido había acordado previamente con ellos[23]. Esta larga serie de beneficios no se debía únicamente a factores de carácter jurídico, sino que también guardaba relación tanto con las excepcionales contribuciones que los pisanos habían realizado durante el asedio como con su reciente lealtad a Ricardo. Los genoveses también disfrutaron de ventajas similares, dado que se les restituyeron todas las propiedades

que tenían en el Acre anterior a la conquista de Saladino y que se vieron exentos del pago de derechos aduaneros, y todo ello fue igualmente confirmado más tarde mediante una carta del rey Ricardo[24]. El monarca les ofreció asimismo el incentivo de unos potenciales despojos venideros: si los genoveses le proporcionaban barcos para una eventual invasión futura de Egipto, él les reintegraría la mitad del coste de las galeras y les entregaría la tercera parte del botín que se obtuviera en el transcurso de la campaña[25]. A los italianos de la costa amalfitana se les eximió del pago de todo peaje imputable a los artículos que entraran o salieran de Acre, a lo que se añadió la propiedad de una casa en la ciudad y el derecho a juzgar sus contenciosos en una curia local propia[26]. Todas estas concesiones a los italianos vinieron a sumarse a otras que también se habían otorgado a sus compatriotas radicados en Tiro y sus alrededores, igualmente confirmadas tanto por Guido de Lusiñán como por Conrado de Monferrato[27].

Otros de los que habían contribuido a la victoria saldrían no obstante algo peor parados. Los mercaderes de Marsella se vieron exentos del abono de toda tasa arancelaria y de la imposición de embargos comerciales, pero la venta de cualquier mercancía que les hubiera llegado por vía marítima quedó sujeta al pago de un impuesto del 1 % de su valor. También se les permitió disponer de un tribunal específico y se les reconoció el derecho de zanjar sus propias diferencias, salvo en el caso de los delitos capitales[28]. A los alemanes se les concedieron las propiedades necesarias para fundar el Hospital de Santa María, un privilegio que ya se había contemplado durante el asedio, pero cuya materialización había sido bloqueada por los hospitalarios, que argumentaban que

Roma les había concedido de antiguo el privilegio de regir directamente la totalidad de los hospitales de Acre[29]. Al final, el acceso al puerto solo pudo hacerse a través del barrio de los pisanos, con lo que el resto de las comunidades de Acre dedicadas a los oficios marineros —Venecia, Génova y Marsella— se vieron atrapadas en un constante ciclo de mutua competencia[30].

Este conjunto de concesiones y privilegios acabó por definir el marco contextual en el que habrían de surgir las divisiones llamadas a enfrentar a los cruzados a lo largo del verano. Los occidentales se habían repartido gran parte de la ciudad antes incluso de verificada la rendición de los musulmanes, pero muchos de los nobles presentes en el campamento habían quedado excluidos de las componendas, condenados a asistir como simples espectadores a la distribución del botín. Los perjudicados solicitaron a los reyes que se les permitiera obtener una porción justa de las partijas. Sin embargo, y a pesar de que según parece recibieron algunas promesas, varios miembros de la élite cruzada continuaron disgustados e insatisfechos, hasta el punto de que unos cuantos, «forzados por la pobreza», abandonaron Tierra Santa[31]. El duque Leopoldo de Austria se marchó tras negársele toda participación en los gajes derivados de la conquista, con el doble argumento de que había llegado muy tarde a las operaciones de asedio (en la primavera de 1191) y de que había contribuido muy poco al esfuerzo militar. Se produjo además un extraño incidente, ya que su estandarte fue arrojado al barro y pisoteado, tal vez por orden del mismísimo Ricardo. Otón de Saint Blasien añade el detalle de que el rey inglés también se tomó la libertad de regañar públicamente al duque. Por todo ello, Leopoldo dejó la ciudad y se desentendió por com-

pleto de la cruzada para regresar a Europa en compañía de sus hombres[32].

Con todo, la renuncia más sonada fue la del propio Felipe Augusto. Poco después de entrar en Acre, el soberano francés declaró que tenía intención de regresar a su patria, decisión que no tardaría en suscitar las más rotundas críticas. Hay algunos autores que le excusan diciendo que estaba enfermo, pero si bien es cierto que se había sentido muy indispuesto de manera intermitente, Ambrosio se niega a aceptar este razonamiento. Todo lo contrario, dado que declara que «no hay testimonio alguno que sostenga que las dolencias puedan dispensar a nadie de permanecer con el ejército de Dios Todopoderoso». Es más, también argumenta que los fracasados esfuerzos de Felipe deberían haberle animado a quedarse en Acre para rematar la faena[33]. Ricardo de Templo mantiene que el rey francés se encontraba de hecho en perfecta forma física en el momento de tomar la decisión de partir, un extremo que confirma Rigordo (que era médico), al señalar que el monarca quedó curado el 10 de agosto, cuando todavía se encontraba en ultramar. Como ya hemos comentado, ese mismo día Luis, hijo de Felipe, había sanado milagrosamente en Francia de la disentería que padecía[34]. Ansberto asegura que lo que sucedía era simplemente que Felipe no soportaba ni un minuto más la arrogancia de Ricardo Corazón de León. Sin embargo, en la misma frase en la que realiza esa afirmación menciona también la muerte del conde Felipe de Alsacia. Esto tiene su interés, dado que Guillermo de Newburgh, en un pasaje despreciativo en el que sostiene que Felipe no tenía sencillamente punto de comparación con Ricardo, cuyo porte y magnífica presencia le hacían brillar con luz propia, destaca que el soberano galo ambi-

cionaba las tierras de Felipe de Alsacia[35]. Este planteamiento acabaría siendo el punto de vista predominante, y no solo a lo largo de toda la Edad Media, sino también entre los académicos modernos. Esto significa el afianzamiento de la noción de que Felipe regresó a Occidente con el doble objetivo de reclamar un conjunto de territorios en Flandes y de conspirar con el príncipe Juan contra el ausente Ricardo. Se trata de hecho de una idea que sitúa en posición todas las piezas del escenario de fondo en el que se desarrollan algunos de los relatos vinculados con las andanzas de «Robin de los bosques[36]». Rigordo cubre todas estas posibilidades, con la única salvedad de la tentación de Flandes, y añade además la siniestra acusación de que Ricardo conspiraba en secreto con Saladino[37].

El rey de Inglaterra, por su parte, trató de convencer a Felipe de que se quedara en la cuenca oriental mediterránea. Rogelio de Hoveden afirma que Ricardo intentó que Felipe Augusto jurara que habría que permanecer en Oriente por espacio de tres años, pero el monarca francés rechazó sus tentativas. Raúl de Diss mantiene que Ricardo se propuso entonces sobornarle, ofreciéndose a entregarle la mitad del oro y los bienes que había conseguido[38]. Al fracasar este nuevo sondeo, Ricardo obligó a su homólogo a empeñar solemnemente su palabra asegurando, sobre las reliquias de los santos, que no iba a entrometerse en los dominios de Inglaterra a su regreso. Se trate o no de una manifestación deliberada por parte de Ambrosio, este episodio presenta un inmediato paralelismo con lo que aparece descrito en el tapiz de Bayeux, en el que se presenta la imagen del muy similar juramento con el que Haroldo Godwinson se había comprometido en 1064 ante Guillermo el Bastardo: pese a

que el contexto fuera diferente, las posteriores intrigas de Felipe acabarían adquiriendo de este modo un valor simbólico equiparable al de la más alta traición[39]. Tras este ceremonial, Felipe dejó a cinco miembros de su élite aristocrática en Acre, a modo de garantía, y recibió de Ricardo dos galeras para el viaje de vuelta. No obstante, la mayor parte de los soldados franceses permanecieron en la plaza recién conquistada. Fueron las arcas de Felipe las que aseguraron su manutención y su salario, pero Ricardo contrató los servicios de los arqueros franceses a fin de concretar sus propios objetivos[40]. Los nobles de Felipe —o al menos los que habían logrado sobrevivir, claro está— también le suplicaron que se quedara, pero sin éxito: el monarca galo hizo obsequio de la parte que le había correspondido en el botín de Acre a Conrado de Monferrato, y acto seguido embarcó junto a él en dirección a Tiro, acompañado por un puñado de soldados y de unos cuantos prisioneros musulmanes. Tras cruzar el Mediterráneo, atracó primero en la región de Apulia y más tarde en Roma, llegando finalmente a su palacio parisino en Navidad[41].

Pero todavía quedaba pendiente la cuestión de los residentes musulmanes. Ricardo de Templo nos ha dejado una descripción del aspecto que presentaban al salir de Acre y perderse en largas filas por las llanuras adyacentes, encaminándose lentamente hacia el acantonamiento del ejército de Saladino, o a emplazamientos situados aún más lejos. El autor les cubre de elogios, señala que habían sido unos dignos adversarios y resalta que su determinación seguía resultando temible. Pese a todo, se confiesa conmocionado por su apariencia física: son, dice, la viva estampa de la fortaleza, el buen aseo y la compostura en el vestir, y no solo da la impresión de que

soportan impertérritos el giro de los acontecimientos, sino que mantienen firmemente su actitud de contención. Muchos de ellos habían optado por tragarse las joyas y las monedas. No hay ninguna indicación que nos induzca a pensar que se expulsó a la totalidad de los habitantes de la plaza, pero en caso de que algunos musulmanes hubieran decidido efectivamente continuar viviendo en la ciudad, podemos estar prácticamente seguros de que debieron de alojarse en el barrio «rectangular», ya que era el más alejado de los templos cristianos. Muchos de los ciudadanos más notables del lugar hubieron de permanecer en Acre en calidad de rehenes, igual que los soldados de la guarnición, sabedores de que solo se les liberaría cuando Saladino hubiera satisfecho todas las cláusulas del acuerdo. Al-Mashtub quedó bajo la custodia de Ricardo, pero fueron Felipe y Conrado quienes se encargaron de Qaraqush, al que llevaron consigo a Tiro, junto con un combatiente llamado Mohamed ibn Barik. Según parece, estos cautivos de Acre se mostraron sumamente resueltos y encajaron la situación con mucha calma.

No puede decirse lo mismo, en cambio, de los sarracenos que integraban el ejército del sultán, lejos del campamento cruzado: todos ellos lamentaban la pérdida de la urbe y deploraban, desesperados, la suerte que habían corrido sus compañeros. Ibn Shaddad afirma que él mismo tuvo que consolar personalmente al ayubí, que sollozaba como «una madre a quien le ha sido arrebatado un hijo, o como una doncella postrada por el mal de amores[42]». Saladino no solo había dejado escapar la ciudad, sino también todos los barcos anclados en su fondeadero. Este último extremo iba a tener efectos muy duraderos, ya que habría que esperar al siglo XIV para asistir al

surgimiento de una nueva flota musulmana verdaderamente capaz de desafiar el dominio de los buques occidentales en el Mediterráneo occidental. Se ofreció a los prisioneros la posibilidad de la conversión: todos cuantos aceptaran el bautismo serían puestos en libertad. Y si bien es cierto que muchos devotos de la fe islámica aceptaron el sacramento, parece que lo hicieron desde un falso convencimiento, ya que renunciaron al cristianismo nada más reunirse con sus camaradas musulmanes en el campamento de Saladino[43]. Ibn Shaddad (que había escrito una obra independiente sobre la yihad) señala que los musulmanes más prudentes y avisados no dejaron en ningún momento de elevar el espíritu ni de mantener presente en sus oraciones la otra vida, dejando que fuera Alá quien se ocupara de los acontecimientos del mundo. Y a pesar de que la ejecución final de los decididos miembros de la guarnición de Acre le llenara de una inmensa cólera, también él terminaría por aceptar el desenlace, sometiéndose a los designios de Alá, pues solo él conoce el verdadero motivo de las cosas[44].

Las vacilaciones de Saladino

No obstante, desde el punto de vista técnico, la cuestión de Acre no había concluido, dado que nadie sabía si el sultán estaba o no dispuesto a aceptar primero, y a cumplir después, las condiciones impuestas a la rendición. En cualquier caso, mientras el ayubí meditaba su decisión, los cabecillas del ejército se afanaron en realizar la larga serie de obras que les exigía el fin del asedio. Saladino ordenó trasladar al sur —una vez más a Shafaram— los pertrechos más pesados de su bagaje personal. Él mismo se presentaría poco después en este nuevo em-

plazamiento, dado que los asuntos del norte habían llegado a su conclusión. Sin embargo, por el momento permaneció a las afueras de Acre[45]. Ricardo ordenó desmontar sus catapultas, embalarlas y dejarlas listas para el transporte, dado que iba a necesitarlas más tarde, cuando el ejército cruzado iniciara su marcha hacia el sur, en dirección a Ascalón[46].

Sin embargo, no parece que se procediera a la eliminación de las fortificaciones temporales que se habían levantado al pie de la ciudad. Pese a que es muy probable que se recogieran muchas de las tiendas, las trincheras y las empalizadas quedaron en su sitio, bajo la custodia de una guardia. La ciudad no tenía forma de acomodar a los numerosos miles de cruzados dispersos por los alrededores, así que el grueso de la tropa permaneció acantonado en el campamento. Esto explica que los musulmanes no renunciaran a sus posiciones de combate. Saladino y sus asesores continuaron en estado de alerta, con la esperanza de que unos cuantos cristianos acabaran revelándose lo suficientemente insensatos como para abandonar la seguridad del recinto de campaña y salir a campo abierto, donde resultaría fácil atacarles. De hecho, parece que el 25 de julio se produjo efectivamente una imprudencia de ese tipo, ya que Ibn Shaddad refiere que un grupo de cruzados salió del campamento por el flanco próximo a Montmusard, aunque no se indica con qué finalidad. La vanguardia del sultán alertó de la circunstancia al ayubí y pasó a la ofensiva, haciendo retroceder a la caballería cristiana y matando a unos cincuenta soldados de infantería antes de que la partida de los occidentales consiguiera culminar la huida y ponerse a salvo tras sus fortificaciones[47].

El propio Saladino se encontraba en una situación difícil. Acre estaba en manos de sus enemigos, de modo que la posibilidad de acceder a la ciudad había quedado truncada de forma permanente, tal y como se le impedía ahora comunicarse con muchos de sus emires y de sus mejores soldados, encerrados tras los muros de la plaza perdida. Es más, esos mismos emires habían sellado un pacto sin su consentimiento. En un pasaje tan extenso como minuciosamente pormenorizado, Ambrosio alardea del supuesto entendimiento entre el sultán y sus emires: el autor explica que Saladino les habría comunicado que esperaba recibir refuerzos en menos de una semana, aunque también habría añadido que, si la guarnición se veía verdaderamente al borde del desastre antes de que llegaran las tropas de refresco, contaba con su autorización para rendirse[48].

Sin embargo, Ibn Shaddad, que permanecía junto al sultán y se hallaba por tanto en mejor posición para conocer la verdad, contradice sin ambages este relato. Shaddad sostiene que el ayubí recibió una carta traída por uno de sus correos a nado en la que se le exponían las cláusulas del acuerdo:

> Cuando el sultán hubo leído con detenimiento las misivas y comprendido el alcance de su contenido manifestó su total desaprobación y se mostró extremadamente disgustado con todo el asunto. Reunió a los líderes y a los grandes hombres de estado que le aconsejaban, les informó de la situación y les consultó sobre el proceder que más convenía adoptar. Sus puntos de vista le dejaron confuso, irresoluto y preocupado. Decidió enviar una carta esa misma noche por medio del nadador y condenar de ese modo el pacto, aunque no por ello disminuyó su consternación[49].

El arreglo planteaba dos problemas a Saladino. En primer lugar, que en ningún momento había dado permiso a la guarnición para que capitulara. Seguía siendo ingenuamente optimista, ya que, al hallarse nuevos refuer-

zos en camino, todavía confiaba en la posibilidad de superar las fortificaciones de los cruzados y procurar auxilio a la ciudad. Es probable que también tuviera serias dudas estratégicas, puesto que en ese momento la mayor parte de la flota egipcia se hallaba atrapada en el puerto de Acre, de modo que el acuerdo no solo implicaba su pérdida, sino también la ruina del meticuloso plan que había elaborado para controlar los puertos de la cuenca oriental mediterránea. Si sumarnos a esta circunstancia la derrota previamente sufrida por su escuadra en Tiro, corriendo el año 1187, y todas las bajas que había tenido que encajar en los combates de Acre, el sultán se encontraba ante un panorama difícil de aceptar[50].

En segundo lugar, tampoco se hallaba en condiciones de satisfacer los rigurosos términos del trato porque sus arcas estaban vacías. Saladino tendía a gastar o a repartir el dinero tan pronto como le llegaba a las manos, lo que le impedía disponer de un fondo de liquidez capaz de proporcionarle efectivo de forma rápida. Es más, el orgullo y la devoción religiosa le hacían incurrir con frecuencia en el hábito de rechazar sus eventuales fuentes de ingresos. Como ya hemos visto, en abril de 1190, estando en las inmediaciones de Acre, el sultán había desdeñado la oferta de veinte mil besantes del califa, por juzgarla insultantemente baja[51]. Sus políticas fiscales también reducían la afluencia de cantidades contantes y sonantes. En 1171 había abolido en Egipto los impuestos y los derechos arancelarios, que eran un elemento residual del período fatimí. Por un lado, le había animado a hacerlo el hecho de que el Corán prohibiera algunos de esos cobros, pero por otra parte también pretendía que esas supresiones hicieran ver a los habitantes y los comerciantes de El Cairo que le movía la buena voluntad.

En total, con la pérdida de esos impuestos anuales había dejado de percibir un millón de dinares, además de dos millones de medidas de grano[52]? Este tipo de decisiones acabaron por incidir en sus balances económicos, tanto a corto como a largo plazo. Dicho llanamente, en el verano de 1191, el ayubí no solo no disponía de los doscientos mil besantes que se le exigían, sino que tampoco le era posible amasar fácilmente una suma semejante, y menos aún en el plazo de dos meses.

El sultán trató de ganar algo de tiempo. El 15 de julio, después de trasladarse al sur, a sus cuarteles de Shafaram, tres emisarios cruzados fueron tras él, llevando consigo al chambelán de Qaraqush. Los enviados reiteraron los términos del tratado, pasaron la noche sin ser molestados en el emplazamiento musulmán, y a la mañana siguiente partieron con la intención de visitar a los prisioneros cristianos, retenidos en Damasco, que según las cláusulas del acuerdo tenían que ser puestos en libertad. Sabiendo que estarían ausentes durante un tiempo, Saladino mandó a Acre una carta en la que solicitaba a los reyes occidentales que le indicaran con precisión el número de días que tenía para cumplir lo firmado. Dado que había recibido las notas de la guarnición, y que también había tenido ocasión de hablar con los embajadores cristianos, es evidente que ya sabía en qué momento se le acababa el plazo, pero con esa iniciativa conseguía retrasar inteligentemente el pago de las sumas demandadas mientras trataba de reunir todos los caudales posibles[53].

El 2 de agosto, Saladino se hallaba ya en condiciones de atender a la mayor parte de las obligaciones del pacto. En algunos de sus extremos ya había cumplido: a fin de cuentas, Acre había sido devuelta y los cruzados se habían incautado de todos los bienes que contenía. Las

cuestiones relativas al intercambio de prisioneros resultan más difíciles de determinar debido a la amplia diferencia que existe entre las cifras que ofrecen las distintas fuentes de que disponemos, como ya hemos señalado más arriba. Saladino tenía en su poder a 1600 cautivos cristianos, todos ellos listos para su puesta en libertad, pero no sabemos si ese número era suficiente para contentar a los vencedores o no. Sin embargo, por lo que hace al dinero, hemos de decir que solo había logrado recaudar la mitad del montante fijado, es decir, unos cien mil besantes. Según parece, Saladino quería enviar el efectivo al mismo tiempo que los prisioneros, aguardando después a que los cristianos correspondieran a su gesto con la liberación de la guarnición de Acre; de hecho, lo que más esperaba era que excarcelaran a los emires y a los ciudadanos más acaudalados de la urbe. No obstante, sus consejeros consideraron que el sultán ponía demasiada fe en la lealtad del enemigo, así que argumentaron que el ayubí debía reprimir sus ímpetus en tanto no se le dieran algunas garantías —a través de un juramento de los caballeros templarios—, ya que solo así podrían asegurarse de que los occidentales tenían la intención de elegir a los liberados entre los musulmanes de rango y calidad, y no entre los más pobres y llanos, que evidentemente serían de muy poco valor. El soberano musulmán aceptó la propuesta y envió a los cristianos un pliego para requerirles el cumplimiento de estas precisiones[54].

Dado que al cabo de un tiempo no había recibido garantía de ninguna clase, Saladino se negó a su vez a enviar la suma y los cautivos que había reunido. Esta aparente negativa a cumplir los extremos convenidos iba a dar lugar al episodio más infame de todo el sitio de

Acre: el perpetrado por Ricardo Corazón de León al ejecutar a todos los integrantes de la guarnición musulmana a cierta distancia de la ciudad. Las fuentes de que disponemos exponen con claridad tanto el tira y afloja diplomático motivado por la voluntad de matizar el detalle de las cláusulas como las ejecuciones del rey, pero, dada la naturaleza del hecho en sí y la polémica que suscitó en su momento —que todavía sigue viva en nuestros días—, es importante examinar con cuidado los elementos concretos del acontecimiento.

Hay un gran número de notas y acusaciones que vienen a oscurecer la narrativa, pero la primera pregunta es la siguiente: ¿cuál de las dos partes fue la primera en violar el tratado? Respecto al asunto de la Vera Cruz, las crónicas sostienen extremos diferentes, pero en último término el relato que establecen resulta coherente. Todos los textos cristianos afirman que Saladino retrasó la entrega de la reliquia diciendo que necesitaba algo más de tiempo para localizarla, aunque al final acabó faltando a su palabra[55]. No obstante, Ibn Shaddad revela que entre los días 25 de julio y 2 de agosto hubo enviados del bando cruzado en el campamento musulmán de Shafaram, que solicitaron ver con sus propios ojos la Vera Cruz, y que se cumplió su deseo. Los emisarios occidentales se postraron en el suelo ante el fragmento sagrado, cubriéndose de polvo y dando un espectáculo que provocó el regocijo de los musulmanes que se hallaban presentes[56]. Hechas las comprobaciones, los comisionados partieron. Unos cuantos regresaron para entrevistarse con el rey Ricardo, y al menos otro rindió cuentas a Felipe. De hecho, Ambrosio refiere que en el campamento circularon rumores sobre la anécdota de la Vera Cruz, pero según lo que él declara se trató de un chisme sin

fundamento[57]? No obstante, sabemos que se equivocaba, por la doble razón de que la Vera Cruz estaba efectivamente en Shafaram y de que un puñado de cruzados consiguieron verla. La verdad es que este malentendido suscita varias interrogantes. Parece poco probable que Ambrosio estuviera mintiendo abiertamente, puesto que la sola presencia de tan valiosa reliquia habría producido en él una notable excitación. Es más lógico pensar, sencillamente, que no disponía de pruebas fiables sobre el particular: la información que manejaba procedía de terceras personas, ya que se trataba de hablillas relacionadas con alguien con quien no había tenido oportunidad de hablar.

De manera similar, también reina la confusión en torno al tema del intercambio de prisioneros. Ambrosio escribe que Saladino «no canjeó ni entregó a los que estaban condenados a muerte[58]». Lo que viene a decirse implícitamente con esta afirmación es que el sultán tenía perfectamente preparado el perdón de los prisioneros cruzados y que podía haberlos liberado en cualquier momento, ya estuvieran inmediatamente presentes en las cercanías de Shafaram o se encontraran en la lejana Damasco. No queda claro, sin embargo, si los enviados cristianos llegaron a ver personalmente a los prisioneros o no. No hay duda alguna de que los cautivos estaban en la zona —Ibn al-Athir comenta en su escrito que fueron devueltos a Damasco en cuanto Ricardo hubo llevado a cabo sus ejecuciones—, pero es obvio que no se les custodiaba en la tienda del propio sultán, que era donde los emisarios habían tenido ocasión de prosternarse ante la Vera Cruz. Ibn Shaddad solo habla de una frenética actividad diplomática, aunque añade que fueron justamente esos contactos los que permitieron acordar que se

liberara a 1600 prisioneros[59]. Sea como fuere, no hay razón para creer que los cristianos dudaran de la existencia efectiva de esos rehenes, ya que lo cierto es que su única queja giraba en torno al retraso de la entrega. Por su parte, Saladino no estaba dispuesto a liberarlos si no se le garantizaba que los musulmanes por los que se canjearan esos presos fueran hombres de elevada posición jerárquica y buena situación económica, como ya hemos visto, pero también es verdad que en las fuentes cristianas no hay una sola alusión a esta reserva. El resumen que hace Ricardo de Templo de los términos del acuerdo indica que el sultán podía elegir qué nobles de su bando habrían de ser puestos en libertad, pero que no se le dio en ningún caso la opción de que todos los encarcelados que se le entregaran hubieran de pertenecer a la élite musulmana. Sin embargo, en esta nueva condición residía el principal escollo para el ayubí: si la Vera Cruz era a su juicio un objeto poco menos que desechable, la posibilidad de elegir a los correligionarios que debían regresar a su presencia constituía un extremo extremadamente importante para él, y por eso insistía en que se le garantizara.

La siguiente dificultad giraba en torno al dinero. Saladino solo había conseguido reunir la mitad de la suma pedida, pero desde luego la cantidad que tenía en mano era sin duda suficiente para un primer pago. No parece que la cuantía esperable fuera motivo de consternación. Los extremos que más preocupaban a los autores cristianos eran la cruz y los prisioneros, y la causa hay que buscarla, muy probablemente, en el hecho de que tanto lo uno como lo otro fueran cuestiones reales, sobre todo teniendo en cuenta que nadie habría de ver una sola de las monedas que entregara el ayubí, a excepción de los

reyes y, posiblemente, un círculo sumamente reducido de potentados. En las crónicas árabes, los cruzados se muestran dispuestos a aceptar el abono de este primer plazo, junto con la liberación de la mitad de los rehenes; el resto sería puesto en libertad en cuanto se cancelara la totalidad de la deuda contraída. También se insiste, una vez más, en que Saladino no estaba dispuesto a realizar el desembolso a menos que se le dejara escoger primero a los prisioneros musulmanes que debían salir de prisión[60].

Por último, también es preciso revisar la cuestión del tiempo transcurrido para poder determinar si había sido mucho o poco en relación con el plazo dado para la liquidación de los compromisos económicos del ayubí. Como también hemos apuntado anteriormente, no está claro cuál fue el período que se le dio al sultán para atender *de facto* a lo pactado. Ambrosio se queja de que la fecha límite se había superado ya en más dos semanas, pero no es cierto. El acuerdo había quedado fijado el 12 de julio, y Ricardo ejecutó a los prisioneros el 20 de agosto, de modo que, en el peor de los casos, el retraso de Saladino no pasaba de ocho días, y eso admitiendo que el plazo dado hubiese sido de un mes. Si en realidad disponía de cuarenta días, como sostiene Hoveden, o de dos meses, según afirma Ibn al-Athir, entonces hay que concluir que el sultán no había incurrido en morosidad alguna. Es más, puede que se hubieran bailado ligeramente las fechas y que Ambrosio no se hubiera percatado de ello: Ibn Shaddad asegura que los enviados cristianos, que hablaban en nombre de sus cabecillas y estaban investidos de su autoridad, habían permitido a Saladino saldar su deuda en tres plazos, pagaderos en tres meses[61]. El *Eracles* mantiene que se concertaron dos citas

para el desembolso y el canje de prisioneros, pero que el sultán no se presentó a ninguno de los dos encuentros. La segunda de esas dos convocatorias tuvo un desenlace particularmente irritante, ya que, según dicen algunas fuentes, un considerable número de soldados y clérigos habían caminado descalzos hasta el lugar de la reunión como muestra de celo religioso, aunque solo para ver frustradas sus esperanzas[62].

No obstante, y a pesar de que el ayubí pudiera contar con la posibilidad de prolongar el plazo dado para el pago, lo cierto es que no se encontraba en modo alguno en posición de renegociar las cláusulas que sus emires habían jurado cumplir *de facto*, para bien o para mal. Los monarcas cristianos tenían Acre en sus manos, y con ella al conjunto de los combatientes que habían formado parte de su guarnición. Y si sumamos a esta realidad el hecho de que también disponían de un puerto totalmente abierto al tráfico marítimo y del claro empuje de los vencedores, parece evidente que la idea de contemporizar no presentaba a sus ojos el más mínimo aliciente. La petición que había inducido al sultán a solicitar que se le permitiera elegir la identidad de los prisioneros que debían quedar libres de sus cadenas era una demanda tan nueva como razonable, y resulta ciertamente lamentable que Qaraqush y al-Mashtub no hubieran tenido la previsión de plantearla durante el auténtico proceso de negociación. Por otro lado, el hecho de que el ayubí remachara la idea de recurrir a los caballeros templarios como garantía de los juramentos llamados a consolidar esos términos inéditos hacía aún más imposible su pretensión, dado que los interesados no estaban dispuestos a poner en juego su reputación exponiéndola al albur de los tormentosos estados de ánimo de los reyes[63]. Dado

que lo que estaba pidiendo constituía una novedad, hubiera debido mostrar su buena fe liberando a algunos cristianos para ver cómo se le respondía desde el otro bando. De este modo, si los cruzados solo hubieran sacado de las cárceles a una masa de soldados míseros y apaleados, el sultán habría podido despejar muchas de las dudas que le suscitaban las intenciones del contrario, con lo que también podría haber tenido mejores elementos de juicio para decidir lo que debía hacer tanto con el resto de los rehenes como con los otros cien mil besantes. Ibn Shaddad señala que, a finales de julio, los enviados habían llevado consigo a Shafaram a cuatro musulmanes de notable relevancia, de modo que podría argumentarse que los propios occidentales estaban dando muestras de buena voluntad respecto al canje de prisioneros[64].

Dejando a un lado estas cuestiones, hay que recordar que ni siquiera sabemos con quién intercambiaba cartas Saladino. Refiriéndose al enemigo, Ibn al-Athir pone unas cuantas palabras en boca de «sus príncipes», pero el sultán solo tuvo ocasión de hablar en persona con distintos emisarios anónimos, y al margen de eso todo lo que hizo fue enviar misivas a «los templarios». Rogelio de Hoveden indica que se propuso la celebración de dos conferencias: una entre Ricardo Corazón de León y al-Adil, y otra entre el rey inglés y Saladino. Sin embargo, ninguna de ellas llegaría a materializarse[65]. Nada de esto permite hablar de unas negociaciones serias y del más alto nivel. Saladino no llegó a entrevistarse con Ricardo, y tampoco con Felipe, y es legítimo preguntarse por qué[66].

Al final, Saladino se negó a entregar tanto la Vera Cruz como los besantes y los prisioneros en tanto no se

atendiera su nueva demanda de verificación. Sin embargo, al proceder de ese modo, él mismo se señala como la persona que quiebra la confianza en el pacto de rendición. Desde luego, no hay duda de que esa fue justamente la conclusión a la que llegaron los cronistas cristianos[67]. Podría argumentarse que al no haber sido él quien acordara personalmente los extremos del arreglo, resulta injusto culparle. De hecho, Rigordo trata de dejar abierta esa eximente, y sugiere que Qaraqush y al-Mashtub fueron incapaces de convencerle de que aceptara los términos establecidos[68]. Sería fácil juzgar más comprensible esa tesis de que en ningún momento estuvo dispuesto a aceptar las cláusulas acordadas, sino que las rechazó de plano desde el principio. Sin embargo, lo cierto es que no solo comenzó a recaudar dinero, sino que se afanó también en la no menos ardua tarea de trasladar los prisioneros de Damasco a Shafaram. Esto sugiere que, a pesar del enorme coste, el sultán intentó cumplir lo mejor posible con lo rubricado, pero que al cabo de un tiempo cambió de opinión, aconsejado por sus emires. Saladino no era ningún estúpido, y desde luego sabía que si faltaba a lo acordado renunciaba a poner a salvo a sus mejores hombres de armas. Quizá se diera la circunstancia, como ha apuntado Yaacov Lev, de que le fuese indiferente la suerte que pudieran correr sus tropas, y que eso precipitara el «monumental fracaso» que supuso el hecho de que ni siquiera intentara rescatarles económicamente[69]. Rogelio de Hoveden también informa de que a principios de julio se produjo una reunión en la que los reyes habían preguntado a los enviados musulmanes por el paradero de la Vera Cruz. De ser cierto, Saladino no debería haberse mostrado tan sor-

prendido de que se le recordara esa exigencia un mes más tarde[70].

¿Un crimen de guerra?

Con todo, y a pesar de que sea al ayubí a quien quepa imputar toda la culpa de la ruptura del acuerdo, lo cierto es que su papel resulta muchísimo menos controvertido que la respuesta de Ricardo Corazón de León. El 20 de agosto, el rey inglés reunió a un gran grupo de jinetes e infantes y se alejó de las fortificaciones de asedio del campamento, marchando en dirección este, hacia Tel al-Ayyadiyya, donde instaló temporalmente varias hileras de tiendas. Al parecer, para entonces la vanguardia musulmana se había desplazado ya a Tel Kaysan, situada más a oriente, de modo que los occidentales no solo disponían de un mayor espacio para maniobrar, sino que también se hallaban menos expuestos a un eventual contraataque. El ejército cruzado escoltó hasta el punto de acampada a los miembros de la guarnición musulmana, cuyo número debía oscilar, según las fuentes de la época, entre dos mil y dieciséis mil hombres, todos ellos maniatados con cuerdas; sin embargo, la cifra de la que hablan la mayor parte de las historias modernas queda acotada entre dos mil seiscientos y tres mil soldados. Los cristianos organizaron en filas a los musulmanes y procedieron a su ejecución, unas veces a espada, otras a golpe de lanza y otras más mediante una decapitación en toda regla. Pese a que por regla general se señale a Ricardo como máximo responsable de este acto, lo cierto es que tomó esa decisión tras celebrar un consejo en el que se acordó la eliminación de los prisioneros, y en el que fue asistido por Hugo de Borgoña, que se encargaría de

coordinar la matanza de los musulmanes que se hallaban en poder de los franceses.

Al enterarse de lo ocurrido, los musulmanes más rebeldes se agruparon apresuradamente y cargaron contra las tropas de Ricardo. Se formó así un caótico tumulto, y los combates cuerpo a cuerpo se prolongaron hasta la noche, que sin embargo obligó a uno y otro bando a detener el choque. Ricardo marchó de vuelta a Acre con sus hombres, mientras los musulmanes contaban y recogían a sus muertos. Respondiendo con la misma moneda a la acción de Ricardo, Saladino ordenó cortar la cabeza de todos los prisioneros cristianos que se encontraban presentes en su campamento y devolvió el fragmento de la Vera Cruz a Damasco[71]. Imad al-Din refiere que el ayubí, que ya no tenía ningún rehén que rescatar (o eso cree el autor, dado que Ricardo había dejado con vida a unos cuantos miembros de las altas jerarquías musulmanas), repartió los cien mil besantes que había logrado reunir entre la oficialidad y la tropa, en función de sus distintas necesidades[72].

Las opiniones relativas a la ejecución de la guarnición musulmana por parte de Ricardo, a poca distancia de Acre, abarcan la totalidad del espectro posible, ya que si en uno de los extremos hay quien considera que es preciso condenarle por haber cometido un crimen de guerra —entendiendo enteramente su acción en el moderno sentido del término—, en el polo opuesto hay también quien desearía exonerarle de toda falta[73]. Los juicios negativos se encuentran en las historias de las cruzadas más conocidas y accesibles al público en general. Steven Runciman, Jonathan Riley-Smith, Malcolm Cameron Lyons y David Edward Pritchett Jackson, han llamado «masacre» a las ejecuciones de Ricardo, término que pa-

rece apuntar a un comportamiento malintencionadamente cruel. Christopher Tyerman llega incluso más lejos y califica de «carnicería» y de «atrocidad» las acciones del rey. Hans Mayer se refiere llanamente al episodio con el nombre de asesinato. Entre quienes han procurado moderar el tono del debate, la voz más destacada ha sido la de John Gillingham[74]. La cultura popular también ha echado su cuarto a espadas en la cuestión, y la prueba más reciente es el desdeñoso reproche que Ridley Scott pone en boca del personaje que interpreta Russell Crowe en su Robin Hood de 2010, en una escena en la que el humilde arquero se atreve a «hablarle claro» al poder, dirigiéndose en los siguientes términos al mismísimo rey Ricardo:

> Cuando nos hicisteis reunir a dos mil quinientos musulmanes, hombres, mujeres y niños, la joven que tengo a mis pies, con las manos atadas, me miró. No vi miedo en sus ojos, y tampoco ira. Solo vi lástima. Sabía que en el momento en que vos dierais la orden y nuestras espadas se abatieran sobre sus cabezas, en ese mismo instante, nos convertiríamos en impíos. Todos nosotros. En impíos[75].

Es evidente, por tanto, que este acontecimiento medieval ha perdurado en el tiempo y sigue presente en la retina del público, incluso en nuestros días. Se trata de una controversia que participa a un tiempo de la política y de la historia, y de un acto que ha sido considerado uno de los mayores yerros de la era cruzada y un ultraje al mundo musulmán[76]. Con todo, la ética profesional del historiador, que exige que nos apartemos del presentismo que se propone enjuiciar el pasado con los criterios de hoy, también nos insta a plantear dos simples preguntas, que sin embargo son esenciales: ¿por qué hizo Ricardo lo que hizo?; y ¿estaba justificada su acción en el marco de las normas aceptadas en su época? Para tratar de interpretar este suceso con la mayor objetividad posi-

ble, deberemos localizar todas las explicaciones del hecho que nos han dejado las fuentes que aún se conservan, lo que nos obliga a asumir una tarea sumamente tediosa —preciso es reconocerlo—, pero realmente necesaria.

Dejando a un lado las posteriores leyendas medievales surgidas al calor de la decisión de Ricardo, hay cinco temas que atraviesan transversalmente la totalidad de los textos de la época, lo que nos permite constatar de inmediato que algunos autores ofrecen más de una razón en el mismo párrafo[77]. La primera de esas cuestiones es la que sostiene que la ejecución de la guarnición musulmana por parte de Ricardo fue su forma de responder al hecho de que Saladino hubiera violado el tratado, bien por juzgar que lo había roto al proceder chapuceramente al canje de prisioneros, bien porque el quebranto se atribuyera a la circunstancia de que el sultán se hubiera negado a devolver el fragmento de la Vera Cruz[78]. Otro de esos temas señala que el rey cedió a un puro arrebato de cólera[79]. El tercer factor que se aduce indica que las dilaciones de Saladino se estaban convirtiendo en un obstáculo para la propia cruzada, ya que, a fin de cuentas, esta no había concluido su misión en Acre, sino que se proponía la reconquista de Jerusalén[80]. El cuarto elemento guarda relación con el dinero: Ricardo quería los besantes prometidos, y de pronto comprendió que podía no recibir nada[81]. Y por último, está la idea de que Ricardo ejecutó a los musulmanes en memoria de los cristianos de Acre, o quizás incluso en nombre del propio cristianismo. Este último tema puede considerarse una forma de venganza, no solo por las muertes de los cristianos que habían combatido en el ejército, sino también por el largo período de dominación sarracena en ultra-

mar. Y también podría entenderse como un acto dictado por el celo religioso, debido a que Ricardo deseaba librar una guerra santa y a que eso le impulsaba a eliminar a los enemigos de Dios[82].

Hay una interpretación alternativa a la que sugieren esos cinco motivos, pero es bastante precaria: que Saladino hubiera sido el primero en dar el paso de ejecutar a sus propios prisioneros. En su Gesta (cuya redacción quedó terminada en 1192), Rogelio de Hoveden sostiene que Saladino decapitó a sus rehenes cristianos el 18 de agosto, es decir, dos días antes que Ricardo: «*Saladinus fecit amputari capita omnium Christianorum captivorum*». En su posterior *Chronica* (acabada en 1201), Hoveden decide añadir algo de contexto al relato. A este respecto, conviene saber que Saladino había tenido noticia de que Ricardo planeaba ejecutar a la guarnición musulmana el día 20 de agosto, y que por eso le había pedido, por medio de mensajeros, que retrasara el castigo.

Es más, el sultán le había informado de que, si procedía a las ejecuciones, en la medida que fuese, solo conseguiría una acción recíproca, y el resultado sería la muerte de los rehenes cristianos. Entonces, al enterarse de que Ricardo se negaba a concederle un plazo más amplio, el sultán optó por ser el primero el golpear, con lo que se dio curso a la decapitación de los cristianos. John Gillingham ha atribuido estos pasajes a un conjunto de rumores, añadiendo que quizá se inventaran en el campamento cruzado[83]. El hecho de que no haya ninguna otra fuente que exponga algo semejante sugiere que es muy posible que se tratara efectivamente de habladurías interesadas. Aun así, es curioso que Hoveden reitere la acusación en la *Chronica*, que es una obra que tuvo ocasión

de revisar después de haber regresado a Occidente, donde pudo acceder a nuevas fuentes de información, de entre las que destaca el clérigo Felipe de Poitou, confidente de Ricardo I y obispo de Durham[84]. Y también resulta muy extraño que, apenas unas cuantas líneas más tarde, Hoveden inserte una carta de Ricardo, dirigida al abate de Claraval, en la que el rey describe las ejecuciones, pero no indica que Saladino hubiera sido el primero en actuar. Es más que probable que Hoveden supiera lo que había pasado realmente, ¡y a pesar de ello ofrece dos versiones diferentes de las ejecuciones en una misma obra!

Es una suerte que haya llegado hasta nosotros esa carta de Ricardo a través de la *Chronica* de Hoveden, ya que en ella el monarca inglés expone su versión de los hechos. Démosle crédito o no, la cuestión es que el coronado sostiene que la decisión que tomó había encontrado asidero en la primera justificación, la de que se había violado el tratado:

> […] poco después, la noble ciudad de Acre se entregó a mi señor, el rey de los francos, y a nos, habiéndose salvado las vidas de los sarracenos enviados para su defensa y protección; habiéndose confirmado plenamente un acuerdo por el que Saladino se comprometía a entregarnos la Santa Cruz, junto con mil quinientos cautivos vivos, y habiéndose señalado un día para el debido cumplimiento de los mencionados convenios. Sin embargo, una vez que hubo expirado el plazo y se hubieron incumplido las disposiciones aceptadas por él, dimos muerte a unos dos mil seiscientos sarracenos que teníamos en nuestras manos, como era nuestra obligación; reteniendo, sin embargo, a algunos de los más nobles, ya que a cambio de sus vidas confiamos todavía en recuperar la Vera Cruz y a ciertos cristianos presos[85].

De juzgar creíbles cualquiera de sus apartados, esta carta desmiente la extendida creencia popular de que Ricardo era un individuo brutal. El libro de Amin Maalouf titulado *Las Cruzadas vistas por los árabes*, que es sin duda un estudio muy leído, pero incuestionablemente

sesgado, compendia los elementos esenciales de esa imagen animalesca: Ricardo, dice, era «el prototipo del caballero belicoso y frívolo cuya nobleza de ideales no consigue enmascarar la desconcertante brutalidad y la total ausencia de escrúpulos[86]». En cambio, esta nota de Ricardo nos ofrece una explicación racional de sus acciones.

La frase en la que el rey afirma haber cumplido con su «obligación» (o haber hecho «lo correcto», como puede colegirse alternativamente de la expresión que usa) al despachar a la guarnición, resulta particularmente interesante, ya que remite al carácter legal de sus acciones. En un pasaje del *Eracles* de Lyon, escrito varios años después que la carta de Ricardo, encontramos una declaración supuestamente pronunciada por el emir Qaraqush durante las negociaciones que desembocaron en la rendición: «Si resulta que Saladino no hace lo que acabo de decir, quedaremos a vuestra merced y podremos ser tratados como esclavos[87]». De ser ciertas estas manifestaciones, es decir, si se entendía que la guarnición presa constituía una población esclavizada, ¿qué deberes jurídicos contraía Ricardo respecto a la futura suerte de la misma? Las normativas que se seguían en el Occidente de la época en relación con el trato que debía aplicarse a los prisioneros de guerra convertidos en esclavos forman parte de una materia poco estudiada, de modo que no está claro cuáles podían ser exactamente las costumbres en vigor[88]. Ricardo no era contrario por principio a la liberación de prisioneros, ya que Ibn Shaddad refiere que, en una serie de negociaciones infructuosas llevadas a cabo a finales de junio, el rey había entregado a Saladino a un cautivo del norte de África[89].

Como alternativa a esta forma de ver las cosas, podría aducirse que las obligaciones de Ricardo Corazón de León quizá guardaran relación con una de las observaciones que hace Ricardo de Templo, autor que pone en boca de los consejeros de Saladino unas palabras sumamente interesantes. Los asesores instan al sultán a consolidar los términos de la liberación de los prisioneros mediante la introducción de una serie de garantías: «De lo contrario, bajo el derecho de guerra, podría atárseles y dárseles una muerte insultante y deshonrosa, con lo que se daría la impresión de que las leyes de Mahoma [...] carecen de valor[90]». Lo supiera Saladino o no, lo cierto es que existía de fado un precedente legal, aplicado en 624 en la batalla de Badr. En esa contienda, el propio Mahoma había ordenado la ejecución de dos prisioneros, y también se había procedido a la eliminación de un gran número de ciudadanos de La Meca por decisión de los soldados mismos del Profeta. El jurista hanbalí Ibn Qudama al-Maqdisi, que había combatido en la batalla de los Cuernos de Hattin, explica que los prisioneros de guerra cristianos podían ser puestos en libertad o entregados a cambio de un rescate (siempre que estuvieran dispuestos a abonar la yizia, es decir, el impuesto de capitación), pero también existía la posibilidad de esclavizarlos o matarlos[91]. Por consiguiente, tanto los comentarios de la época en que tuvo lugar el sitio de Acre como los asociados con el Corán permitían dar muerte a los cautivos, y de hecho el mismo Saladino había sacado provecho de esta circunstancia en un gran número de casos. En una ocasión, corriendo el año 1183, su hermano al-Adil le sugiere que antes de dar comienzo a las ejecuciones se obtenga el pertinente asesoramiento jurídico, y esta es la respuesta del sultán: «El hecho de que recaiga

sobre esos hombres el juicio de Dios no constituye un problema para los eruditos, y tampoco es algo oscuro. Que se lleve a efecto la decisión de acabar con ellos[92]».

Este tipo de actitud contradice la visión moderna de las cosas, que pinta al sultán con los rasgos propios de un dirigente más caballeroso y tolerante que Ricardo, muy parecido al que se esboza en otra película de Ridley Scott: El reino de los cielos, estrenada en 2005[93]. Esta noción, defendida fundamentalmente en el Siglo de las Luces, aunque también en épocas posteriores, dota a Saladino de una reputación póstuma que lo convierte en el contrapunto de la supuesta crueldad y fanatismo de los cruzados. Esta categorización no solo se basa en su «legendaria paciencia» (por emplear aquí las palabras de al-Qadi al-Fadil, un *katib* —o secretario personal— de Saladino que también ejerció las funciones de visir del sultán en el Egipto de los años 1189 a 1192) y su aparente generosidad (cualidad que, en Acre, le habría llevado, entre otras cosas, a perdonar la vida a los peregrinos ancianos y desdentados y a devolver a su legítima madre a un niño cristiano capturado), sino también en un comportamiento supuestamente propio de un gobernante más moderado en el uso de la violencia. Sin embargo, la conducta de Saladino no difería de hecho demasiado de la de Ricardo, por más interpretaciones empáticas que puedan presentarnos los autores modernos[94]. Tras la conquista de Jerusalén, esclavizó a unos once mil ciudadanos cristianos, y después de la batalla de Hattin, librada ese mismo año, también ordenó la decapitación de cientos de caballeros hospitalarios y templarios[95]. Permitió que un grupo de sufíes participara en la ejecución, pero como los matarifes no estaban acostumbrados a realizar ese tipo de tareas, se tardó mucho en efectuar el

degüello de los desdichados, con lo que el proceso resultó espantoso, lo que no impidió a Saladino permanecer cómodamente sentado y asistir a todo el ceremonial con «regocijado semblante», según Imad al-Din[96]. Podríamos por tanto establecer el argumento de que entre los dos mandatarios, musulmán y cristiano, existía una situación de equivalencia moral, ya que las acciones de Ricardo guardan parecido con las de su gran enemigo.

No obstante, la mayor parte de los comentaristas modernos se han mostrado remisos ante la idea de equiparar a ambos hombres. Hasta donde me es dado saber, tres son las razones de este tipo de actitud, y ninguna de ellas es mutuamente excluyente. Una de ellas es la crudeza de la cifra. Es posible que en el transcurso de su sultanato, Saladino ejecutara a tres mil prisioneros (o incluso a más), pero no en un único y muy sonado incidente. Los historiadores tienen la obligación de trascender esta clase de diferencias retóricas. Pese a todo, todavía hay profesionales de nuestra disciplina que se sienten incómodos con esta premisa, y es difícil superar la inercia derivada de haber puesto a un individuo por encima de otro en sentido moral —sea de un modo o de otro—, sobre todo si el hábito viene imperando desde hace muchos años (o siglos). Las ideas de largo arraigo temporal se revelan muy tenaces: a fin de cuentas, a la reina María I de Inglaterra todavía se la sigue conociendo por el apodo de «la Sanguinaria[*]», debido a que ordenó quemar en la hoguera a trescientos protestantes hallados culpables de herejía, mientras que su hermanastra Isabel I queda en buena medida al margen de toda crítica, pese a haber «estrangulado, destripado y desmembrado» prácticamente a doscientos católicos por traición[97].

En segundo lugar, la cuestión de la identidad de los musulmanes se ha visto rodeada de una cierta confusión. No hay una sola fuente que hable de la presencia de mujeres o niños en el grupo que fue conducido hasta Tel al-Ayyadiyya. En otras palabras, la mujer que confronta a Russell Crowe con la impiedad o el ateísmo es totalmente ficticia. Lo cierto es que el grupo estaba íntegramente constituido por soldados de la guarnición de Acre. Por eso se permite Ambrosio una agudeza sarcástica: «Y así fue como [los cristianos] se cobraron venganza del vuelo de las espadas y el silbido de los dardos de ballesta». Yvonne Friedman ha lamentado que Ricardo perpetrara una «carnicería» al matar a un gran número de «cautivos musulmanes indefensos»; indefensos sí, pero desde luego no inocentes, ya que se trataba de prisioneros de guerra[98]. Estamos por tanto ante una acción muy distinta de las masacres de musulmanes y judíos ocurridas en el Jerusalén de 1099, entre cuyas víctimas sí que había civiles, mujeres y niños[99]. En su condición de soldados rasos, esos hombres apenas podían abrigar esperanza alguna de que alguien se dignara a rescatarles económicamente, como se hacía en cambio con las élites. De hecho, esa sería justamente la razón de que Ricardo optara por mantener con vida a los emires musulmanes[100]. Y si no surgía la posibilidad de que se les redimiera de manera colectiva, solo les quedaban dos salidas: permanecer en la cárcel o ser condenados a muerte. Las diferencias religiosas apenas suelen influir en este sentido, ni siquiera en la Edad Media. En 1174, por ejemplo, se dejó morir de hambre en las prisiones inglesas a los mercenarios flamencos comunes y corrientes (de religión cristiana) que habían intervenido en la generalizada rebelión contra el padre de Ricardo Corazón de León, Enrique II, mientras

que a los nobles bretones y normandos (que también profesaban el cristianismo) se les retuvo durante un tiempo, pero se les permitió recobrar finalmente la libertad previo pago de un rescate[101]. En este sentido, lo que hizo Ricardo responde efectivamente a las prácticas de la época, y la percepción que hoy tenemos de su carácter criminal solo presenta la diferencia, respecto de otras acciones similares, de la mayor teatralidad de su impacto y de la evidente brecha cultural que separaba a los ejecutores de los ejecutados.

Finalmente —y en este último aspecto he de decir que la moderna acogida de la liquidación de los prisioneros se ha revelado manifiestamente presentista—, los comentaristas actuales tienden a condenar todos los actos de violencia perpetrados en nombre de Cristo, ya que los juzgan incompatibles con el cristianismo «auténtico» o «verdadero». Se han elevado exigencias de perdón a los dirigentes cristianos, aduciendo que deberían excusarse por la pasada comisión de actos de violencia (y cuando efectivamente se producen, esos gestos de pública contrición contribuyen a ratificar esa manera de enjuiciar las cosas). Es más, el concepto de «delito de odio», que es una noción totalmente contemporánea, no solo lleva aparejada la imposición de una serie de sanciones legales extras, sino también la idea de un mayor ultraje moral. En este sentido, el hecho de que Ricardo ejecutara a los musulmanes, que en nuestros días constituyen una minoría en Occidente, y por ello mismo una población marginada, resulta absolutamente horrendo, dado que lo vemos a través de nuestras modernas lentes correctoras, y la circunstancia añadida de que se hayan atribuido motivos religiosos a su acción todavía empeora más las cosas. Sin embargo, si el cristiano Ricardo se comportó co-

mo un bárbaro, debemos tener asimismo en cuenta que el musulmán Saladino hubiera incurrido en una barbarie similar, y muy parecidamente empujado también por su religión[102].

En último término, lo único que se consigue con todo este postureo sobre los crímenes de guerra es oscurecer la verdad del asunto, que de hecho es bastante clara. En primer lugar, Saladino violó los términos del tratado que habían propuesto y acordado sus emires. En segundo lugar, es probable que Ricardo también quebrantara lo estipulado al ejecutar a la guarnición antes de que se superara el plazo señalado. Con sus acciones, ambos líderes asumieron deliberadamente el riesgo de condenar a muerte a sus compañeros de armas. Y dado que sobre uno y otro caudillo pesa la responsabilidad de haber ejecutado a un gran número de prisioneros de guerra, toda reprobación que se haga recaer sobre los hombros de Ricardo deberá gravitar igualmente sobre los de Saladino. No debe inculparse ni absolverse a Ricardo de un eventual crimen de guerra: por la sencilla razón de que los dos gobernantes son reos de los acontecimientos ocurridos a las afueras de Acre en agosto de 1191: si Ricardo ejecutó a los soldados musulmanes fue únicamente porque Saladino los había abandonado previamente a su suerte, abocándolos a una muerte segura.

Más allá de Arsur

En los días y horas en que se procedía a negociar los términos de la rendición se produjo también la salida de una serie de personajes. Una vez concluido el asedio, los cruzados, tanto individualmente como en grupo, comenzaron a hacer planes: unos para permanecer en la región

y seguir con la campaña, y otros para dirigirse a nuevos pagos. Tras la muerte de Federico de Suabia y la marcha de Felipe Augusto, Ricardo Corazón de León pasó a ser el único líder de la cruzada en curso. El asunto de la violación del tratado se había zanjado con una ejecución generalizada, aunque es muy posible que el resultado no fuese de su gusto, dado que los prisioneros cristianos seguían en manos musulmanas (o quizás habían perecido a su vez). Antes de que terminara la cruzada, el rey inglés habría de añorar muy notablemente la presencia colectiva de los que habían partido, pero en ese instante todo lo que Ricardo tenía en mente era que había llegado la hora de continuar avanzando en dirección a Jerusalén. El monarca ordenó que se levantara el campamento cruzado y que se instalara a sus moradores en Acre[103]. El momento de plegar las tiendas y de echar abajo los barracones de madera debió de haber constituido una experiencia agridulce. Pese a que el campamento hubiera sido un entorno deprimente, constantemente expuesto a los elementos y sometido con gran frecuencia al asalto de los enemigos, lo cierto es que durante dos años también había hecho las veces de hogar para miles de personas.

Se hicieron considerables preparativos para la marcha. Ricardo montó su tienda fuera de las trincheras del campamento, apostó una guardia de infantería en torno a su perímetro, y mandó que todos los soldados que habían decidido quedarse en Oriente se agruparan en torno a él, excepto los destinados a proteger la ciudad. El cumplimiento de este último extremo resultó un tanto problemático, puesto que a los hombres del interior de Acre no les hacía ninguna gracia la idea de abandonar la plaza.

Ahora que el asedio había llegado a su fin preferían relajarse y disfrutar de los placeres de la vida urbana:

> La gente se mostraba excesivamente perezosa porque la existencia intramuros era deliciosa, amenizada por buenos caldos y doncellas, muy hermosas algunas de ellas. El vino y las muchachas a la tropa deleitaban, y todos insensatamente a los placeres se entregaban. Y en la villa tal falta de decoro reinaba, tales ansias de pecado y de lujuria, que los hombres dignos se avergonzaban de lo que sus compañeros tramando estaban[104].

No obstante, al final, se les convenció de que dejaran Acre por distintos medios. Los soldados se negaban a abandonar la zona sin un adecuado aprovisionamiento de víveres, pero Ricardo aceptó proporcionárselos y ordenar que los suministros se transportaran en barco. Los franceses se revelaron más quisquillosos, así que, en algunos casos, el rey inglés tuvo que recurrir al soborno, e incluso a la amenaza, para convencerlos[105]. Para evitar las distracciones libertinas (valga la expresión), Ricardo dejó a casi todas las jóvenes en Acre. En un chusco pasaje, Ambrosio revela que las peregrinas y lavanderas de más edad fueron las únicas mujeres que obtuvieron permiso para unirse al ejército, y que, de ellas, las que lavaban las prendas y la ropa blanca tenían «la habilidad espulgadora de los monos». El avance progresó gracias a la coordinación de los esfuerzos marítimos y terrestres: tras cargar las embarcaciones del rey con provisiones para diez días, los convoyes partieron en navegación de cabotaje y permanecieron a la vista de la columna de soldados que marchaban lentamente hacia el sur, rumbo a Jaffa y Ascalón, a lo largo de todo el litoral[106].

Mientras las tropas se agrupaban, el campamento de Ricardo se vio sometido a un ataque. Una formación de jinetes musulmanes cargó sobre la guardia de infantería del campamento temporal del rey, y en la confusión ini-

cial los soldados cristianos se dispersaron. Ricardo se precipitó hacia su caballo y se puso al frente del contraataque, con lo que sus tropas no tardaron en rechazar a los musulmanes. No obstante, un grupo de la caballería húngara, que había salido en persecución del enemigo en fuga, acabó alejándose demasiado, se vio rodeado, y cayó en manos de los musulmanes, que habían vuelto grupas tras la fingida maniobra de huida. Varios hombres fueron hechos prisioneros, entre ellos un conde húngaro y el mariscal poitevino de Ricardo, Hugo[107].

Por último, el viernes 23 de agosto, una vez reagrupado, el ejército cristiano abandonó Acre. Avanzó en dirección sur, pero sometido a una gran presión, dado que los escaramuzadores musulmanes, reunidos en pequeñas compañías, se dedicaron a hostigar a las tropas en marcha. Con todo, a últimas horas del día, el ejército cruzaba el río Belus para acampar en la orilla opuesta. Allí permanecería a lo largo de toda la jornada siguiente, festividad de San Bartolomé, para reemprender camino el domingo 25. Las huestes cristianas progresaban bajo la protección de un inmenso estandarte. Este había sido fijado sobre el alto mástil de un buque, y después, la extraordinaria asta se había recubierto de hierro e instalado sobre un carromato, a fin de hacer flamear en su cúspide el emblema de Ricardo. El rey mismo capitaneaba a la caballería inglesa y cabalgaba en vanguardia. El centro de la división occidental, donde ondeaba la enseña, estaba integrado por tropas normandas. En la retaguardia viajaban los franceses, liderados por Hugo de Borgoña[108].

Ahora que se encontraban ya lejos de Acre, los cruzados empezaron a ser objeto de un mayor número de ataques, dado que Saladino estaba calcando su ruta, al

avanzar en paralelo un poco más al sur que ellos. La tensión acabaría estallando en la célebre batalla de Arsur[*], el 7 de septiembre de 1191, en la que Ricardo obtuvo una importante victoria a campo abierto sobre el sultán[109]. Tres días después, su ejército, constituido por unos diez mil hombres, llegaba finalmente a Jaffa. Sin embargo, la ulterior campaña no lograría alcanzar a Jerusalén, punto de destino final de la cruzada. En enero de 1192, el rey inglés tuvo que detenerse a 19 kilómetros de distancia de la ciudad santa, pero las duras condiciones climáticas y la falta de efectivos suficientes se confabularían para impedirle organizar un asalto, hasta el punto de que nunca conseguiría aproximarse más a ese objeto de deseo. La cruzada concluyó formalmente ese mismo año con la firma del Tratado de Ramla, mediante el cual se establecía una tregua de tres años entre Saladino y Ricardo, y los occidentales se garantizaban al mismo tiempo el control de la costa de la cuenca oriental mediterránea, de Acre a Jaffa, pese a que se dejaba Jerusalén en poder del ayubí. Antes de regresar a Inglaterra, Ricardo conferenció con sus nobles y consintió, muy a regañadientes, en que Conrado de Monferrato reclamara para sí el trono de Jerusalén, con lo que Guido de Lusiñán quedaba fuera de juego. Sin embargo, sería precisamente Guido quien lograra reír el último, ya que, por un lado, el barco de Ricardo naufragó frente a las costas de Venecia, siendo arrestado por Leopoldo, al que había escarnecido en Acre, y por otro, el 28 de abril de 1192, dos asesinos nizaríes disfrazados de monjes acababan con la vida de Conrado[110].

Al continuar Jerusalén en manos de los sarracenos, el reino cristiano de Oriente pasó a girar en torno a Acre, y ya de forma permanente. La ciudad, que había sido el

punto en el que se había vertido casi toda la sangre de la Tercera Cruzada, y que también se había convertido ya en el principal puerto de entrada de los peregrinos europeos, se transformaría rápidamente en el eje de las operaciones políticas y eclesiásticas de los latinos. De hecho, Acre habría de ser también el más importante centro comercial y creativo de los cristianos de Oriente. Se establecieron abundantes lazos con Bizancio, y la reconquista de la ciudad se vio acompañada de un crecimiento explosivo y generalizado de la actividad arquitectónica[111]. Las reliquias dispersas por el conjunto de Tierra Santa fueron conducidas a Acre, y más tarde, en el siglo XIII, se concederían indulgencias a los peregrinos que visitaran los diversos enclaves de la ciudad portuaria que albergaban esos restos venerados[112]. En la actualidad, Acre es una región de fecundos hallazgos para la investigación arqueológica, y a pesar de que apenas quede ya rastro alguno de las murallas originales que levantaron los cruzados, lo cierto es que se han encontrado los cimientos de un buen número de casas y se ha descubierto asimismo la existencia de un túnel que discurre bajo los barrios pisano y templario[113].

A lo largo del siguiente siglo, la ciudad no solo seguiría constituyendo un espacio sumamente relevante tanto para los cruzados como para los peregrinos, también haría las veces de sede práctica del reino y el patriarcado de Jerusalén hasta su caída final en poder de los mamelucos, sucesores de los ayubíes[114]. En 1291, el sultán mameluco Al-Ashrafjalil machacó los muros de la plaza con sus trabuquetes hasta derribar los torreones que la defendían. Sus tropas penetraron en la ciudad y liquidaron todos los focos de resistencia cristiana. El barrio de los templarios fue el último en claudicar: tras concederse

un falso salvoconducto a un puñado de caballeros (a los que se decapitó traicioneramente), los restantes miembros de la orden plantaron cara a los atacantes hasta que los mamelucos minaron las torres de la fortificación. Un solitario testigo presencial de los hechos, al que se suele identificar con la expresión «el templario de Tiro», nos ofrece un vislumbre final del Acre cristiano:

> [...] los sarracenos irrumpieron en la torre con tantos hombres que los puntales que sostenían las galerías de los zapadores acabaron cediendo y las atalayas se vinieron abajo, aniquilando tanto a los compañeros del temple como a los enemigos que se encontraban en los túneles. Además, al desplomarse los torreones, las piedras y los cascotes cayeron hacia la calle, aplastando a más de dos mil turcos a caballo. Y así fue como se tomó la ciudad, que fue inmediatamente abandonada, un viernes, decimoctava jornada de mayo del susodicho año. El complejo de los templarios se conquistó diez días más tarde, de la manera que acabo de referiros[115].

Combate y asedio, parlamento y traición, ejecución y conquista: a punto de llegar a su fin el siglo XIII, Acre caía con métodos muy similares a los que habían permitido su recuperación un siglo antes.

Conclusión

«Por todos cuantos allí murieron, por todos cuantos allí acudieron, por las gentes, grandes y menudas, que al ejército de Dios dieron su ayuda[1]».

El sitio de Acre fue un acontecimiento militar complejo y dilatado. No puede reducirse a un simple asalto a una ciudad fortificada, ya que obligó a librar una larga serie de combates, tanto por tierra como por mar. La iniciativa y la ventaja oscilaron de forma constante, pasando una y otra vez de las milicias cristianas a las musulmanas y viceversa, aunque con el importante denominador común de que ambos bandos se revelaron prácticamente incapaces de rematar sus principales victorias con una devastadora embestida final. Los comandantes de uno y otro ejército se empeñaron en tomar decisiones erróneas a cada paso, unas veces por atacar con demasiado apresuramiento a un contingente en perfecta formación y otras por desperdiciar oportunidades de oro por exceso de prudencia. Pero no solo eso: también perdieron recursos, o los dedicaron a la consecución de objetivos de escasa importancia, al empeñarse en perseguir metas cuyas posibilidades de materialización eran en realidad muy remotas. Los soldados y los líderes aparecían y desaparecían al ritmo de las estaciones, y las mezquinas disputas entre los aliados de los máximos respon-

sables militares supusieron para ambos contendientes un notable coste en términos de tiempo y energía. Al final, uno de los ejércitos se impuso al otro, y los cristianos, que habían permanecido refugiados en un perímetro protegido por una serie de trincheras y empalizadas que el propio Saladino les había permitido construir, lograron derribar finalmente la Torre Maldita y convencer con ello a la guarnición de Acre de que no le quedaba más remedio que capitular. Pese a que el asedio tardara casi dos años en conseguir su objetivo, el éxito obtenido animó a Ricardo Corazón de León y a los soldados de la Tercera Cruzada a proseguir su avance y a confiar en la conquista de Jerusalén. Sin embargo, el tremendo coste humano de los choques librados en Acre, sumado a la partida de Felipe Augusto, y a la desdichada expedición del emperador Federico Barbarroja, terminó poniendo en manos de Ricardo Corazón de León el alto mando de una fuerza que, a su juicio, era insuficiente para recuperar el control de la ciudad santa. Por consiguiente, el sitio de Acre fue el elemento que determinó en último término la suerte de la Tercera Cruzada.

En tanto que acontecimiento militar, el cerco impuesto a la ciudad portuaria ha de considerarse como una instantánea ideal que nos ofrece la imagen general del modo en que se guerreaba en el siglo XII. En primer lugar, contaba con la presencia de soldados de tres continentes, y de sus diferentes regiones, ya que procedían del norte y el sur de Europa, de Siria y de Mesopotamia, o de Egipto y el Magreb. Los mayores soldados de la época intervinieron en el asedio, cuando no murieron de camino al escenario de los hechos. Y muchos de ellos encontraron su fin en la llanura de Acre. La gesta nos proporciona información sobre las tácticas que se empleaban caracte-

rísticamente tanto en Oriente como en Occidente —consistentes en cargas de caballería, falsas retiradas, y marchas de combate—, y nos permite imaginar las ofensivas que se efectuaban gracias a los últimos avances de la tecnología militar, concretados en forma de inmensas torres de asedio, impresionantes arietes de asalto y formidables mangoneles. Cuatro testas coronadas o jefes de estado confluyeron en un mismo campo de batalla, un hecho que resulta efectivamente muy raro en el siglo XII: Guido de Lusiñán, rey de Jerusalén; Felipe Augusto, monarca de Francia; Ricardo Corazón de León, soberano de Inglaterra, y Saladino, sultán de Egipto y Siria. En resumen; fue un acontecimiento épico en el que miles de hombres y mujeres dieron la vida para propiciar la conquista de este crucial puerto situado a orillas del Mediterráneo oriental[2].

Mando y control

Una de las principales razones por las que la Tercera Cruzada continúa despertando un generalizado interés en nuestros días es el hecho de que en ella estuvieran presentes algunos de los más encumbrados adalides cristianos de la era de las cruzadas. En particular, Saladino y Ricardo Corazón de León han cautivado la imaginación de historiadores, diletantes y entusiastas en una medida que muy pocos personajes históricos han logrado alcanzar jamás. Hay un gran número de biografías y estudios sobre ambos hombres, por no mencionar que la letanía de debates sobre sus respectivas carreras y legados constituye un terreno sumamente transitado. No obstante, en la presente obra tenemos la obligación de preguntarnos si las acciones que realizaron durante el sitio de Acre se

corresponden adecuada y específicamente o no con sus magníficas reputaciones de guerreros belicosos, tanto si consideramos que esa fama es de carácter histórico, mitológico o de otra índole[3]. Un rápido vistazo a sus respectivos currículos revela dos cosas: en primer lugar, que el renombre de uno y de otro debió de haberse visto necesariamente afectado por lo acontecido en el puerto sitiado, y en segundo lugar, que la persistente gloria de que disfrutaron como comandantes militares tuvo que haberse logrado —en vista de lo sucedido— en otra época y otro lugar, y no precisamente en Acre.

Hay no obstante una conclusión ineludible: la que nos lleva a sostener que, si Saladino se reveló incapaz de derrotar a los cristianos en este hecho de armas, la causa hay que atribuirla casi por entero a sus propias limitaciones. En el plazo de dos años, el sultán dispuso de un gran número de ocasiones propicias, pero se mostró remiso a explotarlas, sobre todo al principio del asedio. En agosto de 1189 desaprovechó la oportunidad de coger desprevenido al ejército de Guido de Lusiñán, que, después de abandonar Tiro, había avanzado hacia el sur y se había visto atrapado junto a las costas del Mediterráneo, al cruzar el desfiladero de Escandelión. A principios de septiembre de ese mismo año, consiguió cercar Torón al menos por dos de sus flancos, pero en vez de atacar a Guido, que se encontraba acantonado en lo alto de la colina, ordenó que sus tropas presentaran batalla en la bahía de Haifa, en un intento de abrir una vía de acceso a la propia ciudad de Acre. A mediados de septiembre, Taqi al-Din se abrió paso por entre las filas de los cruzados, en la zona de Montmusard, y logró despejar el paso a la plaza, pero justo entonces Saladino aceptó retrasar el asalto, dejándolo para el día siguiente. El 19 de sep-

tiembre, al reiniciarse los combates, el ejército del ayubí fracasó en su desganado empeño de obligar a los cruzados a abandonar el amparo de sus tiendas mediante una lluvia de saetas. Es más, esa misma jornada, la salida estratégica del propio Saladino falló igualmente, al tener que regresar sus soldados a la seguridad de la fortificación. En los días subsiguientes no se efectuaron nuevos ataques sobre la posición de los cristianos. El 4 de octubre, al movilizarse los cruzados y presionar al enemigo hasta el punto de penetrar en el campamento de Saladino, volvería a presentarse una buena oportunidad para el sultán. Por alguna razón, el ayubí y sus generales se revelaron incapaces de movilizar a tiempo al ala derecha musulmana (o les fue imposible hacerlo) con el fin de encerrar por completo a los cruzados que huían en desbandada, mientras que, por el contrario, Godofredo de Lusiñán consiguió reunir a un grupo de hombres lo suficientemente nutrido como para defenderse a pie firme en el campamento y evitar la aniquilación total.

A finales de octubre de 1189, Saladino incurrió en nuevos errores. En un intento de engañar a los occidentales, animándolos a alejarse de sus tiendas y a exponerse inadvertidamente a una emboscada, el sultán ensanchó el radio de acción de su ejército frente al campamento cristiano, cuando lo más probable es que su mejor opción hubiera consistido en aprovechar tanto su superioridad numérica como la moral más elevada de sus tropas mediante la realización de una o más embestidas directas. (Y en julio de 1190 volvería a cometer la misma equivocación). Lo que sucedió no fue lo previsto por Saladino, sino todo lo contrario, ya que, al disponer de espacio y de tiempo para maniobrar, los cruzados prefirieron permanecer en el interior del campamento, iniciando

además las obras de excavación necesarias para dotarse de trincheras y empalizadas con las que mejorar sus defensas. Haciendo caso omiso de lo que le aconsejaban sus emires, el ayubí siguió evitando todo asalto frontal, y por otra parte los cristianos mejoraron de forma muy notable su perímetro de protección. No obstante, al proceder de ese modo, el sultán renunció voluntariamente a la línea de suministros que había abastecido hasta entonces a la ciudad y que Taqi al-Din había logrado abrir justo un mes antes.

En el transcurso del año 1190, los musulmanes no lanzaron más que ataques muy dispersos contra las empalizadas de los occidentales. Se limitaron a organizar simplemente una serie de asaltos diarios en torno al perímetro de sus enemigos, animándose de cuando en cuando a precipitarse en masa sobre determinadas secciones del palenque del fuerte, sin decidirse no obstante en ningún momento a montar una ofensiva a gran escala concebida para aplastarles. Saladino podría haber centrado todos sus esfuerzos en una misma porción de las vallas de madera del campamento cristiano: el acantonamiento de los cruzados corría en paralelo a las pétreas murallas de Acre, y se ceñía a ellas en toda su longitud, de modo que el ayubí, sabedor de que la ventaja numérica estaba de su parte, quizás hubiera logrado algunos éxitos con esa táctica. Pese a la llegada de nuevos cruzados por vía marítima, da la impresión de que Saladino nunca se vio en seria inferioridad numérica. Sin embargo, al mantener el cerco mediante la formación de un contingente integrado por una brigada central flanqueada a derecha e izquierda por sendas unidades de apoyo, lo único que consiguió fue obstinarse una y otra vez en imitar las tácticas de sus contrincantes. En la primavera del año 1190 en-

contramos un elocuente ejemplo de su testarudez. Tras enviar varias divisiones de su ejército al norte, con el fin de proteger a sus huestes de Acre del avance de Federico Barbarroja, Saladino concentró sus esfuerzos en transferir soldados de las alas izquierda y central de su contingente principal al flanco derecho, cuyos efectivos se habían visto menguados como consecuencia de la partida de las tropas. En otras palabras, su prioridad seguía consistiendo en mantener su posición y el cerco (no en quebrar las defensas de los cruzados). Había decidido aplicar una estrategia de desgaste, y es posible que confiara en que la hambruna y las enfermedades que estaban consumiendo a sus enemigos le facilitaran la tarea. Sin embargo, pese a que un incalculable número de cruzados perdieran la vida a lo largo de los inviernos de 1189 a 1190 y de 1190 a 1191, lo cierto es que las condiciones de los cristianos no llegarían en ningún momento a apurarles lo suficiente como para forzar su rendición, dado que, al parecer, los envíos de comida y tropas de refresco se presentaron siempre a tiempo.

Pero Saladino estaba llamado a cometer nuevos errores y a sufrir más reveses. En noviembre de 1190, el ayubí fue incapaz de contener y aplastar la ofensiva del día de San Martín. Y lo que es aún más importante: tampoco supo detener el repliegue defensivo que se vieron obligados a efectuar los cristianos a lo largo de la orilla occidental del río Belus. Los cruzados se encontraban acorralados por tres flancos, y todo lo que el sultán tenía que hacer era enviar a la totalidad de los soldados del ala derecha de su caballería al norte, pegados a la corriente de agua: dado que el movimiento de retirada de los occidentales estaba siendo necesariamente lento, sus jinetes habrían llegado al puente de Doc antes que el

enemigo, de modo que les habría bastado cruzarlo y cabalgar después en dirección sur para tener completamente rodeados a los cristianos. Sin embargo, el ayubí se limitó a reproducir la táctica de contención que ya venía aplicando en Acre, dado que el grueso de su ala derecha se contentó con seguir desde el otro lado del Belus el ritmo del avance al norte de los cruzados, lanzándoles, eso sí, unas cuantas flechas a modo de acción de hostigamiento. Solo un puñado de musulmanes se aventuraron a internarse lo suficientemente al norte como para llegar al puente, pero eran tan poco numerosos que a Godofredo de Lusiñán y compañía no les resultó excesivamente difícil romper sus filas con una aplastante carga de caballería. Acto seguido, los cristianos atravesaron el puente y regresaron a su campamento. Cabe concluir, por tanto, que el sultán no se mostró lo suficientemente agresivo en su ataque, simplemente. Un mes más tarde, Saladino renovó íntegramente a los componentes de la guarnición de Acre, sustituyendo a los veteranos que habían estado combatiendo hasta entonces, curtidos en mil batallas, por una división de soldados de refresco que, pese a revelarse dignamente capaces, carecían sencillamente de los hábitos y rutinas asociados con las labores defensivas. Y, por si fuera poco, la operación de cambio de guardia fue larga, costosa y desmoralizadora[4].

Tanto si los contemplamos uno a uno como si optamos por valorarlos en su conjunto, lo cierto es que el pernicioso impacto de los yerros de Saladino se dejó notar en la respuesta de sus propios efectivos. La guarnición de Acre sopesó en varias ocasiones la posibilidad de rendirse a los cruzados, y de hecho iniciaría en cinco ocasiones un proceso de negociación serio: en octubre de 1189, en mayo de 1190, a principios de julio de 1191

(en una doble intentona), y finalmente, a finales de julio de 1191. Es indudable que los líderes cristianos revelaron ser lo suficientemente insensatos como para despreciar las primeras oportunidades. En los años 1189 y 1190 en particular, su deseo de obtener unos mejores términos de rendición, o una aureola de gloria más resplandeciente —por haber sido conseguida como consecuencia de una conquista absoluta y sangrienta—, les llevaría a prolongar voluntariamente la duración del asedio, lo que en último término acabaría llevándose (innecesariamente) la vida de miles de cruzados. Con el paso del tiempo, la guarnición de Acre fue perdiendo claramente la fe en la capacidad salvadora de Saladino. A finales de julio de 1191, sus integrantes renunciaron ya a pedir permiso al sultán para rendirse, así que decidieron súbitamente informarle de que se proponían hacerlo sin su autorización. Ese mismo mes, mientras el ayubí intentaba aliviar por enésima vez la presión que gravitaba sobre la ciudad asediada procediendo a atacar el campamento cristiano, sus propios soldados se negaron tajantemente a cumplir sus órdenes. Otros se atrevieron incluso a abandonar a hurtadillas el campamento para desertar. Aquello suponía un desaire muy duro para un hombre que apenas cuatro años antes, en la batalla de Hattin, había dado muestras de «un elevadísimo talento para el generalato»; y, de hecho, yo mismo coincido en señalar que el elogio no fue en ese momento nada exagerado[5].

Pero pasemos ahora a ponderar el valor de las hazañas del rey Ricardo en Acre. Los historiadores británicos se han pasado los últimos doscientos años confirmando una y otra vez la legendaria reputación de Ricardo Corazón de León, al que han presentado sistemáticamente co-

mo a un general dotado de las más elevadas virtudes militares conocidas en toda la Edad Media. En 1778, la *Historia de Inglaterra* de David Hume echaba los cimientos de una descripción que no solo estaba abocada a convertirse en clásica, sino a perdurar en el tiempo:

> La cara más sobresaliente del temperamento de este príncipe es la asociada con sus talentos militares. No hubo hombre alguno en esa romántica era que alcanzara a elevar a mayores alturas el arrojo personal y la intrepidez. Y serían justamente esas cualidades las que le valieran el apelativo de corazón de león (coeur de lion). Amaba apasionadamente la gloria, y sobre todo la que se gana con las gestas de armas. Y dado que su comportamiento en el campo de batalla no cedía en nada a su valor, diríase que poseyó todos los atributos necesarios para alcanzarla[6].

Un siglo después, William Stubbs continuaría enfocando la cuestión desde esta misma perspectiva de la gloria militar al asegurar en uno de sus escritos que Ricardo «habría combatido por un quítame allá esas pajas, pero era capaz de convencer a cualquiera de que la causa elegida merecía que se luchara por ella. La gloria que perseguía no era tanto la de la victoria como la de la conquista[7]». Sir Walter Scott también resalta este extremo en su novela *Ivanhoe* (1819):

> [...] ante su exaltada imaginación, la gloria personal que obtenía por medio de sus hechos de armas era mucho más valiosa que la que hubiera podido otorgar a su acción de gobierno una carrera jalonada de medidas políticas prudentes[8].

Estas interpretaciones contribuyen a explicar por qué Ricardo se mostró reacio a aceptar las negociaciones que iniciaron al-Mashtub, Qaraqush y Felipe Augusto a principios de julio de 1191: como ya hicieran antes que él los dirigentes de Acre, también el rey inglés trató de evitar que los parlamentos con los musulmanes llegaran a buen puerto, dado que prefería tomar la ciudad valiéndose únicamente de la fuerza de las armas.

Sea como fuere, las ideas decimonónicas sobre la significación y el carácter de Ricardo Corazón de León acabarían cediendo terreno frente a las críticas. En el siglo XX, se empezó a considerar que las historias del medievo inglés habían estado explicando las cosas de manera incompleta. Los textos Victorianos habían acabado ofreciendo una versión verdaderamente pintoresca e idealista de las cosas, basadas muchas veces en presupuestos teológicos. Por otra parte, los trabajos posteriores, en los que muy a menudo se aprecia la influencia de la tradición alemana, o, para ser más exactos, el peso del positivismo histórico rankeano[*], se juzgaban bastante más rigurosos debido a que en ellos el examen de los documentos se «atenía a lo ocurrido en realidad» (*wie es eigentlich gewesen*), aunque en el fondo se tratara, pese a esa voluntad de precisión, de unas historias proclives a conceder un amplio espacio a los impulsos nacionalistas. De hecho, algunos autores fueron criticados de la forma más rotunda por ese motivo[9]. Desde la época en que se efectuó esta revisión crítica del método historiográfico, la consideración de la carrera de Ricardo ha vuelto a enfocarse desde un ángulo ligeramente diferente, como ejemplifica el argumento de John Gillingham, quien sostuvo en 1984 que Ricardo «distaba mucho de ser el impetuoso dirigente que nos pinta su romántica leyenda[10]».

Dicho esto, surge la siguiente pregunta: ¿qué lugar hemos de asignar al sitio de Acre en la carrera militar de este rey-soldado? Ricardo permaneció menos de dos meses en las inmediaciones de la ciudad asediada, y, además, la enfermedad que le tuvo postrado hizo que se perdiera, durante su estancia, la mitad de los asaltos dirigidos contra las murallas del baluarte. Por otra parte,

los ataques de sus catapultas, brigadas de zapadores y soldados se revelaron sumamente eficaces. Era Ricardo quien llenaba de temor el pecho de los musulmanes, no Felipe Augusto, o al menos eso es lo que mantienen las fuentes árabes. No obstante, y contrariamente a las nociones, viejas o nuevas, que habitualmente se asocian con su habilidad militar, es preciso tener presente que no fue Ricardo quien consiguió cambiar las tornas en Acre, sino Felipe. El soberano francés logró alterar el curso del asedio al socavar los muros de la urbe y negociar con la guarnición los términos de la rendición final mientras Ricardo se recuperaba de sus dolencias. Sin embargo, Felipe se vio incapaz de terminar lo emprendido, dado que Ricardo abandonó rápidamente su lecho de convaleciente y contribuyó con sus propios recursos a las labores de asedio.

Por todo ello me propongo argumentar que no es correcto sostener que el monarca inglés se hiciera con la «victoria» en el cerco de Acre al derribar sus hombres la Torre Maldita. La fortaleza se tomó gracias a los esfuerzos combinados de una amplia gama de caballeros y soldados (algunos de los cuales llevaban dos años acampados frente a la ciudad), y además el triunfo se obtuvo a costa de grandes penalidades y gestas gloriosas. Al frente de los combatientes occidentales desfiló un nutrido grupo de generales, y a todos ellos les corresponde el mérito de haber sabido evitar la desbandada del ejército. Al presentarse en el escenario de los hechos cuando el desenlace se hallaba ya muy próximo, el papel que desempeñó Ricardo revistió una notable importancia. Sin embargo, el factor más relevante fue la aportación de efectivos de refresco que supuso la llegada de sus huestes. Reforzado por las tropas de reserva llegadas de Inglaterra y el resto

de Europa, el ejército cristiano se las arregló para defender el perímetro de su campamento y rechazar las embestidas de las divisiones de Saladino, infligiendo al mismo tiempo un grave daño a los muros del fortín y garantizando de ese modo su capitulación final. Por lo que hace a la reputación de Ricardo como cruzado, debe recordarse que la fama no le vino por lo conseguido en Acre, sino más bien por sus acciones en Arsur y Jaffa. En particular, sus operaciones en esta última plaza habrían de constituir un momento trascendental, ya que, poco más de un año después de Acre, en agosto de 1192, Ricardo lograba defender su posición con gran maestría, frenando el avance de Saladino, pese a contar únicamente con un regimiento de menos de dos mil hombres. Como muy bien ha señalado R. C. Smail, «la habilidad personal que demostró ese día le ayudó a conquistar la inmortalidad». Christopher Tyerman coincide en el diagnóstico y asegura que Jaffa «consolidó [...] su legendario renombre como soldado y general[11]».

Por otra parte, en Acre también hubo varios comandantes más que se manifestaron capaces de ejercer un sólido liderazgo, aunque, para su desgracia, se vieron ensombrecidos por las brillantes figuras de Saladino y Ricardo Corazón de León. Taqi al-Din merece ser considerado el mejor y más competente paladín musulmán del sitio de Acre. Tras confiársele la capitanía del ala derecha del ejército de Saladino, sería precisamente él quien encabezara la proeza de Montmusard, con la que los sarracenos consiguieron abrir un pasillo seguro y acceder a la ciudad en septiembre de 1189. El 4 de octubre, el flanco izquierdo del contingente cruzado le obligaría a retroceder, pero logró que sus hombres se mantuvieran cohesionados, lo suficiente al menos como para no des-

hacer la formación en ningún momento. Y una vez iniciado el contraataque, Taqi al-Din consiguió reagrupar a sus huestes y forzar primero el choque de los enemigos con sus camaradas del centro, para obligarles después a dar media vuelta y regresar a su campamento. También realizó con éxito el encargo de reclutar nuevas tropas de reserva en Siria, por no mencionar que, en 1190, convenció además a Sanjar Shah de que debía poner fin a su deserción y retornar al escenario del asedio en compañía de sus hombres. En 1189 y 1190, los emires Qaraqush y Husam al-Din Abul-Hayja se pusieron al frente de la guarnición de Acre, liderándola hasta el momento en el que Abul-Hayja fue apartado de sus funciones al proceder Saladino a la reorganización de su ejército. Sumando sus esfuerzos, Qaraqush y Abul-Hayja encontraron la forma de neutralizar las máquinas de asedio de los cruzados, y consiguieron contrarrestar su acción mediante la realización de fuertes y recurrentes descargas de artillería, el empleo del fuego griego y las salidas estratégicas de sus unidades de caballería, efectuadas siempre en los momentos clave. Y en 1191, sería Qaraqush quien encabezara la delegación encargada de negociar con los reyes Felipe y Ricardo.

Entre los cristianos hay otros tres nombres que descuellan con luz propia en las fuentes que nos informan del asedio. El conde Enrique de Champaña tomó la sabia decisión de redirigir los empeños de las fuerzas cristianas, apartándolos del ejército de Saladino para concentrarlos en los trabajos directamente relacionados con el asedio. De hecho, fueron justamente sus catapultas y sus arietes de asalto los que se encargaron de asestar los primeros mazazos a los muros y torres de Acre, provocando así una debilidad estructural que más tarde explo-

tarían otros contingentes occidentales. Pese a que tanto él como sus compañeros de armas se revelaran incapaces de impedir que los sargentos pusieran en marcha la desastrosa ofensiva del día de Santiago, lo cierto es que supo garantizar la supervivencia de su ejército al mantener a resguardo a los nobles y a los caballeros. A principios de noviembre de 1190, Enrique lideraría asimismo la espléndida retirada defensiva en la que se enfrentó, por espacio de cuatro días consecutivos, a las huestes musulmanas, sin dejar de marchar en ningún momento hacia sus posiciones de retaguardia. Esto le permitió evitar que el enemigo rodeara a su ejército, ya que eso le habría hecho correr el grave peligro de una aniquilación prácticamente total. De manera similar, también Godofredo de Lusiñán demostraría ser un líder de talla: en 1189 consiguió defender adecuadamente el campamento y rescatar a sus derrotados camaradas. Durante la ofensiva de la festividad de San Martín, dirigió las operaciones del día, junto con el conde Enrique de Champaña, y en los momentos de mayor apuro acertó a capitanear con solvencia varias cargas decisivas de caballería. Por último, también hemos de mostrar el debido respeto a Felipe Augusto, habitualmente eclipsado por su homólogo inglés. La primera artillería que consiguió provocar graves daños en los muros de Acre fue la de Felipe, y, de hecho, también sus zapadores se adelantaron a todos sus compañeros de oficio en el minado de las murallas de la fortaleza, por la zona de la Torre Maldita. Contara o no con la ayuda de Ricardo, el monarca francés insistió siempre en sus ataques. Durante el tiempo que el inglés permaneció indispuesto, Felipe acometió a los musulmanes con tanto ímpetu que Qaraqush acabó por sopesar incluso la posibilidad de rendirse, y esto una semana antes de que Ri-

cardo comenzara a implicarse seriamente en los combates[12].

Aun así, no todos los éxitos y fracasos vividos y encajados en Acre pueden atribuirse a las decisiones de los comandantes o a las hazañas de la tropa. Pese a que en este libro haya preferido resaltar los aspectos operativos, organizativos, logísticos, estratégicos, tácticos y tecnológicos del asedio, lo cierto es que, al contemplar las cosas, no todas las fuentes medievales del acontecimiento optan por valerse de una lente analítica de parecidas características funcionales. Al contrario, lo más habitual es que atribuyan los hechos de Acre, sea la victoria de los cristianos o la derrota de sus adversarios, a algún tipo de intervención divina, cosa que por otra parte llevaban haciendo desde el principio de la era de las cruzadas la totalidad de los autores y los soldados implicados en esos choques[13]. Se entendía que muchos de los acontecimientos vividos en el transcurso de esas contiendas constituían en realidad un testimonio de que Dios deseaba contribuir a la materialización de los planes de victoria bélica de los seres humanos. Y dado que la Tercera Cruzada consistió fundamentalmente en un conjunto de pugnas entre los ejércitos del cristianismo y el islam, sería lógico esperar que las explicaciones relacionadas con el modo en que la fe inspira, condiciona y limita tanto los combates como las acciones diplomáticas presentaran diferencias muy notables en función del credo que domine en la interpretación de lo ocurrido. Sin embargo, lo que expresan las fuentes escritas en latín, francés antiguo y arabe es, en muchos aspectos, una serie de nociones comunes sobre el papel de Dios en el campo de batalla y la necesidad de conservar la fe a lo largo de toda la guerra.

Ambos bandos creían estar formados por tropas del Altísimo, persuadidos de ser sus únicos elegidos. Pueden citarse varios ejemplos de este tema del «soldado de Dios»: Ambrosio sostiene que los cruzados son el ejército del Señor; en distintos puntos se afirma que todo el mundo estaba convencido de que el mismísimo Jesús había llenado de ardor combativo el ánimo de sus caballeros; que el duque Federico de Suabia era un atleta de Dios, y que Huberto Walter, pese a su condición de obispo, había sido armado caballero debido a sus grandes virtudes marciales[14]. De manera similar, también los musulmanes eran considerados combatientes del islam[15].

Se establecían asimismo distingos entre uno y otro ejército. Ambrosio contrapone en dos pasajes a los cristianos y a los musulmanes: los primeros, dice, son gentes de Dios, mientras que a los segundos solo puede considerárseles «la escoria de la tierra», «una raza maldita que Dios expulsa de su boca[16]». El propio Ricardo Corazón de León, en la carta que dirige a Claraval y que aparece recogida en Rogelio de Hoveden, hace referencia a toda una serie de santos lugares profanados por «los enemigos de la Cruz de Cristo[17]». El mismo Saladino asegura estar dispuesto a morir si con eso consigue «que perezcan también los enemigos de Alá[18]». Por consiguiente, cabe concluir que tanto los musulmanes como los cristianos se lanzaban a la acción armada con un espíritu muy similar, amedrentados ante la perspectiva de una derrota, pero con la confianza puesta en que sus esfuerzos acabaran contribuyendo al cumplimiento de la voluntad de Dios y a la propagación de la fe legítima.

Al partir de Acre

Como acostumbra a suceder en el caso de cualquier acontecimiento militar de significación notable, también del sitio de Acre será siempre posible extraer informaciones nuevas, perspectivas diferentes desde las que contemplar los hechos, e interpretaciones contrarias que afianzar. La complejidad de la narrativa del asedio resulta verdaderamente sorprendente, lo que explica que el relato se preste constantemente al estudio y ofrezca una y otra vez el flanco a las revisiones constructivas. Puede decirse que, en conjunto, este hecho de armas se desarrolló en ocho batallas memorables a campo abierto. Por consiguiente, la idea de que, en términos formales, no hubo un solo gran choque en la Tercera Cruzada —excepto el de Arsur es simplemente errónea[19].

Veintiséis escaramuzas vienen a completar la acción de guerra centrada en esos ocho encontronazos principales. Pese a tratarse de combates de segundo orden, fueron sin embargo lo suficientemente importantes como para despertar una especial atención en las fuentes escritas. Y por último, no debemos olvidar que el sitio de Acre asistió también a un sinfín de refriegas menores y de ofensivas cotidianas contra las empalizadas del fuerte cristiano. En este último grupo de acometimientos destacan las más de doce salidas estratégicas que efectuó la guarnición de Acre. Sus integrantes se lanzaban al ataque por las puertas de la ciudad, abatiéndose con furia sobre el campamento de los occidentales, y logrando en muchos casos penetrar en él. En respuesta, sus oponentes organizarían doce largos períodos de asalto contra la fortaleza musulmana, abalanzándose sobre ella con oscilante intensidad y métodos distintos. Finalmente se producirían,

tanto en las aguas de la bahía de Haifa como en el resto del mar Mediterráneo, diez batallas navales, unas veces entre barcos aislados, y otras entre flotas enteras venidas de Italia, Chipre, Líbano y Egipto. A finales de agosto de 1191, al partir los dos ejércitos y alejarse fatigosamente de Acre para encaminarse a las regiones meridionales, y específicamente a Arsur, podemos imaginar los sentimientos que embargaron a muchos soldados cristianos y musulmanes al volver la vista atrás y contemplar por última vez esa península en la que tanto tiempo habían permanecido. Debió de tratarse de una emoción agridulce, y más aún al recordar a sus camaradas caídos, que no llegaron a rebasar las murallas del baluarte asediado y mucho menos a vislumbrar las de Jerusalén. Sin embargo, por largo que resultara el asedio, lo cierto es que no había sido más que el primer choque de la Tercera Cruzada.

En Acre se desplegaron en toda su extensión varias dimensiones diferentes de la guerra medieval. Desde el punto de vista de la tecnología militar, Acre es un expositor en el que se exhiben los métodos y artefactos más avanzados del siglo XII. Vemos en acción una gran variedad de dispositivos mecánicos, como piezas de artillería, torres de asedio, plúteos, arietes y buques-fortaleza; observamos prácticas propias de la guerra química y bacteriológica, dado que los musulmanes recurrieron al fuego griego y contaminaron los suministros de agua arrojando cadáveres a los puntos de abasto, y constatamos asimismo las grandes muestras de ingenio que se requirieron para levantar las empalizadas del fuerte cruzado y llevar a cabo las labores de zapa en que se empeñaron tanto cristianos como musulmanes. Acre nos permite estudiar con detalle la organización militar y la logística de

los ejércitos de la época, ya fueran orientales u occidentales. Sabemos así cómo se agrupaban las tropas, de qué modo se las hacía marchar y trabajar, con qué fórmulas se las dejaba descansar, qué sistemas facilitaban el comercio con los combatientes, y qué clase de víveres y objetos adquirían estos.

El relato de los acontecimientos lleva aparejada la descripción de una amplia gama de tácticas. El asedio nos lleva a comprender cómo atacaban las fortificaciones los cristianos y los musulmanes, y también nos hace ver su forma de rechazar al enemigo. Las fuentes también nos informan sobre el terreno circundante, ya que nos hablan de los lugares en los que se acantonaban las tropas, de los puntos en que se agrupaban en formación, y de la manera en que acometían, contraatacaban o se dispersaban. Había veces en que los dos ejércitos efectuaban maniobras rápidas y decisivas con el fin de explotar los puntos débiles de las líneas adversarias; otras, en cambio, los ataques resquebrajaban las filas de cualquiera de ellos. Los períodos de gran dramatismo combativo encuentran su contrapunto en los momentos de inactividad y considerable sufrimiento. En el fragor de la lucha, es frecuente comprobar que el liderazgo claro y sensato tiene su cara opuesta en las decisiones erróneas que dicta el pánico, el exceso de precaución o la agresividad descontrolada, lo que explica que las fuentes juzguen oportuno ocuparse de la moral de las tropas, ya pertenezcan a la élite social o sean simples soldados rasos. Ninguno de los individuos que lucharon en Acre podía estar seguro de nada: no se conocía la situación en que se hallaba el ejército contrario y tampoco se sabían sus dimensiones; se ignoraba la capacidad táctica y la visión política de los cabecillas; la fecha en que pudieran llegar los ansia-

dos refuerzos solo podía ser objeto de conjeturas, y a veces ni siquiera se podía tener la certeza de cuándo se volvería a tener algo que llevarse a la boca.

Desde el punto de vista estratégico, el asedio ofrece lecciones muy útiles sobre la necesidad de contar con un carácter resuelto y la capacidad de fijar objetivos definidos. Ya hemos hablado del ineficaz carácter de la estrategia de desgaste que aplicó Saladino para quebrar el cerco, pero las vacilaciones de los cristianos también se revelaron problemáticas. Al empeñarse en alternar los ataques a la ciudad con las embestidas a las fuerzas del sultán que les mantenían cercados, los cabecillas de la cruzada acabaron por perder de vista su objetivo primario, que obviamente no era otro que el de la conquista de la propia Acre. En 1189, este planteamiento terminaría por limitar sus acciones a la simple y constante voluntad de «repeler» a los hombres del ayubí, lo que únicamente les permitió ganar algo de terreno para maniobrar. Sin embargo, el 4 de octubre, al perder la batalla que les había enfrentado a los musulmanes, lo que obtuvieron fue justamente lo contrario. Y a pesar de que, en 1190, Enrique de Champaña volviera a concentrar temporalmente las energías del ejército en la eventual toma de Acre, lo cierto es que también él acabó apartando sus esfuerzos de la ciudad como consecuencia de la ofensiva del día de San Martín. Con todo, hemos de tener en cuenta que los altibajos de estas operaciones se deben a la propia condición humana. Resultaba simplemente muy difícil que una división integrada por miles de soldados librara un día una batalla decisiva, y que se lanzara sin más al siguiente a la exhaustiva materialización de un conjunto de operaciones de asedio, debido sobre todo a que apenas podía contarse con tropas frescas con las que susti-

tuirlos. El establecimiento de unas prioridades confusas en ambos bandos dio origen a un proceso muy trabajoso que terminó prolongándose más de lo que nadie podría haber imaginado. No es de extrañar que, al llegar a la plaza, en la primavera de 1191, Felipe Augusto quedara atónito al ver qué la ciudad todavía no había sido tomada y diera en preguntar (en palabras actuales): «¿Pero qué demonios habéis estado haciendo todo este tiempo?».

Una vez que los barcos de Felipe y Ricardo hubieron atracado frente al baluarte, los cristianos consiguieron resolver finalmente el rompecabezas, así que dividieron el ejército en dos secciones (una dedicada a las tareas de asedio y otra centrada en la defensa de las empalizadas del campamento occidental), pero dejaron que Saladino tomara la iniciativa. En otras palabras: dedicaron la mitad de sus efectivos a labores ofensivas y la otra mitad a la autoprotección. Los historiadores militares tienden a focalizar sus esfuerzos en el análisis del liderazgo, así que no hay duda de que los debates sobre las decisiones que tomaron en su momento los generales de uno y otro bando están llamados a perdurar en el tiempo.

Por fortuna, es mucho el trigo que puede llevarse a ese molino. Sin embargo, son también muy numerosos los elementos que impiden toda relación sencilla de los sucesos asociados con el asedio vivido en Acre entre 1189 y 1191: por un lado está la hondura y el notable grado de detalle de lo que refieren las fuentes que han llegado hasta nosotros; y por otro intervienen las cuestiones de carácter interpretativo que surgen al valorar dos años de encontronazos e interacciones, y nada menos que en el contexto de dos guerras santas, además: la cristiana y la islámica. No hay ninguna fuente que alcance a reflejar

en su integridad la variada panoplia de escaramuzas y batallas que se desplegaron en la gesta. Lo que debe hacer el estudioso, por tanto, es más bien consultar y escrutar todos los relatos, tanto desde la perspectiva occidental como desde el punto de vista oriental, ya que solo así podrá tratar de determinar su orden y su magnitud. Los historiadores modernos tienen la gran suerte de disponer no solo de una enorme cantidad de información documental, sino también de los hallazgos materiales obtenidos gracias a las extensas excavaciones arqueológicas, todavía inacabadas, que se están efectuando tanto en el casco viejo de Acre como en el Torón y sus alrededores. Es probable que muy pronto se descubran y divulguen nuevos datos importantes sobre el Acre medieval[20].

«Para finales de septiembre, el sol de Acre ya había pasado a espada hasta el último soplo de aire[21]». Esta es la gráfica expresión que sale de la boca de Milo, el abate de Santa María del Pino de Poitiers, personaje de la novela de Maurice Hewlett titulada *The Life and Death of Richard Yea-and-Nay*. Andando el tiempo, en 1917, nada menos que T. E. Lawrence, el esforzado campeón de los pueblos árabes y la civilización, dará en recordar tan evocador pasaje al sufrir en carne propia la intensidad de la canícula del Oriente Próximo[22]. Lawrence había visitado Acre ocho años antes y conocía bien el carácter de la ciudad y el estilo de vida que más gustaba a sus habitantes. Y ahora que yo mismo acabo de traer a colación los sudores de los miles de personas que lucharon y murieron en Acre, la imagen de un sol de acero parece adecuarse perfectamente al caso.

Apéndice A: Descripción de Acre

Acre se encuentra en la región costera de la cuenca oriental mediterránea, entendida como la franja de tierra que se extiende en forma de arco desde el Asia Menor hasta Egipto. David Jacoby ha resaltado la importancia de la plaza de Acre (la moderna ciudad de Akko) con las siguientes palabras: «es la urbe que más intensas emociones despierta en el historiador de la Edad Media[1]». Se trata asimismo de un lugar en el que se han efectuado extensas excavaciones arqueológicas y estudios topográficos, unos trabajos que han sido en gran medida responsables de que en 2001 la Unesco designara a Acre Patrimonio de la Humanidad[2]. Desde esa fecha se han venido realizando constantes hallazgos, y todo parece indicar que los arqueólogos comprenden mejor de día en día la situación y la historia de la ciudad.

Además de los restos materiales de la fortificación misma, han llegado hasta nosotros varias descripciones y representaciones de la ciudad elaboradas entre los siglos XII y XIII. En la versión que Ricardo de Templo hace del *Itinerarium peregrinorum* encontramos una buena exposición de los rasgos definitorios de la urbe y sus alrededores:

> La plaza tiene forma triangular, ya que se estrecha al oeste y se ensancha al este. Las inquietas olas ciñen más de una tercera parte de su

perímetro, por sus flancos meridional y occidental. El puerto no es todo lo bueno que debiera. Se revela a menudo incapaz de ofrecer una adecuada protección a los bajeles que recalan en él para la invernada (y tanto es así que muchas veces acaban hechos pedazos, puesto que los escollos rocosos que corren paralelos a la costa no son lo suficientemente grandes para desbravar los ímpetus del mar en caso de tormenta[3]).

Las murallas que hoy abrazan la península no pertenecen a la época de las cruzadas, y de hecho ni siquiera se remontan al período napoléonico[4]. Deben fundamentalmente su construcción a los otomanos del siglo XIX, y a primera vista pueden resultar algo engañosas, dado que, por ejemplo, el actual muro occidental que discurre junto al litoral mediterráneo no existía en el siglo XII. El verdadero muro septentrional de Acre avanzaba en dirección oeste y terminaba en una torre erigida a la orilla del mar[5]. Por fortuna, los manuscritos medievales nos ofrecen tres ilustraciones de la ciudad de Acre, y todos ellos destacan sus fortificaciones[6]. Los mapas del siglo XIII de Pietro Vesconte y Paulino de Puteoli muestran la existencia de once o doce torres, de entre las cuales destaca la *Turris maledicta* (o Torre Maldita), enclavada en la confluencia de los muros septentrional y oriental de las defensas de la plaza[7].

Los mapas también muestran que había carreteras que conducían a las torres, y en ellas aparecen dibujadas las puertas de la fortaleza. Resulta bastante complicado identificar todos los accesos que se abrían en la muralla original, y de hecho su señalamiento ha dado lugar a algunos debates. En el caso del muro septentrional conocemos los nombres de cinco portalones. Partiendo del extremo occidental (pegado al mar), estas entradas son las de San Miguel, de los Baños Públicos, del Hospital (o de San Juan), de la Virgen María (o de Nuestra Señora),

y de los Ingleses (o de San Hugo). Esta muralla termina en la Torre Maldita. El muro oriental arranca de esa misma atalaya y corre en dirección sur, jalonado por las puertas de los Peregrinos (a la que más tarde se daría el nombre de Puerta de San Nicolás), y de Godofredo le Tor[8]. En el paño oriental se encontraba la Torre de la Fuente del Buey, que tal vez se alzara precisamente sobre esta última Puerta de Godofredo le Tor[9]. Una vez reconquistada la ciudad, los habitantes cristianos cambiaron los nombres de algunas puertas, y en el siglo XIII, al ampliarse el perímetro amurallado y añadirse nuevos muros, aparecerían nuevos puntos de entrada[10].

Todavía no se ha procedido a excavar la zona en la que se encuentran los cimientos de los muros cruzados, pero ya se han hallado algunos elementos que han conseguido llegar a nuestros días. De entre ellos destacan fundamentalmente una parte de la sección norte —sobre la que vendría a levantarse más tarde la estructura otomana— y los restos de una torre de 170 metros situada al noreste del ángulo nororiental del muro actual[11]. El hecho de que se hayan desenterrado algunas piezas de carácter decorativo, junto con varias de las piedras que se usaban como proyectiles en las catapultas, y diversos sillares pertenecientes a los antiguos cimientos del recinto amurallado, sugiere que el paño oriental del muro cruzado se encontraba más hacia el levante, ya que quizá discurriera por fuera de las defensas actuales, a unos 450 metros de estas, cubriendo buena parte del trecho que separa la ciudad de la zona del Torón. Una porción de este muro se elevaba sobre una cresta montañosa, contaba con una parte en forma de rampa a fin de constituir un glacis[*], y muy probablemente se hallaba precedida de un foso lleno de agua[12].

Al este y más allá de las murallas del casco viejo de Acre se encuentran el Torón y otros elementos naturales que Ricardo Corazón de León describe como sigue:

> En lo alto del monte Torón, que se encuentra en las inmediaciones de la plaza [de Acre], hubo en su día una ciudad llamada Tolemaida [...]. El río que fluye hasta Akko recibe el nombre de Belus. Es de cauce estrecho y escasa profundidad, pero no por ello es pequeña la gloria que reclama Solino por haberlo descubierto, puesto que además de incluirlo entre las maravillas del mundo sostiene que posee arenas que se asemejan al cristal [...]. Frente a la vertiente sur de la ciudad se alza majestuosamente el Monte Carmelo[13].

Encaramado a los restos de una de las capitales cananeas, que fue también puerto para los fenicios, el Torón se levanta a poco más de un kilómetro en línea recta de la base de la colina que lo sostiene y que es también el punto en el que la península de Acre viene a morir en el Mediterráneo[14]. Enterrados a poca profundidad en los modernos senderos que recorren la zona se encuentran miles de fragmentos de cerámica de la época helenística, todos ellos esparcidos y pisoteados como si se tratara de otras tantas baratijas inservibles. Sobre la colina misma se ha erigido una estatua de Napoleón Bonaparte, moldeada en acero negro, en la que el emperador aparece a lomos de su bronco caballo Marengo con la mirada eternamente prendida en la ciudad que tanto frustró sus esfuerzos durante el cerco que él mismo le impuso en 1799.

El resto de los alrededores de Acre puede contemplarse sin dificultad desde lo alto de la loma. Al sur del Torón discurre el río Naman, o Belus, que desemboca junto al puerto de Acre. El amplio territorio que se abre al este de la urbe, al que por regla general suele darse el vago nombre de «llanura de Acre», se extiende por espacio de unos diez kilómetros, hasta las estribaciones de la accidentada región de Galilea, y en la época de la Tercera

Cruzada se hallaba cubierta de huertos, viñedos y granjas[15]. Más al sur, y al otro lado de la bahía, se alza bruscamente de las aguas el Monte Carmelo: la elevación, que una vez fuera escenario de los combates entre el bíblico Elias y los sacerdotes de Baal, alberga hoy el puerto de Haifa, que es la tercera ciudad de Israel por su tamaño. Al este, al otro extremo de la llanura de Acre, se extienden los bosques y la ondulada región que asciende hacia las agrestes lomas de la Alta Galilea, recorridas por carreteras que avanzan hacia el este y al sureste para dirigirse a Tiberíades y Nazaret. No muy lejos de allí, al norte, aguarda el Líbano, con Tiro, Trípoli y los antiguos caminos que permiten internarse en el Asia Menor.

Apéndice B: Combates librados en Acre o en sus inmediaciones, 1189-1191

El asedio de Acre fue el teatro de constantes acciones militares. Las fuentes coinciden en señalar que el ejército de Saladino solía atacar de manera habitual el campamento cruzado, muchas veces a diario. Del mismo modo, en el transcurso de esos dos años, se abatieron sobre la ciudad incesantes operaciones de asedio. Esto explica que resulte difícil cuantificar con exactitud la cifra de combates que tuvieron lugar en este espacio. En este esquema he incluido todas las acciones que aparecen específicamente señaladas en los textos. En la determinación del «tipo» de los diferentes encontronazos hay un cierto elemento subjetivo: las narrativas de que disponemos no siempre permiten una separación clara entre «escaramuzas» y «batallas», razón por la que he optado por distinguirlas mediante el expediente de no considerar como tales «batallas» más que las acciones memorables que se efectuaron a campo abierto. Y cuando hablo de «victorias» lo que pretendo indicar es que se consiguió materializar un objetivo militar específico (como el de concluir un asalto con la destrucción de los pertrechos enemigos, o el de conservar la posición tras la batalla).

Fecha	Tipo	Ubicación	Iniciador	Resultado
1189 (22-28 de agosto)	Escaramuza	Paso de Escandelión	Ejército de Saladino	Indeciso
1189 (1 de septiembre)	Asedio	Acre	Cristianos	Derrota
1189 (2 de septiembre)	Escaramuza	El Torón	Ejército de Saladino	Victoria: se logra abrir una vía de acceso a la ciudad
1189 (mediados de septiembre)	Escaramuza	Orillas de la bahía de Acre	Ejército de Saladino	Derrota
1189 (15 de septiembre)	Batalla	Montmusard	Ejército de Saladino	Indeciso
1189 (16 de septiembre)	Batalla	Montmusard	Ejército de Saladino	Victoria: se logra abrir una vía de acceso a la ciudad
1189 (16 de septiembre)	Salida	Montmusard	Guarnición de Acre	Victoria: incautación de unos camellos
1189 (17 de septiembre)	Batalla	Montmusard	Ejército de Saladino	Derrota
1189 (19 de septiembre)	Escaramuza	Montmusard	Guarnición de Acre	Derrota
1189 (22 de septiembre)	Batalla	Campamento cruzado	Cristianos	Derrota
1189 (29-30 de septiembre)	Escaramuza	Río Belus	Ejército de Saladino	Victoria: se efectúa con éxito una emboscada
1189 (4 de octubre)	Batalla	Llanura de Acre	Cristianos	Derrota
1189 (4 de octubre)	Salida	Campamento cruzado	Guarnición de Acre	Indeciso
1189 (31 de octubre)	Batalla naval	Bahía de Haifa	Musulmanes	Victoria: los barcos superan el bloqueo
1190 (marzo)	Escaramuza	Llanura de Acre	Cristianos	Indeciso
1190 (marzo)	Batalla naval	Mar Mediterráneo	Cristianos	Victoria: se hunden varios barcos
1190 (principios de mayo)	Asedio	Acre	Cristianos	Derrota
1190 (12 de mayo)	Escaramuza	Campamento cruzado	Ejército de Saladino	Derrota
1190 (12 de mayo)	Salida	Campamento cruzado	Guarnición de Acre	Derrota
1190 (14-15 de junio)	Batalla naval	Bahía de Haifa	Musulmanes	Victoria: los barcos logran burlar el bloqueo

Fecha	Tipo	Ubicación	Iniciador	Resultado
1190 (25 de julio)	Batalla	Llanura de Acre	Cristianos	Derrota
1190 (25 de julio)	Salida	Campamento cruzado	Guarnición de Acre	Indeciso
1190 (agosto)	Asedio	Acre	Cristianos	Indeciso
1190 (2-3 de septiembre)	Salida	Campamento cruzado	Guarnición de Acre	Victoria: se queman unas catapultas
1190 (finales de septiembre)	Batalla naval	Torre de las Moscas	Cristianos	Derrota
1190 (2 de octubre)	Salida	Campamento cruzado	Guarnición de Acre	Indeciso
1190 (mediados de octubre)	Escaramuza	Tel al-Ayyadiyya	Cristianos	Derrota
1190 (15 de octubre)	Asedio	Acre	Cristianos	Derrota
1190 (15 de octubre)	Salida	Campamento cruzado	Guarnición de Acre	Victoria: se queman y capturan dos arietes
1190 (17 de octubre)	Batalla naval	Torre de las Moscas	Cristianos	Derrota
1190 (2 de noviembre)	Salida	Campamento cruzado	Guarnición de Acre	Derrota
1190 (12-15 de noviembre)	Salida	Campamento cruzado	Guarnición de Acre	Indeciso
1190 (12 de noviembre)	Escaramuza	Tel al-Ajul	Cristianos	Indeciso
1190 (13 de noviembre)	Batalla	Recordane	Cristianos	Indeciso
1190 (noviembre-diciembre)	Salidas*	Campamento cruzado	Guarnición de Acre	Indeciso
1190 (14 de noviembre)	Marcha de combate	Río Belus	Cristianos	Indeciso
1190 (15 de noviembre)	Marcha de combate	Puente de Doc	Cristianos	Victoria: el ejército regresa al campamento
1190 (24 de noviembre)	Escaramuza	Montmusard	Ejército de Saladino	Victoria: se realiza una emboscada con éxito
1191 (1-5 de enero)	Asedio	Acre	Cristianos	Victoria: se consigue derribar parte de un muro
1191 (1-5 de enero)	Salidas*	Campamento cruzado	Guarnición de Acre	Indeciso
1191 (11 de enero)	Batalla naval	Puerto de Acre	Cristianos (desertores)	Victoria: saqueo de un barco
1191 (22-23 de enero)	Batalla naval	Puerto de Acre	Cristianos	Derrota
1191 (2 de marzo)	Batalla naval	Puerto de Acre	Musulmanes	Victoria: se captura un barco
1191 (31 de marzo)	Escaramuza	Desconocida	Ejército de Saladino	Indeciso

Fecha	Tipo	Ubicación	Iniciador	Resultado
1191 (14 de mayo)	Escaramuza	Campamento cruzado	Ejército de Saladino	Victoria: incursión en el campamento enemigo
1191 (26 de mayo)	Batalla naval	Mar Mediterráneo	Cristianos	Derrota
1191 (30 de mayo)	Asedio	Acre	Cristianos	Victoria: derrumbe parcial de un muro
1191 (4-5 de junio)	Escaramuzas*	Campamento cruzado	Ejército de Saladino	Victoria: se abortan los ataques de los sitiadores
1191 (7 de junio)	Batalla naval	Mar Mediterráneo	Cristianos	Victoria: se logra hundir un barco
1191 (8 de junio)	Pillaje	Haifa y llanura de Acre	Musulmanes	Indeciso
1191 (11 de junio)	Asedio	Acre	Cristianos	Derrota
1191 (11 de junio)	Escaramuza	Campamento cruzado	Ejército de Saladino	Derrota
1191 (11 de junio)	Salida	Campamento cruzado	Guarnición de Acre	Victoria: se queman los artefactos del adversario
1191 (14 de junio)	Asedio	Acre	Cristianos	Derrota
1191 (14 de junio)	Escaramuza	Campamento cruzado	Ejército de Saladino	Victoria: saqueo del campamento
1191 (17 de junio)	Asedio	Acre	Cristianos	Derrota
1191 (17 de junio)	Escaramuza	Campamento cruzado	Ejército de Saladino	Derrota
1191 (22 de junio)	Escaramuza	Montmusard	Ejército de Saladino	Indeciso
1191 (23 de junio)	Escaramuza	Río Belus	Ejército de Saladino	Indeciso
1191 (2 de julio)	Asedio	Acre	Cristianos	Derrota
1191 (3 de julio)	Escaramuza	Campamento cruzado	Ejército de Saladino	Derrota
1191 (3 de julio)	Asedio	Torre Maldita	Cristianos	Victoria: derrumbe parcial de un muro
1191 (3 de julio)	Salida	Campamento cruzado	Guarnición de Acre	Indeciso
1191 (5 de julio)	Escaramuza	Montmusard	Ejército de Saladino	Derrota
1191 (5 de julio)	Salida	Montmusard	Guarnición de Acre	Derrota

Fecha	Tipo	Ubicación	Iniciador	Resultado
1191 (6 de julio)	Batalla	Campamento cruzado	Ejército de Saladino	Derrota
1191 (11 de julio)	Asedio	Torre Maldita	Cristianos	Victoria: derrumbe parcial de un muro
1191 (25 de julio)	Escaramuza	Montmusard	Ejército de Saladino	Victoria: se da muerte a cincuenta cruzados
1191 (20 de agosto)	Escaramuza	Tel al-Ayyadiyya	Ejército de Saladino	Indeciso
1191 (21-22 de agosto)	Escaramuzas*	Campamento cruzado	Ejército de Saladino	Indeciso
1191 (23 de agosto)	Escaramuza	Río Belus	Ejército de Saladino	Indeciso

Número total de encontronazos conocidos:	75
Escaramuzas:	26
Batallas:	8
Marchas de combate:	2
Pillajes:	1
Acciones navales**:	10
Actos de asedio:	12
Salidas:	16
Claras victorias musulmanas:	14
Claras victorias cristianas:	8

* Se emplea el plural para indicar que se produjeron al menos dos encontronazos.
** Ya se trate de un enfrentamiento entre buques de guerra o de un ataque a un barco mercante.

Apéndice C:
Comandantes al frente de las tropas en la batalla del 4 de octubre de 1189

	Procedencia del contingente	Generales / Jefes destacados
Flanco izquierdo cristiano	Italia	Conrado de Monferrato Gerardo de Rávena
Unidad central cristiana	Cataluña	Andrés de Brienne
	Francia	Gerardo de Rádefort
	Alemania	Luis III de Turingia
	caballeros templarios	
Flanco derecho cristiano	Francia	Guido de Lusiñán
	Pisa	
	caballeros hospitalarios	
Campamento cruzado /	Francia	Godofredo de Lusiñán
Tropas de reserva	Flandes	Santiago de Avesnes

Guarnición de Acre (musulmana)		Baha al-Din al-Asadi Qaraqush
		Husam al-Din Abul-Hayja
Vanguardia (musulmana)		Isa Diya al-Din al-Hakkari
Flanco de extrema derecha (musulmán)	Hama	Taqi al-Din
Flanco de centro derecha (musulmán)	Alepo	Al-Afdal Alí
	Damasco	Al-Zahir Ghiyath al-Din Ghazí
	Mosul	Husam al-Din Ibn Lajin
	Diyarbakir	Qaymaz al-Najmi
	Nablús	Qutb al-Din ibn Nur al-Din
Unidad central (musulmana)	(*iskar y halqa*)	Salah al-Din (Saladino)
Flanco de centro izquierda (musulmán)	Sinyar	Mujahid al-Din Yarunqush
	kurdos	Mujalli ibn Marwan
	Edesa, Harrán e Irbil	Muzaffar al-Din Kukburi ibn Zayn al-Din
	kurdos	Sayf al-Din Alí ibn Ahmad al-Mashtub
	mamelucos	
Flanco de extrema izquierda (musulmán)	Asadiyya	Sayf al-Din Yazkuj
	mamelucos	Ruslan Bugha

Apéndice D: Combatientes que intervinieron en el sitio de Acre

Lo que sigue es una lista de las personas que sabemos que participaron en el asedio, ya fuera en el bando cristiano o en el musulmán. Únicamente incluye a los individuos que podemos situar definitivamente en Acre, de modo que no menciona ni a los que partieron a la cruzada pero no consiguieron llegar a la ciudad ni a los que se unieron a los occidentales, o a las filas de Saladino, después de que los ejércitos se hubieran desplazado ya al sur de Acre, a finales de agosto de 1189. En el caso de los cristianos, y por razones de coherencia, he adaptado los nombres a su forma moderna, al menos siempre que me ha sido posible. Sin embargo, en otras ocasiones me he limitado a copiar el formato que emplean las fuentes en los que aparecen.

Musulmanes	**Fuente**
Al-Adl al-Zabadani, gobernador de Sidón	Ibn Shaddad
Al-Afdal Alí de Damasco, hijo de Saladino	Gibb (en «Aiyübids»)
Alá al-Din Khurramshah ibn Izz al-Din Masud ibn Mawdud, hijo del señor de Mosul	Ibn Shaddad
Alam al-Din Kuiji	Ibn Shaddad
Alam al-Din Qaisar, emir de Ascalón	*Ymagines*
Alam al-Din Suleimán ibn Jandar, emir de Alepo	Ibn al-Athir
Alí, químico de Damasco	Ibn al-Athir

Alí, químico de Damasco	Ibn al-Athir
Al-Amjad Bahram Shah de Baalbek, sobrino-nieto de Saladino	Gibb (en «Aiyübids»)
Anónimo, de Mazandarán	Ibn Shaddad
Anónimo, descendiente de Mahoma	Ibn Shaddad
Argush, mameluco	Ibn Shaddad
Asad al-Din Shirkuh, tío de Saladino	Ibn Shaddad
Ayaz el Alto, guardia de Saladino	Ibn Shaddad
Al-Aziz Utmán de Egipto, hijo de Saladino	Gibb (en «Aiyübids»)
Badr al-Din, prefecto de Damasco	Ibn Shaddad
Badr al-Din Dildirim al-Yaruqi, señor de Tel Bashir	Ibn Shaddad
Baha al-Din al-Asadi Qaraqush, emir	Ibn Shaddad
Baha al-Din Ibn Shaddad, cadí	él mismo
Grair, arquero	*Estoire*
Husam al-Din Abul-Hayja, «el Gordo», emir	Ibn al-Athir
Husam al-Din Bishara, señor de Banias	Ibn Shaddad
Husam al-Din Husayn ibn Barik al-Mihrani	Ibn Shaddad
Husam al-Din ibn Lajin, señor de Nablús	Ibn Shaddad
Husam al-Din Lulu, emir	Ibn Shaddad
Husam al-Din Timurtash, hijo del emir Izz al-Din Jawuli	Ibn al-Athir
Husam al-Din Turnan	Ibn Shaddad
Ibn al-Jawali, el Mayor	Ibn Shaddad
Imad al-Din al-Isfahaní, secretario personal (*katib*) de Saladino	Abu Shama
Imad al-Din Zanki ibn Qutb al-Din Mawdud ibn Zanki, señor de Sinyar	Ibn Shaddad
Isa Diya al-Din al-Hakkari, jurista	Ibn Shaddad
Ismail al-Mukkabbis	Ibn Shaddad
Izz al-Din Arsul al-Asadi, emir	Ibn al-Athir
Izz al-Din ibn al-Muqaddam, señor de Kafartab y Barín	Ibn Shaddad
Izz al-Din Jurdik al-Nuri	Ibn Shaddad
Izz al-Din Masud ibn Mawdud ibn Zanki, atabeg y señor de Mosul	Ibn Shaddad
Jamal al-Din Abu Alí ibn Rawaha al-Hamawi, erudito y poeta	Ibn al-Athir
Al-Janah, emir y hermano de al-Mashtub	Ibn Shaddad
Khalil al-Hakkari, chambelán	Ibn al-Athir
señor de al-Shaqif Arnun (localidad conocida con el nombre de castillo de Belfort)	Ibn Shaddad
Majd al-Din ibn Izz al-Din Farrukhshah ibn Shahinshah, señor de Baalbek	Ibn al-Athir
al-Malik al-Adil Sayf al-Din Abu Bakr ibn Ayyub	

al-Malik al-Adil Sayf al-Din Abu Bakr ibn Ayyub, hermano de Saladino	Ibn Shaddad
Al-Malik al-Ashraf Muhammad, hijo de Saladino	Ibn Shaddad
al-Malik al-Muzaffar Taqi al-Din Umar, sobrino de Saladino y señor de Hama	Ibn Shaddad
Al-Malik al-Salih Ismail, hijo de Saladino	Ibn Shaddad
Al-Malik al-Zafir Khidr, hijo de Saladino y señor de Bosra	Ibn Shaddad
al-Mansur Muhammad de Hama, sobrino-nieto de Saladino	Gibb (en «Aiyübids»)
Al-Muazzam Fakhr al-Din Turanshah, hijo de Saladino	Ibn Shaddad
Muhammad ibn Barik	Ibn Shaddad
Muizz al-Din Sanjar Shah ibn Sayf al-Din Ghazi ibn Mawdud ibn Zanki, señor de al-Jazira	Ibn Shaddad
Mujahid al-Din Yarunqush, de Sinyar	Ibn Shaddad
Al-Mujahid Shirkuh II de Homs, primo segundo de Saladino	Gibb (en «Aiyübids»)
Mujalli ibn Marwan, emir	Ibn al-Athir
Muzaffar al-Din Kukburi ibn Zayn al-Din, señor de Edesa, Harrán e Irbil	Ibn Shaddad
Nasir al-Din ibn Taqi al-Din, señor de Manbij	Ibn Shaddad
Qaraqush, soldado	Ibn Shaddad
Qaymaz al-Harrani, guardia	Ibn Shaddad
Qush, chambelán del emir Qaraqush	Ibn Shaddad
Qutb al-Din ibn Nur al-Din, señor de Hisn Kayfá	Ibn Shaddad
Kuslan Bugha, mameluco	Ibn Shaddad
Sabiq al-Din Utmán ibn al-Daya, señor de Shaizar	Ibn Shaddad
Salah al-Din (Saladino)	Todas
Sarasunqur, mameluco	Ibn Shaddad
Sarim Qaymaz al-Najmi, *tawashi*	Ibn Shaddad
Sayf al-Din Alí ibn Ahmad al-Mashtub, jefe kurdo	Ibn Shaddad
Sayf al-Din Sunqur al-Dawadar, de Egipto	Ibn Shaddad
Sayf al-Din Yazkuj, mameluco	Ibn Shaddad
Shams al-Din, hijo de al-Adil	Ibn Shaddad
Sunqur al-Halabi, de Egipto	Ibn Shaddad
Sunqur al-Wishaqi	Ibn al-Athir
Usama, gobernador de Beirut	Ibn al-Athir
Yaqub al Halabi de Alepo, comandante de la *jandariyaa*	Ibn al-Athir
Zahir al-Din, gobernador de Jerusalén	Ibn al-Athir
Zahir al-Din ibn al-Balankari, de Mosul	Ibn al-Athir
Al-Zahir Ghiyat al-Din Ghazi de Alepo, hijo de Saladino	Gibb (en «Aiyübids»)
Zayn al-Din Yusuf ibn Zayn al-Din Alí ibn Baktakín	

Zayn al-Din Yusuf ibn Zayn al-Din ali ibn Baktakin, señor de Irbil	Ibn Shaddad

Otros (anónimos o desconocidos)[1]

Cristianos	Fuente
Abate de Chalons	*Itinerario 2*
Abate de Ford	*Itinerario 2*
Abate del Monte de los Olivos	*Howden 2*
Abate de Monte Sion	*Howden 2*
Abate de San Pedro de Lesterps	*Howden 2*
Abate del Templo de Nuestro Señor	*Howden 2*
Adán Brión, senescal templario	*RRRH* 1327
Adán de Leun	*Howden 2*
Adán de Villebon, chambelán del rey Felipe II de Francia	*Howden 2*
Adelardo, cardenal y obispo de Verona	*Itinerario 2*
Ado Puntiel	*RRRH* 1304
Aimerico, condestable real	*RRRH* 1279
Aimerico de Lusiñán	*Sidney Painter*
Aimón de Aix, senescal templario	*RRRH* 1297
Alano de Fontaines	*Itinerario 2*
Albero de Zemling, ministeriale (caballero carente de libertad)	*Ansberto*
Alberto de Horn, ministeriale	Ansberto
Alberto Rodé	Dana Cushing
Aldebrando, conde (desconocido)	*Itinerario 2*
Alicia, hija de Guido de Lusiñán y su esposa Sibila	*Howden 2*
Amalarico, condestable real	*RRRH* 1285
Ambrosio	él mismo
Amfrido de Turón	*Ymagines*
Andrés de Brienne, señor de Ramerupt	*Estoire*
Andrés de Chaveney	*Estoire*
Anónimo, autor de Itinerario 1	él mismo
Anónimo, perteneciente a la familia Camville (primero)	Sayers
Anónimo, perteneciente a la familia Camville (segundo)	Sayers
Anónimo 1, autor (Monachus / Haymar)	él mismo
Anónimo 2, autor	él mismo
Anónimo 3, autor	él mismo

Anónimo 3, autor	el mismo
Anselmo, condestable real	*RRRH* 1285
Anselmo Bellus, cónsul de Pisa	*RRRH* 1327
Anselmo de Lucca, caballero hospitalario	*RRRH* 1276[2]
Anselmo de Marsella	*RRRH* 1279
Anselmo de Montreal y sus sirvientes	*Howden 2*
Ansoldo Boniucini, castellano de Tiro	*RRRH* 1277
Arzobispo de Petra (desconocido)	*Howden 1*
Ato de Saint Sauveur	*RRRH* 1277
Aubery Clement, mariscal de Francia	*Estoire*
Balduino, arzobispo de Canterbury	*Estoire*
Balduino, hermano de Ansoldo Boniucini	*RRRH* 1277
Balduino, conde (desconocido)	*RRRH* 1277
Balduino Guerico	Merav Mack
Balduino de Béthune	Stephen Bennett[3]
Balduino de Carew (o de Carún)	*Estoire*
Balduino de Chipre, cónsul de Pisa	*RRRH* 1327
Balduino de Dargus	*Estoire*
Balduino de Jerusalén, amanuense de los hospitalarios de Tiro	*RRRH* 1288
Balduino de Verdón	Stephen Bennett
Balián de Ibelín (Yibna)	*RRRH* 1272
Bandino, canciller de Conrado de Monferrato	*RRRH* 1298
Bari, sobrino de Guillermo, arzobispo de Reims	*RRRH* 1298
Bartolomé, arzobispo de Tours	*Howden 2*
Bartolomé, señor de Vignory	Bouchard[4]
Bartolomé de Tegrin, cónsul de Pisa	*RRRH* 1327
Basac (desconocido)	*RRRH* 1279
Belmusto, hermano de Hugo Lecario	*RRRH* 1277
Berengario de Legsby	Christopher Tyerman, *England*
Berenguela de Navarra, esposa del rey Ricardo I de Inglaterra	*RRRH* 1279
Bernardo, conde (desconocido)	*Itinerario 2*
Bernardo, caballero templario y vizconde de Tiro	*RRRH* 1333
Bernardo Galti	R. Röhricht[5]
Bernardo de La Carra, obispo de Bayona	*Howden 2*
Bernardo de Saint Valery-sur-Somme	*Itinerarium 2*
Bertoldo, duque venido de Alemania (desconocido)	*Howden 2*
Bertoldo de Worms, *ministeriale*	Ansberto
Beltrán de Wissel	Dana Cushing
Beltrán Aundi	*RRRH* 1279

Beltrán Aundi	*RRRH* 1279
Beltrán Caminali	*RRRH* 1279
Beltrán Sardo de Marsella	*RRRH* 1279
Beltrán de Verdón, senescal de Irlanda	*Estoire*
Bertulfo, conde (desconocido)	*Itinerario 2*
Obispo de Forest (desconocido)	*RRRH* 1307
Obispo de Hebrón (titular; desconocido)	*Howden 2*
Obispo de Saint George (probablemente Lydda; desconocido)	*Howden 2*
Obispo de Tiberíades (desconocido)	*Howden 2*
Boves de Estables	*RRRH* 1288
Boves de Joigny	*Howden 2*
Hermanos de Tournebu (Eure), en número indefinido	*Estoire*
Castellano de Ypres	*Howden 2*
Capellán del arzobispo Balduino	*Epistolae Cantuarienses*
Chotardo de Loreora	*Estoire*
Clarembaldo de Montcaulon	*RRRH* 1304
Clarembaldo de Noyers, caballero hospitalario	*RRRH* 1288
Conrado, marqués de Monferrato	Varios autores
Cornelio Majal	*RRRH* 1325
Hija de Isaac Comneno (desconocida)	*Howden 2*
Desiderio, obispo de Tolón	*Itinerario 2*
Diepoldo, obispo de Passau	Ansberto
Dietmaro, liberto	Ansberto
Dietrich Vorrad	Dana Cushing
Domenico Contarini, legado del dogo de Venecia	*RRRH* 1298
Drogo fitz Ralph	Christopher Tyerman, *England*
Drogo de Amiens	*Itinerario 2*
Drogo de Merlo	*Howden 1*
Elias Rutze de Lübeck	Dana Cushing
Engeram de Fiennes	*Itinerario 2*
Erardo, mariscal de Champaña	Peter Edbury[6]
Erardo II, conde de Brienne	*Howden 2*
Erardo de Châtenay	*Itinerario 2*
Ernaldo de Grandeville	*Estoire*
Ertaudo, caballero templario	*RRRH* 1297
Escorfaz (desconocido)	*RRRH* 1307
Eustacio de Burnes	Christopher Tyerman, *England*
Femiano (desconocido)	*RRRH* 1279

Ferrando, caballero	*Itinerario 2*
Florencia de Hangy	*Ymagines*
Federico, duque de Suabia	Varios autores
Federico Barbarroja, hijo de Bertoldo V de Merania	Howden l[7]
Federico de Nusse	Dana Cushing
Fulcone da Castello	Merav Mack
Fulco Rostangi	*RRRH* 1279
Guarnerio de Creato, señor de Montreal	*RRRH* 1288
Guarnerio de Nablús, maestre de la Orden de los hospitalarios	*RRRH* 1327
Gaucher de Châtillon-sur-Marne	*RRRH* 1304
Gauzberto de Aspremont	*Itinerario 2*
Gauzberto de San Quintín, caballero templario	*RRRH* 1304
Cauterio le Beau, vizconde de Acre	*RRRH* 1327
Cauterio de Braholget, caballero hospitalario	*RRRH* 1288
Galván de Cheneche	*RRRH* 1272
Gacelo de Tiro	*RRRH* 1271
Godofredo, conde de Perche (hijo de Rotrón 111)	*RRRH* 1308
Godofredo, hijo de Godofredo le Tor	*RRRH* 1271
Godofredo le Tor	*RRRH* 1272
Godofredo de Bruyère	*Howden 2*
Godofredo de Joinville	*Itinerario 2*
Godofredo de La Celle	*Estoire*
Godofredo de Lusiñán, señor de Jaffa y Ascalón	Varios autores
Godofredo de Rançon	*Estoire*
Gerardo Aldreer	*RRRH* 1279
Gerardo Tatti	*RRRH* 1279
Gerardo de Furnival	Christopher Tyerman, *England*
Gerardo, obispo de Rávena	*Itinerario 2*
Gerardo, capellán de Ricardo I de Inglaterra	*RRRH* 1320
Gerardo, capitán preboste de San Donaciano y canciller de Felipe de Alsacia	*Crusade Charters*, p. 125
Gerardo de La Barte, arzobispo de Auch	*Howden* 1
Gerardo de Ridefort, gran maestre de la Orden del Temple	Varios autores
Gerberto, gran preceptor de la Orden del Temple	*RRRH* 1297
Gilberto Malet	Christopher Tyerman, *England*
Gilberto Malmain	*Itinerario 2*
Gilberto Pipard	Christopher Tyerman, *England*

	Tyerman, *England*
Gilberto Talbot, señor de Linton	*Estoire*
Gilberto de Tilliéres-sur-Avre	*Itinerario 2*
Gil de Corbeil, médico	Piers D. Mitchell[8]
Grawz de Bétpaumes	*RRRH* 1306
Guido, señor de Vergy	Constance B., Bouchard
Guido, señor de Vignory	Constance B., Bouchard
Guido II, señor de Dampierre	*Ymagines*
Guido III, mayordomo de Senlis	*Estoire*
Guido Espínola	Merav Mack
Guido de Chappes	Peter Edbury
Guido de Châtillon-sur-Marne	*Itinerario 2*
Guido de Choily	*RRRH* 1297
Guido de Dancy	*Howden 2*
Guido de Germinio	*RRRH* 1297
Guido de Lusiñán, rey de Jerusalén	Varios autores
Guido de Méziéres	*Itinerario 2*
Guido de Pierre-Pertuis	Constance B., Bouchard
Sobrino de Guido de Pierre-Pertuis	Constance B., Bouchard
Hellín de Wavrin, senescal de Flandes	*Estoire*
Henfrido de Montreal	*RRRH* 1285
Enrique I, conde de Bar-le-Duc	*Estoire*
Enrique II de Champaña, conde de Troyes	Varios autores
Enrique fitz Nicholas	*Estoire*
Enrique de Arzilliers	*RRRH* 1304
Enrique de Bardewieck	Dana Cushing
Enrique de Bockholt	Dana Cushing
Enrique de Cannelli, chambelán de Conrado de Monferrato	*RRRH* 1298
Enrique de Modlin, ministeriale	Ansberto
Heraclio, patriarca de Jerusalén	Varios autores
Hertaldo, caballero templario	*RRRH* 1304
Heriberto IV, conde de Nevers	*Itinerario 2*
Huberto Mordenz	*RRRH* 1307
Huberto Vulpes	*RRRH* 1325
Huberto Walter, obispo de Salisbury	*Ymagines*
Hugo III, duque de Borgoña	Eracles
Hugo IV, conde de Saint Pol	*Estoire*

Hugo IX de Lusiñán, conde de La Marche	*Estoire*
Hugo Lecario	*RRRH* 1277
Hugo Martini, mariscal	*RRRH* 1327
Hugo de Choily	*RRRH* 1297
Hugo de Coy (¿Coifly-le-Haut?)	*RRRH* 1304
Hugo de Ferri	*RRRH* 1279
Hugo de Gournay, criado de Ricardo I de Inglaterra	*Howden 2*
Hugo de La Fierté	*Estoire*
Hugo de Landricourt	*RRRH* 1304
Hugo de Poitou, mariscal de Ricardo I de Inglaterra	*Itinerario 2*
Hugo de Puchperg, ministeriale	Ansberto
Hugo de Saint Maurice	*RRRH* 1291
Hugo de Tabari	*Ymagines*
Hugo de Tiberíades	*RRRH* 1327
Hugo de Valliéres	*RRRH* 1306
Humberto de Argentoil	*RRRH* 1288
Hunfredo de Torón	Gillingham, Richard 1
Hunfredo de Veilly	*Howden 2*
Isabel, esposa de Conrado de Monferrato	Varios autores
Ivo de Vieuxpoint (Vipont)	*Itinerario 2*
Santiago de Avesnes, señor de Condé y Guisa	*Howden 2*
Jaime de Clare, cónsul de Pisa	*RRRH* 1327
Juana de Inglaterra, hermana de Ricardo I	*Howden 2*
Juan, obispo de Brescia	*Itinerario 2*
Juan, obispo de Evreux	*Estoire*
Juan, condestable de Chester	*Howden 2*
Juan, conde de Loegria	*Itinerario 2*
Juan, conde de Ponthieu	*Itinerario 2*
Juan, conde de Sées	*Itinerario 2*
Juan, conde de Vendôme	*Howden 2*
Juan, hijo de Femiano	*RRRH* 1279
Juan Crispín de Lübeck	Dana Cushing
Juan Morecini, legado del dogo de Venecia	*RRRH* 1298
Juan Estralera	*RRRH* 1277
Juan de Arcis-sur-Aubé	*Itinerario 2*
Juan de Bridgeport, médico	Piers D. Mitchell
Juan de Borgoña	*RRRH* 1323
Juan de Hessle	Sayers
Juan de Lambert	*Howden 2*
Juan de Montmirail	*Itinerario 2*

Juan de Morwick, canónigo de York	Sayers
Juan de Neele, castellano de Bruges	*Itinerario 2*
Juan de Preaux (Sena Inferior), caballero del rey Ricardo I de Inglaterra	*Estoire*
Juan de Saint Albans	Piers D. Mitchell
Jordán de Hommet, condestable de Sées	*Estoire*
Joscelino, arzobispo de Tiro	*RRRH* 1298
Joscelino, conde (desconocido)	*Itinerario 2*
Joscelino, senescal del rey	*RRRH* 1279
Joscelino de Apulia	*Howden 2*
Joscelino de Montoire-sur-le-Loire	*Howden 2*
Joscelino de Munmorec	*Howden 1*
José, médico	Piers D. Mitchell
Caballeros englobados bajo el nombre de Torolens (en número indefinido)	*Estoire*
Lamberto de Barro	*RRRH* 1291
Leonardo, de Pisa (desconocido)	*Howden 2*
Leopoldo V, duque de Austria	Varios autores
Letardo II, obispo de Nazaret	*Howden 2*
Señor de Comté, en Borgoña (desconocido)	*Itinerario 2*
Señor de Wancy (desconocido; ¿Wanchi-Capval?)	*Howden 2*[9]
Luis de Arceles	*Itinerario 2*
Lovell de Châtillon-sur-Marne	*Itinerario 2*
Luis III, landgrave de Turingia	*Estoire*
Malger, maestre	Piers D. Mitchell
Manassier de Bar, obispo de Langres	John W., Baldwin
Manassier de Garlande	Itinerarium 2
Manassier de Villegruis	*RRRH* 1305
Maraduc (Mardoc), arquero de Gales	*Estoire*
María, hija de Guido de Lusiñán y su esposa Sibila	*Howden 2*
Maurín, cónsul de Génova	*RRRH* 1314
Maurín, hijo de Rodoani de Platea Longa	*RRRH* 1320
Mayno Bertlune de Lübeck	Dana Cushing
Monaldo, obispo de Fano	*Howden 2*
Madre del vizconde de Châtillon	*Howden 2*
Naijot de Toucy	*Itinerario 2*
Sobrino de Canuto VI, rey de Dinamarca (desconocido)	*Itinerario 2*
Nicolás, conde de Hungría	*Itinerario 2*
Nicola Embriaco	Merav Mack
Nigel de Mowbray	Sayers
Oberto, sensecal de Conrado de Monferrato	*RRRH* 1333

Octaviano, obispo de Thérouanne	*Itinerario 2*
Odart de Alneto	*RRRH* 1304
Odaro, mariscal de Campania	*RRRH* 1291
Odón, obispo de Beirut	*Howden 2*
Odón, obispo de Sidón	Howden 2[10]
Odón de Choily	*RRRH* 1297
Odón de Gunesse	*Howden 2*
Oger, gran preceptor de la Orden de los hospitalarios de Jerusalén	*RRRH* 1288
Oger de Saint Chéron	Peter Edbury
Ortlieb de Winkel, ministeriale	Ansberto
Osberto de La Mare	Christopher Tyerman, *England*
Otón de Tresoni	*Ymagines*
Otón III, conde de Güeldres	*Itinerario 2*
Otón de La Fosse	*Itinerario 2*
Otón de Tabari	*Ymagines*
Pain de Haifa	*RRRH* 1333
Pedro, arzobispo de Arles-le-Blanc	*Howden 2*
Pedro, obispo de Trípoli	*RRRH* 1323
Pedro, canciller real y archidiácono de Trípoli	*RRRH* 1272
Pedro, prior de la Orden del Temple	*RRRH* 1303
Pedro Aunda	*RRRH* 1279
Pedro Mignot, familiar del rey Ricardo I de Inglaterra	*Howden 2*
Pedro Turkinus	*RRRH* 1291
Pedro de Ate, caballero hospitalario	*RRRH* 1288
Pedro de Barres	*Itinerario 2*
Pedro de Bétpaumes	*RRRH* 1306
Pedro de Falcone, cónsul de Pisa	*RRRH* 1327
Pedro de Preaux (Sena Inferior), caballero del rey Ricardo I de Inglaterra	*Estoire*
Pedro de Vilerbetun	*RRRH* 1306
Felipe II, rey de Francia	Varios autores
Felipe Morosini	*RRRH* 1323
Felipe de Alsacia, conde de Flandes	*Eracles*
Felipe de Chartres	*Howden 2*
Felipe de Dreux, obispo de Beauvais	*Howden 2*
Felipe de Lalande	*RRRH* 1306
Felipe de Poitou, secretario del rey Ricardo I de Inglaterra	Christopher Tyerman, *England*
Pipino, cónsul de Pisa	*RRRH* 1327

Ponce de Reuest	*RRRH* 1279
Sacerdote que bendice un mangonel (desconocido)	*Estoire*
Sacerdote armado con una ballesta (desconocido)	*Itinerario 2*
Prior del Santo Sepulcro (desconocido)	*Howden 2*
Reinardo de Grancy	Constance B., Bouchard
Raúl, señor de Issoudun	*Ymagines*
Raúl, párroco de Croxby	Christopher Tyerman, *England*
Raúl, amanuense	*RRRH* 1305
Raúl, vizconde de Châteaudun (Eure y Loir)	*Estoire*
Raúl I, conde de Clermont	*Estoire*
Raúl II, obispo de Belén	*RRRH* 1298
Raúl Besace, médico	Piers D. Mitchell
Ralph fitz Godfrey, chambelán del rey Ricardo I de Inglaterra	Christopher Tyerman, *England*
Raúl Teisson, señor de Saint Sauveur-le-Vicomte	*Estoire*
Raúl de Alta Rapa, archidiácono de Colchester	*Itinerario 2*
Raúl de Aubeni	*Howden 1*
Raúl de Coucy	*Crusade Chartes*, p. 116
Raúl de La Rucoira	*RRRH* 1307
Raúl de Mauléon	*Estoire*
Raúl de Tabari	*Ymagines*
Raúl (o Reinaldo) de Tiberíades	Peter Edbury
Raúl de Tilly	*Howden 2*
Ranulfo de Bradford	Christopher Tyerman, *England*
Ranulfo de Glanville, justiciar de Inglaterra	*Itinerario 2*
Raimundo II, vizconde de Turena	*Itinerario 2*
Raimundo Babin	*RRRH* 1279
Raimundo de Bone Done	*Eracles*
Raimundo de Nefra	*RRRH* 1276
Raimundo de Posqueires	*RRRH* 1279
Raimundo de Saona	*RRRH* 1279
Rainiero de Gibelto	*RRRH* 1276
Reinaldo, obispo de Chartres	John W, Baldwin
Reinaldo, señor de Sidón	*RRRH* 1285
Reinaldo de Magny, mariscal de Enrique de Champaña	*Howden 2*
Relis, senescal templario	*RRRH* 1333
Rerico de Corteno, senescal templario	*RRRH* 1306

Ricardo I, rey de Inglaterra	Varios autores
Ricardo de Camville, justiciar de Chipre	*Howden 2*
Ricardo de Clare	*Howden 2*
Ricardo de Legsby	Christopher Tyerman, *England*
Ricardo de Templo	él mismo
Ricardo de Turnham	Christopher Tyerman, *England*
Ricardo de Vernon, caballero	*Itinerario 2*
Roberto, prior de Acre	*RRRH* 1325
Roberto, tesorero	*RRRH* 1325
Roberto II, conde de Dreux	*Howden 2*
Roberto IV, conde de Leicester	*Estoire*
Roberto Mordenz	*RRRH* 1307
Roberto Scrope de Barton-upon-Humber	Christopher Tyerman, *England*
Roberto Trussebot, caballero	*Itinerario 2*
Roberto Vulpes, cónsul de Pisa	*RRRH* 1327
Roberto de Boves	Itinerario
Roberto de Châtillon-sur-Seine	*RRRH* 1304
Roberto de La Mare, señor del Anglia Oriental	*Estoire*
Roberto de Lain, caballero hospitalario	*RRRH* 1288
Roberto de Lalande	*Howden 2*
Roberto de Milly	*RRRH* 1291
Roberto de Neuborg (Eure)	*Estoire*
Roberto de Sablé, gran maestre de la Orden del Temple	*Eracles*
Roberto de Vieuxpoint	*RRRH* 1307
Roberto el Condestable, senescal de Guillermo de Mandeville	*Howden 2*
Roberto el Cazador de Pontefract	Christopher Tyerman, *England*
Rodaun, un hermano perteneciente a la familia	Ansberto
Rogelio, abate (desconocido)	*Howden 2*
Rogelio, duque de Apulia	*Howden 2*
Rogelio, párroco de Hoveden	él mismo
Rogelio, preceptor de la Orden de los hospitalarios	*RRRH* 1333
Rogelio Marchel, canciller del sello real	Stephen Bennett
Rogelio de Glanville	*Howden 2*
Rogelio de Harcourt, caballero del rey Ricardo I de Inglaterra	*Estoire*
Rogelio de Polebare	*Howden 2*

Rogelio de Saty	*Estoire*
Rogelio de Saint Cheron	*RRRH* 1291
Rogelio de Tosny (Eure)	*Estoire*
Rogelio de Waurin, obispo de Cambray	*Ymagines*
Rory, caballero templario	*RRRH* 1297
Rosso della Volta	Merav Mack
Rotrón III, conde de Perche	*Estoire*
Rudvino de Gars, ministeriale	Ansberto
Rufino della Volta	Rigordo
Selleto, cónsul de Pisa	*RRRH* 1327
Sibrando, maestre de Maestre de la Casa Hospital de Santa María de los Teutones	*RRRH* 1285
Sibila, reina de Jerusalén	Varios autores
Sigfrido, conde de Moerl y Cleeburg	Ansberto
Simón, soldado de la villa del obispo	*Crusade Charters*, p. 108
Simón de Wale	Sayers
Simone Doria	Merav Mack
Spezzapietra della Volta	Merav Mack
Esteban, conde de Sancerre	*Estoire*
Esteban Juan	*RRRH* 1279
Esteban Longchamp	*Howden 1*
Esteban de Corboli, caballero hospitalario	*RRRH* 1288
Esteban de Pierre-Pertuis	*RRRH* 1288
Esteban de Thornham, mariscal y tesorero del rey Ricardo I de Inglaterra	Stephen Bennett
«Sturmann»	Dana Cushing
Familia Stuteville, miembros de la (en número indefinido)	*Estoire*
Silvestre, senescal de Balduino de Canterbury	*Howden 1*
Teobaldo, obispo de Acre	*RRRH* 1327
Teobaldo, senescal del rey Felipe II de Francia	Rigordo
Teobaldo I, conde de Bar-le-Duc	*Itinerario 2*
Teobaldo V, conde de Blois	*Estoire*
Teobaldo de Monfaucon, arzobispo de Besanzón	*Itinerario 2*
Tomás, chambelán	*RRRH* 1323
Torel de Mesnil, caballero	*Estoire*
Tesorero del rey Felipe II de Francia (desconocido)	Ibn Shaddad
«Tumme»	Dana Cushing
Ubaldo, arzobispo de Pisa	*Howden 2*
«Vifhusen»	Dana Cushing

Villani de Nuilly	*RRRH* 1304
Vizconde de Châtellerault	*Itinerario 2*
Vizconde de Châtillon	*Howden 2*
«Vlekke»	Dana Cushing
«Vromold»	Dana Cushing
Vauquelin de Ferrières-Saint Hilary	*Ymagines*
Valeren de Ford	Christopher Tyerman, *England*
Gualterio, señor de Sombernon	Constance B. Bouchard
Gualterio Durus, mariscal de Conrado de Monferrato	*RRRH* 1298
Gualterio de Arzilliers	*Itinerario 2*
Gualterio de Kyme	Sayers
Gualterio de Moy	*Howden 2*
Gualterio de Oyn	*Estoire*
Gualterio de Ros	Sayers
Gualterio de Scrope	Sayers
Gualterio el Inglés	*RRRH* 1279
Warin fitz Gerald, familiar del rey Ricardo I de Inglaterra	*Estoire*
«Wickede»	Dana Cushing
Esposa de Femiano	*RRRH* 1279
Guillermo, obispo de Asti	*Itinerario 2*
Guillermo, mayordomo de Senlis[11]	*Howden 1*
Guillermo, castellano de Pecquigny	*Howden 1*
Guillermo, conde de Joigny	Peter Edbury
Guillermo, sacerdote	Piers D. Mitchell
Guillermo, vizconde de Châtel Eraud	*Ymagines*
Guillermo II, chambelán de Tancarville	*Estoire*
Guillermo II, conde de Chalon-sur-Saóne	*Itinerario 2*
Guillermo Bernard, arzobispo de Aire	*Howden 2*
Guillermo Bloez	*Estoire*
Guillermo Goeth	*Itinerario 2*
Guillermo Malet	*Estoire*
Guillermo Marcel	*Estoire*
Guillermo Ricio, cónsul del Génova	*RRRH* 1333
Guillermo el Fuerte	*RRRH* 1327
Guillermo Tiberias	*RRRH* 1272
Guillermo de Arzilliers	*RRRH* 1304
Guillermo de Barres	*Eracles*
Guillermo de Buhchat	*RRRH* 1306
Guillermo de Corsera	*RRRH* 1307

Guillermo de Ferrers, conde de Derby	*Itinerario 2*
Guillermo de Forz de Olrun	*Howden 1*
Guillermo de Garlande, caballero	*Estoire*
Guillermo de La Mare	*Itinerario 2*
Guillermo de Mello	*Estoire*
Guillermo de Olmiciano	*RRRH* 1277
Guillermo de Posqueres	*RRRH* 1279
Guillermo de Preaux (Sena Inferior), caballero del rey Ricardo I de Inglaterra	*Estoire*
Guillermo de Roches	*Estoire*
Guillermo de Tabari	*Ymagines*
Guillermo de Villehardouin, mariscal de Enrique de Champaña	*Howden 1*
Guillermo de Villiers, preceptor de la Orden de los hospitalarios de Acre	*RRRH* 1327

Bibliografía

Fuentes manuscritas

Biblioteca Apostólica Vaticana, MS Pal. Lat. 1362 pt. A, f. 9r.

Biblioteca Apostólica Vaticana, MS Vat. Lat. 1960, f. 268v.

Biblioteca Bodleiana, MS Tanner 190, f. 207r.

Biblioteca Británica, Add. MS 27 376, f. 190r.

Biblioteca Británica, Royal MS 14 C. vii, f. 4v.

Fuentes primarias

Ailes, M., y Barber, Malcom (ed. y trad.), *The History of the Holy War: Ambroise's Estoire de la Guerre Sainte*, 2 vols., Woodbridge, 2003.

Alberto de Aquisgrán, *Historia Ierosolimitana: History of the journey to Jerusalem*, ed. y trad. de Susan B. Edgington, Oxford, 2007.

Anónimo, «De expugnatione civitatis Acconensis», en *Chronica magistri Rogeri de Houedene*, ed. de W. Stubbs, 3 vols., Rolls Series, Londres, 1868-1871,3. cvi-cxxxvi.

—, «Ein zeitgenössisches Gedicht auf die Belagerung Accons», en *Forschungen zur deutschen Geschichte*, ed. de H. Prutz, vol. 21, Gotinga, 1881, pp. 449-494.

—, «Libellus de expugnatione terrae sanctae per Saladinum», en *Radulphi de Coggeshall Chronicon Anglicanum*, ed. de Josephus Stevenson, Rolls Series, Londres, 1875, pp. 209-262.

Bird, Jessalynn; Peters, Edward, y M. Powell, James (comps.), *Crusade and Christendom: Annotated documents in translation from Innocent III to the fall of Acre, 1187-1291*, Filadelfia, 2013.

Bond, Edward A. (comp.), *Chronica monasterii de Melsa*, 3 vols., Rolls Series, Londres, 1868.

Brown, Malcolm (comp.), *T E. Lawrence in War and Peace: An anthology of the military writings of Lawrence of Arabia*, nueva edición, Londres, 2005.

Chroust, Anton (comp.), *Quellen zur Geschichte des Kreuzzuges Kaiser Friedrichs I*, Monumenta Germania Historica, Scriptores Rerum Germanicarum, Nueva Serie, n.º 5, Berlín, 1928.

Crawford, Paul F. (ed. y trad.), *The «Templar of Tyre»: Part III of the «Deeds of the Cypriots»*, Crusade Texts in Translation, Aldershot, 2003.

David, D. W. (ed. y trad.), *De expugnatione Lyxbonensi: The conquest of Lisboa*, reimpresión, Nueva York, 2001.

Delaborde, H. F. (ed.), *Œuvres de Rigord et de Guillaume le Breton, historiens de Philippe-Auguste*, París, 1882.

al-Din, Imad «Les livres des deux jardins: histoire des deux règnes, celui de Nour Ed-Dìn et celui de Salah Ed Din», en *Recueil des historiens des croisades, historiens Orientaux*, vol. 4, París, 1898.

Dorez, L. (ed.), *Chronique d'Antonio Morosini: extraits relatifs a l'histoire de France*, 3 vols., París,

1901.

Edbury, Peter W. (trad.), *The Conquest of Jerusalem and the Third Crusade: Sources in translation*, Aldershot, 1998.

Faris, Nabih Amin (ed. y trad.), *Arab Archery: An Arabic manuscript of about A. D. 1500, «A Book on the Excellence of the Bow & Arrow» and the description thereof*, Princeton, 1945.

Gabrieli, Francesco (ed. y trad.), *Arab Historians of the Crusades: Selected and translated from the Arabic sources*, Berkeley, 1984.

Geraldo de Gales, «De principis instructione liber» en *Giraldi Cambrensis opera*, ed. G. F. Warner, 8 vols., Rolls Series, Londres, 1891.

—, «Giraldus Cambrensis concerning the instruction of princes», en *The Church Historians of England*, trad. de J. Stevenson, vol. 5, capítulo 1, Londres, 1858.

—, «Itinerarium Kambriae», en *Giraldi Cambrensis opera*, ed. G. F. Warner, 8 vols., Rolls Series, Londres, 1891.

Gervasio de Canterbury, «The historical works of Gervase of Canterbury», en *The Chronicle of the Reigns of Stephen, Henry II, and Richard I*, ed. W. Stubbs, 2 vols., Rolls Series, Londres, 1879-1880.

Gilberto de Mons, *Chronicle of Hainaut*, traducción de L. Napran, Woodbridge, 2005.

Hofmeister, A. (ed.), *Ottonis de Sancto Blasio chronica*, Monumenta Germania Historica, Scriptores Rerum Germanicarum, Hannover, 1912.

Howlett, R. (ed.), «Historia rerum Anglicarum», en *Chronicles of the Reigns of Stephen, Henry II, and*

Richard I, 2 vols., Rolls Series, Londres, 1884-1885.

Ibn Shaddad, Baha al-Din, *The Rare and Excellent History of Saladin by Bahā' al-Dīn Ibn Shaddād*, trad. de D. S. Richards, Crusade Texts in Translation, Farnham, 2002.

Lewis, B. (ed. y trad.), *Islam: From the Prophet Muhammad to the Capture of Constantinople*, Nueva York, 1974.

Loud, G. A. (trad.), *The Crusade of Frederick Barbarossa: The history of the expedition of the Emperor Frederick and related texts*, Farnham, 2013.

Marzials, F. (trad.), *Chronicles of the Crusades: Villehardouin and Joinville*, reimpresión, Mineola, Nueva York, 2007.

Meyer, H. E. (ed.), *Das Itinerarium peregrinorum: eine zeitgenössiche englische Chronik zum dritten Kreuzzug in ursprünglicher Gestalt*, Stuttgart, 1962.

Morgan, M. R. (ed.), *La Continuation de Guillaume de Tyr* (1184-1197), París, 1982.

Nicholson, H. J. (trad.), *The Chronicle of the Thrid Crusade: The Itinerarium peregrinorum et gesta regis Ricardi*, Crusade Texts in Translation, Farnham, 1997.

Potter, K. R. (ed. y trad.), *Gesta Stephani*, Oxford, 1976.

Powell, J. M. (trad.), *The Deeds of Pope Innocent III, by an Anonymous Author*, Washington, D. C., 2004.

Radulfo de Coggeshall, *Radulphi de Coggeshall Chronicon Anglicanum, De expugnatione terrae sanctae libellus, Thomas Agnellus De morte et sepultura Henrici regis Angliae junioris; Gesta*

Fulconis filii Warini; Excerpta ex Otiis imperialibus Gervasii Tilebutiensis, ed. J. Stevenson, 3 vols., Rolls Series, Londres, 1875.

Ricardo de Devizes, «The chronicle of Richard of Devizes», en *Chronicles of the Reigns of Stephen, Henry II, and Richard I*, ed. R. Howlett, 4 vols., Rolls Series, Londres, 1886.

—, *Chronicle of Richard of Devizes, concerning the Deeds of Richard I, king of England, and Richard of Cirencester's Description of Britain*, trad. de J. A. Giles, Londres, 1841.

Ricardo de la Santísima Trinidad, «Itinerarium peregrinorum et gesta regis Ricardi», en *Chronicles and Memorials of the Reign of Richard I*, ed. W. Stubbs, 2 vols., Rolls Series, Londres, 1864-1865.

Richards, D. S. (trad.), *The Chronicle of Ibn al-Athīr for the Crusading Period from al-Mail f i'l-Ta'rikh*, Crusade Texts in Translation, 3 vols., reimpresión, Farnham, 2010.

Riley-Smith, J. et al., *Revised regesta regni Hierosolymitani Database*, disponible en Internet: http://crusades-regesta.com.

Rogelio de Hoveden, *The Annals of Roger de Hoveden*, trad. H. T Riley, 2 vols., reimpresión, Nueva York, 1968.

Röhricht, R. (ed.), *Regesta regni Hierosolymitani*, Innsbruck, 1893.

Salloch, M. (ed.), *Die lateinische Fortsetzung Wilhelnis von Tyrus*, Leipzig, 1934.

Scanlon, G. T. (ed. y trad.), *A Muslim Manual of War*, reimpresión, El Cairo, 2012.

Slack, C. K. (ed.), *Crusade Charters, 1138-1270*, trad. H. B. Feiss, Medieval and Renaissance Texts and Studies, n.º 197,Tempe, 2001.

Stubbs, W. (ed.), *Chronica magistri Rogeri de Houedene*, 3 vols., Rolls Series, Londres, 1868-1871.

—, (ed.), *Chronicles and Memorials of the Reign of Richard I*, 2 vols., Rolls Series, Londres, 1864-1865.

—, (ed.), *Gesta regis Henrici secundi Benedicti abbatis*, 2 vols.. Rolls Series, Londres, 1867.

—, (ed.), *Radulfi de Diceto decanis Lundoniensis opera historica*, 2 vols., Rolls Series, Londres, 1876.

Guillermo de Newburgh, *The History of English Affairs* (ed. y trad.), P. G. Walsh y M. J. Kennedy, 2 vols., Oxford, 2007-2011.

—, *The History of William of Newburgh*, trad. de J. Stevenson, Londres, 1856.

Estudios de autor inéditos

Bennett, Stephen, «The crusading household of Richard I: Roger of Howden was right after all!», documento de trabajo, 2012, disponible en Internet: http://www.academia.edu/1477586/The_Crusading_Household_of_Richard_I_-_Roger_oCHowden_was_right_after_all_

Donnachie, Stephen, «Reconstruction and rebirth: The Latin Kingdom of Jerusalem, 1187-1233», tesis doctoral, Universidad de Swansea, 2013.

Gravelle, Yves, «Le problème des prisonniers de guerre pendant les croisades orientales, 1095-1192», tesis de maestría, Universidad de Sherbrooke, 1999.

Matzliach, David, «The medical legacy of the Knights of St John and the Crusader Hospitals of

Jerusalem and Acre», tesis de maestría, Universidad de Manchester, 2012.

Recursos electrónicos

«Historical UK inflation rates and calculator», disponible en Internet: http://inflation.stephenmorley.org/.

Hodges. Kenneth, «List of once of medieval ítems», disponible en Internet: http://medieval.ucdavis.edu/120D/Money.html.

«The Oxford Outremer Map», Fordham Medieval Digital Projects, disponible en Internet: https://medievaldigital.ace.fordham.edu/mapping-projects/oxford-outremer-map-project/.

«Robin Hood (2010)», Internet Movie Database, disponible en Internet: http://www.imdb.com/title/tt0955308/quotes?ref_=ttpl_ql_trv_4.

Rome Statute of the International Criminal Court, disponible en Internet: http://www.icc-cpi.int/resource-library/Documents/RS-Eng.pdf.

Secrets of Old Acre, disponible en Internet: http://www.akko.org.il/en/Old-Acre-The-Templars-Tunnel.

T. E. Lawrence Studies, disponible en Internet: http://www.telstudies.org.

Total Archaeology @Tel Akko, disponible en Internet: http://www.hominid.psu.edu/projects_labs/telakko[*].

«World Heritage Center», Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, disponible en Internet: http://whc.unesco.org/en/list/1042.

Fuentes secundarias

Abbott, Jacob, «Memoirs of the Holy Land», *Harper's New Monthly Magazine*, vol. 27, n.º 5, 1852, pp. 291-292.

Abels, Richard, «"Cowardice" and duty in Anglo-Saxon England», *Journal of Medieval Military History*, n.º 4, 2006, pp. 29-49.

Abels, Richard, «Cultural representation and the practice of war in the middle ages», *Journal of Medieval Military History*, n.º 6, 2008, pp. 1-31.

Abels, Richard y Morillo, Stephen, «A lying legacy? A preliminary discussion of images of antiquity and altered reality in medieval military history», *Journal of Medieval Military History*, n.º 3, 2005, pp. 1-13.

Abouali, Diana, «Saladin's legacy in the Middle East before the nineteenth century», *Crusades*, n.º 10, 2011, pp. 175-189.

Adler, Michael, *The Jews in Medieval Europe*, Londres, 1939.

Ahmad, M. Hilmy M., «Some notes on Arabic historiography during the Zengid and Ayyubid periods (521/1127-648/1250)», en *Historians of the Middle East*, B. Lewis (comp.), Londres, 1962, pp. 77-97.

Alien, M. D., *The Medievalism of Lawrence of Arabia*, University Park, 1991.

Anderson, R. C., *Oared Fighting Ships: From classical times to the coming of steam*, Londres, 1962.

Aristizábal, Lucas Villegas, «Revisión de las crónicas de Ralph de Diceto y de la *gesta regis Ricardi* sobre la participación de la flota angevina durante la Tercera Cruzada en Portugal», *Studia historica*, n.º 27, 2010, pp. 153-170.

Arnold, Benjamin, *German Knighthood, 1050-1300*, reimpresión, Oxford, 1999.

Asbridge, Thomas, «Talking to the enemy: The role and purpose of negotiations between Saladin and Richard the Lionheart during the Third Crusade», *Journal of Medieval History*, vol. 39, n.º 3, 2013, pp. 275-296.

Aurell, Martin, «Les femmes guerrières (XIe et XIIe siècles)», en *Famille, violence et christianisation au Moyen Age: Mélanges offerts à Michel Rouche*, París, 2005, pp. 319-330.

Bacharach, Jere L., «African military slaves in the medieval Middle East: The cases of Iraq (869-955) and Egypt (868-1171)», *International Journal of Middle East Studies*, vol. 13, n.º 4, noviembre de 1981, pp. 471-495.

Bachrach, Bernard S., «Early medieval demography: Some observations on the methods of Hans Delbrück», en *The Circle of War in the Middle Ages: Essays on medieval and naval history*‘, Donald J. Kagay y L. J. Andrew Villalon (comps.), Woodbridge, 1999, pp. 3-20.

—, «“A lying legacy” revisited: the Abels-Morillo defense of discontinuity», *Journal of Medieval Military History*, n.º 5, 2007, pp. 153-193.

—, *Religion and the Conduct of War*, c. 300-7275, Woodbridge, 2003.

—, «English artillery 1189-1307:The implications of terminology», *English Historical Review*, vol. 121, n.º 494, 2006, pp. 1408-1430.

Baldwin, John W., *The Government of Philip Augustus: Foundations of French royal power in the*

middle ages, Berkeley, 1986.

Barber, Malcolm, «The Albigensian Crusades: Wars like any other?», en *Dei gesta per Francos: Études sur les croisades dédiées à Jean Richard*, Michel Balard, Benjamin Z. Kedar y Jonathan Riley-Smith (comps.), Aldershot, 2001, pp. 45-55.

Barber, Malcolm, *The Crusader States*, New Haven, 2012.

Bartlett, Robert, *Gerald of Wales, 1146-1223*, Oxford, 1982.

Bennett, Matthew, «*La Régle du Temple* as a military manual, or how to deliver a cavalry charge», en *Studies in Medieval History presented to R. Allen Brown*, C. Harper-Bill yj. L. Nelson (comps.), Woodbridge, 1989, pp. 7-20.

Bennett, Matthew, «The myth of the military supremacy of knighdy cavalry», en *Armies, Chivalry and Warfare: Proceedings of the 1995 Harlaxton Symposium*, M. J. Strickland (comp.), Stamford, 1998, pp. 304-316.

Beshir, B. J., «Fatimid military organization», *Zeitschrift Geschichte und Kultur des Islamischen Orients*, vol. 55, enero de 1978, pp. 37-49.

Bishop, Adam M., «Usāma ibn Munqidh and crusader law in the twelfth century», *Crusades*, n.º 12, 2013, pp. 53-65.

Boas, Adrian, *Crusader Archaeology: The material culture of the Latin East*, Londres, 1999.

—, «Some reflections on urban landscapes in the Kingdom of Jerusalem: archaeological research in Jerusalem and Acre», en *Dei gesta per Francos: Études sur les croisades dédiées à Jean Richard*, Michel Ba-

lard, Benjamin Z. Kedar y Jonathan Riley-Smith (comps.), Aldershot, 2001, pp. 241-260.

—, *Archaeology of the Military Orders: A survey of the urban centres, rural settlements and castles of the military orders in the Latin East (c. 1120-1291)*, Londres, 2006.

—, «The streets of Frankish Acre», en *Crusader Landscapes in the Medieval Levant: The archaeology and history of the Latin East*, Micaela Sinibaldi, Kevin J. Lewis, Balazs Major y Jennifer A. Thompson (comps.), Cardiff, 2016.

Bora, Fozia, «Did Salah al-Din destroy the Fatimids' books? An historiographical inquiry»,. *Journal of the Royal Asiatic Society*, n.º 24,2014, pp. 1-19.

Bosworth, C. E., «Recruitment, muster, and review in medieval Islamic armies», en *War, Technology and Society in the Middle East*, Vernonf Parry y Malcolm Edward Yapp (comps.), Londres, 1975, pp. 59-77.

Bouchard, Constance B., *Sword, Miter and Cloister: Nobility and the church of Burgundy, 980-1198*, Ithaca, 1987.

Bowlus, Charles R., «Tactical and strategic weaknesses of horse archers on the eve of the First Crusade», en *Autour de la Première Croisade: Actes du Colloque de la Society for the Study of the Crusades and the Latin East*, Michel Balard (comp.), París, 1996, pp. 159-216.

Bradbury, Jim, *The Medieval Siege*, Woodbridge, 1992.

Bronstein, Judith, *The Hospitallers and the Holy Land: Financing the Latin East, 1187-1214*,

Woodbridge, 2005.

Broughton, Bradford B., *The Legends of King Richard I Coeur de Lion: A study of sources and variations to the year 1600*, La Haya, 1966.

Buck, Andrew D., *The Principality of Antioch and its Frontiers in the Twelfth Century*, Woodbridge, 2017.

Byrne, Eugene H., «Genoese trade with Syria in the twelfth century», *American Historical Review*, vol. 25, n.º 2, 1920, pp. 191-219.

Cahen, Claude, «Un traité d'armurerie composé pour Saladin», *Bulletin d'études orientales*, n.º 12, 1947-1948, pp. 103-163.

Chevedden, Paul E., «The hybrid trebuchet: The halfway step to the counterweight trebuchet», en *On the Social Origins of Medieval Institutions: Essays in honor of Joseph F. O'Callaghan*, Donald J. Kagay y Theresa M. Vann (comps.), Leiden, 1998, pp. 179-222.

—, «The Islamic view and the Christian view of the crusades: A synthesis», *History*, 2008, pp. 181-200.

Christides. V., «Navies, Islamic», en *Dictionary of the Middle Ages*, J. Strayer (comp.), 13 vols., Nueva York, 1987, vol. 9, p. 76.

Christie, Niall, *Muslims and Crusaders: Christianity's wars in the Middle East, 1095-1382, from the Islamic sources*, Nueva York, 2014.

Cobb, Paul M., *The Racefor Paradise: An Islamic history of the crusades*, Oxford, 2014.

Coetzee, Daniel, y Eysturlid, Lee W, *Philosophers of War: The evolution of history's greatest military*

thinkers, vol. I: *The Ancient to Pre-Modern World, 3000 BCE-1815 CE*, Santa Bárbara, 2013.

Contamine, Philippe, *War in the Middle Ages*, trad. M. Jones, Oxford, 1984 (hay traducción castellana: *La guerra en la edad media*, Edición Labor, Barcelona, 1984).

Cook, B. J., «The bezant in Angevin England», *Numismatic Chronicle*, n.º 159, 1999, pp. 255-275.

Cook, David, *Understanding Jihad*, Berkeley, 2005.

Crosby, Alfred W, *Throwing Fire: Projectile technology through history*, Cambridge, 2002.

Cunningham J. Spencer, *The Sufi Orders in Islam*, reimpresión, Oxford, 1998.

Curry, Anne, *Agincourt: A new history*, Stroud, 2005.

Cushing, Dana, *A German Third Crusader's Chronicle of this Voyage and the Siege of Almohad Silves, 1189 AD/Muwahid Xelb, 585 AH: De itinere navali*, Antimony Media, 2013.

Dajani-Shakeel, Hadia, «Jihād in twelfth-century Arabic poetry: A moral and religious forcé to counter the crusades», *Muslim World*, n.º 66, 1976, pp. 96-113.

Damian-Grint, Peter, *The New Historians of the Twelfth-Century Renaissance: Inventing vernacular authority*, Woodbridge, 1999.

Dennis, George T., «Byzantine heavy artillery: The Helepolis», *Greek, Roman, and Byzantine Studies*, n.º 39, 1998, pp. 99-115.

DeVries, Kelly, «God and defeat in medieval warfare: Some preliminary thoughts», en *The Circle of War*

in the Middle Ages: Essays on medieval military and naval history, Donald J. Kagay y L. J. Andrew Villalon (comps.), Woodbridge, 1999, pp. 87-97.

—, y Smith, Robert Douglas, *Medieval Military Technology*, segunda edición, Toronto, 2012.

Dothan, Moshe, «Akko: Interim excavation report first season, 1973/4», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, n.º 224, diciembre de 1976, pp. 1-48.

—, y Raban, Avner, «The sea gate of ancient Akko», *Biblical Archaeologist*, vol. 43, n.º 1, 1980, pp. 35-39.

Dotson, John E., «Ship types and fleet composition at Genoa and Venice in the early thirteenth century», en *Logistics of Warfare in the Age of the Crusades*, John H. Pryor (comp.), Aldershot, 2006, pp. 63-75.

Druks, A., «Tel Akko - 1983», *Excavations and Surveys in Israel*, n.º 3,1984, pp. 1-2.

Duffy, Eamon, *Fires of Faith: Catholic England under Mary Tudor*, New Haven, 2009.

Duggan, Lawrence G., *Armsbearing and the Clergy in the History and Canon Law of Western Christianity*, Woodbridge, 2013.

Edbury, Peter W, *The Kingdom of Cyprus and the Crusades, 1191-1374*, Cambridge, 1991.

Edbury, Peter W, *John of Ibelin and the Kingdom of Jerusalem*, Woodbridge, 1997.

—, «The Lyon Eracles and the Old French continuations of William of Tyre», en *Montjoie: Studies in crusade history in honour of Hans Eberhard Mayer*, Benjamin Z. Kedarjonathan Riley-Smith y Rudolf Hiestand (comps.), Aldershot, 1997, pp. 139-153.

—, «New perspectives on the Old French continuations of William of Tyre», *Crusades*, n.º 9, 2010, pp. 107-113.

Eddé, Anne-Marie, «Kurdes et Tures dans l'armée ayyoubide de Syrie du nord», en *War and Society in the Eastern Mediterranean, 7th-15th Centuries*, Yaacov Lev (comp.), Leiden, 1996, pp. 225-236.

Edgington, Susan, «The doves of war: The part played by carrier pigeons in the crusades», en *Autour de la Première Croisade: Artes du colloque de la Society for the Study of the Crusades and the Latin East*, Michel Balard (comp.), París, 1996, pp. 167-175.

Ehrenkreutz, Andrew S., «The place of Saladin in the naval history of the Mediterranean Sea in the middle ages», *Journal of the American Oriental Society*, vol. 75, n.º 2, 1955, pp. 100-116.

Ehrenkreutz, Andrew S., *Saladin*, Albany, 1972.

Ehrlich, Michael, «The Battle of Hattin: A chronicle of a defeat foretold?», *Journal of Medieval Military History*, n.º 5, 2007, pp. 16-32.

—, «Urban landscape development in twelfth-century Acre», *Journal of the Royal Asiatic Society*, serie 3, vol. 18, n.º 3, 2008, pp. 257-274.

—, «The Battle of Arsur: A short-lived victory», *Journal of Medieval Military History*, n.º 12, 2014, pp. 109-118.

Eickhoff, Ekkehard, *Friedrich Barbarossa im Orient: Kreuzzug und Tod Friedrichs I*, Tubinga, 1977.

Evergates, Theodore, *Henry the Liberal: Count of Champagne, 1127-1181*, Filadelfia, 2016.

Fadl, Khaled Abou El, «The rule of killing at war: An inquiry into the classical sources», *Muslim World*,

n.º 89, 1999, pp. 144-157.

Fahmy, Aly Mohamed, *Muslim Sea Power in the Eastern Mediterranean, from the Seventh Century to the Tenth Century A. D.*, Nueva Delhi, 1966.

Farmer, D. L., «Some price fluctuations in Angevin England», *Economic History Review*, vol. 9, n.º 1,1956, pp. 34-43.

Folda, Jaroslav, «Before Louis IX: Aspects of crusader art at St. Jean d'Acre, 1191-1244», en *France and the Holy Land: Frankish culture at the end of the crusades*, Daniel H. Weiss y Lisa Mahoney (comps.), Baltimore, 2004, pp. 138-157.

Forey, Alan, «The military orders and the ransoming of captives from Islam (twelfth to early fourteenth centuries)», *Studia Monastica*, n.º 33, 1991, pp. 259-279.

Forey, Alan, «Henry II's crusading penance for Becket's murder», *Crusades*, n.º 7,2008, pp. 153-164.

France, John, *Victory in the East: A military history of the First Crusade*, Cambridge, 1994.

—, *Western Warfare in the Age of the Crusades, 1000-1300*, Ithaca, 1999.

—, «Crusading warfare and its adaptation to eastern conditions in the twelfth century», *Mediterranean Historical Review*, vol. 15, n.º 2, 2000, pp. 49-66.

—, *Perilous Glory: The rise of western military power*, New Haven, 2011.

—, *Great Battles: Hattin*, Oxford, 2015, pp. 102-104.

—, «“Crusading” warfare in the twelfth century», en *The Crusader World*, Adrian J. Boas (comp.), Londres y Nueva York, 2016, pp. 68-83.

—’ «Egypt, the Jazira and Jerusalem: Middle Eastern tensions and the Latin States in the twelfth century», en *Crusader Landscapes in the Medieval Levant: The archaeology and history of the Latin East*, Micaela Sinibaldi, Kevin J. Lewis, Balazs Major y Jennifer A. Thompson, Cardiff (comps.), 2016, pp. 145-156.

Franke, Daniel P., «Crusade, empire, and the process of war in Staufen Germany, 1180-1220», en *The Crusader World*, Adrian J. Boas (comp.), Londres y Nueva York, 2016, pp. 128-143.

Frankel, Rafael, «The north-western corner of crusader Acre», *Israel Exploration Journal*, vol. 37, n.º 4, 1987, pp. 256-261.

Freed, John B., *Frederick Barbarossa: The prince and the myth*, New Haven, 2016.

Friedman, Yvonne, «The ransom of captives in the Latin Kingdom of Jerusalem», en *Autour de la Première Croisade: Actes du Colloque de la Society for the Study of the Crusades and the Latin East*, Michel Balard (comp.), París, 1996, pp. 177-189.

—, *Encounter between Enemies: Captivity and ransom in the Latin Kingdom of Jerusalem*, Leiden, 2002.

Fuhrmann-Na’aman, Yale, «Conservation of the Knights Hospitaller compound», en *One Thousand Nights and Days: Akko through the ages*, Ann E. Killebrew y Vered Raz-Romeo (comps.), Haifa, 2010, pp. 60-65.

Fulton, Michael S., «Anglo-Norman artillery in narrative histories, from the reign of William I to the minority of Henry III», *Journal of Medieval Military History*, n.º 14,2016, pp. 1-31.

Gabriel, Richard A., *Muhammad: Islam's first great general*, Norman, 2007.

Gams, Pius Bonifacius, *Series episcoporum ecclesiae Catholicae*, Graz, 1957.

Garnett, George, *Conquered England: Kingship, succession and tenure, 1066-1166*, Oxford, 2007.

Gertwagen, Ruthy, «The crusader port of Acre: Layout and problems of maintenance», en *Actes du Colloque de la Society for the Study of the Crusades aud the Latin East (Clermont-Ferrand, 22-25 juin 1995*), Michel Balard, París, 1996, pp. 553-581.

—, «Harbours and facilities along the Eastern Mediterranean sea lanes to Outremer» en *Logistics of Warfare in the Age of the Crusades*, John H. Pryor (comp.), Aldershot, 2006, pp. 95-118.

—, «A chapter on maritime history: Shipping and nautical technology of trade and warfare in the medieval Mediterranean, 11th-16th century», en *Maritimes Mittelalter: Meere ais Kommunikationsräume*, Michael Borgolte y Nikolas Jaspert (comps.), Ostfildern, 2016, pp. 109-148.

Gibb, Hamilton, Alexander Rosskeen, «The Arabic sources for the life of Saladin», *Speculum*, vol. 25, n.º 1, 1950, pp. 58-72.

—, Alexander Rosskeen, *Studies on the Civilization of Islam*, Stanford J. Shaw y William R. Polk (comps.), Boston, 1962.

—, Alexander Rosskeen, «The Aiyūbids», en *A History of the Crusades*, vol. II: *The Later Crusades, 1189-1311*, Harry W. Hazard, Kenneth M. Setton y Robert Lee Wolff (comps.), Madison, 1969, pp. 693-714.

—, Alexander Rosskeen, *The Life of Saladin, from the Works of 'Imad ad-Din and Baha' ad-Din*, Oxford, 1973.

Gillingham, John, «Richard I and Berengaria of Navarre», *Historical Research*, vol. 53, n.º 128, 1980, pp. 157-173.

—, «Richard I and the Science of warfare in the middle ages», en *War and Government in the Middle Ages: Essays in honour of J. O. Prestwich*, John Gillingham y J. C. Holt (comps.), Woodbridge, 1984, pp. 78-91.

—, «Roger of Howden on Crusade», en *Richard Coeur de Lion: Kingship, chivalry and war in the twelfth century*, Londres, 1994, pp. 141-153.

—, *Richard I*, New Haven, 1999.

—, «Historians without hindsight: Coggeshall, Diceto and Howden on the early years of John's reign», en *King John: New interpretations*, S. D. Church (comp.), Woodbridge, 1999, pp. 1-26.

—, «Two Yorkshire historians compared; Roger of Howden and William of Newburgh», *Haskins Society Journal*, n.º 12, 2002, pp. 20-25.

—, «Crusading warfare, chivalry, and the enslavement of women and children», en *The Medieval Way of War: Studies in medieval military history in honor of Bernard S. Bachrach*, Gregory I. Halfond (comp.), Aldershot, 2015, pp. 133-151.

Gillingham, John, «The treatment of the defeated, c. 950-1350: Historiography and the State of research», en *La conducción de la guerra en la Edad Media: Historiografía (Acta del Symposium Internacional celebrado en Cáceres, noviembre 2008)*, Manuel Rojas (comp.), Cáceres, en preparación.

Gransden, Antonia, *Historical Writing in England c. 550 to c. 1307*, Londres, 1974.

Guérin, M. Víctor, *Description Géographique, Historique et Archéologique de la Palestine*, 3 vols., París, 1880.

Haldane, Douglas, «The fireship of Al-Sālih Ayyūb and Muslim use of "Greek fire"», en *The Circle of War in the Middle Ages: Essays on medieval and naval history*, Donald J. Kagay y L. J. Andrew Villalon (comps.), Woodbridge, 1999, pp. 137-144.

Haldon, John, «Roads and Communications in the Byzantine Empire: Wagons, horses, and Supplies», en *Logistics of Warfare in the Age of the Crusades*, John H. Pryor (comp.), Aldershot, 2006, pp. 131-158.

—, y Byrne, Maurice, «A possible solution to the problem of Greek fire», en *Byzantinische Zeitschrift begründet von Karl Krumbacher*, H.-G. Beck et al. (comps.), Munich, 1977, pp. 91-99.

—; Lacey, Andrew y Hewes, Colin, «"Greek fire" revisited: Recent and current research», en *Byzantine Style, Religion and Civilization: In honour of Sir Steven Runciman*, Elizabeth M. Jeffreys (comp.), Cambridge, 2006,pp. 290-325.

Hamblin, William J., «Saladin and Muslim military theory», en *The Horns of Hattin: Proceedings of the Second Conference of the Society for the Study of the*

Crusades and the Latin East, Jerusalem and Haifa 2-6 July 1987, Benjamin Z. Kedar (comp.), Jerusalén y Londres, 1992, pp. 228-238.

Hamilton, Bernard, *The Leper King and his Heirs: Baldwin IV and the crusader Kingdom of Jerusalem*, Cambridge, 2000, p. 237.

—, «The crusades and northeast Africa», en *Crusading and Warfare in the Middle Ages, Realities and Representations: Essays in honour of John France*, S. John y N. Morton (comps.), Farnham, 2014, pp. 167-179.

Handyside, Philip, *The Old French William of Tyre*, Leiden, 2015.

Hanley, Catherine, *War and Combat, 1150-1270: The evidence from Old French literature*, Cambridge, 2003.

Harari, Yuval Noah, «Eyewitnessing in the accounts of the First Crusade: *The Gesta Francorum* and other contemporary narratives», *Crusades*, n.º 3, 2004, pp. 77-99.

Harari, Yuval Noah, *Special Operations in the Age of Chivalry, 1100-1550*, Woodbridge, 2007.

Harte, Julia, «How one fourteenth-century Venetian remembered the crusades: The maps and memories of Marino Sanuto», *Penn History Review*, vol. 15, n.º 2, primavera de 2008, pp. 9-17.

Hewlett, Maurice, *The Life and Death of Richard Yea-and-Nay*, Nueva York, 1901.

Hill, Donald R., «Trebuchets», *Viator*, n.º 4, 1973, pp. 99-114.

Hillenbrand, Carole, *The Crusades: Islamic perspectives*, Nueva York, 2000.

—, «The evolution of the Saladin legend in the west», en *Regards croisés sur le Moyen Âge arabe: Mélanges à la mémoire de Louis Pouzet s. j. (1928-2002)*, A.-M. Eddé y E. Gannagé (comps.), Beirut, 2005, pp. 497-512.

Hirschler, Konrad, *Medieval Arabic Historiography: Authors as actors*, Routledge Studies on the Middle East, Abingdon, 2006.

—, «The Jerusalem conquest of 492/1099 in the medieval Arabic historiography of the crusades: From regional plurality to Islamic narrative», *Crusades*, n.º 13, 2014, pp. 37-73.

Hodgson, Natasha R., Women, *Crusading and the Holy Land in Historical Narrative*, Woodbridge, 2007.

Hosler, John D., «Henry II, William of Newburgh, and the development of English antijudaism», en *Christian Attitudes towards the Jews in the Middle Ages: A casebook*, M. Frassetto (comp.), Nueva York, 2007, pp. 167-182.

—, *Henry II: A medieval soldier at war, 1147-1189*, Leiden, 2007.

—, *John of Salisbury: Military authority of the twelfth-century renaissance*, Leiden, 2013.

—, «Identifying King Stephen's artillery», *Journal of Conflict Archaeology*, vol. 10, n.º 3, 2015, pp. 192-203.

—, «Chivalric carnage? Fighting, capturing, and killing the enemy at the battles of Dol and Fornham in 1173», en *Prowess, Piety and Public Order in Medieval Society: Studies in honor of Richard W. Kaeu-*

per, C. M. Nakashian y D. P. Franke (comps.), Leiden, 2017, pp. 36-61.

—, «Knightly ideals at the siege of Acre, 1189-1191», en *Chivalric Identity in the High Middle Ages*, X. Baecke, D. Crouch y J. Deploige, Lovaina, en preparación.

—, «Clausewitz's wounded lion: A fighting retreat at the siege of Acre, November 1190», en *Acre and its Falls*, John France (comp.), Brill, en preparación.

Housley, Norman, *Contesting the Crusades*, Oxford, 2006.

Hoyland, Robert G., *In God's Path: The Arab conquests and the creation of an Islamic empire*, Oxford, 2015.

Hume, David, *The History of England: From the invasión of Julius Caesar to the revolution in 1688*, 6 vols., reimpresión, Indianápolis, 1983 (hay traducción castellana: *Historia de Inglaterra. Desde la invasión de Julio César hasta el fin del reinado de Jacobo II*, Imprenta de Francisco Oliva, Barcelona, 1842).

Irwin, Robert, «Saladin and the Thrid Crusade: A case study in historiography and the historical novel», en *A Companion to Historiography*, M. Bentley (comp.), Londres y Nueva York, 1997, pp. 139-152.

Isaac, Steven, «Cowardice and fear management: The 1173-74 conflict as a case study», *Journal of Medieval Military History*, n.º 4, 2006, pp. 50-64.

Jacoby, David, «Crusader Acre in the thirteenth century: Urban layout and topography», *Studi medievali*, tercera serie, vol. 20, n.º 1, 1979, pp. 1-46.

—, «Montmusard, suburb of crusader Acre. The first stage of its development», en *Outremer: Studies*

in the history of the crusading Kingdom of Jerusalem presented to Joshua Prawer, Benjamin Z. Kedar, Hans Eberhard Mayer y R. C. Smail (comps.), Jerusalén, 1982, pp. 205-217.

—, «Les communes italiennes et les Ordres militaires à Acre: aspects juridiques, territoriaux et militaires (1104-1187, 1191-1291)», en *État et colonisation au Moyen Age*, Michel Balard (comp.), Lyon, 1989, pp. 193-214.

—, «The *fonde* of Crusader Acre and its Tariff: Some new considerations», en *Dei gesta per Francos: Études sur les croisades dédiées à Jean Richard*, Michel Balard, Benjamin Z. Kedar y Jonathan Riley-Smith (comps.), Aldershot, 2001, pp. 277-293.

—, «Society, culture and the arts in crusader Acre», *France and the Holy Land: Frankish culture at the end of the crusades*, D. H. Weiss y L. Mahoney (comps.), Baltimore, 2004, pp. 97-137.

—, «Aspects of everyday life in Frankish Acre», *Crusades*, n.º 4, 2005, pp. 73-105.

—, «Ports of pilgrimage to the Holy Land, eleventh-fourteenth century: Jaffa, Acre, Alexandria», en *The Holy Portolano: The sacred geography of navigation in the middle ages*, M. Bacci y M. Rohde (comps.), Berlín, 2014, pp. 51-72.

Jones, Robert W., *Bloodied Banners: Martial display on the medieval battlefield*, Woodbridge, 2010.

Kedar, Benjamin Z., «The Patriarch Eraclius», en *Outremer: Studies in the history of the crusading Kingdom of Jerusalem presented to Joshua Prawer*, Benjamin Z. Kedar, Hans Eberhard Mayer y R. C. Smail (comps.), Jerusalén, 1982, pp. 177-204.

Kedar, Benjamin Z., «A western survey of Saladin's forces at the siege of Acre», en *Montjoie: Studies in crusade history in honour of Hans Eberhard Mayer*, Benjamin Z. Kedar, Jonathan Riley-Smith y Rudolf Hiestand (comps.), Aldershot, 1997, pp. 113-122.

—, «The outer walls of Frankish Acre», *Atiqot*, n.º 31, 1997, pp. 157-180.

—, «*The Jerusalem massacre of july 1099 in the western historiography of the crusades*», *Crusades*, n.º 3, 2004, pp. 15-75.

—, «Prolegomena to a world history of harbour and river chains», en *Shipping, Trade and Crusade in the Medieval Mediterranean: Studies in honour of John Pryor*, Ruthy Gertwagen y Elizabeth M. Jeffreys (comps.), Farnham, 2012, pp. 3-37.

—, «King Richards plan for the battle of Arsūf/Arsur, 1191», en *The Medieval Way of War: Studies in medieval military history in honor of Bernard S. Bachrach*, Gregory I. Halfond (comp.), Aldershot, 2015, pp. 117-132.

Kennedy, Hugh, *Crusader Castles*, Cambridge, 1994.

Kesten, A., *Acre: The old city, survey and planning*, Tel Aviv, 1962.

Khamisy, Rabei G., «Some notes on Ayyūbid and Mamluk military terms», *Journal of Medieval Military History*, n.º 13, 2015, pp. 73-92.

Killebrew, Anne E. y Olson, Branden R., «The Tel Akko Total Archaeology Project: New frontiers in the excavation and 3D documentation of the past», en *Proceedings of the 8th International Congress on the Archaeology of the Ancient Near East, 30 April - 4*

May 2012, University of Warsaw, Volume 2, P. Bielinski et al. (comps.), Wiesbaden, 2014, pp. 559-574.

—, y Quartermaine, Jaime, «Total Archaeology @ Tel Akko: Excavation, survey, community outreach, and new approaches to landscape archaeology in 3D», en *Proceedings of the 9th International Congress on the Archaeology of the Ancient Near East, 9-13 June 2014, Basel, Volume 3*, R. A. Stucky et al. (comps.), Wiesbaden, 2016, pp. 491-502.

Kindler, Arie, «Akko: A city of many names», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, n.º 231, octubre de 1978, pp. 51-55.

Köhler, Michael A., *Alliances and Treaties between Frankish and Muslim Rulers in the Middle East: Cross-cultural diplomacy in the period of the crusades*, K. Hirschler (comp.), traducción inglesa de P. M. Holt, Leiden, 2013.

Kostick, Conor, «Courage and cowardice on the First Crusade, 1096-1099», *War in History*, vol. 20, n.º 1,2013, pp. 32-49.

Lambton, A. K. S., «Reflections on the *Iqṭā*», en *Arabic and Islamic Studies in Honour of Hamilton A. R. Gibb*, G. Makdisi (comp.), Leiden, 1965, pp. 358-376.

Lapina, Elizabeth, «"Nec signis nec testis creditur": the problem of eyewitnesses in the chronicles of the First Crusade», *Viator*, n.º 38, 2007, pp. 117-139.

Latham, R. E. (comp.), *Revised Medieval Latin Word List from British and Irish Sources*, reimpresión, Oxford, 1994.

Lev, Yaacov, *Saladin in Egypt*, Leiden, 1999.

—, «Prisoners of war during the Fatimid-Ayyubid wars with the crusaders», en *Tolerance and Intolerance: Social conflict in the age of the crusades*, M. Gervers y J. M. Powell (comps.), Syracuse, 2001, pp. 11-27.

—, «Infantry in Muslim armies during the crusades», en *Logistics of Warfare in the Age of the Crusades*, John H. Pryor (comp.), Aldershot, 2006, pp. 185-207.

Lewis, Bernard, *Race and Slavery in the Middle East: An historical inquiry*, Oxford, 1990.

Lewis, Suzanne, *The Art of Matthew Paris in the Chronica Majora*, Berkeley, 1987.

Lyons, Malcolm Cameron, y Jackson, David Edward Pritchett, *Saladin: The politics of the holy war*, Cambridge, 1982.

Maalouf, Amin, *The Crusades through Arab Eyes*, traducción inglesa de J. Rothschild, Nueva York, 1984 (hay publicación castellana: *Las Cruzadas vistas por los árabes*, trad. María Teresa Gallego Urrutia y María Isabel Reverté Cejudo, Alianza, Madrid, 2003).

Mack, Merav, «A Genoese perspective of the Third Crusade», *Crusades*, n.º 10, 201 l, pp. 45-62.

Madden, Thomas E, «Rivers of blood: An analysis of one aspect of the crusader conquest of Jerusalem in 1099», *Revista Chilena de Estudios Medievales*, n.º 1,2012, pp. 25-37.

Makhouly, N., y Johns, C. N., *Guide to Acre*, segunda edición, Jerusalén, 1946.

Malta Protestant College, *Journal of a Deputation sent to the East by the Committee of the Malta*

Protestant College, Part I, Londres, 1849.

Markowski, Michael, «Richard Lionheart: Bad king, bad crusader?», *Journal of Medieval History*, vol. 23, n.º 4, 1997, pp. 351-365.

Mayer, Hans Eberhard, *The Crusades*, trad. John Gillingham, Oxford, 1988 (hay traducción castellana: *Historia de las cruzadas*, Ediciones Istmo, Madrid, 2001).

Mayor, Adrienne, *Greek Fire, Poison Arrows, and Scorpion Bombs: Biological and Chemical warfare in the ancient world*, Nueva York, 2009.

Micheau, François, «Ibn al-Athīn», en *Medieval Muslim Historians and the Franks in the Levant*, A. Mallett, Leiden, 2015, pp. 52-83.

Mitchell, Piers D., *Medicine in the Crusades: Warfare, wounds and the medieval surgeon*, Cambridge, 2004.

Möhring, Hans, *Saladin: The sultan and his times, 1138-1193*, trad. D. S. Bachrach, Baltimore, 2008.

Morillo, Stephen F., *Warfare under the Anglo-Norman Kings, 1066-1135*, Woodbridge, 1994.

—, «Expecting cowardice: Medieval battle tactics reconsidered», *Journal of Medieval Military History*, n.º 4, 2006, pp. 65-73.

Murray, Alan V., «"Mighty against the enemies of Christ": The relic of the True Cross in the armies of the Kingdom of Jerusalem», en *The Crusades and their Sources: Essays presented to Bernard Hamilton*, John France y W. G. Zajac (comps.), Aldershot, 1998, pp. 217-238.

Murray, Alan V., «Finance and logistics of the crusade of Frederick Barbarossa», en *In Laudem Hi-*

erosolymitani: Studies in crusades and medieval culture in honour of Benjamin Z. Kedar, Iris Shagrir, Ronnie Ellenblum y Jonathan Riley-Smith, Aldershot, 2007, pp. 357-368.

Naus, James, *Constructing Kingship: The Capetian monarchs of France and the early crusades, Manchester*, 2016.

Neocleous, Savvas, «The Byzantines and Saladin: Opponents of the Thrid Crusade?», *Crusades*, n.º 9, 2010, pp. 87-106.

Nesbitt John W., «The rate of match of crusading armies in Europe», *Traditio*, n.º 19, 1963, pp. 167-181.

Nicholson, Helen, «Women on the Thrid Crusade», *Journal of Medieval History*, vol. 23, n.º 4, 2013, pp. 335-349.

Nicholson, R. L., *Joscelyn III and the Fall of Crusader States, 1134-1199*, Leiden, 1973.

Nicolle, David, *Crusader Warfare*, vol. II: *Muslims, Mongols and the Struggle against the Crusades*, Londres, 2007.

Oman, Charles, *A History of the Art of War in the Middle Ages*, vol. 378-1278 AD, reimpresión, Londres, 1998.

Painter, Sidney, «The lords of Lusignan in the eleventh and twelfth centuries», *Speculum*, vol. 32, n.º 1,1957, pp. 27-47.

—, «The Third Crusade: Richard the Lionheart and Philip Augustus», en *A History of the Crusades*, vol. II: *The Later Crusades, 1189-1311*, Kenneth M. Setton, Robert Lee Wolffy Harry W. Hazard (comps.), Madison, 1969, pp. 45-85.

Partington, J. R., *A History of Greek Fire and Gunpowder*, Cambridge, 1960.

Partner, Peter, «Holy war, crusade and jihād: An attempt to define some problems», en *Autour de la Première Croisade: Actes du Colloque de la Society for the Study of the Crusades and the Latin East*, Michel Balard (comp.), París, 1996, pp. 333-343.

Payne-Gallwey, Ralph, *The Crossbow: Its military and sporting history, construction and use*, reimpresión, Ludlow, 2007.

Perry, Guy, «"Scandalia [...] tam in oriente quam in occidente": the Briennes in East and West, 1213-1221», *Crusades*, n.º, 10, 2011, pp. 63-77.

Petersen, Andrew, «Medieval bridges of Palestine», en *Egypt and Syria in the Fatimid, Ayyubid and Mamluk Eras VI: Proceedings of the 14th and 15th International Colloquium Organized at the Katholieke Universitat Leuven in May 2005 and May 2006*, U. Vermeulen y K. D'Hulster (comps.), Orientaba Lovaniensia Analecta, Lovaina, 2010, pp. 291-306.

Philippides, Marios, y Hanak, Walter K., *The Siege and the Fall of Constantinople in 1453: Historiography, topography, and military studies*, Farnham, 2011.

Phillips, Jonathan, «The Latin East: 1098-1291», en *The Oxford History of the Crusades*, Jonathan Riley-Smith, reimpresión, Oxford, 2002, pp. 111-137.

—, *The Second Crusade: Extending the frontiers of Christendom*, New Haven, 2007.

Prawer, Joshua, *Crusader Institutions*, Oxford, 1980.

Pringle, Denys, «Town defences in the crusader Kingdom of Jerusalem», en *The Medieval City Under Siege*, Ivy A. Corfis y Michael Wolfe (comps.), Woodbridge, 1995, pp. 69-121.

Pringle, Denys, *The Churches of the Crusader Kingdom of Jerusalem: A Corpus*, vol. IV: *The Cities of Acre and Tyre with Addenda and Corrigenda to Volumes I-III*, Cambridge, 2009.

Pryor, John H., «Transportation of horses by sea during the era of the crusades: Eighth century to 1285 A. D.», *The Mariner's Mirror*, n.º 68 1982, pp. 9-27.

—, *Geography, Technology, and War: Studies in the maritime history of the Mediterranean, 649-1571*, Cambridge, 1988.

—, «The *Eracles* and William of Tyre: An interim report», en *The Horns of Hattin: Proceedings of the Second Conference of the Society for the Study of the Crusades and the Latin East, Jerusalem and Haifa 2-6 July, 1987*, Benjamin Z. Kedar (comp.), Jerusalén y Londres, 1992, pp. 270-293.

—, «Digest», en *Logistics of Warfare in the Age of the Crusades*, John H. Pryor (comp.), Aldershot, 2006, pp. 275-292.

—, *The Age of the Dromōn: The Byzantine navy*, ca. 500-1204, Leiden, 2006.

Pryor, John H., «A medieval siege of Troy: The fight to the death at Acre, 1189-1191 or the tears of *Salāh al-Dīn»*, en *The Medieval Way of War: Studies in medieval military history in honor of Bernard S. Bachrach*, Gregory I. Halfond (comp.), Aldershot, 2015, pp. 97-1 15.

Purton, Peter, *A History of the Early Medieval Siege*, Woodbridge, 2009.

Queller, Donald E., y Madden, Thomas F., *The Fourth Crusade: The conquest of Constantinople*, segunda edición, Filadelfia, 1997.

Richard, Jean, «Les révoltes chypriotes de 1191-1192 et les inféodations de Guy de Lusignan», en *Montjoie: Studies in crusade history in honour of Hans Eberhard Mayer*, Benjamin Z. Kedar, Jonathan Riley-Smith y Rudolf Hiestand (comps.), Aldershot, 1997, pp. 123-128.

Richards, D. S., «A consideration of two sources for the life of Saladin», *Journal of Semitic Studies*, vol. 25, n.º 1, 1980, pp. 46-65.

—, «Biographies of Ayyubid sultans», en *Ayyubid Jerusalem: The holy city in context, 1187-1250*, Robert Hillebrand y S. Auld (comps.), Londres, 2009, pp. 441-455.

Richardson, H. G., y Sayles, G. O., *The Governance of Medioeval England from the Conquest to Magna Carta*, Edimburgo, 1963.

Richter-Bernburg, Lutz, «*'Imād al-Dīn al-Is.fahānī*», en *Medieval Muslim Historians and the Franks in the Levant*, A. Mallett (comp.), Leiden, 2015, pp. 29-51.

Riley-Smith, Jonathan, «The Knights of St. John in Jerusalem and Cyprus, c. 1050-1310», en *A History of the Hospital of St. John of Jerusalem*, L. Butler (comp.), vol. 1, Nueva York, 1967.

—, *The Crusades: A short history*, New Haven, 1987.

—, (comp.), *The Atlas of the Crusades*, Nueva York, 1991.

—, «Guy of Lusignan, the Hospitallers and the Gates of Acre», en *Dei gesta per Francos: Études sur les croisades dédiées à Jean Richard*, Michel Balard, Benjamin Z. Kedar y Jonathan Riley-Smith (comps.), Aldershot, 2001, pp. 111-115.

Riley-Smith, Jonathan, *The First Crusade and the Idea of Crusading*, reimpresión, Londres, 2003.

—, «Truth is the first victim», *The Times*, 5 de mayo de 2005.

Rodger, N. A. M., *Safeguard of the Sea: A naval history of Britain, 660-1649*, Nueva York, 1997.

Rogers, Clifford J., *Soldiers' Lives throughout History: The middle ages*, Westport, 2007.

—, «Constables», en *The Oxford Encyclopedia of Medieval Warfare and Military Technology*, C. Rogers (comp.), Oxford, 2010.

Rogers, R., *Latin Siege Warfare in the Twelfth Century*, Oxford, 1992.

Rubenstein Jay, «In search of a new crusade: A review essay», *Historically Speaking*, abril, 2011, pp. 25-27.

Rubin, Morton, *The Walls of Acre: Intergroup relations and urban development in Israel*, Nueva York, 1974.

Runciman, Steven, *A History of the Crusades*, vol. III: *The Kingdom of Acre and the Later Crusades*, reimpresión, Cambridge, 1999.

Sayers, Jane, «English charters from the Thrid Crusade», en *Tradition and Change: Essays in honour of*

Marjorie Chibnall, presented by her friends on the occasion of her seventieth birthday, D. Greenway, C. Holdsworth, y J. Sayers (comps.), Cambridge, 1985, pp. 195-214.

Sayers, William, «The name of the siege engine *trebuchet*: Etymology and history in medieval France and Britain», *Journal of Medieval Military History*, n.º 8, 2010, pp. 189-196.

Scott, sir Walter, *Ivanhoe*, reimpresión, Londres, 1920 (hay traducción castellana: *Ivanhoe*, trad. Guillem d'Efak, Edhasa, Barcelona, 2007).

Simmons, C. A., *Reversing the Conquest: History and myth in nineteenth-century British literature*, New Brunswick, 1990.

Singman, Jeffrey L., *Robin Hood: The shaping of the legend* J. Westport, 1998.

Sivan, Emmanuel, *L'Islam et la Croisade: Idéologie et propagande dans les réactions Musulmanes aux croisades*, París, 1968.

Smail, R. C, «The predicaments of Guy of Lusignan, 1183-87», en *Outremer: Studies in the history of the crusading Kingdom of Jerusalem presented to Joshua Prawer*, Benjamin Z. Kedar, Hans Eberhard Mayer y R. C. Smail (comps.), Jerusalén, 1982, pp. 159-176.

—, *Crusading Warfare, 1097-1193*, segunda edición, Cambridge, 1995.

Smith, Robert Douglas, *Rewriting the History of Gunpowder*, Nykøbing, 2010.

Spiegel, Gabrielle M., *The Chronicle Tradition of Saint-Denis: A survey*, Brookline, 1978.

Spufford, Peter, *The Handbook of Medieval Exchange*, Royal Historical Society Guides and Handbooks, Londres, 1986.

Stanton, Charles D., *Norman Naval Operations in the Mediterranean*, Woodbridge, 2011.

Stern, Eliezer, y Abu-Uqsa, Hanaa, «New archaeological discoveries from crusader period Acre», en *One Thousand Nights and Days: Akko through the ages*, A. E. Killebrew y V. Raz-Romeo (comps.), Haifa, 2010, pp. 40-48.

Strickland, Matthew, y Robert Hardy, *The Great Warbow: From Hastings to the Mary Rose*, Stroud, 2005.

Stubbs, William, *The Constitutional History of England*, 3 vols., Oxford, 1880.

Sweetenham, Carol, «What really happened to Eurvin de Créel's donkey? Anecdotes in sources for the First Crusade», en *Writing the Early Crusades: Text, transmission and memory*, Marcus Bull y Damien Kempf (comps.), Woodbridge, 2014, pp. 75-88.

Tarver, W. T. S, «The traction trebuchet: A reconstruction of an early medieval siege engine», *Technology and Culture*, vol. 36, n.º 1, enero de 1995, pp. 136-167.

Theotokis, Georgios, «The square "fighting march" of the crusaders at the Battle of Ascalon (1099)», *Journal of Medieval Military History*, n.º 11, 2013, pp. 57-71.

Throop, Susanna A., Crusading as an Act of Tengeance, 1095-1216, Farnham, 2011. Tsugitaka, Sato, *State and Rural Society in Medieval Islam: Sultans, Muqta's, and fallahun*, Leiden, 1997.

Tyerman, Christopher, *England and the Crusades, 1095-1588*, Chicago, 1988.

—, *The Invention of the Crusades*, Londres, 1998.

—, *God's War: A new history of the crusades*, Cambridge, 2006 (hay traducción castellana: *Las guerras de Dios. Una nueva historia de las Cruzadas*, trad. Cecilia Belza Palomar, Beatriz Eguibar, Tomás Fernández Aúz, Gonzalo García y Rosa Salieras, Crítica, Barcelona, 2010).

Unger, Richard W, «Difficult sources: Crusader art and the depiction of ships», en *Shipping, Trade and Crusade in the Medieval Mediterranean*, R. Gertwagen (comp.), Nueva York, 2012, pp. 85-104.

Verbruggen, J. E, *The Art of Warfare in Western Europe during the Middle Ages, from the Eighth Century to 1340*, traducción inglesa de S. Willard y la esposa de R. W. Southern, segunda edición, Woodbridge, 1997.

Wagner, Thomas Gregor y Mitchell, Piers D., «The illnesses of King Richard and King Philippe on the Thrid Crusade: An understanding of *arnaldia* and *leonardie*», *Crusades*, n.º 10, 2011, pp. 23-44.

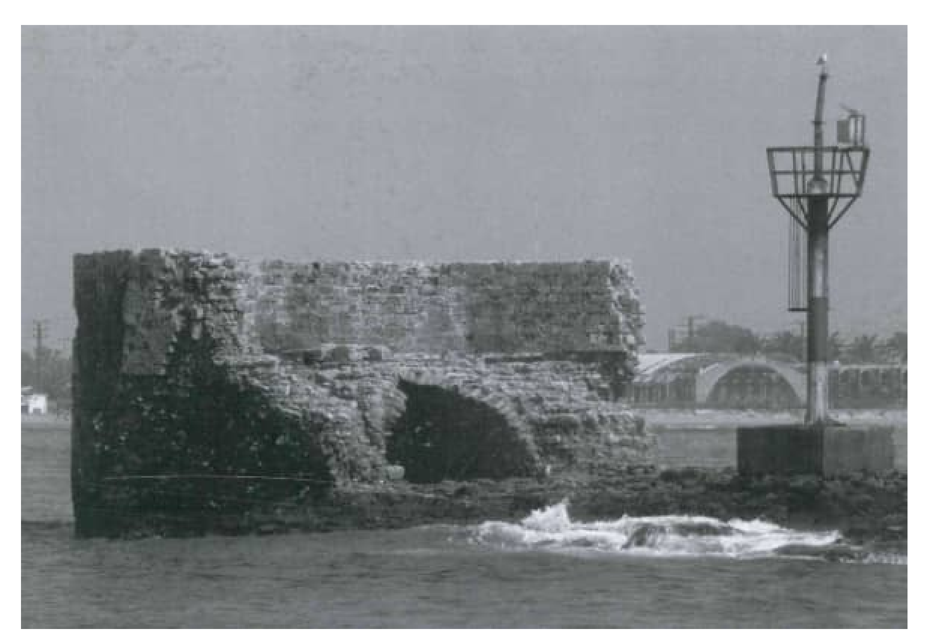
Warner, Philip, *Sieges of the Middle Ages*, Nueva York, 1994.

Wolff, Robert Lee, «The Fifth Crusade», en *A History of the Crusades*, Kenneth M. Setton y Harry W. Hazard (comps.), 6 vols., Madison, 1969, vol. 2, pp. 376-428.

Wyatt, David, *Slaves and Warriors in Medieval Britain and Ireland, 800-1200*, Leiden, 2009.



Acre situada al norte de Israel, junto a la bahía de Haifa, es una de las ciudades habitadas más antiguas a lo largo de la Historia. En la imagen, la ciudad actual, en una vista aérea de la parte antigua, el puerto, las antiguas murallas y la mezquita de al-Jazzir. © fotografía de Itamar Grinberg (israeltourism).

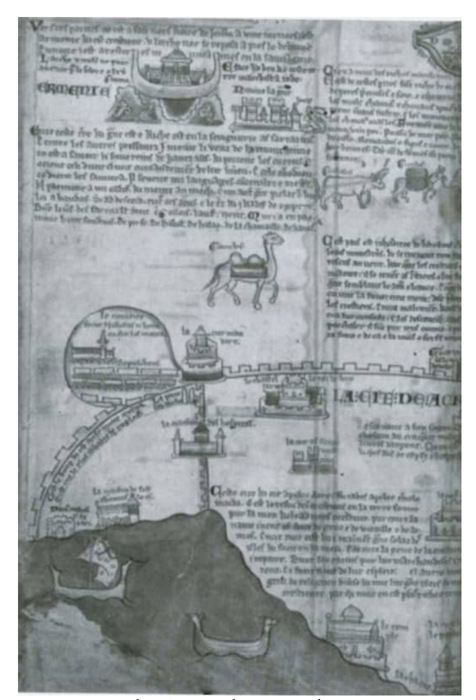


Restos de la Torre de las Moscas en el puerto de Acre. La torre fue reconstruida varias veces y sus basamentos se ven con facilidad desde el sur de la ciudad. Al principio, era la mejor entrada al puerto. Fue usada como entrada, pues se accedía a la ciudad desde una isla pequeña y protegía el rico comercio marítimo. Más adelante sirvió también de faro.

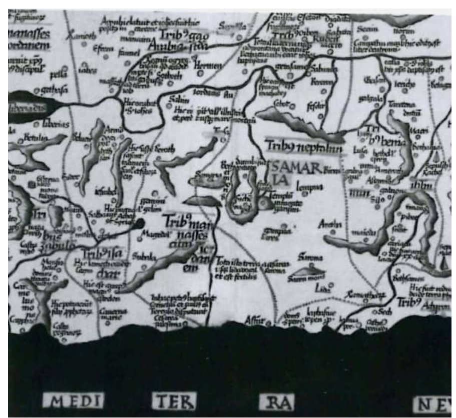
Mapa de Acre por Prieto Vesconte, extraído de Marino Sañudo Torsello, *Liber secretorum fidelium crucis* (siglo XVII). El mapa de Vesconte nos muestra con todo lujo de detalles cómo era la medieval ciudad de Acre y en el reverso un plano de Jerusalén, con algo menos de detalle.© British Library.

Retrato de Saladino (Isnail al-Jazari), hacia 1175 a. C.

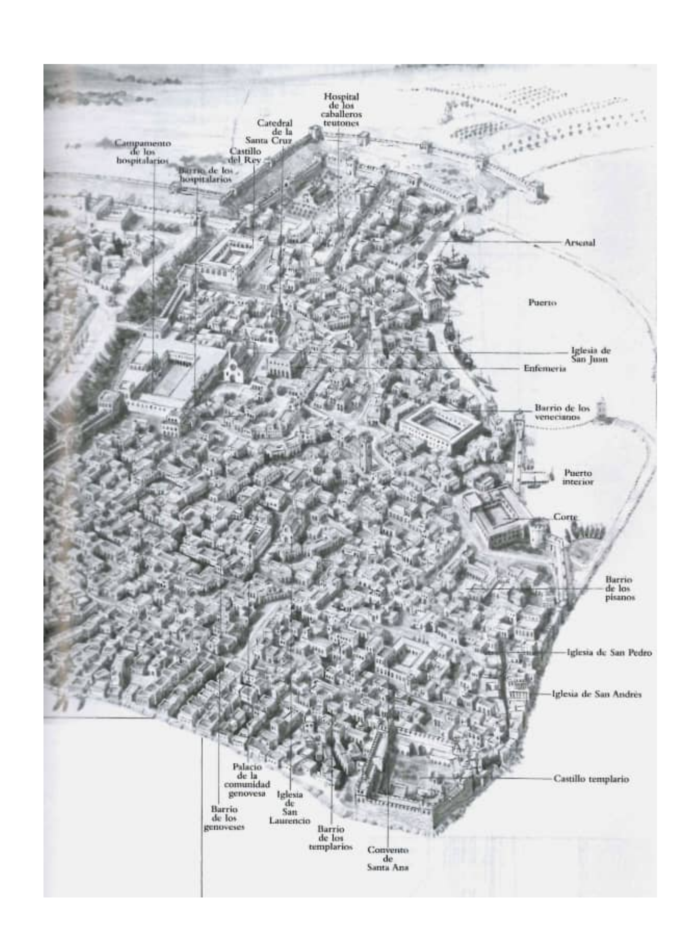


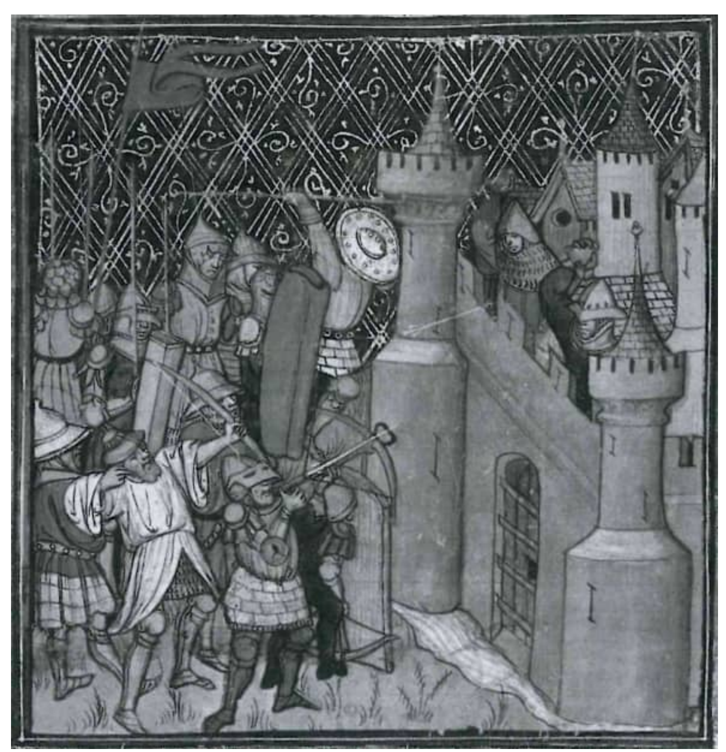


Mapa de Acre de Matthew Paris, extraído de la *Chronica maiora*. Es un fragmento de la ruta hacia Tirra Santa, el único dibujo que muestra un circuito alrededor de los muros de Acre. Aun así, le faltan detalles; no muestra, por ejemplo, los diferentes barrios de la ciudad, aunque sí la muralla alrededor de Montmusard, que se construyó después de 1191.



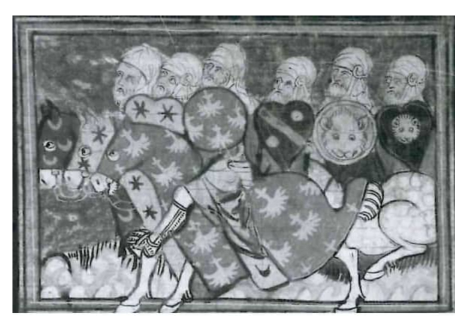
Mapa del siglo XV de Sanuto-Vesconte donde se muestra Tierra Santa. En palabras de Nebenzahl: «Este mapa fue destinado a dar una imagen de lo que fue Tierra Santa hasta el siglo XVIII». Publicado por primera vez en 1482 en dos ediciones a la vez, Ulm y Berlinghieri (Florencia), fue el primero publicado sobre el tema.


Hospital de los caballeros teutones
Catedral de la Santa Cruz
Castillo del Rey
Campamento de los hospitalarios
Barrio de los hospitalarios
Arsenal
Puerto
Iglesia de San Juan
Enfemería
Barrio de los venecianos
Puerto interior
Corte
Barrio de los pisanos
Iglesia de San Pedro
Iglesia de San Andrés
Castillo templario
Palacio de la comunidad genovesa
Iglesia de San Laurencio
Barrio de los genoveses
Barrio de los templarios
Convento de Santa Ana

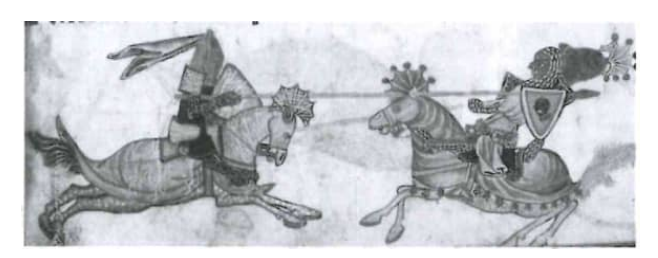




El asedio de Acre, miniaturas dentro de las *Chroniques de France ou de St Denis*, de finales del siglo XIV. Fuente: Real 20 C.VII, f.24v.

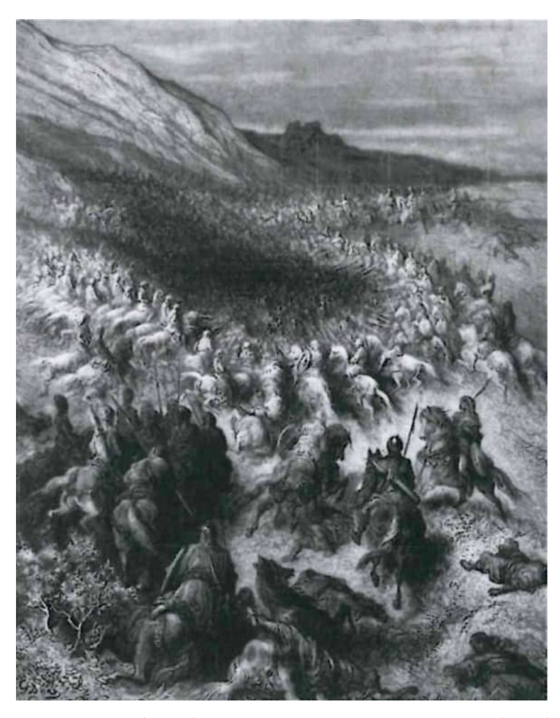


Las tropas de Saladino, por Guillaume de Tyr en la Histoire d’Outremer. Manuscrito iluminado sobre pergamino (300 folios, 40 x 30 cm), París, 1337. BnF, Manuscritos (Fr 22 495 fol. 229v).



Dos caballeros en una justa; el que porta las armas reales de Inglaterra (gules, tres leones lampantes) descabalga a un sarraceno que lleva la cabeza de un moro en las manos. La imagen se conoce como Ricardo Corazón de León contra Saladino y, pese a que no hay una conexión explícita, las armas y distinciones heráldicas podrían darlo a entender.

Miniatura del salterio Luttrell, Inglaterra [East Anglia]; BL Add MS 42 130, fol. 82, ca. 1325-1335.



La batalla de Hattin (4 de julio 1187), supuestamente donde Saladino consigue la Santa Cruz. A finales de la Primera Cruzada había caído en manos de los cruzados, y Guy de Lusignan la llevaba consigo durante el desastre de Horns. Posteriormente, habían negociado su devolución a los cristianos, en los términos de paz tras el sitio de Acre en 1991, pero Saladino no cumplió dichos términos y decidió conservarla. Grabado de Gustave Doré.



Tipo de espada propia de mediados y finales del siglo XII, clasificada como Oakeshott, tipo XIa, nombre que le viene de Ewart Oakeshott h Oakeshott (1916—2002), el mayor erudito en espadas medievales.
Se caracterizan por la hoja larga y la empuñadura recta. En estos casos el pomo tiene forma redondeada, en la reproducción con cruz, aunque en otros casos podía variar.



Ricardo I, Corazón de León, al ser ungido durante su coronación como rey en la abadía de Westminster, Londres. Ilustración de una crónica del siglo XIII.



JOHN D. HOSLER (Estados Unidos). Catedrático de historia por la Universidad de Delaware y profesor asociado de historia militar en el *Commad and General Staff College de Fort Leavenworth*, Kansas. Entre sus obras anteriores destaca *Henry II: A Medieval Soldier at War: 1147-1189*. Su mayor interés es el estudio de la historia de la guerra durante el siglo XII.

Notas

[*] Nombre de una importante y conocida asociación profesional dedicada al estudio de la Historia Militar Medieval. *(N. del t)*. <<

[1] Bradford B. Broughton, *The Legends of King Richard I Coeur de Lion: A study of sources and variations to the year 1600*, La Haya, 1966, pp. 42-43 y 61-62. <<

[2] Compárese con lo que se señala en Hechos 21,7; Jueces 1, 31, y 1 Macabeos 5, 15-22; 1 1,22-4 y 12,45-48. <<

[3] Para mayor información sobre la condición de «centro del mundo» que tenía Jerusalén en el siglo XI, véase Jonathan Riley-Smith, *The First Crusade and the Idea of Crusading*, reimpresión, Londres, 2003, pp. 20-21. <<

[4] Christopher Tyerman examina las diferencias y semejanzas entre unos y otros en *The Invention of Crusades*, Londres, 1998, pp. 27-29. <<

[5] Esa solitaria excepción es la de Ibn Shaddad, que en un determinado momento del asedio afirma haber tirado piedras a los cruzados. J. F. Verbruggen pondera el valor del testimonio de quienes asistieron a las embestidas en *The Art of Warfare in Western Europe during the Middle Ages, from the Eighth Century to 1340*, traducción

inglesa de S. Willard y la esposa de R. W. Southern, segunda edición, Woodbridge, 1997, pp. 16-18. <<

[6] Para entrar a conocer con mayor detalle las cuestiones principales —como la tendencia de los testigos oculares a referir acontecimientos milagrosos o a incluir informaciones de fuentes secundarias y anónimas, etcétera —, véase Elizabeth Lapina, «"Nec signis nec testis creditur": the problem of eyewitness in the cronicles of the First Crusade», *Viator*, n.º 38, 2007, pp. 117-139; junto con Yuval Noah Harari, «Eyewitnessing in the accounts of the First Crusade: *The Gesta Francorum* and other contemporary narratives», *Crusades*, n.º 3,2004, pp. 77-79. <<

[7] Véase John France, *Victory in the East: A military history of the First Crusade*, Cambridge, 1994, pp. 24-25. En particular, la religión parece haber venido a reforzar la recíproca actitud hostil de los ejércitos, lo que muy a menudo daba lugar a un incremento del grado de violencia ejercido. Véase también Malcolm Barber, «The Albigensian Crusades: Wars like any other?», en Dei gesta per Francos: *Études sur les croisades dédiées à Jean Richard*, Michel Balard, Benjamin Z. Kedar y Jonathan Riley-Smith (comps.), Aldershot, 2001, pp. 54-55. <<

[8] Dichos estudios aparecerán citados regularmente a lo largo del presente libro, pero para algunas contribuciones más recientes véase Jay Rubenstein, «In search of a new crusade: A review essay», *Historically Speaking*, abril de 2011,pp. 25-27. <<

[9] Las narrativas que más exhaustivamente analizan las cuestiones militares relacionadas con el asedio son la de Randall Rogers, *Latin Siege Warfare in the Twelfth Century*, Oxford, 1992, pp. 212-235; y la de Malcolm

Cameron Lyons y David Edward Pritchett Jackson, *Saladin: The politics of the holy war*, Cambridge, 1982, pp. 295-334. Véase también el texto de John Gillingham titulado Richard I, New Haven, 1999, pp. 155-171; así como el de Sidney Painter, «The Third Crusade: Richard the Lionheart and Philip Augustus», en *A History of the Crusades*, volumen 2: *The Later Crusades, 1189-1311*, Kenneth M. Setton, Robert Lee Wolff y Harry W. Hazard, Madison, 1969, pp. 45-85. **<<**

[10] Desde luego es mucho más complejo de lo que los breves ensayos publicados hasta la fecha han dejado entrever: véanse, por ejemplo, las tres páginas que dedica al episodio R. C. Smail en *Crusading Warfare, 1097-1193*, segunda edición, Cambridge, 1995,pp. 187-189; el solitario párrafo que figura en Niall Christie, *Muslims and Crusaders: Christianity's wars in the Middle East, 1095-1382, front the Islamic sources*, Nueva York, 2014, p. 47; o la única frase que le concede Jonathan Phillips en su artículo titulado «The Latin East: 1098-1291», en *The Oxford History of the Crusades*, Jonathan Riley-Smith (comp.), reimpresión, Oxford, 2002, p. 132. Debo decir, en justicia, que el profesor Phillips está elaborando en este momento una historia general de la Tercera Cruzada en la que se analiza más exhaustivamente el episodio de Acre. **<<**

[11] Adrian Boas, «Some reflections on urban landscapes in the Kingdom of Jerusalem: archaeological research in Jerusalem and Acre», en *Dei gesta per Francos: Études sur les croisades dédiées à Jean Richard*, op. cit., p. 242. **<<**

[1] *Itinerarium* 2, vol. 1, p. 32. <<

[2] Para saber más acerca de la ubicación de este particular pedazo de la Vera Cruz hasta la batalla de los Cuernos de Hattin, véase Alan V. Murray, «"Mighty against the enemies of Christ": The relic of the True Cross in the armies of the Kingdom of Jerusalem», en *The Crusades and their Sources: Essays presented to Bernard Hamilton*, John France y William G. Zajac (comps.), Aldershot, 1998, pp. 217-238. <<

[3] Cita tomada de John France, *Great Battles: Hattin*, Oxford, 2015, pp. 102-104. <<

[4] Ibn al-Athir, p. 325. <<

[5] Para una serie de mapas contextualizados de estas regiones, véase Jonathan Riley-Smith (comp.), *The Atlas of the Crusades*, Nueva York, 1991. <<

[6] John France, *Great Battles: Hattin*, op. cit., pp. 105-106. <<

[7] Para más información sobre los detalles de la disputa sucesoria, véase Bernard Hamilton, *The Leper King and his Heirs: Baldwin IV and the cruisader Kingdom of Jerusalem*, Cambridge, 2000, pp. 217-221. Para las dificultades políticas que hubo de vencer Guido antes de batalla de los Cuernos de Hattin, véase R. C. Smail, «The predicaments of Guy of Lusignan, 1183-87», en *Outremer: Studies in the history of the crusading Kingdom of Jerusalem presented to Joshua Prawer*, Benjamin Z. Kedar, Hans Eberhard Mayer y R. C. Smail (comps.), Jerusalén, 1982, pp. 159-176. <<

[8] Balián fue uno de los que habían huido de Hattin para poder salir con vida: véase Peter W. Edbury, *John of Ibelin and the Kingdom of Jerusalem*, Woodbridge, 1997, p. 17. <<

[9] Para consultar el texto íntegro de esta bula, véase Jessalynn Bird, Edward Peters y James M. Powell (comps.), *Crusade and Christendom: Annotated documents in translation from Innocent III to the fall of Acre*, 1187-1291, Filadelfia, 2013, pp. 4-9. **<<**

[10] Esta secuencia de acontecimientos aparece descrita con toda suerte de detalles en John D. Hosler, *Henry II: A medieval soldier at war, 1147-1189*, Leiden, 2007, pp. 166-168; véase también Alan Forey, «Henry II's crusading penance for Becket's murder», *Crusades* 7, 2008, pp. 153-164. **<<**

[11] Véase John D. Hosler, *Henry II: A medieval soldier at war, 1147-1189*, op. cit., pp. 168-170. El escritor Gervasio de Canterbury señala en su estimación que el montante total fue muy superior, pero se han expresado reservas respecto a las cifras que ofrece: véase John D. Hosler, «Henry II, William of Newburgh, and the development of English anti-Judaism», en *Christian Attitudes towards the Jews in the Middle Ages: A casebook*, Michael Frassetto (comp.), Nueva York, 2007, p. 170, junto con los estudios citados en dicha obra. **<<**

[12] Christopher Tyerman, en *God's war: A new history of the crusades*, Cambridge, 2006, pp. 376-399, presenta un estudio detallado de las prédicas con las que se consiguió que la gente se sumase a la cruzada en diferentes localidades europeas, y también ofrece un examen relacionado con las particularidades del reclutamiento (hay traducción castellana: *Las guerras de Dios. Una nueva historia de las Cruzadas*, Crítica, Barcelona, 2007). **<<**

[13] «Audita tremendi», en *Crusades and Christendom*, p. 8. El original latino se encuentra en *Opera omnia*

Urbani III, Gregorii VIII, Romanorum pontificum epistolae et privilegia, en *Patrologia Latina*, ed. de J. P. Migne, vol. 202, París, 1855,p. 1542a: «*Non est quidem novuni, quod terra illa judicio divino percutitur, sed nec insolitum, ut flagellate et castigata misericordiam consequantur. Poterit Dominus quidem sola eam voluntate servare, sed non habemus ei dicere car ita fecerit. Voluit enum forsitan experiri, et in notiam ducere aliorum, si quis sit intelligens aut requirens Deum, qui oblatum sibi paenitentiae tempus hilariter amplectatur*». **<<**

[14] Ibn al-Athir, op. cit., p. 369 —compárese también con lo que se señala en el Corán 13, 13, en donde Alá fulmina a los adversarios de la fe con rayos y truenos—; véase también Ibn Shaddad, pp. 104-106. **<<**

[15] Para saber más acerca del alcance de las conquistas de Saladino, véase Malcolm Cameron Lyons y David Edward Pritchett Jackson, *Saladin: The politics of the holy war*, op. cit., pp. 279-294. **<<**

[16] Peter W. Edbury,*John of Ibelin and the Kingdom of Jerusalem*, op. cit., pp. 19-20. **<<**

[17] Véase *Howden 2*, vol. 3, p. 126; *Estoire*, versos 2738 a 2750; *Itinerarium* 2, op. cit., vol. 1, p. 26; y Benjamin Z. Kedar, «The Patriarch Eraclius», en *Outremer*, op. cit., p. 203. **<<**

[18] Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 364; Ibn Shaddad, op. cit., p. 96. **<<**

[19] *Itinerarium* 2, op. cit., vol. 1, p. 27. **<<**

[20] D. S. Richards, «A consideration of two sources for the life of Saladin», *Journal of Semitic Studies*, vol. 25, n.º 1, 1980, pp. 50 y 61.Tanto Ibn Shaddad como el otro testigo presencial musulmán, Imad al-Din, conside-

raban que el reinado de Saladino constituía uno de los momentos cumbre de la historia islámica, solo igualada por la Edad de Oro (es decir, por el período de Mahoma y los cuatro califas bien guiados): véase Konrad Hirschler, *Medieval Arabic Historiography: Authors as actors*, Routledge Studies on the Middle East, Abingdon, 2006, p. 85. **<<**

[21] Para saber más acerca de su contribución al esclarecimiento de los hechos de la Primera Cruzada, véase Konrad Hirschler, «The Jerusalem conquest of 492/1099 in the medieval Arabic historiography of the crusades: From regional plurality to Islamic narrative», *Crusades*, n.º 13, 2014, pp. 65-73. **<<**

[22] No obstante, su hermano pequeño, Diya al-Din Nasr Alá, sí que fue servidor de Saladino, y también de su hijo al-Afdal Alí: véase Ibn al-Athir, op. cit., vol. 1, p. I. **<<**

[23] Hamilton Alexander Kosskeen Gibb, «The Arabic sources for the life of Saladin», *Speculum*, vol. 25, n.º 1, 1950, pp. 58-72. No obstante, los comentarios de censura que Ibn al-Athir dedica a los hechos militares resultan muy útiles, ya que muy a menudo señala las deficiencias y errores estratégicos y tácticos que un escritor situado en el entorno inmediato del sultán podría perfectamente preferir pasar por alto. Una reciente biografía de este autor es la de François Micheau titulada «Ibn al-Athīr», en *Medieval Muslim Historians and the Franks in the Levant*, Mex Mallett (comp.), Leiden, 2015, pp. 52-83. Entre los textos que dedican una breve defensa a la figura de Ibn al-Athir se cuentan las introducciones que Richards incluye en Ibn al-Athir, op. cit., vol. 1, pp. 2-5 y vol. 2, pp. 3-4; el libro de Francesco Gabrieli (ed. y trad.) titulado *Arab Historians of the Crusades*, reimpresión, Be-

rkeley, 1984,pp. xxvii-xxviii; y la obra de Malcolm Cameron Lyons y David Edward Pritchett Jackson, *Saladin: The politics of the holy war*, op. cit., p. 1, n. 3. Para una visión de conjunto de los tres autores árabes, véase Carole Hillenbrand, *The Crusades: Islamic perspectives*, Nueva York, 2000, pp. 180-182. **<<**

[24] Véase Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, pp. 364-365; Ibn Shaddad, op. cit., pp. 96-97; e Imad al-Din, op. cit., vol. 4, p. 412. Los convoyes de armas y bagajes musulmanes debían permanecer cerca del ejército, dado que además de los suministros, también viajaba en ellos la artillería pesada. Véase Hamilton Alexander Kosskeen Gibb, *Studies on the Civilization of Islam*, ed. de Stanford J. Shaw y William K. Polk, Boston, 1962, pp. 84-85. **<<**

[25] Ibn al-Athir, vol. 2, op. cit., p. 365. **<<**

[1] *Eracles*, 4,17, p. 128: «*par diverses manieres de fors batailles tres passa le tens*». <<

[2] *Eracles*, op. cit., 4, 10, pp. 118-119. Newburgh, vol. 1, p. 348. En *Anónimo 2*, p. 252, se fija el número de efectivos totales del ejército en ese momento en doce mil hombres. De cuando en cuando, dicha fuente, cuyo título completo reza «Libellus de expugnatione terrae sanctae per Saladinum», toma en préstamo algunos pasajes de Ambrosio de Normandía: véase *Estoire*, op. cit., p. 17. <<

[3] Los detalles de la plaza figuran en Alex Resten, *Acre: The old city, survey and planning*, Tel Aviv, 1962, pp. 13-15. <<

[4] David Jacoby, «Montmusard, suburb of crusader Acre: The first stage of its development», en *Outremer: Studies in the history of the crusading Kingdom of Jerusalem presented to Joshua Prawer*, Benjamin Z. Kedar, Hans Eberhard Mayer y R. C. Smail (comps.), Jerusalén, 1982, pp. 205-208. <<

[5] Para un debate sobre estas disposiciones defensivas, véase Denys Pringle, «Town defences in the crusader Kingdom of Jerusalem», en *The Medieval City Under Siege*, Ivy A. Corfis y Michael Wolfe (comps.), Woodbridge, 1995, pp. 81-84. <<

[6] Para más información acerca de esta muralla, véase Benjamin Z. Kedar, «The outer walls of Frankish Acre», *Atiqot*, n.º 31,1997, pp. 160-161. Estos detalles figuran en la crónica rimada de *Anónimo 2*, versos 620-632; la cita procede de Peter W. Edbury (trad.), *The Conquest of Jerusalem and the Thrid Crusade: Sources in translation*, Aldershot, 1998, p. 81. <<

[7] *Estoire*, op. cit., versos 2836 a 2844. <<

[8] Ibn Shaddad, op. cit., pp. 97-98; Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 365; Imad al-Din, op. cit., vol. 4, p. 413; *Estoire*, op. cit., versos 2888-2889; *Itinerario* 2, op. cit., vol. 1, p. 27: «*et qui venerant obsessuri tenetur obsessi*». **<<**

[9] *Eracles*, op. cit., 4, 16, p. 127: «que il savoit que mestier lor estoit as armes et as cors». **<<**

[10] *Itinerario* 2, op. cit., vol. 1, p. 27. **<<**

[11] Dado que lo que redacta es una obra en verso concebida para ser leída en voz alta, Ambrosio añade deliberadamente dramatismo a muchas de las acciones, y utiliza recursos literarios como el paralelismo para resaltar los acontecimientos y conseguir un mayor efecto, pero en cualquier caso hay un gran nivel de detalle. De origen normando, es probable que Ambrosio viajara con el ejército de Ricardo Corazón de León y que por ello mismo únicamente fuera testigo del último verano del asedio. Ricardo de Templo no copia directamente de Ambrosio, sino que tiende más bien a reescribir algunos pasajes y a añadir colorido a ciertos temas y descripciones. Para un debate sobre el autor y su obra, véase M. Ailes y Malcolm Barber (ed. y trad.), *The History of the Holy War: Ambroise's Estoire de la Guerre Sainte*, 2 vols., Woodbridge, 2003, pp. 1-3 y 12-23. Para ahondar en la cuestión de su credibilidad, véase Peter Damian-Grint, *The New Historians of the Twelfth-Century Renaissance: Inventing vernacular authority*, Woodbridge, 1999, pp. 76-79. Por consiguiente, para comprobar la exactitud de lo narrado existe la posibilidad de contrastar algunas de las secciones más relevantes del *Itinerarium* de Ricardo de Templo con las otras dos crónicas. Para más información acerca de las cuestiones relativas a la compilación y la autoría, véase Helen J. Ni-

cholson (trad.), *The Chronicle of the Third Crusade: The Itinerarium peregrinorum et gesta regis Ricardi*, Crusade Texts in Translation, Farnham, 1997, pp. 6-14. **<<**

[12] *Eracles*, op. cit., 4, 16, p. 127. **<<**

[13] La carta puede encontrarse impresa en *Ymagines*, vol. 2, pp. 70-71. **<<**

[14] *Anónimo 3*, op. cit., versos 687-690; *Eracles*, op. cit., 4, 17, p. 127; *Estoire*, op. cit., versos 2848-2851; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 28: «*in consiliis Nestor*». Los barcos reciben unas veces el nombre de «cocas» (una embarcación a vela de un solo mástil y fondo plano, hecho con maderas pesadas) y otras el de «sumacas» (o esnecca, en singular, una galera larga provista de remos y una vela): véase Nicholas A. M. Rodger, *Safeguard of the Sea: A naval history of Britain, 660-1649*, Nueva York, 1997, pp. 47 y 62-63. **<<**

[15] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 43; Coggeshall, vol. 1, p. 252. **<<**

[16] *Ymagines*, op. cit., vol. 2, p. 70. **<<**

[17] Véase Ruthy Gertwagen, «The crusader port of Acre: Layout and problems of maintenance», in *Actes du Colloque de la Society for the Study of the Crusades and the Latin East (Clermont-Ferrand, 22-25 juin 1995)*, Michel Balard (comp.), París, 1996, pp. 555-559. **<<**

[18] Ruthy Gertwagen, «The crusader port of Acre», op. cit., pp. 558-560. Para saber más acerca de las cadenas portuarias en general, véase Benjamin Z. Kedar, «Prolegomena to a world history of harbour and river chains», en *Shipping, Trade and Crusade in the Medieval Mediterranean: Studies in honour of John Pryor*, Ruthy

Gertwagen y Elizabeth Jeffreys (comps.), Farnham, 2012, pp. 3-37. <<

[19] Véase David Jacoby, «Crusader Acre in the thirteenth century: Urban layout and topography», *Studi medievali*, tercera serie, vol. 20, n.º 1, 1979, pp. 11-12; junto con John H. Pryor, «A medieval siege of Troy: The fight to the death at Acre, 1189-1191 or the tears of *Salāh al-Dīn*», en *The Medieval Way of War: Studies in medieval military history in honor of Bernard S. Bachrach*, Gregory 1. Halfond (comp.), Aldershot, 2015, p. 99. <<

[20] Adrian Boas, *Crusader Archaeology: The material culture of the Latin East*, Londres, 1999, p. 35. Para saber más acerca de la posibilidad de que existiera un segundo puerto interior en el recinto ocupado por el primero, véase Adrian Boas, «Some reflections on urban landscapes in the Kingdom of Jerusalem: archaeological research in Jerusalem and Acre», en *Dei gesta per Francos: Études sur les croisades dédiées à Jean Richard*, op. cit., pp. 249-250. <<

[21] Ibn Shaddad, op. cit., p. 97; John H. Pryor, *Geography, Technology, and War: Studies in the maritime history of the Mediterranean, 649-1571*, Cambridge, 1988, p. 129. La terminología empleada para nombrar a los numerosos tipos de embarcación que se fueron presentando en la zona a lo largo del asedio varía consideradamente en las fuentes: para saber más acerca de las principales clases de naves que circulaban por el Mediterráneo, véase John E. Dotson, «Ship types and fleet composition at Genoa and Venice in the early thirteenth century», en *Logistics of Warfare in the Age of the Crusades*, John H. Pryor (comp.), Aldershot, 2006, pp. 63-75. <<

[22] Dichos aristócratas eran Nicola Embriaco, Fulcone da Castello, Simone Doria, Baldovino Guerico y Spezzapietra y Rosso della Volta: véase Merav Mack, «A Genoese perspective of the Third Crusade», *Crusades*, n.º 10, 2011, p. 49. **<<**

[23] *Estoire*, op. cit., versos 2810-2879; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 26; *Howden 2*, op. cit., vol. 3, p. 126; *Anónimo 1*, op. cit., vol. 3, p. cviii, versos 51-75. **<<**

[24] Newburgh, op. cit., vol. 1, p. 349. Para más información acerca de los préstamos que asumía Guillermo, véase John Gillingham, «Two Yorkshire historians compared; Roger of Howden and William of Newburgh», *Haskins Society Journal*, n.º 12,2002, pp. 20-25. **<<**

[25] Para saber más acerca de estas discordias, véase Clifford J. Rogers, *Soldiers' Lives throughout History: The middle ages*, Westport, 2007, pp. 66-67; junto con John France, *Western Warfare in the Age of the Crusades, 1000-1300*, Ithaca, 1999, p. 210. **<<**

[26] *Eracles*, op. cit., 4,17, p. 127 («*par quei nus ne doit douter que Deu n'eust envoié celui secors en confort a ceauz qui se fierent en sa misericorde*»); *Estoire*, op. cit., versos 2836-2937 («*Si orez com[e] Deus reguarde; / Cels qu'il velt [aveir] en sa guarde*»); *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 27 («*In hoc itaque articulo positos vissitavit eos Oriens exalto*»), compárese también con lo que se señala en Lucas 1,78 [«… las entrañas de misericordia de nuestro Dios, que harán que nos visite una Luz de la altura» (N. del t.)]. **<<**

[27] Véase Otón de Saint Blasien, 36, 54, pp. 6-10. Las comunicaciones entre Acre y Saladino se verificaban asimismo por medio del envío de cartas. Se encargaban de transportarlas algunos hombres que cruzaban el puerto,

bien a nado, bien en pequeños botes, y también grupos de palomas mensajeras: véase Imad al-Din, op. cit., vol. 4, pp. 442 y 470; junto con Ibn Shaddad, op. cit., p. 121. En 1191, la guarnición empezó a recurrir a otro método, consistente en subir una cesta a la punta del asta en la que se enarbolaban las banderas (sujeta a la cúpula más alta de la iglesia de San Lorenzo de la ciudad): véase *Eracles*, op. cit., 5, 14, p. 156. En el manual de prácticas militares de al-Ansari (fallecido en el año 1408), se recomienda tanto emplear las señales de humo como recurrir a las aves mensajeras: véase *A Muslim Manual of War*, ed. y trad. de G. T. Scanlon, reimpreso en El Cairo, 2012, pp. 47-49; junto con Susan Edgington, «The doves of war: The part played by carrier pigeons in the crusades», en *Autour de la Première Croisade: Actes du colloque de la Society for the Study of the Crusades and the Latin East*, Michel Balard (comp.), París, 1996, pp. 167-175. **<<**

[28] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 27. **<<**

[29] Ibn Shaddad, op. cit., p. 87; *Eracles*, op. cit., 4, 17, p. 128; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 27. **<<**

[30] *Itinerario 2*, op. cit., 4, p. 8: «*Turcorum etiam moris est, ut quando persenserint se fugantes a persequendo cessare, tunc et ipsi fugere cessabunt, more muscae fastidiosae, quam si abegeris avolabit, cum cessaveris redibit, quamdiu fugaveris fugiet, cum desieris praesto est. Non secus est de Turcis: cum persequi desistens reverteris, tunc Turcus insequitur, si fugaveris fugiet*». **<<**

[31] *Estoire*, op. cit., versos 2952-3049; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 28. **<<**

[32] *A Muslim Manual of War*, ed. y trad. de G. T. Scanlon, op. cit., pp. 100-102. **<<**

[33] Ibn Shaddad, op. cit., p. 98; Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, pp. 365-366. **<<**

[34] Ibn Shaddad, op. cit., p. 99. **<<**

[35] Ibn Shaddad, op. cit., pp. 98-99. La crónica de Ibn al-Athir es mucho más breve y no consigna prácticamente ningún detalle de la operación. **<<**

[36] Los parientes varones de Saladino tienen una presencia muy destacada en Acre. Sus hijos actuaban todos como grandes gobernadores: es el caso de al-Afdal'Alí de Damasco; de al-Zahir Ghiyath al-Din Ghazí de Alepo; y de al-Aziz Utmán de Egipto; sin olvidar a su hermano al-'Adil; a sus sobrinos nietos al-Mansur Muhammad (de Hama) y al-Amjad Bahram Shah (de Baalbek); ni a su primo segundo, al-Mujahid Shirkuh II de Homs. Véase Hamilton Alexander Kosskeen Gibb, «The Aiyūbids», en *A History of the Crusades*, volumen II: *The Later Crusades, 1189-1311*, op. cit., p. 693. **<<**

[37] *Estoire*, op. cit., versos 2900-2907; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 28; Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 366; Ibn Shaddad, op. cit., p. 99. **<<**

[38] *Estoire*, op. cit., versos 2911-2915 («*Aincees fud puis chose seüe / Qu'entre toz cels qui Den / [mescreoient / N'ot meillorgent qu[ë] il estoient / Por vilo guarder e defendre / E por chastel a force prendre*»); *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 28 («*quia virtus et in hoste laudatur*»). **<<**

[39] Véase Imad al-Din, op. cit., vol. 4, p. 415. Imad al-Din evita caer en el panegírico, y, según se cree, ofrece un relato histórico objetivo, mientras que Abu Shama se esfuerza por su parte en preservar esa narración diferen-

ciando claramente los pasajes que extrae de Imad al-Din de sus propias cavilaciones. Véase Hamilton Alexander Kosskeen Gibb. *The Life of Saladin, from the Works of 'Imad ad-Din and Baha' ad-Din*, Oxford, 1973, pp. 2-4. Para una biografía reciente del secretario de Saladino, véase Lutz Kichter-Bernburg, «*Imād al-Dīn al-Isfahānī*», en *Medieval Muslim Historians and the Franks*, pp. 29-51. Para una información de carácter más general, véase D. S. Richards, «Biographies of Ayyubid sultans», en *Ayyubid Jerusalem: The holy city in context*, 1187-1250, Kobert Hillebrand y S. Auld (comps.), Londres, 2009, pp. 441-455. <<

[40] Ibn Shaddad, op. cit., p. 99. <<

[41] Ibn Shaddad, id. loc. <<

[42] Al menos en la cuenca oriental mediterránea. Para saber más acerca del papel que desempeñó la caballería en España, siquiera en términos generales, véase David Nicolle, *Crusader Warfare, Volume II: Muslims, Mongols and the Struggle against the Crusades*, Londres, 2007, pp. 134-135. Este caso también podría inducirnos a cuestionar la valoración de Gibb, que sostiene que la infantería musulmana «únicamente aparece en las fuentes en conexión con las operaciones de asedio, sea como fuerzas defensoras u ofensivas»: véase Hamilton Alexander Kosskeen Gibb, *Studies on the Civilization of Islam*, op. cit., p. 84. Para mayor información acerca del tratado que ha llegado hasta nosotros sobre los arcos y las tácticas musulmanas de la época, véase Nabih Amin Faris (ed. y trad. de), *Arab Archery: An Arabic manuscript of about A. D. 1500, «A Book on the Excellence of the Bow & Arrow» and the description thereof*, Princeton, 1945. <<

[43] La zona misma de Montmusard contaría con fortificaciones años después del asedio, probablemente entre los años 1198 y 1212: véase David Jacoby, «Montmusard, suburb of crusader Acre: The first stage of its development», en *Outremer: Studies in the history of the crusading Kingdom of Jerusalem presented to Joshua Prawer*, op. cit., pp. 212-213. **<<**

[44] Respecto a los puntos fuertes y las debilidades de dichos métodos, véase Charles R. Bowlus, «Tactical and strategic weaknesses of horse archers on the eve of the First Crusade», en *Autour de la Première Croisade*, op. cit., pp. 159-216. **<<**

[45] R. C. Smail, *Crusading Warfare, 1097-1193*, op. cit., p. 76. **<<**

[46] Ibn Shaddad. op. cit., p. 98. **<<**

[47] Ibn Shaddad, op. cit., pp. 99-100. **<<**

[48] Ibn Shaddad, op. cit., p. 100. **<<**

[49] Ibn Shaddad, id. loc.; Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 366.Yaacov Lev, en «Infantry in Muslim armies during the crusades», en *Logistics of Warfare in the Age of the Crusades*, op. cit., p. 195, saca de este acontecimiento la conclusión de que los beduinos actuaban poco más o menos como una infantería auxiliar. **<<**

[50] *Eracles*, op. cit., 4, 18, pp. 128-129. Este es el ejemplar más completo, aunque no necesariamente el más fiel al original en el que se inspiró. Hay un gran número de estudios que analizan las continuaciones de la historia de Guillermo de Tiro. El más reciente punto de partida se encuentra en Philip Handyside, *The Old French William of Tyre*, Leiden, 2015. Para las esenciales diferencias que separan las cuatro versiones existentes (el *Eracles* de Lyon, el *Eracles* de Colbert-Fontaine-

bleau, la *Chronique d'Ernoul et de Bernard le Trésorier*, y el *Eracles* abreviado), véase Peter W. Edbury, «New perspectives on the Old French continuations of William of Tyre», *Crusades*, n.º 9, 2010, pp. 107-113; junto con *idem*, «The Lyon Eracles and the Old French continuations of William of Tyre», en *Montjoie: Studies in crusade history in honour of Hans Eberhard Mayer*, Benjamin Z. Kedarjonathan Riley-Smith y Rudolf Hiestand (comps.), Aldershot, 1997, pp. 139-153. Para saber más acerca de otras cuestiones, de entre las que destaca la autoría del propio *Eracles*, véase John H. Pryor, «The Eracles and William of Tyre: An interim report», en *The Horns of Hattin: Proceedings of the Second Conference of the Society for the Study of the Crusades and the Latin East, Jerusalem and Haifa 2-6 July, 1987*, Benjamin Z. Kedar (comp.), Jerusalén y Londres, 1992, pp. 270-293. También ha llegado hasta nosotros una *Continuation* en latín, que es parcialmente original, aunque también se basa en el *Itinerarium*, en Rogelio de Hoveden y en Guillermo de Newburgh: véase Marianne Salloch (comp.), *Die lateinische Fortsetzung Wilhelms von Tyrus*, Leipzig, 1934; junto con Bernard Hamilton, *The Leper King and his Heirs: Baldwin IV and the crusader Kingdom of Jerusalem*, op. cit., pp. 12-13. **<<**

[51] *Anónimo 3*, op. cit., versos 719-734; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 29; *Estoire*, op. cit., versos 3114-3137. **<<**

[52] Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, pp. 366-367. Este autor señala la posición en la que se encontraban los distintos contingentes musulmanes en octubre: uno estaba en Antioquía, acantonado en la zona para evitar cualquier avance enemigo en dirección a Alepo; un segundo grupo permanecía en Homs, con el fin de hacer guardia

e impedir que se pudiera organizar en Trípoli un ataque contra los hombres del sultán; el tercero se había establecido a las afueras de Tiro; el cuarto, que todavía seguía en Egipto, operaba como guarnición de Alejandría y Damieta, y por último, varias unidades heterogéneas de tropa disfrutaban simplemente de un permiso, tras haber cumplido los compromisos de servicio que habían adquirido con Saladino a principios del año. **<<**

[53] Ricardo de Templo sostiene en un primer momento que había dos hileras (una formada por las tropas de artillería y otra en la que se apelotonaban todas las demás unidades). Sin embargo, según avanza el pasaje, aclara que la fila de la infantería se dividió en dos para dejar paso a la caballería. Había por tanto tres líneas, no dos: véase *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 29. R. C. Smail cree que debieron de constituirse cuatro grandes divisiones cruzadas, pero yo solo cuento tres: véase *Crusading Warfare, 1097-1193*, op. cit., p. 187. **<<**

[54] *Ymagines*, op. cit., vol. 2, p. 70. **<<**

[55] Se supone que, tras la batalla, Guido intercambió distintas cartas con Saladino: este último había acusado al soberano de violar el juramento de no empuñar las armas contra él, pero Guido le respondió que no había empleado en ningún momento su propia espada: véase *Eracles*, op. cit., 4, 20, p. 131. **<<**

[56] *Eracles*, op. cit., 4,18, p. 129; *Estoire*, op. cit., versos 2962-2963; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 29; e *Ymagines*, op. cit., vol. 2, p. 70. Ibn Shaddad, op. cit., p. 100, sostiene que Guido desfiló al frente del ejército, precedido por cuatro sacerdotes que transportaban un ejemplar de los Evangelios. **<<**

[57] En *Anónimo 3*, op. cit., versos 789-794 se elogia a ambos hombres. Para saber más acerca de la mezquita y su ubicación, véase *Estoire*, op. cit., n. 229, p. 74. **<<**

[58] *Ymagines*, op. cit., vol. 2, p. 70. La carta de Teobaldo ofrece una versión confusa de la disposición del ejército, ya que divide a los líderes y a sus efectivos en cuatro «escuadrones». Por lo demás, su relato puede conciliarse con el resto de las crónicas excepto por la posición en que sitúa a los pisanos, que, según sostiene Teobaldo —contrariamente a lo que afirman las demás fuentes—, marcharon junto al landgrave. El historiador militar británico Charles Ornan también considera que había cuatro divisiones en lugar de tres: véase su libro titulado *A History of the Art of War in the Middle Ages, volumen 1:378-1278AD*, reimpreso en Londres, 1998, p. 335. Su narración es apasionante, aunque un tanto entrecortada, y no tiene en cuenta la enorme duración de la batalla. No obstante, está claro que la significación del choque atrajo grandemente su interés, y desde que en 1924 se publicara el original del texto que acabo de citar no he encontrado ningún relato que pueda compararse al suyo. **<<**

[59] Un *tawashi* era un soldado muy bien pagado que acudía a guerrear con caballos propios, así como con bestias de carga y un esclavo que tenía la misión de trasladar las armas de un lado a otro. La figura del *tawashi* contrasta con la del *qaraghulam*, que recibía un salario muy inferior y poseía unas armas y una coraza de peor calidad: véase Yaacov Lev, *Saladin in Egypt*, Leiden, 1999, pp. 143-144. En 1181, el ejército egipcio de Saladino, compuesto por 8640 hombres, contaba con 6976 *tawashis* y 1153 *qaraghulants*, de modo que las tropas

de élite constituían más del 80 % del contingente global. **<<**

[60] El propio Saladino era kurdo. Para más información acerca de la presencia de kurdos en los ejércitos ayubíes, véase Anne-Marie Eddé, «Kurdes et Turcs dans l'armée ayyoubide de Syrie du nord», en *War and Society in the Eastern Mediterranean, 7th-15th Centuries*, Yaacov Lev (comp.), Leiden, 1996, pp. 226-227. **<<**

[61] Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 367; Ibn Shaddad, op. cit., pp. 100-101. Para saber más sobre los *halqa*, véase Yaacov Lev, *Saladin in Egypt*, op. cit., p. 156. **<<**

[62] *Ymagines*, op. cit., vol. 2, p. 70. Esto implica que Benjamin Kedar se equivoca al afirmar que, después de la de Hattin, «la primera gran batalla campal» entre musulmanes y cristianos fue la de Arsur, en septiembre de 1191. En realidad, el título le corresponde a este encontronazo del 4 de octubre de H89. Véase «King Richards plan for the battle of Arsūf/Arsur, 1191», en *The Medieval Way of War: Studies in medieval military history in honor of Bernard S. Bachrach*, op. cit., p. 117. **<<**

[63] Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 366; *Estoire*, op. cit., versos 2978-2979. **<<**

[64] Ibn Shaddad, op. cit., p. 101. **<<**

[65] *Ymagines*, op. cit., vol. 2, p. 71. **<<**

[66] Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 367; Ibn Shaddad, op. cit., pp. 101. **<<**

[67] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 29: «*Stabant Turci pro castrorum defensione unanimes, et cum nostri propias accessissent, laxato peditum praecedentium cuneo, equos in hostem audacter admittunt. Versus in fugam Gentilis castra deserit*». Charles Oman entiende erróneamente este detalle, puesto que sostiene que la in-

fantería cruzó a intervalos las líneas de la infantería contraria: véase *A History of the Art of War in the Middle Ages*, volumen I: *378-1278 AD*, op. cit., p. 337. **<<**

[68] Los fallecidos cuyo nombre figura en los relatos árabes son los siguientes: el emir Mujalli ibn Marwan; el gobernador de Jerusalén, Zahir al-Din, hermano del letrado Isa, que había capitaneado la vanguardia de Saladino; el chambelán Khalil al-Hakkari; el estudioso y poeta Jamal al-Din Abu Alí ibn Rawaha al-Hamawi; e Ismail al-Mukkabbis. Véase Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, pp. 367-368; e Ibn Shaddad, op. cit., pp. 102-103. **<<**

[*] «The Latin Field Army in Action». No consta que exista versión castellana, pero traducimos el título del apartado para facilitar la comprensión del texto. (*N. del t.*). **<<**

[69] R. C. Smail, *Crusading Warfare, 1097-1193*, op. cit., pp. 187-188. **<<**

[70] Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, pp. 367-368; Imad al-Din, op. cit., vol. 4, p. 424; *Howden* 2, op. cit., vol. 3, p. 126. **<<**

[71] *Eracles*, op. cit., 4, 18, p. 129; *Itinerario* 2, op. cit., vol. 1, p. 29: «*Christicolae a persequendo desistunt, et spoliis inhiant: papilionum praeciduntur funes, et ipsius Soldani tentoria comes de Baro animosas invadit […]. Parte alia, dum Alemanni ad praedas hiantius convolant*». **<<**

[72] Ibn Shaddad, op. cit., p. 103; Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 368. **<<**

[73] Imad al-Din, op. cit., vol. 4, p. 424. **<<**

[74] Véase, por ejemplo, Ibn Shaddad, op. cit., pp. 126-127 y 157. **<<**

[75] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 29; Charles Ornan no se percata de ese estado de cosas: véase *A History of the Art of War in the Middle Ages, volumen I: 378-1278 AD*, op. cit., p. 338. **<<**

[76] Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 368; *Ymagines*, op. cit., vol. 2, p. 71. **<<**

[77] *Eracles*, op. cit., 4, 18, p. 129; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 29; Ibn Shaddad, op. cit., pp. 102-104. **<<**

[78] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 29; Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 368; Ibn Shaddad, op. cit., pp. 103-104; *Ymagines*, op. cit., vol. 2, p. 71; *Howden 2*, op. cit., vol. 3, p. 126. **<<**

[79] *Eracles*, op. cit., 4, 18, p. 129: «*Li Sarrasin en ocistrent tant que li flums corut de sanc*». **<<**

[80] Ibn Shaddad, op. cit., pp. 103-104; Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 368. **<<**

[81] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 30: «*Rex etiam Guido Marchiso, cum ab hostibus opprimeretur, accessit adjutor, et licet injuriac praecesissent et simultas subisset, humanitatis tamen obsequium praebuit indigno et eripuit periturum. Frater regís Gaufridus de Lizenan, videns aciem turbari et omnes de fuga contendere, castrorum curam quam defensandam susceperat festinus deserit, et de fratris salute sollicitus, refugos detenturas procurrit. Orerum miseranda mutatio*!». Véase también *Estoire*, op. cit., versos 2012-3015. **<<**

[82] *Eracles*, op. cit., 4, 19, p. 130: «*dont il ot le jor le loz de toz ceauz de la herberge, que il avoit plus fait de sa main que tuit li autre n'avoient fait*». **<<**

[83] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 30: «[…] *quem adeo supra omnes Francos virtus extulerant, at ei militiae primatu concesso, caeteri de laude secunda certarent […]*

gloriam quam casus obtulerant, ignavia declinavit»; *Estoire*, op. cit., versos 3008-3011: «*La fud ocis Andreu de Braine - / Qui ja s'alme ne seit en paine, / Car tels chevalers ne murut / Ne tantes genz ne socurut*». La familia de Brienne también intervino en la Quinta Cruzada, y el hermano menor de Erardo II, Juan de Brienne, acabaría ciñendo la corona de Jerusalén en 1210; véase Guy Perry, «"Scandalia [...] tam in oriente quam in occidente": the Briennes in East and West, 1213-1221», *Crusades*, n.º 10,2011,pp. 63-77. **<<**

[84] El otro caballero falleció como consecuencia de ese gesto: véase *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 30. **<<**

[85] *Ymagines*, op. cit., vol. 2, p. 71; *Anónimo 1*, op. cit., vol. 3, p. cix, versos 85-92; *Estoire*, op. cit., versos 3016-3029; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 29: «"*Absit!" inquit, "ut vertatur in opprobrium et Templariis in scandalani, ut fugiendo dicar vitam servasse et commilitones meos caesos reliquisse*"». El puesto de gran maestre templario que ostentaba Gerardo fue ocupado a su muerte por Roberto de Sablé; véase Peter W. Edbury (trad.), *The Conquest of Jerusalem and the Thrid Crusade: Sources in translation*, op. cit., p. 86. **<<**

[86] Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 368. A diferencia de lo que dice Michael Markowski, no veo ninguna prueba de que los templarios de Gerardo plantaran cara al ala derecha musulmana encabezada por Taqi al-Din: véase ídem, «Richard Lionheart: Bad king, bad crusader?», *Journal of Medieval History*, vol. 23, n.º 4, 1997, p. 363. **<<**

[87] Imad al-Din, op. cit., vol. 4, p. 425; *Howden 2*, op. cit., vol. 3, p. 126. Los turcópolos eran arqueros indígenas, reclutados y pagados para servir en los ejércitos

cruzados. Una carta del patriarca Heraclio al papa Clemente III señala que en la batalla que acabamos de detallar murieron veinte Caballeros templarios: véase *RRRH (Revised regesta regni Hierosolymitani Database)*, n.º 1269. **<<**

[88] Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 368. Este autor árabe también afirma que entre los prisioneros cruzados había tres mujeres y que estas habían vestido armadura en combate y luchado a caballo. Para saber más sobre el particular, véase Helen Nicholson, «Women on the Thrid Crusade», *Journal of Medieval History*, vol. 23, n.º 4,2013, pp. 335-349. Para una información de orden más general sobre las mujeres y la guerra en este período, véase Martin Aurell, «Les femmes guerrières (XIe et XIIe siècles)», en *Famille, violence et christianisation au Moyen Age: Mélanges offerts à Michel Rouche*, París, 2005, pp. 319-330. **<<**

[89] Ibn Shaddad, op. cit., p. 104. **<<**

[90] *Ymagines*, op. cit., vol. 2, p. 71. **<<**

[91] *Howden 1*, vol. 2, p. 94; *Howden 2*, op. cit., vol. 3. p. 21. **<<**

[92] De este modo, y a pesar de que Rogelio informe de algunos acontecimientos ocurridos antes de su llegada, la información que procura es la relativa a las hazañas realizadas por Ricardo Corazón de León en Chipre y a los sucesos del verano de 1191. Véase también John Gillingham, «Roger of Howden on Crusade», en *Richard Coeur de Lion: Kingship, chivalry and war in the twelfth century*, Londres, 1994, pp. 148-149. **<<**

[93] Paul M. Cobb, *The Race for Paradise: An Islamic history of the crusades*, Oxford, 2014, p. 197.Tanto Ibn Shaddad como Ibn al-Athir dedican más tiempo a referir

cómo se las ingenió Saladino para conseguir que sus correligionarios musulmanes le devolvieran los bienes que habían arrancado al campamento que a pormenorizar las cifras de muertos. **<<**

[94] Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 369; Imad al-Din, op. cit., vol. 4, p. 427; *Estoire*, op. cit., versos 3072-3093; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 31. **<<**

[95] Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 369; Ibn Shaddad, op. cit., pp. 104-106. Este último autor sostiene que estuvo presente en el consejo. **<<**

[96] Ibn Shaddad, op. cit., p. 106. **<<**

[97] Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 369; Ibn Shaddad, op. cit., pp. 104-106. El autor de *Howden 2*, op. cit., vol. 3, p. 127, sostiene que el ejército musulmán todavía se extendía desde el castillo de l'Évêque hasta Doc. **<<**

[98] Me refiero aquí a la forma original, es decir, militante, de la yihad, a la que acostumbra a darse el nombre de «yihad menor»; la llamada «yihad mayor», consistente en la lucha interior en pos del bien o de la conversión, nunca ha podido aplicarse, que yo sepa, a los esfuerzos que Saladino realizo en Acre, dado que es obvio que lo que él buscaba era un enfrentamiento violento con los sitiadores cristianos. En cualquier caso, la distinción entre las dos formas de yihad no solo es pretenciosa, sino que se ha ido politizando con el paso del tiempo. Para más información acerca de la evolución que experimenta el concepto en la jurisprudencia medieval sunita y para conocer también mejor la incidencia que han tenido la política y la apologética modernas en este asunto, véase David Cook, *Understanding Jihad*, Berkeley, 2005, pp. 32-48; para más datos sobre la relación entre Saladino y la yihad, véase específicamente el texto de Carole

Hillenbrand titulado *The Crusades: Islamic perspectives*, op. cit., pp. 175-186. <<

[99] Ibn Shaddad, op. cit., pp. 156-157. Sobre este extremo se ofrece un extenso debate en Peter Partner, «Holy war, crusade and *jihād*: An attempt to define some problems», en *Autour de la Première Croisade*, op. cit., pp. 338-341. <<

[*] Una de las cuatro corrientes de la jurisprudencia islámica suní. Debe su nombre al académico iraquí Ahmad ibn Hanbal (fallecido en 855). (*N. del t.*). <<

[100] Véase Peter Partner, «Holy war, crusade and *jihād*: An attempt to define some problems», op. cit., pp. 338-339;junto con David Cook, *Understanding Jihad*, op. cit., p. 60. Para más información acerca de este extremo crucial, véase el provocativo ensayo de Paul E. Chevedden titulado «The Islamic view and the Christian view of the crusades: A synthesis», *History*, 2008, pp. 181-200. Para la clásica comparación entre la yihad y la cruzada, véase Emmanuel Sivan, *L'Islam et la Croisade: Idéologie et propagande dans les réactions Musulmanes aux croisades*, París, 1968. <<

[101] Véase Hadia Dajani-Shakeel, «*Jihād* in twelfth-century Arabic poetry: A moral and religious force to counter the crusades», *Muslim World*, n.º 66, 1976, pp. 96-113. <<

[102] Paul M. Cobb, *The Race for Paradise: An Islamic history of the crusades*, op. cit., p. 30. <<

[103] No obstante, tengo que admitir al mismo tiempo que, en su carrera militar, Saladino dedicó más tiempo y esfuerzos a luchar contra otros musulmanes que a rechazar a los cristianos: véase John France, *Perilous Glory: The rise of western military power*, New Haven, 2011,

p. 122. De hecho, como se señala en Dajani-Shakeel, «*Jihād* in twelfth-century Arabic poetry: A moral and religious force to counter the crusades», op. cit., p. 111, hubo quien consideró que la guerra que le enfrentó a los zanguíes le apartó de los empeños vinculados con la guerra santa. No obstante, como señalan Malcolm Cameron Lyons y David Edward Pritchett Jackson en su prestigioso y ya citado estudio sobre Saladino, lo cierto es que los llamamientos a la yihad, tanto si se orientaban a combatir a un rival interno como a derrotar a un enemigo externo, desempeñaban la función de «canalizar la energía y hacerla aflorar»; véase Lyons y Jackson, *Saladin: The politics of the holy war*, op. cit., p. 371. **<<**

[104] Véase Ibn Shaddad, op. cit., pp. 1 19 y 139; junto con Yaacov Lev, «Infantry in Muslim armies during the crusades», op. cit., pp. 195-196. **<<**

[105] Ibn Shaddad, op. cit., pp. 152-155 y 138. **<<**

[106] Ibn Shaddad, op. cit., pp. 149-151 (compárese también con lo que se señala en el Corán, 9, 120) y 112. Esto contradice lo manifestado por el estratega musulmán al-Harawi, que estaba convencido de que los cruzados «desean las cosas de este mundo y se muestran indiferentes a las del otro»; véase William J. Hamblin, «Saladin and Muslim military theory», en *The Horns of Hattin: Proceedings of the Second Conference of the Society for the Study of the Crusades and the Latin East Jerusalem and Haifa 2-6 July*, 1987, op. cit., pp. 237-238. No obstante, al-Harawi juzga que estas consideraciones no se aplican a los miembros de las órdenes militantes. **<<**

[107] *Eracles*, op. cit., 6, 1, p. 176: «*Nos some venu por Deu et por le sauvement de nos armes*». **<<**

[108] *Estoire*, op. cit., versos 3695 a 3724; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 56: «*Vulnere lethali transfodit in inquine Turcum*». **<<**

[109] Coggeshall, vol. 1, op. cit., p. 255; *Anónimo 2*, p. 255; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 53: «*Sic his datur triumphare qui in Deo spem ponunt*». **<<**

[110] Para más información acerca de los puntos de coincidencia entre las expectativas de los cronistas y los hechos realmente ocurridos en combate, véase John D. Hosler, «Knightly ideals at the siege of Acre, 1189-1191», en *Chivalric Identity in the High Middle Ages*, Xavier Baecke, David Crouch y Jeroen Deploige (comps.), Lovaina, en preparación; junto con Richard Abéis, «Cultural representation and the practice of war in the middle ages», *Journal of Medieval Military History*, n.º 6, 2008, pp. 1-31. **<<**

[111] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 31. **<<**

[112] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 31; *Anónimo 1*, op. cit., vol. 3, p. cix, versos 93-100. Ibn Shaddad, op. cit., pp. 100, refiere una curiosa historia sobre un buque venido de Occidente con un cargamento de caballos. Uno de los animales se lanzó al agua y llegó a nado hasta el puerto, donde fue atrapado por los musulmanes de Acre. Para saber más sobre ese tipo de barcos de transporte, véase John H. Pryor, «Transportation of horses by sea during the era of the crusades: Eighth century to 1285 A. D.», *The Mariner's Mirror*, n. 68, 1982,pp. 19-21. **<<**

[113] *Howden 2*, op. cit., vol. 3, p. 127. **<<**

[114] Imad al-Din, op. cit., vol. 4, p. 428. Esto explica las semejanzas que habrá de presentar en lo sucesivo el sitio de Acre con el cerco que los árabes habían impuesto a Constantinopla en 717, en el transcurso del cual el

hermano del califa Suleimán I, llamado Maslama, ordenó cavar todo un conjunto de trincheras detrás de su posición y entre su ejército y el muro occidental de la ciudad, véase Kobert G. Hoyland, *In God's Path: The Arab conquests and the creation of an Islamic empire*, Oxford, 2015, pp. 175. Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 366, afirma erróneamente que el trabajo de excavación de las zanjas comenzó el 19 de septiembre. Dada la importancia de las fortificaciones, es preciso juzgar más creíbles las fechas que indican las fuentes occidentales. **<<**

[115] Otón de Saint Blasien, 36, 54, op. cit., pp. 3-4. **<<**

[116] Contrariamente a lo que afirma Otón de Saint Blasien, 36, 54, op. cit., pp. 12-15, que sostiene que los cruzados hacían salidas de forma rutinaria, pero Saladino se negaba a presentar batalla. Para un conjunto de descripciones de las tareas relativas a la excavación y el levantamiento de las estacadas, véase *Eracles*, op. cit., 4, 17, p. 128; *Estoire*, op. cit., versos 3055-3071 y 3094-3113; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 31; *Howden 2*, op. cit., vol. 3, p. 128; Coggeshall, vol. 1, op. cit., p. 252; y *Anónimo 2*, op. cit., p. 252. **<<**

[117] *Eracles*, op. cit., 4, 17, p. 128. No obstante, seguían contando con las cisternas de la ciudad. Para saber más acerca de esos depósitos, véase Adrian Boas, «Some reflections on urban landscapes in the Kingdom of Jerusalem: archaeological research in Jerusalem and Acre», en *Dei gesta per Francos: Études sur les croisades dédiées à Jean Richard*, op. cit., pp. 256-257. **<<**

[118] Para más información sobre el marqués de Monferrato, véase *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, pp. 31 y 33; respecto a las catapultas, véase *Howden 2*, op. cit., vol. 3,

p. 128. Es posible que en el interior del campamento se levantara también un molino de harina. <<

[119] Ibn Shaddad, op. cit., pp. 108-109; Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 369. <<

[120] Véase John H. Pryor, «A medieval siege of Troy: The fight to the death at Acre, 1189-1191 or the tears of *Salāh al-Dīn»*, en *The Medieval Way of War: Studies in medieval military history in honor of Bernard S. Bachrach*, op. cit., p. 115. <<

[121] De hecho, tendría que salvar, entre otras, las dificultades asociadas con la logística, el diseño de las naves, los vientos contrarios y la fuerza de las olas: véase Ruthy Gertwagen, «Harbours and facilities along the Eastern Mediterranean sea lanes to Outremer», en *Logistics of Warfare in the Age of the Crusades*, op. cit., pp. 96-103. <<

[122] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 33. <<

[123] Tanto *Estoire*, op. cit., verso 3138, como *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 33, sostienen que las tropas auxiliares se presentaron en Acre el 31 de octubre, aunque una recensión del último de los dos textos apunta a otra fecha, ya que habla del 26 de diciembre. Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 370, dice que fue el 26 de noviembre, mientras que Ibn Shaddad, op. cit., p. 106, no apunta a ningún día en concreto, puesto que ya no se encontraba en presencia del sultán, al haber emprendido viaje por Siria e Irak, como ya hemos visto, a fin de solicitar a diferentes potentados la aportación de tropas extras. <<

[124] Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 370. <<

[125] Imad al-Din, op. cit., vol. 4, pp. 430-431; Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 370; Ibn Shaddad, op. cit., p. 108. Monachus fija la fecha en cuestión con esta frase:

«*Die prima Domini post Nativitatem*»; véase *Anónimo 1*, op. cit., vol. 3, p. ex, versos 114-121. **<<**

[126] John H. Pryor, *Geography, Technology, and War: Studies in the maritime history of the Mediterranean, 649-1571*, op. cit., p. 125. Para algunas imágenes de las galeras de Acre, véase Richard W. Unger, «Difficult sources: Crusader art and the depiction of ships», en *Shipping, Trade and Crusade in the Medieval Mediterranean: Studies in honour of John Pryor*, Ruthy Gertwagen y Elizabeth Jefíreys (comps.), Nueva York, 2012, op. cit., p. 93. **<<**

[*] Entre Acre y Haifa hay aproximadamente 17 kilómetros en línea recta. Esa es de hecho la distancia visual que nos separa del horizonte. (*N. del t.*). **<<**

[127] Se trataba de una especie de esquife. Tanto en *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 33, como en Coggeshall, vol. 1, op. cit., p. 253, se le denomina «galeota». **<<**

[128] Yaacov Lev, «Infantry in Muslim armies during the crusades», op. cit., p. 198. **<<**

[129] Ibn Shaddad, op. cit., p. 108. **<<**

[1] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 38: «*Sic ergo duae mundi partes tertiam impetunt: et adversas Europa confligit, quae sola nec tota Christi nomen agnovit*». **<<**

[2] Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 372; Ibn Shaddad, op. cit., pp. 107-108; Imad al-Din, op. cit., vol. 4, pp. 440-441. **<<**

[3] Christopher Tyerman, *God's War: A new history of the crusades*, op. cit., p. 415. **<<**

[4] Helen J. Nicholson (trad.), *The Chronicle of the Thrid Crusade: The Itinerarium peregrinorum et gesta regis Ricardi*, op. cit., p. 87, n. 166. Véase también *Anónimo 2*, op. cit., p. 253. **<<**

[5] Esta es también la conclusión a la que llega Andrew S. Ehrenkreutz, quien sin embargo duda de que esa salida fuera una de las dos que se efectuaron en total a lo largo de todo el asedio; véase *idem*, «The place of Saladin in the naval history of the Mediterranean Sea in the middle ages», *Journal of the American Oriental Society*, vol. 75, n.º 2, 1955, p. 113. **<<**

[6] *Estoire*, op. cit., versos 3267-3277: «*Adonc vos peüst sovenir / De formiz ki de formilliere / S'en issent devant e deriere*». El cronista asegura que los barcos sarracenos se hallaban envueltos en cuatro capas de tela: seda, paño verde (un tejido de lana trabajado hasta convertirlo en un fieltro muy resistente), bocací (tela de hilo fuerte y basta) y brocado (sólido tejido de seda parecido a la sarga). Es posible que las telas de mayor gramaje se colocaran a modo de elemento decorativo, pero también es muy probable que el paño verde se humedeciera para proteger a los barcos de un eventual incendio. Agradezco a Mary E. Hosler que me haya señalado la existencia de este tipo de cobertores. **<<**

[7] Aly Mohamed Fahmy, *Muslim Sea Power in the Eastern Mediterranean, from the Seventh Century to the Tenth Century A. D.*, Nueva Delhi, 1966, pp. 167-168. <<

[8] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 34; véase el pasaje original en Itinerario 1, op. cit., 34, pp. 17-20. Para saber más acerca de este asunto, véase Richard Abels y Stephen Morillo, «A lying legacy? A preliminary discussion of images of antiquity and altered reality in medieval military history», *Journal of Medieval Military History*, n.º 3,2005, pp. l-13; junto con Bernard S. Bachrach, «"A lying legacy" revisited: the Abels-Morillo defense of discontinuity», *Journal of Medieval Military History*, n.º 5, 2007, pp. 153-193. <<

[9] Andrew S. Ehrenkreutz, «The place of Saladin in the naval history of the Mediterranean Sea in the middle ages», *Journal of the American Oriental Society*, op. cit., p. 106, n. 66; V. Christides, «Navies, Islamic», en *Dictionary of the Middle Ages*, J. Strayer (comp.), 13 vols., Nueva York, 1987, vol. 9, p. 76. Para una información específicamente relacionada con estos brulotes, véase Douglas Haldane, «The fireship of *Al-Sālih Ayyūb* and Muslim use of "Greek fire"», en *The Circle of War in the Middle Ages: Essays on medieval and naval history*, Donald J. Kagay y L. J. Andrew Villalon (comps.), Woodbridge, 1999, pp. 137-144. <<

[10] Para profundizar en los pormenores de las distintas recetas y métodos de lanzamiento, véase John Haldon y Maurice Byrne, «A possible solution to the problem of Greek fire», en *Byzantinische Zeitschrift begründet von Kart Krumbacher*, H.-G. Beck et al. (comps.), Munich, 1977, pp. 92 y 98;junto con John Haldon, Andrew Lacey y Colin Hewes, «"Greek fire" revisited: Recent and

current research», en *Byzantine Style, Religion and Civilization: In honour of Sir Steven Runciman*, Elizabeth M. Jeffreys (comp.), Cambridge, 2006, p. 291. Es bien sabido que en la región se conocía ya la existencia de afloramientos de petróleo. De hecho, uno de ellos se encontraba en la región de Hit, a orillas del río Eufrates. Este yacimiento petrolífero llevaba proporcionando asfalto y nafta a las civilizaciones de la zona desde los tiempos de los asirios: véase Aly Mohamed Fahmy, *Muslim Sea Power in the Eastern Mediterranean, from the Seventh Century to the Tenth Century A. D.*, op. cit., pp. 158-159. Se han conservado dos recetas árabes relacionadas con la utilización de la nafta, cuya consignación por escrito se debe a Mardi ibn 'Alí al-Tarsusi: véase «The Army of Fatimid Caliph», en *Islam: From the Prophet Muhammad to the Capture of Constantinople*, Nueva York, 1974, ed. y trad. de B. Lewis, Nueva York, 1974, p. 223. Para más información acerca de las jarras incendiarias, véase Adrian Boas, *Crusader Archaeology: The material culture of the Latin East*, op. cit., p. 179-180. **<<**

[11] *Estoire*, op. cit., versos 3270-3303; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 34. Véase también Ruthy Gertwagen, «A chapter on maritime history: Shipping and nautical technology of trade and warfare in the medieval Mediterranean, 11th-16th century», en *Maritimes Mittelalter: Meere ais Kommunikationsräume*, Michael Borgolte y Nikolas Jaspert (comps.), Ostfildern, 2016, pp. 135-136. En este texto se explica tanto la diferencia existente entre los antiguos arietes de abordaje y los espolones medievales como las modificaciones que hubieron de introducirse en el diseño del casco para poder instalar y utilizar la nueva arma. **<<**

[12] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 34. **<<**

[13] Id. loc.: «*Mulieres igitur nostrae Turcos caesarie rapta protrahentes, capite detruncabant, probose tractantes et abjectius jugulantes. Quarum quanto manus infirmior, tanto poena dilatione mortis protractior; cultellis enim non gladiis amputabant capita eorum*». Véase también *Estoire*, op. cit., versos 3304-3307. **<<**

[14] Curiosamente, en *Women, Crusading and the Holy Land in Historical Narrative*, Woodbridge, 2007, p. 48, Natasha R. Hodgson pasa de puntillas sobre la cuestión. Y desde la perspectiva del género, es además probable que haya otros elementos que interpretar aquí: ¿No estaremos acaso ante un ejemplo de que los autores varones pintan con trazos despectivos la violencia femenina, cuando la efectuada por los hombres, siendo del mismo tipo, es objeto de grandes alabanzas? **<<**

[15] *Estoire*, op. cit., versos 3372-3389: «*A vive force en la chaane*». **<<**

[16] Tanto en *Anónimo 1*, op. cit., vol. 3, p. cxiv, versos 225-232, como en *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 37, se afirma que la hambruna era tan severa que los musulmanes se vieron obligados a comer carne de caballo y de cerdo, desentendiéndose de las prohibiciones coránicas. **<<**

[17] Véase Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 374; Ibn Shaddad, op. cit., pp. 112-113; e *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 39. El texto de *Anónimo 1*, op. cit., vol. 3, p. cxiv, versos 233-244, sostiene que la fecha del naufragio de los barcos musulmanes fue posterior, ya que la sitúa el día 1 de julio. **<<**

[18] En Imad al-Din, op. cit., vol. 4, p. 443 se detalla la disposición de los distintos regimientos y compañías. **<<**

[19] Imad al-Din, op. cit., vol. 4, pp. 443-444; Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 372; Ibn Shaddad, op. cit., pp. 109-113. He preferido atenerme a las fechas y el orden de llegada que consigna Ibn Shaddad, dado que por entonces ya había regresado a presencia del sultán. Para saber más acerca de la airada respuesta que Saladino dio a la oferta de este empréstito, véase Malcolm Cameron Lyons y David Edward Pritchett Jackson, *Saladin: The politics of the holy war*, op. cit., pp. 310-311. **<<**

[20] *Estoire*, op. cit., versos 3344-3354: «*Une hisduse gent oscure, / Contre Deu e contre nature, / A roges chapels en lor testes - / One Deus ne fist plus laides bestes. / De cels i aveit grant plenté, / Od felenesse volenté, / Que de lagent qui ondeioient / E des chapels qui rojoient, / Sembloient cersiers meürs*». La descripción continúa en los versos 3362-3367: «*Cil as roches chapels aveient / Une enseigne ou tuit se teneient: / Ço esteit l'enseigne Mahumet, / Qui esteit portraite en somet, / En qui nun se vindrent combatre / Por la cristïenté abatre*». **<<**

[21] La existencia de combatientes negros venidos de África no era una novedad para los cruzados de 1190, sobre todo para los que habían estado acantonados en Egipto. En la década de 1160, el rey Amalarico I de Jerusalén había capitaneado cinco expediciones a esa región, y existen también relatos occidentales que hablan de la presencia de personas de raza negra en la corte fatimí. Véase Bernard Hamilton, «The crusades and north-east Africa», en *Crusading and Warfare in the Middle Ages, Realities and Representations: Essays in honour of John France*, S. John y N. Morton (comps.), Farnham, 2014, pp. 169-170. **<<**

[22] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 38. **<<**

[23] Para más información acerca de la batalla de los negros, véase Andrew S. Ehrenkreutz, *Saladin*, Albany, 1972, pp. 263-273; junto con Jere L. Bacharach, «African military slaves in the medieval Middle East: The cases of Iraq (869-955) and Egypt (868-1171)», *International Journal of Middle East Studies*, vol. 13, n.º 4, noviembre de 1981, pp. 487-488; Yaacov Lev, «Infantry in Muslim armies during the crusades», op. cit., pp. 192-193; Yaacov Lev, *Saladin in Egypt*, op. cit., p. 141; y Bernard Lewis, *Race and Slavery in the Middle East: An historical inquiry*, Oxford, 1990, pp. 67-68. **<<**

[24] Malcolm Cameron Lyons y David Edward Pritchett Jackson, *Saladin: The politics of the holy war*, op. cit., p. 307. En «Fatimid military organization», *Zeitschrift Geschichte und Kultur des Islamischen Orients*, vol. 55, enero de 1978, pp. 37-49,B. J. Beshir analiza el origen, la instrucción, la organización y el armamento de estos hombres llegados del norte de África. La referencia a los garrotes claveteados no deja de resultar curiosa, pero para saber más acerca de la utilización de palos y mazas véase Claude Cahen, «Un traité d'armurerie composé pour Saladin», *Bulletin d'études orientales*, n.º 12,1947-1948, pp. 139-140. **<<**

[25] Véase John France, *Great Battles: Hattin*, op. cit., p. 82. Esta es la cifra que se obtiene al examinar la revista formal que hace Saladino a su ejército en 1187. Para las distintas tradiciones musulmanas sobre este particular, véase C. E. Bosworth, «Recruitment, muster, and review in medieval Islamic armies», en *War, Technology and Society in the Middle East*, Vernon J. Parry y Malcolm Edward Yapp (comps.), Londres, 1975, pp. 59-77, y muy especialmente las páginas 74 a 77, en las que se

expone el caso de los testimonios habituales entre los no abasí es. **<<**

[26] Hamilton Alexander Rosskeen Gibb, *Studies on the Civilization of Islam*, op. cit., p. 77. **<<**

[27] Las cifras proceden, como se ha indicado, de Hamilton A. R. Gibb, *Studies on the Civilization of Islam*, op. cit., p. 81, cuyo detalle puede encontrarse en las páginas inmediatamente anteriores de dicho texto. Los señores y los soldados de las fértiles comarcas de la región de Jazira se mostrarían críticos con el éxito de los ayubíes en general y con el de Saladino en particular: véase John France, «Egypt, the Jazira and Jerusalem: Middle Eastern tensions and the Latin States in the twelfth century», en *Crusader Landscapes in the Medieval Levant: The archaeology and history of the Latin East*, Micaela Sinibaldi, Kevin J. Lewis, Balazs Major y Jennifer A. Thompson, Cardiff (comps.), 2016, pp. 153-154. **<<**

[28] Para un cálculo de la diferente cantidad de tropa que Saladino dirigió en los choques de Hattin y Arsur, véase John France, «"Crusading" warfare in the twelfth century», en *The Crusader World*, Adrian J. Boas (comp.), Londres y Nueva York, 2016, pp. 75-78. **<<**

[29] Véase Hamilton Alexander Rosskeen Gibb, *Studies on the Civilization of Islam*, op. cit., p. 76; Yaacov Lev, *Saladin in Egypt*, op. cit., p. 143; y David Nicolle, *Crusader Warfare, Volume II: Muslims, Mongols and the Struggle against the Crusades*, op. cit., p. 66. **<<**

[30] Hamilton Alexander Rosskeen Gibb, en *Studies on the Civilization of Islam*, op. cit., pp. 81-83, pasa revista a los diversos elementos y fortaleza relativa de estos grupos auxiliares. Para más información acerca del sistema de los *iqta* y de su relación con las costumbres que se se-

guían en Occidente en materia de organización militar y reclutamiento de tropas, véase A. K. S. Lambton, «*Reflections on the Iqta*», en *Arabic and Islamic Studies in Honour of Hamilton A. R. Gibb*, G. Makdisi (comp.), Leiden, 1965, pp. 358-376; junto con David Nicolle, *Crusader Warfare, Volume II*, op. cit., pp. 80-81. Para más información acerca de la cuantía media de la paga que se entregaba a los soldados enrolados en el sistema de los *iqta*, véase Hamilton Alexander Rosskeen Gibb, en *Studies on the Civilization of Islam*, op. cit., p. 76. **<<**

[31] Benjamin Z. Kedar, «A western survey of Saladin's forces at the siege of Acre», en *Montjoie: Studies in crusade history in honour of Hans Eberhard Mayer*, op. cit., pp. 113-122. **<<**

[32] Para una taxonomía de la artillería de la época, véase David S. Bachrach, «English artillery 1189-1307: The implications of terminology», *English Historical Review*, vol. 121, n.º 494, 2006, pp. 1415-1417, donde se indica que las *balistae*, o balistas, eran unas armas similares a las ballestas pero de tamaño mucho mayor y normalmente protegidas por algún tipo de cobertura; que se llamaba *mangonelli* a unas máquinas balísticas que disparaban con un sistema de acumulación de energía por torsión; y que *petrariae*, o petraria, era el nombre de unas piezas que lanzaban grandes piedras u otros objetos pesados mediante un método basado en palancas y elementos elásticos sometidos a tracción. **<<**

[33] Es posible que el nombre de pila de este «Monachus» fuera Haimar (Amalarico o Aimerico), y en tal caso es probable que se trate del mismo Haimar que ejerció el cargo de obispo de Cesárea y que alcanzó la dignidad de patriarca de Jerusalén. **<<**

[34] *Estoire*, op. cit., versos 3186-3219; *Anónimo 1*, op. cit., vol. 3,p. dx, versos 101-104; *Anónimo 3*, op. cit., versos 940-946. Las fuentes anónimas emplean el término «*machinas*», que siendo notablemente vago es también frustrantemente característico de la época. Para más información acerca de este problema, véase John D. Hosler, «Identifying King Stephen's artillery», *Journal of Conflict Archaeology*, vol. 10, n.º 3, 2015, pp. 192-203. **<<**

[35] El vinagre venía usándose desde tiempos antiguos para contrarrestar la acción del fuego: véase J. R. Partington, *A History of Greek Fire and Gunpowder*, Cambridge, 1960, p. 5. Para saber más acerca de la construcción de las torres de asalto y de sus diversos mecanismos, véase Randall Rogers, *Latin Siege Warfare in the Twelfth Century*, op. cit., p. 253; sobre su utilización a lo largo del tiempo, véase Kelly DeVries y Robert Douglas Smith, *Medieval Military Technology*, segunda edición, Toronto, 2012, pp. 170-175; y para un estudio de conjunto, véase Jim Bradbury, *The Medieval Siege*, Woodbridge, 1992, pp. 241-250. **<<**

[36] *Estoire*, op. cit., versos 3396-3403; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 36; *Anónimo 1*, op. cit., vol. 3, p. cxiii, versos 201-208; Coggeshall, vol. 1, op. cit., p. 253; Anónimo 2, op. cit., p. 253; Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, pp. 372-373; Imad al-Din, op. cit., vol. 4, p. 448; Ibn Shaddad, op. cit., p. 110. **<<**

[37] Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 373; Ibn Shaddad, op. cit., p. 110; *Estoire*, op. cit., versos 3402-3404; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 36. En esta región, los fosos podían ser muy profundos: véase Adrian Boas, *Crusader Archaeology: The material culture of the Latin East*, op. cit., p. 120. **<<**

[38] Otón de Saint Blasien, 36, 53, op. cit., pp. 15-21; *Itinerario 2*, op. cit., vol. l, p. 36; Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2,p. 372; Ibn Shaddad, op. cit., pp. 109-110. **<<**

[39] Es Imad al-Din, op. cit., vol. 4, p. 448, quien nos habla de este artesano. **<<**

[40] Es muy posible que no se tratara ni de artefactos de tensión ni de piezas de torsión, sino más bien de los célebres fundíbulos, unos potentes lanzapiedras de «tracción» que se accionaban por medio de una palanca y que aparecen en las fuentes armenias, griegas y sirias de los siglos XI y XII, aunque también podría defenderse la idea de que ya figuran en textos muy anteriores. Véase GeorgeT. Dennis, «Byzantine heavy artillery: The Helepolis», *Greek, Roman, and Byzantine Studies*, n.º 39, 1998, pp. 99-115, y muy particularmente las páginas 107 a 114; junto con Paul E. Chevedden, «The hybrid trebuchet: The halfway step to the counterweight trebuchet», en *On the Social Origins of Medieval Institutions: Essays in honor of Joseph F. O'Callaghan*, Donald J. Kagay y Theresa M. Vann (comps.), Leiden, 1998, pp. 203-207. Para saber más acerca de la descripción de los fundíbulos cuya potencia de tiro se obtenía tirando de unas fuertes maromas, considerados por tanto armas de «tracción» en el manual de al-Tarsusi, véase Donald R. Hill, «Trebuchets», *Viator*, n.º 4, 1973, pp. 99-114; así como W. T. S Tarver, «The traction trebuchet: A reconstruction of an early medieval siege engine», *Technology and Culture*, vol. 36, n.º 1, enero de 1995, pp. 148-152. **<<**

[41] En las tres principales fuentes árabes pueden encontrarse versiones muy similares de este episodio: véase Ibn Shaddad, op. cit., pp. 110-111; Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, pp. 373-374; e Imad al-Din, op. cit., pp. 449-450.

Este último autor sostiene que en una de las torres encontraron la muerte setenta cruzados. Véase también J. R. Partington, *A History of Greek Fire and Gunpowder*, op. cit., pp. 24-25. Da la impresión de que a Alfred Crosby se le ha pasado por alto el detalle de que Alí afirmara haber concebido una nueva fórmula y empleado una técnica inédita en el ataque. Crosby es un americanista siempre dispuesto a menospreciar apresuradamente a los francos, cuya mente considera «embotada» —en este caso por haber supuesto (no sin lógica) que los primeros proyectiles de la guarnición habían marrado el tiro—: véase Alfred W. Crosby, *Throwing Fire: Projectile technology through history*, Cambridge, 2002, p. 89. <<

[42] Rafael tenía muchos contactos en la corte, y gracias a ellos había podido conseguir esta información relativa a los asuntos exteriores del reino: véase Antonia Gransden, *Historical Writing in England c. 550 to c. 1307*, Londres, 1974, pp. 230-231. <<

[43] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 36; Newburgh, op. cit., vol. 1, p. 348; *Ymagines*, op. cit., vol. 2, p. 84; *Estoire*, op. cit., versos 3424-3427; Coggeshall, vol. 1, op. cit., p. 253; *Anónimo 2*, op. cit., p. 253; *Anónimo 1*, op. cit., vol. 3, p. cxiii, versos 213-216: «*Lamentantur milites, plangunt servientes, / Et suspirant pedites prae dolore flentes…*». <<

[44] Ibn Shaddad, op. cit., p. 111. <<

[45] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 38; *Anónimo 1*, op. cit., vol. 3, p. cxiii, versos 217-224. <<

[46] *Estoire*, op. cit., p. 82; *Itinerario 2*, op. cit., p. 104. <<

[47] *Estoire*, op. cit., pp. 82-83; *Itinerario 2*, op. cit., p. 105. <<

[48] *Itinerario 2*, op. cit., pp. 107-108. <<

[49] Ibn Shaddad, op. cit., p. 160. <<

[50] *Estoire*, op. cit., p. 84; *Itinerario 2*, op. cit., pp. 111-112. <<

[51] Ibn Shaddad, op. cit., pp. 100 y 146.Véase también Carol Sweetenham, «What really happened to Eurvin de Créel's donkey? Anecdotes in sources for the First Crusade», en *Writing the Early Crusades: Text, transmission and memory*, Marcos Bull y Damien Kempf (comps.), Woodbridge, 2014, pp. 75-88. <<

[52] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 38. <<

[53] *Estoire*, op. cit., versos 3342-3343. <<

[54] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 38. <<

[55] Ibn Shaddad, op. cit., p. 55. <<

[56] Tanto Imad al-Din, op. cit., vol. 4, pp. 454-455 y 456-458, como Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 376, señalan que la incapacidad de Kilij se debió a la deserción de sus hijos y sus hombres. <<

[57] Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 376. En la actualidad, ha quedado ya totalmente desmontado el viejo mito de que Saladino urdió una alianza con el emperador bizantino Isaac II Comneno por la que este último se habría comprometido a atacar a las fuerzas germanas para menguar su número durante su avance por tierras de la Anatolia: véase Savvas Neocleous, «The Byzantines and Saladin: Opponents of the Thrid Crusade?», *Crusades*, n.º 9,2010, pp. 87-106. <<

[58] Ibn Shaddad, op. cit., p. 116. A principios del verano de 1190, la generalidad del ejército musulmán se vio afectado por una dolencia leve. <<

[59] Véase Ekkehard Eickhoff, *Friedrich Barbarossa im Orient: Kreuzzug und Tod Friedrichs I*, Tubinga, 1977, p. 77; junto con Daniel P. Franke, «Crusade, empire, and the process of war in Staufen Germany, 1180-1220», en *The Crusader World*, Adrian J. Boas (comp.), Londres y Nueva York, 2016, p. 131. Según parece, Ibn Shaddad, op. cit., p. 126, tenía noticia de la existencia de informes que cifraban el contingente alemán en una horquilla situada entre los cinco mil y los doscientos mil hombres. En *God's War: A new history of the Crusades*, op. cit., p. 418, Christopher Tyerman expone detalladamente otras estimaciones manifiestamente exageradas. **<<**

[60] Para una estimación de la velocidad del avance y sus variaciones, véase John W. Nesbitt, «The rate of march of crusading armies in Europe», *Traditio*, n.º 19, 1963, pp. 178-180. Para más información acerca de los suministros y las monedas, véase Alan V. Murray, «Finance and logistics of the crusade of Frederick Barbarossa», en *In Laudem Hierosolymitani: Studies in Crusades and medieval culture in honour of Benjamin Z. Kedar*, Iris Shagrir, Ronnie Ellenblum y Jonathan Riley-Smith, Aldershot, 2007, pp. 357-368. **<<**

[61] Dana Cushing, *A German Third Crusader's Chronicle of this Voyage and the Siege of Almohad Silves, 1189 AD/Muwahid Xelb, 585 AH: De itinere navali*, Antimony Media, 2013, pp. xcviii-cv. Una de las fuentes del siglo XV que menciona Cushing en la *Deutschordenschronik* sostiene que una flota de cocas repleta de burgueses venidos de Bremen y Lübeck se unió a su contingente. De ser cierto, esta escuadra se habría presentado en la zona entre la llegada de la armada de Conrado de Monferrato y la irrupción de los refuerzos musulmanes.

Para saber más acerca del papel de los anglonormandos en la expedición a Silves, véase Lucas Villegas Aristizábal, «Revisión de las crónicas de Kalph de Diceto y de la *gesta regis Ricardi* sobre la participación de la flota angevina durante la Tercera Cruzada en Portugal», *Studia historica*, n.º 27, 2010, pp. 153-170. **<<**

[62] La cronología detallada más reciente sobre la cruzada de Federico Barbarroja es la que aparece expuesta en John B. Freed, *Frederick Barbarossa: the prince and the myth*, New Haven, 2016, pp. 486-512. La crónica no imperial más concisa y minuciosa es la de *Anónimo 1*, op. cit., vol. 3, pp. cxiv-cxvii, versos 245-332; véase también *Anónimo 3*, op. cit., versos 1397-1408. **<<**

[63] John B. Freed, *Frederick Barbarossa: The prince and the myth*, op. cit., p. 512. **<<**

[64] *Estoire*, op. cit., versos 3240-3252: «*Dendez Acre tel joie en orent / Des noveles quant il les sorent / Qu'il tombouent e thabourent, / Sí qu'autre ríen ne labourent; / Sí veneient sor les toreles / A noz genz dire les noveles, / Que Salahadins bien saueit / E qui mandé le lor aveit; / Si crioient a voiz hauciee / De sum les murs meinte fiee, / E jirent dire as reneiez, / "Vostre empererë est noiez". / Lors ot en l'ost tele tristesce / E tel deheit e tel destresce…*». En *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 24, se añaden otras muchas fiorituras. **<<**

[65] *Howden 1*, op. cit., vol. 2, p. 89; *Howden 2*, op. cit., vol. 3, p. 171; Rigordo, p. 110. Todas estas fuentes contienen errores: Rigordo llama Enrique al duque de Suabia, y Rogelio de Hoveden le atribuye el nombre de Conrado. **<<**

[66] Ansberto, 92, pp. 14-31. La principal preocupación de este autor es la génesis de la campaña de Barba-

rroja, y tras la prematura muerte del emperador, en la primavera de 1190, se enreda en una larga serie de divagaciones caprichosas. Vuelve a retomar el relato, con renovado interés, en 1192, al caer Ricardo Corazón de León prisionero del duque Leopoldo de Austria. En este sentido, Acre viene a constituir una especie de laguna en la generalidad del texto. Para más información sobre Ansberto, véase G. A. Loud (traducción de), *The Crusade of Frederick Barbarossa: The history of the expedition of the Emperor Frederick and related texts*, Farnham, 2013, pp. 1-3. **<<**

[67] Imad al-Din, op. cit., vol. 4, pp. 458-459; Ibn Shaddad, op. cit., pp. 120 y 126. **<<**

[68] Christopher Tyerman, *God's War: A new history of the crusades*, op. cit., p. 428. Ibn Shaddad, op. cit., p. 125, mantiene que Federico se apoderó de Antioquía «con engaños y estratagemas». Para un debate sobre las cuestiones políticas en liza, véase *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 44. Para más información sobre la ciudad de Antioquía en general, véase Andrew D. Buck, *The Principality of Antioch and its Frontiers in the Twelfth Century*, Woodbridge, 2017. **<<**

[69] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, pp. 44-45; Ibn Shaddad, op. cit., p. 128. Véase también *Anónimo 1*, op. cit., vol. 3, pp. cxvii-cxviii, versos 332-353;junto con *Anónimo 2*, op. cit., p. 255. **<<**

[70] Ibn Shaddad, op. cit., p. 125; Imad al-Din, op. cit., vol. 4, p. 459; Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 376. **<<**

[71] Véase Ansberto, 93, op. cit., pp. 19-22;junto con Otón de Saint Blasien, 35, 51-52, op. cit., pp. 26-27; *Eracles*, op. cit., 5, 3, p. 141; y Gilberto de Mons, *Chronicle of Hainaut*, traducción de L. Napran,

Woodbridge, 2005, p. 129.Véase también Geraldo de Gales, «De principis instructione liber», en *Giraldi Cambrensis opera*, ed. de G. F. Warner, 8 vols., Rolls Series, Londres, 1891, vol. 8, capítulo 3, p. 23; así como el texto inglés de Geraldo de Gales que figura en «Giraldus Cambrensis concerning the instruction of princes», en *The Church Historians of England*, traducción de J. Stevenson, vol. 5, capítulo 1, Londres, 1858. Para saber más acerca de su vida y sus obras, véase Robert Bartlett, *Gerald of Wales, 1146-1223*, Oxford, 1982. Geraldo es célebre por la crónica de primera mano que nos ha dejado sobre la gira del arzobispo Balduino de Canterbury por la región de Gales, en la que predicó en favor de la Tercera Cruzada: véase Geraldo de Gales, «Itinerarium Kambriae», en *Giraldi Cambrensis opera*, op. cit., vol. 7. **<<**

[72] Para una idea general, véase *Anónimo 2*, op. cit., p. 253. En 1190 llegaría a manos de los cruzados, procedente de la localidad italiana de Gaeta, al menos un cargamento. El organizador del envío había sido un armador genovés llamado Bernardo Riccio, pero la embarcación debió de atracar en otro puerto, quizás en Tiro: véase Merav Mack, «A Genoese perspective of the Thrid Crusade», *Crusades*, n.º 10, op. cit., p. 55. **<<**

[73] Un besante era una moneda que contenía un 93 % de oro puro: véase B. J. Cook, «The bezant in Angevin England», *Numismatic Chronicle*, n.º 159, 1999, p. 255. En tiempos más normales, un besante de oro podía alcanzar para comprar un caballo de tiro (¡pero en Acre apenas daba para adquirir cuatro litros de leche!). Véase Kenneth Hodges, «List of price of medieval items», disponible en Internet: http://medieval.ucda-

vis.edu/120D/Money.html (última consulta efectuada el 17 de agosto de 2016). <<

[74] Las fuentes establecen los precios de cada artículo en monedas diferentes; véase *Eracles*, op. cit., 5, 10, p. 150; *Howden 2*, op. cit., vol. 3, p. 171; y *Anónimo 1*, op. cit., vol. 3, p. cxii, versos 157-192. Para la conversión a besantes he recurrido a Peter Spufford, *The Handbook of Medieval Exchange*, Royal Historical Society Guides and Handbooks, Londres, 1986, p. 295 (para la conversión del valor de un besante a chelines y a peniques de 1162) y 297 (para la transformación del besante «de Acre» a soles y dineros de 1210). Para una lista con los precios convencionales de los comestibles en esta época, véase D. L. Farmer, «Some price fluctuations in Angevin England», *Economic History Review*, vol. 9, n.º 1, 1956, pp. 34-43. <<

[75] Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 379, señala específicamente que el emir Usama, gobernador de Beirut, y el jefe kurdo al-Mashtub, eran los dos hombres que se encargaban de traer y vender cargamentos de comida a los cruzados. <<

[76] La estimación se basa en la tabla histórica de cambio de moneda que figura en Michael Adler, *The Jews in Medieval Europe*, Londres, 1939, que sostiene que el besante (cuyo valor era de dos chelines) equivalía a tres libras esterlinas de 1939. <<

[77] Los valores actuales se calculan en función de lo que se estipula en «Historical UK inflation rates and calculator», disponible en Internet: http://inflation.stephenmorley.org/ (última consulta efectuada el 6 de agosto de 2016). <<

[78] Todas estas cifras han sido tomadas del compendio efectuado por John Pryor, en el que se agrupan los distintos cálculos expuestos en los ensayos que integran la colección que él mismo dirige: véase «*Digest*», en *Logistics of Warfare in the Age of the Crusades*, op. cit., pp. 281-283. **<<**

[79] Benjamin Z. Kedar, «The Patriarch Eraclius», en *Outremer*, op. cit., p. 203. **<<**

[80] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 40; *Eracles*, op. cit., 5,10, pp. 150-151; *Anónimo 3*, op. cit., versos 1277-1324. Sin embargo, no existe ninguna indicación que nos induzca a pensar que los soldados terminaran siendo efectivamente excomulgados, fuera antes o después del episodio del día de Santiago. Desde luego, el asunto no adquirió en ningún momento las proporciones de la excomunión que el papa Inocencio III habría de aplicar más tarde a las huestes cristianas de la Cuarta Cruzada: véase J. M. Powell (trad.), *The Deeds of Pope Innocent III, by an Anonymous Author*, Washington, D. C., 2004, p. 126. **<<**

[81] Coggeshall, vol. 1, op. cit., p. 254; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 40: «*Plebs rerum novarum cupida, principum incusat ignaviam, et pari desiderio aestuans, se vicissim invitat ad pugnam*» («La gente común, anhelosa de emociones, comenzó a acusar a los príncipes de cobardía y se puso a exhortar a los presentes a la lucha»); y «*Principes quidem, quantum possunt, ausus vulgi temerarios laborant comprimere*» («Los príncipes trataron de refrenar todo cuanto pudieron la temeraria osadía de la masa plebeya»). Para saber más acerca de la traducción de la voz «constable» (condestable), véase «Greg/arius», en R. E. Latham (comp.), *Revised Medieval Latin Word List from British and Irish Sources*,

reimpresión, Oxford, 1994, p. 216; en relación con sus diferentes rangos y deberes, véase Clifford J. Rogers, «Constables», en *The Oxford Encyclopedia of Medieval Warfare and Military Technology*, C. Rogers (comp.), Oxford, 2010, vol. 1, pp. 423-424.Véase también la terminología al uso en *Anónimo 2*, op. cit., p. 254: «*vulgus tumultuans sitie consilio principium*». Para más información acerca de abusivo hábito de traducir «miles» por «caballero», véase John D. Hosler, *John of Salisbury: Military authority of the twelfth-century renaissance*, Leiden, 2013, pp. 12-19. **<<**

[82] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 40: «*Nihil tamen vel illorum dissuasio, vel hujus interminatio projicit; vincit enim furor consilium, rationem impetus, imperim multitudo. Vulgus, quocunque impellitur, temeritatem virtutem putat, id optimum quod optat judicans, et rerum exitu non expenso, corrigentem refugit, et regentem contemnit*». **<<**

[83] Imad al-Din, op. cit., vol. 4, p. 467. **<<**

[84] Ricardo de Templo copia en su texto la incorrecta observación de que el flanco derecho musulmán seguía a las órdenes de Taqi al-Din, y llega a señalar incluso que el general se hallaba apostado en la carretera que conducía al castillo de Imbert (o de Aczib), a unos quince kilómetros al norte de Acre: véase *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 40; junto con Itinerario 1, op. cit., 40, pp. 24-25. **<<**

[85] *Estoire*, op. cit., versos 3476-3479; Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, pp. 376-377; Ibn Shaddad, op. cit., p. 118. **<<**

[86] *Eracles*, op. cit., 5,10, p. 151; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 40; *Howden 2*, op. cit., vol. 2, p. 172. **<<**

[87] Ibn Shaddad, op. cit., p. 118. **<<**

[88] *Estoire*, op. cit., versos 3476-3479. **<<**

[89] Ibn Shaddad, op. cit., p. 118. Otras observaciones similares, relacionadas con la intervención de Alá en la batalla, aparecen en las páginas 99,104, 108 (compárese también con lo que se señala en el Corán, 33,25, donde Alá rechaza a los infieles), 122-123,127-128,130 y 161 (en la que se reproduce prácticamente al pie de la letra el versículo 54 de la sura 3 del Corán). Para las variaciones cristianas en que también se describe la acción de las armas diciendo que separan el cuerpo del alma, véase John D. Hosler, *John of Salisbury: Military authority of the twelfth-century renaissance*, op. cit., pp. 133-134. **<<**

[90] Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, pp. 376-377. Este autor asegura asimismo que los soldados egipcios habían cabalgado de hecho a la grupa de los cruzados para apartarles de su campamento, pero ninguna otra fuente menciona nada semejante. En cualquier caso, las fuentes árabes contradicen la afirmación de Amin Maalouf, que sostiene que el problema del ejército alemán tuvo «paralizado a Saladino durante varios meses, impidiéndole participar en esta decisiva batalla». La contradicción se aprecia claramente, ya que en este caso, cuando todavía no había transcurrido un mes desde que el sultán enviara a sus emires al norte para detener el avance germano, es evidente que el ayubí interviene en el principal choque de Acre: véase Amin Maalouf, *The Crusades through Arab Eyes*, traducción inglesa de J. Rothschild, Nueva York, 1984, p. 207 (hay publicación castellana: *Las Cruzadas vistas por los árabes*, traducción de María Teresa Gallego Urrutia y María Isabel Reverté Cejudo, Alianza, Madrid, 2003). **<<**

[91] *Anónimo 1*, op. cit., vol. 3, p. cxviii, versos 369-372. **<<**

[92] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 40: «*Audito fremitu, et strage conspecta, principes nostri dissimulant: duri certe, inhumani et impii, qui fratres suos coram se trucidari conspiciunt, nec opem perituris impendunt, quibus hoc solum fuit pro crimine contra factam inhibitionem a castris exisse. Porro caeteris ex ignavia potius quam offensa haesitantibus*». **<<**

[93] *Estoire*, op. cit., versos 3480-3485; *Howden 2*, op. cit., vol. 3, p. 70; *Anónimo 2*, op. cit., p. 254; *Itinerario 2*, op. cit., vol. l, p. 40: «*scientia scilicet praecluem et armis insignem*». Véase también R. L. Nicholson, *Joscelyn III and the Fall of Crusader States, 1134-1199*, Leiden, 1973, p. 187. **<<**

[94] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 40; Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, pp. 367-377; Ibn Shaddad, op. cit., pp. 118-119; este último autor sostiene que el propio Saladino en persona había ordenado que no se diera cuartel a nadie. **<<**

[95] *Eracles*, op. cit., 5,10, p. 151; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 40; *Anónimo 1*, op. cit., vol. 3, p. cxviii, verso 364.Véanse también las «Epistolae Cantuarienses», en *Chronicles and Memorials of the Reign of Richard I*, ed. de W. Stubbs, 2 vols., Rolls Series, Londres, 1864-1865, vol. 2,p. 329;junto con Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, pp. 367-377; e Ibn Shaddad, op. cit., pp. 19-20.Es preciso preferir una vez más las cifras que aporta este último autor, dado que el cadí no solo sostiene haber mantenido conversaciones con los musulmanes encargados de contabilizar las bajas del bando ayubí, sino que también mantiene que, tras el encontronazo, él mismo tuvo oca-

sión de recorrer a caballo el campo cubierto de cadáveres. También vuelve a explicar que en las filas de los cruzados se contaron varias mujeres, y que cuatro de ellas habían intervenido en los combates. No obstante, también asegura algo verdaderamente escandaloso: que en toda la batalla solo diez musulmanes perdieron la vida. Para saber más acerca de esta minimización del número de bajas tras una victoria, véase Bernard S. Bachrach, «Early medieval demography: Some observations on the methods of Hans Delbrück», en *The Circle of War in the Middle Ages: Essays on medieval and naval history*, Donald J. Kagay y L. J. Andrew Villalon (comps.), op. cit., pp. 3-20. **<<**

[96] Para más información acerca del concepto medieval de la cobardía en situación de guerra, véase Richard Abéis, «"Cowardice" and duty in Anglo-Saxon England», *Journal of Medieval Military History*, n.º 4, 2006, pp. 29-49; Steven Isaac, «Cowardice and fear management: The 1173-74 conflict as a case study», *Journal of Medieval Military History*, n.º 4, 2006, pp. 50-64; y Stephen F. Morillo, «Expecting cowardice: Medieval battle tactics reconsidered», Journal of Medieval Military History, n.º 4, 2006, pp. 65-73. **<<**

[97] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 40: «si caput nacía». **<<**

[98] «Epistolae Cantuarienses», en Chronicles and Memorial; of the Reign of Richard I, op. cit., vol. 2, p. 329: «Milites nostri infra tentoria sua delitescunt, et qui sibi festiname promittebant victoriam, ignavi et torpidi, et quasi convicti, contumelias sibi ab hostibus infra impune patiuntur». Esta carta se escribió después del 12 de octubre de 1190, fecha de la llegada de Balduino a Acre. **<<**

[99] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 40; Ibn Shaddad, op. cit., pp. 119-120. **<<**

[100] *Estoire*, op. cit., versos 3455-3461. **<<**

[101] El hecho de que los occidentales sufrieran además otras pérdidas en las inmediaciones de la plaza de Acre complicaría todavía más el problema que se cernía sobre los cristianos. Ibn Shaddad, op. cit., p. 120, señala la existencia de un informe de Alepo en el que se explica que un destacamento independiente de occidentales había sido masacrado en batalla. Como es obvio, los musulmanes de Acre festejaron la noticia, ya que les subió notablemente la moral. **<<**

[102] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 42; véase también Coggeshall, vol. 1, op. cit., p. 254; junto con *Anónimo 2*, op. cit., p. 254. **<<**

[103] Véase Ibn Shaddad, op. cit., p. 121. El texto de *Anónimo 1*, op. cit., vol. 3, p. cxx, versos 421-428, habla de «militum numerositate» sin más. **<<**

[104] *Eracles*, op. cit., 5, 10, pp. 149-150. En *Estoire*, op. cit., versos 3500-3515; e *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 42, pueden encontrarse listas con los nombres de los efectivos que acababan de atracar en Acre. Para saber más acerca de las ballestas sigue resultando extremadamente útil el libro de Ralph Payne-Gallwey titulado The Crossbow: Its military and sporting history, construction and use, reimpresión, Ludlow, 2007. **<<**

[105] Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 377; Ibn Shaddad, op. cit., p. 120. **<<**

[106] Tanto la opinión popular como el parecer de los académicos respecto a la carrera militar del sultán han oscilado de manera pendular y cambiado de orientación a lo largo de los siglos. Para una revisión de estos vuel-

cos, véase Robert Irwin, «Saladin and the Thrid Crusade: A case study in historiography and the historical novel», en A Companion to Historiography, M. Bentley (comp.), Londres y Nueva York, 1997, pp. 139-152; junto con Hans Eberhard Mayer, The Crusades, traducción de John Gillingham, Oxford, 1988, p. 147 (hay traducción castellana: Historia de las cruzadas, Ediciones Istmo, Madrid, 2001); Paul M. Cobb, The Racefor Paradise: An Islamic history of the crusades, op. cit., pp. 203-204; y Michael Ehrlich, «The Battle of Hattin: A chronicle of a defeat foretold?», *Journal of Medieval Military History*, n.º 5, 2007, p. 32. El argumento con el que Hamilton A. R. Gibb sostiene que Saladino no era un estratega de verdadero talento, aunque se revelara bueno en cambio en el terreno táctico, parece muy acertado. Con todo, incluso el propio Gibb admite que las trincheras de los cruzados frustraban todos los intentos de los hombres del sultán: véase Hamilton Alexander Rosskeen Gibb, *Studies on the Civilization of Islam*, op. cit., pp. 98 y 104. **<<**

[107] Ibn Shaddad, op. cit., pp. 120-121. **<<**

[108] Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 377. **<<**

[109] William J. Hamblin, «Saladin and Muslim military theory», en *The Horns of Hattin: Proceedings of the Second Conference of the Society for the Study of the Crusades and the Latin East, Jerusalem and Haifa 2-6 July, 1987*, op. cit., p. 235. **<<**

[1] Ibn Shaddad, op. cit., p. 130. <<

[2] Se le conoce más, en cambio, por haber contraído matrimonio, en 1192, con Isabel, hermanastra de la reina Sibila de Jerusalén y viuda de Conrado de Monferrato. El padre de Enrique había intervenido en la Segunda Cruzada: véase Theodore Evergates, *Henry the Liberal: Count of Champagne, 1127-1181*, Filadelfia, 2016, pp. 16-33. <<

[3] Ibn Shaddad, op. cit., pp. 123-125; Imad al-Din, op. cit., vol. 4, p. 469. Se trataba con toda probabilidad de mangoneles —es decir, de una especie de fundíbulos o trabuquetes de «tracción»—, y no de artilugios de contrapeso (*bildae*), dado que, al parecer, los ejércitos occidentales no emplearon este último tipo de dispositivos hasta principios del siglo XIII. Véase Randall Rogers, *Latin Siege Warfare in the Twelfth Century*, op. cit., p. 265; junto con David S. Bachrach, «English artillery 1189-1307: The implications of terminology», *English Historical Review*, op. cit., p. 1421; y Peter Purton, *A History of the Early Medieval Siege*, Woodbridge, 2009, pp. 386-387. Para más información acerca de su presencia en el arsenal de los contingentes cristianos —que empieza a observarse a mediados del siglo XII—, véase Kelly DeVries y Robert Douglas Smith, *Medieval Military Technology*, op. cit., pp. 126-127; así como Hugh Kennedy, *Crusader Castles*, Cambridge, 1994, pp. 107-108. Michael S. Fulton, en «Anglo-Norman artillery in narrative histories, from the reign of William I to the minority of Henry III», *Journal of Medieval Military History*, n.º 14,2016, p. 15, se muestra disconforme con estas afirmaciones y considera que existen suficientes pruebas circunstanciales que abogan en favor del uso de un tipo de

lanzapiedras de contrapeso en Acre. Para la etimología de la palabra *trebuchet* (trabuquete), véase William Sayers, «The name of the siege engine trebuchet: Etymology and history in medieval France and Britain», *Journal of Medieval Military History*, n.º 8, 2010, pp. 189-196. **<<**

[4] Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 378, n. 6. **<<**

[5] Para más información acerca del término latino usado para designar las hondas —*fundae*—, véase David S. Bachrach, «English artillery 1189-1307: The implications of terminology», *English Historical Review*, op. cit., pp. 1414-1415. **<<**

[6] Ibn Shaddad, op. cit., pp. 124-125. Para saber más tanto sobre el diseño que probablemente tuvieran los dardos de fuego como sobre la composición de la sustancia inflamable que los volvía tan peligrosos, véase Robert Douglas Smith, *Rewriting the History of Gunpowder*, Nykøbing, 2010, pp. 84-87. **<<**

[7] Uno de esos nadadores quedó atrapado en las redes de unos pescadores cristianos. Estos, al descubrir las redomas de betún, entregaron al sarraceno a los hombres del campamento, que cortaron la cabeza al desdichado: véase *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 55. Otro sarraceno llamado Isa, que también se había atrevido a pasar a nado esa sustancia estratégica, se ahogó en la travesía, de modo que no pudo llevar a su destino las tres bolsas que llevaba sujetas a la cintura y en las que no solo había documentos sellados, sino también mil dinares: para saber más acerca de este episodio y de las palomas mensajeras, véase Ibn Shaddad, op. cit., p. 124. En el año 1172, Nur al-Din se había encargado de estandarizar el uso de las palomas, lo que explica que en esa misma fecha se auto-

rizara la administración de raciones militares a las aves: véase «On the pigeon post (1171-1172)», en *Islam: From the Prophet Muhammad to the Capture of Constantinople*, op. cit., pp. 223-224. **<<**

[8] Ibn Shaddad, op. cit., pp. 122-123; Imad al-Din, op. cit., vol. 4, pp. 469-470. **<<**

[9] *Estoire*, op. cit., versos 3689-3694; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 54. Estas crónicas sugieren asimismo que la salida de la guarnición se verificó en un momento en el que muchos de los cruzados se hallaban fuera de la empalizada para forrajear. Piers D. Mitchell duda de la autenticidad de este lance de guerra: véase Piers D. Mitchell, *Medicine in the Crusades Warfare, wounds and the medieval surgeon*, Cambridge, 2004, p. 176. **<<**

[10] *Anónimo 1*, op. cit., vol. 3, p. cxx, versos 409-412; Ibn al-Athir, op. cit., p. 378; Ibn Shaddad, op. cit., pp. 123-124. Para más información acerca de la *botsha*, véase Andrew S. Ehrenkreutz, «The place of Saladin in the naval history of the Mediterranean Sea in the middle ages», *Journal of the American Oriental Society*, op. cit., p. 113. Una *ghiara* era el equivalente en peso de un saco de grano: véase Sato Tsugitaka, *State and Rural Society in Medieval Islam: Sultans, Muqta's, and fallahun*, Leiden, 1997, p. 70. **<<**

[11] Imad al-Din, op. cit., vol. 4, p. 476; Ibn Shaddad, op. cit., pp. 126-127; *Itinerario 2*, op. cit., p. 97; *Itinerario 1*, op. cit., 58, 8. **<<**

[12] *Estoire*, op. cit., versos 3765-3792; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 58. **<<**

[13] *Estoire*, op. cit., versos 3793-3812; *Itinerario 2*, op. cit., id. loc. **<<**

[14] Ibn Shaddad, op. cit., pp. 127-128. **<<**

[15] Ibn Shaddad, op. cit., pp. 129-130. <<

[16] *Estoire*, op. cit., versos 3927-3944; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 60. El dromón era un barco de guerra bizantino de gran tamaño: véase en general John H. Pryor, *The Age of the Dromon: The Byzantine navy*, ca. 500-1204, Leiden, 2006. <<

[17] Ibn Shaddad, op. cit., p. 132. <<

[18] Ibn Shaddad, op. cit., p. 127; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 58. <<

[19] Donald E. Queller y Thomas F. Madden, *The Fourth Crusade: The conquest of Constantinople*, segunda edición, Filadelfia, 1997, pp. 122-124. Para la crónica de Villehardouin sobre el uso de estos puentes de asalto, véase F. Marzials (traducción de), *Chronicles of the Crusades: Villehardouin and Joinville*, reimpresión, Mineola, Nueva York, 2007, pp. 32-36. <<

[20] Peter Purton, *A History of the Early Medieval Siege*, op. cit., p. 334. <<

[21] Robert Lee Wolff, «The Fifth Crusade», en *A History of the Crusades*, Kenneth M. Setton y Harry W. Hazard (comps.), volumen 2, op. cit., pp. 398-401. La crónica que nos ha dejado Oliverio se encuentra traducida al inglés en Jessalynn Bird, Edward Peters y James M. Powell (comps.), *Crusade and Christendom: Annotated documents in translation from Innocent III to the fall of Acre, 1187-1291*, op. cit., pp. 169-172. <<

[22] Ibn Shaddad, op. cit., pp. 129-130 (que señala, en referencia al rejón del extremo del ariete de Enrique, que era «similar a la barra con la que se fija una piedra de molino»); *Estoire*, op. cit., p. 85; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 59; *Anónimo 1*, op. cit., vol. 3, pp. cxx-cxxi, versos 429-440. <<

[23] *Estoire*, op. cit., versos 3839-3868; *Itinerario 2*, op. cit., vol. l, p. 59; *Anónimo 1*, op. cit., vol. 3, p. cxxi, versos 441-460; Ibn Shaddad, op. cit., pp. 130. **<<**

[24] Ibn Shaddad, op. cit., id. loc. Este autor sostiene que el extremo metálico pesaba cien *qintars* (es decir, quintales), lo que equivale aproximadamente a mil kilos. **<<**

[25] *Howden 2*, op. cit., vol. 3, p. 175. **<<**

[26] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 65; «Epistolae Cantuarienses», en *Chronicles and Memorials of the Reign of Richard I*, op. cit., pp. 328-329: «*Turci nos obsident, quotidie provocaut, instanter impugnant. Milites nostri infra teutoria sua delitescunt, et qui sibi festinam promittebant victoriam, ignavi et torpidi, et quasi convicti, contemelias sibi ab hostibus infra impune patiuntur. Robur Saladini diebus augescit singulis; exercitus noster quotidie minuitur et deficit*». **<<**

[27] *Anónimo 1*, op. cit., vol. 3, p. cxxi, versos 461-464. **<<**

[28] Ibn Shaddad, op. cit., pp. 128-129; Imad al-Din, op. cit., vol. 4, p. 478. **<<**

[29] John France, *Great Battles: Hattin*, op. cit., pp. 53-54. **<<**

[30] Para saber más acerca de este último extremo, véase Hamilton A. R. Gibb, *Studies on the Civilization of Islam*, op. cit., pp. 104-105: «Sin embargo, al constatarse que los repetidos éxitos conseguidos a campo abierto no contribuían en nada a aliviar la presión a que se veía sometida la ciudad de Acre, la reacción más natural inducía a los combatientes a relajar la tensión bélica y a quejarse de Saladino». **<<**

[31] Para saber más acerca de esta muerte, véase Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, pp. 380-381. <<

[32] Ibn Shaddad, op. cit., pp. 132-135. <<

[33] Ibn Shaddad, op. cit., p. 135. <<

[34] Ibn Shaddad, op. cit., p. 133; Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 384; Imad al-Din, op. cit., vol. 4, pp. 488-490. <<

[35] Para saber más acerca de la localidad de Fiq, véase M. Victor Guérin, *Description Géographique, Historique et Archéologique de la Palestine*, 3 vols., París, 1880, vol. 1, pp. 3 14-316. Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 385, nos cuenta la historia de un modo diferente, ya que afirma que lo que sucedió en realidad lúe que Saladino ordenó a Taqi al-Din arrestar a Sanjar Shah en su viaje de vuelta de Hama a Acre. <<

[36] Tanto Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, pp. 384-385, como Ibn Shaddad, op. cit., pp. 133-134, refieren íntegramente el episodio. <<

[37] Para un relato pormenorizado del conflicto, véase Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, pp. 384-385. <<

[38] Para saber más acerca de las cuestiones navales asociadas con la llegada y la partida de los soberanos de Francia e Inglaterra a Sicilia, véase Charles D. Stanton, *Norman Naval Operations in the Mediterranean*, Woodbridge, 2011, pp. 162-166. <<

[39] Véase en general John Gillingham, «Richard I and Berengaria of Navarre», *Historical Research*, vol. 53, n.º 128, 1980, pp. 157-173. <<

[40] Para más información sobre estos acontecimientos, véanse los relatos que figuran en John Gillingham, *Richard I*, op. cit., pp. 132-139; y John W. Baldwin, *The Government of Philip Augustus: Foundations of French*

royal power in the middle ages, Berkeley, 1986, p. 78. <<

[41] John H. Pryor, «A medieval siege of Troy The fight to the death at Acre, 1189-1191 or the tears of *Salāh al-Dīn*», en *The Medieval Way of War: Studies in medieval military history in honor of Bernard S. Bachrach*, op. cit., p. 107. <<

[42] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 61; *Howden 1*, op. cit., vol. 2, pp. 134-135; *Estoire*, op. cit., verso 3955; Coggeshall, vol. 1, op. cit., p. 255; *Anónimo 1*, op. cit., vol. 3, p. cxxii, versos 485-488; Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, pp. 378-379; Ibn Shaddad, op. cit., p. 135. <<

[43] Tras la muerte de Balduino, sobrevenida ese mismo mes de noviembre, Huberto Walter repartió su patrimonio entre un grupo formado por veinte caballeros y cincuenta sargentos (a los que abonó así sus respectivos salarios), y entregó el resto a los pobres del campamento: véase Christopher Tyerman, *England and the Crusades, 1095-1588*, Chicago, 1988, p. 63. <<

[44] *Estoire*, op. cit., versos 3961-3964 y 3975-3977; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 61; *Howden 1*, op. cit., vol. 2, pp. 134-135; Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 378; Ibn Shaddad, op. cit., p. 138; Imad al-Din, op. cit., vol. 4, p. 510. Para saber más acerca de las actividades militares de Huberto Walter, véase Lawrence G. Duggan, *Armsbearing and the Clergy in the History and Canon Law of Western Christianity*, Woodbridge, 2013, pp. 26 y 65-66. <<

[45] *Estoire*, op. cit., versos 3981-3982, incurre en un error al señalar que «se dirigieron derechamente al Doc» («*Eht [les] nos errant dreit al / Doc*») <<

[46] Ibn Shaddad, op. cit., pp. 135-136; Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2,p. 378. **<<**

[47] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 61; *Howden 1*, op. cit., vol. 2, p. 144; *Howden 2*, op. cit., vol. 3, p. 73.Véase también *Anónimo 1*, op. cit., vol. 3, pp. cxxii-cxxiii, versos 489-500, donde se exponen los detalles del combate, pero no se señala nada acerca de los grandes señores que intervinieron en la operación. **<<**

[48] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 61; *Estoire*, op. cit., versos 3983-3988. **<<**

[49] Imad al-Din, op. cit., vol. 4, p. 510: «Nuestra vanguardia, apostada sobre la colina de El-Yadhyyah [Tel al-Ayyadiyya] montaron inmediatamente a caballo para efectuar una maniobra de distracción y los asaltaron con una cerrada cortina de flechas de fuego». **<<**

[50] *Estoire*, op. cit., versos 3997-4000: «*E quant bataille ne troverent, / Vers Caïphas tot dreit tornerent, / Ou l'em dist qu'il aveit vitaille, / Dont al siege aveit meinte faille*». En *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 62 se afirma que los cruzados perdieron la ocasión de librar una buena batalla. **<<**

[51] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 62; *Estoire*, op. cit., versos 4001-4003. La crónica que figura en *Anónimo 1*, op. cit., vol. 3, p. cxxiii, versos 505-512, es bastante vaga. En la actualidad, el emplazamiento de este encuentro pertenece a la reserva natural de En Afeq; este punto es también el antiguo Afiq que se menciona en Jueces, 1, 31. **<<**

[52] Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 379; Ibn Shaddad, op. cit., p. 136; Imad al-Din, op. cit., vol. 4, p. 511: «*au centre droit*» («en el centro derecha»). **<<**

[53] Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 379; *Estoire*, op. cit., versos 4004-4006; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 62. Para más información sobre el papel que desempeñaban los tambores y las bocinas de cuerna en los ataques musulmanes, véase David Nicolle, *Crusader Warfare, Volume II: Muslims, Mongols and the Struggle against the Crusades*, op. cit., pp. 249-250. **<<**

[54] Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 379. Para saber más acerca de la «marcha de combate», véase R. C. Smail, *Crusading Warfare, 1097-1193*, op. cit., pp. 156-165; junto con John France, «Crusading warfare and its adaptation to eastern conditions in the twelfth century», *Mediterranean Historical Review*, vol. 15, n.º 2,2000, pp. 60-61; y Georgios Theotokis, «The square "fighting match" of the crusaders at the Battle of Ascalon (1099)», *Journal of Medieval Military History*, n.º 11,2013, pp. 57-71. **<<**

[55] Ibn Shaddad, op. cit., p. 137; *Estoire*, op. cit., versos 4007-4009; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 62; *Anónimo 1*, op. cit., vol. 3, p. cxxiii, versos 513-516. Estas son las palabras de Imad al-Din, op. cit., vol. 4, p. 511: «*et s'acquittèrent a leur égard des lois et coutumes de la guerre sainte*». **<<**

[56] Ibn Shaddad, op. cit., id. loc. **<<**

[57] *Estoire*, op. cit., versos 4010-4013; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 62. **<<**

[58] *Estoire*, op. cit., versos 4029-4032: «*li pelerin retornerent / Por repairier la dont tornerent, / Mais mul eürent ainceis entente / Qu'il venissent jusqu'a lor tentes*». Yo mismo estudio en profundidad las características de esta penosa situación en «Clausewitz's wounded lion: A fighting retreat at the siege of Acre, November

1190», en *Acre and its Falls*, John France (comp.), Brill, en preparación. En R. C. Smail, *Crusading Warfare, 1097-1193*, op. cit., pp. 161-162, también se abordan brevemente los pormenores de esta marcha. **<<**

[59] *Estoire*, op. cit., versos 4024-4028; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 62. **<<**

[60] A principios del siglo XX se drenaron las marismas de la ribera del Belus. Para el relato de dos personas que tuvieron ocasión de visitarlas, véase Jacob Abbott, «Memoirs of the Holy Land», *Harper's New Monthly Magazine*, vol. 27, n.º 5, 1852, pp. 291-292; y Malta Protestant College, *Journal of a Deputation sent to the East by the Committee of the Malta Protestant College, Part I*, Londres, 1849, p. 265. **<<**

[61] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 62; Ibn Shaddad, op. cit., p. 137; Imad al-Din, op. cit., vol. 4, p. 512; *Estoire*, op. cit., versos 4040-4046: «*Que Deus ne fist neiff ne gresille, / Ne pluie en mai, quant il rosille, / Que chee plus menuement / Que li pilet espesement / En l'ost ausi tost ne cheïssent / Einz que noz genz d'illoc partissent*». Esto contradice lo que refiere R. C. Smail en su relato, ya que en él se afirma que los «soldados de a pie protegían como un muro a los caballeros»: véase *Crusading Warfare, 1097-1193*, op. cit., p. 161. El hecho de dar a los caballeros orden de desmontar era una circunstancia habitual en las guerras europeas de los siglos XI y XII, pese a que la imagen vaya en contra de la importancia que tradicionalmente se concedía en las cruzadas a las cargas de caballería. Véase Stephen F. Morillo, *Warfare under the Anglo-Norman Kings, 1066-1135*, Woodbridge, 1994, pp. 156-159; junto con Matthew Bennett, «The myth of the military supremacy of knightly cavalry», en

Armies, Chivalry and Warfare: Proceedings of the 1995 Harlaxton Symposium, M. J. Strickland (comp.), Stamford, 1998, pp. 309-310. Más raro es en cambio encontramos ante una situación marcada por la presencia de unos caballeros templarios desmontados. De hecho, en la regla templaría no se hace ninguna referencia a una eventual táctica de infantería: véase Matthew Bennett, «*La Régle du Temple* as a military manual, or how to deliver a cavalry charge», en *Studies in Medieval History presented to R. Alien Brown*, C. Harper-Bill y J. L. Nelson (comps.), Woodbridge, 1989, pp. 7-20. **<<**

[62] Ibn Shaddad, op. cit., p. 137. **<<**

[63] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 62; Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 379; e Ibn Shaddad, op. cit., p. 137. **<<**

[64] J. F. Verbruggen, *The Art of Warfare in Western Europe during the Middle Ages, from the Eighth Century to 1340*, op. cit., p. 89. Para saber más acerca del carácter unificador del signo de la cruz en el transcurso de la Tercera Cruzada, véase Robert W. Jones, *Bloodied Banners: Martial display on the medieval battlefield*, Woodbridge, 2010, p. 61. Para más información sobre el ritmo al que se efectuaban las marchas en esta región y en esta época, véase John Haldon, «Roads and Communications in the Byzantine Empire: Wagons, horses, and Supplies», en *Logistics of Warfare in the Age of the Crusades*, John H. Pryor (comp.), Aldershot, 2006, pp. 131-158. **<<**

[65] Imad al-Din, op. cit., vol. 4, p. 513: «*mais les Francs continuaient à marcher lentement*» («pero los francos continuaban su lenta progresión»). Véase también Malcolm Cameron Lyons y David Edward Pritchett Jackson, *Saladin: The politics of the holy war*, op. cit., p.

321; junto con Benjamin Kedar, «King Richards plan for the battle of Arsüf/Arsur, 1191», en *The Medieval Way of War: Studies in medieval military history in honor of Bernard S. Bachrach*, op. cit., p. 118. **<<**

[66] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 62; Ibn Shaddad, op. cit., pp. 137-138; Imad al-Din op. cit., vol. 4, pp. 512-513: «*mais les Francs demenraient immobiles et comme fichés en terre, impassibles, silencieux*» («pero los francos permanecían inmóviles y como anclados al terreno, impasibles y silenciosos»). **<<**

[67] *Estoire*, op. cit., versos 4067-4072: «Tenían la intención de demoler el puente cuando el ejército se presentara y se lanzara al ataque, pero se hallaban tan apelotonados en la estructura que los peregrinos no vieron forma de cruzarlo, de lo amontonados que estaban sobre el maderamen» («*Ja veleient le pont abatre, / Quant l'ost s'envint sor els embatre, / Mais le pont si porpris aveient / Que le pelerin ne saveient / Par ont il peüssent passer, / Tant s'en i vindrent entasser*»). **<<**

[68] *Estoire*, op. cit., versos 4073-4084; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 62. Ibn Shaddad, op. cit., p. 138, sostiene que Enrique de Champaña y Conrado de Monferrato salieron heridos de la refriega, y explica además que también quedaron tocados dos miembros de la guardia real del sultán (Ayaz el Alto y Sayf al-Din Yazkuj) y que un cruzado revestido de una pesada armadura, cuyo nombre no se menciona, fue hecho prisionero y decapitado. No obstante, su afirmación de que el puente había sido aserrado la noche anterior no encaja con lo que refieren las demás fuentes, de modo que en este caso es preferible atenerse a lo que figura en la crónica de Imad al-Din, op. cit., vol. 4, p. 513. Del puente original no ha quedado ni rastro. Para más información acerca de los

puntos de paso que sí han conseguido llegar hasta nosotros, véase Andrew Petersen, «Medieval bridges of Palestine», en *Egypt and Syria in the Fatimid, Ayyubid and Mamluk Eras VI: Proceedings of the 14th and 15th International Colloquium Organized at the Katholieke Universitat Leuven in May 2005 and May 2006*, U. Vermeulen y K. D'Hulster (comps.), Orientaba Lovaniensia Analecta, Lovaina, 2010, pp. 291-306. **<<**

[69] *Anónimo 1*, op. cit., vol. 3, p. cxxiii, verso 519. **<<**

[70] Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 379; Ibn Shaddad, op. cit., p. 138. **<<**

[71] Ibn Shaddad, op. cit., id. loc. Saladino no recibió respuesta alguna de los habitantes de Acre, así que tuvo que abandonar el plan. **<<**

[72] Ibn Shaddad, op. cit., pp. 141-142. **<<**

[73] Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 379; Ibn Shaddad, op. cit., p. 139; Imad al-Din, op. cit., vol. 4, pp. 526-527. Para saber más acerca del tesorero, véase John W. Baldwin, *The Government of Philip Augustus: Foundations of French royal power in the middle ages*, op. cit., p. 57. **<<**

[74] Benjamin Z. Kedar cree que fue en octubre: véase «The Patriarch Eraclius», en *Outremer*, op. cit., p. 204. **<<**

[75] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 63; *Estoire*, op. cit., versos 4103-4144; *Howden 2*, op. cit., vol. 3, pp. 172-173. **<<**

[76] Para saber más acerca de la muerte y la herencia de Balduino, véase Gervasio de Canterbury, «The historical works of Gervase of Canterbury», en *The Chronicle of the Reigns of Stephen, Henry II, and Richard I*, ed. de W. Stubbs, 2 vols., Kolls Series, Londres, 1879-1880,

vol. l, p. 488.Véase también *Howden 1*, op. cit., vol. 2, p. 142; *Ymagines*, op. cit., vol. 2, p. 88; Coggeshall, vol. 1, p. 256; y *Anónimo 2*, op. cit., vol. 2, p. 256. **<<**

[77] *Eracles*, op. cit., 5, 11, p. 152, sostiene que Conrado tuvo que emplearse a fondo para convencer a Felipe y a Huberto de que debían abogar por su causa. Para más información acerca de los extremos políticos vinculados al enlace, véase Christopher Tyerman, en *God's War: A new history of the crusades*, op. cit., pp. 429-430; junto con Natasha R. Hodgson, *Women, Crusading and the Holy Land in Historical Narrative*, op. cit., pp. 80 y 146. **<<**

[78] *Estoire*, op. cit., versos 4145-4172. Véase también la crónica, muy similar, que figura en *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 63. **<<**

[79] Como puede observarse por ejemplo en *Ymagines*, op. cit., vol. 2, p. 86. **<<**

[80] Ambrosio se lanza a una apología general de Conrado en *Estoire*, op. cit., versos 4173-4406.Véase también *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 64. **<<**

[81] Ibn Shaddad, op. cit., p. 140. **<<**

[82] Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 380; Ibn Shaddad, op. cit., p. 141; Imad al-Din, op. cit., vol. 4, p. 520. **<<**

[83] Ibn al-Athir, op. cit., id. loc. Raúl de Diss transcribe una carta del obispo Huberto Walter en la que explica lo mismo: véase *Ymagines*, op. cit., vol. 2, pp. 88-89. **<<**

[84] *Howden 2*, op. cit., vol. 3, p. 175, es la única fuente cristiana que refiere estos acontecimientos. **<<**

[85] En este sentido, discrepo de la afirmación que hace al respecto Michael S. Fulton, en «Anglo-Norman artillery in narrative histories, from the reign of WilIiam I

to the minority of Henry III», *Journal of Medieval Militar History*, op. cit., p. 16, donde afirma que «en ningún momento conseguiría la artillería abrir una brecha por la que poder precipitarse en masa». **<<**

[86] Ibn Shaddad, op. cit., p. 142; Imad al-Din, op. cit., vol. 4, p. 521. **<<**

[86a] El autor aprovecha una expresión inglesa para hacer un juego de palabras perfectamente adecuado al caso: «*the writing was on the wall*». Alude, efectivamente, muchas veces con tintes sarcásticos por su obviedad, a un aviso o una indicación meridiana. (*N. del t.*). **<<**

[1] Ibn Shaddad, op. cit., pp. 141-142. <<

[2] Por ejemplo, *Estoire*, op. cit., versos 4235-4236: «*Lors maldisoient le marchis / Par qu[i] il esteient si aquis*». <<

[3] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 66: («*Tunc Marchisum detestantur, / Subtracto solamine, / Per quem escis defraudantur / In famis discrimine*»)-, vol. 1, p. 69: («*O tunc plebis vox plangentis, / Maledicentis Marchisi pefidiam, / Quod non curat tabescentis / Populi miseriam*»)-, vol. 1, p. 74: («*Tune Marchisum detestantur / Pacti transgressorium, / Cuique malum imprecantur, / Et vae peremptorium*»); y vol. 1, p. 77: («*Quid Marchiso tunc optaret / Vox tot queritantium? / Quis non reum judicaret / Tot periclitantium!*»). <<

[4] Véase M. Ailes y Malcolm Barber (ed. y trad.), *The History of the Holy War: Ambroise's Estoire de la Guerre Sainte*, op. cit., p. 91, n. 285. <<

[5] Piers D. Mitchell, *Medicine in the Crusades: Warfare, wounds and the medieval surgeon*, op. cit., pp. 1-2. <<

[6] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 68. Por otra parte, el campamento de Saladino contaba supuestamente con unos siete mil figones, y en cada uno de ellos podían prepararse hasta veintiocho ollas de comida; cada caldero podía contener nueve cabezas de cordero. Véase Malcolm Cameron Lyons y David Edward Pritchett Jackson, *Saladin: The politics of the holy war*, op. cit., p. 329. <<

[7] *Estoire*, op. cit., versos 4223-4236; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, pp. 67 y 80. Ambrosio afirma que un huevo costaba seis dineros, que en Itinerario 1 se convierten en seis peniques; un pollo costaba eso mismo, ya que se pagaban por él doce soles o doce chelines. En cuaresma no

se dejaba de comer carne, lo que implicaba cometer un pecado que los culpables confesarían más tarde, una vez que la hambruna se hubo calmado, aceptando hacer entonces la correspondiente penitencia. Por lo que sabemos, Huberto Walter fue el encargado de administrar la sanción, consistente en tres leves golpes en la espalda de los arrepentidos; véase *Estoire*, op. cit., versos 4515-4520; junto con *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 81. **<<**

[8] *Estoire*, op. cit., verso 4367, «*Qu'il morouent, ça treis, ça quatre*»; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, pp. 76, 72, y 67: «*sicut volucres ad cadaver*»; Coggeshall, vol. 1, op. cit., p. 256. **<<**

[9] En la crónica de la Primera Cruzada que nos ha dejado Alberto de Aquisgrán se ofrece un relato similar, según el cual Roberto de Flandes consiguió un caballo suplicando que se le hiciera una caridad: véase Alberto de Aquisgrán, *Historia Ierosolimitana: History of the journey to Jerusalem*, ed. y trad. de Susan B. Edgington, Oxford, 2007, vol. 4, p. 55. **<<**

[10] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 71. **<<**

[11] *Estoire*, op. cit., versos 4273-4309; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 73. **<<**

[12] *Estoire*, op. cit., versos 4327-4354; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 75. **<<**

[13] *Ymagines*, op. cit., vol. 2, pp. 88-89. Para saber más acerca de esta cuestión, véase Conor Kostick, «Courage and cowardice on the First Crusade, 1096-1099», *War in History*, vol. 20, n.º 1,2013, pp. 32-49. **<<**

[14] Ibn Shaddad, op. cit., pp. 142-143. El autor dice haber oído que en el segundo ataque se apresó a un so-

brino de Felipe Augusto, pero dado que Enrique de Champaña se encontraba ya en Acre en ese momento, está claro que el informe es falso. **<<**

[15] *Estoire*, op. cit., versos 4232-4325. Ricardo de Templo se explaya y aborda en profundidad el tema añadiendo unos cuantos versículos de la Biblia, pero también da a entender que algunos de los descarriados regresaban más tarde al seno de la Iglesia: véase *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 74. **<<**

[16] Newburgh, op. cit., vol. 1, p. 349; *Ymagines*, op. cit., vol. 2, pp. 82-83. **<<**

[17] *Howden 2*, op. cit., vol. 3, p. 171; *Estoire*, op. cit., versos 4407-4456; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 78; *Anónimo 2*, op. cit., p. 257. El relato de Rogelio de Hoveden equivoca la fecha de la colecta, ya que indica que se produjo durante la penuria de alimentos del año 1190, cuando fue en la de 1191. **<<**

[18] Ansberto, 93, op. cit., pp. 20-21: «*atrocissimus athleta dei factus et timor Sarracenorum*». **<<**

[19] Ibn Shaddad, op. cit., p. 143. **<<**

[20] Ibn Shaddad, id. loc.; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 70; Newburgh, op. cit., vol. 1, pp. 348-349. John Pryor calcula que los cruzados debieron de necesitar cerca de 10 000 toneladas de provisiones y 81 millones de litros de agua a lo largo de todo el asedio: véase «*A medieval siege of Troy: The fight to the death at Acre, 1189-1191 or the tears of Salāh al-Dīn*», op. cit., p. 108. **<<**

[21] Estos relatos suscitan bastantes dudas. Ibn Shaddad, op. cit., p. 144, asegura que Taqi al-Din también estuvo en el choque, cosa que resulta imposible, puesto que había partido de Acre el 2 de marzo. Por otra parte,

Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 386, defiende la tesis de que Saladino permaneció toda la primavera en Shafaram. **<<**

[22] *Estoire*, op. cit., versos 4477-4491; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 79. **<<**

[23] Ansberto, 97, op. cit., pp. 9-16. Los *ministeriales* eran caballeros carentes de libertad: véase Benjamin Arnold, *German Knighthood, 1050-1300*, reimpresión, Oxford, 1999, pp. 23-27. **<<**

[24] Imad al-Din, op. cit., vol. 5, p. 4; Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 385. Saladino no se enteraría de su muerte hasta noviembre: véase Malcolm Cameron Lyons y David Edward Pritchett Jackson, *Saladin: The politics of the holy war*, op. cit., p. 343. **<<**

[25] Rigordo, op. cit., p. 74. Para saber más acerca de Rigordo, véase Gabrielle M. Spiegel, *The Chronicle Tradition of Saint-Denis: A survey*, Brookline, 1978, pp. 56-59. **<<**

[26] *Eracles*, op. cit., 5, 13, p. 156; *Estoire*, op. cit., versos 4507-4544; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 3, p. 4; *Howden 2*, op. cit., vol. 3, p. 196; *Ymagines*, op. cit., vol. 2, p. 92; Newburgh, op. cit., vol. 1, p. 349; Coggeshall, vol. 1, op. cit., p. 257; Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 386; Ibn Shaddad, op. cit., pp. 145-146. Imad al-Din, op. cit., vol. 5, p. 6, señala erróneamente la fecha del 15 de abril. Este último mantiene, de forma igualmente incorrecta, que Felipe de Flandes llegó en un convoy independiente y después del rey. Para más información acerca de Montgisard, véase Bernard Hamilton, *The Leper King and his Heirs: Baldwin IV and the crusader Kingdom of Jerusalem*, op. cit., pp. 135-136; junto con Malcolm Cameron Lyons y David Edward Pritchett Jackson,

Saladin: The politics of the holy war, op. cit., pp. 122-124. <<

[27] Rigordo, op. cit., p. 74. <<

[28] *Eracles*, op. cit., 5, 14, p. 156: «*Merveille est de tant de prodes homes, qui ont esté en cestui siege, coment il se sont tant targé de prendre la*». <<

[29] Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 387; Ibn Shaddad, op. cit., p. 147; Imad al-Din, op. cit., vol. 5, p. 10; Kigordo, op. cit., p. 74. Para saber más acerca de la Torre de la Fuente del Buey, véase Ibn Shaddad, op. cit., p. 150, n. 3; para más información sobre la terminología usada, véase David S. Bachrach, «English artillery 1189-l307: The implications of terminology», *English Historical Review*, op. cit., pp. 1416-1417. <<

[30] *Eracles*, op. cit., 5, 14, p. 157. <<

[31] *Estoire*, op. cit., versos 3620-3655; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 50: «*O fides infirmiories sexus admirabilis! O zelus imitabilis mulieris, quae nec post mortent destitit operantibus cooperari, dum perseveravit etiam in moriente voluntas operandi*». Para más información sobre la significación piadosa de este lance de guerra, véase Natasha R. Hodgson, *Women, Crusading and the Holy Land in Historical Narrative*, op. cit., p. 119. <<

[32] Ibn Shaddad, op. cit., pp. 147 y 149. <<

[33] *Eracles*, op. cit., 5, 14, p. 157. <<

[34] Estos últimos refuerzos eran todo cuanto quedaba de la flota que había contratado con los genoveses el duque Hugo de Borgoña, formada inicialmente por el número de barcos necesarios para transportar a 650 caballeros, junto con 1300 caballos y 1300 escuderos: véase John H. Pryor, «Transportation of horses by sea during

the era of the crusades: Eighth century to 1285 A. D.», *The Mariner's Mirror*, n.º 68, op. cit., p. 20. **<<**

[35] Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 387; Ibn Shaddad, op. cit., pp. 147-149. **<<**

[36] Rigordo, op. cit., p. 74; *Eracles*, op. cit., 5, 15, p. 157. **<<**

[37] *Howden 2*, op. cit., vol. 3, p. 207. **<<**

[38] El cadí también confirmará más adelante el argumento francés de que Felipe deseaba aguardar la llegada de Ricardo: véase Ibn Shaddad, op. cit., pp. 150-151. **<<**

[39] Ibn Shaddad, op. cit., pp. 146, 148 y 150; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 3, p. 5; *Howden 2*, op. cit., vol. 3, p. 205; Rigordo, op. cit., p. 79. **<<**

[40] Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, pp. 386-387; Ibn Shaddad, op. cit., p. 147. Este último afirma que una de las naves —la sexta, si es que ese fue efectivamente el número de embarcaciones que se acabaron capturando— era una *tarida (tarraid)*, es decir, un carguero destinado al transporte de caballos que disponía a un tiempo de remos y de velas, y que además contaba con una capacidad de carga mayor que la de los barcos normales. Estos navíos diferían de los *safun*, que llevaban en sus bodegas máquinas de asedio o se dedicaban a fletes de carácter general: véase John H. Pryor, «Transportation of horses by sea during the era of the crusades: Eighth century to 1285 A. D.», *The Mariner's Mirror*, n.º 68, op. cit., pp. 18-19 y 21. **<<**

[41] Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 387. **<<**

[42] Para un relato detallado de la campaña de Chipre, véase John Gillingham, *Richard I*, op. cit., pp. 140-154. Los árabes consideraron que la conquista de la isla había constituido una traición a los bizantinos: véase Ibn al-

Athir, op. cit., vol. 2, p. 387. Más tarde, Ricardo vendería Chipre a los caballeros templarios, aunque después volvería a apoderarse de ese territorio para entregárselo a Guido de Lusiñán. Véase Peter W. Edbury, *The Kingdom of Cyprus and the Crusades, 1191-1374*, Cambridge, 1991, pp. 28-29;junto con Jean Richard, «Les révoltes chypriotes de 1191-1192 et les inféodations de Guy de Lusignan», en *Montjoie: Studies in crusade history in honour of Hans Eberhard Mayer*, op. cit., pp. 123-128. Ricardo Corazón de León dejó en Chipre, antes de proseguir viaje hasta Acre, al escritor Roberto de Turnham, cuyos recuerdos de la Tercera Cruzada han quedado consignados en la crónica de Meaux, redactada en el siglo XIV. Por consiguiente, no es posible considerarle una fuente de primera mano para el análisis de lo sucedido en el asedio, ya que no fue testigo presencial de los acontecimientos: véase Edward A. Bond (comp.), *Chronica monasterii de Melsa*, 3 vols., Rolls Series, Londres, 1868, vol. 1, p. 260. **<<**

[43] *Eracles*, op. cit., 5, 27, p. 169, indica erróneamente que el puerto del procedía la embarcación se hallaba en Egipto. **<<**

[44] Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 387; Ibn Shaddad, op. cit., p. 151. **<<**

[*] Parte lateral del barco que sobresale del agua, desde la línea de flotación a la parte superior de las bordas. (*N. del t.*). **<<**

[45] En su *Cronicon de tempore regis Richardi primi*, Devizes acostumbra a idealizar románticamente la figura de Ricardo Corazón de León y muy a menudo concede carácter general a los complejos acontecimientos que se desarrollan en Acre. Se ha solido señalar que el tono que

emplea es de naturaleza «belicosa, no pacífica», como el de alguien a quien «le encanta la guerra, no la paz»: véase Antonia Gransden, *Historical Writing in England c. 550 to c. 1307*, op. cit., pp. 248-249. <<

[46] *Estoire*, op. cit., versos 2149-2180; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 2, p. 42; Erados, op. cit., 5, 27, p. 169; Devizes, vol. 3, p. 425; Newburgh, op. cit., vol. 1, p. 352; *Ymagines*, op. cit., vol. 2, pp. 93-94. Para saber más acerca de la utilización de los ofidios y el veneno de las víboras, véase Adrienne Mayor, *Greek Fire, Poison Arrows, and Scorpion Bombs: Biological and Chemical warfare in the ancient world*, Nueva York, 2009, pp. 75-92. <<

[47] Rigordo, op. cit., p. 75; Ibn Shaddad, op. cit., p. 151; *Howden 2*, op. cit., vol. 3, p. 207.Véase también la escueta mención que se hace del dromón en *Giraldi Cambrensis opera*, op. cit., vol. 8, capítulo 3, p. 8. <<

[48] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 2, p. 42. <<

[49] *Howden 2*, op. cit., vol. 3, pp. 206-207; *Eracles*, op. cit., 5, 27, p. 170; Devizes, op. cit., vol. 3, p. 425; *Estoire*, op. cit., versos 2205-2209; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 2, p. 42. Solo el autor de este último texto mantiene que los musulmanes habían afirmado ser franceses en un primer momento, y que después dijeron, cuando se les volvió a preguntar por su procedencia, que en realidad venían de Génova. Para más información acerca de la leyenda que asegura que Ricardo mató con su propia mano a casi mil seiscientos musulmanes, véase Bradford B. Broughton, *The Legends of King Richard I Coeur de Lion: A study of sources and variations to the year 1600*, La Haya, 1966, pp. 103-104. Para saber más sobre los diferentes arcos compuestos que se empleaban en

los ejércitos musulmanes, véase Daniel Coetzee, y Lee W. Eysturlid, *Philosophers of War: The evolution of history's greatest military thinkers*, vol. I: *The Ancient to Pre-Modern World*, 3000 BCE-1815 CE, Santa Bárbara, 2013, pp. 227-229. **<<**

[50] Ibn Shaddad, op. cit., p. 150. *Howden 2*, op. cit., vol. 3, p. 207, habla del fuego griego, pero aparentemente en un contexto en el que, de acuerdo con sus explicaciones, el producto incendiario no habría sido lanzado directamente contra los cristianos, sino que habría golpeado accidentalmente la nave al tratar los sarracenos de deshacerse de él, tirándolo al agua, con el único fin de impedir que cayera en manos enemigas. **<<**

[*] Remos o tablas de gran tamaño que pendían de la borda a ambos costados del buque para controlar su dirección. Como se verá a continuación, su uso es anterior a la invención del timón propiamente dicho, situado fijo en medio de la popa. (*N. del t.*). **<<**

[51] *Estoire*, op. cit., versos 2225-2232; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 2, p. 42; *Ymagines*, op. cit., vol. 2, p. 93. Hemos de suponer que el barco utilizaba dos espadillas laterales para maniobrar, dado que los timones de popa únicos no aparecieron hasta el siglo XIII: véase R. C. Anderson, *Oared Fighting Ships: From classical times to the coming of steam*, Londres, 1962, p. 59; junto con John H. Pryor, *Geography, Technology, and War: Studies in the maritime history of the Mediterranean, 649-1571*, op. cit., pp. 120-121. **<<**

[52] *Estoire*, op. cit., versos 2255-2259; *Ymagines*, op. cit., vol. 2, p. 94; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 2, p. 42; *Howden 2*, op. cit., vol. 3, p. 207. Para más información acerca de los arietes de las naves de Ricardo, véase R. C.

Anderson, *Oared Fighting Ships: From classical times to the coming of steam*, op. cit., p. 59. <<

[53] *Ymagines*, op. cit., vol. 2, p. 94; compárese también con lo que se señala en I Macabeos, 6, 43-46. Rigordo, op. cit., p. 75 afirma que, en Tiro, y prácticamente al mismo tiempo, los occidentales tomaron otra embarcación musulmana, pero este dato no aparece en ninguna otra fuente. <<

[54] *Eracles*, op. cit., 5, 27, p. 170; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 2, p. 42; Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 387; Ibn Shaddad, op. cit., p. 151. <<

[55] *Estoire*, op. cit., versos 2327-2328; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 3, p. 1. <<

[56] Devizes, op. cit., vol. 3, p. 426: «*Rex inde progrediens venit ad Accaronis obsidionem, et exceptus est ab obsidentibus cum gudio tanto, ac si esset Christus, qui revenisset in terram restituere regnum Israel. Rex Francorum praevenerat ad Accaronem, et magni habitas est ab indigenis; sed, superveniente Ricardo, ita delituit et sine nomine factus est, ut solet ad solis ortum suum luna lumen amittere*». <<

[57] *Estoire*, versos 2329-2337; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 3, p. 2; Imad al-Din, op. cit., vol. 5, p. 10; Ibn Shaddad, op. cit., p. 151. <<

[58] *Ymagines*, op. cit., vol. 2, p. 94; Newburgh, op. cit., vol. 1, p. 352.Véase también Coggeshall, vol. 1, op. cit., p. 257. <<

[59] *Eracles*, op. cit., 5, 26, p. 169. <<

[60] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 3, p. 3; *Howden 2*, op. cit., vol. 3, p. 207. <<

[61] *Estoire*, op. cit., versos 4563-4584; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 3, p. 4. <<

[62] Devizes, op. cit., vol. 3, p. 426; *Howden I*, op. cit., vol. 2, p. 171. **<<**

[63] John Gillingham, Richard I, op. cit., pp. 156-157, n. 7. **<<**

[64] Para más información acerca del linaje de los Lusiñán y de sus relaciones con los reyes angevinos, véase Sidney Painter, «The lords of Lusignan in the eleventh and twelfth centuries», *Speculum*, vol. 32, n.º 1, 1957, pp. 42-43. Ricardo también dejó bajo custodia de Guido a Isaac Ducas Comneno, el exgobernador de la isla, ahora en prisión: véase *Itinerario 2*, op. cit., vol. 2, p. 41. **<<**

[65] *Howden 2*, op. cit., vol. 3, pp. 207-208; *Estoire*, op. cit., versos 5033-5059; Devizes, op. cit., vol. 3, pp. 428-429; Ibn Shaddad, op. cit., p. 154. **<<**

[66] Rigordo, p. 74. Gervasio de Canterbury, «The historical works of Gervase of Canterbury», en *The Chronicle of the Reigns of Stephen, Henry II, and Richard I*, vol. 1, op. cit., p. 489, menciona brevemente la existencia de divisiones en el campamento. Para saber más acerca de la alianza militar que establecieron Felipe y Ricardo entre los años 1188 y 1189, véase John D. Hosler, *Henry II: A medieval soldier at war, 1147-1189*, op. cit., pp. 97-101. **<<**

[*] Gingivitis ulcerosa provocada por una infección de las encías que cursa con inflamación y sangrado. (*N. del t.*), p. 154. **<<**

[67] Para una explicación exhaustiva de las características de esta dolencia, véase Thonias Gregor Wagner y Piers D. Mitchell, «The illnesses of King Richard and King Philippe on the Thrid Crusade: An understanding of *arnaldia* and *leonardie*», *Crusades*, n.º 10, 2011, pp.

23-44, junto con los abundantes estudios médicos que contiene la obra. <<

[68] *Estoire*, op. cit., versos 4645-4686; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 3, p. 5. <<

[69] *Estoire*, op. cit., verso 4676: «*Biaus sire, Deus, com povre atente*!». Véase también *Itinerario 2*, op. cit., vol. 3, p. 5;junto con Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 387; y *Howden 2*, op. cit., vol. 3, p. 207. <<

[70] Los autores que asistieron personalmente al episodio utilizarán las enfermedades de sus respectivos reyes para ganar puntos ante ellos y lograr una buena consideración política: véase Catherine Hanley, *War and Combat, 1150-1270: The evidence from Old French literature*, Cambridge, 2003, pp. 76-79. <<

[71] *Estoire*, op. cit., versos 4687-4729; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 3, p. 6. <<

[72] Rigordo, op. cit., p. 77. <<

[73] La fecha aparece en Ibn Shaddad, op. cit., p. 152. Muchas veces se ha debatido cuál podía ser el número de piedras que las catapultas alcanzaban a disparar de ese modo. En este sentido, la referencia más famosa de la época guarda relación con el sitio de Lisboa, que tuvo lugar en octubre de 1147, cuyas crónicas sostienen que dos mangoneles lograron lanzar cinco mil piedras en un plazo de 10 horas. Véase D. W. David (ed. y trad.), *De expugnatione Lyxbonensi: The conquest of Lisbon*, reimpresión, Nueva York, 2001, pp. 142-143. Para un análisis en el que se alude con escepticismo a esta rapidísima cadencia de disparo, véase Michael S. Fulton, en «Anglo-Norman artillery in narrative histories, from the reign of William I to the minority of Henry III», *Journal of Medieval Military History*, op. cit., pp. 8-9. <<

[74] En *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 32, se narra la leyenda de que la denominación de esta atalaya se debía a que en su interior se habían acuñado en su momento las monedas de plata que se habían entregado a Judas Iscariote para recompensarle por la información que había permitido arrestar a Jesús, según se indica en Mateo, 26, 14-15. **<<**

[75] *Estoire*, op. cit., versos 4731-4802; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 3, p. 7; *Ymagines*, op. cit., vol. 2, p. 94. En total había nueve petrarias. Véase Michael S. Fulton, «Anglo-Norman artillery in narrative histories, from the reign of William I to the minority of Henry III», *Journal of Medieval Military History*, op. cit., p. 13. **<<**

[76] *Estoire*, op. cit., versos 4781-4786; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 3, p. 7. **<<**

[77] O como dice Ibn Shaddad, op. cit., p. 155, «era igual a la estatura de un hombre». **<<**

[78] Randall Rogers señala, en *Latin Siege Warfare in the Twelfth Century*, op. cit., pp. 226-227, que tiene la impresión de que el elemento que resultó dañado fue la esteva o la estructura de transporte que sostenía la palanca con la que se accionaba el mangonel, no el arma en sí. Para saber más acerca de la terminología relacionada con los operarios que manejaban la catapulta musulmana, véase Rabei G. Khamisy, «Some notes on Ayyūbid and Mamluk military terms», *Journal of Medieval Military History*, n.º 13, 2015, pp. 73-92. **<<**

[79] *Estoire*, op. cit., versos 3516-3555; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 47: «*Quis haec intelligens non pensaret magna opera Domini, cujus pro Se certantibus semper praesto est clementia*?». **<<**

[*] Es decir, a unos tres metros aproximadamente. (*N. del t.*). **<<**

[80] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 3, p. 7; Ibn Shaddad, op. cit., pp. 151-152; Devizes, op. cit., vol. 3, p. 427. Las catapultas elevadas no eran cosa común en Occidente, pero tampoco puede decirse que se desconocieran. En 1141, Godofredo Talbot instaló una *ballista* en el campanario de la catedral de Hereford: véase *Gesta Stephani*, ed. y trad. de K. R. Potter, Oxford, 1976, vol. 1, p. 53. **<<**

[81] Ibn Shaddad, op. cit., pp. 152-153. **<<**

[82] Ibn Shaddad, op. cit., pp. 153-154. **<<**

[83] *Howden 1*, op. cit., vol. 2, p. 172. **<<**

[84] Ibn Shaddad, op. cit., pp. 154-155 y 160. **<<**

[85] Ibn Shaddad, op. cit., p. 156. **<<**

[86] *Eracles*, op. cit., 5, 29, p. 171; Ibn Shaddad, op. cit., p. 153. **<<**

[87] *Estoire*, op. cit., versos 4803-4832; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 3, p. 8. Si Felipe se hallaba efectivamente dentro de la *cercelia*, la afirmación de Ibn Shaddad, op. cit., p. 153 —en la que sostiene que el monarca había resultado herido—, adquiere pleno sentido. **<<**

[88] Ibn Shaddad, op. cit., p. 157. **<<**

[89] *Estoire*, op. cit., versos 4835-4860; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 3, p. 9; Ibn Shaddad, op. cit., pp. 156-157. Ricardo de Templo comete un error al identificar al cabecilla musulmán de esta acción, ya que señala que se trataba de Taqi al-Din, desconociendo que había muerto en abril. **<<**

[90] *Estoire*, op. cit., versos 4861-4902; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 3, p. 11; *Howden 2*, op. cit., vol. 3, p. 211;

Devizes, op. cit., vol. 3, p. 427; Rigordo, op. cit., p. 81; Ibn Shaddad, op. cit., p. 158. **<<**

[91] *Eracles*, op. cit., 5,31, p. 173; Devizes, op. cit., vol. 3, p. 427; Rigordo, op. cit., p. 81; Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 388; Ibn Shaddad, op. cit., p. 158. **<<**

[92] *Eracles*, op. cit., 5, 31, p. 173; Ibn Shaddad, op. cit., p. 158. **<<**

[93] Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 388. **<<**

[94] *Howden 2*, op. cit., vol. 3, p. 211. Actualmente, la obra de referencia estándar para el estudio de la Segunda Cruzada es la de Jonathan Phillips, *The Second Crusade: Extending the frontiers of Christendom*, New Haven, 2007: para la situación surgida inmediatamente después de aquella guerra, véanse en particular las páginas 269-270. Para las posteriores pérdidas territoriales, véanse los capítulos 9 a 11 del libro de Malcolm Barber titulado *The Crusader States*, New Haven, 2012. **<<**

[95] Devizes, op. cit., vol. 3, p. 427; *Eracles*, op. cit., 5, 30, p. 172. **<<**

[96] Ibn Shaddad, op. cit., p. 159. **<<**

[97] Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 388; Ibn Shaddad, op. cit., p. 159. **<<**

[98] *Eracles*, op. cit., 5, 30, p. 172. **<<**

[99] Ibn Shaddad, op. cit., p. 159. **<<**

[100] *Howden 2*, op. cit., vol. 3, pp. 208-209. **<<**

[101] Ibn Shaddad, op. cit., p. 159; Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 388. **<<**

[102] Ibn Shaddad, op. cit., p. 159; *Howden 2*, op. cit., vol. 3, p. 212. Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 388, culpa más bien del fiasco a los miembros de la guarnición, ya que habían dedicado buena parte de la jornada a empa-

quetar sus bienes y eso había retrasado consideradamente la salida estratégica. Lo cierto es que había delatores en ambos bandos. *Howden 2*, op. cit., vol. 3, p. 209, habla de un confidente cristiano que vivía en Acre y que enviaba periódicamente mensajes en hebreo, griego y latín al campamento cruzado. Nunca desveló su identidad, ni siquiera después de concluido el asedio. **<<**

[103] Ibn Shaddad, op. cit., pp. 159-160; Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 388-389. **<<**

[104] *Howden 2*, op. cit., vol. 3, pp. 213-214. **<<**

[105] *Howden 2*, op. cit., vol. 3, p. 119. **<<**

[106] *Howden 2*, op. cit., vol. 3, p. 212; Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 387-388. **<<**

[107] *Estoire*, op. cit., versos 4921-4959; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 3, p. 14. **<<**

[108] *Estoire*, op. cit., versos 4960-4981: «*La n'aveit niestier armeüre, / Tant fust tenaz, fort ne seüre — / Dobles porpoinz, dobles haubercs — / Ne tenouent ne c'uns drap pers / Les quarels d'arb[a]leste a tur / Car trop erent de fort atur*». **<<**

[109] *Howden* 2, op. cit., vol. 3, pp. 213-214; *Estoire*, op. cit., versos 4982-5032; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 3, p. 14. **<<**

[1] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 3, p. 13. <<

[2] Se trata, de hecho, de «uno de los más dilatados que se hayan registrado nunca»: véase Philippe Contamine, *War in the Middle Ages*, traducción de M. Jones, Oxford, 1984, p. 101 (hay traducción castellana: *La guerra en la edad media*, Editorial Labor, Barcelona, 1984). <<

[3] Andrew S. Ehrenkreutz, *Saladin*, Albany, 1972, pp. 213-214. <<

[4] *Estoire*, op. cit., versos 5192-5213; Imad al-Din, op. cit., vol. 5, p. 28; Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 389; *Howden 2*, op. cit., vol. 3, p. 214. <<

[5] *Eracles*, op. cit., 5, 31, p. 173. <<

[6] Los términos de esta parte del acuerdo aparecen expuestos en Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 389; así como en Ibn Shaddad, op. cit., p. 161; *Howden 2*, op. cit., vol. 3, p. 214; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 3, p. 17; Kigordo, op. cit., p. 81; e *Ymagines*, op. cit., vol. 2, p. 94. El texto de *Estoire*, op. cit., versos 5192-5213, solo corrobora una cifra muy inferior, de dos mil besantes. Parece claro que los reyes utilizaron a los prisioneros para garantizarse la rendición de la ciudad —procediendo en este sentido tal y como había tratado de hacer el propio Saladino, pocos años antes, en el caso de Tiro—: véase Yvonne Friedman, *Encounter between Enemies: Captivity and ransom in the Latin Kingdom of Jerusalem*, Leiden, 2002, p. 90. <<

[7] *Estoire*, op. cit., versos 5222-5227. *Ymagines*, op. cit., vol. 2, p. 94, coincide con el autor de la *Estoire*. Gervasio de Canterbury, «The historical works of Gervase of Canterbury», en *The Chronicle of the Reigns of Stephen, Henry II, and Richard I*, vol. 1, op. cit., p. 490,

no da ninguna fecha, y el *Eracles*, op. cit., 5, 31, p. 174, habla del día 11. **<<**

[8] Ibn Shaddad, op. cit., p. 163; Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 389; *Howden 2*, op. cit., vol. 3, p. 214; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 3, p. 18. **<<**

[9] Desde luego, esa es justamente la impresión que se obtiene de la lectura de *Itinerario 2*, op. cit., vol. 3, p. 16. **<<**

[10] Rigordo, op. cit., p. 81; *Eracles*, op. cit., 6, 1, p. 175; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 3, p. 18; Ibn Shaddad, op. cit., p. 161. **<<**

[11] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 3, p. 18. **<<**

[12] Rigordo, op. cit., p. 81; Devizes, op. cit., vol. 3, pp. 427-428. **<<**

[13] *Howden 2*, op. cit., vol. 3, p. 215; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 3, p. 18. Estos fiduciarios fueron Hugo de Gournay (por Ricardo) y Drogo de Merlo (por Felipe). **<<**

[14] David Jacoby, «Crusader Acre in the thirteenth century: Urban layout and topography», *Studi medievali*, op. cit., pp. 36-39. **<<**

[15] Adrian Boas, *Archaeology of the Military Orders. A survey of the urban centres, rural settlements and castles of the military orders in the Latin East (c. 1120-1291)*, Londres, 2006, pp. 222-223. En el barrio de los hospitalarios se han efectuado amplias excavaciones arqueológicas: véase Adrian Boas, *Crusader Archaeology: The material culture of the Latin East*, op. cit., pp. 37-41. Junto con los resúmenes de los trabajos realizados, que aparecen recogidos tanto en Eliezer Stern y Hanaa Abu-Uqsa, «New archaeological discoveries from crusader period Acre», como en Yale Fuhrmann-Na'aman,

«Conservation of the Knights Hospitaller compound», ambos en *One Thousand Nights and Days: Akko through the ages*, A. E. Killebrew y V. Raz-Romeo (comps.), Haifa, 2010, pp. 40-48 y pp. 60-65, respectivamente. **<<**

[16] Joshua Prawer, *Crusader Institutions*, Oxford, 1980, p. 236. **<<**

[17] David Jacoby, «Crusader Acre in the thirteenth century: Urban layout and topography», *Studi medievali*, op. cit., p. 24. Para saber más acerca de todos estos barrios, véase, del mismo autor, «*Les communes italiennes et les Ordres militaires à Acre: aspects juridiques, territoriaux et militaires (1104-1187, 1191-1291)*», en *État et colonisation au Moyen Age*, Michel Balard (comp.), Lyon, 1989, pp. 193-214. **<<**

[18] Alex Kesten, *Acre: The old city, survey and planning*, pp. 18-19 y 26-27. Para más información sobre las iglesias de la zona nororiental, así como sobre las existentes en otros puntos de la ciudad, véase Denys Pringle, *The Churches of the Crusader Kingdom of Jerusalem: A Corpus*, vol IV: *The Cities of Acre and Tyre with Addenda and Corrigenda to Volumes I-III*, Cambridge, 2009. **<<**

[19] *Eracles*, op. cit., 6, 1, p. 175. **<<**

[20] Itinerario 1, op. cit., vol. 43, p. 6. Para más información acerca de la destrucción de los inmuebles, véase *Ymagines*, op. cit., vol. 2, p. 95; junto con *Howden 2*, op. cit., vol. 3, p. 215. Entre dichos prelados se encontraban fundamentalmente los obispos de Verona, Tours, Pisa, Aire, Salisbury, Evreux, Bayona, Trípoli, Chartres y Beauvais. **<<**

[21] De hecho, a principios del siglo XII los italianos ya contaban con extensas propiedades en la zona. Para un resumen de sus características, véase Adrian Boas, *Crusader Archaeology: The material culture of the Latin East*, op. cit., p. 36. **<<**

[*] En contextos medievales, por «libertad» ha de entenderse un determinado tipo de unidad territorial. Se trata de zonas de muy diversa extensión, generalmente distintas a los cientos y los burgos. De superficie frecuentemente inferior a la de una parroquia, tenían la peculiaridad de ser espacios en donde los derechos de propiedad regia se transferían a manos privadas, quedando en manos de un pequeño feudatario. (*N. del t.*). **<<**

[**] En el sentido de tribunal de justicia. (*N. del t.*). **<<**

[22] *RRRH (Revised regesta regni Hierosolymitani Database*), n.º 1271. Para saber más acerca de esta carta de prerrogativas, véase Jane Sayers, «English charters from the Thrid Crusade», en *Tradition and Change: Essays in honour of Marjorie Chibnall, presented by her friends on the occasion of her seventieth birthday*, D. Greenway, C. Holdsworth, yj. Sayers (comps.), Cambridge, 1985, pp. 199-214 [y en general las páginas 195 a 214]. **<<**

[23] *RRRH*, n.º 1311 y 1316. *Howden 2*, op. cit., vol. 3, p. 215, alude a estos otorgamientos. **<<**

[24] *RRRH*, n.º 1280 y 1320. Los genoveses habían instituido un lucrativo comercio con Siria, y después del año 1191 los intercambios se acrecentaron todavía más: véase en general Eugene H. Byrne, «Genoese trade with Syria in the twelfth century», American Historical Review, vol. 25, n.º 2, 1920, pp. 191-219. **<<**

[25] *RRRH*, n.º 1314 y 1315. **<<**

[26] *RRRH*, n.º 1276. **<<**

[27] *RRRH*, n.º 1272 (pisanos) y 1277 (genoveses). **<<**

[28] *RRRH*, n.º 1279. En 1248, la comunidad de Marsella en Acre compró varias cartas falsificadas con el objetivo de reforzar la reivindicación de sus derechos en la plaza: véase David Jacoby, «Crusader Acre in the thirteenth century: Urban layout and topography», *Studi medievali*, op. cit., pp. 22-23. **<<**

[29] *RRRH*, n.º 1285. *Eracles*, op. cit., 5,3, p. 141. En 1190, los hombres de Bremen, Hamburgo y la región báltica habían construido en el campamento cruzado un hospital de campaña a base tablas y maderos: véase Piers D. Mitchell, *Medicine in the Crusades: Warfare, wounds and the medieval surgeon*, op. cit., pp. 59-60 y 90 (para saber más sobre las instalaciones que los hospitalarios tenían en Acre, véase la página 80). Respecto a las propiedades de las órdenes en la ciudad, véase David Jacoby, «*Les communes italiennes et les Ordres militaires à Acre: aspects juridiques, territoriaux et militaires (1104-1187, 1191-1291)*», en *État et colonisation au Moyen Age*, op. cit., pp. 193-214; junto con Jonathan Riley-Smith, «The Knights of St. John in Jerusalem and Cyprus, c. 1050-1310», en *A History of the Hospital of St. John of Jerusalem*, L. Butler (comp.), vol. 1, Nueva York, 1967. Para una información de carácter general, véase David Matzliach, «The medical legacy of the Knights of St John and the Crusader Hospitals of Jerusalem and Acre», tesis de maestría, Universidad de Manchester, 2012. **<<**

[30] David Jacoby, «Crusader Acre in the thirteenth century: Urban layout and topography», *Studi medievali*, op. cit., p. 19. **<<**

[31] *Howden 2*, op. cit., vol. 3, p. 123: «*paupertate coacti ab eis*». **<<**

[32] Devizes, op. cit., vol. 3, p. 428; Rigordo, op. cit., p. 82; Gervasio de Canterbury, «The historical works of Gervase of Canterbury», en *The Chronicle of the Reigns of Stephen, Henry II, and Richard I*, vol. 1, op. cit., p. 514; Otón de Saint Blasien, 36, 54, op. cit., pp. 29-30. Para más información sobre el significado de este lance, véase John Gillingham, Richard I, op. cit., pp. 162-164. No hay duda de que el caso contribuiría más tarde al grave aprieto en que se vio Ricardo, ya que, tras naufragar cerca de Venecia a su regreso de Tierra Santa, se vio obligado a continuar viaje por la peligrosa ruta terrestre centroeuropea, lo que determinaría que los hombres de Leopoldo le apresaran a su paso por Viena. **<<**

[33] *Estoire*, op. cit., versos 5238-5265. **<<**

[34] Rigordo, op. cit., p. 77; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 3, p. 21. No obstante, Ricardo de Templo va más allá del dudoso elogio que Ambroise dedica a los fallidos intentos que Felipe había efectuado hasta entonces, así que no duda en elogiar al rey, aunque con la precisión de que debería haberse quedado en Oriente, puesto que es mucho lo que se ha de exigir a quien tanto ha recibido (compárese con lo que se señala en Lucas, 12, 48). **<<**

[35] Ansberto, 100, op. cit., pp. 1-5; Newburgh, op. cit., vol. 1, p. 357; *Howden 2*, op. cit., vol. 3, p. 205. Gilberto de Mons, que es la fuente narrativa más estrechamente vinculada con la situación que reinaba en el Flandes de la época, respalda este parecer: véase la *Chronicle of Hainaut*, op. cit., p. 140. **<<**

[36] Jeffrey L. Singman, *Robin Hood: The shaping of the legend*, Westport, 1998, p. 131. **<<**

[37] Rigordo, op. cit., p. 81. <<

[38] *Howden 2*, op. cit., vol. 3, p. 216; *Ymagines*, op. cit., vol. 2, p. 95. <<

[39] Para saber más acerca del juramento de Haroldo, véase George Garnett, *Conquered England: Kingship, succession and tenure, 1066-1166*, Oxford, 2007, pp. 7-9. <<

[40] Para más información sobre los fines a los que dedicó Ricardo los arqueros, véase Matthew Strickland y Robert Hardy, *The Great Warbow: From Hastings to the Mary Rose*, Stroud, 2005, pp. 104-109. <<

[41] *Estoire*, op. cit., versos 5266-5297; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, pp. 21-22; *Howden 1*, op. cit., vol. 2, pp. 183 y 186; *Howden 2*, op. cit., vol. 3, p. 125; Devizes, op. cit., vol. 3, pp. 429-430. Entre los nobles que continuaron en Acre figuran Hugo de Borgoña y Enrique de Champaña. Rigordo, op. cit., p. 81, afirma que Felipe se llevó consigo otros tres barcos, preparados para su viaje por el genovés Rufo de Volta. En la Tercera Cruzada perecieron cientos de aristócratas franceses. Así lo explica John W. Baldwin en *The Government of Philip Angustus: Foundations of French royal power in the middle ages*, op. cit., p. 80: «el propio rey logró salir con vida, pero había dejado a los principales barones de la generación de su padre sepultados en las arenas sirias». <<

[42] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 3, p. 18; Devizes, op. cit., vol. 3, pp. 427-428; *Anónimo 1*, op. cit., vol. 3, p. cxxxv, versos 865-868; Ibn Shaddad, op. cit., p. 161. John Pryor ofrece un pulcro y bien ordenado resumen de la reacción musulmana en «*A medieval siege of Troy: The fight to the death at Acre, 1189-1191 or the tears of Salāh al-Dīn*», op. cit., p. 98. <<

[43] Norman Housley, *Contesting the Crusades*, Oxford, 20 061 p. 64; *Howden 2*, op. cit., vol. 3, pp. 214-215. <<

[44] Ibn Shaddad, op. cit., pp. 161 (compárese también con lo que se señala en el Corán, 2, 156) y 165. <<

[45] Ibn Shaddad, op. cit., p. 162. <<

[46] *Howden 2*, op. cit., vol. 3, p. 215. <<

[47] Ibn Shaddad, op. cit., pp. 162-163. <<

[48] *Estoire*, op. cit., versos 5098-5191. <<

[49] Ibn Shaddad, op. cit., p. 161. <<

[50] Andrew S. Ehrenkreutz, «The place of Saladin in the naval history of the Mediterranean Sea in the middle ages», *Journal of the American Oriental Society*, vol. 75, n.º 2, op. cit., pp. 111 y 115. <<

[51] Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 389; Ibn Shaddad, op. cit., p. 109; Hamilton A. R. Gibb, *Studies on the Civilization of Islam*, op. cit., p. 104. <<

[52] Yaacov Lev, *Saladin in Egypt*, op. cit., pp. 132-133. <<

[53] Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 389; Ibn Shaddad, op. cit., p. 162. <<

[54] Imad al-Din, op. cit., vol. 5, p. 32. En *The Crusades through Arab Eyes*, op. cit., p. 210, Amin Maalouf resume todos estos detalles en un pasaje en el que muestra una completa empatía. <<

[55] *Estoire*, op. cit., versos 5351-5361 y 5480-5506; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 4, p. 2; *Eracles*, op. cit., 6,2, p. 177; Rigordo, op. cit., p. 82; Devizes, op. cit., vol. 3, p. 428. <<

[56] Ibn Shaddad, op. cit., p. 163. <<

[57] *Estoire*, op. cit., versos 5386-5405. <<

[58] *Estoire*, op. cit., versos 5488-5489: «*Quant cels qu[ë] a la mort livra / Ne rainst ne ne delivera*». <<

[59] Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 390; Ibn Shaddad, op. cit., p. 163. <<

[60] Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 389; Ibn Shaddad, op. cit., p. 163. <<

[61] Ibn Shaddad, op. cit., p. 163. <<

[62] *Eracles*, op. cit., 6, 2, p. 177. <<

[63] Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 389. <<

[64] Ibn Shaddad, op. cit., p. 163. <<

[65] *Howden 1*, op. cit., vol. 2, pp. 187 y 188-189. <<

[66] Thomas Asbridge ha examinado algunas de las posibles razones de esta falta de entendimiento, y entre ellas se cuentan las sensibilidades culturales y la preocupación por la seguridad de los líderes mismos: véase su trabajo titulado «Talking to the enemy: The role and purpose of negotiations between Saladin and Richard the Lionheart during the Third Crusade», *Journal of Medieval History*, vol. 39, n.º 3, 2013, pp. 278-279. Para saber más sobre toda esta cuestión en general, véase Michael A. Köhler, *Alliatices and Treaties between Frankish and Muslim Rulers in the Middle East: Cross-cultural diplomacy in the period of the crusades*, K. Hirschler (comp.), traducción inglesa de P. M. Holt, Leiden, 2013, pp. 246-266. <<

[67] Yvonne Friedman, *Encounter between Enemies: Captivity and ransom in the Latin Kingdom of Jerusalem*, op. cit., p. 91. <<

[68] Rigordo, op. cit., p. 82. <<

[69] Yaacov Lev, «Prisoners of war during the Fatimid-Ayyubid wars with the crusaders», en *Tolerance and In-*

tolerance: Social conflict in the age of the crusades, M. Gervers y J. M. Powell (comps.), Syracuse, 2001, pp. 23-24. <<

[70] *Howden 2*, op. cit., vol. 3, pp. 212-213 y 215; una semana más tarde se produciría una negociación similar, y es probable que una de ellas tuviera lugar durante la reunión que describe Ibn Shaddad, op. cit., pp. 160-161. <<

[71] *Estoire*, op. cit., versos 5506-5535; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 4, p. 4; *Eracles*, op. cit., 6, 3, pp. 177-178; Imad al-Din, op. cit., vol. 5, pp. 32-33; Ibn Shaddad, op. cit., p. 165; Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 390; Rigordo, op. cit., p. 82; Devizes, op. cit., vol. 3, p. 428; *Ymagines*, op. cit., vol. 2, p. 94; *Howden 2*, op. cit., vol. 3, p. 219; *Anónimo 1*, op. cit., vol. 3, p. cxxxv, versos 861-864. Se dijo que un clérigo formado como médico, que respondía por Raúl Besace, y que había sido enviado por Ricardo con el fin de continuar las negociaciones relativas a la suerte de la élite cristiana, pudo presenciar personalmente el acto de represalia del sultán: véase Piers D. Mitchell, *Medicine in the Crusades: Warfare, wounds and the medieval surgeon*, op. cit., p. 23. <<

[72] Imad al-Din, op. cit., vol. 5, p. 31. <<

[73] Véase «War crimes», Rome Statute of the International Criminal Court, https://www.icc-cpi.int/resource-library/Documents/RS-Eng.pdf; última consulta efectuada el 28 de octubre de 2016, 2, 8, 11-12. <<

[74] Steven Runciman, *A History of the Crusades*, vol. III: *The Kingdom of Acre and the Later Crusades*, reimpresión, Cambridge, 1999, pp. 53-54; Jonathan Riley-Smith, *The Crusades: A short history*, New Haven, 1987, p. 116; Malcolm Cameron Lyons y David Edward

Pritchett Jackson, *Saladin: The politics of the holy war*, op. cit., p. 333; Christopher Tyerman, *God's War: A new history of the crusades*, op. cit., p. 456; Hans Eberhard Mayer, *The Crusades*, op. cit., p. 146; John Gillingham, Richard I, op. cit., pp. 169-171. <<

[75] «Robin Hood, 2010», Internet Movie Database http://www.imdb.com/title/tt0955308/quotes?ref_=ttpl_-ql_trv_4/, última consulta efectuada el 22 de octubre de 2016. El texto contiene algunas correcciones efectuadas por el autor. <<

[76] Para una visión de conjunto en la que se expone el punto de vista que tienen actualmente de las ejecuciones los autores cristianos y musulmanes, véase John Gillingham, *Richard I*, op. cit., pp. 168-171. <<

[77] Entre esos argumentos figuran un relato en el que se hace intervenir a un ángel y se asegura que fue él quien ordenó al rey ejecutar a los prisioneros, y otro que habla de una supuesta velada en la que los cocineros de Ricardo incluyeron en el menú de la cena las cercenadas cabezas de unos musulmanes: véase Bradford B. Broughton, *The Legends of King Richard I Coeur de Lion: A study of sources and variations to the year 1600*, op. cit., pp. 56-57 y 104. <<

[78] Devizes, op. cit., vol. 3, p. 428; *Ymagines*, op. cit., vol. 2, p. 94; Ibn Shaddad, op. cit., pp. 164; *Anónimo 1*, op. cit., vol. 3, p. cxxxv, verso 858. <<

[79] Rigordo, op. cit., p. 82. <<

[80] *Estoire*, op. cit., versos 5506-5512; Ibn Shaddad, op. cit., p. 165. <<

[81] Rigordo, op. cit., p. 82; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 4, p. 4. <<

[82] *Eracles*, op. cit., 6, 3, p. 178; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 4, p. 4; *Estoire*, op. cit., verso 5529; *Ymagines*, op. cit., vol. 2, p. 94; *Anónimo 1*, op. cit., vol. 3, p. cxxxvi, versos 889-892; Ibn Shaddad, op. cit., p. 165. Para saber más acerca de todo el asunto en general, véase Susanna A. Throop, *Crusading as an Act of Vengeance, 1095-1216*, Farnham, 2011, aunque, por desgracia, la autora no aborda la conducta de Ricardo en Acre. **<<**

[83] *Howden 1*, op. cit., vol. 2, p. 189; *Howden 2*, op. cit., vol. 3, pp. 127-128; John Gillingham, *Richard I*, op. cit., p. 167. **<<**

[84] John Gillingham, «Historians without hindsight: Coggeshall, Diceto and Howden on the early years of John's reign», en *King John: New interpretations*, S. D. Church (comp.), Woodbridge, 1999, pp. 16-17. **<<**

[85] *Howden 2*, op. cit., vol. 3, p. 131: «*Ubi non multo temporis tractu elapso, reddita est domino regi Francorum et nobis civita Accon, salva vita Sarracenorum qui ad eam custodiendam et defendendam intus missi fuerant; pactione etiam ex parte Saladini plenius firmata, quod nobis Crucem Sanctam et mille et quingentos captivos vivos resignaret, diemque ad haec omnia persolvenda nobis constituit. Sed eodem termino exspirato, et pactione quam pepigerat penitus infirmata, de Sarracenis, quos in custodia habuimus, circa duo millia et sexcentos, sicut decuit, fecimus, exspirare; paucis tamen de nobilioribus retentis, pro quibus Sanctum Crucem et quosdam captivos Christianos sperabamus recuperaturos*». **<<**

[86] Amin Maalouf, *The Crusades through Arab Eyes*, op. cit., p. 209 [p. 160 de la traducción castellana: véase p. 70, n. 90]. Las investigaciones de Maalouf se basan

casi exclusivamente en un conjunto de fuentes primarias árabes, y en ningún momento se mencionan las obras de Rogelio de Hoveden o la existencia del autor mismo. <<

[87] *Eracles*, op. cit., 5, 31, p. 173. <<

[88] Véase, en general, David Wyatt, *Slaves and Warriors in Medieval Britain and Ireland, 800-1200*, Leiden, 2009, obra que, según explica su propio título, no se ocupa de las normas que regían en Oriente. Véase también John Gillingham, «The treatment of the defeated, c. 950-1350: Historiography and the State of research», en *La conducción de la guerra en la Edad Media: Historiografía (Acta del Symposium Internacional celebrado en Cáceres, noviembre 2008)*, Manuel Rojas (comp.), Cáceres, en preparación. Los principales tratados jurídicos vinculados con el reino de Jerusalén son posteriores a la Tercera Cruzada, ya que fueron redactados en el último tercio del siglo XIII. Para saber más acerca de las dificultades a que puede dar lugar este estado de cosas, véase Adam M. Bishop, «Usāma ibn Munqidh and crusader law in the twelfth century», *Crusades*, n.º 12, 2013, pp. 53-65. <<

[89] Ibn Shaddad, op. cit., pp. 152-153 y 155-156. <<

[90] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 3, p. 17: «*ne forte jure belli incomprehensi haberentur exterminio, et probrosae mortis ludibrio; unde lex Mahumetica ab antecessoribus diligenter observata, quantum in eo esset, cassaretur*». <<

[91] David Cook, *Understanding Jihad*, op. cit., pp. 61-62. Richard A. Gabriel, *Muhammad: Islam's first great general*, Norman, 2007, p. 101. Para una visión de conjunto de los planteamientos con los que se justifica la matanza de seres humanos, tanto en el bando musulmán

como en el no musulmán, véase Khaled Abou El Fadl, «The rule of killing at war: An inquiry into the classical sources», *Muslim World*, n.º 89, 1999, pp. 144-157. **<<**

[92] Malcolm Cameron Lyons y David Edward Pritchett Jackson, *Saladin: The politics of the holy war*, op. cit., p. 187; Yaacov Lev, «Prisoners of war during the Fatimid-Ayyubid wars with the crusaders», en *Tolerance and Intolerance: Social conflict in the age of the crusades*, op. cit., pp. 12-14. **<<**

[93] Para una crítica del film a esta luz, véase Jonathan Riley-Smith, «Truth is the first victim», The Times, 5 de mayo de 2005. **<<**

[94] Al-Qadi al-Fadil promulgó diversos decretos destinados a dar instrucciones a los subordinados del ayubí, y también escribió cartas al sultán mismo (y muchos de esos textos se han conservado en las obras de Imad al-Din y Abu Shama). Véase M. Hilmy M. Ahmad, «Some notes on Arabic historiography during the Zengid and Ayyubid periods (521/1127-648/1250)», en *Historians of the Middle East*, B. Lewis (comp.), Londres, 1962, pp. 85-86; junto con Hamilton A. R. Gibb, *Studies on the Civilization of Islam*, op. cit., pp. 93-94. Para mayor información sobre los peregrinos y el niño devuelto a su madre, véase Ibn Shaddad, op. cit., pp. 144-145 y 147-148. Para un resumen del constructo que presenta a Saladino como a un perfecto caballero, véase John France, *Great Battles: Hattin*, op. cit., pp. 132-133 y 140-142; para una interpretación de carácter empático, véase Hans Möhring, *Saladin: The sultan and his times, 1138-1193*, traducción de D. S. Bachrach, Baltimore, 2008, pp. 92-99. Carde Hillenbrand, en «The evolution of the Saladin legend in the west», en *Regards croisés sur le Moyen Âge arabe: Mélanges à la mémoire*

de Louis Pouzet s. j. (1928-2002), A.-M. Eddé y E. Gannagé (comps.), Beirut, 2005, pp. 497-512, ofrece una visión de conjunto. Para una revisión de la memoria histórica que predomina en el mundo árabe, véase Diana Abouali, «Saladin's legacy in the Middle East before the nineteenth century», *Crusades*, n.º 10,2011, pp. 175-189. Hay autores que también han examinado el grado de tolerancia que realmente mostró Saladino en el plano intelectual: véase Fozia Bora, «Did Salah al-Din destroy the Fatimids' books? An historiographical inquiry», *Journal of the Royal Asiatic Society*, n.º 24, 2014, pp. 1-19. Para saber más acerca de la observación de al-Fadil, véase Imad al-Din, «Les livres des deux jardins: histoire des deux règnes, celui de Nour Ed-Dìn et celui de Salah Ed Dìn», en *Recueil des historiens des croisades, historiens Orientaux*, vol. 4, París, 1898, p. 439. **<<**

[95] John France, *Great Battles: Hattin*, op. cit., pp. 111 y 103-104. Para más información sobre las diversas ejecuciones de prisioneros que ordenó Saladino a lo largo de su reinado, véase Yves Gravelle, «Le problème des prisonniers de guerre pendant les croisades orientales, 1095-1192», tesis de maestría, Universidad de Sherbrooke, 1999, pp. 34-39. **<<**

[96] Andrew S. Ehrenkreutz, Saladin, op. cit., pp. 202-203; David Cook, *Understanding Jihad*, op. cit., p. 45; Francesco Gabrieli (ed. y trad.), *Arab Historians of the Crusades: Selected and translated from the Arabic sources*, op. cit., p. 138. Para saber más acerca de las vinculaciones entre el sufismo, Saladino y los asuntos militares de la época, véase J. Spencer Cunningham, *The Sufi Orders in Islam*, reimpresión, Oxford, 1998, pp. 8-9 y 240-241. **<<**

[96a] Se traca, como se sabe, de la célebre «Bloody Mary», literalmente «María la Sanguinaria». (N. del t). **<<**

[97] Eamon Duffy, *Fires of Faith: Catholic England under Mary Tudor*, New Haven, 2009, p. 82. **<<**

[98] Yvonne Friedman, *Encounter between Enemies: Captivity and ransom in the Latin Kingdom of Jerusalem*, op. cit., p. 90; *Estoire*, op. cit., versos 5533-5534: «*E dont furent li cop vengié / De quarrels d'arb[a]laste a tor*». **<<**

[99] Para ahondar en el particular, véase John Gillingham, «Crusading warfare, chivalry, and the enslavement of women and children», en *The Medieval Way of War: Studies in medieval military history in honor of Bernard S. Bachrach*, Gregory I. Halfond (comp.), Aldershot, 2015, pp. 140-141. Benjamin Z. Kedar es autor del mejor análisis de las crónicas de estos sucesos de Jerusalén, y sus trabajos revelan que no se produjo una sola masacre, sino que hubo dos, o quizá tres, baños de sangre independientes: véase «*The Jerusalem massacre of July 1099 in the western historiography of the crusades*», *Crusades*, n.º 3, 2004, pp. 15-75. Para saber más acerca de la relación maquillada de la masacre de Jerusalén, véase Thomas F. Madden, «Rivers of blood: An analysis of one aspect of the crusader conquest of Jerusalem in 1099», *Revista Chilena de Estudios Medievales*, n.º 1,2012, pp. 25-37. **<<**

[100] Devizes, en op. cit., vol. 3, p. 428, sostiene que al-Mashtub fue uno de los que consiguió salvarse de ese modo. Véase también Alan Forey, «The military orders and the ransoming of captives from Islam (twelfth to early fourteenth centuries)», *Studia Monastica*, n.º 33, 1991, pp. 259-279. **<<**

[101] Yaacov Lev, «Prisoners of war during the Fatimid-Ayyubid wars with the crusaders», en *Tolerance and Intolerance: Social conflict in the age of the crusades*, op. cit., p. 16. Para más información acerca del levantamiento de 1174, véase John D. Hosler, «Chivalric carnage? Fighting, capturing, and killing the enemy at the battles of Dol and Fornham in 1173», en *Prowess, Piety and Public Order in Medieval Society: Studies in honor of Richard W. Kaeuper*, C. M. Nakashian y D. P. Franke (comps.), Leiden, 2017, pp. 36-61. Dicho esto, las normas que seguían los cruzados para rescatar a sus propios prisioneros estaban muy poco desarrolladas todavía —y esta es una afirmación que vale también para un período tan avanzado como el de la Tercera Cruzada—: véase Yvonne Friedman, «The ransom of captives in the Latin Kingdom of Jerusalem», en *Autour de la Première Croisade: Actes du Colloque de la Society for the Study of the Crusades and the Latin East*, Michel Balard (comp.), París, 1996, pp. 177-189. La cuestión del rescate distingue este hecho de otro episodio de naturaleza igualmente infame: el de la ejecución, por parte de Enrique V de Inglaterra, de los rehenes franceses que mantenía en su poder tras haber sido capturados en la batalla de Azincourt, en 1415. En esa ocasión, ambos bandos abrigaban la esperanza de poder rescatar a sus respectivos presos, mientras que en Acre tanto Saladino como Ricardo llegaron a la conclusión de que no se podía seguir alimentando esa expectativa. Véase Anne Curry, *Agincourt: A new history*, Stroud, 2005, p. 249. **<<**

[102] Un ejemplo de esta falta de equiparación de las pulsiones religiosas que animaban a Saladino y a Ricardo puede verse en Philip Warner, *Sieges of the Middle Ages*, Nueva York, 1994, pp. 121-122. **<<**

[103] Ibn Shaddad, op. cit., p. 165. <<

[104] *Estoire*, op. cit., versos 5670-5679: «*La gent esteit trop peresçose, / Car la vite iert deli[ci]ose / De bous vins e de damiseles, / Dont il i aveit mult beles. / Les vins e les femmes hantouent, / E floement se delitouent, / Qu'en la vile aveit tant laidure / E [tant] pechié e tant luxure / Que li prodome honte aveient / De ço que li autre home faiseient*». <<

[105] *Howden 1*, op. cit., vol. 2, p. 188; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 4. p. 7. <<

[106] *Eracles*, op. cit., 6,7, pp. 182-183; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 4, p. 5; *Estoire*, op. cit., versos 5690-5691: «*Qui laveient chiefs e dras linges / E d'espucer valeient singes*». <<

[107] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 4, p. 8. Desconocemos la identidad del conde: véase M. Ailes y Malcolm Barber (ed. y trad. de), *The History of the Holy War: Ambroise's Estoire de la Guerre Sainte*, op. cit., pp. 109-1 10, n. 383. <<

[108] *Estoire*, op. cit., versos 5680-5713; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 4, pp. 9-10; Ibn al-Athir, op. cit., vol. 2, p. 390. <<

[*] También de Arsüf. (*N. del t.*). <<

[109] Para dos recientes estudios de este acontecimiento, véase Benjamin Z. Kedar, «King Richards plan for the battle of Arsüf/Arsur, 1191», en *The Medieval Way of War: Studies in medieval military history in honor of Bernard S. Bachrach*, op. cit., pp. 117-132; junto con Michael Ehrlich, «The Battle of Arsur: A short-lived victory», *Journal of Medieval Military History*, n.º 12, 2014, pp. 109-118. <<

[110] Para saber más acerca del magnicidio, véase Yuval Noah Harari, *Special Operations in the Age of Chivalry, 1100-1550*, Woodbridge, 2007, pp. 102-104. **<<**

[111] Véase David Jacoby, «Society, culture and the arts in crusader Acre»; junto con Jaroslav Folda, «Before Louis IX: Aspects of crusader art at St. Jean d'Acre, 1191-1244», en *France and the Holy Land: Frankish culture at the end of the crusades*, D. H. Weiss y L. Mahoney (comps.), Baltimore, 2004, pp. 98-106, y 139, respectivamente. Véase también, en general, David Jacoby, «Aspects of everyday life in Frankish Acre», *Crusades*, n.º 4, 2005, pp. 73-105. Para una información panorámica de la fiebre que animó a los cristianos a reforzar el poder del reino latino entre la batalla de los Cuernos de Hattin y el fin de la cruzada, véase Stephen Donnachie, «Reconstruction and rebirth. The Latin Kingdom of Jerusalem, 1187-1233», tesis doctoral, Universidad de Swansea, 2013. **<<**

[112] David Jacoby, «Ports of pilgrimage to the Holy Land, eleventh-fourteenth century: Jaffa, Acre, Alexandria», en *The Holy Portolano: The sacred geography of navigation in the middle ages*, M. Bacci y M. Rohde (comps.), Berlín, 2014, pp. 56-59. **<<**

[113] Este pasadizo subterráneo ha acabado convirtiéndose en un museo: véase «The Templar's tunnel», Secrets of Old Acre, disponible en Internet: http://www.akko.org.il/en/Old-Acre-The-Templars-Tunnel, última consulta efectuada el 28 de octubre de 2016. **<<**

[114] Para un compendio de la historia y la antropología de la ciudad, de 1291 al siglo XX, véase Morton Ru-

bin, *The Walls of Acre: Intergroup relations and urban development in Israel*, Nueva York, 1974. **<<**

[115] Paul F. Crawford (ed. y trad. de), *The «Templar of Tyre»: Part III of the «Deeds of the Cypriots»*, Crusade Texts in Translation, Aldershot, 2003, p. 117. **<<**

[1] *Estoire*, op. cit., versos 5594-5597: «*Por trestoz qui la mururent, / Et por trestoz qui s'i esmurent, / Por la grant gent e la menue / Por qui l'ost Deu fud maintenue*». **<<**

[2] Pese a que la cifra de muertos no pueda situarse, desde luego, en las cincuenta mil almas de las que se habla en una de las cartas de al-Qadi al-Fadil, la evocación de «miles de hombres y mujeres» es perfectamente pertinente y en modo alguno fantasiosa: véase Imad al-Din, «Les livres des deux jardins: histoire des deux régnes, celui de Nour Ed-Dìn et celui de Salah Ed Dìn», en *Recueil des historiens des croisades, históricas Orientaux*, vol. 5, op. cit., p. 28. Podría argumentarse que en el Damasco de 1148 se vivió un encontronazo similar durante la Segunda Cruzada, en la que intervinieron Luis VII de Francia, Conrado III de Alemania, Balduino III de Jerusalén, y Unur, atabeg de Damasco. **<<**

[3] El análisis del comportamiento de los generales en el asedio más célebre de toda la Edad Media suscita una interrogante similar: véase Marios Philippides y Walter K. Hanak, *The Siege and the Fall of Constantinople in 1453: Historiography, topography, and military studies*, Farnham, 2011, p. 563. **<<**

[4] Véase el análisis que figura en Hamilton A. R. Gibb, *The Life of Saladin, from the Works of 'Imad ad-Din and Balia' ad-Din*, op. cit., p. 66. **<<**

[5] John France, *Great Battles: Hattin*, op. cit., p. 101. **<<**

[6] David Hume, *The History of England: From the invasión of Julias Caesar to the revolution in 1688*, 6 vols., reimpresión, Indianápolis, 1983, vol. 1, p. 10 (hay traducción castellana: *Historia de Inglaterra. Desde la inva-*

sión de Julio César hasta el fin del reinado de Jacobo II, Imprenta de Francisco Oliva, Barcelona, 1842). <<

[7] William Stubbs, *The Constitutional History of England*, 3 vols., Oxford, 1880, vol. l, p. 575. <<

[8] Sir Walter Scott, *Ivanhoe*, reimpresión, Londres, 1920, p. XII (hay traducción castellana: *Ivanhoe*, traducción de Guillem d'Efak, Edhasa, Barcelona, 2007). Respecto a la valoración de Scott, véase C. A. Simmons, *Reversing the Conquest: History and myth in nineteenth-century British literature*, New Brunswick, 1990, p. 85. <<

[*] En referencia a Leopold von Ranke (1795-1886), historiador alemán, célebre por haber sido uno de los promotores de la historia científica. (*N. del t.*). <<

[9] Y muy particularmente William Stubbs: véase H. G. Richardson y G. O. Sayles, *The Governance of Medioeval England from the Conquest to Magna Carta*, Edimburgo, 1963, p. 18. <<

[10] John Gillingham, «Richard I and the Science of warfare in the middle ages», en *War and Government in the Middle Ages: Essays in honour of J. O. Prestwich*, John Gillingham y J. C. Holt (comps.), Woodbridge, 1984, p. 90. <<

[11] R. C. Smail, *Crusading Warfare, 1097-1193*, op. cit., p. 189; Christopher Tyerman, *God's War: A new history of the crusades*, op. cit., pp. 470-471. <<

[12] Poco a poco se está empezando a tener mucho más en cuenta el papel de Felipe: véase, por ejemplo, James Naus, *Constructing Kingship: The Capetian monarchs of France and the early crusades, Manchester*, 2016, p. 125. <<

[13] Para una información de orden general sobre el particular, véase Kelly DeVries, «God and defeat in medieval warfare: Some preliminary thoughts», en *The Circle of War in the Middle Ages: Essays on medieval military and naval history*, op. cit., pp. 87-97. **<<**

[14] *Estoire*, op. cit., verso 3321; *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, pp. 38 y 62; Ansberto, 93, op. cit., pp. 20-21. Para saber más acerca de este motivo, véase también John 19. Hosler, *John of Salisbury: Military authority of the twelfth-century renaissance*, op. cit., pp. 126-131. **<<**

[15] Ibn Shaddad, op. cit., p. 138. **<<**

[16] *Estoire*, op. cit., verso 3101: «*De la gent Deu e de la chenaille*», y versos 5225-5226: «*Malgré le pople maleït / Que Deus de sa boche maldie*». **<<**

[17] *Howden 2*, op. cit., vol. 3, p. 131: «*quae inimici crucis Christi hactenus ignominiose profanabant*». **<<**

[18] Ibn Shaddad, op. cit., p. 138. **<<**

[19] Véase, por ejemplo, David S. Bachrach, *Religion and the Conduct of War*, c. 300-1215, Woodbridge, 2003, p. 135, n. 121. **<<**

[20] Citaré como ejemplo el proyecto de diez años de duración que patrocina la Universidad Estatal de Pensilvania y que se halla actualmente en curso: véase Total Archaeology @Tel Akko, http://www.hominid.psu.edu/projects_labs/telakko (última consulta efectuada el 17 de octubre de 2016): para una relación de los descubrimientos logrados hasta la fecha, véase Anne E. Killebrew y Brandon R. Olson, «The Tel Akko Total Archaeology Project: New frontiers in the excavation and 3D documentation of the past», en *Proceedings of the 8th International Congress on the Archaeology of the Ancient Near East, 30 April - 4 May 2012, Univer-*

sity of Warsaw, Volume 2, P. Bielinski et al. (comps.), Wiesbaden, 2014, pp. 559-574; junto con Anne E. Killebrew y Jaime Quartermaine, «Total Archaeology @Tel Akko: Excavation, survey, community outreach, and new approaches to landscape archaeology in 3D», en *Proceedings of the 9th International Congress on the Archaeology of the Ancient Near East, 9-13 June 2014, Basel, Volume 3*, R. A. Stucky et al. (comps.), Wiesbaden, 2016, pp. 491-502. **<<**

[21] Maurice Hewlett, *The Life and Death of Richard Yea-and-Nay*, Nueva York, 1901: véanse en concreto las páginas 235 a 265, y 282. **<<**

[22] M. 19. Alien, *The Medievalism of Lawrence of Arabia*, University Park, 1991, p. 98. Para esta referencia a la ciudad de Acre, véase Malcolm Brown (comp.), *T. E. Lawrence in War and Peace: An anthology of the military writings of Lawrence of Arabia*, nueva edición, Londres, 2005, p. 105; y para saber más acerca de los viajes de Lawrence, véase la cartografía que figura en la sección de «Maps», en T. E. Lawrence Studies, http://www.telstudies.org/reference/maps.shtml (última consulta efectuada el 13 de noviembre de 2016). **<<**

[1] David Jacoby, «Crusader Acre in the thirteenth century: Urban layout and topography», *Studi medievali*, op. cit., p. 1. **<<**

[2] «World Heritage Center», Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, disponible en Internet: http://whc.unesco.org/en/list/1042 (última consulta efectuada el 16 de octubre de 2016). **<<**

[3] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 32. **<<**

[4] Se conservan no obstante algunos elementos de este último tramo histórico: se encuentran en una sección situada justo al norte de los Jardines Festivos de Gan Ha-Metsuda. **<<**

[5] Rafael Frankel, «The north-western corner of crusader Acre», *Israel Exploration Journal*, vol. 37, n.º 4, 1987, pp. 256-261. Michael Ehrlich ha argumentado en sentido contrario al afirmar que existía efectivamente una muralla pero que la expansión de la urbe la engulló en poco tiempo: véase «Urban landscape development in twelfth-century Acre», *Journal of the Royal Asiatic Society*, serie 3, vol. 18, n.º 3, 2008, pp. 258. **<<**

[6] Para saber más sobre el mapa de Pietro Vesconte, que fue trazado para el *Liber secretorum fidelium crucis super Terrae Sanctae recuperatione et conservatione* (elaborado en torno a los años 1306 a 1321), del comerciante veneciano Marino Sanuto, apodado el Viejo o Torcello, véase Biblioteca Británica, Add. MS 27 376, f. 190r; existen otras copias, de entre las cuales citaré las de la Biblioteca Bodleiana de Oxford, MS Tanner 190, f. 207r; y la Biblioteca Apostólica Vaticana, MS Pal. Lat. 1362 pt. A, f. 9r. Para más información acerca del propio Marino Sanuto, véase Julia Harte, «How one four-

teenth-century Venetian remembered the crusades: The maps and memories of Marino Sanuto», *Penn History Review*, vol. 15, n.º 2, primavera de 2008, pp. 9-17. Para el mapa de Paulino de Puteoli, elaborado por Paulino Véneto (1320), véase Biblioteca Apostólica Vaticana, MS Vat. Lat. 1960, f. 268v. Para saber más acerca del mapa incluido en la Chronica maiora (redactada en torno a los años 1240-1259) de Mateo de París, véase Biblioteca Británica, Royal MS 14 C. vii, f. 4v; para una visión de conjunto, véase Suzanne Lewis, *The Art of Matthew París in the Chronica Majora*, Berkeley, 1987. **<<**

[7] Todavía no me ha sido posible consultar el trabajo de Adrian Boas titulado «*The streets of Frankish Acre*», en *Crusader Landscapes in the Medieval Levant: The archaeology and history of the Latin East*, Micaela Sinibaldi, Kevin J. Lewis, Balazs Major y Jennifer A. Thompson, Cardiff (comps.), 2016. **<<**

[8] Para más datos relativos a las puertas, véase Alex Resten, *Acre: The old city, survey and planning*, op. cit., p. 26;Jonathan Riley-Smith, «Guy of Lusignan, the Hospitallers and the Gates of Acre», en *Dei gesta per Francos: Études sur les croisades dédiées à Jean Richard*, op. cit., p. 113; junto con David Jacoby, «The *fonde* of Crusader Acre and its Tariff: Some new considerations», en *Dei gesta per Francos: Études sur les croisades dédiées à Jean Richard*, op. cit., pp. 282. La lista más accesible para informarse sobre el nombre de estas puertas se encuentra de hecho en un mapa de Adrian Boas: véase «Some reflections on urban landscapes in the Kingdom of Jerusalem: archaeological research in Jerusalem and Acre», en *Dei gesta per Francos: Études sur les croisades dédiées à Jean Richard*, op. cit., p. 248. **<<**

[9] Ibn Shaddad, op. cit., pp. 98 y 150; Denys Pringle, «Town defences in the crusader Kingdom of Jerusalem», en *The Medieval City Under Siege*, op. cit., p. 99. **<<**

[10] Adrian Boas, en *Crusader Archaeology: The material culture of the Latin East*, op. cit., pp. 34-35, enumera varias de las puertas del baluarte y cita sus nombres. **<<**

[11] Benjamin Z. Kedar, «The outer walls of Frankish Acre», *Atiqot*, n.º 31, op. cit., p. 162. **<<**

[*] Termino propio de la ingeniería militar con el que se designa una pendiente artificial hecha de piedra que, a modo de faldón, cubre por el exterior la parte media-baja de los muros de un castillo o una fortaleza. (*N. del t.*). **<<**

[12] Benjamin Z. Kedar, op. cit., pp. 174-175. **<<**

[13] *Itinerario 2*, op. cit., vol. 1, p. 32. **<<**

[14] Para un estudio de la historia de Acre, desde los tiempos del antiguo Egipto hasta el año 1918, véase N. Makhouly y C. N. Johns, *Guide to Acre*, segunda edición, Jerusalén, 1946, pp. 1-64. Para más información sobre las fechas de los restos hallados en el Torón (al que hoy se conoce con el nombre de Tel Akko) y pertenecientes a diversas épocas, hasta la Edad de Bronce, véase A. Druks, «Tel Akko - 1983», *Excavations and Surveys in Israel*, n.º 3,1984, pp. 1-2; junto con Moshe Dothan y Avner Raban, «The sea gate of ancient Akko», *Biblical Archaeologist*, vol. 43, n.º 1,1980, pp. 35-39. Para un análisis de los períodos posteriores, véase Moshe Dothan, «Akko: Interim excavación report first season, 1973/4», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, n.º 224, diciembre de 1976, pp. 1-48; así como Arie Kindler, «Akko: A city of many names», *Bul-*

letin of the American Schools of Oriental Research, n.º 231, octubre de 1978, pp. 51-55. <<

[15] David Jacoby, «Aspects of everyday life in Frankish Acre», *Crusades*, op. cit., pp. 83-84. Para un vislumbre interactivo —y elaborado en el siglo XIII— de lo cerca que se encontraba Acre de otros emplazamientos de Tierra Santa, véase el mapa de Mateo de París en «The Oxford Outremer Map», Fordham Medieval Digital Projects, disponible en Internet: https://medievaldigital.ace.fordham.edu/mapping-projects/oxford-outremer-map-project/ (última consulta efectuada el 28 de octubre de 2016). <<

[1] Tanto Rigordo, op. cit., p. 82; como *Howden 1*, op. cit., vol. 2, pp. 189-190; *Howden 2*, op. cit., vol. 3, p. 128; e *Ymagines*, op. cit., vol. 2, p. 82, señalan la presencia de otros tres musulmanes, pero dado que habían dado forma latina a sus nombres, me ha sido imposible hasta la fecha reconocerlos como tales individuos independientes. Puede que su identidad se corresponda con algunos de los nombres que incluyo en la lista siguiente, o puede que no. Se trata de: Baldevino, Benesemedín, Birenses, el tesorero Camardoli, Cerantegadín, Corisín (posiblemente un dirigente kurdo, Chusterín), Coulín, Felkedín, Gemaladín, Gurgi, Hessedin Jordich (que tal vez fuera un emir de Alepo), Joramenses, el escritor Kahedin, Lice, Limatosio, Marut, Migemal, Mirsalim, Mustop, Paselar, Rotasiense, Sefelselem (al que William Stubbs identifica con el nombre de «Saifol Islam, señor de Arabia»), y Suchar (que acaso sea Sunqur al-Halabi o Sunqur al-Wishaqi). **<<**

[2] Identificado en Judith Bronstein, *The Hospitallers and the Holy Land: Financing the Latin East, 1187-1274*, Woodbridge, 2005, pp. 147-148. **<<**

[3] Stephen Bennett, «The crusading household of Richard I: Roger of Howden was right after all!», documento de trabajo, 2012, disponible en Internet: http://www.academia.edu/1477586/The_Crusading_Household_of_Richard_I_-_Roger_of_ Howden_was_right_after_all (última consulta efectuada el 6 de junio de 2016) **<<**

[4] Constance B. Bouchard, *Sword, Miter and Cloister: Nobility and the church of Burgundy, 980-1198*, Ithaca, 1987, pp. 198-199. **<<**

[5] R. Röhricht (ed.), *Regesta regni Hierosolymitani*, Innsbruck, 1893, n.º 697. **<<**

[6] Indicación presente en Peter W. Edbury (trad.), *The Conquest of Jerusalem and the Third Crusade: Sources in translation*, op. cit. **<<**

[7] Especulación de William Stubbs, en *Howden 1*, vol. 2, p. 148 n. 10. **<<**

[8] Según se indica en Piers D. Mitchell, *Medicine in the Crusades: Warfare, wounds and the medieval surgeon*, op. cit. **<<**

[9] Identificado en L. Dorez (ed.), *Chronique d'Antonio Morosini: extraits relatifs a l'histoire de France*, 3 vols., París, 1901, vol. 3, p. 57, n. 4. **<<**

[10] Ambos obispos aparecen identificados en Pius Bonifacius Gams, *Series episcoporum ecclesiae Catholicae*, Graz, 1957, p. 434. **<<**

[11] Se trata probablemente de una confusión con el ya mencionado Guido III, mayordomo de Senlis. **<<**

[*] Modificada la referencia del enlace original por el nuevo enlace. [Nota del E. D.]. **<<**

ÍNDICE